

ISSN 0325-2221



TOMO XXVIII
Buenos Aires - 2003

Directora de la publicación
María Mercedes Podestá

Subdirectora
Editora Científica
Cecilia Pérez de Micou

Comité Editorial
Nora Flegenheimer, Mónica Salemm
Beatriz Ventura

Editora asociada
Marina Peleteiro

Comité Asesor

Carlos A. Aschero, Alejandra Siffredi, Ana María Lorandi

Evaluadores tomo XXVIII

Lic. Carlos A. Aschero. CONICET. Universidad de Tucumán.
Lic. Cristina Bellelli. CONICET. INAPL.
Dr. Aníbal Figini. Latyr. Universidad Nacional de La Plata.
Dr. Roberto Bárcena. CONICET. Universidad Nacional de Cuyo.
Dra. Susana Cipoletti. Universidad de Bonn.
Dra. Chiara Vangelista. Universidad de Turín.
Dr. Luis A. Borrero. CONICET. Universidad de Buenos Aires.
Dra. María Isabel Martínez Navarrete. CSIC. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.
Lic. Silvia García. INAPL. Universidad de Buenos Aires.
Lic. María Onetto. CONICET. INAPL.
Dr. Héctor Panarello. CONICET. INGEIS.
Dra. Ana María Presta. CONICET. Universidad de Buenos Aires.
Dr. Sergio Gómez. Museo de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”.
Dr. Marcelo Zárate. CONICET. Universidad Nacional de La Pampa.
Prof. José Luis Martínez. Universidad de Chile. Academia de Humanismo Cristiano.
Dr. Jeffrey Parsons. Museum of Anthropology. University of Michigan. USA.
Dra. Verónica Williams. CONICET. UBA. Universidad del Centro.
Dr. Federico Neiburg. Universidad de Campinas.
Dra. Nora Franco. CONICET. Universidad de Buenos Aires.
Dra. María Esther Albeck. CONICET.
Dra. Ana Fernández Garay. CONICET. UBA. Universidad de La Pampa.
Dra. María Fernanda Rodríguez. CONICET. Instituto de Botánica Darwinion.

RELACIONES ha sido calificada con el Nivel Superior de Excelencia por el CAICYT-CONICET. LATINDEX Registro N° 7380.

El presente tomo XXVIII de RELACIONES ha sido realizado gracias a las contribuciones de los socios y a los subsidios otorgados por el FONDO NACIONAL DE LAS ARTES y FUNDACION ANTORCHAS.

Relaciones es una publicación anual editada por la Sociedad Argentina de Antropología (SAA) para difundir la investigación en Ciencias Antropológicas de la República Argentina y el Cono Sur. Publica artículos originales de investigación básica y aplicada, discusiones, notas y comentarios de autores argentinos y extranjeros sobre Arqueología, Antropología Social, Antropología Biológica, Etnografía, Etnohistoria. Los artículos son revisados por un comité evaluador *ad hoc* de especialistas nacionales y extranjeros. Su objetivo es difundir a nivel académico amplio los resultados de las investigaciones o sus distintos grados de avance, favorecer la discusión entre los autores y mantener actualizados a los miembros de la SAA en los temas de su incumbencia.

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Es propiedad de la Sociedad Argentina de Antropología
Domicilio Postal: Moreno 350 (1091) Buenos Aires. Argentina.

INDICE

Nota de la Dirección	5
Etnología, espiritualidad y ética. Hacia una construcción de sentidos en diálogo con el nativo <i>Alejandra Siffredi</i>	7
Arqueólogos y brujos: la disputa por la imaginación histórica en la etnogénesis huarpe <i>Diego Escolar</i>	23
Los chichas como mitimaes del inca <i>Carlos E. Zanolli</i>	45
La funebria de Campo Morado, Quebrada de Humahuaca (Depto. de Tilcara, Pcia. de Jujuy) <i>Jorge Roberto Palma</i>	61
El oro en el noroeste argentino prehispánico. Estudios técnicos sobre dos objetos de la Casa Morada de La Paya <i>Luis R. González</i>	75
Posibilidades de un enfoque dinámico para el estudio de la arquitectura doméstica prehispánica. Un caso de aplicación en Los Amarillos (Jujuy) <i>Constanza Taboada, Carlos I. Angiorama</i>	101
Limitaciones a la producción agrícola, estrategias de manejo de terrenos cultivables y ampliación de la dieta en comunidades formativas de la región serrana de la provincia de Córdoba <i>Eduardo E. Berberían y María F. Roldán</i>	117
Avances en los estudios zooarqueológicos del sitio Escobería, en la manzana de Santo Domingo, ciudad de Mendoza <i>Jorge García Llorca</i>	133
La ocupación temprana de los Andes Centrales argentinos (ca. 11.000 - 8.000 años C ¹⁴ AP) <i>Alejandro García</i>	153
Ictioarqueología de las Lagunas de Guanacache (Mendoza, Argentina). Identificación y estacionalidad de captura a partir del análisis de otolitos sagitales <i>Pablo A. Cahiza</i>	167

Análisis de los desechos líticos de la ocupación inicial del sitio Cueva Tixi (provincia de Buenos Aires): cadena operativa de producción y técnicas de talla tempranas <i>Federico Valverde</i>	185
La datación de suelos en la investigación arqueológica. Edades sobre materia orgánica por el método OCR (Oxidizable Carbon Ratio) <i>Cristian M. Favier Dubois</i>	203
COMENTARIOS	
Comentario a “La Villa como Aldea” de Laura Masson <i>Sabina Frederic</i>	215
Tramos perdidos. Patronazgo y clientelismo político desde la antropología social argentina de la década de 1960 <i>Rosana Guber y Germán Soprano</i>	221
Sobre tramos perdidos, villeros y pobres Respuesta a los comentarios de Guber, Soprano y Frederic <i>Laura Masson</i>	227
NOTAS BREVES	
El patrimonio cultural en un área protegida de valor excepcional: Parque Provincial Ischigualasto (San Juan, Argentina). <i>Diana S. Rolandi, Ana Gabriela Guráieb, María Mercedes Podestá, Anahí Re, Rodolfo Rotondaro y Rodrigo Ramos</i>	231
Nota sobre un nuevo sitio con grabados rupestres en el departamento San Carlos, provincia de Mendoza. Reconocimientos arqueológicos en la Estancia Tierras Blancas <i>J. Roberto Bárcena</i>	241
Evidencias prehispánicas de <i>Cucurbitaceas</i> en un sitio arqueológico de la provincia de Jujuy (Argentina) <i>Alejandra E. Würschmidt</i>	253
El sitio Cueva Cacao 1A: Hallazgos, espacio y proceso de complejidad en la Puna meridional (ca. 3000 años A.P.) <i>Daniel E. Olivera, Aixa S. Vidal y Lorena G. Grana</i>	257
INDICE ACUMULADO	
<i>Marina Peleteiro</i>	271
MEMORIA	291
NORMAS EDITORIALES E INFORMACIÓN PARA LOS AUTORES	295
PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA	298

NOTA DE LA DIRECCION

Presentamos el tomo 28 de Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología correspondiente al año 2003. Con este volumen la SAA inaugura una nueva modalidad. En la convocatoria respectiva se solicitaron artículos de síntesis, resultados de varios años de investigación en el tema tratado e integradores de una región o área del país y con un alto grado de avance y resolución de los datos. Con ello se buscó que Relaciones presentara panoramas completos de los temas de investigación actuales en el país que sean de utilidad al público local e internacional. La solicitud de artículos se restringió a las áreas Nordeste, Sierras Centrales y Centro-Oeste, reservando las otras áreas del país para tomos venideros. Esta limitación provocó una disminución en el número de trabajos enviados y también facilitó la cobertura de un área del país en forma más abarcadora, con lo que creemos se facilitará el trabajo editorial, por un lado, y se enriquecerá la publicación, por el otro. Como resultado, el tomo incluye ocho artículos y notas breves y ocho trabajos de otras áreas que, por falta de espacio, no habían sido incluidos en el tomo 27 (2002) ya editado por la Sociedad, además de los comentarios.

Relaciones continúa también con la modalidad de artículos comentados debido a que esta sección fue muy bien recibida por la comunidad científica porque representa una forma de discusión académica enriquecedora y franca. Sin embargo la forma de implementarla traía aparejada una serie de inconvenientes en la tarea de edición de la revista. Por este motivo a partir de este tomo el Comité Editorial ya no será el responsable de la selección del artículo a ser comentado y de los respectivos comentaristas sino que la dejará librada a los lectores de Relaciones para que ellos mismos elijan el artículo a debatir y comuniquen sus ideas en el siguiente tomo de la revista. Estos comentarios no excederán las tres páginas y deberán respetar las normas editoriales. En caso de recibir un número excesivo de propuestas, el Comité arbitrará los medios para su publicación parcial, acorde a la capacidad del tomo.

Aprovechamos nuevamente este medio para agradecer a los socios que integran la Sociedad y que, con su aporte anual, permiten solventar los gastos que ocasiona esta publicación que incluyen, entre otros, los relativos al envío de Relaciones al creciente número de instituciones con las que la Sociedad tiene establecido canje de publicaciones. Asimismo destacamos y agradecemos a los evaluadores de este tomo que jerarquizan con su opinión, año tras año, nuestra revista. Damos la bienvenida también a las nuevas integrantes del Comité Editorial, Nora Flegenheimer y Mónica Salemme y a Ana María Lorandi que pasó a conformar, junto con Alejandra Siffredi y Carlos A. Aschero el Comité Asesor de Relaciones.

Una mención especial, donde se sintetiza nuestra más sincera gratitud tanto a la **Fundación Antorchas** que por segunda vez colaboró generosamente con la impresión de Relaciones, como al **Fondo Nacional de las Artes** que nuevamente nos otorgó un subsidio.

Felices con la entrega de este nuevo tomo y con las noticias de reiteradas distinciones hechas a Relaciones por parte de la comunidad de las ciencias sociales –nos referimos a los recientes resultados de la encuesta llevada a cabo por el CONICET en la cual surge Relaciones como una publicación “destacada” por el ámbito científico– nos despedimos con un sentimiento de satisfacción plena por el reconocimiento de nuestros colegas. A ellos vaya, pues, nuestro agradecimiento.

Cecilia Pérez de Micou
Subdirectora de Relaciones

Mercedes Podestá
Directora de Relaciones

COMISION DIRECTIVA 2002-2003

Presidente: María Mercedes Podestá

Secretaria: María Isabel González de Bonaveri Tesorera: Magdalena Frère

Vocal Titular 1º: Victoria Horwitz Vocal Titular 2º: Lidia Nacuzzi

Vocal Suplente 1º: Susana Renard Vocal Suplente 2º: Lina Horovitz

Comisión Revisora de Cuentas: Alberto Buchholz y Javier Natri.

COMISIÓN DIRECTIVA 2004-2005

Presidente: María Mercedes Podestá

Secretaria: María Isabel González de Bonaveri Tesorera: Magdalena Frère

Vocal Titular 1º: Lidia Nacuzzi Vocal Titular 2º: Norma Ratto

Vocal Suplente 1º: Lina Horovitz Vocal Suplente 2º: Ingrid De Jong

Comisión Revisora de Cuentas: Nora Flegenheimer y Javier Natri.

ETNOLOGÍA, ESPIRITUALIDAD Y ÉTICA. HACIA UNA CONSTRUCCIÓN DE SENTIDOS EN DIÁLOGO CON EL NATIVO

Alejandra Siffredi (*)

RESUMEN

Desde un enfoque hermenéutico el artículo se propone explorar el diálogo entre etnología, espiritualidad y ética haciendo lugar tanto al punto de vista del nativo como a las convicciones científicas y religiosas de la autora. Intentando vincular este diálogo con la labor de investigación personal, la autora argumenta que un desafío epistemológico clave para comprender algunas expresiones indígenas de lo sagrado exige preguntarse acerca de los límites de la inteligibilidad. También vinculadas con la construcción de sentidos, aborda dos cuestiones metodológicas. La primera propone orientar la búsqueda de la espiritualidad nativa más allá de sus formas explícitas. La segunda sugiere cómo encaminar la comprensión de lo sagrado a partir de las ideas indígenas de Verdad Revelada. Por último, presenta algunas consideraciones finales centradas en los defasajes y coincidencias entre la ética científica y la ética confesional.

Palabras claves: Gran Chaco. Patagonia meridional. Etnología. Espiritualidad. Ética.

ABSTRACT

This paper aims at exploring the dialogue between ethnology, spirituality and ethics from a hermeneutic perspective including both the Native's viewpoint and the author's scientific and religious convictions. Attempting to link them with personal research work, the author sustains that a key epistemological issue is to consider the limits of intelligibility as a step towards the comprehension of the indigenous expressions related to the sacred. She also considers two related methodological issues referring to: 1. the quest for native spirituality beyond its overt forms, and 2. the search for sacredness in the indigenous ideas about Revealed Truth. Finally, she draws a few concluding remarks about the relations between the ethics of science and confessional ethics.

Key words: Gran Chaco. Southern Patagonia. Ethnology. Spirituality. Ethics.

(*) CONICET y Sección Etnología-Etnografía del Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires.

EL CONTEXTO DEL TRABAJO

El presente artículo es el resultado de la reelaboración de una ponencia presentada en inglés¹ al *workshop* Ciencias de la Persona Humana, realizado en el Seminario Episcopal de Nueva York entre el 7 y el 10 de diciembre de 2000 en el marco del programa plurianual *Science and the Spiritual Quest II* del Centro de Teología y Ciencias Naturales, asociado a la Universidad de Berkeley. A diferencia del primer tramo (1996-98), el nuevo proyecto (1999-2001) no se limitó a las tres tradiciones monoteístas clásicas –islam, judaísmo, cristianismo– extendiéndose, por el contrario, hacia tradiciones filosóficas y religiosas orientales como el hinduismo o el budismo y también hacia algunas religiones aborígenes sudamericanas. Bajo este amplio panorama, el propósito de rotularlo con el lexema “espiritualidad” respondió a razones de mayor inclusión *vis-à-vis* del término “religión” con el fin instrumental de que los participantes tuvieran oportunidad de reflexionar acerca de sus experiencias espirituales, doctrinas e imperativos éticos en relación con sus investigaciones científicas. Por eso, el objetivo general del programa consistía en explorar la interfase entre ciencia y espiritualidad desde el punto de vista de físicos y cosmólogos, genetistas y especialistas en biología evolutiva, neurocientíficos y científicos sociales, especialistas en informática y robótica, mayoritariamente adscriptos a diversas tradiciones religiosas y éticas con énfasis en las globalizadas –vale decir el hinduismo, el budismo, el islam, el judaísmo y el cristianismo–, incluyendo también a científicos agnósticos.

Los quince integrantes de mi grupo teníamos adscripciones nacionales bien variadas, al tiempo que nuestra adhesión religiosa provenía del budismo y de distintas vertientes de las religiones monoteístas. Aunque nunca quedó muy en claro, bajo la categoría pretendidamente unitaria de Ciencias de la Persona Humana –cuya polisemia salta no obstante a la vista– quedaban fuera de nuestro alcance las disciplinas relacionadas con la “persona divina”, como la teología o la teodicea. La adscripción científica del grupo resultó similarmente heterogénea: un astrofísico, un físico teórico, tres investigadores médicos, dos especialistas en biología humana, tres neurocientíficos², tres psicólogas cognitivas, un etólogo y una etnóloga. Que se diera cabida a nuestra disciplina tuvo que ver con una apertura hacia otras formas de espiritualidad, más allá de los monoteísmos y politeísmos corrientes, más acá de las religiones que las secuelas del evolucionismo decimonónico y los prejuicios etnocéntricos han ligado con las sociedades estatales, hacia religiones indígenas todavía percibidas como “primitivas”, si bien en forma implícita.

Cada miembro del mencionado grupo aportó su experiencia religiosa y algunos resultados de investigación anclados en procedimientos empíricos más que en propuestas teóricas, conforme al empirismo que pareciera caracterizar hoy el hacer ciencia en escenarios hegemónicos, especialmente los de habla inglesa. Pese a la esperable diversidad de perspectivas y experiencias, el intercambio de ideas confluyó en cierta complementariedad, facilitada por la lectura previa de las entrevistas con temario estandarizado, realizadas a cada miembro del grupo por el director del programa, el filósofo de la ciencia Philip Clayton.

A modo de evaluación sumaria del encuentro, los *co-equippers* compartimos el parecer que el desafío de articular ciencia, ética y espiritualidad nos había enriquecido y motivado a profundizar en la problemática porque el debate más que conclusiones suscitó interrogantes, muchos de los cuales quedaron abiertos. Los ejes que guiaron la discusión se centraron en preguntarnos qué puntos de disonancia, consonancia o complementariedad pueden darse entre ciencia y religión o entre ética profesional y ética confesional. También discutimos si los científicos adscriptos a un credo pueden involucrarse en una búsqueda espiritual, cómo esta búsqueda puede afectar la elaboración científica y, a la inversa, cómo puede influir el trabajo científico personal en la práctica del sujeto en tanto creyente. A este respecto, cabe remarcar la importancia metodológica de la cuestión de la subjetividad en la labor de investigación.

PUNTOS DE PARTIDA: DIÁLOGO ENTRE ETNOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD

Desde la experiencia etnológica y mis convicciones religiosas y éticas, el propósito de este trabajo es desarrollar algunos de los interrogantes antes mencionados. Para eso, introduzco inquietudes epistemológicas que obran como sustento de una reflexión sobre el recorrido teórico y metodológico que he seguido en algunos trabajos sobre espiritualidad indígena o que éstos me han recientemente sugerido. Es preciso pues circunscribir un par de conceptos claves para permitir un proceder congruente. Cuando me refiero a *espiritualidad*, la delimito como una categoría dialógica construida tanto a partir de las creencias, prácticas y principios éticos indígenas, cuanto de mis convicciones. A su vez, concibo a la *etnología* como una rama disciplinar de la antropología cuyo objetivo crucial es *hacer inteligibles* las variadas dimensiones de la diversidad —tanto de otras culturas como de la nuestra— con acento en las dimensiones semánticas, religiosas, éticas y estéticas.

Se advertirá que lo expresado en este artículo posee una fuerte impronta personal que confieso deliberada, siendo que procuro reconocer coincidencias y defasajes entre mi labor científica y mis convicciones éticas y religiosas para dar cuenta de una búsqueda que, en tanto tal, todavía presenta flancos inexplorados. Dentro del campo etnológico, mi área de especialización primaria es en etnología de la religión, habiendo analizado varias dimensiones de las cosmologías aborígenes y sus transformaciones históricas. A lo largo de más de treinta años he realizado trabajo de campo extensivo con tres pueblos aborígenes: los *aónikenk* o tehuelches meridionales de Patagonia a mediados de la década de 1960, los *yojuaha* o chorote del Chaco salteño en la década del '70 y los *nivaclé* o chulupí del Chaco paraguayo —muy afines lingüística y culturalmente a los chorote— desde 1980 hasta 1991. Los tres pueblos han sido cazadores-recolectores nómades o seminómades y tras los respectivos procesos de colonización, fueron convertidos en asalariados con dedicación parcial a las actividades de caza, recolección, horticultura y pesca —exceptuando de estas dos últimas a los *aónikenk*. Debo admitir que el diálogo con la ética de estos pueblos ha sacudido y a la vez vigorizado mis principios morales. Concretamente, aludo a la lucha por sostener cierto grado de autonomía frente a los estados-nación; el compromiso del compartir como aval de equidad; la ética del liderazgo tradicional, inescindible del conocimiento, la rectitud y el control de la coerción; la permisividad de la socialización infantil.

A fin de explorar los alcances del diálogo entre etnología y espiritualidad, otro punto de partida ineludible es el de mi formación religiosa y moral, fuertemente ligada al contexto histórico de la infancia y cuya impronta ha dirigido elecciones e imposiciones en el transcurso de la vida adulta, influenciadas por los valores aprendidos en el seno familiar. En una mirada retrospectiva, advierto que, aunque mis convicciones fueron y continúan siendo católicas, muchos de los principios éticos se remontan a las enseñanzas de mi abuelo paterno agnóstico, el cual debió asumir el rol de padre sustituto durante la segunda guerra mundial. El abuelo Italo descendía de una antigua familia lígur bastante cosmopolita en la que prevalecieron navegantes y viajeros. Como piloto de la Compañía del Canal de Suez, había trabajado por más de cuarenta años en Egipto donde realizó varios viajes al interior, razón por la cual adquirió cierta familiaridad de estilo paternalista con grupos étnicos nilóticos. Por su experiencia de vida, siempre demostró una propensión a compartir con los demás y a desarrollar relaciones amistosas con personas de diferentes grupos sociales, religiosos y étnicos. Estos valores que encuentro similares a los principios ideológicos y morales que guían el comportamiento de mis interlocutores indígenas demostraron su eficacia, fortaleciéndome en distintos momentos de vida y trayectoria científica. Rememorando objetivamente, en ocasión de la pesada crisis que nos tocó soportar a la mayoría de los genoveses durante la segunda guerra. Participamos de la resistencia a veces larvada y otras frontal al fascismo, nos alcanzaron los bombardeos aéreos y marítimos de los aliados, sufrimos la ocupación alemana hasta que, poco antes del colapso nazi, las fuerzas de la resistencia local liberaron la ciudad de Génova. Finalmente, en 1949, una combinación de factores personales y laborales, llevaron a mi

padre a tomar la decisión de migrar temporalmente a Argentina, migración que no tuvo retorno y a la que logré adaptarme sin mayores dificultades. Ángel, mi padre, ha sido una pieza clave en mi formación espiritual de la adolescencia, aunque sólo con el tiempo estuve en condiciones de metabolizar sus enseñanzas de vida. Conseguí entonces reconocer la congruencia que había entre su postura ecuménica, ecuaníme y ascética y la motivación que lo impulsaba a buscar nuevos puentes entre la espiritualidad cristiana y la de diversas tradiciones budistas, orientado por su entrañable amigo Ismael Quiles, S.J.

Debido a mi interés científico y personal por la etnología de la religión he estado expuesta a sistemas de creencias aparentemente muy disímiles. Esta experiencia me ha permitido controlar algunos prejuicios, valorar la importancia metodológica de la subjetividad y ampliar mi entorno moral y religioso procurando acceder a una comprensión más profunda de nuestra cultura a la luz de la interculturalidad. Sin embargo, semejante apertura no implica que adhiera a una postura relativista, una postura asumida en forma explícita o bien implícita por algunos padres fundadores de la antropología de la religión, como hace tiempo lo evidenciara Edward Evans-Pritchard (1978) en su riguroso análisis de este campo de estudios. Circunscribiéndolo al mencionado campo, el relativismo abjura de lo universal sosteniendo que cada creencia y práctica religiosa sólo adquiere sentido y validez en su contexto, al que encorseta en un *modo de vida* o una cultura particulares. Por el contrario, haciéndome eco de lo argumentado en un trabajo en coautoría (Siffredi y Cordeu 1992: 11-13), aspiro a mostrar que un balance entre aspectos universales y particulares de la espiritualidad indígena constituye una estrategia analítica fructífera para alcanzar una *comprensión* que, sin descuidar las especificidades culturales, expanda el horizonte de nuestra mirada.

En un intento de vincular la labor etnológica emprendida con mis preocupaciones espirituales, esbozo el recorrido analítico de este artículo. Obra como marco referencial un problema epistemológico que considero decisivo para la etnología de la religión en tanto referido a la busca de inteligibilidad de experiencias nativas de lo sagrado y, recíprocamente, a los límites de esta empresa. Desde una perspectiva hermenéutica, entiendo por inteligibilidad uno de los pasos hacia la *comprensión*, en el sentido que le han dado Paul Ricoeur (1996) y Hans Georg Gadamer (1997). En cuanto a la idea de lo sagrado, parafraseo la expresión de Gregory Bateson: “donde los ángeles temen pisar”, (Bateson y Bateson 2000: 15) reservándome aproximaciones sucesivas a lo sacro. Relacionadas con el precedente planteo, propongo luego discutir dos cuestiones metodológicas abordando, por una parte, la busca de la espiritualidad más allá de sus formas explícitas y, por la otra, el carácter sagrado de la verdad revelada del otro³. Por último, sugeriré algunas convergencias y divergencias entre la ética del trabajo científico y la que se sustenta en convicciones espirituales.

UN DESAFÍO EPISTEMOLÓGICO: LA INTELIGIBILIDAD DE LO SACRO Y SUS LÍMITES

En pos de la inteligibilidad de creencias y prácticas religiosas de sociedades indígenas, un desafío central es el problema de la “traducción”, a menudo una forma de traición. Sobre todo en el pasado, etnógrafos y misioneros han sido igualmente responsables de “traducciones” erradas debido a los malentendidos que subyacen a sus obras (Augé 1993:13-19, Siffredi y Spadafora 1998). No obstante, cuatro décadas atrás, Edward Evans-Pritchard (1978: 26-29) supo comprender que el problema de la traducción constituye el foco de la antropología social. Extendiendo su aserto, podría decirse que la traducción cultural y la semántica son marcas distintivas de la etnología, tal como he sugerido en mi caracterización de la disciplina. Por esta razón, sostengo que la “traducción” es una tarea crucial en la búsqueda de inteligibilidad de mundos semánticos diferentes –diferencia que puede acentuarse en escenarios interculturales– dejando no obstante en claro que refuto aquellos supuestos incrustados en el sentido común, todavía presentes en algunas etnografías

contemporáneas. En suma, desde una perspectiva teórica asumo que la labor etnológica procura adecuarse a la formulación de hermenéutica como “el arte de evitar malentendidos”.

Los dos estudios de caso que mencionaré procuran ilustrar la factibilidad de una construcción de sentidos orientada a hacer inteligibles algunos aspectos de la cultura nivaclé cuya opacidad o transparencia aparente podían prestarse a malentendidos. El primero se centró en la reconstrucción de un rito⁴ anteriormente celebrado tras la muerte de un hijo/a jóvenes (Siffredi 1993/94). Llamado *vaclan* o “re-iniciación”, este rito se caracterizaba por estar dirigido más hacia los consanguíneos próximos (padres y abuelos) que a la persona difunta, diferenciándose no obstante del duelo que lo precedía en varios meses. En un comienzo, el *vaclan* impresionaba “exótico”, sobre todo debido a la restricción de continuar procreando, restricción que –sin involucrar las relaciones sexuales– los ancianos imponían en forma secreta a los padres del muerto⁵. Un primer paso hacia la clarificación consistió en comparar el *vaclan* con otros ritos de pasaje nivaclés tales como la covada, las fiestas de pubertad y las prácticas de duelo. Valió la pena constatar que todos ellos introducen restricciones dietéticas y sexuales específicas, relacionadas con la vulnerabilidad de los sujetos que experimentan cambios de estatus y de categoría etaria. En una fase sucesiva, el procedimiento empleado implicó insertar al *vaclan* en un campo semántico más amplio, el cual comprendió no sólo a los gestos, prácticas y silencios registrados en otros ritos de pasaje *nivaclés*, sino también en los mitos específicos y en la vida diaria. De este modo pude mostrar que una meta crucial del rito apunta a una re-socialización metafórica de los padres del difunto a través de escenas que reproducen de una manera virtual a aquéllas propias de los ritos de pubertad que enfatizan los símbolos de vida (Siffredi 1998). Por ejemplo, la escena en la que un grupo de mujeres adultas muestra a la madre cómo recolectar frutos inexistentes en la estación seca, la época en que se celebraba el *vaclan*. El análisis de varias *performances* homólogas me permitió comprender el sentido que adquiriría la ceremonia al calificársela como “re-iniciación”. Agregaría hoy la estrechez del concepto “iniciación” fundamentalmente asociado a los ritos puberales, porque –no sólo en el caso nivaclé– la inteligibilidad es alcanzable mediante el análisis de la serie completa, es decir visualizando los ritos del ciclo vital sobre un eje continuo, como un proceso de construcción de la persona enlazado por sucesivas metamorfosis corporales.

El segundo estudio de caso, procuró hacer inteligible una extendida percepción nivaclé del cristianismo como mensaje del Otro, siendo en este contexto el prototipo de alteridad el misionero católico de la orden Oblatos de María Inmaculada, encargada de “civilizarlos” y catequizarlos a partir de 1926. Un primer paso consistió en focalizar la relación entre evangelización y cambio socioreligioso analizando como un proceso de doble mano los encuentros y desencuentros ocurridos en el período 1926-1995 entre los *nivaclé* y los misioneros (Siffredi 1999, 2001). Este enfoque implicó asumir una concepción de ambos sujetos sociales como actores conscientes en la toma de decisiones derivada de su interacción. Para eso hubo que determinar cómo construyen las imágenes recíprocas y también su agentividad, motivos, intenciones y valores. En lo concerniente a la dinámica socioreligiosa, la perspectiva adoptada contrasta tanto con una continuista que al situar la cultura en un equívoco presente etnográfico representa a ésta como ahistórica, cuanto con un enfoque mecánico y unidireccional en virtud del cual los aborígenes se visualizan como receptores pasivos de transformaciones exógenas. Similar a la que implementaron Jean y John Comaroff (1991) en sus estudios sobre el “encuentro colonial” entre nativos y misioneros en Sudáfrica, esta línea de investigación me ha permitido profundizar la actual valoración indígena del cristianismo y, recíprocamente, los motivos que impulsaron el reciente ajuste de las políticas implementadas por los misioneros. Un paso decisivo hacia la comprensión del posicionamiento *nivaclé* ante el cristianismo implicó reconocer el contraste entre dos formas de concebir y ejercer el poder y el control social: la dinámica ridiculización-vergüenza, en el lado indígena, y la dicotomía recompensa/ castigo derivada de los principios del Bien y el Mal –sintetizados en lo que se corresponde o bien se aparta de los mandatos divinos–, por parte de los misioneros. Propuse que las características de cortoplacismo, intersubjetividad y reciprocidad inherentes a la dinámica

ridiculización-vergüenza fomentan una forma de control social más flexible. Por lo tanto, mientras las reglas aborígenes promueven relaciones sociales más fluidas e igualitarias sin excluir las jerárquicas –característica compartida con otras sociedades de base cazadora-recolectora que retienen cierto nivel de autonomía y descentralización–, la ética cristiana plantea por el contrario reglas más severas y relaciones sociales jerárquicas y asimétricas. A este respecto, mi hipótesis es que el mayor grado de restricción que evidencian las tradiciones monoteístas se vincula con las formas de control social que operan en sociedades centralizadas de tipo estatal.

Ahora bien, llegado el momento de preguntarnos cuáles son los límites que pueden presentarse en la búsqueda de inteligibilidad, deberíamos tomar simultáneamente en cuenta los obstáculos que se interponen en esta labor, sin minimizar las limitaciones concretas para acceder a una comprensión genuina de otras culturas y nuestros prejuicios enraizados en el paradigma epistemológico positivista. Particularmente en materia de espiritualidad, sostengo que subsisten aspectos opacos, resistentes a la tarea de construir sentidos. Las dificultades no sólo surgen de los “malentendidos”, sino también de nuestra renuencia a aceptar que la misma naturaleza de *lo sagrado* hace que no siempre sea reductible a la razón. Para aclarar, vale la pena tener presente el concepto de *lo numinoso* elaborado por Rudolf Otto (1949) y que alude a un sentimiento originario y específico del que se deriva su noción de lo sagrado. El rasgo clave de lo numinoso es el hecho que se experimente como *misterioso*, esa cualidad del comportamiento humano en la cual, aún sin excluirlos, los aspectos afectivos prevalecen sobre los racionales. En tanto misterioso, sostendrá Otto que despierta simultáneamente sentimientos inquietantes y sentimientos de atracción (*el tremendum y el fascinans*). En definitiva, las enseñanzas de Otto conducen a postular que todo intento de comprensión de lo sagrado torna imprescindible tomar en cuenta tanto la dimensión subjetiva que alude a los fuertes y contradictorios sentimientos de fascinación y repulsión que lo sacro despierta en el creyente, como la dimensión más “objetiva” que refiere al componente social de lo sacro, esto es, a un determinado horizonte normativo. En efecto, más allá de la reconstrucción del campo semántico a través del análisis de los elementos performativos, ideológicos y sociológicos de un determinado ritual encontramos un núcleo resistente al análisis objetivo. La experiencia personal indica que este núcleo opaco se relaciona con el punto de vista del nativo acerca de los fenómenos espirituales, menos enfocado en descifrar los sentidos de lo sagrado que en experienciarlo afectivamente en la vida cotidiana, como ocurre con cualquier creyente que sea practicante. Irónicamente, los etnólogos, en busca de una comprensión en términos del nativo, presuponemos que sus creencias y prácticas son relativas antes que absolutas. A este respecto, Rita Segato (1990:45-60) ha puesto de manifiesto la paradoja de que el antropólogo perciba los principios espirituales del otro como ajenos y, a menudo, como relativos, cuando desde la perspectiva del nativo sus convicciones jamás se relativizan sino que se conciben como absolutas. Esta paradoja se trasluce en el campo de la antropología de la religión, en el cual el prejuicio subyacente que lleva a omitir la adscripción religiosa del autor, dificulta analizar su compromiso o distanciamiento respecto de diferentes formas de espiritualidad. Recientemente, la revisión de registros de campo ha permitido constatar la paradoja de relativizar las creencias de nuestros interlocutores, lo que ha llevado a algunos antropólogos (Jackson 1989:1-18, Segato 1990) a ensayar acercamientos alternativos a los fenómenos religiosos.

La experiencia cotidiana de lo sagrado parece no ser abstracta porque está principalmente orientada a la resolución de situaciones corrientes y, al mismo tiempo, es más universal que las *performances* rituales en ceremonias que se celebran periódicamente. Para fundamentar la relación entre experiencia habitual de lo sagrado, rango de universalidad y límites de la inteligibilidad estableceré algunas semejanzas entre las vivencias ligadas a la *performance* de los cantos sacros en poder de las “iniciadas” *nivac.ché* (femenino de *nivacle*) y, por otro lado, ciertas experiencias místicas desarrolladas en un contexto histórico y cultural totalmente ajeno al de los indios. La revelación de cantos sagrados ocurre hacia el cierre de los ritos puberales femeninos cuando las muchachas, en estado de trance, reciben junto a esos cantos poderes específicos encarnados en

espíritus tutelares que les confieren sus formadoras ancianas. A partir de ese momento y más allá de la vida biológica, se sella una relación dialógica entre las mujeres más viejas y las mujeres más jóvenes que comparten los mismos espíritus, categorizada como “compañeras de cantos”. Este vínculo se caracteriza por comprometer sólidos lazos espirituales y afectivos intergeneracionales entre personas del mismo género. Desde la perspectiva *nivaclé* los cantos sagrados –los hay tanto femeninos como masculinos– forman una unidad indisoluble con la persona y con los espíritus tutelares, cuya poseedora (o poseedor) podrá convocar en situaciones de la vida cotidiana juzgadas críticas entonando los respectivos cantos. Habitualmente representados como poderosas aves –dobles invisibles de las terrestres– estos espíritus-cantos socorren a los indios en sus actividades de subsistencia y prácticas curativas, pero también pueden perjudicar no sólo a ellos sino a la comunidad toda si los poseedores desatienden un conjunto de precauciones y restricciones (Siffredi 1998).

Un incidente ocurrido durante mi primer trabajo de campo con los *nivaclé*, en 1980, ilustra la importancia de estas vivencias espirituales, la eficacia atribuida a los cantos sagrados y, por sobre todo, en función del presente desafío, interesa rememorar la situación porque evidencia que la pretensión de inteligibilidad tiene sus límites. En una entrevista con dos ancianas iniciadas que hablaban de sus “pájaros” y cantos, les pregunté ingenuamente si les agradaría grabar alguno. La más lanzada comenzó a entonarlo y al rato observé que tenía una postura rígida y la mirada fija, perdida en algún punto, como si estuviera ausente, al tiempo que su voz iba perdiendo intensidad hasta diluirse en un murmullo y, finalmente, en un silencio denso y tenso. Cuando dio signos de presencia, se echó a llorar desconsoladamente revelando una fuerte emoción de angustia, mientras que yo la miraba con asombro y sin saber qué hacer. La otra anciana aclaró que esa clase de cantos no debe entonarse en una situación impropia porque puede desencadenar peligros –como tormentas eléctricas e inundaciones cuando representan a las aves tronadoras– que dañarán no sólo a la cantora sino además a su comunidad. Una vez aquietada su angustia, la protagonista comentó haber experimentado algo semejante a un estrangulamiento, la resonancia de muchas voces a su alrededor y una visión de su difunta compañera de cantos que le provocó una gran tristeza. Estas experiencias que se caracterizan por la entrada en trance, la escucha de voces y eventuales visiones se corresponden con las que atraviesan las iniciadas en el momento culminante de los ritos puberales femeninos. Es entonces, como ya vimos, cuando sus formadoras ancianas les traspasan el poder, materializado en espíritus-cantos (Siffredi 1998).

La revisión del incidente a la luz de los imperativos éticos y técnicos del etnólogo –en este caso, evitar los registros sensibles a un determinado contexto toda vez que se esté fuera de la situación apropiada– me llevó a notar una parcial coincidencia entre estos imperativos y los del nativo. Se me ocurrió pensar que la situación era tan absurda como si me hubiesen pedido rezar el Padre Nuestro en un ateneo de etología. Obviamente, nunca hube de reincidir en tamaño error porque si bien me permitió acceder a un conocimiento reservado, la reincidencia deliberada implicaría una reprochable manipulación de la privacidad de la persona.

Se hace palpable un rasgo universal asociado con la *performance* de los cantos sagrados *nivaclés* si se los compara con los *insights* espirituales de carácter transcultural y transhistórico que constituyen el foco de múltiples formas de misticismo, como la experiencia interna de la “oración” que ha sido troncal en la vida y la lucha de los místicos españoles del Siglo XVI, particularmente en el caso de Santa Teresa de Ávila. En esa época, los valores semánticos del término “oración” abarcaban un conjunto de vivencias interiores que expresaban la búsqueda de un vínculo directo con Dios: desde la forma más accesible de la oración mental hasta la experiencia mística, indudablemente más compleja. Esta última se plasmaba en la escucha de voces, la percepción interior de visiones y en estados de éxtasis (Rossi 1995). Postulo que existe homología entre éstos *insights* y los que experimentan las *nivac*.che iniciadas cuando cantan para convocar a sus espíritus tutelares por motivos que van desde el pedido de sustento –tal la intercesión de las tronadoras para la obtención de una abundante cosecha de algarroba– hasta el reclamo de alivio

de padecimientos psicofísicos ligados al desborde de sentimientos como el enfado o el enamoramiento (Siffredi 2004).

Por último, deseo enfatizar que si nosotros los etnólogos, forzamos la búsqueda de inteligibilidad para satisfacer el requisito de consistencia analítica, corremos el riesgo de imponer categorías cartesianas a los sentimientos y experiencias de otras personas. Retomando la argumentación de Rita Segato (1990: 56), podría decirse que el resultado inevitable sería un reduccionismo antropológico asfixiante en tanto desprovisto de las experiencias sensibles y afectivas como la mayoría de aquéllas que se entrelazan con lo sagrado.

UN PRIMER DESAFÍO METODOLÓGICO: MÁS ALLÁ DE LAS FORMAS EVIDENTES DE ESPIRITUALIDAD

Asumo que los fenómenos religiosos o las preocupaciones éticas no son evidentes por sí porque lo que es fácil de percibir resulta arduo de comprender, sobre todo cuando la diferencia de códigos culturales y un conocimiento siempre insuficiente de la lengua vernácula reducen la fluidez de la comunicación dificultando la tarea de construcción de sentidos. Partiendo de esta premisa, para orientar la indagación de la espiritualidad considero necesario traspasar lo que uno percibe como obvio, es decir, la ilusión de las percepciones incrustadas en el sentido común. En consecuencia, encuentro conveniente extender la indagación más allá de aquellos aspectos que se nos presentan como directamente vinculados con los fenómenos espirituales y los imperativos éticos.

En esta línea, un viejo artículo en coautoría (Siffredi y Briones 1986), focalizado en la socialización sexual de los jóvenes *nivaclé*, muestra que las nociones y prácticas relacionadas con conductas sexuales que –desde el punto de vista indígena– se juzgan impropias, más allá del goce que habitualmente suscitan en la gente, emiten mensajes referidos a imperativos como el compartir o la exogamia. Su carácter crucial se debe a que sustentan principios estructurantes de la sociedad, como lo son las relaciones de parentesco, de género y entre grupos etarios delimitados por los ritos del ciclo vital. De modo que una característica de los mensajes nativos acerca de la sexualidad consiste en la gran amplitud de sus posibilidades metacomunicativas. La circulación oral de estos mensajes, especialmente en la interacción entre propios, se asemeja a la que nosotros escogemos cuando utilizamos un estilo comunicativo oblicuo que contiene información implícita. Por ejemplo, la narración de relatos acerca de burladores considerados anti-modelos sexuales (Wilbert y Simoneau 1987: #114-159) es una fuente inagotable de enseñanzas para los jóvenes, dado que las andanzas descarriadas de esos personajes les permiten extraer una serie de principios morales apropiados para la vida adulta. En tal sentido, la cultura *nivaclé* no sólo establece reglas referidas al comportamiento adecuado, sino también con respecto a los límites de la trasgresión e, indudablemente, un trazado más claro del margen de tolerancia ayuda a prever con mayor certeza el comportamiento de otros miembros de la comunidad. Por consiguiente, si el exceso sexual es una metáfora de perturbación en la vida cotidiana, la sexualidad aconsejable es una metáfora de la sabiduría de las reglas para contribuir a la reproducción social dentro de un horizonte normativo compatible.

Un tópico de incumbencia metodológica relacionado con el precedente indica un camino posible para la construcción de sentidos ligados a ideas de lo divino que nos resultan arduas de metabolizar, como las que se inscriben en personificaciones mitológicas cuyo carácter divino está implícito. Ideas mucho más intrincadas para aquellos misioneros y etnógrafos encabalgados entre los siglos 19 y 20, imbuidos de prejuicios y malentendidos con respecto a las creencias de los aborígenes del Gran Chaco y Patagonia (Siffredi y Spadafora 1998). En su intento de “traducción” a categorías racionales, ambos han reducido la aparente irracionalidad de personificaciones cuyo carácter divino no pudieron entrever e incluso tergiversaron a etiquetas etnocéntricas que guardan correspondencia con sus presupuestos evolucionistas sobre “primitivismo”. Entre otros

rótulos que derivan de malentendidos cabe mencionar los de espíritu maligno, embaucador, héroe civilizador o semi-dios.

Si se toman las creencias del otro con la seriedad debida, es preciso llevar el análisis más allá del nivel de los significados directos, explorando el nivel de los significados simbólicos, los cuales abundan en los mitos. En esa dirección, algunas ideas acerca de lo divino rastreables en las mitologías del Gran Chaco se expresan fundamentalmente a través de la paradoja y de la polisemia de los símbolos. En función de ese proceder, la conducta antisocial de varias deidades chaqueñas constituye el hilo conductor de un argumento narrativo que se resuelve en situaciones y modelos de comportamiento opuestos a las expectativas que despiertan los incidentes iniciales del mito (Siffredi y Cordeu 1992). Un ejemplo paradigmático es el de los mensajes asociados con las inconsecuencias y consecuencias de la sexualidad contradictoria de *Kíxwet*, una deidad chorote con el doble perfil de burlador y hacedor de elementos cruciales del mundo actual. El rico ciclo mitológico focalizado en *Kíxwet* contrapone deliberadamente su sexualidad desenfrenada a una sexualidad basada en principios morales como la alianza, la exogamia y la paternidad responsable. Su libertinaje y hermafroditismo se conectan con la imagen de disonancia y confusión generalizada del tiempo primordial, sin que *Kijwet* introduzca modificación alguna a esa situación caótica. Recíprocamente, la sexualidad sujeta a normas lo conduce a producir sustantivas modificaciones cosmológicas y humanas, como la separación entre tierra y cielo, el origen de las mujeres y la reproducción, el origen de los ríos y la pesca (Siffredi 1983, Wilbert y Simoneau 1985: #116-123).

El análisis en profundidad de mitos o ciclos como el mencionado permite la construcción de sentidos cruciales de las cosmologías indígenas chaqueñas, como lo son las ideas de armonía y disonancia de los fenómenos, sus aspectos limitados e irrestrictas, su previsibilidad e imprevisibilidad. Estas ideas, abarcadas por las de Vida -como proceso de renovación- y Enfermedad-Muerte -como pérdida progresiva de cualidades- son medulares para una construcción de sentidos que procure ser consecuente *vis-à-vis* de las imágenes aborígenes de la realidad (Siffredi y Cordeu 1992), las cuales no disocian lo material de la espiritualidad.

SEGUNDO DESAFÍO METODOLÓGICO: LO SAGRADO EN LA VERDAD REVELADA DEL NATIVO

Sugiero que un intento viable de articular la adscripción religiosa del científico con el conocimiento etnológico consistiría en extender el concepto de experiencia de lo sagrado. ¿Cómo encarar la ampliación propuesta? El precedente planteo acerca de la universalidad de las experiencias místicas suscitadas por la *performance* de los cantos sagrados nivaclé señala un primer paso en esa dirección. Para avanzar parece conducente recurrir a lo que Gregory Bateson (2000) considera un problema de integración entre diferentes aspectos de la vida humana, refiriéndose a los que comúnmente se encuentran desconectados e incluso se toman como opuestos irreconciliables. Indudablemente los etnólogos hemos contribuido a desarrollar las dicotomías que menciona Bateson: consciente/ inconsciente, cuerpo/ alma, natural/ sobrenatural. Para aclarar su postura, el autor nos proporciona un buen ejemplo referido a la antigua disputa entre católicos y protestantes sobre la interpretación del pan y el vino en la eucaristía. Mientras que los primeros sostienen la conversión real de esas sustancias en el cuerpo y la sangre de Jesucristo, los segundos las consideran una representación simbólica. El autor propone una concepción más amplia que incluye, por un lado, la sacralidad del sustrato material: el pan y el vino como alimentos básicos que generan un vínculo de comunión de los creyentes entre sí y con Dios. Por el otro, también da cabida a la sacralidad de su representación, esto es, el pan y el vino como símbolos del cuerpo y la sangre de Cristo.

Encuentro que la propuesta holística de Bateson fortalecería en lo metodológico la cons-

trucción de sentidos emprendida en recientes estudios sobre la articulación entre mito e historia en la narrativa tehuelche meridional o *aónikenk* (Siffredi 1995, 1997), siendo también sugerente y viable para otros etnólogos interesados en revisar aquellos dualismos que carezcan de un sólido respaldo heurístico. A fin de superar otra de las dicotomías clásicas en antropología –en este caso mito/ historia, derivada de un contraste implícito entre pasividad y actividad–, manteniendo no obstante la distinción analítica entre ambas categorías, introduje la noción de “agentividad mítica”. Esto me permitió mostrar que los aborígenes poseen formas intencionales de incluir los eventos históricos en sus formulaciones y re-formulaciones mitológicas.

A mediados de los años sesenta, el Ciclo de Elal constituía el foco de su profunda espiritualidad, claramente aprehensible en prácticas de la vida diaria cuyos actores establecían una asociación explícita entre incidentes cotidianos e incidentes del Ciclo, centrándolos en la figura de Elal. Por ejemplo, cierta vez una interlocutora estimó que habían disminuido sus pocas reservas de comida y entre seria y risueña atribuyó esa merma a la abuela de Elal, convertida en laucha por el propio Elal a causa de su intento de seducirlo. “*Hay que acordarse de las enseñanzas que nos dio ese Grande que nosotros tenemos*”, por eso el recitado del grupo de relatos que forma parte del Ciclo se ligaba con expectativas de reparación y amparo, si bien poco se sabe de los aspectos contextuales y performativos. El itinerario narrativo de las distintas versiones –recogidas desde fines del siglo 19 hasta 1980 aproximadamente– posee coincidencias notables, sostenidas por el entrelazamiento de instancias claves del ciclo vital de la deidad: su nacimiento a término pese al alto riesgo de ser devorado por su propio padre; las hazañas de la niñez sorprenden a la abuela materna en función de madre sustituta; la juventud marcada por la definitiva petrificación de la gigantocracia caníbal, incluyendo a su padre; las desdichas del matrimonio y la paternidad vinculables con una exogamia ilimitada y, ya en la adultez, la constitución de lo social condensada en la prohibición del incesto y el establecimiento de otros imperativos morales como el compartir, la hospitalidad, el respeto por los bienes ajenos o la reticencia ante extraños. Una vez cumplida su tarea, la deidad se retira al cielo y sólo recientemente se han difundido viejos relatos sobre su retorno en misión de salvador. En la jerga etnográfica de los años sesenta –inconscientemente imbuida de prejuicios evolutivos acerca de dioses y héroes– catalogábamos a Elal como héroe cultural o bien mítico, cuando para los creyentes nativos era una deidad incrustada en la experiencia en cuanto considerada responsable del mundo y la sociabilidad entonces vigentes. Es más, las llamadas “historias de Elal” constituían para los *Aónikenk* su “historia sagrada”. Sostenían que el recitado les transmitía mensajes fundamentales para una aprehensión de la magnitud de los poderes materiales y espirituales de la deidad. A ello debe atribuirse el hecho de que los *Aónikenk* se resistieran desde antaño a revelar su “historia sagrada” a los extraños.

Revisando viejos registros, advertí que los comentarios de mis interlocutores acerca del “Poderoso y su palabra santa” procuraban comunicar una idea similar a lo que representa la Biblia para un cristiano; vale decir, un registro que alude a la manifestación de los designios divinos a través de una secuencia figurada de eventos. De este modo pude alcanzar algún entendimiento acerca del sentido de lo que llamaban “historia sagrada”, aun cuando establecían una separación tajante entre la propia y la cristiana, análoga a la percepción *nivaclé* del cristianismo como el discurso del otro.

Para explorar si la distinción entre mito e historia se construía en forma categórica, analicé en diversos relatos del Ciclo la mitologización de la historia como uno de los procesos de producción de sentidos, complementario al de historización del mito. Limitándome ahora al primero, para Terence Turner (1988) implica la absorción de eventos históricos en los modelos mitológicos, de modo que tales eventos se anclan en el tiempo primordial. La reconsideración de versiones del Ciclo de Elal recogidas en diversas épocas por distintos autores (Wilbert y Simoneau 1982:8-56), me permitió constatar que todas ellas carecen de una cronología en sentido estricto y que la idea de secuencia resulta de una persistente reelaboración de sucesos modernos que se retrotraen a los orígenes. El contexto temporal del Ciclo se asemeja pues al de la mayor parte de las mitologías

indígenas de las tierras bajas sudamericanas, en el sentido de narraciones atemporales. Consecuentemente, varios acontecimientos históricos que habitualmente incluimos en la llamada mitología del contacto -como los referidos a las relaciones de los Tehuelches con grupos étnicos vecinos, con misioneros y colonos- evidencian las características y funciones del mito, lo que me llevó a concluir que las fronteras entre mito e historia se presentan atenuadas.

El Ciclo de Elal muestra esta atenuación tratando eventos que involucran diferentes épocas, escenarios y relaciones interpersonales como una repetición de narrativas fundamentales, aun cuando difieran en los detalles. El resultado final de este tratamiento mitológico del acontecimiento es la continua revelación de los poderes no siempre infalibles de Elal en distintos contextos históricos -como el de la experiencia *aónikenk* de la subordinación por otros grupos étnicos- y, más tarde, por los colonos. De ahí la idea indígena de “historia sagrada” como posibilidad concreta de repetidas revelaciones divinas cuya continuidad se expresa mediante el recurso narrativo de sus viajes transtemporales entre el cielo y la tierra para reconfortar a los sufridos Aónikenk en sus momentos de desazón.

Cabe preguntarnos acerca de los puntos de convergencia entre el enfoque hermenéutico que he ilustrado y los análisis estructurales anglosajones de textos bíblicos. Encuentro una convergencia en el hecho que el mensaje contenido en un conjunto de narrativas se comunica a través de un patrón que elude una secuencia histórica específica. En efecto, tanto los mitos nativos como el Génesis, por ejemplo, carecen de una cronología en el sentido de una secuencia estricta de eventos. Por ende, los mitos fundamentales tales como los que refieren el origen del mundo o la humanidad se multiplican a través de diferentes versiones como ha mostrado hace rato Edmund Leach (1969) y, recientemente, en un trabajo en coautoría (Siffredi y Matarrese 2004) que propone a la luz del Génesis una construcción de sentidos a partir de episodios del Ciclo de Elal aun inexplorados desde esta perspectiva.

COMENTARIOS FINALES

Un punto que merece ser retomado en forma más sistemática es el de las relaciones entre mi trabajo científico en etnología y mis convicciones espirituales como católica practicante. Contrariamente a lo que algunos autores agnósticos sostienen, considero que las creencias y prácticas religiosas personales pueden contribuir a un mejor entendimiento de las creencias y prácticas de otros pueblos -así lo han demostrado cabalmente antropólogos cristianos de la talla de Edward Evans-Pritchard o Mary Douglas-, aun cuando nuestra labor se desarrolle en el seno de tradiciones religiosas que poseen un contenido étnico local antes que universalista. Considero que una diferencia básica entre las “religiones étnicas” y las tradiciones universalistas como la cristiana y la islámica reside en que éstas teorizan y practican variadas formas de proselitismo derivadas de la intencionalidad de salvación global y expansión territorial que ha presidido su constitución histórica. Por eso, en disonancia con las doctrinas y los creyentes de sociedades indígenas descentralizadas que no pretenden convertir a otros pueblos para extender su espiritualidad, el mensaje y los mandatos inherentes a las tradiciones cristiana o islámica poseen para la generalidad de sus fieles un valor y un alcance universal ampliamente compartido, pese al carácter histórica y sociológicamente específico de todo sistema religioso.

Aunque mis convicciones son definidas, reconozco que otras convicciones tienen modos de expresión igualmente legítimos y viables. Por consiguiente, afirmo que la espiritualidad del Otro es tan válida como la mía y mantengo una actitud abierta frente a ideas distintas a las propias, procurando objetivarlas mediante el control de prejuicios, sin que esto implique la adopción de una complaciente postura relativista. En lo metodológico, admito no obstante que toda postura es relativa y por ende discutible en cuanto implica un recorte a partir de determinados puntos de vista teóricos.

Recíprocamente, me pregunto cómo han influido en mis propias creencias, prácticas y preocupaciones éticas las formas indígenas de espiritualidad que he procurado comprender. Aun cuando no pueda ni deba producir un aserto taxativo, una mirada retrospectiva hacia la labor etnológica emprendida me lleva pensar que el énfasis en la dimensión religiosa de varias culturas indígenas guarda relación con una búsqueda personal de espiritualidad que al promediar los estudios de grado era inconsciente. Reconozco con mayor claridad que mis principios morales han sido profundamente sacudidos y a la vez enriquecidos gracias al diálogo con la ética de los cazadores-recolectores, por más que lo fueran *part-time*. Específicamente, su inquietud por sostener cierto igualitarismo de la que surge el compromiso moral del compartir; la ética del liderazgo tradicional desprovisto de poder coercitivo, pero inseparable del conocimiento y la rectitud; el carácter permisivo de la socialización infantil, reforzado por los imperativos de una pa/ maternidad responsable; el criterio de apertura que, salvo excepciones justificadas, adoptan los actores indígenas y sus doctrinas frente a principios distintos a los propios; la idea que las dimensiones “materiales” y “espirituales” de la realidad se complementan en lugar de enfrentarse antagónicamente. Todas estas cualidades morales contribuyen a sostener una característica crucial de las sociedades cazadoras-recolectoras tomadas como tipo ideal, esta es su mayor flexibilidad.

Mi posición respecto a la viabilidad de diferentes expresiones espirituales y al enriquecimiento humano que nos proporcionan también incluye un compromiso moral con la labor de investigación, lo que me lleva a trazar algunas distinciones y coincidencias entre la ética científica y la ética confesional, refiriéndome fundamentalmente a la cristiana. Encuentro que la diferencia principal es que la ética científica posee criterios objetivos que el sujeto revisa en el transcurso de su propia elaboración, lo que confiere un consistente sentido de autonomía. Por otro lado, la ética confesional depende de una autoridad trascendente cuyos mandatos no están abiertos a preguntas.

En segundo término, observo un mayor dinamismo en la práctica de la ética profesional, en relación a que sus criterios pueden discutirse y revisarse constantemente, como es el caso del conocimiento científico. La ética confesional, en cambio, lleva implícita la aceptación de lo que se ha establecido previamente. Por consiguiente, cabe notar que las prescripciones religiosas no consideran la carga de arbitrariedad que pueden asumir algunas implicaciones sociales de tales reglas. Este sería el caso de la discriminación femenina por el islamismo fundamentalista o de la tendencia a imponer a otros la conversión -conducente a un empobrecimiento de la diversidad cultural- evidenciada por el cristianismo, pero también por el islamismo que en su afán de expansión llegó en su despliegue histórico hasta las Islas Filipinas. En cambio, si se interpreta la idea judaica de Pueblo elegido como una insistencia etnocéntrica se corre el riesgo de desconocer su enraizamiento en la perspectiva cristiana. Chiara Vangelista me ha hecho notar que la idea de Pueblo elegido posee un valor semántico distinto en una religión fuertemente entrelazada con la dimensión étnico-territorial como la hebrea.

En tercer lugar, la ética profesional se basa en relaciones interpersonales dentro de un contexto social e implica a la vez un cierto grado de elaboración individual, bajo la responsabilidad de estar dispuesto a responder racionalmente a cualquier demanda. Aunque se advierte cierta correspondencia con la ética confesional, debida al mutuo compromiso con lo social, como la última está principalmente dirigida al mundo espiritual, puede desatender cuestiones de la vida diaria que condicionan la acción humana.

Reflexionando sobre mi sentido de las conexiones éticas entre mi trabajo en etnología y mis compromisos espirituales como creyente, llegué a reconocer una correspondencia clave entre ambos tipos de ética. Esta consiste en la búsqueda del “bien común” en nombre de la sociedad. En este sentido, el egoísmo no sólo es una falla importante para el catolicismo sino también para otras tradiciones religiosas como aquéllas que he estudiado. Desde una postura antropológica, uno encuentra que lo que admite cierta re-formulación en función de una cultura dada es qué se entiende por “bien común” en el contexto histórico contemporáneo, caracterizado por la inclusión indígena en los estados-nación. A este respecto, es necesario considerar cómo situaciones

extremas –conflictos bélicos y enfrentamientos “étnicos”, por ejemplo– pueden llevar al incremento de prácticas de homicidio, infanticidio o abandono de ancianos e inválidos, como ha sucedido en varios grupos cazadores-recolectores compelidos a una semi-sedentarización.

A modo de comentario final, pienso que el contacto personal con diferentes tradiciones religiosas a lo largo de una extensa labor etnológica, me ha permitido reconocer tanto rasgos específicos cuanto universales y, por consiguiente, ha contribuido a una mejor *comprensión* de la espiritualidad indígena. Insisto que las formas transculturales de misticismo y los mitos analizados muestran que la revelación de lo sagrado puede estar presente en cualquier tradición religiosa. Por consiguiente, sostengo que ninguna doctrina puede reclamar el estatus de única fuente de Verdad.

Recibido: mayo 2003.

Aprobado: octubre 2003.

AGRADECIMIENTOS

Deseo dar gracias a Marina Matarrese y a los Lics. Fernando Lynch y Ana María Spadafora por su ayuda en diferentes etapas de preparación del trabajo.

NOTAS

- ¹ La ponencia original ha sido publicada en inglés (Siffredi 2001) y esta reelaboración ampliada bajo forma de artículo en español, tiene el propósito de difundirlo a un mayor número de especialistas hispanoamericanos.
- ² Aunque ya no escuchemos su voz ni su estilo comunicativo enfático, Francisco Varela merece ser recordado como gran científico y una excelente persona.
- ³ Debo decir que desde la teología cristiana –excluyendo la teología de la inculturación, por ejemplo– mi postura acerca de la verdad revelada como atributo de la espiritualidad de cualquier pueblo se consideraría “heterodoxa”. Ejerciendo una suerte de “hermenéutica de la sospecha” (Ricoeur 1999), infiero que ésta es la razón primaria por la cual la revista alemana *Anthropos* ha rechazado –sin aducir motivos– la publicación de una versión anterior de este trabajo.
- ⁴ Los nivaclé, también conocidos como Chulupí, se encuentran hoy fragmentados en misiones, estancias, colonias y asentamientos ubicados en un triángulo con vértice en Mariscal Estigarribia (Chaco central paraguayo) y base al sur del Pilcomayo medio, más precisamente en el nordeste de la provincia de Salta y centro de la de Formosa. Mi conocimiento directo de este pueblo se remonta a cinco campañas etnográficas que financió el CONICET, cumplidas en la misión multiétnica católica Santa Teresita, el campamento de trabajo *Cayinó Clim* de la colonia menonita Neuland, en Asunción y Luque Molinos, en Paraguay.
- ⁵ Más allá del cumplimiento efectivo de esta prohibición –de hecho transgredida por algunos hombres maduros que no dejan sin embargo de advertir sus consecuencias–por el momento sólo puedo ensayar una interpretación sociológica de la misma. Los padres que se sometían a este ritual de pasaje, no siempre voluntariamente sino también por coerción de los ancianos, cambiaban de status y categoría etaria, pasando a considerarse “ancianos” aunque biológicamente no lo fueran. Por ende, de continuaran procreando se produciría una confusión de roles en la dinámica intergeneracional pautada: abuelos que serían simultáneamente padres e hijos que tendrían padres-abuelos, además de abuelos. Sólo he encontrado una referencia escueta a esta restricción en Clastres (1992).

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc
1993. *El genio del paganismo*. Barcelona, Muchnik Editores.

Bateson, Gregory y Mary Catherine Bateson

2000. *El temor de los ángeles. Epistemología de lo sagrado*. Barcelona, Editorial Gedisa.

Clastres, Pierre

1992. *Mythologie des indiens Chulupí*, Bibliothèque de l'École des Hautes Études, Sciences Religieuses, 98. Louvain-Paris.

Comaroff, Jean y John

1991. *Of Revelation and Revolution. Christianity, Colonialism and Consciousness in South Africa*. Vol. I: The University of Chicago Press.

Evans-Pritchard, Edward

1978. *Antropologia Social da Religiao*. Rio de Janeiro: Editora Campus.

Gadamer, Hans Georg

1997. *Mito y Razón*. Barcelona: Paidós.

Jackson, Michael

1989. *Paths toward a Clearing. Radical Empiricism and Ethnographic Inquiry*. Indiana University Press.

Leach, Edmund

1969. *Genesis as Myth and Other Essays*. London: Jonathan Cape.

Otto, Rudolf

1949. *Le Sacré*. Paris: Payot.

Ricoeur, Paul

1996. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.

1999 [1965]. *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI.

Rossi, Rosa

1995. *Teresa de Ávila*. Barcelona: Salvat.

Segato, Rita

1990. Una paradoja del relativismo: el discurso racional de la Antropología frente a lo sagrado. *Scripta Ethnologica, Supplementa*, 10: 45-60. Buenos Aires, CAEA/CONICET.

Siffredi, Alejandra

1983. *Temporalidad y Espacio en la cosmología chorote*. Tesis doctoral, UBA.

1993/94. La muerte de un hijo: dolor, exclusión, reintegración. Entramado de una secuencia ritual nivaclé. *RUNA*, 21: 271-300. Universidad de Buenos Aires.

1995. La atenuación de las fronteras entre mito e historia: la expresión del contacto en el Ciclo de Elal. *Cuadernos*, 16: 171-195. Instituto Nacional de Antropología y pensamiento latinoamericano, Buenos Aires.

1997. Frammenti di religiosità e mito dei Tehuelche meridionali. En: L. Sullivan (ed.), *Trattato di Antropologia del Sacro*, 6: pp. 271-282. Milano, Jaca Book-Massimino.

1998. La iniciación femenina entre los Nivaclé septentrionales. Un contrapunto a dos voces. *II Congreso Argentino de Americanistas*, 1, pp. 199-225. Sociedad Argentina de Americanistas, Buenos Aires, Dunken.

1999. Shame on Blame and Blame on Shame. Religious Change through Multiple Voices. The Case of Nivaclé and Catholic Missionaries. En: *Proceedings of the Second International Conference on the Anthropology of the Gran Chaco*. Centre for Indigenous American Studies and Exchange. University of St. Andrews, Scotland.

2001 Indígenas, misioneros y estados-nación. Cambio sociorreligioso a través de múltiples voces... *III Congreso Argentino de Americanistas*, 2, pp. 307-347. Sociedad Argentina de Americanistas, Buenos Aires, Dunken.

2004. Los riesgos de volverse otro. Des-personalización y exo-personalización en la sociedad nivaculé. *JSA*, en prensa,
- Siffredi, Alejandra y Claudia Briones
1986 Orden y Desorden en las relaciones sociales bajo la clave de la enculturación sexual. *Suplemento Antropológico*, XXI (1), pp. 147-178. Asunción, CEADUC.
- Siffredi, Alejandra y Edgardo J. Cordeu
1992. Prefacio. En: M. Chase-Sardi, A. Siffredi y E.J. Cordeu (eds.), *Narrativa erótica indígena del Gran Chaco*,; pp. 7-34. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Siffredi, Alejandra y Ana María Spadafora
1998 De misioneros y etnógrafos. Equívocos, supersticiones y dilemas frente a la diferencia cultural. *Revista de Ciencias Humanas*, 24, pp. 9-27. Universidade Federal de Santa Catarina, Florianopolis.
- Siffredi, Alejandra y Marina Matarrese
2003.Espiritualidad tehuelche meridional: recomponiendo las astillas de la memoria. En: M.S. Cipolletti (coord.) *Los mundos de abajo y los mundos de arriba. Individuo y Sociedad en las Tierras Bajas y en los Andes*. Quito, Abya Yala, en prensa.
- Turner, Terence
1988 Ethno-Ethnohistory: Myth and History in Native South American Representations of Contact with Western Society. En: J. Hill (ed.) *Rethinking History and Myth*, pp. 235-281. Urbana: University of Illinois Press.
- Wilbert, Johannes and Karin Simoneau (eds.)
1982. *Folk Literature of the Tehuelche Indians*. Los Angeles, UCLA Latin American Center .
1985. *Folk Literature of the Chorote Indians*. Los Angeles, UCLA Latin American Center.
1987. *Folk Literature of the Nivaculé Indians*. Los Angeles, UCLA Latin American Center .

ARQUEÓLOGOS Y BRUJOS: LA DISPUTA POR LA IMAGINACIÓN HISTÓRICA EN LA ETNOGÉNESIS HUARPE

Diego Escolar (*)

RESUMEN

Se examina en este artículo el controvertido proceso de emergencia de identificaciones huarpes en la provincia de San Juan, atendiendo al papel que en él tiene y ha tenido la disputa e imbricación entre representaciones del pasado académicas y populares. El objetivo central será demostrar cómo las opuestas y aparentemente irreconciliables posturas sobre la existencia o no de aborígenes de identidad huarpe en la región, desarrollan sus argumentaciones paradójicamente tomando como base el mismo conjunto de referentes empíricos, evidencias e incluso teoría. Para ello, se analizará el diálogo y conflicto que protagonizan arqueologías profesionales y nativas populares desde principios del siglo XX sobre los vestigios arqueológicos del departamento cordillerano de Calingasta y se explicará el papel crucial de la magia como condición de valor contrahegemónico en procesos de etnogénesis como el huarpe. Las experiencias sobrenaturales operan como argumento importante de la emergencia indígena en la medida que permite a los actores subsumir la contradicción entre la ausencia inicial de una noción de continuidad existencial respecto de un origen remoto y la articulación cotidiana y de corta duración de sentidos de pertenencia indígenas vividos como “primordiales”.

Palabras clave: Etnografía. Arqueología. Huarpes. Cuyo. Etnogénesis.

ABSTRACT

This paper examines the controversial issue of the emergence of Huarpe identifications in San Juan province, taking into account the role of the discussion and interrelationship of academic and popular views about the past. The opposite and apparently incompatible results of the debate on the current existence of aborigines in the region are paradoxically mostly sustained or imagined considering the same set of empirical information, evidences and theory. This is specially evident in the dialogue and conflict about archaeological remains in the Calingasta department, carried out among professional and popular archaeologists since the early 20th century. The supernatural experiences are an important argument to sustain the indigenous emergence. They allow to solve

(*) CRICyT (CONICET).

the contradiction between the absence of a notion of existential continuity related to a remote origin and the everyday and short term notion of indigenous identity which is experienced as “essential”.

Key words: *Ethnography. Archaeology. Huarpes. Cuyo. Ethnogenesis.*

Los huarpes, signados como primitivos habitantes de la región de Cuyo al momento de la conquista española, han sido considerados extintos o “desaparecidos como etnia” desde el siglo XVII, en un debate etnográfico que quedó tempranamente clausurado sobre este tópico hacia la década de 1950¹ y que con pocas excepciones ha tenido escasa renovación posterior². Pero desde mediados de la década de 1990 se observa en distintas áreas y grupos de la región la emergencia o parcial visibilización de identificaciones huarpes e indígenas. Este proceso ha sorprendido al campo académico, entre otras cosas porque la cuestión huarpe se consideraba dirimida en el terreno arqueológico o en la investigación etnohistórica sobre fuentes coloniales tempranas, haciendo caso omiso de las prácticas, actitudes, memorias o discursos de actores sociales actuales o contemporáneos. La secular carencia en Cuyo de investigaciones antropológicas basadas en trabajo de campo etnográfico, ha contribuido a la reproducción de una narrativa oficial de “extinción” indígena que, invocando cánones científicos, negó la producción cultural popular o subalterna e incluso ciertas fuentes históricas y voces disonantes dentro de las elites locales (Escolar 1997, 2003).

El propósito del presente artículo es analizar la actual producción y reproducción de sentidos de pertenencia aborígenes en Cuyo, poniendo en foco el papel que en este proceso tiene la tensión e imbricación entre discursos académicos que en general negaron contradictoriamente su existencia contemporánea y prácticas nativas que, también contradictoriamente, marcan una continuidad aborígen. Para ello me basaré en mis experiencias de campo en Calingasta, en la Provincia de San Juan, en testimonios de informantes nativos y en el análisis de textos de arqueólogos profesionales y legos que investigaron o escribieron sobre los vestigios del área³.

En Calingasta, departamento cordillerano del suroeste de San Juan, se despliegan numerosos vestigios de sociedades aborígenes que habitaron la región hasta 8.000 a.p. tales como petroglifos, pinturas rupestres instrumentos líticos, cerámica, canales, trazados viales, restos de viviendas y momias que han sido objeto de la indagación arqueológica al menos desde el siglo XIX⁴. Estos objetos han sido el referente de un complejo diálogo entre interpretaciones arqueológicas académicas, literarias y nativas, que impacta fuertemente en la dinámica de etnogénesis huarpe o indígena que se verifica en la región desde la década de 1990. La hipótesis que manejamos es que la contradictoria imaginación arqueológica resultante de estos intercambios, firmemente incorporada en las representaciones que construyen las poblaciones locales sobre su propio devenir colectivo, constituye un campo de disputa por la hegemonía cuyo eje es el debate sobre la identidad indígena de las poblaciones subalternas. Como complemento de esta hipótesis, proponemos que las aporías que genera la confrontación entre perspectivas científicas y nativas sobre la historia aborígen local, en especial en lo que atañe a definir la continuidad o bien alteridad de las poblaciones actuales respecto de los aborígenes de antaño, se inscriben en un escenario donde la epistemología cede paso a la ontología y el discurso científico cobra un status análogo a la magia como principio de interpretación y percepción.

ARQUEOLOGÍAS EN PUGNA

Varios años antes de comenzar mis investigaciones formales en Calingasta, de viaje en el Valle durante el verano de 1991, me accidenté al caer de un caballo. Los enfermeros de la salita sanitaria del pueblo de Barreal, no acertaron en curar la gran hinchazón de mi mano derecha, algunos de cuyos huesos habían quedado dislocados. Tres días después y ante la evidencia de que

el problema iba en aumento, acepté la derivación de algunos pobladores (incluyendo un enfermero) al *compositor*, de seguras habilidades curativas sobre estructuras óseas de hombres y animales.

Se untó las manos en un aceite balsámico, sencillo y profesional, y luego de musitar y ensayar algunos signos en el aire, tiró de mis dedos de improviso, acomodando aparentemente la mano en su posición correcta, en un clímax de dolor y alivio. No pasaron dos horas hasta que la mano, afortunadamente abierta, comenzara a recuperar su dimensión original. El *compositor* amablemente denegó el dinero y, luego de mi agradecimiento, volvió presto a la cosecha.

Ocho años más tarde, ya como investigador en campaña, indagando el incipiente proceso de “emergencia” de identidades huarpe o genéricamente indígenas en el área, me encontraba recuperando el aliento a la sombra de los retamos que circundaban un *ciénago*⁵, único manchón verde en decenas de kilómetros de piedra en la Precordillera del Tontal. Allí, habiéndose abierto un diálogo directo sobre el origen indígena de los pobladores locales, uno de mis compañeros nativos, el Indio (tal era su apodo) se reveló como hijo de aquel “compositor” y mostró mucho interés en hablar del origen de las capacidades de su padre. Según su relato, la adquisición de las mismas estaba directamente ligada a un evento profusamente evocado en las narrativas de los pobladores del Valle de Calingasta: la exhumación en 1969 de un conjunto de más de diez momias en el sitio Los Morrillos, en el piedemonte de la Cordillera de Ansilta, por parte del arqueólogo sanjuanino Mariano Gambier.

El indio contó que las momias, bajadas a lomo de mula, fueron acondicionadas en un galpón de Barreal, donde los arqueólogos las sometieron a misteriosos procedimientos, antes de ser derivadas a la ciudad de San Juan. Su padre sin embargo, bajo la anuencia de un cuidador cómplice, habría sido la única persona que pudo ingresar secretamente al recinto durante tres noches seguidas. Allí, su tacto pudo explorar las condiciones de esas anatomías que, inanimadas, libremente se ofrecían a la experimentación. Zafando, dislocando, y sobre todo desarmando y armando huesos y tendones, falanges y carpos, el fúnebre mecano se repitió cada una de esas tres noches, hasta que las momias fueron transportadas finalmente a San Juan. Pero, como insinuó el Indio, dejaron en manos del *compositor* no sólo el conocimiento sino una capacidad mágica de curar las afecciones óseas de cuerpos de humanos, vacunos o equinos.

La narración de las momias—como muchas otras que se desplegaban en el *campo*—era parte de una larga y elíptica respuesta a mi pregunta más o menos explícita respecto de la existencia contemporánea o actual de “indios”. Como percibí entonces, las momias y cuerpos calificados como de *indios* eran un referente importante del debate soterrado que emergía cada vez con más fuerza, sobre su propio carácter aborígen. Debate en el cual la producción de sentido sobre prácticas y objetos culturales—tanto de los aborígenes del pasado, como de sí mismos o sus ancestros más o menos próximos—tenía una importancia fundamental.

En otra expedición a la misma área, arribamos con un baqueano a una cabaña de piedra junto a la ladera de un cerro, que estaba siendo refaccionada por dos peones. A la noche, mi observancia protocolar del silencio durante el resto de la jornada junto a otros usos baqueanos predispuso favorablemente a nuestros anfitriones a hablar con la confianza propia de los encuentros entre compadres. Bastó que insinuara mi interés por conocer “el campo”, la vida y costumbres de su gente y la historia de los *antiguos*⁶, para que el diálogo se coloreara, luego de una inmersión en problemáticas locales. Uno de los peones narró cómo al refaccionar la cabaña un mes antes, habían hallado el cuerpo enterrado de un indio, que tenía un costado chamuscado porque justo allí, antes de que fuera construida la cabaña, había un fogón donde arrieros o cazadores paraban a *alojar*. Este relato abrió una ansiosa descripción de los indicios indígenas, mencionando la existencia de una profusión de sitios y objetos arqueológicos de hallazgo cotidiano y estableciendo subrepticias comparaciones entre la vida aborígen y los actuales habitantes del área. Los *indios* eran representados analógicamente a los pobladores actuales, como primitivos ocupantes de “alojos” que usaban en la actualidad; cazando guanacos, tal como ellos; tejiendo ponchos, mantas y gorros de lana como los que ellos o sus padres usaban; fabricando boleadoras, pan, moliendo granos en morteros de

pedra, como sus abuelos. Y sobre todo, forzados al rudo trabajo en el campo, expuestos al frío, temporales, accidentes, hambre y sed, tal como ellos se representaban su propia condición en el *campo*. A mi pregunta respecto de por qué el cuerpo había sido hallado en ese sitio distante del Valle, me respondieron que “Seguro que al pobre lo agarró el hielo cuando lo han mandado al campo... los harían trabajar mucho [a los indios]... por eso se morían por aquí”. “¿Y por qué en el campo?” “Y, trabajando... como nosotros ahora”. Sin embargo, nada de esto fue suficiente preámbulo para autoadscribirse explícitamente como indígenas; por el contrario las preguntas comenzaron a dispararse hacia mí: “¿Quiénes, eran los indios? ¿Por qué estaban acá?”. De la “momia” sólo quedaba un trozo de gruesa cerámica en un rincón de la cabaña. Uno de los peones se la había llevado en el anca del caballo para venderla, explotando así un lucrativo y tradicional negocio del área andina sanjuanina.

El hallazgo de cuerpos enterrados, momias, fardos o urnas funerarias es un hecho bastante corriente entre los habitantes del Valle de Calingasta, tanto por la actividad de huaqueros en las montañas como más frecuentemente como “subproducto” de la labranza de los campos y la realización de canales en pueblos de los oasis irrigados, que en general han sido asiento de pobladores aborígenes desde tiempos prehispánicos. Numerosos informantes refieren ese tipo de hallazgos, que han derivado en su venta, atesoramiento, denuncia a museos locales o el provincial, o han sido cubiertos nuevamente para no alterar la “paz de los difuntos”. En la actualidad, las “momias” son uno de los principales objetos arqueológicos que impactan en la reflexión de muchos habitantes del área sobre una posible continuidad biológica y cultural con aborígenes prehispánicos y ulteriormente, en la elaboración de nociones de identidad o ascendencia aborígen. Pero las momias han sido también, históricamente, el núcleo de la producción arqueológica profesional u oficial, que invariablemente tendió a establecer una distancia radical entre las poblaciones aborígenes productoras de esos vestigios arqueológicos y los actuales pobladores.

La búsqueda y exhumación de momias ha sido sin duda la actividad más “taquillera” de la arqueología profesional sanjuanina. Explorar enterratorios o inhumaciones individuales y múltiples de aborígenes, extrayendo abundantes cuerpos y ajuares fue práctica corriente entre viajeros y arqueólogos desde mediados del siglo XIX⁷. En 1914 Salvador Debenedetti, como titular de una misión del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a los “Valles Preandinos de San Juan”, tuvo como principal práctica arqueológica la exhumación de restos mortuorios excavando para ello decenas de tumbas para incorporarlos a las colecciones del Museo. Posteriormente, el descubrimiento de la momia del Cerro del Toro en 1964 por andinistas sanjuaninos propiciará el nacimiento de la arqueología académica provincial. El rescate de la “momia” –el cuerpo congelado y casi intacto de un aborígen con su ajuar, semienterrado junto a un recinto pircado próximo a 6380 mts. s.n.m– dio lugar a la creación de una agencia arqueológica sanjuanina, a cargo de Mariano Gambier, el actual Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo (IIAM), dependiente de la Universidad Nacional de San Juan⁸.

Pero la exhumación de las momias de Los Morrillos por el propio Gambier y Pablo Sacchero en 1969 se constituyó finalmente en el hito que dio literalmente “cuerpo” a la Arqueología provincial –y las vitrinas del IIAM– perfilando a la arqueología como un “saber de estado” provincial. El titular del IIAM, Mariano Gambier, fue el principal responsable en la elaboración de un discurso oficial sobre el pasado aborígen–ayudado en esta tarea por su colaboradora, la etnohistoriadora Catalina Teresa Michieli. En su perspectiva, las culturas aborígenes autóctonas están radicalmente separadas de las prácticas culturales contemporáneas y no han dejado su impronta en el presente. La cultura huarpe se presenta degradada frente a la incaica, cuya imposición previa a la llegada de los españoles es postulada como único “hecho importante en la historia de los huarpes” (Gambier 1993)⁹. La extinción de los huarpes es dada como un hecho en el período colonial temprano, en fechas tan tempranas como 1630 primero por su consabido traslado forzado a Chile y luego por mestizaje o bien por aculturación (ibid.).

Pero más allá de los argumentos científicos invocados—que en rigor no alcanzan para postular una taxativa discontinuidad cultural o biológica de las poblaciones cuyanas actuales con los aborígenes prehispánicos— las perspectivas discontinuistas, su argumentación y contradicciones tienen un origen más remoto.

Si analizamos dos de los más importantes estudios arqueológicos realizados en el área: *La Cultura de Los Morrillos* (Gambier 1985), *Investigaciones Arqueológicas en los Valles Preandinos* de San Juan (Debenedetti 1917), por ejemplo, es posible observar notables coincidencias heurísticas y retóricas. En la estructura de ambos libros, el análisis arqueológico está enmarcado y precedido por una descripción geográfica del área y una breve pero contundente descripción de la vida actual de sus pobladores. Aunque esto puede parecer sólo una presentación formal de sus investigaciones, centradas en la excavación y análisis tipológico de sitios y artefactos, constituye en realidad un anticipo de un marco interpretativo y procedimientos heurísticos comunes. Invariablemente, aunque postulen la tajante alteridad entre los pobladores actuales y los prehistóricos, cuando los autores arriesgan interpretaciones sobre la dinámica sociocultural y económica de los grupos productores del material arqueológico, recurren a analogías directas con las prácticas de los habitantes del área contemporáneos de sus investigaciones. Finalmente,

Debenedetti construye en principio una brecha entre la población aborígen y los actuales habitantes de Calingasta e Iglesia, con el argumento de que éstos eran o parecían ser “chilenos”.

...nuestros esfuerzos tendientes a descubrir, en el fondo de las tradiciones locales, un valor positivo que nos permitiera establecer correlaciones, han sido estériles. Por todas partes y en las cosas todas aparece constantemente la influencia de los pueblos de allende la cordillera (Debenedetti 1917: 18-19).

Pero fuera de este cristal de “nacionalidad”, la discontinuidad cultural con los aborígenes del pasado—argumento central para negar el carácter aborígen de los actuales pobladores— se hace difícilmente sostenible. Debenedetti invariablemente observará la similitud entre prácticas actuales y las que atribuye a los aborígenes. En principio, la ocupación y distribución en el espacio, el uso del suelo y la forma de las viviendas¹⁰: “En los mismos parajes o en sus inmediaciones estuvieron también ubicadas las viejas poblaciones. Ningún cambio fundamental se ha operado en la comarca (Debenedetti 1917:17)”.

Los poblados actuales se encuentran superpuestos o junto a los restos de ocupaciones aborígenes; lo mismo ocurre con los campos de cultivo e inclusive con las viviendas. La única diferencia sustancial que Debenedetti observa, invariablemente, es la aparente reducción de las áreas cultivadas en comparación con la superficie irrigada en el pasado—hecho deducido por la abundancia en el entorno de los actuales oasis de restos de canales de riego a cotas mayores que las actuales. Las viviendas no solamente están ubicadas en los mismos parajes, sino que su arquitectura, tecnología y materiales son asimiladas a algunos tipos frecuentes de construcciones prehispánicas. Refiriéndose a las ruinas de Angualasto, en el norte de San Juan, Debenedetti considera que los recintos, aparentemente antiguas viviendas, están contruidos con el mismo tipo de “adobones” o tapias de barro amasado que las de los pobladores actuales (Debenedetti 1917:136) e incluso tienen las mismas dimensiones (Debenedetti 1917:140). También, tanto en Angualasto como en las demás localidades de los Valles de Iglesia y Calingasta que visitó, las puertas están orientadas hacia el este para protegerse de la acción de los vientos (Debenedetti 1917:75). En Barreal, Debenedetti afirma observar los “últimos vestigios de las viviendas indígenas” e interpreta que:

Fueron como los ranchos actuales de adobes crudos, techadas con una mezcla de barro, paja, cañas y otros vegetales. Quizá como en las construcciones actuales, anexos a los ranchos o

formando parte de ellos, existieron esos raros tipos de habitaciones secundarias cuyas paredes eran de jarillas atadas entre sí con tientos de cuero y que son conocidos con el nombre de ramadas (Debenedetti 1917:20)¹¹.

Además de la similitud en las viviendas, diversos objetos utilizados por los indios mantenían su uso vigente entre los pobladores. Tal es el caso de los ponchos tejidos de lana de guanaco y vicuña (Debenedetti 1917:70) o de algunos enseres domésticos, como mates y tinajas análogas a las que formaban parte del ajuar de una momia exhumada en Calingasta (Debenedetti 1917:64).

Según describe Debenedetti –y yo mismo he comprobado en la actualidad– la continuidad en la utilización de objetos indígenas se da en ocasiones literalmente, mediante la apropiación de utensilios arqueológicos que los pobladores actuales recogen como los morteros o *conanas* de piedra y los reciclan o reutilizan para los mismos fines.

Otro aspecto en donde implícitamente se señala cierta continuidad cultural con los aborígenes son las prácticas y saberes de los pobladores locales. Las interpretaciones que ofrecen los guías y acompañantes nativos locales, por ejemplo, nutren las explicaciones del propio Debenedetti. Este es el caso de la ubicación de petroglifos en sitios arqueológicos de Cordillera como Las Burras, cuya aridez y falta de recursos no parecen ofrecer, en principio, una explicación plausible, por lo que son interpretados como obra de cazadores y los sitios como seguros paraderos de caza. Pero esta interpretación está informada por una analogía con los actuales cazadores nativos.

Sabido es que en las proximidades de las vertientes andinas es donde nuestros paisanos rastrean mejor las tropillas de guanacos o avestruces que, casi siempre, a la misma hora y en las mismas épocas, bajan de los áridos cerros en busca de agua.

Por tales razones creemos que los petroglifos responden a escenas de la vida de cazadores, a la cual aún *hasta nuestros días* están muy habituados los pocos habitantes de aquellas inhospitalarias comarcas (Debenedetti 1917:124)¹².

El argumento maestro que Debenedetti utiliza para postular la discontinuidad cultural de las poblaciones actuales con las aborígenes, la “chilenización” de la región, se destruye cuando el autor argumenta que los vínculos transcordilleranos entre poblaciones del occidente y oriente andinos constituyen una constante eco-cultural desde tiempos prehispánicos. En efecto, los movimientos transcordilleranos que él observa son análogos a

las relaciones recíprocas mantenidas en los tiempos prehistóricos por los pueblos de ambas laderas de la cordillera andina, en lo que se refiere a la provincia de San Juan y posiblemente a las inmediatas (Debenedetti 1917:161)

Debenedetti hallará profundas similitudes entre vestigios prehispánicos locales con otros del norte Chico y Grande de Chile y observará un uso humano sostenido durante milenios de los pasos utilizados contemporáneamente para el intercambio entre las vertientes oriental y occidental de la Cordillera. En *La Cultura de los Morrillos* Gambier (1985) utiliza principios de analogía muy similares a los de Debenedetti¹³. Destaca como hechos centrales de la dinámica de los cazadores-recolectores Morrillos (entre el 6000 y 2000 a.c.) y los grupos aborígenes que los precedieron y sucedieron, a la trashumancia y ocupación estacional de microambientes entre el piedemonte y los valles interandinos de la Cordillera, y los contactos o identidad cultural con grupos que hacían lo propio desde la banda occidental de los Andes.

Esta dinámica, que a la postre es considerada como promotora de una comunidad cultural de varios milenios (o bien fruto de un origen común), tiene como explicación las determinaciones impuestas por las condiciones geográficas y ecológicas.

El hecho real y verídico es la comunidad de espacios durante una parte del año para una actividad fundamental como la de la cacería y todos sus efectos, por lo que debe suponerse que hubo necesariamente una tácita distribución de campos durante esta etapa. Las relaciones entre los grupos de una y otra banda debieron estar reguladas por las condiciones climáticas del sector y su repercusión en las pasturas y en consecuencia por la cantidad de animales disponibles. La identidad de rasgos culturales permite establecer un origen común y/o un contacto estrecho durante algunas épocas que permitieron plasmar la identidad (Gambier 1985:162).

La analogía con los actuales grupos trashumantes “argentinos” y “chilenos” es planteada en forma directa. La causa es la ausencia de lluvias estivales en la banda occidental que obligaría a los animales de caza a buscar pasturas de veranada en la Cordillera tal como

...obliga actualmente a los pastores de esa región a migrar con su ganado a los valles por la falta de pasturas. La migración es una exigencia irreversible para el ganado y la fauna de ambas bandas cordilleranas. Fue también una exigencia de todos los tiempos como lo sigue siendo ahora (Gambier 1985:160).

En esta perspectiva, la instalación humana actual y el aprovechamiento de recursos se apega a esta dinámica estacional del mismo modo que entre los cazadores recolectores de antaño. Lo que describe como uso trashumante actual de distintos pisos ecológicos y microambientes a través de fincas y puestos en las áreas bajas, puestos en los valles interandinos y alojos en las vías intermedias parecen coincidir con la funcionalidad trashumante atribuida a los cazadores Morrillos “...sobre la base de un campamento semipermanente, campamentos estacionales y paraderos transitorios de cacería y recolección (Gambier 1985:165)”.

Para Gambier, al igual que para Debenedetti, una serie de importantes prácticas culturales, económicas y ecológicas de los pobladores contemporáneos se asemejan a las de los indígenas “arqueológicos”. Pero existe un marcado contraste entre el modo mecánico en que son planteadas estas continuidades y la alteridad radical axiomáticamente establecida entre aborígenes y actuales pobladores, en términos de adjudicación identitaria. Lo único que se plantea como francamente discontinuo en la larga historia de la ocupación humana en el área, es la identificación como aborígen o indígena de los habitantes, que se supone quebrada en un tiempo mítico que en Debenedetti parece coincidir con el adevinamiento de los “chilenos” y en Gambier con la conquista española.

Contrariamente, las interpretaciones nativas a menudo invisten a sus propias prácticas culturales y los materiales arqueológicos del área como pruebas no tanto de un pasado indígena arcaico, sino de la continuidad de poblamiento y del carácter o ascendiente indígena de los actuales habitantes. Y con frecuencia, estos monumentos de continuidad son los mismos sitios y objetos que los arqueólogos han instituido como referencias de culturas y sociedades prehistóricas desaparecidas, discontinuas o sin vínculo aparente con las poblaciones actuales.

De hecho, también muchos de los tópicos interpretativos de los arqueólogos son análogos a los de los baqueanos y arrieros como los que oficiaban de guías y ayudantes en sus expediciones. Los pobladores locales no sólo poseían sus propias interpretaciones sobre el pasado basadas en el material arqueológico, sino que éstas eran frecuentemente adoptadas, las más de las veces en forma implícita, por los propios arqueólogos profesionales. La representación de las viviendas indígenas al modo de las actuales, el uso de sitios con petroglifos como estaciones de caza en la montaña; la dinámica de la trashumancia y desplazamientos estacionales a los altos valles de la Cordillera, como los actuales pastores y ganaderos; la logística y el sistema de producción en torno a sus asentamientos como semejante a la de los actuales “puestos” de pastores o alojos de arrieros en la montaña; la ingeniería hidráulica y las técnicas de agricultura. Estos tópicos, entre otros,

conforman un conjunto de representaciones “arqueo-etnográficas” que provienen tanto de la analogía que el arqueólogo efectúa entre las prácticas de poblaciones antiguas y contemporáneas, como de las explicaciones y representaciones de los propios guías y colaboradores locales.

Al mencionar mi interés en la población indígena, actuales o ex arrieros y baqueanos de Cordillera me referían la existencia de numerosos rastros de actividad aborígen y “casas de indio”. Las *casas de indio* eran descritas como cuevas naturales o parcialmente excavadas en aleros rocosos, algunas de gran amplitud, que se encuentran tanto en las quebradas que se internan en los Andes, en algunos sitios del piedemonte, como en altos valles y faldas montañosas. Muchas de ellas se hallarían a unos 4000 metros de altitud, en las inmediaciones de los picos Aconcagua y Mercedario. Los informantes afirmaban que en general están hábilmente acondicionadas y pueden ser muy amplias (tanto para proteger a una tropa entera de mulas), aunque su entrada puede ser muy pequeña o escondida a la perspectiva de las rutas habituales que atraviesan los pasos de la Cordillera. También mencionaban otros rastros que indicarían que había “muchos indios” en la zona: canales, petroglifos, caminos que unen *campos* del piedemonte cordillerano –donde a su vez también hay *casas de indio*– o restos de construcciones de *pirca*. Estas *casas de indio* están en general ubicadas en lugares aptos para invernar ganado, no muy lejos de vegas y arroyos, reparadas de los agentes climáticos, y donde hoy día habitan gran cantidad de guanacos, aunque algunas están en lugares de difícil acceso, lejos de insumos esenciales como el agua y la leña. Pero en uno y otro caso, los baqueanos se sienten aptos para reconstruir sus circuitos de aprovisionamiento, el aprovechamiento de recursos, la probable logística de caza, recolección, agricultura o el carácter estratégico de su ubicación para el ocultamiento o defensa de sus moradores. El uso del término doméstico “casas” para referirse a dichos sitios arqueológicos y la familiaridad con su ubicación, características y potencialidades estratégicas y logísticas, señala en realidad un hecho central: las “casas de indio” o sus áreas circundantes han sido utilizadas con relativa continuidad como refugio o vivienda por parte de arrieros, cazadores o pastores seminómades hasta las primeras décadas del siglo XX o incluso hasta la actualidad. Como he podido comprobar personalmente estos sitios, por su facilidad de aprovisionamiento de leña y agua o la disponibilidad de abrigos constituyen generalmente óptimos “alojos” que los viajeros aprovechan como campamento entre las duras jornadas de la Cordillera. Otras “casas de indio” han servido y aún sirven también de asiento a los pastores seminómades que afluyen durante el período estival desde la vertiente occidental de la Cordillera instalándose con sus rebaños en los valles interandinos, en el piedemonte o incluso en la precordillera.

Las casas de indio coinciden en general con el tipo de sitios excavados por los arqueólogos como “aleros rocosos” o “enterratorios”, tales como los Morrillos, o grutas de los valles interandinos como la Colorada de la Fortuna o la Casa de los Guapos entre otros¹⁴. El uso moderno de estos sitios ha sido reconocido por los arqueólogos que los investigaron como una ocupación esporádica que contaminó, deterioró y eventualmente destruyó las evidencias arqueológicas de los sitios, sin ningún vínculo cultural o de otro tipo con las poblaciones prehispánicas o aborígenes. Salvador Debenedetti y Mariano Gambier considerando invariablemente extinguidos a los *indios*, calificaban a los ocasionales ocupantes contemporáneos como “pastores”, “chilenos” e incluso “contrabandistas” (Debenedetti 1917, Gambier 1986).

Pero contrariamente a esta perspectiva, los nativos baqueanos y arrieros y cazadores locales señalan a muchas *casas de indio* como vivienda de sujetos considerados *indios*, contemporáneos de su infancia o juventud, al tiempo que parecen concebir la continuidad en la utilización de las mismas (o de los recursos de sus inmediaciones) como una forma de vínculo histórico con los “antiguos”. Algunos relatos por ejemplo refieren una singular continuidad en la utilización de sitios con petroglifos. Las Piedras Pintadas eran un conjunto de grandes rocas ubicadas en unas colinas áridas unos kilómetros al norte del poblado de Barreal, cubiertas de petroglifos, que según la tradición local estaban a la vera del camino del Inca¹⁵. Durante un viaje en procura de una secreta casa de indio, un baqueano local que se adscribe como *huarpe* me comentó que de niño participaba

en una “recogida” anual del ganado semi-cimarrón –evento central en la economía y sociabilidad de las poblaciones locales, que actualmente ha disminuido en importancia–¹⁶ que se realizaba en un área cercana a las Piedras Pintadas. Como una explicación del carácter indígena de dichos pobladores afirmó que en dichas recogidas “los viejos” extraían las “firmas” o marcas para el ganado de las inscripciones que se encontraban en las Piedras Pintadas, a la sazón no muy lejos del área donde se realizaba la recogida. Así, el principal objetivo económico-político de la recogida –la definición de la propiedad familiar o individual del ganado mostrenco o pariciones recientes mediante el señalamiento con una marca particular– estaba directamente vinculada a los petroglifos, y especialmente, los petroglifos eran investidos como conjunto de signos para representar la identidad de los propietarios.

Esta explicación ofrece una nueva perspectiva sobre un fenómeno que produjo algunas quejas y luego un novedoso interés en los arqueólogos que dieron cuenta de los petroglifos en la región: la realización de petroglifos modernos sobre o junto a los antiguos, atribuidos a pastores, arrieros o cazadores o incluso “acampantes” (Debenedetti 1917, Ardissonne y Grondona, 1953; Gambier, comunicación personal; Podestá y Rolandi 2001). Estos petroglifos han sido descritos como imitaciones de los anteriores, signos de la liturgia cristiana o bien marcas para el ganado que arrieros o ganaderos imprimían en la roca. Pero si bien estas inferencias pueden ser totalmente ciertas, el análisis de la superposición de petroglifos de las mismas basado en tipologías de rasgos de cultura material o contextos socioeconómicos de producción no alcanzan para dirimir los alcances del sentido que pudo tener para sus realizadores la práctica de inscribir marcas, copiar diseños, etc. en dichos sitios –menos aún si sus autores se identificaban como arrieros, cazadores, cristianos o aborígenes–. Independientemente del grado en que los signos modernos “no aborígenes” se inspiran o no en los considerados “aborígenes” ¿Cuál es el valor de esta activa interacción, de este diálogo intertemporal con los signos producidos por los *antiguos*? Más allá de que ciertos motivos de los petroglifos hayan sido utilizados como “firmas”, o que al revés, los arrieros o ganaderos inscribieran allí sus propias marcas ¿Cuál es el sentido de esta reutilización de los mismos “monumentos” como canal o soporte para plasmar, proyectar, reciclar u obtener signos producidos a través de largos períodos de tiempo? ¿Hasta qué punto los vestigios arqueológicos han sido letra muerta para las representaciones nativas del pasado, antes o después del advenimiento de la arqueología como disciplina científica?

Esta ambigua representación nativa del devenir de las sociedades aborígenes en las actuales poblaciones y su contradictoria formulación entre la marcación y la invisibilidad étnica, tiene un ejemplo cabal en la disposición del denominado *cementerio de los indios* de Barreal.

En mis viajes de investigación a Barreal recordé que siendo niño había conocido un cerro denominado el Colorado, al pie de la precordillera, cuya cumbre plana se afirmaba era asiento de un enterratorio indígena prehispánico. Al visitar el sitio en la década de 1990, comprobé que además del posible enterratorio en la cumbre –ahora plagado de huecos que delataban excavaciones– existían otros vestigios y cementerios. Por una parte, petroglifos e indicios de enterratorios en las inmediaciones de la base del cerro y pinturas rupestres modernas a la entrada de dos pequeñas cavernas, imitando los diseños prehispánicos inscriptos en las grutas de Los Morrillos. Por la otra, dos cementerios cristianos, uno de los cuales se hallaba en uso y el otro parecía abandonado desde la década de 1960, a juzgar por las inscripciones de sus cruces. Posteriormente, comprobé también que este sitio arqueológico había sido descrito –e investido como símbolo del pasado indígena arcaico provincial– desde mediados del siglo XIX por Sarmiento (1966[1850]), Rickard (1863) y Debenedetti (1917) y que incluía, además de petroglifos y enterratorios aborígenes, un tramo de vitalidad incaica y los posibles restos de una *tambería* (Debenedetti 1917).

Al inquirir a informantes locales sobre qué parte de todo el conjunto constituía el cementerio indígena, llamó mi atención la ambigüedad con que ellos señalaban como locación del cementerio de los indios al área general del Colorado, sin hacer una distinción sobre si esta denominación correspondía al asentamiento supuestamente prehispánico o se extendía a los otros dos cementerios.

Pero lo que más me sorprendió fue que, al intentar lograr una mayor precisión, la mayoría de los entrevistados señalaba como específico cementerio de los indios no tanto el área de enterratorios prehispánicos, sino al cementerio cristiano en desuso, un pequeño recinto pircado cuya mayor proporción de tumbas –y aparentemente las más antiguas– databan de las primeras décadas del siglo XX. Carlos, un informante joven que se considera a sí mismo descendiente de indios, atribuye la denominación indígena de este cementerio al hecho de que, según él, parece ser de la familia extensa Suárez y a otras connotadas como indios o sus descendientes. Esta explicación parece consistente con las versiones que señalan a los Suárez, especialmente los más ancianos, como *indios*; baqueanos y arrieros para quienes los animales, como refiere otro informante, “no tienen secretos, expertos rastreadores que “no hablan nunca” y “son muy tímidos”.

La taxativa distinción arqueológica entre indígenas y actuales pobladores quedaba al menos relativizada por la continuidad de uso del espacio del Colorado como cementerio hasta la actualidad y la continuidad del sentido ritual adscripto al sitio¹⁷. Pero la definición indígena del cementerio relativamente moderno, trasladaba además la adscripción indígena a ancestros muy recientes o contemporáneos de los actuales pobladores y contribuía aún más a disolver la alteridad atribuida a los pobladores actuales respecto de los aborígenes. Tampoco las distinciones de cultura material entre los vestigios prehispánicos (urnas, momias, ajuares) y modernos (cruces, féretros y mausoleos), o el carácter cristiano de las tumbas, eran argumentos para que los informantes descalificaran el carácter indígena de esos muertos.

¿Pero cuál es el origen del nuevo cementerio de los indios? En el informe de Debenedetti de 1917 se describen con detalle unas construcciones ubicadas en el mismo sitio en que hoy se encuentra el cementerio (Debenedetti, 1917:23), denominadas en la época “Tambería del Inca” o “Casa del Inca” (y a la vera del Camino del Inca¹⁸). La descripción y la planta dibujada por Debenedetti corresponden casi exactamente, en ubicación, orientación, forma y materiales, al muro de piedra cuadrangular que rodea el “cementerio de los indios” y sólo ha cambiado el interior, que carece de los muros que subdividían originalmente el recinto en seis. Es decir, la Tambería parece haber comenzado a ser utilizada como cementerio por pobladores locales poco después de la exploración de Debenedetti en la zona, en las décadas de 1910 o 1920.

Este asunto del cementerio de los indios es revelador del tipo de vinculaciones entre usos del pasado y metacultura que los actores operan al convertirse en agentes de la emergencia o rearticulación de sentidos de pertenencia aborígenes. En primer lugar, muestra que ciertos “sitios arqueológicos”, lejos de la visión arcaica construida por arqueólogos e intelectuales provinciales, son lugares de continua ocupación y uso, generalmente mediante prácticas asociadas a las de la ocupación humana pasada. En segundo término, ilustra que los actores resignifican productivamente los materiales arqueológicos, creando o reproduciendo sentidos diferentes o incluso opuestos a aquellos elaborados por los arqueólogos. Tercero, al contrario que la *doxa* arqueológico-etnográfica regional, evidencia que los sentidos producidos pueden ser los de continuidad y no de ruptura con el pasado aborígen. Cuarto, sugiere que los sitios arqueológicos que se perfilan como más significativos para las narrativas y usos del pasado *aborígenes* nativos en el área coinciden generalmente con aquellos que han sido investigados por los arqueólogos. Quinto, nos enseña que la arqueología popular local habilita como indígenas tanto vestigios culturales de poblaciones tradicionalmente consideradas “arqueológicas” como “etnográficas” o “históricas”. Particularmente, este movimiento tiende a definir o marcar como indígenas a vestigios de la actividad de poblaciones de arrieros, mineros y cazadores de las primeras décadas del siglo XX: *alojos* o *baleaderos*¹⁹ de la cordillera, restos de viviendas y canales en los oasis del Valle, o, como hemos visto, cementerios; objetos de uso cotidiano en la época, como morteros o filtros de piedra. Estas interpretaciones son consistentes con una de las principales constantes en las “memorias indígenas” locales: la asociación metafórica y metonímica entre lo indígena y la cultura, economía y sociedad de los pobladores rurales del área en las primeras décadas del siglo XX (Escobar 2001). Es decir, son a menudo los pobladores contemporáneos del viaje de Debenedetti –a los que el

arqueólogo consideraba “no indios”—quienes son progresivamente constituidos como su referente *indios puros* en las actuales retrospectivas aborígenes locales.

MAGIA, HEGEMONÍA Y ETNOGÉNESIS

El principal escollo cognitivo para el análisis de un proceso de “emergencia” de identidades étnicas como el huarpe es comprender cómo determinados actores pueden restituir un vínculo vivido como primordial de continuidad con grupos que los consensos hegemónicos en que estos mismos actores se insertan postulaban extinguidos. ¿Cómo ciertas personas pasan a considerar “natural” su vínculo con poblaciones aborígenes que probablemente el grueso de la población y muchos de ellos consideraran extintas hasta hace pocos años?

En trabajos anteriores y en la primera parte de este artículo, enfatiqué el modo en que tales procesos suponen la producción de discursos metaculturales y usos del pasado que habiliten dichas identificaciones, disputando y eventualmente negociando con discursos y representaciones hegemónicas. Sin embargo, en casos como el estudiado—más allá de aquello que en una primera instancia puede ser considerado como visibilización, producción, articulación o invención de sentidos de pertenencia étnicos—llama la atención el marcado contraste entre los alternativos postulados en disputa. Lo que cualquier debate sobre este tema lleva invariablemente a discutir en ámbitos locales, particularmente intelectuales o académicos, es la simple existencia o inexistencia de aborígenes contemporáneos en la región, no aceptándose, como esta dicotomía impone, respuestas “intermedias”. Como hemos visto las descripciones o evidencias que postulan la inexistencia o discontinuidad radical de los indígenas cuyanos con las actuales poblaciones, no son tan distintas de aquellas que muchos de los actuales pobladores marcados como “criollos”, utilizan para marcar o argumentar su condición o ancestría indígena. Lo que parece estar en juego entonces, en este caso, no es tanto o no sólo diferencias valorativas y en sentido amplio epistemológicas (sobre los procedimientos legítimos del conocer y definir lo verdadero) sino también el mismo status de realidad o existencia asignado a los referentes y objetos del conocimiento.

En este sentido, deseo indagar cómo los sujetos del emergente huarpe tienden a salvar esta brecha cognitiva y cuasi “ontológica” apelando entre otros recursos a explicaciones mágicas, representaciones sobrenaturales y relatos chamánicos de adquisición y transferencia de conocimientos, poderes y capacidades.

Uno de los aspectos más recurrentes en mi investigación sobre las identidades huarpes e indígenas tanto en Calingasta como en otras áreas de Cuyo, incluyendo comunidades y organizaciones urbanas, es la asociación de lo indígena con una variada gama de manifestaciones sobrenaturales. Relatos sobre la acción de “aparecidos”, el “diablo”, salamancas y fantasmas, animales raros, luces, voces o sonidos extraños, alternan con otros sobre magia, brujería, adivinación, curación y, en general, poderes extraordinarios en algunas personas. Tan abigarrado abanico de tópicos podrían ser desde luego abordados desde muy distintas perspectivas de investigación mereciendo aproximaciones más específicas que las que aquí efectuaré: deseo centrar mi análisis sobre el valor y uso de la apelación a este tipo de manifestaciones en las explicaciones o representaciones de la presencia actual de lo indígena. No será mi prioridad—ni es necesario que lo sea para el argumento a desarrollar—evaluar si estos eventos responden a realidades en sí mismas, sino que tomaré como eje al grado y tipo de eficacia social de las experiencias y discursos que los toman o imaginan como referentes.

En general, comentarios sobre eventos sobrenaturales surgen en las conversaciones de modo espontáneo como hechos inmediatamente asociados al significante indígena, aunque en la mayoría de los casos este énfasis contradice la falta de explicaciones respecto de por qué se establece este vínculo.

Muchos relatos que responden a la inquietud del investigador sobre la significación de lo

indígena en la actualidad mencionan animales extraños, aparentemente híbridos de distintas especies o que se transforman a medida que caminan o corren, que aparecen en medio del campo y se acoplan al andar de los jinetes, o se suben al anca de los caballos, para luego desaparecer sin dejar rastros. Se alude también recurrentemente la aparición de un guanaco de gran alzada o de pelo blanco, con un comportamiento inusual, al que las balas no le penetran o que provoca que el fusil se atasque.

Otro comentario habitual al indagar sobre la presencia o identificación indígena contemporánea, particularmente entre los viejos baqueanos, es la aparición en el campo de formas luminosas en determinados lugares y situaciones. Un anciano y prestigioso baqueano narraba que en noche cerrada, una extraña niebla lo llevó a perderse hasta que apareció con su caballo en medio del cementerio de los indios. Allí observó luces que recorrían el cementerio, flotando en el aire, hasta perderse nuevamente en la tierra. En otras oportunidades luces semejantes hicieron huir a militares que atravesaban la zona. Estas manifestaciones son relatadas por gran número de informantes y son explicadas de diferentes maneras, pero las más habituales, junto con la “luz mala” o señales que indican la ubicación de tesoros enterrados de monedas de oro o plata, se vinculan al pasado indígena. Se sindicán las luces como “entierros” de indígenas con ajuares de artefactos de piedra o metal precioso, o bien como el espíritu de los mismos indios, en especial de “brujos”.

Pero si lo indígena es vinculado a menudo a distintos tipos de eventos sobrenaturales, existe también una marcada tendencia a atribuir capacidades extraordinarias a personas que se considera poseen un contacto privilegiado con los mismos. Estas personas son signadas no como las únicas en vivir este tipo de experiencias, sino como quienes han sido transformadas por ellas, adquiriendo poderes, conocimientos o capacidades especiales adscriptas directa o indirectamente a ancestros indígenas. En un extremo de la escala, se explicaría de este modo el conocimiento o la intuición de algunos baqueanos y rastreadores extraordinarios para encontrar ganado perdido en la Cordillera, hallar los pasos apropiados en condiciones adversas, predecir los cambios climáticos o curar las enfermedades de los animales. En el otro extremo, algunos de ellos son considerados “brujos”, poseedores de capacidades de curar o provocar enfermedades o incluso la muerte, adivinar el futuro, producir fenómenos climáticos, hacer aparecer animales u objetos o volar.

En general, los viejos baqueanos tienden a marcar como sobrenaturales sus habilidades y en mayor o menor medida suelen ser considerados del mismo modo por las otras personas. Muy a menudo insisten en que su capacidad de encontrar animales perdidos es un don sobrenatural producto de su acuerdo con el diablo, o que el viento o algo les habla mientras cabalgan y les dice por dónde fueron las bestias, dónde tienen que pasar y dónde pueden encontrar peligro. El centenario Ramón Castillo contaba que el diablo era “bueno” y lo ayudaba, que le hablaba cuando estaba en su rancho, limitándose él a tomar la preocupación de no mirarlo ni contestarle. Esta relación, comentaba, había surgido cuando Castillo se dedicaba al rastreo de ganado en la Cordillera. Durante semanas vagaba sólo por la montaña; los rastros del ganado ya estaban borrados, pero Castillo seguía la voz del diablo que lo acompañaba durante todo ese trayecto, indicándole qué ríos, pasos y quebradas había que seguir hasta dar con las vacas en algún recóndito valle. La capacidad de estos baqueanos es descripta como una suerte de intuición ampliada, una conexión íntima con la naturaleza y una empatía con el “pensamiento” de los animales que les permitiría predecir sus actitudes.

Esta concepción remeda de un modo singular la relación que Harvey Feit (2000) observa entre poder y conocimiento entre los cazadores Cree Waswanipi del subártico. Los Cree consideran que el éxito en la caza sucede cuando consiguen ligar sus pensamientos y acciones a un ordenamiento o flujo trascendental de la vida y la naturaleza que está guiado por seres sobrenaturales poderosos. La “buena suerte” como una forma concreta de poder, se manifiesta según Feit en el conocimiento del futuro, la capacidad de predecir eventos o situaciones la cual está evidentemente basada en saberes ecológicos, climáticos y etológicos ancestrales de larga duración cuya adquisición, como en el caso de los baqueanos, se obtiene en el “campo” a través de la experiencia directa, la imitación de las prácticas de los ancianos y la escucha de sus relatos de caza. Como para

el caso de los prestigiosos baqueanos la búsqueda de animales o también la cacería, el éxito en la caza entre los cree es connotado con ribetes shamánicos, como un designio de poderes superhumanos, al que es posible acceder a través del pensamiento, la intuición y la sintonía con una relación armónica entre la naturaleza, los hombres y lo sobrenatural²⁰.

En el caso de los viejos baqueanos, estos saberes o capacidades son definidos o connotados en la actualidad, por una gran parte de los pobladores locales, como de origen indígena. Esto no necesariamente ocurre con los propios baqueanos, quienes suelen mantener una actitud más ambigua sobre su adscripción indígena. Pero lo interesante para los fines de este trabajo, es que tanto estas personas como así también los “brujos” o curanderos, son en general definidos como “indios”, o los detentores contemporáneos de una esencia indígena que puede ser también definida en términos culturales o biológicos. Las capacidades curativas, de adivinación, de incidir en las fuerzas de la naturaleza, son asociadas en general, al menos en la actualidad, a ancestros o espíritus indígenas que pueden manifestarse en forma visible o bien “transmitir” poderes o conocimientos a través del contacto o proximidad con objetos arqueológicos, y en algunos casos la mera presencia del receptor en sitios arqueológicos.

Uno de los eventos más habituales mencionados para esta adquisición de poderes o conocimientos son las *salamancas*, fiestas o reuniones fantasmales que son percibidas como reales, en lugares que en general coinciden con sitios arqueológicos o son sindicados por los habitantes locales como antiguos ámbitos ceremoniales indígenas. Según expresaba un adscripto huarpe que se reconocía como “medio brujo” del área de Guanacache en el norte de Mendoza –donde se observa un importante movimiento de reivindicación huarpe (Escolar 1999)– las *salamancas*, aunque a veces asociadas a la presencia del diablo, serían la continuidad de ceremonias indígenas realizadas en lo que fueron sitios de culto. Constituirían eventos adonde las personas pueden acudir para obtener conocimientos sobre materias particulares o recibir poderes especiales. Para quien se acerca, el aspecto, vestimentas, lenguaje y actitudes de los participantes no se distinguen del de los actuales pobladores. Reciben hospitalariamente al recién llegado, conviniéndole con comida, bebida, baile e incluso cama y cuarto para descansar. Pero a la mañana siguiente el invitado se despierta en medio del monte o el médano, sin rastro alguno de los eventos de la noche anterior, y las masitas que había guardado en sus bolsillos se han convertido en bosta de vaca.

Nuestro informante, sin embargo, no atribuía sus propias capacidades extraordinarias a la *salamanca*, sino como muchos otros, a la recurrente aparición de luces voladoras o rastreras, cuya escala va del tamaño de una bolita hasta el de un ómnibus, y que a menudo lo siguen o se le atraviesan en su camino en la noche. Así explica sus poderes, que le permiten por ejemplo predecir el futuro o curar a los animales con sólo observar su rastro, aunque como en general manifiestan aquellos que creen tener este tipo de facultades, no sabe el origen real ni la explicación de sus resultados: “¿Usted que diría si le cuento que yo curo las enfermedades de los animales con sólo verle el rastro? Miro el rastro y sé que tiene una enfermedad y lo curo, pero no sé por qué”²¹.

Pero si las “luces” son consideradas por este informante, como por muchos otros, como el vehículo típico de adquisición de poderes, los ámbitos en que éstas se manifiestan son por lo general, al igual que las *salamancas*, sitios arqueológicos o sitios considerados como antiguos lugares de culto indígenas.

Las capacidades especiales y fenómenos sobrenaturales tienden a ser vinculados entonces directa o indirectamente a sitios y vestigios arqueológicos indígenas.

Por un lado sujetos asociados a marcas o identificaciones indígenas y la posesión de poderes sobrenaturales suelen haber tenido un vínculo público y reconocido con restos arqueológicos. Hombres ancianos o de edad mediana que se adscriben o son adscriptos como indios (o se precian de serlo) y como brujos, o poseedores de capacidades sobrenaturales, han sido a menudo baqueanos o colaboradores locales de arqueólogos que excavaron en el área, o bien poseen gran conocimiento de la arqueología local.

En la introducción de su informe sobre los Valles Preandinos de San Juan, Debenedetti

reconocía en Don Segundo Araya uno de sus estrechos colaboradores y guías (1917:5). Segundo vivía en una finca junto al principal sitio con vestigios de artefactos y viviendas de los antiguos pobladores indígenas de Barreal –que Debenedetti imaginaba como semejantes a las actuales– y poseía ya experiencia en el rescate de artefactos y momias para coleccionistas tales como Desiderio Aguiar. Pero actualmente Segundo no es recordado como auxiliar de arqueólogos sino como el más famoso brujo local y como “auténtico” indio. Según abundantes relatos Segundo –fallecido hace aproximadamente dos décadas– curaba cualquier tipo de enfermedad, hacía aparecer a voluntad extraños animales u objetos. También se convertía él mismo en animal o volaba, especialmente jueves y viernes, por encima de la Cordillera hasta Chile para visitar a su hermana. El baqueano, autoadscripto como huarpe que nos llevara a buscar una “casa de indio” y relatara el uso contemporáneo de los petroglifos de las Piedras Pintadas, por ejemplo, afirma haber sido uno de los operarios en las excavaciones de Gambier en Los Morrillos y se jactaba de haber removido parte de las momias, del mismo modo que otros ex colaboradores que son signados por los pobladores locales como “indios” o “medio indios”, cosa que parece tener su correlato en otras áreas de la provincia²². El “compositor” de huesos mencionado al comienzo de este artículo también debía su poder de curación, según el relato de su hijo, al contacto y manipulación de las momias de Los Morrillos, como un don obtenido en circunstancias extraordinarias, débilmente enmascaradas por la condición de “aprendizaje” que intentaba figurar como un burlón metamensaje a la incredulidad del interlocutor.

Además, los vestigios arqueológicos indígenas constituyen para muchos pobladores una fuente de zozobra y al mismo tiempo de progresiva identificación con un pasado o presente aborigen a través de la supuesta aparición de imágenes de “indios” que son interpretadas como portadoras de mensajes para los actuales pobladores considerados sus descendientes.

Desde los últimos años de la década de 1990 he tomado nota de abundantes relatos y comentarios sobre la supuesta aparición de fantasmas de indígenas en sitios arqueológicos. Estas apariciones han sido interpretadas por los actores de distintos modos: como reclamos a los testigos de una actitud de compromiso en defensa del patrimonio arqueológico contra lo que es percibido como una expropiación y profanación a cargo a huaqueros y arqueólogos “de la ciudad”; como mandato “político” de asumir una postura activa frente a la pérdida de acceso a recursos naturales de las comunidades locales en manos de actores externos, como agencias ambientalistas y “gente rica de la ciudad”; y como reclamo de asumir un vínculo “esencial” de identificación respecto de los antiguos aborígenes.

Las apariciones, según quienes dicen haberlas visto o escuchado a testigos remedan siempre a indígenas hombres, solos, con una vestimenta particular (en general una falda de plumas de avestruz) y el torso desnudo. No se trata habitualmente de imágenes tenues, sino de lo que aparenta ser una presencia concreta y real.

Junto un gran enterratorio indígena en Sorocayense, en el Valle de Calingasta, un poblador comentó que doblando un recodo de una “barranca” de greda se encontró repentinamente con una especie de habitación o carpa de cueros y palos, y un indígena que lo miraba; recuerda con aprehensión los detalles de la ornamentación del sujeto y la vivienda, vestimenta, enseres o amuletos que colgaban de los palos y una vasija de cerámica. Fue a buscar más gente pero cuando volvió no había nada, salvo, enterrada al costado de la barranca, la vasija. Este es sólo uno de los numerosos relatos de apariciones o almas en pena que pobladores vecinos del lugar dicen haber observado en los últimos años, y que atribuyen a un fuerte avance de fincas de cultivo y otras obras sobre el antiguo enterratorio. Los vecinos, lejos de acudir a instituciones académicas o gubernamentales, acudieron a denunciar la situación a una comunidad huarpe con sede en la ciudad de San Juan para que arbitre medios para hacer cesar las profanaciones a sus ancestros.

En general, las “almas” o “apariciones” son interpretadas como guerreros, líderes o “brujos” en actitud de custodiar un área determinada –que posee sitios arqueológicos o se considera fue asiento de alguna acción bélica contra conquistadores españoles. En muchos casos se adivina una suerte de “mandato político” que promovería una actitud reivindicativa en la defensa de territorios,

patrimonio o la asunción de una identificación aborígen más allá de seculares temores. Esta interpretación es más directa entre dirigentes indígenas, rurales y también urbanos, quienes suelen asumir que recibieron algún mandato de este tipo para liderar sus comunidades en pos de reivindicaciones indígenas.

En el contexto de un proceso activo de etnogénesis impugnado por una *doxa* secular que postula la inexistencia del grupo o identidad referencial, estas nociones constituyen para sus protagonistas una legitimación del sentimiento de “ser indios” pese al poder normativo de los consensos hegemónicos de su “extinción”.

Como hemos visto en la primera parte de este trabajo, la continuidad con los *indios* o *antiguos* puede ser connotada a través de operaciones metaculturales que asimilan sus prácticas con las de las poblaciones actuales. Por definición, toda disputa de hegemonía cultural implica cierta “promiscuidad”, imbricación y diálogo entre los discursos, prácticas y significados puestos en juego, como así también, un margen en el cual los sentidos contrahegemónicos emergentes, en términos de Raymond Williams (1987), son inconmesurables respecto de los hegemónicos y rompen su (siempre provisorio) orden, racionalidad y coherencia. Pero también para adquirir capacidad de orientar en un determinado sentido acciones y percepciones colectivas precisan ser articulados en una cierta lógica, mínimamente estructurados de modo de poder ser comunicados, percibido, interpretados y legitimados entre los sujetos.

Desde una perspectiva, el proceso de “emergencia” aborígen y huarpe en Cuyo puede analizarse y comprenderse como un proceso vigente de disputa, construcción y negociación colectiva de sentidos indígenas sobre sus prácticas culturales y su pasado por parte de un sector creciente de las poblaciones rurales subalternas de San Juan y norte de Mendoza. Pero esta explicación no alcanza para comprender cómo los actores viven un proceso de transformación de su identidad colectiva que, aunque tomando elementos residuales y remitiéndose a memorias colectivas de larga duración, precisa apoyarse en supuestos y categorías de realidad específicas para quebrar el guión hegemónico instalado en su propia conciencia y en las de los demás. El punto es, entonces, ¿Qué supuestos permiten a los actores subsumir o superar la contradicción entre la ausencia inicial de continuidad existencial respecto de los aborígenes del pasado remoto y la articulación veloz, cotidiana y de corta duración de sentidos de pertenencia indígena vividos como “primordiales”? Junto al papel central que atribuimos al campo de las prácticas metaculturales, memorias y usos del pasado, la comunicación con lo sobrenatural opera como eje de lo que —parafraseando a Ernesto Laclau— podríamos considerar una suerte de “sutura ontológica” de la emergencia indígena. La interacción entre estos dos modos de argumentar, representar y legitimar la continuidad con los *indios* del pasado es la clave para entender la “emergencia” de identificaciones aborígenes, cuya vivencia como naturales e inmemoriales parece chocar fuertemente con la velocidad con que han “aparecido” según la imaginación histórica hegemónica.

COMENTARIOS FINALES

Si la arqueología europea decimonónica propugnó el rescate de restos materiales de culturas “nobles” (por ejemplo piezas grecolatinas o medievales) como monumentos de “continuidad” de modernas naciones y pueblos con aquel pasado glorioso, en San Juan la arqueología provincial terminó monumentalizando los vestigios indígenas como definitivas lápidas de los pueblos y culturas aborígenes. En ambos casos podría afirmarse que se constituyeron monumentos civilizatorios, aunque en San Juan no terminaron testimoniando la asimilación o continuidad en la comunidad nacional o provincial de los pueblos y culturas autóctonas sino su sacrificio mítico y sustitución por pueblos y culturas de origen europeo.

Pero la monumentalización arqueológica de los aborígenes sanjuaninos contribuyó tanto a sustentar la narrativa de su extinción como a instituir perdurablemente lo huarpe en diversos

sentidos. Instalando el pasado huarpe como un tropo romántico de la provincialidad, Construyendo un objeto (o sujeto) huarpe e indígena cuyano con una “carnadura material”, legitimado a través de tópicos, argumentos y retóricas científicas que, más allá de su eventual proyección a un pasado arcaico, constituyó un fuerte referente en las representaciones de la población y cultura popular. Enriqueciendo, en fin, un capital simbólico que en ciertas condiciones podría ser reapropiado, reciclado por diversos actores, permitiendo ulteriormente arribar a conclusiones contrarias a la ideología de sus artífices.

Así, los restos materiales de los grupos que habitaron la región y muchas de las actuales prácticas culturales de los grupos subalternos rurales son el referente para dos “memorias” opuestas en sus conclusiones, aunque eventualmente coincidentes en muchos de sus referentes: aquella de la construcción de la nación (o provincia) blanca y la de la continuidad aborígen y la reivindicación de sus derechos eminentes en dicho territorio. Y así, si la emergencia huarpe es articulada en gran medida por argumentos sobrenaturales o explicaciones “irracionales” y extraempíricas, no lo ha sido menos, en muchos sentidos, la operación secular de invisibilización y/o extinción de los indígenas sanjuaninos.

No es casual entonces que en el relato del compositor y en menor medida de otros “brujos”, que sean las momias, o los vestigios materiales de las poblaciones aborígenes, el vehículo privilegiado (y el objeto explícito e implícito de disputa) del restablecimiento metacultural o sobrenatural de la existencia indígena. El *cuerpo* huarpe-indígena había sido virtualmente escamoteado de la comunidad provincial, al mismo tiempo que su “espíritu” se debatía vital en la literatura vernácula o en otros registros no académicos desde el siglo XIX. Y la voluntad o necesidad de restituir de un “ser indio” necesariamente debe unir convincentemente dos corporalidades, las de los muertos y las de los vivos. Si para la arqueología provincial las momias se constituyeron en una suerte de monumento de la extinción de los indios, en la percepción de los pobladores parecen revertirse como contrapruebas de su continuidad. Esta contradictoria significación otorgada a las momias-monumentos y otros objetos arqueológicos en Calingasta ha tenido al parecer su correlato en ámbitos más amplios de la provincia de San Juan. Trabajos que aunque postulando extinguidos a los huarpes describen su modo de vida como “indígenas sanjuaninos”, de lectura obligatoria en muchas escuelas, han sido interpretados por muchos adherentes huarpes y numerosos comprovincianos de extracción popular como “prueba” de su directa ancestría huarpe. La visión de las momias y otros objetos arqueológicos expuestos en el Museo del IIAM de San Juan, han provocado en muchos visitantes locales –especialmente contingentes escolares– la convicción de una ascendencia aborígen, sustentada en percepciones raciales que homologan los rasgos fenotípicos de las momias con los propios. Con su integridad que parece desafiar el paso del tiempo, los “indios” o “huarpes” se tornan de algún modo presentes como verdaderos cuerpos *indios*, físicos fácticos, táctiles, mímicamente materiales.

Creo que esta homología y a la vez contradicción y diálogo entre la arqueología y saberes populares que remiten sus conclusiones al mismo tipo de referentes –y en parte representaciones y teorías– para sustentar la inexistencia o existencia de identidades, expresa el punto nodal de la disputa de hegemonía en torno a las identificaciones indígenas.

Como afirmó Ernest Renan en 1882 para el caso de las naciones, ninguna identidad étnica efectiva puede sustentarse sólo en una noción de “verdad” empírica y mucho menos en la verdad “científica”, sea esta etnográfica, arqueológica o histórica (Renan 2000 [1882]). La existencia de factores estructurales o condiciones “macro” de distinto nivel y especificidad no alcanzan para producir de suyo las identificaciones y sentidos de pertenencia étnicos, sino se verifican esos actos de afirmación voluntaria y afectiva, que los instituyan como sentimientos y percepciones más que como argumentos y explicaciones. Por eso mismo, también, no hay un único argumento, un criterio universal o transhistórico que pueda utilizarse para impugnar o validar de una vez y para siempre, en forma unívoca, la legitimidad de la afirmación de una pertenencia étnica, al menos cuando estas

adscripciones constituyen tópicos importantes en disputas por la hegemonía. Porque su efectividad en esa disputa estará dada precisamente por la capacidad de eludir una racionalidad oficial.

Tomado en su contexto, en el relato de las momias encontramos la representación de algo más que la adquisición de poder mágico por un curandero. Como vimos al principio de este artículo, el relato estaba enmarcado en una búsqueda de la opinión nativa sobre el pasado indígena, sus representaciones del vínculo con el mismo, y la posible existencia de sentidos de pertenencia indígenas. Más aún, en ese viaje, el narrador mismo “performativizaba” los tópicos locales de la iconografía cultural de lo indígena: el rastreo, la habilidad ecuestre y el estoicismo; el silencio, la intuición y astucia para la caza sin otros elementos que boleadoras y perros y hasta al arreglo corporal, con su cabello renegrido lacio y largo hasta los hombros y la observancia de una “ideología baqueana” vinculada al saber de los *antiguos* (Escolar 2001).

Lo que en términos del “emergente” indígena parece estar representado en el relato sobre la adquisición del poder curativo del Compositor es cómo el *ser* indígena ligado al ámbito de lo sagrado puede ser restaurado aunque aparentemente no exista actualmente como tal en el mundo fenoménico. Así como los espíritus aborígenes transmiten la capacidad curativa, también permiten “curar” otra herida, restituyendo como un “don” de sus ancestros la identidad indígena. Una representación semejante, sugiero, parece estar expresada en el devenir “brujos” e “indios” por parte de algunos baqueanos, o en la recepción de mandatos de ancestros indígenas entre los actuales pobladores. Mientras que Gambier o Debenedetti, basándose en sus hallazgos arqueológicos, niegan todo resabio indígena en la población contemporánea a la hora de asignarles identidad, sus antiguos guías (y en gran medida inspiradores teóricos, a partir de la familiaridad con los mismos sitios y monumentos) terminan asumiéndose o siendo asumidos por los pobladores locales como “indios” y/o “brujos”.

Las experiencias sobrenaturales operan como argumento importante de la emergencia indígena en la medida que permite a los actores subsumir la contradicción entre la ausencia inicial de una noción de continuidad existencial respecto de un origen remoto y la articulación cotidiana y de corta duración de sentidos de pertenencia indígenas vividos como “primordiales”. Este modo de argumentar o representar la continuidad con los *indios* del pasado constituye una clave para comprender la rápida emergencia de pertenencias aborígenes, cuya vivencia como naturales y eternas parece contradecir la veloz marcha con que han aparecido aparentemente de la nada.

Recibido: mayo 2003.

Aceptado: octubre 2003.

AGRADECIMIENTO

Agradezco los comentarios y sugerencias de los evaluadores de Relaciones. Los contenidos son de mi exclusiva responsabilidad.

NOTAS

¹ Cabrera 1929; Morales Guiñazú 1938; Canals Frau 1941, 1944, 1946; Vignati 1940, 1942, 1953; Morales Guiñazú 1938.

² Rusconi (1961), Fernández (1989), Prieto (2000) y antes Metraux (1929) y Biale Massé (1985 [1904]), han contribuido a relativizar el supuesto de extinción temprana de los huarpes describiendo significativas tradiciones y prácticas de origen indígena en el área huarpe hasta el siglo XIX, aunque sin asumir en ningún caso la existencia de una identificación étnica más allá del siglo XVII. La negación de toda proyección de identidades huarpe más allá de comienzos del siglo XVII siguió siendo sostenida por algunos especialistas en etnohistoria huarpe (Michieli 1983, 1996) y la mayoría de los arqueólogos regionales (por ejemplo Gambier 1993, Bárcena 1998, 2002; García 2002).

- ³ Salvo indicación en contrario, no se analizará entonces el contenido científico de estos aportes arqueológicos sino su carácter genérico de producción cultural e ideológica.
- ⁴ Si consideramos los aportes descriptivos y exploraciones realizados tanto por arqueólogos profesionales como *amateurs* (Khün 1914, Debenedetti 1917, Gambier 1974, 1976, 1985, 1993, Sarmiento 1947[1866], 1966 [1850], Rickard 1863, Aguiar 1898, 1904). Para una reseña amplia del desarrollo de la arqueología profesional en Cuyo consultar la síntesis de Roberto Bárcena (1989).
- ⁵ Término local por “ciénaga”: denomina a los terrenos húmedos o pequeños oasis abundantes en pastos que suelen hallarse en las zonas áridas de montaña, formados generalmente por la emergencia de corrientes de agua semisubterráneas.
- ⁶ Atendiendo a la necesidad de análisis de las condiciones de emergencia étnica, cuando se trataba de nuevos informantes o entrevistados, no mencionaba los términos *indios* o *huarpes* o cualquier otra categoría de identificación colectiva, para detectar si emergían precisamente de modo más o menos espontáneo sin mediar—en la medida de lo posible—interpelación de mi parte.
- ⁷ Entre los casos registrados durante ese siglo estarían los de Francis Rickard (1863), Domingo F. Sarmiento (1947 [1866], 1966 [1850]) y Aguiar (1904).
- ⁸ La disputa en torno a la potestad provincial sobre las momias ha calado en la memoria de la arqueología regional. Mientras Roberto Bárcena asigna a Juan Schöbinger (Mendocino) la coordinación del rescate y estudio de los restos (Bárcena, 1989:23) la *Revista Ansilta*, canal del IIAM, lo menciona sólo como un participante más de los “trabajos complementarios de rescate” en pie de igualdad con los andinistas, el agente de policía Araya y el representante del gobierno de la Provincia (*Revista Ansilta de Arqueología y Humanidades* 3:26, marzo/abril de 1994). La momia, finalmente fue captada como patrimonio arqueológico provincial, siendo su titular oficial u oficioso Mariano Gambier hasta la actualidad.
- ⁹ Aunque no hay dudas de la presencia incaica en la región al menos durante medio siglo, sigue discutiéndose la forma y grado de dominación que habrían impuesto los incas y cuáles habrán sido los alcances de su influencia cultural. Para una discusión sobre el particular consultar Bárcena 1989, 1992, 1998, Parisii 1992, Gambier y Michieli 1992, Silva Galdames 1992, Michieli 2000.
- ¹⁰ Aquello que Marcel Mauss (1971) identificaba como el núcleo de la “morfología social”, en su famoso ensayo sobre las variaciones estacionales en la sociedad esquimal.
- ¹¹ Énfasis nuestro.
- ¹² Énfasis nuestro.
- ¹³ No se encuentran sin embargo en el texto del arqueólogo sanjuanino referencias a los aportes de Debenedetti.
- ¹⁴ Y es a partir de los restos asociados a esos sitios que Gambier elaboró las teorías, clasificaciones y líneas temporales de la “Cultura de Ansilta” (agrícola) y la “Cultura de Morrillos” (cazadora-recolectora) en un período de poblamiento desde 9000 años hasta el 2000 antes del presente aproximadamente.
- ¹⁵ Desde principios del siglo XX fueron estudiadas por Khün y Debenedetti, entre otros, como uno de los exponentes de la influencia “diaguita” en el Valle de Calingasta. En 1998 la mayoría de ellas fueron extraídas clandestinamente con sierras especiales y transportadas en camiones. Según informes recientes, servirían de ornamentos en un hotel de la localidad de Calingasta, cabecera del Departamento homónimo.
- ¹⁶ Cf. Escolar 1997^a. Esta práctica consiste en la reunión del ganado que se deja sólo pastoreando en grandes extensiones de cordillera, precordillera y piedemonte, a veces durante un año o dos. La recogida es realizada generalmente de una manera cooperativa entre distintos grupos familiares, que rastrean el ganado durante días o semanas y lo reúnen en un punto, en donde se lo cura, se capa algunos ejemplares, se les cortan los cuernos, se cuentan las pariciones y se lo marca en “rituales de apropiación”, para luego volverlo a soltar. En el mismo movimiento de búsqueda de ganado se realizan cacerías de guanacos. La recogida es una oportunidad para intercambiar bienes e información, realizar alianzas, planificar ciertas tareas a futuro.
- ¹⁷ La continuidad de uso de sitios como enterratorio y vivienda a lo largo de milenios ha sido señalada por Gambier, en especial para el caso de Los Morrillos.
- ¹⁸ Sarmiento (1947 [1866]) también señaló que en el área existían construcciones denominadas “Tambería del Inca” o “Casa del Inca”.
- ¹⁹ Sitios aptos para el acecho de guanacos para su caza con fusil.
- ²⁰ Inclusive, de un modo semejante a lo relatado por Castillo, la “buena suerte” puede ser considerada fruto de indicaciones de viva voz por parte de una divinidad o ser espiritual (Hallowell, en Feit 2000:4). Como dice un cazador:

Cuando quiere obtener un alce piensa en él, y luego como si alguien le estuviera hablando sobre él, dónde ir y qué hacer. Y luego está seguro de atraparlo. A veces sueña con él, pero otra vez escucha sobre él, como si alguien estuviera hablándole, diciéndole a dónde ir (Ottereyes Jr. en Feit 2000:9)

- ²¹ Como afirma el antropólogo José Jorge de Carvalho (1993) basado en su propia capacidad adivinatoria con el juego de caracoles y quienes dicen poseer poderes curativos, o de incidir en la naturaleza, como por ejemplo hacer llover, afirman que ellos no saben la razón de su éxito; a lo sumo realizan algún tipo de ritual, que puede haber sido transmitido por algún pariente de mayor edad o adquirido de una potencia sobrenatural. En el célebre ensayo “El hechicero y su magia” Claude Levi-Strauss explica el poder de Quesalid por la eficacia simbólica, la creencia en tal poder que lleva finalmente a curar. Pero como nos recuerda de Carvalho, Quesalid no sabe al final si tiene o no poderes, pues de su narración se desprende que una persona puede tenerlos aun cuando sean para ella un enigma.
- ²² En el Departamento de Iglesia, al norte de San Juan, un viejo baqueano que hoy esgrime con orgullo su identidad huarpe fue también uno de los principales guías de Gambier en sus exploraciones en dicha área.

BIBLIOGRAFÍA

Aguiar, Desiderio Segundo

1898. Los Huarpes. *Primera Reunión del Congreso Científico Latinoamericano* 1898. Vol. V, pp. 283-298.
1904. *Huarpes*, Segunda Parte. Buenos Aires.

Ardisson, Romualdo y M. F. Grondona

1953. *La instalación Aborigen en Valle Fértil*. Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires. Buenos Aires.

Bárcena, J. Roberto

1989. La Arqueología Prehistórica del centro-oeste argentino. *Xama 6-11* :9-60 (Publicación de la Unidad de Antropología. Area de Ciencias Humanas, CRYCIT).
1992. Datos e interpretación del registro documental sobre la dominación incaica en Cuyo. *Xama 4-5* (1991-1992):11-50.
1998. El tambo real de Ranchillos. Mendoza, Argentina. *Xama 6-11* (1993-1998):1-52.
2002. Prehistoria del Centro-Oeste Argentino. *Historia Argentina Prehispánica*. E. E. Berberían, Nielsen, A. E., ed.. Córdoba: Editorial Brujas.

Bialet Massé, J.

1985 [1904] *Informe sobre el Estado de las Clases Obreras Argentinas a Comienzos de Siglo*. Buenos Aires: CEAL.

Cabrera, Pablo

1929. Los Aborígenes del país de Cuyo. *Revista de la Universidad Nac. de Córdoba* Año XV, nº 7-10; Año XVI nº 1-4; Año XV, nº 7-8 :3-53, nº 9-10 :71-124. Año XVI nº 1-2 :3-112, nº 3-4:158-203.

Canals Frau, Salvador

1941. La lengua de los huarpes de San Juan. *Anales del Instituto de Etnografía Americana*. Tomo II:35-42.
1944. El grupo Huarpe - Comechingón. *Anales del Instituto de Etnografía Americana*. Tomo V.
1946. Etnología de los huarpes. Una síntesis. *Anales del Instituto de Etnología Americana*. T. VII:9-147.

Debenedetti, Salvador

1917. Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan. *Revista de la Universidad de Buenos Aires. Publicaciones de la Sección Antropológica* Nº 15 T. XXXII y XXXIV; T. XXXII y T. XXXIV.

De Carvalho, José Jorge

1993. Antropología: saber academico e experiencia iniciatica. *Antropológicas* Nº 5 :75-86. México.

Escolar, Diego

1997. Prácticas espacio-temporales, poder e identidad entre los baqueanos de los Andes sanjuaninos. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 17:19-37.
1999. Paisajes etnográficos de Guanacache: la problemática huarpe en la actualidad, *Actas del III Congreso Argentino de Americanistas*. Comisión: Etnología, etnografía y etnohistoria, Buenos Aires, Universidad del Salvador, 1999. Vol. Tomo 2, pp. 187-208.
2001. Subjetividad y estatalidad: usos del pasado y pertenencias indígenas en Calingasta. *Cruzando la Cordillera... La frontera Argentino Chilena como espacio social*. Vol. Año 1 N°1. S. Bandieri, ed. pp. 141-166. Neuquén: Publicaciones del CEHIR, Universidad Nacional del Comahue.
2001. Historias de etnografía, secreto y ambición en los Andes sanjuaninos. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia* 15:179-192. Barcelona.
2003. *Identidades Emergentes y Modos de Producción de Soberanía Estatal en Cuyo: El Debate Huarpe en la Actualidad*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.

Feit, Harvey

2000. Les animaux comme parteneaires de chasse: Reciprocité chez les Cris de la baie James. Les animaux pensent-ils? *Terrain* 34: 123-42.

Fernández, Virginia

1989. La última etapa en el proceso de desestructuración de una cultura indígena. Los huarpes del N.E. de Mendoza durante el siglo XIX. *Xama* 2, 1989:173-181.

Gambier, Mariano

1974. Horizonte de cazadores tempranos en los Andes centrales Argentino - Chilenos. *Huanuc Huar II* Instit. de Invest. Arqueológicas y Museo, San Juan.
1976. Ecología y arqueología de los Andes centrales argentino-chilenos. *Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras* 3. Instituto. de Investigaciones. Arqueológicas y Museo, San Juan.
1985. *La Cultura de Morrillos*. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, UNSJ. San Juan.

Gambier, Mariano

1993. *Prehistoria de San Juan*. Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan. San Juan.

Gambier, Mariano y Catalina Michieli

1992. Formas de dominación incaica en la provincia de San Juan. *Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras* 19(San Juan, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo UNSJ).

García, Alejandro

2002. Una mirada a los reclamos modernos de identidad huarpe. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* VI.

Khün, Franz

1914. Estudios sobre petroglifos de la región diaguita. *Publicaciones de la Sección Antropológica* N° 13 Facultad de Filosofía y Letras.

Mauss, Marcel

1971. Ensayo sobre las variaciones estacionales en las sociedades esquimales. Un estudio de morfología social. *Sociología y Antropología*. pp. 359-430. Tecnos, Madrid.

Métraux, Alfred

1929. Contribution a l'ethnographie et a l'archeologie de la province de Mendoza (R.A.). *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad del Tucumán*. Tomo I:5-73.

Michieli, Catalina

1983. *Los Huarpes Protohistóricos*. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo-UNSJ. San Juan.
1996. *Realidad Socioeconómica de los Indígenas de San Juan en el Siglo XVII*. Instituto de investigaciones Arqueológicas y Museo. UNSJ. San Juan.

2000. Tambos incaicos del centro de San Juan: su articulación regional. *Scripta Nova*. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales 70:publicación electrónica-Universidad de Barcelona.
- Morales Guiñazú, Fernando
1938. *Primitivos Habitantes de Mendoza* (Huarpes, puelches, pehuenches, aucas, su lucha, su desaparición). Mendoza: Best Hermanos.
- Parisii, Mónica
1992. Algunos datos de las poblaciones prehispánicas del centro-oeste de Mendoza y su relación con la dominación inca del área. *Xama* 4-5 :51-70 (1991-1992).
- Podestá, María Mercedes y Diana S. Rolandi
2001. Marcas en el desierto. Arrieros en Ischigualasto (San Juan, Argentina). *Boletín de la SIARB*. 15: 63-73. La Paz.
- Prieto, María del Rosario
1976. El proceso de aculturación de los huarpes de Mendoza. *Anales de Arqueología y Etnología XXIX-XXXI* (Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras):237-272.
2000. Formación y Consolidación de una Sociedad de Frontera en un Área Marginal del Reino de Chile: La Provincia de Cuyo en el siglo XVII. *Anales de Arqueología y Etnología* N° 52-53(Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Arqueología y Etnología):17-366.
- Renan, Ernest
2000[1882] ¿Qué es una Nación? *La invención de la Nación*. Lecturas de Herder a Homi Bhabha. Á. F. Bravo, ed. pp. 53-66. Manantial, Buenos Aires.
- Rickard, Francis Ignacio
1863. *A Mining Journey Across the Great Andes; With Explorations in the Silver Mineing Districts of the Provinces of San Juan and Mendoza, and a Journey Across the Pampas to Buenos Aires*. Smith, Elder and Co. London.
- Rusconi, Carlos
1961. *Poblaciones Pre y Posthispánicas de Mendoza*. Mendoza: Gobierno de Mendoza.
- Sarmiento, Domingo Faustino
1947 [1866]. El Chacho. Último Caudillo de la Montonera de los Llanos. *Vidas de Fray Félix Aldao y El Chacho*. pp. 69-236. Argos, Buenos Aires.
1966 [1850]. *Recuerdos de Provincia*. Sopena. Buenos Aires.
- Silva Galdames, Osvaldo
1992. Reflexiones sobre la influencia incaica en los albores del Reino de Chile. *Xama* 4-5 :71-82 (1992-1993).
- Vignati, Milcíades Alejo
1940. Los aborígenes del país de Cuyo. Enumeración y distribución geográfica desde la conquista hasta fines del siglo XVIII. *Notas del Museo de La Plata*. Vol. V, N° 19 (Antropología):69-93, 6 figs. en el texto.
1942. La tercer contribución de Aguiar relativa a los huarpes. *Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología*, 3:34-35.
1953. Aportes al conocimiento antropológico de la Provincia de Mendoza. I: Arqueología y Etnografía de las Lagunas de Guanacache. III Diario de viaje por las Lagunas en el año de 1789. IV: Las lagunas y sus habitantes indígenas según el Padre Enrich. *Notas del Museo de Eva Perón*. T. XVI: 55, 56, 57, 58. (Antropología) / I: 27-46, 1 mapa en el texto y 10 láminas / III: 51-103, 3 mapas intercalados en el texto, 1 mapa desplegable / IV: 105-109, 1 lámina fuera del texto.
- Williams, Raymond
1987. *Marxismo y Literatura*. Península, Buenos Aires.

LOS CHICHAS COMO MITIMAE DEL INCA

Carlos E. Zanolli*

Algunos quieren que estos Orejones se llaman así, por tener muy grandes las orejas. Pero lo cierto es no ser esa la causa, sino porque descenden de los Orejones nobles del Cuzco, que eran los capitanes que los ingas despachaban en sus conquistas (Lozano 1941).

RESUMEN

En el presente trabajo daremos cuenta de la conquista inca de los chichas, de la introducción de mitimaes en su territorio y de la utilización selectiva de aquellos indios para desarrollar diferentes tipos de tareas útiles al inca en territorios vecinos. De tal manera son varias las cuestiones a tratar. En primer lugar intentaremos seguir avanzando en desentrañar la problemática chicha, grupo que, a pesar de su renombre, continúa esquivo a los investigadores. Para ello nos ubicamos temporalmente en el momento durante y posterior a la conquista inca de su territorio. La conquista no fue fácil y, además, situó al Tawantinsuyu en una geografía particular, la frontera con los chiriguano; esa situación fronteriza condicionó la política incaica de expansión y de control de las sociedades vencidas. Para desarrollar el análisis, se hará necesario definir el término frontera según el uso dado en la documentación de la época.

Palabras clave: Etnohistoria. Chichas. Conquista Inca. Frontera. Mitimaes.

ABSTRACT

In this paper we deal with the Inca conquest of the Chicha people, the introduction of mitimaes in their territory and the selective use of these Indians to carry out different tasks useful to the Inca in neighbouring territories. So, several issues are discussed. In the first place, we attempt to continue unraveling the Chicha problem; this group, despite being often mentioned by researchers is yet hardly understood. Our research is situated in the time ranging during the Inca conquest of these territories and after it. This conquest was not easily accomplished and it situated the Tawantinsuyu in the special geographic environment of the Chiriguano boundary. This frontier situation conditioned the Incaic politics regarding expansion and control of the defeated societies. To undertake this analysis, the meaning of the term frontier must be defined as used in the documents of the moment.

Key words: Ethnohistory. Chichas. Inca conquest. Frontier. Mitimaes.

* Universidad de Buenos Aires.

INTRODUCCIÓN

En 1539 Francisco Pizarro le otorgó a su hermano Hernando una extensa cédula de encomienda que comprendía pueblos y caciques desde el Cuzco hasta el sur de Charcas. A partir de ese documento muchos autores afirmaron, no sin razón, que los chichas fueron encomendados a Hernando Pizarro. Desde su regreso a España en 1540, Hernando quedó prisionero en Medina de La Mota como consecuencia de la muerte de Almagro. De esta forma no pudo ejercer la “vecindad” requisito indispensable para mantener la posesión de la encomienda, que implicaba vivir en términos de su jurisdicción además de cumplir con determinados deberes para la Corona. No obstante su situación, la encomienda de Hernando Pizarro no pasó inmediatamente a manos de los Reyes, desde su prisión consiguió dejar como apoderado a su mayordomo Martín Alonso de los Ríos. Hernando y su esposa y sobrina, Francisca Pizarro lograron disponer, por intermedio de mayordomos, apoderados y empleados de parte de los tributos de la encomienda, el resto fue depositado en las Cajas Reales de Potosí.

Presta (2001: 28) ubica a los chichas en el extremo norte de lo que luego sería el corregimiento español homónimo en la región cruzada por los ríos Camblaya y San Juan y “distribuyéndose en un amplio radio entre Talina y Culpina”. Hacia 1562 los chichas, que ya estaban asentados en sus tres principales pueblos de reducción, Santiago de Cotagaita, San Juan de Talina y Nuestra Señora de la Asunción de Calcha, al sudoeste del habitat original, vivían en forma pacífica y enterando su tributo como podían. Incluso eran reconocidos como excelentes mineros y señalados como vitales para el aprovechamiento de las minas de Potosí y Porco¹. Aproximadamente para aquella fecha los chiriguano comenzaron a asolar el sur andino dirigiéndose directamente contra las haciendas de los españoles, creando zozobra en ciudades como la Villa de Plata y Potosí e interfiriendo con la libre circulación del tributo de los indios chichas hacia su encomendero y consecuentemente a la Corona. Comenzaba de esta manera un tiempo de beligerancia que se extendió hasta 1575 luego de la campaña del virrey Francisco de Toledo contra los chiriguano y la fundación de San Bernardo de la Frontera de Tarija. Los chichas soportaron la guerra en su propio territorio convertido en lugar de paso de ejércitos organizados o de una soldadesca saqueadora. Además, como indios amigos debieron aportar hombres y bastimentos traducidos en animales de carga y comida.

Los chichas ocuparon en el extremo sur de Charcas, una doble frontera. Hacia el este una frontera ecológica y a la vez cultural. Ecológica ya que es allí donde la altiplanicie andina va dejando paso a la verde y tupida selva pedemontana; cultural pues limitaba con los tan temidos chiriguano de las tierras bajas. Hacia el sur la frontera aparece señalada de manera precisa en los documentos, sobre todo en aquellos que relatan campañas militares. Los pueblos de reducción de San Juan de la Frontera de Talina y San Rafael de Sococha primero y el de San Bernardo de la Frontera de Tarija después, trazaron una línea imaginaria a partir de la cual, hacia el sur, comenzaba un territorio dominado por los “indios de guerra”². La denominación indios de guerra diferenciaba de manera genérica a aquellos indios de los chichas ya reducidos, pacificados y permanentes colaboradores de los españoles. El área de frontera coincidía con lo que luego sería, aproximadamente, el límite norte de la gobernación del Tucumán (Ver mapa A).

Cuando nos referimos a la palabra frontera lo estamos haciendo teniendo en cuenta dos cuestiones. En primer lugar una instancia limítrofe que al mismo tiempo sugiere precaución frente a lo desconocido a la vez que interacción. Es un área franqueable y permeable, un ámbito de transición el cual se ve permanentemente modificado como consecuencia de las capacidades de control (en términos políticos y económicos) que poseyeron los actores en juego. En segundo lugar, lo hacemos teniendo en cuenta la connotación que tuvo en la documentación española producida entre los siglos XII y XVII, donde la palabra frontera designaba una situación de enfrentamiento aún de manera potencial. Para los españoles la “frontera” significó una eterna y tensa vigilia armada. Los indios fronterizos o fronterizos, tantas veces mencionados en los documentos, eran simplemente aquellos que estaban del lado de enfrente ... y prestos a atacar. Muy distinta era, en

ese contexto, la idea de límite que en general estaba asociada a cuestiones administrativas. La frontera hacía referencia a una instancia limítrofe que al mismo tiempo sugería precaución frente a lo desconocido e interacción. Para los españoles del siglo XVI la frontera era la línea que separaba un lugar seguro de otro que debía ser conquistado por la fuerza y cuyos habitantes estaban dispuestos a defender.



Mapa A. Área geográfica y territorios de control étnico hacia fines del siglo XVI

En un trabajo previo y utilizando principalmente cédulas de encomienda dimos nuestros primeros pasos en el estudio de los chichas³ (Zanolli 1998/99). En aquel entonces expresamos la necesidad de repensar parte de los aportes realizados por Saignes (1991), discutiendo algunos de ellos a la luz de analizar cómo una determinada posición geográfica (en este caso una frontera cultural y geográfica) pudo condicionar cualquier tipo de intervención política, económica o militar de la zona. Siguiendo con esta línea de investigación, en el presente trabajo daremos cuenta de la conquista inca de los chichas, de la introducción de *mitimaes* en su territorio y de la utilización selectiva de los chichas para desarrollar diferentes tipos de tareas útiles al inca en territorios vecinos. Nos ubicamos temporalmente en el momento durante y posterior a la conquista inca, conquista que no fue fácil y además situó al Tawantinsuyu en una geografía particular, la frontera con los chiriguanos; esa situación fronteriza condicionó la política incaica de expansión y de control de las sociedades vencidas. Para desarrollar el análisis, definiremos el término frontera según su contextualización histórica

Los chichas, al igual que muchos otros grupos del sur andino no fueron encomendados a partir del conocimiento directo que tuvieron los españoles sobre la realidad local, por el contrario se hicieron a partir de los datos que los *quipucamayoc* incaicos le brindaron a la administración española. De esta forma, las cédulas de encomienda otorgadas por Francisco Pizarro ofrecen un corte sincrónico de aquella realidad reflejando el momento de máxima hegemonía incaica. Diacrónicamente esa realidad ya estaba parcialmente modificada hacia 1539, es decir el momento del otorgamiento de la encomienda, e indudablemente aún más cuando se realizaron las efectivas

tomas de posesión, que tuvieron lugar varios años después. Las alteraciones producidas por el inca mediatizan el conocimiento que nos llega a partir de la documentación española, de las realidades nativas locales. Ese proceso de alteración de identidades afectó tanto a los grupos locales, en cuyo territorio se introdujeron *mitimaes* de otras regiones, como también a los mismos grupos trasladados, quienes luego de la caída del imperio incaico se encontraron lejos de su lugar de origen y muchas veces afectados por las particiones arbitrarias producidas por las asignaciones en encomienda.

Dichas alteraciones lejos de tomarse como un escollo insalvable deberán ser tenidas en cuenta al otorgar y analizar la situación de los grupos étnicos durante el período colonial. Tenerlas en cuenta implica sobre todo ser precavidos a la hora de categorizar ciertas situaciones. Las nuevas lógicas administrativas coloniales al igual que los procesos de identificación cada vez más locales a partir de la introducción de los pueblos de reducción tienden un velo sobre el pasado inmediato. Por lo tanto, el presente trabajo no intenta proporcionar resultados acabados, dejando abierta problemáticas conexas a la de los *mitimaes* como por ejemplo la dispersión territorial expresión que a nuestro entender, muchas veces a sido utilizada como una muletila frente a un vacío de información o una falta de problematización. Por último, al desarrollar el tema de los *mitimaes*, nos referimos indirectamente a grados de intermediación, de los chichas. Aquella, en principio fue prácticamente impuesta por el inca pero luego, con la conquista y colonización hispana sus límites se modificaron conforme lo hicieron las propias prácticas de identidad/identificación. Con nuestros conocimientos actuales, podemos reconocer aquellas prácticas pero estamos lejos de poder determinar los mecanismos que los chichas utilizaron, desde su posición de poder frente al imperio, para implementarlas. Proponemos entonces un avance en el tema y una propuesta abierta para ser comentada y continuada tanto desde la Antropología Histórica como desde la Arqueología.

MECANISMOS DE CONTROL POLÍTICO Y ECONÓMICO DEL TAWANTINSUYU

No poco se ha escrito hasta el momento sobre la génesis y desarrollo del Imperio Incaico de manera que no repetiremos en este espacio cuestiones que tocan a nuestro tema sólo tangencialmente⁴. En nuestro caso sólo haremos una somera reflexión acerca de los Incas en tanto imperio, y del aprovechamiento que aquellos hicieron de la institución de los *mitimaes*. Hablar del Imperio Incaico es hablar de los imperios en general y agregarle particularidades propias. Aquellos se pueden caracterizar como estados expansionistas que asumen un control efectivo sobre otras entidades políticas de variado alcance y complejidad (D'Altroy 1994). Los incas, como todo imperio, buscaron mantener a resguardo su núcleo político, a la vez que asegurar la extracción de recursos de los territorios conquistados en beneficio de una pequeña parte de la población y del mantenimiento del circuito expansivo. Observamos, por lo tanto, una instancia política y otra económica claves en la constitución y desarrollos de los imperios tempranos.

La institución de los *mitimaes*, propia y particular del mundo andino, posibilitó a los pobladores de los Andes expandirse más allá de su núcleo poblacional original aprovechando de esta forma la particular geografía andina (Murra 1975). Esa misma institución fue reapropiada por los incas, utilizándola de acuerdo con la verticalidad estructural que desde una estrategia política implementó el imperio (Murra 1987). Desde esta perspectiva, los *mitimaes* ya no sólo cumplieron sus tradicionales funciones económicas, las mismas se ampliaron a otros roles trascendentales en cuanto a lo político y militar. Los *mitimaes*, junto con la institución de la *mit'a*, no sólo fueron la mejor carta del Imperio para lograr la tan ansiada reproducción económica a los fines de una subsistencia material y simbólica. También, aquellos aportaron a la estructura militar, columna vertebral de cualquier imperio, e incluso para concretar un férreo control político sobre las sociedades dominadas. Promediando la etapa expansiva incaica, los traslados de poblaciones, por uno u otro motivo, fueron una moneda más que corriente en el interior del Tawantinsuyu. La

institución es una muestra más de la particular flexibilidad en las políticas de conquista y dominación que permanentemente evidenciaron los incas.

LOS INCAS Y EL COLLASUYU

Dos son los cronistas que en mayor medida se refieren a la conquista inca del Collasuyu, Juan de Betanzos (1551) y Pedro Sarmiento de Gamboa (1572). La primera campaña imperial hacia el Collasuyu estuvo a cargo de Pachacuti Inca Yupanqui quien, según sostiene Sarmiento de Gamboa [1572] (1988: Cap. XXXVII), por una cuestión de celo de poder arremetió contra un *sinchi* llamado Chuchi Capac o Colla Capac que “tenía tanta autoridad y riqueza con aquellas naciones del Collasuyu que le respetaban todos los Collas, por lo cual se hacía llamar Inca Capac”. Sarmiento, sin muchas precisiones, señala la gente que estaba sujeta al *sinchi* y la extensión de sus dominios “tenía Chuchi Capac opresas y sujetas más de ciento y sesenta leguas de norte a sur, porque era *sinchi*, o como el se nombraba Capac o Colla-Capac, desde veinte leguas del Cuzco hasta los Chichas y todos los términos de Arequipa y la costa de la mar hacia Atacama y las montañas sobre los Musos” (op. cit.). Como resultado de esta primera acción de los incas el *sinchi* Colla Capac y todos sus generales fueron vencidos y llevados prisioneros al Cuzco.

La relación de Pachacuti Inca Yupanqui con los Collas no terminó en esa batalla. Relata Sarmiento cómo una noche los hijos del Colla Capac muerto lograron huir del Cuzco donde estaban prisioneros para, rápidamente, preparar un nuevo alzamiento de todo el Collasuyu contra el poder imperial. Nuevamente el avance hacia el sur estuvo encabezado por el propio Pachacuti quien nombró a dos de sus hijos, Tupac Ayar Manco y Apu Paucar Usnu como capitanes de guerra. Los Collas fueron vencidos por segunda vez, “y así los collas fueron vencidos, muertos y presos la mayor parte de ellos, y de los que huyeron siguieron el alcance hasta un pueblo llamado Lampa. Y curó allí los heridos de su campo y reparó los escuadrones y mando a sus dos hijos Tupac Ayar Manco y Apu Paucar Asnu que pasasen adelante conquistando hasta los Chichas y allí pusiesen sus mojones y se volviesen. Y él desde allí se tornó al Cuzco a triunfar de la victoria ganada” (op. cit: Cap. XL).

Desde los Charcas hasta Chichas Pachacuti Inca Yupanqui dejó el ejército imperial en manos de sus hijos quienes “iban conquistando todo el Colla-suyu. Más como llegasen cerca de los Charcas, los naturales de la provincia de Paria, Tapacari, Cotabambas, Poconas y Charcas se retiraron a los Chichas y Chuyes (Chichas) para que allí todos juntos peleasen con los incas, los cuales llegaron adonde las dichas naciones estaban juntas aguardándolos” (op. cit: Cap. XLI). El resultado de la contienda es sabido, los incas resultaron vencedores y prontamente el ejército regresó al Cuzco.

Otra fue la visión de Juan de Betanzos [1551] (1987) para explicar la campaña contra los collas. Sin considerar las necesidades propias de un estado en expansión, interpreta que Pachacuti Inca Yupanki pudo pasarse veinte años sin convocar al ejército hasta que se anotició que “veintidos leguas del Cuzco había una provincia y pueblo llamado Hatun Colla y que en ella había un señor llamo Ruqui-capana al cual pueblo de Hatun Colla y señor ya nombrado eran sujetos y a él obedientes otros muy muchos señores que en torno de su pueblo eran a veinte leguas y a veinticinco y que así mismo se nombraba Capac capaapoyndichori que dice rey y sólo señor hijo del sol y que era muy poderoso y que tenía gran poder de gente y que tal gente era muy guerrera y belicosa” (Betanzos [1551] 1987: Cap. 20). La intervención de Pachacuti Inca Yupanki en el Collasuyu no terminó ahí y sin precisar la causa o las necesidades mandó a dos de sus hijos Amaro Topa Inca y Paucar Usno:

“a que fuesen y conquistasen por la provincia del Collasuyu los cuales fueron conquistando y ganando hasta llegar a la provincia de los chichas donde como allí llegasen los señores de

los chichas tenían hecho cierto fuerte en el cual fuerte todos ellos estaban metidos esperando a estos hijos del Ynga el cual fuerte tenían cercado de una cava muy honda la cual cava tenían llena de muy mucha leña y como llegasen Amaro Topa Inca y paucar Usno con su gente sobre ellos pusieron su cerco como los chichas se vieron cercados pusieron fuego a la cava e leña que en ella estaba y parecióle a Paucar Usno que aquella fuerza de aquella cava que estaba ardiendo que la podría saltar e ir a pelear con los señores chichas el cual como estuviere con esta determinación púsose en ello y al saltar el foso cayó el Paucar Usno en el fuego y como éste fuese así quemado quedó con la gente de guerra Amaro Topa Ynga el cual dicen que se estuvo allí teniendo cercados los chichas tanto tiempo que por falta de mantenimiento los chichas se le dieron y así hubo victoria de ellos...” (Ibid. Cap. XXIII).

Más allá de la diferencia que pudiese haber existido en el nombre del Colla Capac ambos cronistas, Sarmiento de Gamboa y Juan de Betanzos, plantean cierta coincidencia en las campañas que Pachacuti Inca Yupanki llevó adelante para someter al Collasuyu. Habría habido una primera, no inmediatamente después del ascenso al trono por parte del Inca, donde se logró vencer por primera vez a los Collas. Luego, una segunda también llevada adelante por el Inca en persona donde se pone fin a lo que fue el primer levantamiento del Collasuyu contra el poder imperial. Una vez vencidos los Collas en la segunda campaña, la continuidad de la misma, desde los Charcas hasta Chichas quedó en manos de los hijos de Pachacuti Inca, Tupac Ayar Manco y Apu Paucar Usnu para Sarmiento y el mismo Paucar Usnu y Amaro Topa Inca para Betanzos, quienes jugaron un papel preponderante, no tanto en el sometimiento de los Collas que reclamaban directa venganza de la primera batalla sino y sobre todo en su avance hacia el sur particularmente hasta Chichas. No sabemos si los chichas estuvieron involucrados en los dos primeros encuentros del Inca con las naciones del Collasuyu. Por el momento preferimos atenernos a la letra de las crónicas y sostener que el primer gran encuentro con los chichas, como miembros de la Confederación Charka⁵, estuvo a cargo de los hijos del inca, durante la segunda campaña al Collasuyu.

Topa Inca Yupanki, sucesor de Pachacuti, nuevamente debió movilizar sus fuerzas hacia el sur por los continuos levantamientos de los Collas, vencéndolos por tercera vez. Ocurrida la victoria, el Inca decidió continuar hacia el sur y “se alejó tanto del Cuzco que, hallándose en los Charcas, determinó de pasar adelante, conquistando todo aquellos que alcanzase noticia. Y así prosiguió su conquista la vuelta de Chile...” (Sarmiento de Gamboa [1572] 1988: Cap L.) (El subrayado es nuestro). Debemos detenernos por un instante en la expresión de Sarmiento cuando dice “pasar adelante conquistando”. ¿Adelante de que? ¿Adelante de donde? ¿Se estará refiriendo el cronista a los límites del dominio Colla? ¿A los lindes del Collasuyu? Cieza de León referido al mismo momento dice que Topa Inca Yupanki “volvió a su gente y camino toda la provincia del Collao hasta salir della; envió sus mensajeros a todas las naciones de los Charcas, Carangas y más gentes que hay en aquellas tierras” (Cieza de León [1554] 1943: Segunda Parte, Cap. LX.) (El subrayado es nuestro). Indudablemente la idea que se tenía en aquel momento no era la de un Collasuyu tan extenso. Sus límites podían haber estado dados por la extensión del dominio que tenía el Colla Capac, hasta los Charkas. A partir de ahí el espacio hacia el sur, hacia Chichas, Tucumán y Chile era un espacio a conquistar. La de Topa Inca fue la segunda campaña que el imperio incaico llevó adelante contra las naciones de la Confederación Charka; en la primera habían sido sometidos pero todavía no conquistados. Como consecuencia de esta campaña algunos de los señoríos Charcas “le acudían a servir y otras a le dar guerra”⁶. El Inca salió victorioso de los Charcas y siguió avanzando, “atravesó muchas tierras e provincias y grandes despoblados de nieve hasta que llegó a lo que llamamos Chile” (Betanzos [1551] 1987: Cap LX.).

Los caminos que realizaron los ejércitos imperiales han sido bien detallados por Betanzos. Llegado a Atacama, Topa Inca “procuró saber lo que por toda aquella tierra había de tener por el camino do fuese y cómo tuviese razón de todo ello dividió su ejército en cuatro partes como así

fuese hecho mandó que los tres escuadrones de estos partiesen luego de allí y que el uno fuese por el camino de los llanos y por costa a costa de la mar hasta llegar que llegase a la provincia de Arequipa y el otro que fuese por los carangas y aullagas y que el otro tomase por aquella mano derecha y fuese a salir a Caxa Vindo y de allí se viniesen a las provincias de los chichas a dar do estaba el cuerpo de su hermano Paucar Usno” (Betanzos [1551] 1987: Cap. XXXVI). Aquella fue la primera vez que el estado incaico tomó contacto directo con los indígenas del noroeste Argentino, y al decir contacto directo lo que queremos expresar es que a partir de ese momento el estado produjo ciertas alteraciones estructurales en las comunidades, alteraciones que son las que observaron y nos transmitieron los primeros conquistadores españoles que dieron cuenta de aquellos indios.

LOS CHICHAS COMO MITIMAEES INCAICOS

Para desarrollar el siguiente apartado consideraremos la institución de los *mitimaees* según tres tipos de funciones principales que desarrollaron: militares, económicas y de control social. En cada uno de los ítems haremos especial referencia a la presencia de *mitimaees* chichas en la Quebrada de Humahuaca.

a) *Funciones militares*

En un detallado trabajo, Presta (1995) revisa las poblaciones que ocuparon el valle de Tarija inmediatamente después de la conquista hispana. La región es presentada como un verdadero mosaico multiétnico fruto de la política incaica de traslado de *mitimaees* con el fin de frenar el avance chiriguano. Dos fueron las etnias principales que ocuparon el valle, los carangas al sur de Tarija y los chichas hacia el norte. La autora sostiene que en el valle que los españoles llamaron de la Concepción se encontraban dos fuertes, el de Lecoya de los churumatas, y el de Esquile⁷. Estas no fueron las únicas fortalezas del territorio tarijeño, también se destacan el Fuerte Viejo del Río San Juan, Escapana, Taraya, Condorhuasi, etc. A excepción del de Lecoya no se ha podido determinar quienes eran los habitantes de los demás fuertes. Si bien no hay referencias concretas que así lo atestigüen, intuimos que en esas y otras fortalezas fronterizas multiétnicas no debieron faltar grupos chichas armados a favor del inca, en definitiva, de su circunstancial protector frente a los chiriguanos⁸.

Analizando la situación en cuanto a la presencia “militar” inca en la Quebrada de Humahuaca, y en lo que al control del territorio y de la población local se refiere, Nielsen (2000) advierte que al momento no se conocen en el valle del Río Grande asentamientos incaicos puros. El control de la población local se habría dado a partir del establecimiento de fortalezas y guarniciones en el espacio que circunda al Valle Grande, ubicadas estratégicamente en vías naturales de acceso. Dentro de las fortalezas, Nielsen destaca el Pukará de Tres Cruces y El Durazno, sitios que albergaron a grupos no originarios de la Quebrada de Humahuaca, tal vez chichas. La presencia de *mitimaees* chichas en la frontera oriental de Humahuaca fue detallada por Raffino (1993). El autor reconoce las fortalezas incaicas “defensivas, de observación y control” de Puerta de Zenta, Chasquillas, Pueblito Calilegua y Cerro Amarillo, las cuales estaban unidas a Omaguaca por importantes tramos de camino incaico (Raffino 1993: 174 y 226; Nielsen 2000), siguiendo la categorización de González (1980), denomina a los sitios de Puerta de Zenta y Pukará Morado como fortalezas al interior del territorio que habrían tenido como objetivo primordial vigilar al territorio y sus habitantes (Ver mapa B).

b) *Funciones económicas*

En cuanto al aspecto productivo se refiere, baste mencionar la presencia de grupos chichas en el valle de Cochabamba (Wachtel 1991). El valle fue uno de los más importantes archipiélagos



Mapa B. Ubicación de fortalezas incaicas al este de Humahuaca

estatales con producción de maíz y destinado a necesidades especialmente militares. El mismo fue conquistado por Tupac Yupanqui quién sólo se asignó algunas chacras dentro del valle. Su sucesor, Wayna Capac, fue quien tuvo a su cargo hacer de él uno de los enclaves productivos más grandes del imperio repoblándolo con 14.000 *mitimaes* más la conservación de algunos grupos originarios para trabajos específicos. Resulta difícil precisar la actividad desarrollada por los chichas dentro de la estructura del Valle, esto se debe a que la principal fuente de información que se tiene es un proceso judicial que se ocupa del sector del Valle que ocuparon los indios Carangas y Quillaca⁹. Su presencia está apenas reconocida en algunas partes del interrogatorio de Juan Polo de Ondegardo:

4- “Yten si saben etc. que al tiempo que el inga señaló aquellas chacaras las tomo y adjudicó para sy y tomo a los dichos yndios de Cochabamba puso en ellas mytimaes para que las sembrasen beneficiasen y coxiesen de la provincia de Paria ansy Soras como Uros y de la provincia de los Quillacas y de la provincia de los Chichas ... sin que las personas que beneficiaban del dicho mayz se pudiesen aprovechar dello en ninguna manera lo cual se hazia ansi en todas las chacaras que el ynga tenía propias suyas para el dicho efecto”.

9- “Ytem si saben que los yndios Caracotas Chichas y Charcas Amparayes questavan de mitimaes en Cochabamba para el beneficio de las dichas chacaras del Ynga ...”.

Pedro Guaman indio Sora de Sipesipe, testigo presentado por parte de los dichos Don Hernando Cuyo y Don Diego Tanquire, de 70 años.

3- “Dixo que sabe e vido este testigo como el ynga puso indios mitimaes en las dichas chacaras y tierras para que las beneficiasen y labrasen para el pro ynga e que los indios que puso eran Soras de Paria y Hueros de Challacollo y Quillacas y Carangas y Chichas y de Chile y Chilques y Collas y Charcas y Caracara y otros yndios de otras naciones para el beneficio de las dicha tierras para pagar sus tributos como la pregunta dice y esto sabe de ella”.

A pesar de la presencia de sitios inca en la Quebrada de Humahuaca íntimamente ligados a aspectos productivos, se hace difícil desde la Antropología Histórica señalar fehacientemente el asentamiento en ellos de *mitimaes* (de chichas o de otros grupos) que hayan cumplido algún tipo de actividad en los mismos. Dada la amplitud de los sitios agrícolas de la Quebrada de Humahuaca, su producción no quedó exclusivamente en manos de trabajadores locales. Por lo tanto no descartamos la participación de *mitayos* con una concurrencia periódica y a los efectos de trabajos específicos¹⁰. La arqueología brinda abundante información en este sentido al detectar la presencia de cerámica chicha en sitios de la Quebrada, cerámica que se hizo presente y cuya cantidad aumentó con motivo del dominio incaico. Palma (1998: 39 y ss.) destaca tres sectores bien diferenciados en el sitio de La Huerta de Huacalera¹¹. Un sector A donde se encuentran edificios íntimamente relacionados con la presencia incaica en la región; otro B, relacionado con un momento preincaicos; y un tercero, C, contemporáneo a la presencia incaica. En este último sector, el autor destaca una notable cantidad de cerámica que denomina “grupo cerámico altiplánico” (entendemos que es Chicha) con una frecuencia mucho mayor que en otros lugares del interior de La Huerta. Según Palma, esta cerámica, junto a una importante red vial intrasitio, estaría marcando la presencia de grupos trasladados por el inca. En este sitio, la presencia de cerámica Chicha se incrementó notablemente luego de la conquista incaica, y su presencia en el lugar aumentó casi paralelamente a la Inka Provincial (Palma 1996).

c) *Función de control social*

Los chicha tuvieron amplias relaciones con sus vecinos del sur, casabindos, cochinos, atacamas, de Omaguaca, etc. Presentaremos algunos ejemplos en este sentido. Si observamos detenidamente la cédula de Hernando Pizarro en lo relativo a los chichas vemos que comienza, “e mas la provincia de los Chichas”¹². Siguiendo la cédula al pie de la letra podemos suponer que Francisco Pizarro estaba dando en encomienda todos los pobladores, originarios y *mitimaes*, de la provincia de los Chichas, es decir, que otorgaba todos los indígenas que ocupaban un determinado territorio (lo que no significa que estaba encomendando con una base territorial). Si esto es correcto cabría suponer que no todos los chichas estuvieron encomendados en Hernando Pizarro, quedarían excluidos aquellos que cumpliendo funciones de *mitimaes* incaicos, se encontraban fuera de la provincia de los Chichas. También, deberían aparecer en otras cédulas otorgadas a encomenderos que hubieran recibido indios en las mismas márgenes del territorio chicha o bien en regiones un poco más alejadas pero también fronteras del imperio. A este hecho debemos agregar que en más de una oportunidad nos llamó la atención que las referencias a los chichas son o bien a “los chichas de la Real Corona” o bien a los chichas de “aquella parcialidad”. En ambos casos, debido a la movilidad fronteriza producida por el inca podríamos pensar en la existencia de otros chichas, que no estén encomendados “en la Real Corona” sino a otros encomenderos.

Dos son los casos en los que podemos observar chichas encomendados a otros encomenderos diferentes de Hernando Pizarro, aunque creemos que no deben ser los únicos. El primero ya ha sido referido en un trabajo anterior y corresponde a un depósito de encomienda dado por Francisco Pizarro a Juan de Villanueva(1540) y que llega casi sin alteraciones al capitán Pedro de Zárate casado con la viuda de aquel. En este caso los chichas no son mencionados como tales en la cédula, pero sí en documentos posteriores presentados por Petronila de Castro (viuda de Zárate) en nombre de su hijo, Juan Ochoa de Zárate, todavía menor (Zanolli 1995: 330-338). El documento hace referencia a los chicha del valle de Moxo o bien a los delpueblo de Sococha. En época colonial

ambas localidades caían dentro de los límites de la jurisdicción de Chichas lo que no nos impide suponer que para tiempos anteriores la referencia nos este mostrando posibles límites étnico - territoriales.

El segundo caso es algo diferente. Se tratan de dos encomiendas que reclamó Cristóbal Barba de Albornoz y que por diferentes vías llegaron a su abuelo Cristóbal Barba Cabeza de Vaca. La primera que comprendía “en la provincia de los Charcas con los moyos - moyos” que pertenecieron a Manjarraez y que luego pasó a Hernando del Castillo. La segunda perteneciente a Luis Perdomo y que comprendía los indios del valle de Jujuy¹³ entre los que se detallan “yngas, chichas, churumatas y apanatas”¹⁴. En el último caso, los cuatro grupos mencionados parecen ser *mitimaes* estatales aunque con una función que no se desprende de la documentación.

Un tercer caso aparece como más contundente. Un jueves 6 de febrero de 1557 Joan Velázquez Altamirano, encomendero de Atacama

“...por mandado de su magestad (avanzo) a la provincia de Atacama a traer a los indios de ella a conocimiento de nuestra Santa Fé católica estando en el valle de Casabindo indios encomendados por su magestad a Don Martín Monje vecino de la ciudad de La Plata siendo Dios servido y mediante Don Andrés de Chuchilamassa gobernador y cacique de la provincia de los indios chichas vinieron los indios al dicho valle de paz...” (A.G.I. Patronato 188 N° 4. Año 1557, fs. 1r.)¹⁵.

El cacique y gobernador de la provincia de los Chichas prestó una importante colaboración al encomendero de Atacama. Es interesante destacar la ascendencia que aquel tenía sobre los grupos que ocuparon el valle de Casabindo, más allá de las ventajas que le podría brindar esta acción frente a su encomendero.

d) *Mitimaes chichas orejones*

Merece un ítem aparte el tema de los chichas orejones. La presencia de estos indios fue señalada por el Padre Lozano y su comentario ha movido a más de un interrogante.

“Los Chichas-Orejones, que viven en dichos valles juntos con los churumatas, son indios que ocupaban los emperadores ingas en las minas y conquista de la cordillera, los cuales como supieron la entrada de los españoles en el Perú y la muerte que habían dado al inga Atahualpa en Cajamarca, y que se habían apoderado del Cuzco, no quisieron volver al Perú, y se quedaron en tierras de los churumatas” (Lozano 1874: 78/79).

Hasta el momento no han sido muchos los autores que se decidieron a tratar en profundidad el tema. Waldemar Espinoza Soriano (1986) en un trabajo señero y controvertido sobre el origen y ubicación de los churumatas, al preguntarse si éstos cayeron bajo el dominio incaico responde con un rotundo sí, agregando “y el argumento para sostenerlo tan enfáticamente es que su valle o territorio fue ocupado mediante una colonia de *mitimaes* chichas cuya finalidad fue el resguardo de las fronteras contra las incursiones de los chiriguano, tal como lo afirma y lo confirma el cronista Pedro Lozano” (op. cit.: 250). La afirmación fue tomada de manera acrítica por algunos arqueólogos (Raffino 1993; Nielsen 2000) quienes con buen criterio señalaron la presencia de *mitimaes* chichas en la frontera oriental de Omaguaca, pero haciéndose eco sin más de la existencia de estos chichas-orejones. Como vimos hasta el momento, la presencia de los chichas en territorio Omaguaca esta más que confirmada, la pregunta es: ¿fueron orejones del inca? Intentaremos desarrollar la respuesta.

Doucet (1993: 28) en otro trabajo acerca de los churumatas y donde responde detalladamente las ideas de Espinoza Soriano, cita un párrafo de la Relación y Memorial de Martín de Ledesma Valderrama donde dice:

“La segunda nación es de indios ingas del Cuzco, capitanes del Inga, que la tenía en el valle donde esta poblada la ciudad de Jujuy, al tiempo que Francisco Pizarro o sus capitanes entraron en el Cuzco; y con la nueva de su venida y muerte del Inga desampararon el valle...”

Pareciera que la apreciación de Ledesma Valderrama difiere considerablemente de la del Padre Lozano en dos aspectos centrales a nuestro interés. Primeramente no reconoce la presencia de chichas pero sí la de indios incas del Cuzco con el rango de capitanes del Inca, aunque no con el de orejones. Es menester entonces completar la cita con otra también presentada en Doucet (1993: 29).

“Están estos churumatas dos jornadas de esta nueva población (Santiago de Guadalcazar) hacia el camino del Pirú (...) Junto a estos churumatas (...) están los orejones, indios que no hablan la lengua aymara (...) los cuales están muy cerca de los chiriguanaes”.

Todo haría pensar que los capitanes del Inca a los que alude Ledesma Valderrama serían aquellos orejones a los que se refiere el Padre Gaspar Osorio en su carta arriba citada. Esto está verificado en otra carta del Padre Ledesma Valderrama publicada por el P. Pastells (1912/33. T. 2: 93-95) donde dice:

“que en dos valles que están cerca de los Chichas hay 3000 indios de los incas orejones del Cuzco y churumatas, que se retiraron a ellos cuando los españoles entraron en el Perú y prendieron al Inga en Cajamarca; labran plata y tienen minerales; distan 15 leguas del camino real que va del Tucumán al Potosí”.

No quedan dudas que los chichas orejones que menciona el Padre Lozano son en realidad Incas orejones, los “capitanes del Inca” quienes, una vez finalizada la guerra contra los integrantes de la Confederación Charka habrían sido mandados desde el Cuzco para controlar a los chiriguanaes. En este sentido disiento con Doucet (1993: 46) quien duda incluso de la presencia de estos indios orejones. Según menciona Pärssinen (1992), Topa Inca una vez afirmado en territorio charqueño:

“entro a la provincia de los chichas y moyomoyos y amparaís y aquitas copayapo churumatas y caracos y luego hasta los chiriguanaes hasta Tucumán y allí hizo una fortaleza y puso muchos indios mitimas ... y así salieron a pocona y hicieron muchas fortalezas en el mismo pocona y en sabaypata que es en los chiriguanaes y en cuzcotuiro y puso en todas las fortalezas muchos yndios de diversas partes para (que) guardasen la dicha fortaleza y frontera a donde dejo muchos indios orejones y al presente están poblados sus hijos y descendientes en las dichas fortalezas y fronteras ... y luego hallaron una fortaleza en la provincia de los chuis y chichas llamadas huruncuta y asolando aquella provincia la pobló de muchos indios orejones”.

La presencia de *mitimaes* orejones en zonas recientemente conquistadas por el Inca no parece ser una práctica desusada por el imperio sea esta o no una zona conflictiva o de frontera. Como bien recuerda Cieza de León [1553] 1945: Primera Parte, Cap. LXXVIII.

“Y porque del todo no estaban pacíficas las provincias de la serranía, los ingas mandaron con ellos y con algunos orejones del Cuzco hacer frontera y guarnición, para tenerlo por seguro. Y por esta causa tenían gran provimiento de armas de todas las que ellos usan, para estar apercebidos a lo que sucediese”

Este hecho queda plenamente confirmado en un trabajo donde se hace un detallado análisis de todos los *mitimaes* que los incas enviaron al Chinchaysuyu, en todos los centros repoblados

aparece la presencia de *mitimaes* incas orejones con la clara finalidad de controlar y evitar posibles levantamientos de las poblaciones recientemente vencidas (Rodríguez 2000). Por lo tanto, es poco probable que los incas le hayan otorgado a los *curacas* chichas el rango de orejones y menos aún que sus descendientes hayan permanecido establecidos en el valle de Churumata hasta mediados del siglo XVII. Aquellos indios “que no hablaban aymara” eran incas orejones enviados a la región para vigilar a los integrantes de la Confederación Charka y contener a los chiriguano.

A MODO DE SÍNTESIS

Una vez vencidas las siete naciones de la Confederación Charka los Incas trasladaron a su territorio, particularmente al sur y a las regiones de frontera gran cantidad de *mitimaes*, entre ellos, *mitimaes* incas orejones quienes habrían tenido a su cargo organizar las fortalezas y guarniciones que deberían controlar a los grupos del este y principalmente a los chiriguano. En el caso particular de los chichas y a pesar de la férrea defensa que, como relata Betanzos, hicieron de su territorio frente al invasor cuzqueño, descartamos que aquel haya hecho un traslado masivo de sus derrotados hacia el exterior de la provincia, hecho que hubiera tenido como consecuencia inmediata agrandar aún más el vacío poblacional, producto de los sucesivos levantamientos y las consecuentes guerras. Esta vez, la política incaica estuvo condicionada en mayor medida por la beligerancia de los chiriguano y en menor por la de los “indios de guerra” ubicados hacia el sur de Chichas. La solución más acertada fue negociar (desde una posición de poder) con los chichas para que, defendiendo las fronteras del imperio, también lo hagan con su propio territorio.

Sin bien el Tawantinsuyu no ocupó las tierras bajas muchos grupos de allí, parcialmente transculturados, jugaron un rol importante en la defensa de esa franja que va desde Cochabamba hacia el Tucumán y que esta bien marcada en el norte, en el sector central y también en el extremo norte de Argentina y sur de Bolivia (Lorandi 1980). Los chichas fueron utilizados como *mitimaes* para la guerra dentro de su territorio y también en otros ajenos, particularmente la Quebrada de Humahuaca, donde se ubicaron mirando al temido este y a la vez, controlando a los aparentemente disciplinados pobladores de la Quebrada. Esa disciplina puede hablar de consentidas relaciones de sometimiento con el inca y/o de previa obediencia para con los chichas. Estos, como *mitimaes* del inca, también desempeñaron funciones económicas y particularmente de control social de otros pueblos vecinos del sur.

Recibido: septiembre 2002.

Aceptado: octubre 2003.

NOTAS

- ¹ A.N.B –Sucre- LaAch. Volumen 1. Año 1564, fojas 79, 79v. y 80
- ² Nos referimos a los casabindo, cochinoca, indios de Omaguaca, etc.
- ³ Escribiremos chicha cuando nos referimos al grupo étnico y Chicha a la región geográfica.
- ⁴ Remitimos a trabajos específicos sobre el origen y expansión del imperio. Ver: Bauer, B. (1992), D’Altroy, T. (1994) Hyslop, J. (1984), Julien, C. (1982, 1993), La Lone, M. y D. La Lone (1987), Pärssinen, M. (1992); Rostworowski de Diez Canseco, M. (1988), entre otros.
- ⁵ El nombre de Confederación Charka “surgió a partir del contacto hispano - indígena cuando Hernando y Gonzalo Pizarro junto al Inka Paullu entraron al Qullasuyu y Coysara, señor Charka, fue el primer *malku* en rendirse y acatar la nueva voluntad después de la derrota de Cochabamba (del Río 1995: 7). La Confederación estaba conformada por dos jefaturas, Charka que se extiende al norte de Potosí y el valle de Cochabamba y Qharaqhara hacia el sur, hasta los chichas. Entre ambas jefaturas se da una

complementariedad simbólica urcu/una. Las siete naciones más importantes que integraron la confederación fueron: pacaxa, sura, charka, chui, karanka, killaka, qharaqhara y chicha. Para ampliar sobre el tema ver: Rasnake 1989, Platt 1978, entre otros).

- ⁶ Un ejemplo de ellos es el caso del *maliku* Colque de los Quillacas y Asanaques quien acompañó al Inca hacia “las provincias de los Chichas y Los Diaguitas” donde combatió con extraordinaria valentía o bien negoció con extrema inteligencia. El agradecimiento del Inca no se hizo esperar, le concedió la merced de llamarse Inca Colque además de un servicio permanente de cincuenta cargueros para que lo llevaran en andas. Colque, *maliku* principal de los Quillacas y Azanaques se había convertido prácticamente en un inca de privilegio (Espinoza Soriano 1981).
- ⁷ En este excelente trabajo de investigación etnohistórica la Dra. Presta contribuye a esclarecer la ubicación del fuerte de Esquile, que Saignes (1985:31) situó de manera imprecisa entre el Pilcomayo y el Tucumán.
- ⁸ Lorandi (1980) cree que los aborígenes de las regiones intermedias (Uma y Yungas) vieron al Tawantinsuyu como una salvaguarda para los continuos ataques lules y chiriguano. Este trabajo puede completarse con otro de la misma autora (1978), en el que hace una crítica al modelo de los Horizontes andinos.
- ⁹ El pleito es llevado adelante por los indios Caranga y Quillaca quienes fueron separados de sus grupos originarios una vez establecidas las encomiendas. El mismo fue detalladamente trabajado por Wachtel (1991).
- ¹⁰ Sobre las áreas agrícolas en la Quebrada de Humahuaca ver: Albeck, M. 1992-1993.
- ¹¹ Palma (1996: 49) señala que el sitio de “La Huerta habría actuado como un nudo de comunicación y transporte, dado que los grandes corrales de Puerta de La Huerta y del cercano Campo Morado apuntan en esa dirección”.
- ¹² A.G.I. Justicia 406. Año 1539.
- ¹³ A.G.I. Charcas 83 N° 64. Año 1604. Imagen 16.
- ¹⁴ A.N.B. EP. Vol. 41. Año 1590.
- ¹⁵ El documento citado se encuentra publicado en: Estudios Atacameños N° 10. 1992. Transcripción de José Luis Martínez.

BIBLIOGRAFIA

Abreviaturas

A.G.I. Archivo General de Indias

A.N.B. Archivo Nacional de Bolivia.

Fuentes principales

– Archivo General de Indias

Justicia 406. Año 1539.

Título de encomienda de Francisco Pizarro a su hermano Hernando Pizarro.

Charcas 83. Número 64. Año 1604.

Información de Méritos y Servicios de Cristóbal Barba de Albornoz.

Patronato 188, Número 4. Año 1557

Expediente sobre lo actuado a petición de Juan Velázquez Altamirano por haberse apaciguado los indios del valle de Atacama en el Perú.

– Archivo Nacional de Bolivia

Libro de Acuerdos de la Audiencia de Charcas. Volumen 1. Año 1564.

Escrituras Públicas Volumen 41. Año 1590.

Fuentes Secundarias

Albeck, María Ester

1992-1993. Areas agrícolas y densidad de ocupación prehispánica en la Quebrada de Humahuaca. En: *Avances en Arqueología* 2: 34-51. Instituto Interdisciplinario Tilcara. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Bauer, Brian

1992. *The Development of the Inca State*. Univesrity of Texas Press. Austin.

Betanzos, Juan de

[1551] 1987. *Suma y narración de los Incas*. Atlas Ed. Madrid.

Cieza de León, Pedro de

[1553] 1945. *Primera parte de la crónica del Perú*. Ediciones Solar. Buenos Aires.

[1554] 1943. Segunda parte de la crónica del Perú. Del señorío de los Incas. Ediciones Argentinas Solar. Buenos Aires.

D'Altroy, Terence

1992. *Provincial Power in the Inka Empire*. Smithsonian Institution. Washington D. C.

1994. Public and Private Economy in the Inka Empire. En: E. Brumfield (ed.), *The Economic Anthropology of the State*, pp. 171-222. Society of Economic Anthropology Monograph 11. Lanham MD. Univesity Press of America.

del Río, María de las Mercedes

1995. Estructuración étnica Qharaqhara y su desarticulación colonial. En: A. M. Presta (ed. y comp.), *Espacio, etnias, frontera. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu siglos XVI-XVIII*, pp. 3-47. Ediciones ASUR 4. Sucre.

Doucet, Gastón

1993. Acerca de los churumatas, con particular referencia al antiguo Tucumán. *Histórica* Vol. XVII: 21-91. Lima.

Espinoza Soriano, Waldemar

1981. El reino aymara de Quillaca-Asanaque, siglos XV y XVI. *Revista del Museo Nacional*, XLV: 175-274. Lima.

1986. Los churumatas y los mitimaes chichas orejones en los lindes del Collasuyo siglos XV – XX. *Revista Histórica*, XXXV: 243-297. Lima .

Gentile, Margarita

1991-2. La conquista Inca de la Puna de Jujuy. Notas a la Crónica de Juan de Betanzos. *Xama* 4-5: 91-106. Mendoza.

González, Alberto Rex

1980. Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del Imperio. Implicancias Socioculturales. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. 14 (1): 63-83. Buenos Aires.

Hyslop, John

1984. *The Inka Road System*. Academic Press. New York.

Julien, Catherine

1982. Inka Decimal Administration in the Lake Titicaca Region. En: G. A. Collier, R. I. Rosando y J. D. Wirth (eds.), *The inka and Aztec States 1400-1800*. Academic Press, New York-London.

1993. Finding a Fit: Archaeology and Ethnohistory of the Incas. En: Michael Malpass (ed.), *Provincial Inka Archaeological and Ethnohistorical Assessment of the Impact of the Inca State*, pp. 177-203. University of Iowa Press. Iowa.

- La Lone, Mary y Darrell La Lone
1987. The Inka State in the Southern Hiaglands: Estate Administrative and Production Enclaves. *Etnohistory* 34: 47-62.
- Lorandi, Ana María
1978. Les Horizons Andines: Critique de un modele. *Annales* 33 (5-6): 921-926. París.
1980. La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo. *Relaciones* 14 (1): 147-164. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.
- Lozano, Pedro
1874. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. 5 vols. Casa editora Imprenta Popular. Buenos Aires.
- Murra, John
1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. IEP. Lima.
1978. *La organización económica del Estado Inca*. Siglo XXI, México.
- Nielsen, Axel
1997. Nuevas evidencias sobre el producción agrícola Inka en el sector norte de la Quebrada de Humahuaca. *Estudios Sociales del NOA*. Año 1, Número 1: 31-59. Argentina
2000. Impacto y organización del dominio Inca en Humahuaca. *Tawantinsuyu* (en prensa).
- Palma, Jorge
1996. Estructuras de descarte en un poblado prehispánico de la Quebrada de Humahuaca. *Arqueología* 6: 47-67. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
1998. *Curacas y señores. Una visión de la sociedad política prehispánica en la Quebrada de Humahuaca*. Instituto Interdisciplinario Tilcara. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Tilcara.
- Pärssinen, Martti
1992. *Tawantinsuyu. The Inca State and its Political Organization*. Societas Historicae Finlandiae. Helsinki.
- Pastells, Pablo
1912/33. *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias*. 5 tomos. Madrid.
- Platt, Tristan
1978. Acerca del sistema tributario pre toledano en el Alto Perú. *Avances* 1: 33-46. La Paz.
- Presta, Ana
1995. La población de los valles de Tarija, siglo XVI. Aportes para la solución de un enigma etnohistórico en una frontera incaica. En: A. M. Presta (ed. y comp.), *Espacio, etnias, frontera. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu siglos XVI – XVIII*, pp. 235-249. Ediciones ASUR 4. Sucre.
2001. “Hermosos, fértiles y abundantes”. Los valles centrales de Tarija y su población en el siglo XVI. En: S. Beck, N. Paniagua y D. Preston (eds.), *Historia, ambiente y sociedad en Tarija, Bolivia*, pp. 25-41. Instituto de Ecología, Universidad Mayor de San Andrés y School of Geography University of Leeds.
- Raffino, Rodolfo
1993. *Inka. Arqueología, Historia y Urbanismo del altiplano andino*. Corregidor. Buenos Aires.
- Rasnake, Roger
1989. *Autoridad y poder en los Andes. Los kurakuna de Yura*. Hisbol. La Paz.

Rodríguez, Lorena

2000. Alteraciones incaicas en el mapa étnico andino: ¿Desorden controlado o caos multiétnico? El caso de los mitimaes estatales en el espacio del Chinchaysuyu". Tesis de Licenciatura. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

Rostworowski de Diez Canseco, María

1988. *Historia del Tawantinsuyu*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.

Rowe, John

1946. Inca culture at the Time of the Spanish Conquest. En: *Handbook of Southamerican Indians*. Bulletin 143, 2: 183-300. Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Washington.

Saignes, Thierry

1985. *Los Andes orientales historia de un olvido*. Ceres-Ifea. Bolivia.

1991. Lobos y ovejas: formación y desarrollo de las comunidades en el Sur - Andino. S. XVII. En: S. Moreno y F. Salomon (comps.), *Reproducción y Transformaciones*. T. 1: 91-135. Abya Yala. Quito. Sarmiento de Gamboa, Pedro [1572] 1988. *Historia de los Incas*. Biblioteca de Viajeros Hispánicos 4. Mirtaguano ediciones y Polifemo ediciones. Madrid.

Wachtel, Nathan

1981. Los mitimaes del Valle de Cochabamba: La política colonizadora de Wayna Capac. *Historia Boliviana* 1/1 : 21-57. La Paz.

Zanolli, Carlos

1995. Omaguaca: La tierra y su gente. Presencia chicha hacia el sur de Talina. Siglo XVI. En: A. M. Presta (ed. y comp.), *Espacio, etnías, frontera. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu siglos XVI - XVIII*, pp. 319-344. Ediciones ASUR 4. Sucre.

1998/9. Segmentaciones étnicas, frontera y movilidad en los chichas del sur de Charcas. *Etnia*. 42-43: 9-19. Museo Etnográfico Municipal Damaso Arce, Instituto de Investigaciones Antropológicas. Olavarria, Buenos Aires.

**LA FUNEBRIA DE CAMPO MORADO,
QUEBRADA DE HUMAHUACA
(Depto. de Tilcara, Pcia. de Jujuy)**

Jorge Roberto Palma ()*

RESUMEN

A partir del registro funerario del sitio Campo Morado de Huacalera, Quebrada de Humahuaca, se evalúan los alcances y limitaciones del mismo para brindar información sobre la jerarquización social en la región durante los períodos de Desarrollos Regionales e Inka.

El análisis se basa en los niveles de rango detectados en los sepulcros, focalizando en el acompañamiento funerario. A partir de éste y su distribución diferencial, se infieren accesos asimétricos a los bienes y productos sociales.

Palabras clave: Arqueología. NOA. Funebria. Colecciones museográficas.

ABSTRACT

The analysis of the funeral assemblage of Campo Morado de Huacalera site, Quebrada de Humahuaca, is used to evaluate the scopes and limits that this information yields about social status during the Desarrollos Regionales and Inka periods. The analysis considers the social rank assigned to the burials, which is identified based on the grave goods. An asymmetric access to social goods and products is inferred from the study of these associations and their distribution.

Key words: Archaeology. Northwest. Burial goods. Museum collections.

INTRODUCCION

Durante el Período de Desarrollos Regionales o Tardío en el noroeste argentino, se registran profundos cambios en la organización socio-política de las comunidades aldeanas del área. Estos están dados por el surgimiento de sociedades “complejas”, entidades basadas en una estructura de rangos, cuyos rasgos distintivos son la complejidad política y la desigualdad económica entre grupos e individuos. La sociedad de la Quebrada de Humahuaca (900-1400 d.C) es una de ellas.

(*) Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

El término “sociedad compleja” puede entenderse de dos maneras básicas: (a) como una especialización de funciones entre los miembros de una sociedad, necesaria para organizar las actividades de subsistencia, o (b) una diferenciación de rangos entre los miembros de la sociedad, condicionando un acceso desigual a bienes y recursos.

El primer significado parte del supuesto de que la sociedad necesita naturalmente esta división jerárquica del trabajo (Service 1984; Wright 1984). Esta percepción suele entender al cambio como respuesta adaptativa a las presiones del medio (Binford 1972) y, enfocada desde perspectivas estrictamente tecnológicas o desde paradigmas ambientalistas, ha acotado muchas investigaciones dentro de estrechos andarieles metodológicos (Carneiro 1970; Spencer 1990).

Tales enfoques presentan una característica común: el descarte de los componentes ideológicos, categorizados como inabordables (Binford 1972). Es usual considerar a la ideología como un “epifenómeno” determinado por la cultura “material”, a la cual se remite como único elemento de análisis, poniendo un freno epistemológico que impide interpretar de manera completa el registro arqueológico.

Esta circunstancia se torna crítica cuando se abordan sociedades políticamente complejas. Aquí se hace esencial analizar las acciones que, desde los marcos ideológico y político, implementan las facciones o grupos de individuos (Brumfield 1989), donde cobran importancia como elementos de análisis los aspectos simbólicos concomitantes (Drennan 1976; Conrad y Demarest 1984; Marcus y Flannery 1994). Este segundo enfoque enfatiza el estudio de las relaciones simétricas y asimétricas entre individuos y grupos, su papel en los cambios que se originan dentro de las sociedades y que no responden sólo a causas exógenas sino que poseen una dinámica propia. La desigualdad que marca diferencias sociales y económicas perdurables entre los individuos y los grupos asociados se expresa en un acceso diferencial a los bienes y recursos sociales (Paynter y McGuire 1991; Earle 1997).

Si bien es difícil precisar el grado de centralización política regional alcanzada, los indicadores de desigualdad, se manifiestan con nitidez. Uno de estos indicadores lo constituye la funebria (Palma 1993, 1997/98), que registra una creciente estratificación social.

La presencia inka en la región (1.400-1.536) constituyó la incorporación de una sociedad a otra de mayor complejidad: el Estado. Esta situación también se refleja en la funebria.

EL POBLAMIENTO REGIONAL

La instalación característica del período Tardío o de Desarrollos Regionales en la Quebrada de Humahuaca corresponde al Tipo Sobre Elevado Concentrado (Palma 2000:33-34), que se identifica por grandes aldeas y agrupamientos urbanos parcialmente planificados ubicados sobre elevaciones de difícil acceso. Los asentamientos se adaptan estructuralmente a la topografía anfractuosa del terreno sobre el cual se emplazan: laderas altas, la cima de un cerro (a veces artificialmente aplanada), conos de deyección o terrazas naturales que forman sectores pedemontanos elevados.

Las unidades de vivienda se componen de varios recintos de planta rectangular o cuadrangular, aunque en ocasiones los desniveles del terreno obligan a optar por una forma irregular. Esta circunstancia también provoca que los recintos sean semisubterráneos, situación que se acentúa por el sobreelevamiento de las vías de circulación internas. El patrón predominante, no obstante, es la unidad integrada por uno o más recintos-albergue asociados a uno o varios recintos de mayor tamaño. En estos últimos se llevan a cabo actividades múltiples: molienda y preparación de alimentos, confección de manufacturas) e incluso se practican inhumaciones.

Los sitios tienen como característica predominante una gran complejidad estructural intrasitio (corrales, vías de circulación interna, división en sectores, etc.), especialmente notoria en los más importantes. En ellos se produce una segregación funeraria, donde la inhumación bajo pisos de

viviendas registra cámaras funerarias con acompañamientos que muestran diferencias de rango entre los individuos (Palma 1998).

La centralización política en los poblados más importantes pudo tener mucho que ver con esta disposición de la población, originada por sociedades de rango microrregionales. Su génesis debería buscarse en los posibles agrupamientos de sitios (Palma 1998), que habría producido una jerarquización intersitios, alcanzando algunos asentamientos un mayor protagonismo, en la medida que tenían el control de recursos específicos o disponían de posiciones estratégicas convertidas en resortes de poder.

Tilcara, La Huerta, Los Amarillos y Peñas Blancas pueden ser considerados como centros administrativos y cabeceras de entidades políticas jerarquizadas, que pugnaban por espacios de poder y guerreaban entre sí a pesar de su unidad cultural. La expansión hacia el oriente de los pueblos de Humahuaca comienza poco antes de la llegada del Inka. Esta sugiere altos niveles de centralización, en la que éstos podrían haber ejercido control político sobre los sitios de menor importancia. Seguramente, entre escaramuzas esporádicas, estas entidades también comerciaban y se relacionaban entre sí, incluso con lazos de sangre.

Los sitios de la región de Humahuaca adoptan masivamente durante el Período Tardío el modelo sobre elevación, a pesar de los numerosos inconvenientes que presentan para la vida diaria. El hacinamiento en terrenos restringidos, donde el crecimiento de la población y de las construcciones tornarían dramáticas las disponibilidades de espacio y dificultades para la provisión diaria de agua y alimentos.

La única ventaja que ofrece el emplazamiento sobre elevado es la protección ante posibles agresiones externas, dado el carácter defensivo-estratégico de los sitios donde la población cuenta con la protección de la altura y la rispidez del terreno.

La mayoría de los sitios sobre elevación tiene muros de defensa, adquiriendo un aspecto defensivo, aunque generalmente éstas son simples murallas de contención para prevenir derrumbes, ya que la topografía está sujeta a la constitución disgregable de las estructuras serranas.

Los sitios fortificados (Caleta, Yacoraite, Campo Morado, Perchel) se ubican sobre el corredor de la quebrada troncal y su disposición sugiere que dichas instalaciones defensivas no custodian la región de enemigos externos sino de rivales internos. Asimismo, podrían depender de los grandes centros poblados: Caleta de Peñas Blancas, Yacoraite de Los Amarillos, Campo Morado de La Huerta y Perchel de Tilcara. Dos sitios de mayor importancia, como Los Amarillos y La Huerta, se encuentran en quebradas subsidiarias y ambos pudieron haber eludido las presiones bélicas directas, derivándolas a sus subordinados sobre la quebrada troncal, Yacoraite y Campo Morado. Considerando la cercanía entre ellos, estos enclaves actuarían como defensa ante cualquier amenaza (Palma 2000:41).

Con el advenimiento de la ocupación inkaica, algunos de ellos se convirtieron en pukará, como Hornaditas, Caleta, Yacoraite, Campo Morado y Perchel. Posiblemente, también cambió su funcionalidad y pasaron a ser elementos de dominación y control para impedir cualquier intento de insurrección, alojando guarniciones.

EL SITIO

El sitio arqueológico Campo Morado se localiza dos kilómetros al norte de la localidad de Huacalera, sobre la margen izquierda del Río Grande de Jujuy, a 65° 19' Lg O y 23° 26' Lat. S y a 2.700 msnm. Está a corta distancia (1.850 m) del Trópico de Capricornio.

Las investigaciones de mayor importancia efectuadas en la zona corresponden a la XIV^a Expedición de la Facultad de Filosofía y Letras, que dirigiera Salvador Debenedetti (1917/18). Sólo se publicaron algunos resultados preliminares poco después (1918). Algunos años antes, Boman (1908) había mencionado suscitadamente la presencia de las ruinas. Les siguieron Bennett *et al.* (1948) y Madrazo y Ottonello (1966).

El sitio (Foto 1) se halla emplazado sobre un cerro de abrupta pendiente, que se eleva a 120 m de altura sobre el nivel del río y está circundado por murallas de fortificación que alcanzan 5,5 m de alto y un ancho que oscila entre 1,80 m (en la base) y 0,60 m (en la parte superior). Estas protegen los sectores que carecen de defensas naturales. Los faldeos más accesibles (al Oeste) presentan diecinueve líneas de pircas escalonadas (Gráfico 1).



Foto 1. Panorámica de ladera Este

Los rasgos arquitectónicos muestran una fuerte influencia inka, visible en remodelaciones que afectaron, sobre todo, a la cima del morro, que se presenta como una plataforma aplanada. Las construcciones que sobre ella se levantan ocupan su superficie total, respondiendo a una distribución planeada (Palma *et al.* 2001).

Un muro doble con relleno y banquetta recorre la cima en sentido longitudinal (E-O), dividiéndola en dos sectores. En el sector Suroeste de la cima se registra un complejo edilicio de características especiales donde se destacan un patio hundido y una construcción piramidal escalonada, además de una escalinata que conecta el patio con las plataformas y un pasadizo semi-subterráneo descubierto junto al muro Oeste de la estructura piramidal (Palma *et al.* 2001).

Se trata de un *ushnu*: “(...) complejo ritual de altar, plataforma o pirámide junto con la depresión y el pasaje o conducto...” (Zuidema 1978:161). La idea del *ushnu* está muy ligada a la de drenajes para libaciones. Una de sus funciones parece haber sido la de proveer un lugar para que el rey inka dé la bienvenida y reciba a la gente conquistada (Hyslop 1990).

El sitio reúne dos características definitorias: es un *pukara* y una *huaca*. La integración de la Quebrada de Humahuaca al imperio inka produjo importantes transformaciones socio-políticas en las poblaciones locales. Campo Morado como parte integrante de este proceso, habría pasado a ser un sitio de control estratégico para el estado, hecho consecuente con la presencia de arquitectura ceremonial, pues ésta legitima el uso de la fuerza por parte del inka.

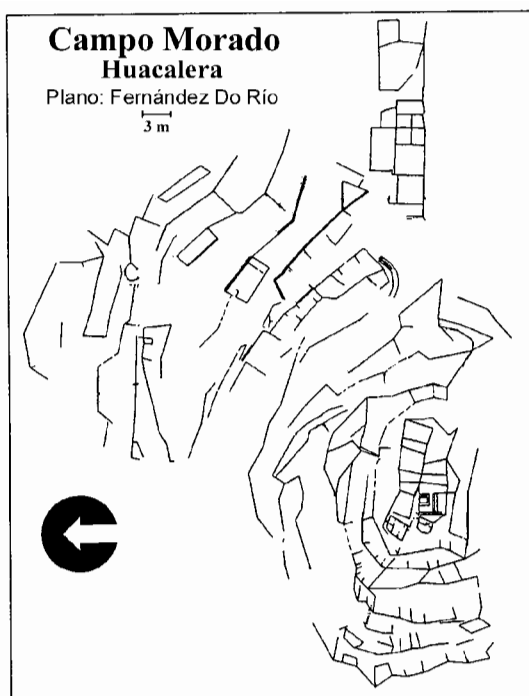


Gráfico 1

METODOLOGIA

El análisis de las tumbas que se describen (ver detalle en Apéndice 1), ha sido elaborado a partir del material procedente de un conjunto importante de tumbas excavadas en Campo Morado por Salvador Debenedetti (1918). El material que integra las colecciones del Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti" presenta algunas limitaciones, especialmente debido a que procede de excavaciones sin controles estratigráficos, algo común a los trabajos practicados hasta la década del '40. Esta circunstancia provoca asociaciones contextuales imprecisas y carencia de datos acerca de las condiciones de hallazgo.

Debido a estas limitaciones, se adoptó una metodología cualitativa partiendo de tres variables: ubicación y características, formas inhumatorias y acompañamientos funerarios.

Para el análisis de las dos primeras se recurrió a las libretas de campo de Salvador Debenedetti (1917-18), que detallan los "yacimientos" (recintos) excavados en sitios de la región durante la campañas arqueológica XIV de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Para la tercera se empleó el material recuperado en dichas excavaciones. Se analizaron en total 49 eventos inhumatorios procedentes de Campo Morado. El material estudiado consistió en 103 artefactos, de los cuales la mitad (51) corresponden a cerámica y los restantes a útiles de piedra, metal, madera y hueso.

Los números de tumbas son los asignados por el investigador a cada uno de los recintos excavados, razón por la cual la numeración no es correlativa (no en todos los recintos se registraron tumbas). A éstos les he agregado letras minúsculas para distinguir episodios inhumatorios distintos en el mismo recinto. Los textos encomillados corresponden a citas textuales de la libreta de viaje de S. Debenedetti (1917/18), la cual se encuentra depositada, al igual que los materiales, en el Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti", dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

La denominación usada para la cerámica surge de trabajos anteriores (Palma 1996, 1997/98, 1998). Se indican entre paréntesis con una “f” seguida del número de forma. Se clasificó a la cerámica en “grupos”, entendidos éstos como conjuntos dominantes que permiten observar la variabilidad derivada de cambios en la producción a través del tiempo (Palma 1996). Estos son: Grupo Ordinario (OR), Grupo Rojizo Pulido (RP), Grupo Gris Pulido (GP), Grupo Altiplánico (AL) y Grupo Inka Provincial (IP). Los números de artefactos, entre paréntesis (“nl”) indica no localizados, corresponden al inventario del Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Si bien no hay cerámica con decoración inka provincial, se registra la presencia de cerámica ordinaria cuya morfología la asocia con la presencia inka como es el caso de las “jarras simples” (Palma 1998: 30). La ausencia de fechados radiocarbónicos impide establecer la contemporaneidad de las tumbas con material inka (6a, 8b, 10b, 13c, 19, 34, 35, 37, 39a, 40) y las que no lo tienen. Por otra parte, la presencia/ausencia de cerámica ordinaria inka no está directamente relacionada con los niveles jerárquicos de las tumbas.

No obstante, se pueden adscribir todas las tumbas con “jarras simples” como contemporáneas y correspondientes a la presencia inka. Esto refuerza la hipótesis surgida en un trabajo anterior (Palma 1988:55): “La presencia abundante de jarras de cerámica para beber chicha...seguramente formaban parte sustancial en la celebración de las festividades que el imperio proporcionaba habitualmente a sus *mitimaes* y súbditos leales”.

Cabe mencionar que, mientras en la cercana La Huerta las jarras simples comprendían el 20% del registro, en Campo Morado alcanzan al 39,2%.

LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS

Las inhumaciones se practicaban en pisos de habitación y las sepulturas consisten mayoritariamente en cámaras funerarias de piedra, con planta circular, elipsoidal, rectangular o cuadrangular. En menor medida sepultaron en fosas simples.

El tratamiento arquitectónico proporcionado a los sepulcros se caracteriza por el revestimiento interno de las paredes con piedra, aunque carecen de pavimento. Las cámaras funerarias están techadas con grandes lajas, registrándose en algunos casos la forma de falsa bóveda con lajas en saledizo.

En un trabajo anterior sobre La Huerta (Palma 1997/98) distinguí cuatro niveles jerárquicos entre los individuos adultos, partiendo del acompañamiento funerario. Los datos permitían observar homogeneidad en el tratamiento dispensado a los difuntos de todos los niveles. Al igual que en La Huerta, no hay aquí diferencias ni en el tratamiento del cuerpo ni en la disposición general de la sepultura y la práctica de construir cámaras funerarias alcanza a la mayoría del conjunto social. Es en el acompañamiento funerario donde se pueden apreciar las diferencias de rango entre los individuos.

Las prácticas inhumatorias individual y colectiva muestran paridad numérica y las tumbas individuales no muestran un acompañamiento particularmente destacado sino que, en general, éste es escaso o está ausente. Por el contrario, las tumbas con mayor riqueza son las colectivas. Esto permite suponer que hayan sido criptas familiares, dado que las inhumaciones son sucesivas y llevadas a cabo en distintos momentos. Al colmarse la capacidad de una cámara se abriría otra, lo cual explica la variedad en la cantidad de enterratorios y la pluralidad de tumbas en un mismo recinto.

Campo Morado incluye 49 unidades funerarias (tumbas) que albergan 86 inhumaciones. Siguiendo el criterio implementado para La Huerta (Palma 1997/98, 1998) se ha agrupado las unidades funerarias por niveles de rango (ver Cuadro 1), distinguiendo un grupo jerarquizado (rangos 1 y 2), un grupo no jerarquizado (rangos 3, 4 e infantes) y una categoría de no-personas

(Peebles y Kus 1977:438) reservada para los cráneos-trofeo y para los cuerpos sin cráneo, que en conjunto, alcanzan a 6.

El grupo jerarquizado (Rangos 1 y 2) suman el 11,6% de las sepulturas y el 14,1% de las inhumaciones) se distingue por contar con un acompañamiento de bienes rituales y de prestigio. A su vez, el grupo jerarquizado puede subdividirse entre quienes tienen acceso al ritual (Rango 1) y los que disponen únicamente del acceso a bienes de prestigio (Rango 2).

El grupo no jerarquizado (Rangos 3, 4 e I) comprende el 88,4% de las tumbas y 86,1% de las inhumaciones) ha sido subdividido entre los inhumados en cámaras funerarias (Rango 3), en simples fosas (Rango 4) y los infantes (Rango I).

Como puede apreciarse, el acompañamiento mortuario ha sido la categoría principal del ordenamiento por rangos y recibirá un tratamiento pormenorizado porque proporciona información sobre la estratificación, como única categoría de análisis que actúa claramente como indicador. Se utiliza el término acompañamiento (Palma 1993:48) en lugar de otros usados frecuentemente como de “ajuar” (involucra el concepto de objetos fabricados ex-profeso para uso funerario, de lo cual no hay evidencias). Se interpreta que los artefactos depositados en las tumbas pertenecían en vida a los inhumados, ya que los artefactos presentan rastros de uso).

Una dificultad importante fue la ausencia de registro sobre la composición sexual y etaria de la población. El sexo lo he inferido por el acompañamiento, identificando como femeninos aquellos individuos acompañados de topes, accesorios característicos de la vestimenta femenina andina. Algo similar sucede con los útiles de hilado (husos y torteros), ya que, tanto la información etnográfica como arqueológica, sostiene que “(...) en su mayor parte, el hilado lo hacían las mujeres” (Rowe 1946:241). En el caso de los varones, por ejemplo, se interpretó como objetos masculinos los relacionados con las prácticas bélicas. La identificación de Bordach (com. per.) para casos similares en La Huerta (Palma 1997/98) permitió confirmar la corrección de estas inferencias referidas a la sexualidad.

Por último, se registran inhumaciones de infantes, mayoritariamente en ollas que cumplieron la función de urnas -excepcionalmente en cámaras funerarias o directas- y los categorizados como

CUADRO 1 – Unidades Funerarias Ordenadas por Rangos						
Ran- gos	Formas Sepulcrales	Acompañamiento Ritual de Prestigio		Otr.	Unidades Funerar.	Inhuma- ciones
1	Cámara Funeraria	Equipo inhalar alucinógenos	Adornos de metal Moluscos Pacífico	X	3 7,0 %	10 11,7 %
	Tumbas: 8a, 35, 40.					
2	Cámara Funeraria	-	Adornos de metal Moluscos Pacífico	X	2 4,6 %	2 2,4 %
	Tumbas: 10a, 10b.					
3	Cámara Funeraria	-	-	X	40 46,6 %	91 56,2 %
	Tumbas: 1a, 6a, 6b, 8b, 11b, 12b, 17b, 29, 30a, 34, 37, 39a.					
4	Inhumación Directa	-	-	-	5 11,7 %	19 22,4 %
	Tumbas: 2a, 17a, 24a, 36,38.					
I	Infantes	-	-	-	21 21,7 %	28 15,4 %
	Tumbas: 1b, 2c, 2d, 3, 5, 13b, 13c, 19, 20, 24b, 25, 27, 28, 30b, 30c, 30d, 31, 33, 38b, 38c, 42.					
NP	Cráneos Trofeo	-	-	-	6	6
	Tumbas: 2b, 11a, 13a, 14c, 39b.					

no-personas (NP), que incluye cráneos-trofeo (T. 11a, T. 39b) y adultos sin cráneo (T. 2b, T. 13a, T. 14, T. 39b).

LAS ACTIVIDADES SOCIALES Y SUS ARTEFACTOS

Artefactos rituales

Como se dijo en un trabajo anterior (Palma 1997-98) el ceremonialismo religioso, manifestado simbólicamente a través del ritual, tiene un efecto integrador en la comunidad. En las sociedades complejas está además asociado al sostenimiento ideológico de la autoridad del jefe, que confunde sus funciones con las de sacerdote, circunstancia que le brinda la posibilidad de actuar como mediador entre la comunidad y la divinidad. La exclusividad en el manejo de los objetos rituales le proporciona la posibilidad de conducir las ceremonias públicas religiosas que forman parte fundamental de su autoridad. Asociado a él, es probable que su entorno familiar (de sangre y político) se sume a las ceremonias y prácticas sacerdotales asistiendo a la autoridad suprema.

Al igual de lo que se observara en La Huerta (Palma 1997-98) una práctica particularmente extendida en el área andina es el consumo de alucinógenos. La misma comprende un equipo de piezas (Bittman *et al.* 1978): tabletas y tubos de inhalar, espinas de cactáceas para limpiar el tubo, mortero de madera para moler el alucinógeno, cajita o bolsa tejida para guardar el polvo, espátula de hueso o madera para depositar el polvo en la tableta, y bolsa de lana para todo el equipo, los instrumentos registrados en los contextos funerarios de Campo Morado relacionados con esta práctica consisten en dos tabletas de inhalar de madera (T. 8a), un tubo de inhalar alucinógenos de hueso (T.8a) y tres tubos con espinas (T. 8a, 35, 40).

Otros objetos relacionados con las prácticas religiosas, de gran valor ceremonial, son las valvas de moluscos procedentes del Pacífico (Lorandi y del Río 1992:103) que se registran en T.8a, T. 10a y T. 40.

Objetos de prestigio

Son un recurso de las élites para destacarse respecto de la gente común creando mecanismos restrictivos para determinar quién puede acceder a ellos o no. En este sentido el anillo de cobre (T. 10 b) es el único indicio de este tipo de práctica en Campo Morado.

Instrumentos textiles

Los implementos de hilado comprenden husos (T. 8a, T. 39a) y torteros (T. 6a (2), T. 8a, T. 17b) confeccionados en madera de tola. El único instrumento de telar es la *vinasa* (T. 8a, T. 39a) que se utiliza (...) para apretar la trama al ser pasada por la urdimbre, y así compactar el tejido.” (Rolandi de Perrot y Jiménez de Pupareli 1983/85:239).

Instrumentos bélicos

Se considera como tales a artefactos de carácter exclusivamente masculino. En Campo Morado los artefactos bélicos consisten en una manopla de madera (T. 10a) y dos trompetas de hueso (T. 34, T. 40). Estas últimas, de fuerte sonido, se utilizaban para amedrentar al enemigo: los

soldados españoles experimentaron el “(...) efecto psicológico alterador del atronador sonido de tambores, trompetas y gritos.” (Gudemos 1998: 91-92). Las trompetas, que se utilizaban además en las fiestas, están confeccionadas con húmeros de llama (*Lama glama*) y cervidos como la taruca (*Hippocamelus antisensis*). Constan de tres tramos ensamblados entre sí mediante sustancias resinosas: boquillas, tubo y pabellón de resonancia.

Instrumentos agrícolas

Como ya se observó en otro trabajo (Palma 1997-98) los instrumentos agrícolas son también escasos en Campo Morado. Se encontró una “pala” (Rivero 1983), consiste en una lámina plana de madera dura y forma oblonga, con mango de madera, con el que forma un ángulo de 30°. Se utiliza para el aporque de maíz y tubérculos (T. 17b). También una *chinka* (Rivero 1983) utilizada en la recolección de maíz y tubérculos (T. 5, T. 30a). Mientras los varones roturaban los terrenos, las mujeres depositaban semillas o tubérculos en la tierra, consideradas como labores femeninas por pertenecer al mismo género que la tierra (Rostworowski 1995). La *chinka* podría ser, entonces, un instrumento femenino.

Otros artefactos

Consisten en un cincel de cobre (T. 6b) un *siku* de piedra (6b), un topo de hueso (T. 10a), una talla antropomorfa de madera (T. 6b), dos punzones de madera (T. 8a), una aguja de espina de cardón (T. 29); cucharas de madera (T. 6b y 10a); recipientes de *Lagenaria* (T. 5, T. 6a, T. 8b y una campana de madera (T. 6).

PALABRAS FINALES

El análisis detallado del acompañamiento funerario, indica que los rangos 1 y 2 de Campo Morado, son cuantitativamente inferiores a los de rango similar al de La Huerta. Si se adopta un análisis cualitativo, se observa que las tumbas jerarquizadas de La Huerta, presentan una riqueza material que supera con creces la de los contextos de Campo Morado y con artefactos adscribibles a los períodos Inka e Hispano-Indígena.

Lo que resulta llamativo es la proporción de infantes inhumados en Campo Morado, que alcanza al 48,8% de las unidades funerarias y, en números absolutos (28 inhumaciones) supera a los de La Huerta. La elevada cantidad de infantes inhumados no es compatible si comparamos las densidades de población de ambos sitios. Mientras Campo Morado pudo haber albergado 250 habitantes (Palma 1987/89), La Huerta supera los 700 habitantes (Raffino 1993).

A modo de hipótesis, esta situación podría relacionarse con la institución del sacrificio de niños (*capac hucha*), que tenía lugar durante las celebraciones del solsticio de verano o fiesta de *Capac-Raymi*, a un lado del *ushnu* (Zuidema 1978). A esta circunstancia se agrega que el día del solsticio de verano el sol recorre la línea ideal del Trópico de Capricornio, ubicada a menos de 2 km al sur de Campo Morado.

La importancia del acompañamiento funerario reside en que los artefactos depositados en la tumba lo han sido mediante una acción plenamente conciente e intencional y su disposición no ha sido alterada por procesos de deposición accidentales. Su valor principal para los propósitos de este trabajo, es la información que brinda sobre la desigualdad en la disponibilidad de acceso a los bienes sociales por parte de distintos segmentos de la población.

En las sociedades de rangos, el ceremonialismo mortuario no está directamente relacionado

con la posición social adquirida por un individuo durante su vida sino con su pertenencia a un grupo social. La posición social no es adquirida, sino que viene como algo dado, cada individuo se adscribe a un estrato social y de allí deriva su rango. Los miembros de una élite intentarán distinguirse del resto de la gente por símbolos de prestigio y/o rituales. Esto se hace particularmente evidente en el momento de la muerte, donde se proporciona al individuo un tratamiento acorde con el rango del grupo de pertenencia y estará rodeado de un conjunto de prácticas distintivas.

Estas prácticas consisten en manifestaciones simbólicas que tienen la intencionalidad ideológica de mostrar a los vivos que los miembros del rango del difunto son los únicos en gozar de determinados privilegios. La distinción en la muerte es reflejo de la desigualdad en la vida.

Recibido: septiembre 2002.

Aceptado: octubre 2003.

BIBLIOGRAFIA

Bennett, Wendell; Everett Bleiler y Frank Sommer

1948. *Northwestern Argentine Archaeology*, Yale University Publications in Anthropology, N° 38, New Haven.

Binford, Lewis

1972. *An Archeological Perspective*, Seminar Press, New York.

Bittman, Bette, Gustavo Le Paige y Lautaro Nuñez

1978. *Cultura Atacameña*. Serie El Patrimonio Cultural Chileno. Colección de Extensión Cultural, Santiago de Chile, Ministerio de Educación.

Boman, Eric

1908. *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Désert D'Atacama*, Imprimerie Nationale, Paris.

Brumfiel, Elizabeth

1989. Factional Competition in Complex Societies. En: *Domination and Resistance* (D. Miller, M. Rowlands y C. Tilley eds.), pp127-139, London, Unwin Hyman.

Carneiro, Robert

1970. A Theory of the Origin of the State, *Science*, vol. 149, N° 3947.

Cigliano, Eduardo

1959. Nota sobre un cráneo trofeo. *Notas del Museo de Ciencias Naturales*, Vol. 19:365-78. La Plata.

Conrad, Geoffrey y Arthur Demarest

1984. *Religion and Empire*, Cambridge University Press.

Debenedetti, Salvador

1917-18. *XIV Expedición Arqueológica de la Facultad de Filosofía y Letras*. Libreta de Viaje. MS.

1918. La XV Expedición Arqueológica de la Facultad de Filosofía y Letras. Nota Preliminar sobre los yacimientos de Perchel, Campo Morado y La Huerta. *Publicaciones del Museo Etnográfico* 17, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Drennan, Robert

1976. Religion and social evolution in Formative Mesoamerica. En: *The early Mesoamerican village*, Kent V. Flannery ed., Academic Press, New York.

- Earle, Timothy
1997. *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*. Stanford University Press, Stanford, California.
- Gudemos, Mónica
1998. *Antiguos Sonidos*. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Tilcara.
- Hyslop, John
1990. *Inka Settlement Planning*. University of Texas Press, Austin.
- Lorandi, Ana .M. y Mercedes del Río
1992. *La Etnohistoria. Filogénesis y transformaciones. Sociedades Andinas*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Madrazo, Guillermo y Marta Ottonello
1966. *Tipos de instalación en la región de la Puna y su borde*. Monografías 1, Museo Municipal “Dámaso Arce”, Olavarría.
- Marcus, Joyce y Kent Flannery
1994. Ancient Zapotec ritual and religion: an application of the direct historical approach. *The Ancient Mind: Elements of Cognitive Archaeology*, ed. Colin Renfrew y Ezra Zubrow, pp. 55-74, Cambridge University Press.
- Palma, Jorge
1987/89. *Proceso Cultural Agroalfarero Prehispánico en la Quebrada de Humahuaca*. Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. MS.
1996. Estructuras de descarte en un poblado prehispánico de la Quebrada de Humahuaca. *Arqueología* 6: 47-67. Revista de la Sección Arqueología, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
1997/98. Ceremonialismo mortuario y registro arqueológico: apuntes sobre complejidad social. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, T. XXII-XXIII:179-201.
1998. *Curacas y señores: una visión de la sociedad política prehispánica en la quebrada de Humahuaca*, Instituto Interdisciplinario Tilcara, Fac. de Filosofía y Letras, U.B.A., Tilcara.
2000. Urbanismo y complejidad social en la región Humahuaca, *Estudios Sociales del NOA* 2: 31-57, Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A.
- Palma, Jorge, Aldana Bueno, Licia Capizzi, Solange Fernández Do Río, Patricia Pupkin, Ramón Quinteros y Andrea Runcio
2001. Control imperial inka en Campo Morado (Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy), *Tawantinsuyu* 7 (en prensa).
- Paynter, Robert y Randall Mc. Guire
1991. The Archaeology of Inequality: Material Culture, Domination, and Resistance. En: *Archaeology of Inequality*, pp. 127, Blackwell, Cambridge.
- Peebles, Christopher y Susan Kus
1977. Some archaeological correlates of ranked societies. *American Antiquity*, Vol.42, N° 3: 421-48.
- Raffino, Rodolfo
1988. *Poblaciones Indígenas de Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*, T.E.A.
- Rivero, Víctor
1983. *Herramientas agrícolas andinas. Evolución y Tecnología de la agricultura andina*, pp. 45-68. Instituto Indigenista Americano. Cusco.

Rolandi de Perrot, Diana y Dora Jiménez de Pupareli

1983/85. La tejeduría tradicional en la puna argentino-boliviana, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 10:205-289. Buenos Aires.

Rostworowski, María

1995. La mujer en el Perú Prehispánico. *Tawantinsuyu*, Vol. 1:4-10.

Rowe, John

1946. Inca Culture at the time of the Spanish Conquest. *Handbook of South American Indians*, vol. 2:183-330, Washington D.C. Smithsonian Institution.

Service, Elman

1984. *Los orígenes del Estado y de la civilización*. Alianza Universidad Textos, Madrid.

Spencer, Charles

1990. On the Tempo and Mode of State Formation: Neoevolutionism Reconsidered. *Journal of Anthropological Archaeology* 9:1-30.

Vignati, M.

1930. Los cráneos trofeo de las sepulturas indígenas de la Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy), *Archivos del Museo Etnográfico N° I*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Wright, Henry

1984. Prestate Political Formations. En: *On the Evolution of Complex Societies*, ed. Timothy Earle, pp. 41-77, Udena Press, Malibu.

Zuidema, Reiner T.

1973. Kinship and Ancestor Cult in Three Peruvian Communities: Hernández Principe's Account of 1622. *Bulletin de l'Institut Française d'Etudes Andines*, Vol. 2 N° 1:16-33.

1978. Shaft Tombs and the Inca Empire. *Journal of the Steward Anthropological Society* 9 (1-2): 133-78.

APENDICE

EL REGISTRO FUNERARIO

Unidades funerarias

T. 1a - (Faldeo W., 4^a terraza). Cámara elíptica (diám. 0,80 m): seis adultos (dos destruídos).

T. 1b - (Faldeo W., 4^a terraza). Urna (olla f.5: 25142-OR) tapada con gran tiesto: un infante.

T. 2a - (R.: 16 m², acceso pared N.). Directa en el centro: un adulto.

T. 2b - (R.: 16 m², acceso pared N.). Directa en el centro: un adulto sin cráneo.

T. 2c - (R.: 16 m², acceso pared N.). Urna (olla nl) en pared E.: 4 infantes. Acompañamiento: cascabeles (nl) y campana de madera (nl), recipiente de lagenaria (nl).

T. 2d - (R.: 16 m², acceso pared N.). Urna (olla nl) en el centro: un infante.

T. 3 - (R.: 16 m²). Urna (olla nl.) en ángulo S.W.: 3 infantes. Acompañamiento: un "plato" (nl) y un cascabel de nuez (nl).

T. 5 - (Aislada). Cámara cilíndrica (diám 1,20 m): infante (6/8 meses) apoyado sobre "cuna de madera" (nl), con recipiente de lagenaria sp. (25707) sobre la cabeza. Acompañamiento: dos recipientes de *lagenaria* sp. (25772/73), disco de madera (25708), dos *chincas* (25709 y nl), mazorcas de maíz (nl) y hueso de camélido (nl).

T. 6a - (R.: 20 m², acceso pared W.). Cámara cilíndrica (diám. 1,20 m) con cierre de lascas (prof. 1,50 m.), en ángulo S.W.: 5 adultos femeninos, 3 en fardo (tarabitas de madera 25715/16/22). Acompañamiento: 2 torteros de madera (25718/19); 4 recipientes de *lagenaria* sp. (25734/35/36/37); 2 pucos subhemisféricos (f.1a: 24948-RP, 25061-RP), pucos con asa (f.3: 24945-RP), 3 jarras simples (f.10a: 24942 nl., 24943-RP; f. 10b: 24939-RP), olla subglobular (f.5: 24944-GP con técnica incisa).

T. 6b - (R.: 20 m², acceso pared W.). Cámara cilíndrica (diám. 1,20 m) con cierre de lascas (prof. 1,50 m), en ángulo S.W.: dos adultos ambos sexos en fardo (tarabitas de madera 25728/29). Acompañamiento: cincel de cobre con mango de madera (25714); *siku* de piedra (nl); 2 torteros (25720/21), talla antropomorfa (25712)

y 2 cucharas (25713 y nl), de madera; campana de calabaza (nl) y 2 pucos subhemisféricos (f1a: 24947-RP, 24979-GP).

T. 8a - (R. sin datos). Cámara elíptica (diám. 1,20 m) en ángulo S.W. (prof. 1,80 m): 3 adultos de ambos sexos, uno en fardo (tarabita de madera 25797). Acompañamiento: tubo de hueso y madera con espinas (25726); una tableta de inhalar en forma de quirquincho (25724) y otra tallada con dos cabezas de felino enfrentadas (25732), tubo de inhalar con espinas y talla antropomorfa femenina (25727), 2 punzones (25730 [tallado], 25731), *vinasa* (25733) y huso con tortero (25725), de madera; valva de *Pecten sp.* del Pacífico (25723) y manojo de hojas de coca atadas con cuerdas (25738 nl).

T. 8b - (R. sin datos). Cámara elíptica (diám. 1,20 m) en ángulo S.W. (prof. 1,80 m), debajo de la anterior: 3 adultos deteriorados. Acompañamiento: 4 recipientes de *lagenaria sp.* (nl); puco subhemisférico (f. 1a: 24952-RP), puco troncocónico (f. 2a: 24953-GP), 3 jarras simples (f. 10a: 24949/50-RP, 24951-nl.) y vaso chato (f. 14a: 24954-OR).

T. 10a - (R. sin datos). Cámara cilíndrica (diám. 0,80 m) junto a una “gran piedra”: adulto femenino “tapado por media olla negra” (nl). Acompañamiento: valva de *Pecten sp.* del Pacífico (25740); cuchara (25739) y manopla (25741), de madera; topo de hueso (25683) y puco subhemisférico (f. 1a: 25088-RP).

T. 10b - (R. sin datos). Inhumación directa junto a una “gran roca”: interior: un adulto femenino. Acompañamiento: anillo de cobre (25881) y jarra simple (f. 10a: 25087-OR).

T. 11a - (R.: 23 m², acceso al N.E.). Cámara cilíndrica en ángulo E.: cráneo-trofeo de adulto.

T. 11b - (R.: 23 m², acceso pared N.E.). Cámara cilíndrica en ángulo E., debajo del anterior: adulto destruido, excepto el cráneo.

T. 12 - (R.: 22 m²). Inhumación directa en pared S.W.: cuatro adultos masculinos, dos en fardo (una tarabita de madera nl y otra de hueso nl). Acompañamiento: plaqueta de cobre perforada (nl) y disco de madera (nl).

T. 13a - (R.: 20 m²). Inhumación directa en ángulo W.: adulto sin cráneo.

T. 13b - (R.: 20 m²). Urna (“olla roja de cuello alto y decor. reticulada” nl) en ángulo W.: un infante.

T. 13c - (R.: 20 m²). Inhumación directa en ángulo N.: un infante. Acompañamiento: peine de hueso (nl) y jarra simple (f. 10a: 28270-AL).

T. 14 - (R.: 16 m², acceso pared N.W.). Cámara cilíndrica en ángulo S.E.: dos adultos sin cráneo, con maxilares inferiores. Acompañamiento: espátula de hueso (nl).

T. 17a - (R.: 15 m²). Restos óseos humanos quemados en fardo (dos tarabitas nl), sobre fogón.

T. 17b - (R.: 15 m²). Cámara cilíndrica en ángulo N., con tapa de laja: un adulto femenino en fardo (tarabita de madera frag. 25750). Acompañamiento: pala (25748) y tortero (25749) de madera; recipiente de *lagenaria sp.* fragmentado (nl) y puco subhemisférico (f1a: 24963-RP).

T. 19 - (R.: 20 m²). Inhumación directa en ángulo S.E.: un infante en. Acompañamiento: jarra simple (f. 10b: 25.093-OR).

T. 20 - (R.: 20 m²). Inhumación directa en ángulo S.W.: un infante. Acompañamiento: puco subhemisférico RP (nl), instrumento de hueso fragmentado (nl)

T. 24a - (R.: 28 m², acceso pared N.). Inhumación directa en pared N.: un adulto.

T. 24b - (R.: 28 m², acceso pared N.). Urna (olla negra “desbordada”) en ángulo N.: un infante. Acompañamiento: vaso chato (f. 14a: 25.136-OR).

T. 25 - (R.: 30 m²). Urna (“olla roja, decoración reticulada” nl), en ángulo N.E.: un infante.

T. 27 - (R.: 20 m²). Urna (“olla negra desbordada” nl) en ángulo N: un infante.

T. 28 - (R.: 12 m²). Urna (“olla negra fracturada” nl) en ángulo N.: un infante.

T. 29 - (R.: 32 m²). Cámara cilíndrica en ángulo N.W.: un adulto femenino. Acompañamiento: aguja de espina de cardón (25756).

T. 30a - (R.: 24 m²). Cámara funeraria rudimentaria (cuatro lajas tapadas por otra) en ángulo N.: adulto femenino. Acompañamiento: *chínca* (25757) a los pies del cuerpo.

T. 30b - (R.: 24 m²). Urna (“cántaro rojo decorado desbordado” nl) en pared N.E.: un infante.

T. 30c - (R.: 24 m²). Urna (“cántaro rojo decorado desbordado” nl) en pared N.E.: 3 infantes.

T. 30d - (R.: 24 m²). Urna (olla subglobular f.5: 25162-RP) en ángulo: un infante.

T. 31 - (R.: 17 m²). Urna (“olla negra fracturada y desbordada” 25153 nl) en ángulo N: un infante.

T. 33 - (R.: 20 m²). Urna (“cántaro negro” nl) en pared N.E.: un infante.

T. 34 - (R.: 36 m², acceso pared N.W.). Cámara subcilíndrica en ángulo S.: 3 adultos masculinos en fardo (5 tarabitas de madera nl). Acompañamiento: trompeta de hueso fragmentada (25758); 2 recipientes de *lagenaria sp.* (nl), manopla de madera (nl) y 2 jarras simples (f.10a: 24964-OR; 25131-RP).

T. 35 - (R.: 25 m², acceso pared N.W.). Cámara subcilíndrica con tapa de lajas: 5 adultos masculinos y un

juvenil, uno en fardo (tarabita de madera 25762). Acompañamiento: tubo de madera con espinas (25761); “pequeño yuro decorado” (nl), puco subhemisférico (f.1a: 24968-OR), 3 jarras simples (f. 10a: 24965/25132-OR y 24966-RP).

T. 36 - (R.: 21 m²). Inhumación directa, ángulo E.: 6 adultos, ambos sexos. Acompañamiento: 2 pucos subhemisféricos (f.1a: 25080-RP, 25156-GP), “plato rojo” (nl); recipiente de *lagenaria sp* (nl); tortero (nl), cuchara (nl) y manopla (nl), de madera.

T. 37 - (R.: 19 m²). Cámara cilíndrica en ángulo N.E.: 2 adultos. Acompañamiento: jarra simple (f. 10a: 25078-RP) y recipiente cuádruple (24969-OR).

T: 38a - (R.: 16 m²). Directa en pared S.: dos adultos y dos juveniles. Acompañamiento: un “pequeño yuro” (nl), una “ollita negra” (nl), un “mortero de piedra” (nl).

T: 38b - (R.: 16 m²). Urna (olla subglobular f.5: 25143-RP): un infante. Acompañamiento: 6 torteros de madera (nl).

T: 38b - (R.: 16 m²). Inhumación directa en pared S.: un infante. .

T. 39a - (R.: 25 m², acceso pared N.). Cámara cilíndrica con tapa de lajas en ángulo N:W: 3 adultos. Acompañamiento: tortero (25765) y vinasa (25764), de madera; recipiente de calabaza (25763); 2 pucos subhemisféricos (f.1a: 24976-GP, 24978-RP), puco troncocónico (f.2a: 24977-RP), 3 jarras simples (f.10a: 24973/74/75-RP) y jarra asimétrica (24972-OR).

T. 39b - (R.: 25 m², acceso pared N.). Urna (“cántaro decorado” nl, con tapa de puco (nl): cráneo-trofeo.

T.40 - (R.: 12 m², acceso pared N.). Cámara cilíndrica sobre pared N.W.: 2 adultos. Acompañamiento: valva de *Pecten sp.* (25770); tubo de madera con espinas (25769-frag.), trompeta de hueso decorada (25771); yuro (f.8: 28969-RP), 2 jarras simples (f.10a: 24981/82-RP).

T. 42 - (R.: 20 m²). Urna (“gran cántaro” nl) con tapa de laja en ángulo N.E.: un juvenil. Acompañamiento: recipiente de *lagenaria sp* (nl).

**EL ORO EN EL NOROESTE ARGENTINO PREHISPANICO.
ESTUDIOS TECNICOS SOBRE DOS OBJETOS
DE LA CASA MORADA DE LA PAYA**

Luis R. González ()*

RESUMEN

La trayectoria de la metalurgia prehispánica en el Noroeste argentino se basó en el cobre y, sobre todo, en la aleación de bronce, material con el cual los artesanos produjeron objetos con identidad propia en el concierto andino. Pero, aunque en menor proporción, también se conocen piezas de oro, las cuales, a diferencia del trabajo en bronce, fueron elaboradas a partir de laminado. En esta presentación se repasan algunos de los hallazgos de objetos de oro de la región y se dan a conocer los resultados de los estudios técnicos efectuados sobre dos ornamentos procedentes de la Casa Morada del asentamiento de La Paya, proponiéndose que la tradición de manufactura por laminado de piezas de oro formó parte del estilo tecnológico de la metalurgia del Noroeste.

Palabras clave: Arqueología NOA. Metalurgia prehispánica. Oro. Ornamentación.

ABSTRACT

The trajectory of prehispanic metallurgy in Northwest Argentina was based upon the use of copper and mainly, of bronze alloy. The artisans produced objects on this last material with a local identity within the Andean realm. But, gold objects have also been recovered, although in a minor proportion. These objects were made starting from sheets, that is, a technique that differs from that of bronze. In this paper, some of the gold objects from the region are reviewed and results of technical studies on two ornaments from the Casa Morada of La Paya site are presented. It is here proposed that the manufacturing tradition of laminated gold was part of the technological style of Northwest metallurgy.

Key words: Archaeology. Northwest. Prehispanic Metallurgy. Gold. Ornaments.

(*) Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

LA METALURGIA PREHISPANICA EN EL NOROESTE ARGENTINO

Las sociedades agropastoriles que poblaron el Noroeste argentino (NOA) desarrollaron una producción metalúrgica con particularidades propias en el ámbito andino. Estas particularidades se plasmaron no sólo en las características formales y decorativas de los bienes de metal sino también en las innovaciones técnicas ideadas para su producción. En este sentido, cabe subrayar que la trayectoria de la tecnología tomó un curso independiente a los tradicionalmente considerados “centros de invención” de los Andes (cf. West 1994:7; González, L. 1999, 2001a). No obstante, como en el resto del espacio andino, en el NOA hubo una predilección por el trabajo del cobre y sus aleaciones. Los datos arqueológicos muestran un temprano uso de la aleación de cobre y arsénico en el área centro-oriental de la provincia de Catamarca, hacia el 200-400 DC. La misma área, por lo menos entre el 500 y 700 DC, fue el escenario para la puesta a punto de la aleación de cobre con estaño (González, L. 2001b, Cabanillas *et al.* 2002).

Con estos antecedentes, en algunas zonas de NOA se fue conformando una sólida tradición de especialistas metalúrgicos quienes, a partir del siglo X, pusieron de manifiesto una extraordinaria capacidad para controlar la compleja interacción de las variables tecnológicas, llegando a producir en bronce estañífero algunos de los objetos precolombinos más voluminosos conocidos en el área surandina, como los discos y las campanas ovales decoradas con el clásico estilo *santamariano*, entre los cuales se conocen ejemplares que superan los 3 kg de peso (González, L. 1999). A comienzos del siglo XV la región fue incorporada al imperio incaico. Los administradores cuzqueños supieron aprovechar el entrenamiento y la destreza de los metalurgistas del NOA, amplificando la escala de producción de los bienes de metal. Para ello fueron introducidas algunas modificaciones en la organización de la producción, tales como el uso de los hornos de tiro natural denominados *huayra*, optimizándose, además, los circuitos logísticos de aprovisionamiento de materias primas. Sin embargo, no se alteraron los procedimientos técnicos de manufactura de desarrollo local y, junto a los nuevos tipos de objetos de raigambre incaica, continuaron produciéndose los materiales que ya contaban con reconocimiento cultural en la región (González, L. 2002a).

Aunque el registro arqueológico da cuenta de una gran variedad de herramientas de metal (por ejemplo, cinceles, cuchillos y hachas), la metalurgia del NOA estuvo decididamente orientada a la obtención de objetos ornamentales, relacionados con la exhibición de posiciones de prestigio en el seno de las sociedades y vinculados con ceremonias religiosas (González, A. R. 1998:367; González y Peláez 1999). Sobre el particular, debe tenerse en cuenta que el aumento de la escala de producción metalúrgica y de la sofisticación técnica aplicada que se registra en los momentos prehispánicos tardíos estuvieron enraizados en los procesos de complejización social, con la integración de unidades políticas de considerable extensión territorial y demográfica, el surgimiento de liderazgos institucionalizados y el paulatino fortalecimiento de desigualdades intrasociales en términos de acceso a poder y recursos. En esta dinámica, se ha propuesto que las élites políticas habrían auspiciado la producción de bienes de metal a través de mano de obra especializada para controlar, mediante su distribución pautada, la asignación social de status diferenciales y reproducir, en un material signifiante, componentes de la ideología dominante, con el fin de poner a resguardo sus intereses sectoriales (Tarragó y González 1996).

Como se dijera, el énfasis metalúrgico en el NOA estuvo centrado en el trabajo del cobre y sus aleaciones. No obstante, las investigaciones arqueológicas han permitido registrar cierto número de objetos realizados en oro. Es muy probable que este número haya sido, originariamente, mucho mayor y que se viera disminuido por el constante saqueo del patrimonio indígena iniciado en épocas coloniales y que continúa en nuestros días (véase Uriondo y Rivadeneira 1958:5). En tal sentido, el objetivo de esta presentación es, en primer lugar, repasar brevemente el registro de materiales de oro del NOA prehispánico y, en segundo término, dar a conocer los resultados de los estudios de laboratorio realizados sobre dos objetos de singulares características que integraron el

contexto arqueológico de la Casa Morada de La Paya, en el valle Calchaquí, provincia de Salta. La información obtenida se juzga de relevancia considerando la escasez de análisis publicados sobre materiales similares procedentes de la región. Pero, asimismo, tal información puede adquirir mayor interés si se toman en cuenta tanto la singularidad formal de las piezas como el contexto arqueológico del que formaron parte.

Cabe señalar que, por lo general, los pocos estudios técnicos de materiales de oro que se conocen se centraron en determinaciones de composición. Por otra parte, el hecho que en el NOA los objetos de oro fueran manufacturados a partir de láminas martilladas, parece haber condicionado a los autores a considerar a la metalurgia del oro como una tecnología “simple” que no la hacía merecedora de mayores consideraciones. De todas formas y como ocurrió con la mayoría de los acercamientos arqueometalúrgicos en la región, hubo contados intentos de evaluar los datos técnicos en conjunto con los antropológicos, tratándose a la tecnología como un fenómeno ajeno a la cultura (González, L. 2002a).

EL ORO EN LOS ANDES

Sabido es que una de las principales motivaciones que impulsaron la conquista de América fue la de apropiarse de sus riquezas, en particular de los metales preciosos (véase Plazas y Falchetti 1978; Bray 1985:76). La obsesión por el oro inspiró anotaciones de los cronistas europeos, a través de las cuales podemos conocer algunos detalles del uso que las sociedades andinas le daban al dorado metal y de los modos en que lo producían. Por ejemplo, la conquista del Cuzco dio ocasión para que varios observadores describieran, con admiración, la lujosa ornamentación con que había sido dotada la plaza central del imperio incaico, el Coricancha y los edificios sagrados que la rodeaban. En el Coricancha, inaugurado por el noveno soberano de la dinastía, Pachacuti, la veneración principal se dirigía a una imagen del dios Sol, conocida como Punchao. Según se cuenta, esta estatua, enfrentada al sol naciente, reflejaba el primer rayo del astro con tal claridad que parecía el sol mismo (Berthelot 1986:80). Esta imagen sólo pudo ser registrada en 1572, tras la captura de Tupac Amaru. El cronista Antonio de Vega, en 1950, la describió como una estatua antropomorfa vaciada en oro y con atributos y vestiduras en el mismo metal. En una caja que se colocaba en el interior del cuerpo se guardaban las cenizas de los soberanos incas muertos (Pérez Gollán 1986:68-69).

Para las sociedades andinas, el oro tuvo un desempeño primordial en el campo simbólico, en el cual sus características físicas se utilizaron tanto para materializar aspectos fundantes de la cosmovisión como para apuntalar ideológicamente la hegemonía de las elites políticas. En la edificación del estado incaico la religión fue utilizada como una herramienta de integración política y legitimadora de las nuevas relaciones sociales (Patterson 1992). Pero la estructura religiosa oficial, a pesar del renovado énfasis otorgado al culto al sol, fue cimentada sobre un sistema de creencias pan-andino vigente desde varios siglos antes (Pérez Gollán 1986; González, A. R. 1983). El estado se encontraba bajo la protección de Inti, representado por el sol bajo una gama de aspectos diferentes (Conrad y Demarest 1988:107-109) pero se reconocía un panteón sagrado compartido por una serie de entidades, como Illapa, el señor de los fenómenos meteorológicos. Otras respetadas potencias sobrenaturales eran los ancestros, que actuaban tanto como legitimadores míticos de la tenencia del territorio como en el papel de benefactores de los emprendimientos de los mortales. Recuértese, al respecto, que la estatua de oro del Punchao, además de representar una de los aspectos del culto solar (el Sol Naciente), era el reservorio de las cenizas de los ancestros del Inca gobernante.

En este esquema, la dinastía incaica se decía descendiente del sol y, por tanto, la adoración al astro era, al mismo tiempo, el reconocimiento de la autoridad del soberano. El oro (el sudor del sol) y la plata (las lágrimas de la luna) representaban la fecundidad cósmica y eran materiales de

uso limitado a los grupos sociales vinculados con las divinidades celestiales, vale decir, la familia imperial y los sacerdotes (Platt 1988:422). En los mitos fundacionales del estado incaico, los metales preciosos aparecen en primer plano. Por ejemplo, los cronistas Arriaga, en 1621, y Calancha, en 1638, divulgaron la saga que expresaba que el Sol envió a la tierra tres huevos: uno de oro, de donde surgieron los *kuraca* y la nobleza; otro de plata, que dio lugar a sus mujeres; y el restante de cobre, que originó a la gente del común (Gentile Lafaille 1999:82). No parece necesario puntualizar que esta jerarquización de los metales constituía una metáfora de las desigualdades sociales institucionalizadas en el imperio.

El concepto de *huaca* como cosa o lugar sagrado adquiría especial significación cuando se aplicaba a una montaña (por lo general, considerada como residencia de los antepasados de la comunidad o de las deidades que controlaban la fertilidad de la naturaleza) que albergaba depósitos minerales o tesoros. De hecho, a partir de la colonización europea el término *huaca* se convirtió en sinónimo de tesoro escondido, de donde deriva el nombre de “huaquero” para aquel que los saquea (Salazar Soler 1997:247). De acuerdo a antiguas creencias, se consideraba que los metales eran un producto de la tierra, donde crecían y se desarrollaban como los seres vivos (Berthelot 1986:82). Las minas de oro constituían *huaca* de extremo poder y objeto de especial veneración. El cronista Cristóbal de Molina escribió en 1533:

“La orden por donde fundaban sus huacas...era porque decían que a todas criaba el sol...y al oro asimismo decían que era lágrimas que el sol lloraba y así cuando hallaban un grano grande de oro en las minas, sacrificábanle y henchíanlo de sangre y poniéndolo en su adoratorio, decían que estando allí aquella huaca o lágrima del sol, todo el oro de la tierra se venía a juntar con él” (en Girault 1988:41).

LA EXPLOTACION DEL ORO EN EPOCAS PREHISPANICAS

Las diferentes formas de presentación del oro en la naturaleza condicionaron los procedimientos aplicados por los metalurgistas prehispánicos, tanto para obtener el metal como para la manufactura de los objetos. Cobo escribía al respecto:

“De dos maneras se halla el oro: uno puro y perfecto, que no tiene necesidad de fundirse ni de beneficiarse con fuego ni con azogue, y otro en vetas...arraigado e incorporado en piedra. Del primero hay dos diferencias: uno muy menudo como limaduras de metal o como menuda arena, que llaman oro en polvo y oro volador, y otro en pedazos o granos, que llaman pepitas...El oro de las minas nunca se halla en ellas puro...sino penetrado e incorporado en las piedras, sin que se pueda sacar de ellas sino después de molidas y hechas harina...Las minas de oro puro en polvo y pepitas se llaman lavaderos...” (Cobo 1890:296-298).

Los cronistas nos legaron algunas noticias de los procedimientos empleados por los indígenas para beneficiar el oro, aunque no siempre queda en claro el alcance de las modificaciones técnicas introducidas a partir de la conquista. Cobo (1890:295-300) describió las variantes en que el oro se presenta en la naturaleza, (“en piedra” y en placeres), afirmando que los indígenas recuperaban el metal exclusivamente en lavaderos, ya que “nunca supieron beneficiar las minas en que se halla en piedra”. También Easby (1956:25) se inclinó por considerar que los indígenas no fueron capaces de explotar minas auríferas y que recogían pepitas de los aluviones. Sobre esta forma de trabajo, una de las menciones más conocidas es la de Vasco Núñez de Balboa, de 1513: “...esperan que crezcan los ríos de las quebradas y desque pasan las crecientes quedan secos, y queda el oro descubierto de los que roba de las barrancas y trae de la sierra en muy gordos granos” (en Plazas y Falchetti 1978:14).

No obstante, algunos autores han hecho referencias a antiguos socavones en minas de oro que sugerirían que los indígenas también beneficiaban el metal “en piedra” (por ejemplo, Petersen 1970:44-45). Esto no debería resultar extraño, toda vez que se cuenta con evidencias arqueológicas que indican que los mineros nativos solían horadar galerías más o menos extensas para extraer los minerales metalíferos. Entre los casos más famosos, se encuentra el del minero “momificado” que fuera recuperado, junto con sus herramientas, en Chuquicamata, norte de Chile, donde encontró la muerte al derrumbarse la galería en la que trabajaba extrayendo mineral de cobre (Bird 1978). Un poco más al norte, en Huantajaya, en una antigua mina de plata fueron descubiertos los esqueletos de dos mineros indígenas, acompañados por martillos de piedra (Brown y Craig 1994). Para el NOA tenemos algunas evidencias arqueológicas indirectas de la explotación de oro de veta. Durante las excavaciones en el taller metalúrgico del Sitio 15 de Rincón Chico, en la provincia de Catamarca, el cual operó entre los siglos X y XVI, entre los restos de minerales registrados durante las excavaciones se identificó un fragmento de cuarzo aurífero con fracturas correspondientes al arranque de un filón (González, L. 2001c).

Para el laminado del oro, los artesanos disponían de herramientas especializadas. De acuerdo al Inca Garcilaso, quien escribía a principios del siglo XVII:

“...ellos usaron unas piedras muy duras de color entre verde y amarillo...aplanaron y alisaron una contra otra y las tenían en gran estima por ser muy raras. No hicieron martillos con mangos de madera...estos instrumentos tenían la forma de dados con las aristas redondeadas, algunos eran grandes lo justo para ser cogidos con la mano, otros medianos y otros pequeños y otros alargados de tal manera que se pudieran martillar las zonas cóncavas. Ellos sostenían estos martillos en sus manos como si fueran guijarros...” (en Carcedo Muro 1992:286).

Las investigaciones arqueológicas han permitido identificar herramientas similares a las descritas en las crónicas. Grossman (1978) informó sobre hallazgos en Waywakas, Perú, consistentes en nueve escamas de oro finamente martilladas, acompañadas por un juego de herramientas contenidas en dos tazones de piedra. Las herramientas, también de piedra, consistían en tres martillos cilíndricos y un yunque. Estos hallazgos, datados en el 1500 AC, son las evidencias de trabajo de oro más antiguas de la región andina. También Lothrop (1955) y Carcedo de Mufarech (1998) describieron diversos útiles de piedra vinculados con el trabajo de los orfebres prehispánicos. En el ya mencionado taller metalúrgico del Sitio 15 de Rincón Chico fueron recuperados una gran cantidad de instrumentos de piedra especializados, de diversas formas y tamaños y con intensas huellas de uso, relacionados con la manufactura y terminación de objetos de oro, cobre y bronce (González; L. 2001c).

EL ORO EN EL NOROESTE ARGENTINO

Tal como se dijera en páginas previas, los registros y estudios de los materiales de oro producidos por las sociedades indígenas que poblaron el NOA no fueron abundantes a lo largo de la historia de la arqueología argentina. Para esta situación se confabularon varias circunstancias. Por un lado, el número de piezas recuperadas es bastante menor en comparación con el de objetos manufacturados en cobre y bronce. Por otra parte, una gran cantidad de las piezas que se conocen provienen de colecciones privadas y carecen de información respecto del contexto de hallazgo, lo que dificulta determinar cuestiones de interés arqueológico básicas, como, por ejemplo, asignaciones temporales y culturales. De igual modo, la mayoría de los autores que hicieron mención sobre este tipo de materiales parecen haber asumido que la manufactura de los objetos de oro constituyó una metalurgia “primitiva” limitada al martillado y repujado. Un ejemplo de lo expresado lo podemos encontrar en el trabajo de Uriondo y Rivadeneira (1958), quienes se ocuparon de una

colección de 69 piezas de oro y plata pertenecientes a la Universidad Nacional de Tucumán, la mayoría de ellas adquiridas a un particular. Las limitaciones de la información disponible para cada pieza les impidió a los autores ir más allá de una descripción, consignar su probable procedencia e intentar, en algunas ocasiones, comparaciones formales con otros objetos conocidos.

La exhaustiva revisión de Alberto Rex González (1979), en la cual la trayectoria de la metalurgia fue insertada en los procesos socioculturales de la región, mantiene actualidad. Una de las virtudes de la obra de este investigador es que la información utilizada para fundamentar su propuesta fue la surgida tanto de trabajos arqueológicos como de análisis contextuales de colecciones, a partir de lo cual el confuso inventario de objetos de metal recuperados hasta ese momento pudo ordenarse en el esquema histórico vigente para la región. Para ésta presentación retomaremos parte de dicha obra, concentrándonos en los materiales de oro e introduciendo, cuando corresponda, algunos datos surgidos de las investigaciones de los últimos años.

Para los momentos Formativos (ca. 1000 AC-400 DC), los registros incluyen menos de 20 objetos de oro, todo ellos adornos realizados sobre láminas, en algunos casos con trabajo de repujado. En la provincia de Catamarca, además de fragmentos de piezas mayores, brazaletes y aros, se conocen, de contextos correspondientes a la entidad sociocultural Condorhuasi, placas de contorno oval y provistas, por lo general, de una perforación central cruciforme. Algunas de estas placas muestran repujado de motivos zoo y antropomorfos. En asociación con materiales Ciénaga, en la misma provincia, fueron recuperadas piezas similares, una de ellas un pectoral con el contorno de un pájaro con las alas desplegadas (González, A. R. 1979:94-95). En Las Pirguas, provincia de Salta, fue registrado otro pectoral, en este caso de contorno oval y con una cruz maltesa repujada en el centro, asignada a la entidad cultural Candelaria. En un enterratorio de Tebenquiche, región puneña, Krapovickas (1955:55) recobró un pectoral de oro, recortado en una lámina de 1 mm de espesor. El objeto, de forma semilunar, con un apéndice trapezoidal en su centro, fue decorado por repujado y recortes en sectores del borde. Exhibía una altura de 143 mm de alto, un ancho de 170 mm y contaba con cuatro orificios que habrían estado destinados a coser la pieza a alguna vestimenta (Fig. 1).

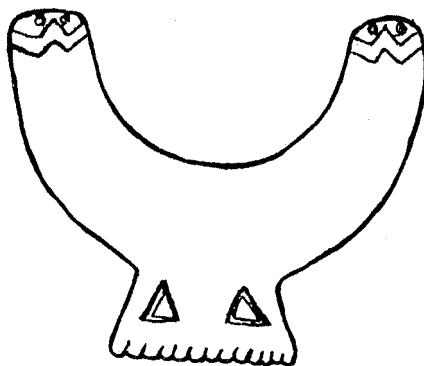


Figura 1. Pectoral de oro de Tebenquiche (redibujado de Krapovickas 1955)

Se conocen sólo dos análisis de materiales de esta época, uno de ellos con asignación dudosa. Fragmentos de láminas que pudieron haber formado parte de una máscara y procedentes de un enterratorio Condorhuasi del valle de Hualfin, fueron analizados por Fester y Retamar (1956:161), informando que el material contenía oro (29.08 %), plata (61.53 %), cobre (2.36 %) y cinc (0.98 %). Otra pieza, de 6 cm de largo y perteneciente a una colección privada de Santa María, Catamarca, probablemente corresponda a contextos Condorhuasi o Ciénaga. Se trata de una figura antropomorfa

con detalles anatómicos señalados por repujado. La composición detectada fue 29.37 % de plata y 79.62 % de oro (González, L. 2001c).

Durante el denominado Período de Integración (ca. 400-900 DC), los artesanos de la entidad sociocultural Aguada, al calor de las profundas transformaciones sociales y políticas por las que atravesaron las comunidades, desarrollaron una singular habilidad para la manufactura de bienes de prestigio (González, A. R. 1998:99). Entre los objetos de metal sobresalen las placas de bronce obtenidas por cera perdida (González, L. 2001b; Cabanillas *et al.* 2002) y hasta nuestros días sólo fueron registradas dos piezas de oro. Una de ellas era una mascarilla (González, A. R. 1998:150) que adoptaba una forma de X, cruzada por una barra transversal. Cada una de las ramas terminaba en una cabeza zoomorfa, de llama o de felino (Fig. 2). Fue recuperada en Quixca Utula, al noroeste de Quilmes, provincia de Tucumán. La pieza medía 29 cm de ancho, 20 de alto y pesaba 100 g. El objeto restante provenía del valle de Catamarca y era una banda frontal, con dos plumas sobresalientes a partir de su centro (Fig. 3). Las bandas llevaban repujadas un rostro humano y, en los extremos, cabezas zoomorfas, de llamas o felinos (González, A. R. 1998).

Para el norte de la región valliserrana, en la Quebrada de Humahuaca, la asignación a ésta época de algunas piezas de oro conocidas es tentativa, tal como ocurre con un conjunto de láminas repujadas en forma de máscaras (González, A. R. 1979:105). De los contextos funerarios de La Isla de Tilcara, la denominada tumba N° 11 contenía un interesante ajuar que fue interpretado como correspondiente a un metalurgista (Tarragó 1994). En lo que interesa a esta comunicación, este ajuar incluía una lámina de oro en forma de cinta, de 55 cm de largo y que, probablemente, fue

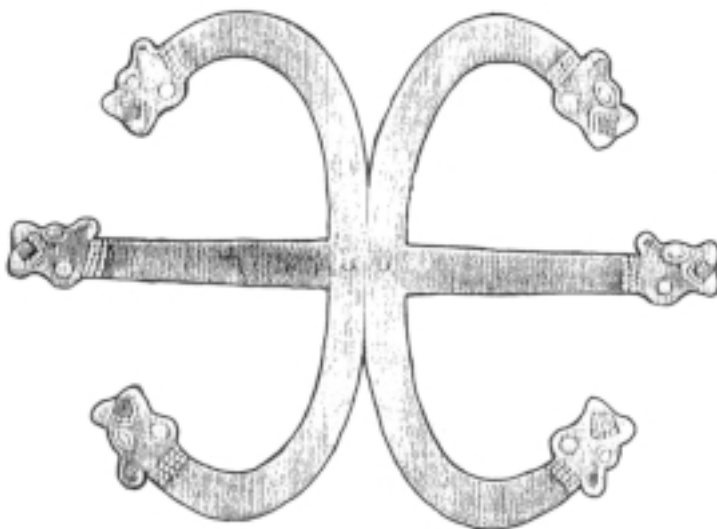


Figura 2. Mascarilla de Quixca Utula (redibujado de A. González 1998)

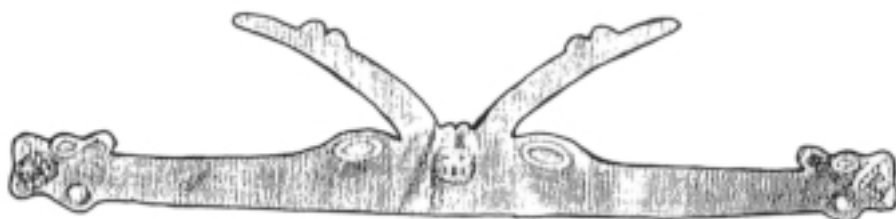


Figura 3. Diadema del valle de Catamarca (redibujado de A. González 1998)

utilizada como vincha. Además, se recuperaron seis campanillas de oro laminado, dos chapas recortadas en forma de llama, varias plaquitas con agujeros como para ser cosidas a vestiduras y fragmentos de oro que pudieron haber formado parte de brazaletes. Resulta pertinente mencionar los hallazgos que tuvieron lugar en el área del río Doncellas, provincia de Jujuy (Rolandi de Perrot 1974). En un enterratorio se recuperó una vasija en cuyo interior se encontraron dos vasos metálicos realizados en una aleación en la que predominaba la plata, con 10 % de oro y 1 % de cobre. Los vasos tenían una altura de poco más de 10 cm y forma de timbal, con base plana, zona central estrechada y bordes evertidos. En la parte anterior presentaban como decoración un rostro y en la posterior un tocado y fueron manufacturados por la técnica de martillado y repujado (Rolandi de Perrot 1974:155). Además, se recobraron un brazalete y tres colgantes. En el primer caso se informó que se trataba de una aleación de cobre y cinc (Rolandi de Perrot 1974:158) y, en cuanto a los colgantes, eran discoidales y realizados en plata. Un vaso similar a los de Doncellas fue recuperado en el Pucará de Volcán (Gatto 1946). Todos ellos son considerados, por su morfología y decoración, materiales correspondientes a Tiahuanaco IV o Clásico y habrían llegado al NOA por importación (González, A. R. 1992:196).

A partir del período de Desarrollos Regionales (ca. 900-1400 DC), el registro de materiales de oro se hace aún más escaso, situación llamativa considerando el aumento general en la escala de producción de bienes de metal. Para la región de la Quebrada de Humahuaca se conocen algunos adornos discoidales, emparentados con los famosos discos de bronce de esta época pero manufacturados con técnicas muy diferentes (González, A. R. 1992). Durante prospecciones realizadas en la zona del Bolsón de Andalgalá, provincia de Catamarca, Berberían (1969) registró en enterratorios algunos adornos de oro laminado, consistentes en pequeños discos en forma de estrellas de 8 puntas, aretes y brazaletes. De acuerdo al investigador, estos enterratorios se ubicarían cronológicamente dentro del lapso 1300-1480 AD (Berberían 1969:37). Una pieza procedente de Santa María, sobre la que no se conocen condiciones de hallazgo, podría corresponder a este momento. Se trataba de una plaquita de 5 cm de alto, con una representación antropomorfa. El cuerpo y las extremidades fueron sólo esbozados, como si la figura vistiera una camiseta o *uncu*. La cabeza presentaba mayores detalles y mostraba similitudes con el motivo decorativo característico de los discos antes mencionados. El análisis del material indicó un contenido de 68.71 % de oro y 24.66 % de plata, siendo el resto elementos minoritarios (González, L. 2001c). Entre los materiales recuperados en los enterratorios de Manuel Elordi, provincia de Salta, fue registrada una figura de llama recortada en una lámina, habiéndose propuesto que este y otros objetos de metal llegaron a la zona trasladados desde centros manufactureros situados al occidente del área (Ventura 1985:19). La figura, con un largo y alto de unos 4 cm y un peso de 1.7 g, mostró una composición de 87 % de oro, 10 % de plata y 3 % de cobre (Palacios y Rodríguez 1985:87).

Una de las actividades productivas incentivadas por el estado incaico cuando, a comienzos del siglo XV, incorporó el NOA al *Tawantinsuyu*, fue la metalurgia. Al parecer, una gran parte de los metales preciosos obtenidos eran exportados rumbo al Cuzco, teniendo en cuenta que ellos eran propiedad “natural” del Inca. Se conoce documentación etnohistórica que da cuenta de la existencia de una organización formalizada para este traslado. En 1587, el entonces gobernador del Tucumán, Juan Ramírez de Velasco, escribió que, durante el pasaje de Diego de Almagro por la región, medio siglo antes, se había constatado el envío de tributos de oro y plata hacia el centro del imperio y “Que el oro lo llevaban en tejuelos marcados con la marca del inga y cada tejuelo pesaba sesenta y dos pesos de oro” (en Montes 1959:88-89). Las investigaciones arqueológicas realizadas en contextos de producción de metales implicados en la dominación incaica han proporcionado evidencias de la producción de lingotes, como, por ejemplo, en Potrero de Payogasta, provincia de Salta (Earle 1994) y en el ya mencionado sitio 15 de Rincón Chico (González, L. 2001c).

Tal vez las estatuillas zoomorfas y antropomorfas recuperadas en los llamados santuarios de alta montaña sean las piezas más famosas para esta época en el NOA. El más reciente descubrimiento tuvo lugar en el cerro Llullayllaco, provincia de Salta, donde tres “momias” estaban acompaña-

das por más de un centenar de objetos suntuarios (Reinhard y Ceruti 2000). Entre ellos se computaron 7 estatuillas antropomorfas y 2 zoomorfas realizadas en oro, además de un brazalete del mismo material. En el Cerro Aconcagua, provincia de Mendoza, el variado ajuar que fue registrado junto con el cuerpo de un niño de entre 9 y 12 años de edad, momificado por el frío, incluía dos estatuillas metálicas antropomorfas masculinas vestidas (Schobinger 2001). Los estudios técnicos realizados sobre estas piezas mostraron que una de ellas, hueca y con un peso de 8.58 g, fue conformada uniendo 9 o 10 hojas previamente martilladas. Se informó que la composición del material era 77 % de oro, 21.4 % de plata y 1.6 % de cobre. La restante miniatura, sólida, con similar altura que la primera (52 mm) y un peso de 30.8 g, estaba hecha con 94.9 % de plata, 2.7 % de cobre y 1.6 % de oro (Bárcena 2001:289-294). No obstante, corresponde señalar que, según se ha propuesto de acuerdo a los procedimientos empleados en la manufactura de estas y otras miniaturas similares, este tipo de piezas habrían sido producidas fuera del NOA, en talleres especializados ubicados en el centro del imperio (González, L. *et al.* 2001).

Un hallazgo de interesantes características, que tuvo lugar en Salinas Grandes, en la puna jujeña, fue reportado por Boman (1918). Allí se recuperó el cuerpo desecado de un niño de 6 o 7 años de edad, quien había muerto estrangulado con una cinta de tela. Además de fragmentos de tejidos, un “cetro” de hueso de ciervo, una pulsera de cobre y dos anillos del mismo material, el cuerpo estaba acompañado por una diadema de oro formada por una banda horizontal de 12 cm de ancho y dos apéndices verticales, de 9 cm de alto, con figuras humanas esquemáticas recortadas y provistas de lo que pueden representar penachos de plumas. Dos agujeros en la banda frontal sugieren que la pieza pudo estar cosida a una vincha (Fig. 4). Lamentablemente, como en otras ocasiones, la recuperación de los restos careció de control científico y la alfarería asociada se perdió. No obstante, puede proponerse que el hallazgo se emparenta con los sacrificios practicados en las altas cumbres durante el momento de dominación incaica en el NOA (cf. González, A. R. 1979:100). Es de relevancia hacer notar que la parte superior de los apéndices verticales de la diadema es muy similar al adorno cefálico de metal que presentaba uno de los cuerpos recuperados en el Llullayllaco (véase Reinhard y Ceruti 2000:73 y foto 25; Reinhard 1999:42).



Figura 4. Diadema de Salinas Grandes (redibujado de Boman 1918)

LOS HALLAZGOS EN LA CASA MORADA DE LA PAYA

Las piezas de oro que a continuación son tratadas se encuentran entre las que acreditan una mayor confiabilidad en su asignación a la época imperial, considerando los hallazgos en el NOA. Proceden de la Casa Morada de La Paya, provincia de Salta (Fig. 5) y fueron adquiridas, en un lote de varios materiales, por Juan B. Ambrosetti en 1902. Se trata de dos adornos cefálicos, una diadema y un par de láminas unidas que semejan plumas. Integran las colecciones del Museo Etnográfico, en donde se encuentran depositadas bajo los números de registro 40229 y 40510, respectivamente.

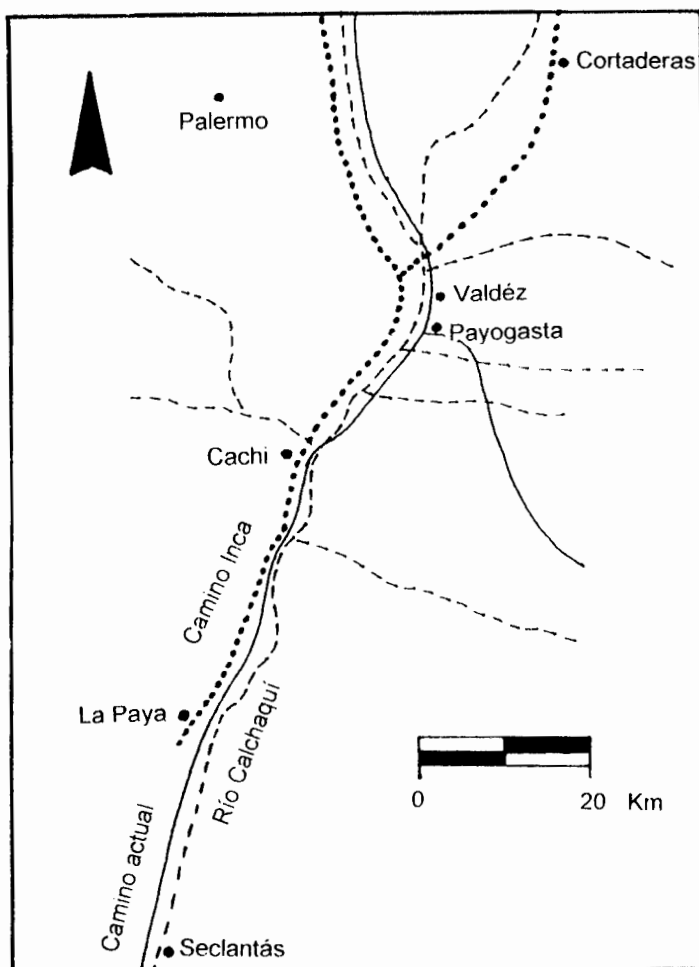


Figura 5. Ubicación del asentamiento de La Paya

Las condiciones de hallazgo de estos materiales presentan aristas algo novelescas y vale la pena detenerse brevemente en ellas. Ambrosetti compró, para el entonces Museo Nacional de Buenos Aires, un conjunto de piezas arqueológicas a un par de saqueadores salteños, quienes le aseguraron que ellas provenían de un sepulcro. En el artículo publicado en el cual se dieron a conocer estas piezas, Ambrosetti (1902) consignó a las dos que hemos estudiado, brindando descripciones muy completas. En primer lugar, se refirió a una:

“diadema laminar...provista de cuatro agujeritos...con dos prolongaciones en su parte superior...Tanto las prolongaciones como los extremos de esta lámina rematan en forma semilunar. Dentro de cada una de ellas y en trabajo de repujado, se ve una cara humana formada por dos líneas: una recta, la frente, que se une a otra curva, el óvalo de la cara. De la frente, como en casi todas estas representaciones calchaquíes de la cara humana, arranca una recta vertical, la nariz, que muestra como particularidad, en este caso bastante raro, otra pequeña horizontal en su estremidad (*sic*)...La media luna tiene dos series de puntos: una superior que pasa sobre la frente de las caras; y otra inferior, que se interrumpe, para seguir dentro del óvalo y formar la indicación de la boca, cambiando su dirección. Curioso es que las bocas, de las dos caras de los extremos, están formadas por cinco puntos cada una, y las de las prolongaciones superiores, sólo de cuatro” (Ambrosetti 1902:120-122).

El restante objeto de oro a que hacemos referencia (“curioso e interesante”), se trataba de:

“una lámina de oro, larga y dividida, casi en toda su extensión longitudinal, en dos partes angostas que rematan , en su parte inferior, en un solo cuerpo, que termina en una punta larga y muy delgada. En el arranque de esta última hay un agujero pequeño...Las dos puntas que resultan en su parte superior, terminan recortadas de tal modo que con la ayuda de tres círculos repujados y colocados en triángulos, le dan el aspecto de dos cabezas de serpiente.” (Ambrosetti 1902:121-122).

Algún tiempo después, Eric Boman, en su voluminosa y reconocida obra, dedicó un capítulo a otro lote de objetos procedentes de La Paya y encontró espacio para referirse al artículo de Ambrosetti. Aseguró Boman (1908:215) que, en aquel año de 1902, durante un viaje en tren, dos personas de dudosos antecedentes intentaron venderle “a un prix exorbitant” la colección luego adquirida y descripta por Ambrosetti. Años más tarde, durante su última estadía en Salta, Boman tuvo la fortuna de dar con un funcionario provincial de Cachi, a quien el sueco le compró un segundo lote de objetos de La Paya. Este hombre conocía aquella primera colección de objetos que le habían ofertado (y que había terminado comprando Ambrosetti), en razón que había trabajado con otro *huaquero* (el vendedor inicial), saqueando las piezas que terminaron conformando los dos conjuntos de materiales. Con poco disimulada acidez, Boman consignó que las referencias que su informante le dio acerca de la procedencia de la primera colección diferían de lo publicado por Ambrosetti. Según Boman dejó entender, mientras Ambrosetti había sido engañado, su proveedor era un sujeto confiable: “M. Delgado m’a paru un homme sérieux”. Y, sobre las informaciones que este sujeto le proporcionó, expresó: “je n’ai donc aucun doute sur leur veracité” (Boman 1908:216).

Siguiendo los dichos de *monsieur* Delgado, Boman afirmó que el sepulcro mencionado por Ambrosetti nunca existió. Las piezas que integraron las dos colecciones fueron recuperadas en una estructura pircada con particulares características constructivas que se encontraba dentro del asentamiento de La Paya y que actualmente es conocida como Casa Morada. Boman presentó un esquema de su planta, un tanto erróneo, realizado a partir de un croquis que le entregó su proveedor (Fig. 6). Según este, la primera colección de objetos se encontró en el rincón sudoeste de la construcción, mientras que la segunda excavación, la de Delgado, tuvo lugar en el área central (Boman 1908:217-218). A los fines del presente artículo, es pertinente indicar que en el lote de materiales adquirido por Boman figuraba un adorno del tipo plumas, muy similar a nuestra pieza N° 40510. De acuerdo a los análisis que hiciera practicar Boman (1908:869-875), el material del adorno se componía de 53.95 % de oro, 44.80 % de plata y 0.48 % de cobre.

Alberto Rex González y Pío Pablo Díaz, en un meticuloso trabajo (1992), detallaron las intervenciones que tuvieron lugar en la Casa Morada a lo largo de la historia de la arqueología argentina, destacando que el sitio, más que un ámbito para investigaciones sistemáticas, parece haber sido un divertido coto de caza para los excavadores clandestinos. De hecho, el primer plano

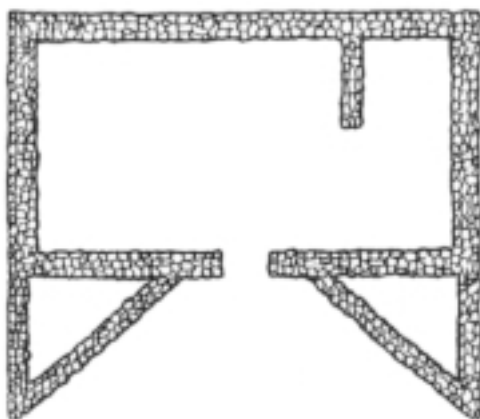


Figura 6. Croquis de la Casa Morada (redibujado de Boman 1908)

completo de la construcción y de sus adyacencias fue realizado por estos autores (Fig. 7), quienes, además y superando los destrozos provocados por años de vandalismo, produjeron una cantidad de datos de utilidad para comprender con mayor precisión la articulación del estado incaico con las sociedades locales del NOA. Entre otras cuestiones, a partir de la limpieza de la construcción, pudieron confirmar la inexistencia de un sepulcro en su interior, como le habían asegurado a Ambrosetti en 1902 (González, A. R. y Díaz 1992:20). Según interpretaron estos autores, “Todo induce a pensar que los objetos arqueológicos fueron enterrados en escondrijo o ‘cache’ a fin de ocultarlos” (González, A. R. y Díaz 1992:44).

Por otra parte, realizaron un completo inventario de los materiales que habrían sido recuperados en la Casa Morada a lo largo de los años, computando también los resultantes de sus propias investigaciones. En este inventario figuran 10 objetos de oro (incluyendo los dos

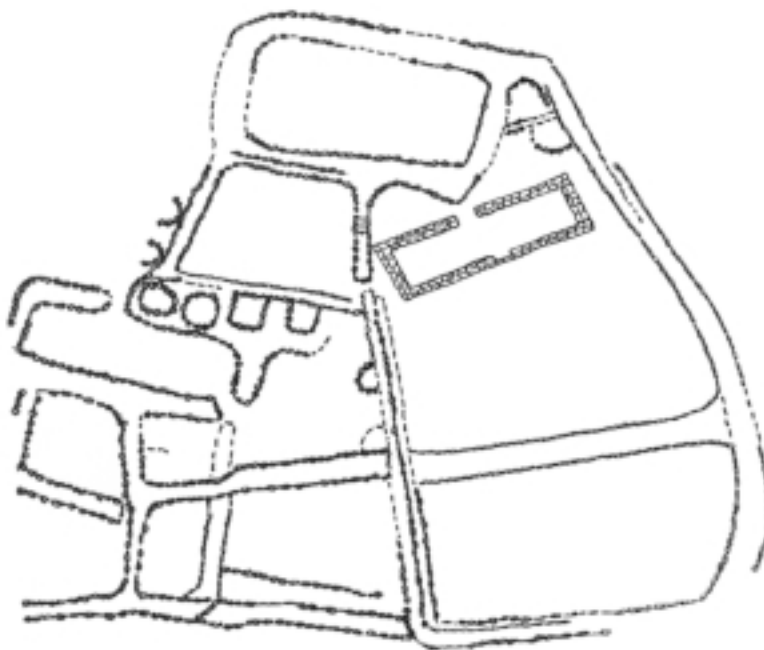


Figura 7. Plano parcial del sector de la Casa Morada (tomado de A. González y Díaz 1992)

analizados por nosotros), uno de plata y más de 20 de bronce, además de objetos de piedra, madera, concha, hueso y alfarería (González, A. R. y Díaz 1992:31-36). En este último rubro, en el interior de la construcción se habría recuperado un total de 51 piezas enteras de cerámica, cantidad que, como señalan estos investigadores, resulta sospechosamente alta. De este total, sólo 2 corresponden al estilo santamariano, es decir, de origen puramente local. Otra docena consiste en vajilla doméstica y 1 pieza es de un tipo temprano, probablemente agregada al lote vendido a Boman. Las 36 piezas restantes “son de vajilla fina de origen incaico provincial y una única pieza de origen cuzqueño” (González, A. R. y Díaz 1992:45). Estos porcentajes se repiten en los 945 fragmentos recuperados durante las tareas de limpieza, con el agregado de 12 tiestos correspondientes al tipo Yocavil Polícromo. En su conjunto, las evidencias muebles así como las arquitectónicas no dejan lugar a dudas sobre la adscripción incaica del sitio1.

DESCRIPCION, COMPOSICION Y MANUFACTURA DE LOS OBJETOS ESTUDIADOS

Diadema 40229

Complementando la descripción efectuada por Ambrosetti, corresponde indicar que la banda horizontal de la pieza tiene un largo máximo de 265 mm y un ancho, en su parte central, de 49 mm. La altura máxima, incluyendo los dos apéndices verticales, es de 123 mm (Fig. 8). Se trata de una delgada chapa metálica que ha sido manufacturada por martillado y posterior recorte del perímetro. Este recorte fue efectuado con mucha precisión y firmeza. Se advierten en los bordes algunos dobleces, fisuras e incluso pérdidas de material en tres de los cuatro extremos semilunares. La mayor parte de estos daños, probablemente, están relacionados con el manipuleo de la pieza *a posteriori* de ser exhumada. En algunos puntos de la superficie son visibles pequeñas manchas verdosas que corresponden a la meteorización del cobre contenido en el material.

Bajo la lupa binocular y el microscopio electrónico de barrido pudieron observarse suaves marcas de percusión, con tendencia a una sección oval y con límites esfumados. Al respecto, se estima que para el trabajo se utilizó una herramienta especializada, probablemente un instrumento lítico con un intenso pulido en su cara de trabajo y que los golpes fueron aplicados apoyando la



Figura 8. Diadema 40229

chapa sobre una superficie relativamente elástica (¿madera?, ¿cuero?). Las líneas y detalles de los cuatro rostros dibujados en cada una de las medialunas extremas de la diadema (Fig. 9) se realizaron por repujado, ejerciendo presión sobre una de las caras de la lámina con una herramienta de punta roma y blanda (por ejemplo, un punzón de hueso). Los cuatro pequeños agujeros, probablemente dispuestos para pasar un elemento de fijación, fueron abiertos utilizando un instrumento diferente, dotado de una punta aguda.



Figura 9. Detalle de uno de los rostros de la diadema

Adorno de plumas 40510

Como indicara Ambrosetti, se trata de dos láminas que se abren desde un comienzo común (Fig. 10). El ancho máximo de cada lámina es de 17 mm, mientras que el ancho de la pieza es de 55 mm. El largo máximo, incluyendo un fino apéndice inferior, es de 283 mm. Las técnicas de conformado de la lámina y de los motivos parecen idénticas a los empleados en la diadema. Los detalles decorativos incluidos por repujado y que se concentran en los extremos de las láminas (Fig. 11), son menos numerosos que los que se verifican en aquella pieza. Sólo fueron señalados tres pequeños anillos o círculos con el centro sin relieve, en los extremos de cada una de las plumas. En el extremo de inicio de las plumas, se presenta un único agujero de sujeción y, además, un delgado apéndice, tal vez también vinculado con el sistema de fijación en, por ejemplo, una vincha.

Las composiciones² de los materiales detectadas son las siguientes:

	Au	Ag	Cu	Al	Fe	Ni	Zn
Diadema 40229	74.9	-	12.2	1.33	5.3	2.5	3.7
Plumas 40510	92.0	4.9	3.0	-	-	-	-

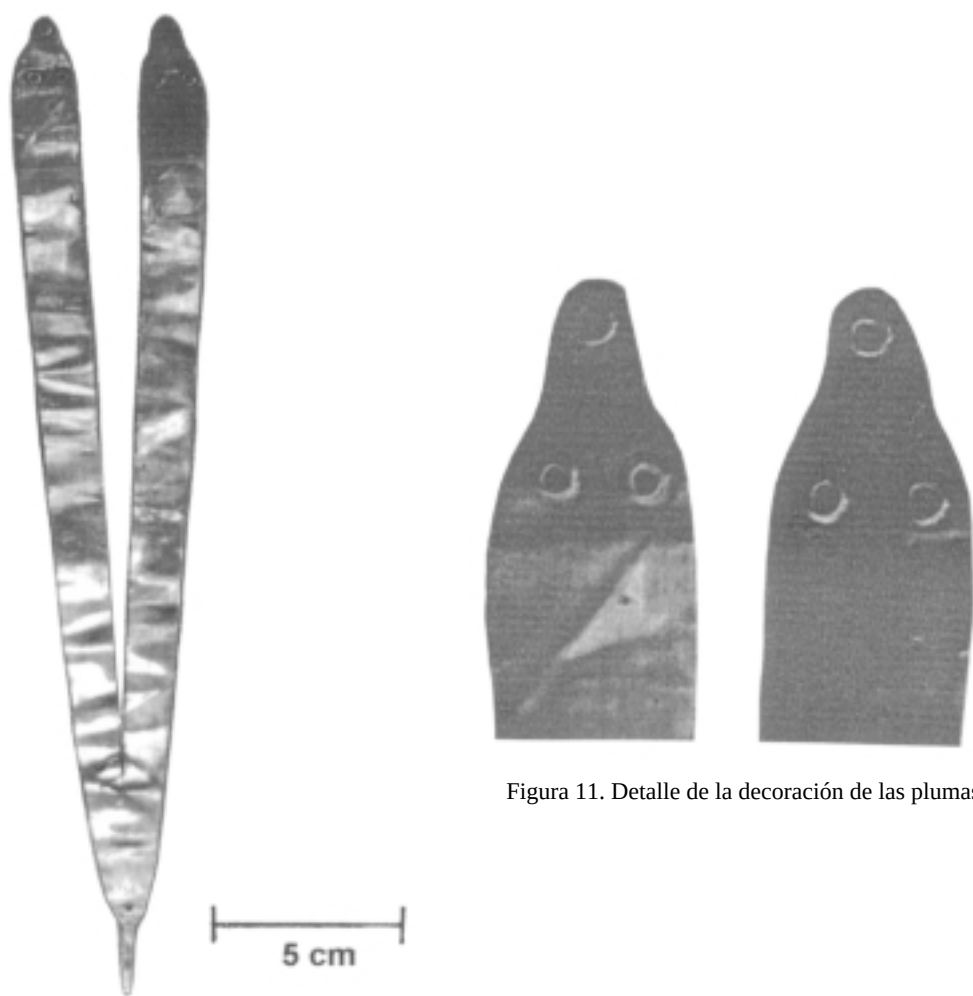


Figura 11. Detalle de la decoración de las plumas

Figura 10. Adorno de plumas 40510

COMENTARIOS

Los resultados de los estudios técnicos llevados a cabo nos permiten adelantar algunas conclusiones acerca de la elaboración de las piezas. En primer lugar, puede atenderse al procesamiento al que habría sido sometida la materia prima utilizada. Como es sabido, el oro se presenta en la naturaleza en filones o en placeres. Los placeres o lavaderos se forman a partir de menas metálicas y no metálicas que son separadas de las rocas portadoras por fenómenos de meteorización. Los detritus son llevados colina abajo por las corrientes fluviales, concentrándose en determinados puntos de los cauces de acuerdo a la gravedad específica y al tamaño de los fragmentos. El oro nativo, por su alto peso específico (19.3) y su capacidad para aglomerarse mecánicamente, es uno de los materiales más adecuados para participar de este proceso. Pero, además, por su insolubilidad, tiende a permanecer inalterado en el depósito de concentración. El oro nativo siempre está aleado con otros metales pero las composiciones de la mena de veta y de la de placer son diferentes. El oro aluvial suele contener de modo principal plata, además de

elementos minoritarios como cobre y hierro (Healy 1979:11; Angelelli *et al.* 1983:24; Scott 1990:55; Mohen 1990:55; Craddock 1995:27; Seruya y Griffiths 1997:132). No obstante, es esperable que la composición del oro de placer muestre una marcada variabilidad, tanto de placer en placer como en el mismo río y sus tributarios (Root 1949). Esta variabilidad se relaciona, en gran parte, con la distancia de transporte a que fue sometido el metal (Palacios y Rodríguez 1985:89-91; Craddock 1995:111). En efecto, durante ese transporte una elevada proporción de los elementos aleantes se van perdiendo, aumentando, en consecuencia, la representación del oro.

Las diferencias en la composición de los objetos analizados han sido propuestas como indicadores del tipo de menas beneficiadas, sea de filón o de placer y también del proceso metalúrgico empleado. Por ejemplo, Palacios y Rodríguez (1985:91) afirmaron que un contenido de 3 % de cobre en la composición de un objeto debe entenderse como una adición intencional al oro nativo, coincidiendo con lo expresado por Tylecote (1987:74). Mohen, por su parte (1990:56), fijó este porcentaje en 2%. Para otros autores, las aleaciones que contienen menos de 1 % de cobre deben interpretarse como combinaciones naturales, mientras que para proporciones entre 1 y 3 % no podría asegurarse que las aleaciones sean naturales o artificiales (Hall *et al.* 1998:548). A partir de la composición de un objeto terminado es difícil establecer si los metalurgistas se valieron de oro primario o de placer. Se ha propuesto que indicadores más o menos confiables pueden surgir de la detección de inclusiones de elementos del grupo del platino, los que no aparecen en el oro primario pero que, por ser muy pesados, pueden combinarse con el oro de placer (Tylecote 1987:82-83; Craddock 1995:111-113). De todas formas, a la hora de inferir las fuentes de aprovisionamiento del metal, es necesario tener en cuenta que, si el oro ha sido fundido, la composición final del objeto puede guardar escasa relación con los elementos presentes en la materia prima (véase Tylecote 1970:22-23; Clayton 1974; Budd *et al.* 1996). Aún mayor incertidumbre proviene de considerar que, en muchos casos, los materiales analizados pudieron haber sido producto de la refundición de otras piezas (véase, por ejemplo, Lahiri 1995).

En cuanto a las plumas 40510, la información obtenida es insuficiente como para afirmar que la materia prima fue obtenida a partir de la fundición de menas. La proporción de cobre presente en la aleación (3 %) se ubica en el límite establecido para considerar una adición intencional del elemento y no puede descartarse que el cobre se encontrara como impureza en la mena de origen. Teniendo en cuenta las dimensiones de la pieza, aún cabe la posibilidad que la lámina base haya sido obtenida por trabajado mecánico de gránulos de oro aluvial. Vale la pena recordar que, como se expresara en páginas anteriores, Boman (1908:869-875) informó del análisis de una pieza similar con la misma procedencia, en el cual se detectó cobre en apenas un 0.48 %.

En el caso de la diadema, la situación parece haber sido muy distinta. El alto contenido de cobre, la ausencia de plata y la presencia de cinc y de níquel, sugieren que la lámina base fue realizada a partir de metal fundido, con la incorporación intencional de cobre. En este sentido, es posible que el cinc y el níquel estuvieran presentes como impurezas en la mena cuprífera utilizada. De todas formas, no puede dejarse de lado la posibilidad que la composición final de la pieza, en sus elementos minoritarios, resultara en gran parte de una contaminación producida durante la fusión en un crisol "sucio". Al respecto, es pertinente mencionar que los estudios realizados sobre materiales refractarios recuperados en el taller de Rincón Chico 15 indicaron que algunos de ellos fueron utilizados en más de una ocasión, para la reducción de menas o la refinación de metales. Los análisis practicados sobre las adherencias metálicas que presentaban algunos de estos refractarios mostraron singulares composiciones, en las cuales la presencia mayoritaria de cobre iba acompañada por dosis variables (pero significativas) de plata, oro, cinc, hierro y aún estaño. Según fuera interpretado, las composiciones de las muestras metálicas no respondían sólo a las intenciones de los metalurgistas (por ejemplo, obtener bronce estañífero) sino también a la mezcla con elementos remanentes de anteriores operaciones realizadas en los mismos crisoles (González, L. 2001c).

Otra línea a considerar para dar cuenta de la composición de la diadema es tener presente la posibilidad que el material de base fuera obtenido a partir de la refundición de otras piezas. La

reutilización completa es una de las ventajas que, a diferencia de otros materiales utilizados en las tecnologías prehispánicas, ofrecen los metales y resulta un comportamiento técnico especialmente adecuado para aplicar a los metales preciosos. La eventual vigencia de tal comportamiento en la metalurgia prehispánica del NOA ha sido escasamente explorada y, consecuentemente, se carece de evidencias definitivas al respecto (cf. Tarragó y González 1998:191). Para el caso del sur del valle de Yocavil se ha planteado que, hacia el momento de contacto con los europeos, los circuitos logísticos de aprovisionamiento de menas metalíferas fueron muy afectados y los talleres metalúrgicos indígenas que continuaron operando se habrían visto obligados a utilizar metales antiguos o en desuso como materia prima para sus actividades. Los análisis realizados sobre objetos de colecciones, procedentes de la región y adscriptos por su estilo al período mencionado, mostraron inusuales composiciones que fueron atribuidas a mezclas por refundición de piezas (González, L. 2001c). En el caso de la Casa Morada, junto a los objetos de clara asignación tardía, González y Díaz (1992:38) contabilizaron algunas piezas de tiempos anteriores, entre ellas una “placa de oro...la que seguramente pertenece al Período Temprano” y un “vaso negro-gris...que debe ubicarse en la cultura Kipón del N. del Valle Calchaquí”. Estos autores sugirieron que ambas piezas fueron incluidas en los lotes vendidos a Ambrosetti y a Boman por los *huaqueros*, a pesar de que no provenían de la Casa Morada. Los autores expresaron que: “No sería demasiado difícil que la pieza de oro y la de alfarería hubiesen sido halladas juntas, en algún yacimiento arqueológico del valle; ya que no lejos de Cachi se hallaron dos cementerios que permitieron aislar e identificar la cultura Kipón” (González, A. R. y Díaz 1992:38). La idea de estos autores es la más razonable para explicar la presencia de una placa de oro de épocas tempranas en el inventario de materiales de la Casa Morada. Si se hubieran registrado evidencias de actividades metalúrgicas en el lugar podría plantearse la hipótesis que los metalurgistas tardíos tenían en sus planes fundir la placa y reutilizar el material. Pero, por ahora, sólo es posible dejar subrayado que, así como actuaron los *huaqueros* modernos, los artesanos indígenas tardíos también pudieron haberse involucrado en el reciclado de antiguos materiales para la obtención de nuevos objetos de metal.

Las dos piezas estudiadas fueron logradas siguiendo la tradición de manufactura de láminas por martillado que parece haber imperado en el NOA desde momentos tempranos para la producción de objetos de oro. Mientras que con el bronce se privilegió la producción de objetos tridimensionales, utilizando en ocasiones complejos moldes de varias piezas o de cera perdida, para las piezas de oro las formas básicas se obtuvieron preparando delgadas hojas que luego serían recortadas y repujadas. La situación no deja de llamar la atención y no respondería a factores de mayor o menor dificultad técnica. De hecho, el oro tiene un punto de fusión más bajo y es más sencillo de colar que el cobre y sus aleaciones. Por otra parte, como es notorio en el caso de la diadema, la preparación de la lámina no siempre implicó obviar un previo proceso de fundición. Sobre esta cuestión, puede plantearse que el modo de procesamiento de los metales preciosos a partir de la preparación de láminas constituye uno más de los rasgos que caracterizan el estilo tecnológico de los metalurgistas del NOA (González, L. 2002b). La aparente simplicidad de manufactura de los objetos queda desmentida sí, además de algunos detalles ya apuntados, se tiene presente la excelente terminación de las láminas y la utilización de instrumentos especializados para las operaciones de formatización e inscripción de los motivos decorativos, en particular en el caso de la diadema.

La información arqueológica y etnohistórica relacionada con el uso de ornamentos similares en la región es sumamente escasa (véase, por ejemplo, Ambrosetti 1904:229; Boman 1908:141; Quiroga 1929:265-267) pero permite proponer que formaban parte del repertorio de bienes con fuerte carga simbólica que materializaban tanto principios de la cosmovisión andina como posiciones de prestigio en el seno de las comunidades. Aunque el análisis de la iconografía plasmada en las piezas estudiadas escapa a los propósitos de estas páginas, puede indicarse que las plumas terminan con forma y repujado interpretables como cabezas de serpientes. A partir de algunos cronistas tenemos información que los indígenas del NOA realizaban rituales en los que

participaban ciertas varillas emplumadas y relacionadas con el culto al rayo y al trueno (González, A. R. 1992:183). En la documentación etnohistórica y etnográfica de la región andina pueden rastrearse diversas referencias sobre las relaciones entre animales plumíferos, los ancestros y las potencias sobrenaturales que controlaban los fenómenos meteorológicos (por ejemplo, Platt 1988:379, 413). Los santuarios en los altos picos andinos proporcionaron numerosas evidencias que subrayan la importancia de los tocados plumarios en el ceremonialismo incaico (Dransart 2000) y algunos cronistas hicieron mención del uso de adornos de esa clase entre la realeza cuzqueña. El motivo ofídico, recurrente en la iconografía del arte prehispánico tardío del NOA, también habría estado vinculado con manifestaciones climáticas, en particular los rayos (véase Gade 1983; Girault 1988; Randall 1993; Gisbert 1997). El uso de adornos cefálicos de metal, a modo de diademas, parece haber sido una práctica común en las comunidades complejas del NOA, probablemente limitada a ciertos individuos y a ciertos eventos sociales (González, A. R. 1998; del Techo 1897). En el caso de la diadema de La Paya, la iconografía repujada se integra al tema de la “cabeza cercenada”, motivo clásico de la metalurgia prehispánica tardía de la región, en particular en las campanas ovales, placas y hachas decoradas (González, A. R. 1983:268; 1992:184; González, L. 1999; González y Vargas 1999).

El contexto arqueológico de la Casa Morada, de acuerdo a los registros realizados, no incluye elementos vinculados con actividades de producción metalúrgica en el lugar, aunque algunos de los materiales recuperados por Ambrosetti (1907) en las excavaciones de sepulcros de La Paya estarían indicando que el asentamiento albergaba a artesanos del metal. Considerando la región en la cual La Paya se insertó, los datos más completos relacionados con actividades productivas, por lo menos para los momentos de dominación incaica, provienen de los trabajos realizados en Potrero de Payogasta y Valdéz. En Potrero, las excavaciones permitieron recuperar, entre otros materiales, fragmentos de hojas de oro plegadas, mientras que en Valdéz las evidencias sugirieron que las principales tareas fueron la preparación de lingotes de cobre (Earle 1994:452-456). Se ha propuesto al respecto que el procesamiento de materiales de bajo valor, como el cobre, tuvo lugar en contextos domésticos a cargo de metalurgistas locales y con relativamente poco control por parte de los administradores estatales. En cambio, la elaboración de bienes en metales preciosos, concretamente de oro, se ejecutó en talleres donde la producción podía ser cuidadosamente controlada (Costin 1996:220). De acuerdo a Earle (1994:456-457), “Both the finished metal items and processed materials like the copper ingots were then exported for use within the imperial economy”. Sin embargo, D’Altroy (1994), refiriéndose a la misma cuestión, expresó que no todo el metal producido bajo la administración estatal en los talleres calchaquíes terminó en la exportación, teniendo en cuenta los objetos de raigambre incaica que Ambrosetti había registrado en las tumbas de La Paya.

PALABRAS FINALES

La identidad particular de la metalurgia prehispánica del NOA, considerando el vasto espacio de la región andina, residió no sólo en las cualidades formales de los objetos manufacturados, sino también en las innovaciones técnicas desarrolladas y en los modos de procesamiento aplicados en la producción. El material sobre el cual se basó la trayectoria de la metalurgia indígena en la región fue el cobre, por lo general aleado para formar bronce. No obstante, los registros arqueológicos muestran que los artesanos produjeron también objetos de oro, los que, como no podía ser de otra manera, desempeñaron su principal papel como ornamentos que materializaban algunos de los principios fundantes del sistema de representaciones dominante.

De acuerdo a los registros, la totalidad de las piezas de oro del NOA fueron producidas a partir de láminas recortadas, obteniéndose, en algunos casos, relieves limitados mediante repujado y, en otros, por el plegado de las láminas. Al respecto, merecen ser subrayados dos puntos. En primer

lugar, el trabajo a partir de láminas no implica una metalurgia “simple”, sino un modo diferente de procesar el material y que no necesariamente tuvo que ver con un grado particular de idoneidad de los artesanos. Si bien no se conocen estudios detallados, la evidencia disponible sugiere que, por lo menos en algunos casos, el oro nativo fue fundido y, probablemente, aleado con otros elementos, procedimientos que requieren de operaciones relativamente complejas. En segundo lugar y relacionado con lo expresado, no deja de llamar la atención que a lo largo del desarrollo de la metalurgia del NOA, los artesanos obviaron la producción de objetos de oro tridimensionales mediante el colado en molde. La manufactura de objetos de bronce estañífero con complicados detalles formales era ya de práctica en contextos Aguada, con la utilización de moldes de cera perdida. Este sofisticado método de colada mantuvo vigencia en los siglos que siguieron pero, además, los metalurgistas pusieron de manifiesto una singular maestría para armar moldes de varias valvas que les permitieron producir piezas de gran tamaño, como los discos y campanas ovals. Considerando que la tecnología para colar oro se encontraba disponible, cabe concluir que la perduración de la tradición de trabajar el oro como láminas obedeció a elecciones culturales más que a razones técnicas.

Aún teniendo en cuenta la espinosa historia del registro de las piezas estudiadas, procedentes de la Casa Morada, caben pocas dudas sobre que ellas corresponden al momento de ocupación incaica del NOA. Sus cualidades de manufactura se corresponden con la tradición tecnológica de la metalurgia local, situación que se evidencia no sólo en el contenido iconográfico con el cual fueron dotadas sino también en las técnicas de procesamiento del material de base. Por lo menos en una de las piezas, la diadema, el procesamiento involucró una fundición previa, aunque no puede afirmarse, a partir de la composición, si la operación incluyó minerales, antiguos objetos, chatarra, una mezcla de componentes o aún el efecto de un crisol “sucio”.

La perduración de técnicas manufactureras locales bajo la dominación cuzqueña en el NOA ha sido enfatizada para materiales como la alfarería pero los datos sobre producción metalúrgica son aún limitados (González, L. *et al.* 1998). En tal sentido, el caso analizado sugiere que los administradores estatales habrían respetado el estilo tecnológico de los artesanos locales. Además, si bien se ha propuesto que no todo el metal producido en la región era automáticamente remitido al centro del imperio, los objetos de la casa Morada apuntan a indicar que el consumo local no se limitaba a las aleaciones “populares” (es decir, bronce) sino que incluía también metales preciosos. En el caso de las piezas que nos ocupan, estos metales parecen haber sido específicamente concebidos para operar en el contexto local, teniendo en cuenta los motivos iconográficos con que fueron dotados.

Es probable que este comportamiento se enmarcara en el complejo proceso de articulación entre el poder central y los líderes locales. En dicho proceso, el estado habría preferido respetar o aún promover, en grados variables, la autoridad de algunos estamentos políticos autóctonos con el fin de, por ejemplo, asegurarse la disponibilidad de mano de obra para los proyectos económicos de gran escala diseñados desde el Cuzco para la región. Tal estrategia habría involucrado matizar la rígida organización de producción y distribución de bienes de prestigio (incluyendo los de oro), introduciendo cierto grado de libertad para su consumo entre aquellos líderes locales que, por alguna razón, resultaban apetecibles para los intereses estatales.

Recibido: septiembre 2002.

Aceptado: marzo 2004.

AGRADECIMIENTOS

El autor quiere dejar constancia de su agradecimiento a las autoridades del Museo Etnográfico, por permitir el estudio de las piezas. De igual modo, al Dr. Edgardo D. Cabanillas por su inestimable colaboración

para los análisis de los materiales. Las fotografías fueron realizadas por Alejandra Reynoso. Mi reconocimiento también para los evaluadores del manuscrito, por los acertados comentarios que permitieron aclarar zonas oscuras del texto original.

NOTAS

- ¹ El inventario de los materiales adquiridos por Ambrosetti incluía “una muela de caballo actual”. Si bien Ambrosetti expresó dudas sobre la asociación de esta muela con el resto de los materiales, se inclinó por tomarla en cuenta: “Quiero suponer...que la muela en cuestión fue sepultada juntos (*sic*) a sus antiguos dueños como un objeto curioso de su propiedad” (Ambrosetti 1902:146). A partir de ello, consideró a la supuesta tumba como contemporánea a la época de la conquista española, probablemente relacionada con la expedición de Diego de Almagro, en 1536, o la de Diego de Rojas, en 1543. Posteriormente, Boman emitiría socarrones comentarios acerca de la validez del hallazgo y de las conclusiones elaboradas por Ambrosetti. Pero en el lote que *monsieur* Delgado le vendió se encontraba una moneda romana con la efigie de Constantino el Grande (307-337 AD), hallazgo que el sueco admitió como auténtico y le dio pie para inferir que la moneda había pertenecido a uno de los conquistadores hispánicos que recorrieron la región (Boman 1908:242-243). Con toda justeza, González y Díaz criticaron estas interpretaciones. Pero, como si un extraño conjuro flotara sobre la Casa Morada, durante los trabajos realizados por estos autores repitieron el primer hallazgo, una muela de caballo (González, A. R. y Díaz 1992:34).
- ² Los análisis químicos no destructivos fueron realizados mediante energía dispersiva en Rayos X (EDX), en los laboratorios del Centro Atómico Constituyentes, de la Comisión Nacional de Energía Atómica. Los valores consignados resultan el promedio de varias mediciones efectuadas sobre las superficies de la piezas. La metodología de análisis estuvo condicionada por la necesidad de preservar la integridad de los objetos y su valor de exhibición.

BIBLIOGRAFIA

- Ambrosetti, Juan B.
1902. El sepulcro de “La Paya”. *Anales Museo Nacional de Buenos Aires*, 3, 1:119-148.
- Ambrosetti, Juan B.
1904. El bronce en la región calchaquí. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, 11:163-312.
- Ambrosetti, Juan B.
1907. *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de “La Paya” (valle de Calchaquí, provincia de Salta)*. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, Sección Antropología 3. Universidad de Buenos Aires.
- Angelelli, Víctor., M. Brodtkorb, C. Gordillo y H. Gay
1983. *Las especies minerales de la República Argentina*. Buenos Aires, Servicio Minero Nacional.
- Bárcena, J. Roberto
2001. Los objetos metálicos de la ofrenda ritual del Cerro Aconcagua. En J. Schobinger (comp.), *El Santuario Incaico del Cerro Aconcagua*: 281-301. Mendoza, EDIUNC.
- Berberian, Eduardo
1969. Enterratorios de adultos en urnas en el área valliserrana del Noroeste argentino. *Publicaciones* 29. Instituto de Antropología. Universidad Nacional de Córdoba.
- Berthelot, Jean
1986. The extraction of precious metals at the time of the Inka. En J. Murra, N. Watchel y J. Revel (eds.), *Anthropological History of Andean Politics*: 69-88. Cambridge, Cambridge University Press.

- Bird, Junius
1978. Un minero prehistórico del norte de Chile y sus herramientas. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 1:77-106.
- Boman, Eric
1908. *Antiquites de la Region Andine et du Desert d'Atacama*. Paris, Imprimerie Nationale.
- Boman, Eric
1918. Una momia de Salinas Grandes (Puna de Jujuy). *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 85:94-105.
- Bray, Warwick
1985. Ancient american metallurgy: five hundred years of study. En J. Jones (ed.), *The Art of Precolumbian Gold. The Jan Mitchell Collection*: 76-84. Boston, Little, Brown & Co.
- Brown, Kendall y Alan Craig
1994. Silver mining at Huantajaya, viceroyalty of Peru. En A. Craig y R. West (eds.), *In Quest of Mineral Wealth. Aboriginal and Colonial Mining and Metallurgy in Spanish America*: 302-327. Baton Rouge, Louisiana State University.
- Budd, Paul, R. Haggerty, A. Pollard, B. Scaife y R. Thomas
1996. Rethinking the quest for provenance. *Antiquity* 70, 267:168-174.
- Cabanillas, Edgardo, Luis R. González y Tulio A. Palacios
2002. Three new Aguada bronze plaques from Northwest Argentina. *Bulletin Institute of Archaeometallurgical Studies* 22:12-14..
- Carcedo de Mufarech, Paloma
1998. Instrumentos líticos y de metal utilizados en la manufactura de piezas metálicas conservadas en los museos. *Boletín del Museo del Oro* 44-45:241-270.
- Carcedo Muro, Paloma
1992. Metalurgia precolombina: manufactura y técnicas de la orfebrería Sicán. En *Oro del Antiguo Perú*: 265-305. Lima, Banco de Crédito del Perú.
- Clayton, Barbara
1974. Metal analyses. Their limitations and applications to the Early Bronze Age in Ireland. *Bulletin of the Institute of Archaeology* 11:75-105.
- Cobo, Bernabé
1890. *Historia del Nuevo Mundo*, I. Sevilla, Sociedad de Bibliófilos Andaluces.
- Conrad, Geoffrey y Arthur Demarest
1988. *Religion and empire. The dynamics of aztec and inca expansionism*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Costin, Cathy
1996. Craft production and mobilization strategies in the Inka empire. En B. Wailes (ed.), *Craft Specialization and Social Evolution: in Memory of V. Gordon Childe*: 211-228. Philadelphia, University of Pennsylvania.
- Craddock, Paul
1995. *Early metal mining and production*. Edinburgh, Edinburgh University Press.
- D'Altroy, Terence
1994. Public and private economy in the Inka empire. En E. Brumfiel (ed.), *The Economic Anthropology of the State*: 171-222. Lanham, University Press of America.

del Techo, Nicolás

1897. *Historia de la Provincia del Paraguay y de la Compañía de Jesús*, II. Sevilla.

Dransart, Penny

2000. Clothed metal and the iconography of human form among the Incas. En C. McEwan (ed.), *Precolumbian Gold. Technology, Style and Iconography*:76-91. London, British Museum Press.

Earle, Timothy

1994. Wealth finance in the Inka empire: evidence from the Calchaqui valley, Argentina. *American Antiquity* 59,3:443-460.

Easby, Dudley

1956. Orfebrería y orfebres prehispánicos. *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas* 9:21-35.

Fester, Gustavo y Juan A. Retamar

1956. Examen de piezas metálicas procedentes de Catamarca. *Revista de Ingeniería Química*, XXV, 39:161-171.

Gade, Daniel

1983. Lightning in the folklife and religion of the Central Andes. *Anthropos* 78:770-788.

Gatto, S.

1946. Exploraciones arqueológicas en el pucará de Volcán. *Revista del Museo de La Plata*, NS, Antropología 4.

Gentile Lafaille, Margarita

1999. *Huacca Muchay. Religión indígena*. Buenos Aires, Instituto Nacional Superior del Profesorado de Folklore.

Girault, Louise

1988. *Rituales en las regiones andinas de Bolivia y Perú*. La Paz, Ediciones Ceres.

Gisbert, Terese

1997. La serpiente Amaru y la conquista del Antisuyo. *Anuario* 1997:3-18. Sucre, Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia.

González, Alberto Rex

1979. La metalurgia precolombina del N. O. Argentino. Secuencia histórica y proceso cultural. En *Actas Jornadas Arqueología del Noroeste Argentino*:88-137. Buenos Aires, Universidad del Salvador.

González, Alberto Rex

1983. Nota sobre religión y culto en el noroeste argentino prehispánico. *Baessler Archiv. Neue Folge* XXXI:219-282. Berlin.

González, Alberto Rex

1992. *Las placas metálicas de los Andes del Sur*. Berlin, KAVA.

González, Alberto Rex

1998. *Cultura La Aguada. Arqueología y Diseños*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.

González, Alberto Rex y Pío Pablo Díaz.

1992. Notas arqueológicas sobre la "Casa Morada", La Paya, Pcia. de Salta. *Estudios de Arqueología* 5:13-61. Museo Arqueológico de Cachi.

González, Luis R.

1999. Bronce bajo el sol. Metalurgia prehispánica en el Noroeste argentino. En P. Stenborg y A. Muñoz (eds.), *Masked Histories*:97-131. Eds. Etnologiska Studier 43. Gotemburgo.

- González, Luis R.
2001a. Representations and metals in the development of complex societies from Northwestern Argentina. En *Actes XIVth Congress of the UISPP*. Université de Liège (e.p.).
- González, Luis R.
2001b. A sangre y fuego. Nuevos datos sobre la metalurgia Aguada. *Estudios Atacameños*. San Pedro de Atacama (e.p.).
- González, Luis R.
2001c. Tecnología y dinámica social. La producción metalúrgica prehispánica en el Noroeste argentino. Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires (ms).
- González, Luis R.
2002a. Historias del lado sur. Los estudios arqueometalúrgicos en el Noroeste argentino. En *Actas Mesa Redonda Tecnologías Metalúrgicas en América Prehispánica*:33-51. Universidad Nacional Autónoma de México. México DF.
- González, Luis R.
2002b. El oro y el moro. Tecnología y universo simbólico en el Noroeste argentino prehispánico. En *Actas I International Symposium on Ancient Technology: America and Europe*. Museo Arqueológico Nacional-Museo de América. Madrid (e.p.).
- González, Luis R., Edgardo d. Cabanillas y Tulio A. Palacios
1998. El pozo y el tumi. Arqueometalurgia del sur del valle de Yocavil. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 18:207-222.
- González, Luis R. y Pablo Peláez
1999. De ricos y famosos. Bienes metálicos en las sociedades prehispánicas tardías del Noroeste argentino. En C. Díez Marín (ed.), *Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, II:221-232. La Plata.
- González, Luis R. y Ana Vargas
1999. Tecnología metalúrgica y organización social en el Noroeste argentino prehispánico. Estudio de un disco. *Chungara* 31, 1:5-27.
- González, Luis R., Edgardo D. Cabanillas y Tulio A. Palacios
2001. Algo más sobre el ceremonialismo de altura en el Collasuyu. Análisis técnicos de las estatuillas antropomorfas del cerro Gallán. En *Actas XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* I:329-345. Córdoba.
- Grossman, Joel
1978. Un antiguo orfebre de los Andes. En R. Ravines (comp.), *Tecnología Andina*:521-527. Lima, IEP.
- Hall, Mark, Steven Brimmer, Fu Li y Leonid Yablonsky
1998. ICP-MS and ICP-OES studies of gold from a late Samartian burial. *Journal of Archaeological Science* 25:545-552.
- Healy, John
1979. Mining and processing gold ores in the Ancient World. *Journal of Metals*, August:11-16.
- Krapovickas, Pedro
1955. El yacimiento de Tebenquiche (Puna de Atacama). *Publicaciones del Instituto de Arqueología* III. Universidad de Buenos Aires.
- Lahiri, Nayanjot
1995. Indian metal and metal-related artefacts as cultural signifiers: and ethnographic perspective. *World Archaeology* 27, 1:116-132.

Lothrop, Samuel

1955. Tumba de un orfebre peruano. *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología*, II, 2:146-150. Lima.

Mohen, Jean

1990. *Metallurgie prehistorique. Introduction a la paleometallurgie*. Paris, Masson.

Montes, Aníbal

1959. El gran alzamiento diaguita (1630-1643). *Revista del Instituto de Antropología* 1:81-159. Universidad Nacional de Tucumán.

Palacios, Tulio y José Rodríguez

1985. Estudio metalúrgico de una pieza arqueológica. En B. Ventura, *Metalurgia: un aspecto poco conocido en la arqueología de las Selvas Occidentales*, pp. 84-97. Buenos Aires, PREP.

Patterson, Thomas

1992. *The inca empire*. Oxford, Berg.

Pérez Gollán, José A.

1986. Iconografía religiosa andina en el Noroeste argentino. *Bulletin IFEA* XV, 3-4:61-72. Lima.

Petersen, Georg

1970. Minería y metalurgia en el antiguo Perú. *Arqueológicas* 12. Lima.

Platt, Tristan

1988. Pensamiento político aymara. En X. Albo (comp.), *Raíces de América. El mundo aymara*, pp. 365-450. Madrid, UNESCO-Alianza.

Plazas, Clemencia, y Ana Falchetti

1978. La orfebrería prehispánica de Colombia. *Boletín del Museo del Oro* 1:1-53.

Quiroga, Adán

1929. *Folklore calchaquí*. Revista de la Universidad de Buenos Aires VI, V. Buenos Aires.

Randall, Robert

1993. Los dos vasos. Cosmovisión y política de la embriaguez desde el inkanato hasta la colonia. En T. Saignes (comp.), Borrachera y memoria. *La experiencia de lo sagrado en los Andes*: 73-112. La Paz, HISBOL-IFEA.

Reinhard, Johann

1999. Congelados en el tiempo. *National Geographic España* 5, 5:30-49. Barcelona.

Reinhard, Johann y Constanza Ceruti

2000. *Investigaciones arqueológicas en el volcán Llullaillaco. Complejo ceremonial incaico de alta montaña*. Salta, Ediciones Universidad Católica de Salta.

Rolandi de Perrot, Diana

1974. Un hallazgo de objetos metálicos en el área del río Doncellas (provincia de Jujuy). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* VIII:153-160.

Root, William

1949. Metallurgy. En J. Steward (comp.), *Handbook of South American Indians*, 5:205-225. Washington, Smithsonian Institution Press.

Salazar Soler, Carmen

1997. Las huacas y el conocimiento científico en el siglo XVI: a propósito del descubrimiento de las minas

de Potosí. En T. Bouysse Cassagne (ed.), *Saberes y memorias de Los Andes. In memoriam Theiry Saignes*:237-257. Paris, CREDAL-IFEA.

Seruya, Ana y Daffyd Griffiths

1997. Ageing processes in gold-copper-silver alloys. En A. Sinclair, E. Slater y J. Gowlett (eds.), *Archaeological Sciences 1995. Proceedings of a conference on the application of scientific techniques to the study of archaeology*:132-135. Oxford, Oxbow Monograph 64.

Schobinger, Juan (Comp.)

2001. *El Santuario Incaico del Cerro Aconcagua*. Mendoza, EDIUNC.

Scott, David

1990. El deterioro de aleaciones de oro y algunos aspectos sobre su conservación. *Boletín del Museo del Oro* 28:55-75.

Tarragó, Myriam N.

1994. Jerarquía social y prácticas mortuorias. En *Actas y Memorias XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 1:170-174. San Rafael.

Tarragó, Myriam N y Luis R. González

1996. Producción especializada y diferenciación social en el sur del valle de Yocavil. *Anales de Arqueología y Etnología* 50/51:85-108. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.

Tarragó, Myriam N. y Luis R. González

1998. La producción metalúrgica prehispánica en el asentamiento de Tilcara (Prov. De Jujuy). Estudios preliminares sobre nuevas evidencias. En M. Cremona (comp.), *Los desarrollos locales y sus territorios. Arqueología del NOA*:179-198. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

Tylecote, Ronald

1970. The composition of metal artifacts: a guide to provenance?. *Antiquity* 44:19-25.

Tylecote, Ronald

1987. *The early history of metallurgy in Europe*. London, Longman.

Uriondo, Mario e Irma Rivadeneira

1958. Metalurgia del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología*, VII, 3. San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

Ventura, Beatriz

1985. *Metalurgia. Un aspecto poco conocido en la arqueología de las selvas occidentales*. Informes de Investigación, 2. Buenos Aires, PREP.

West, Robert

1994. Aboriginal metallurgy and metalworking in Spanish America: a brief overview. En A. Craig y R. West (eds.), *In Quest of Mineral Wealth. Aboriginal and Colonial Mining and Metallurgy in Spanish America*, pp.5-20. Baton Rouge, Louisiana State University.

**POSIBILIDADES DE UN ENFOQUE DINAMICO PARA EL ESTUDIO DE LA
ARQUITECTURA DOMESTICA PREHISPANICA.
UN CASO DE APLICACIÓN EN LOS AMARILLOS (JUJUY)**

Constanza Taboada (*)
Carlos I. Angiorama (*)

RESUMEN

En este artículo discutimos algunas de las posibilidades que ofrece el estudio de la arquitectura desde una perspectiva dinámica. Para ello presentamos, a modo de ejemplo, los resultados de trabajos de campo efectuados en una unidad constructiva del asentamiento prehispánico tardío de Los Amarillos (Quebrada de Humahuaca, Jujuy).

Palabras clave: Arqueología NOA. Arquitectura doméstica. Estructuras.

ABSTRACT

In this paper we discuss some of the possibilities exhibited by the study of architecture from a dynamic perspective. As an example we present the results of field work in a building structure of the late prehispanic settlement of Los Amarillos (Quebrada de Humahuaca, Jujuy).

Key words: Northwestern Archaeology. Household architecture. Structures.

INTRODUCCION

Nuestro trabajo toma como eje general de análisis lo que consideramos el referente material de la unidad doméstica, vale decir el espacio de habitación (con sus áreas de actividad). Entendemos como unidad doméstica al grupo social corresidente, sin entrar aquí en connotaciones sobre el tipo de vínculo social o económico que pudiera unirlos bajo ese techo (Taboada 2002). La adopción de este concepto como foco de análisis arqueológico tiene importantes fundamentos prácticos y teóricos que han sido señalados por Wilk y Rathje (1982). Entre ellos cabe destacar su accesibilidad metodológica a partir de la posibilidad de establecer correlatos materiales del grupo doméstico, entendiendo que son las actividades que desarrollan estos grupos las que generan residuos que se incorporan al registro arqueológico.

* Becaria/o CONICET. Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán.

Esta perspectiva ofrece además un marco conceptual que permite integrar el análisis de la arquitectura y el entorno construido, a los que se confiere un papel crucial dentro de este enfoque (Wilk y Rathje 1982; Adams 1983; Manzanilla 1986; Wilk y Ashmore 1988; Stanish 1989; Kent 1990, entre otros), con otras líneas de evidencia como las aportadas por elementos muebles. La aplicación de este enfoque ya ha producido resultados significativos tanto en Mesoamérica (Manzanilla 1986, 1996; Wilk y Ashmore 1988; Plunket y Uruñuela 1997, entre otros) como en los Andes (por ejemplo, Stanish 1992; Aldenderfer 1993; Bermann 1997).

La arqueología de unidades domésticas tomó a la arquitectura como indicador crucial para comprender la composición y organización de las unidades socioresidenciales mínimas. Se hicieron frecuentes los análisis conductuales tendientes a explicar por ejemplo los patrones de residencia marital o las actividades básicas de la unidad doméstica (Seymour y Schiffer 1987). No obstante, esta orientación no ha recibido mayor atención en nuestro país como eje de análisis. Si bien caben mencionar como antecedentes en la temática algunos trabajos que nos proporcionan abundante material descriptivo de ámbitos domésticos (Debenedetti 1930; Casanova 1950; Madrazo y Ottonello 1966; Cigliano 1967; Krapovickas 1969, entre otros), sus objetivos no fueron precisamente definir o caracterizar el correlato material de la unidad socioresidencial mínima, salvo quizás algunos elementos analíticos propuestos por Fernández Distel (1976).

En los últimos años se han realizado varios trabajos sobre espacios y estructuras domésticas que aportaron elementos para el conocimiento de las características que éstos adoptan en cada situación particular (entre ellos, Berberíán y Nielsen 1988; Juez 1991; Tarragó 1992; Roldán y Funes 1995; Albeck 1996; Kriskautzky y Morales 1999). Sin embargo, poco se ha incursionado en su definición teórica para nuestro ámbito. Recién en 1989, Nielsen (1989) plantea la necesidad de definir arqueológicamente la unidad doméstica a través del número y tipo de recintos que la integran, sus rangos de variación y la distribución de actividades en cada espacio. Se explora la posibilidad de definir tipos de estructuras a través de evidencias susceptibles de ser registradas desde superficie, como forma, tamaño y tecnología, y cuya relevancia conductual pueda ser justificada mediante correlatos y posteriores excavaciones que permitan evaluar variaciones en los patrones de actividades y dar significado funcional a los elementos estructurales del sitio (Nielsen 1989; Raffino 1993). Nosotros intentamos completar esta propuesta aislando otro tipo de indicadores y características de *performance* que, sumados a éstos, pudieran servir para definir arqueológicamente el referente material de la unidad doméstica (Taboada y Angiorama 2000).

EL TIEMPO COMO LA CUARTA DIMENSION DE LA ARQUITECTURA

Siguiendo el modelo de Sahlins (1972), tradicionalmente se ha concebido a la unidad doméstica como una unidad inmutable (D'Altroy y Hastorf 1995). Nosotros proponemos, por el contrario, una visión dinámica de la misma, que evoluciona y cambia de acuerdo al ciclo vital de desarrollo.

En este trabajo nos centraremos, entonces, en desarrollar lo que hemos llamado una visión dinámica de la arquitectura y el uso del espacio. Apelamos así al tiempo como cuarta dimensión en juego, al pensar una arquitectura no estática, que evoluciona y cambia a medida que lo hace el grupo doméstico o corresidente, y sus necesidades y condicionantes biológicos, socio-culturales y materiales. Así entendida, la arquitectura doméstica, no puede ser estudiada como inmóvil, sino por el contrario cambiante, según se modifica la estructura y las necesidades del grupo social que alberga, o según se transita la experiencia cotidiana de usos, requerimientos y degradaciones materiales del espacio y la arquitectura. Esta perspectiva se vincula a la desarrollada y aplicada por Nielsen en el área (por ejemplo Nielsen 1995; Nielsen y Walker 1999), desde la cual los cambios arquitectónicos se toman como indicadores eficientes de transformaciones sociales.

Cuando hablamos de arquitectura no la concebimos sólo como la materialización de “cajas

de muros” (*sensu* Zevi 1955), sino fundamentalmente como el espacio tridimensional (tanto interior como exterior) generado por éstos, donde se desarrolla la vida cotidiana. Pensamos que la posibilidad de una mayor comprensión del uso del espacio y las construcciones está justamente en trascender las restricciones impuestas por los muros como elementos generativos sólo de un adentro arquitectónico, y enfatizar en cambio la necesidad de estudiar las vinculaciones de un espacio interior, con uno intermedio y uno exterior como ámbitos tridimensionales complementarios en el desarrollo de las actividades humanas, y que adquieren sentido sólo a través de su recorrido y uso en el tiempo (Zevi 1955).

Todas las actividades humanas se llevan a cabo necesariamente en un momento y en un espacio concreto. Existen acciones que son diarias como dormir o comer, otras que son periódicas como podría ser la obtención de alimentos, o determinados ritos, otras que son ocasionales como la construcción de inmuebles, y otras que son eventos únicos, como nacer o morir. El paso del tiempo, además, es un factor de importancia dado los cambios que ocurren con su devenir dentro de la sociedad (cambios socio-políticos, ideológicos, económicos) y, sobre todo, dentro del propio grupo doméstico. Los cambios a este último nivel afectan al número de integrantes, distribución de edades, relaciones de parentesco y jerarquía entre los integrantes de la familia o grupo social coresidente. Esto indudablemente redundará en modificaciones en su organización social, política y económica interna. Tanto los nacimientos y muertes, como la formación de nuevas parejas u otro tipo de agrupamiento social, llevan a un continuo dinamismo interno al que necesariamente debería adaptarse la unidad habitacional, tanto espacial como organizativamente.

Para ello, no bastará con la incorporación o clausura de espacios y recintos, sino que los ámbitos resultantes de la nueva estructura deberán ser reorganizados, incluso hasta refuncionalizados, para cumplir eficientemente sus nuevas funciones, o sus viejas funciones pero para un grupo diferente en número, distribución de edades, etc. Obviamente no debemos proyectar aquí nuestras pautas socioculturales de convivencia, privacidad y residencia, o de derroche energético y de recursos, pero dentro de esta perspectiva habrá que poner en consideración, entonces, que variaciones o inversiones dentro de ciertos patrones arquitectónicos domésticos claramente definidos podrían estar respondiendo a ampliaciones/restricciones de sectores techados o remodelaciones por causas relacionadas con el crecimiento/decrecimiento del grupo residente, y extensión o cambio en los usos domésticos.

Hace relativamente poco tiempo, Fernández-Galiano (1991) realizó un interesante estudio que toma en cuenta las variables energéticas en la crítica arquitectónica, tema, dice, largamente relegado bajo una visión inmóvil y atemporal de la arquitectura, bajo una imagen tradicional de la arquitectura conceptualizada como estática e inmutable, inmune al paso del tiempo y a la degradación de la materia y energía. En contraposición, el autor plantea una perspectiva que pone en consideración las transformaciones energéticas y las modificaciones introducidas a la arquitectura como adecuación a nuevos usos, y que se resuelve en una arquitectura en continuo proceso de cambio y movimiento:

“la arquitectura se contempla entonces como transformación del ambiente material por seres vivos y cambiantes, continuamente modificada para adecuarse a las variaciones del uso y del entorno, en permanente degradación y reparación ante las agresiones del tiempo, interminablemente gestándose y pereciendo” (Fernández-Galiano 1991:23).

También López Quintás (1977) había señalado la característica esencialmente dinámica y flexible de los ámbitos que crea el hombre, en tanto la necesidad primaria de albergar sus experiencias de vida en ambientes que lo contengan y se adecuen a ella.

En acuerdo con este planteo (aunque con el énfasis dirigido a los aspectos sociales), nos hemos propuesto también la necesidad de superar esa visión inmutable de la arquitectura, reflejo de concepciones igualmente estáticas del grupo social que la habita.

NUESTRO CASO DE ESTUDIO

En este trabajo mostramos una aplicación de la perspectiva delineada más arriba analizando la evolución del uso del espacio en una unidad constructiva localizada en el sitio Los Amarillos (Jujuy) (ver Figura 1). Este es un conglomerado residencial prehispánico de estructura interna muy compleja, con sectores de edificación bien diferenciados y una jerarquía de espacios públicos, y que con diez hectáreas de superficie es uno de los más grandes de la Quebrada de Humahuaca (Nielsen y Walker 1999) (ver Figura 2). Su mayor desarrollo parece haber tenido lugar durante la época inmediatamente anterior a la inca, a pesar de que su origen se remonta al menos al siglo XI de nuestra era. Hasta el momento no se han hallado elementos de origen hispánico (Nielsen 1997a).

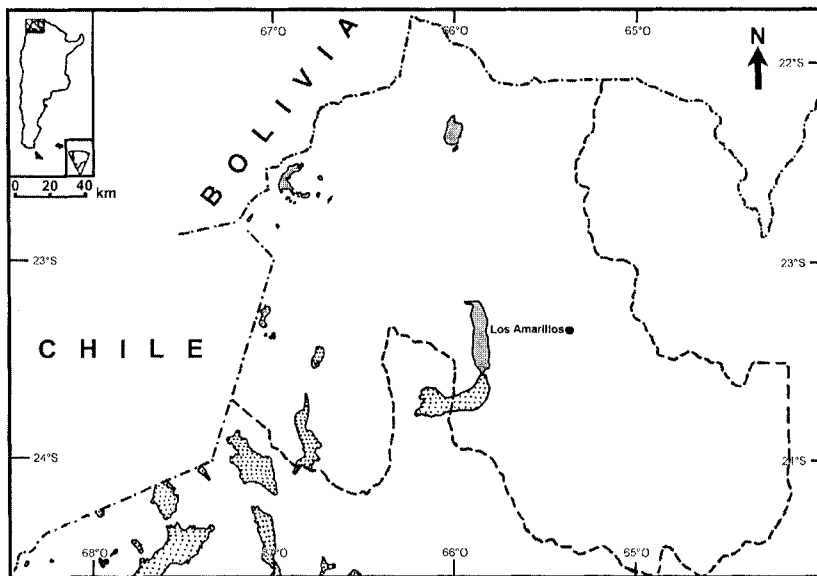


Figura 1. Mapa de ubicación de Los Amarillos

Nuestro estudio fue desarrollado en una unidad constructiva arqueológica¹ compuesta, al momento de su abandono, por un recinto menor y dos recintos mayores vinculados entre sí por vanos sucesivos. La comunicación con el exterior está determinada, a su vez, por un único vano de acceso, ubicado en el recinto mayor más oriental. Las excavaciones practicadas cubren la totalidad de dos de los recintos, el menor y el mayor inmediatamente continuo a éste. El recinto que comunica con el exterior no fue excavado.

La unidad fue seleccionada a partir del resultado de prospecciones dirigidas fundamentalmente a corroborar aparentes patrones de organización del asentamiento reflejados en el plano confeccionado por Nielsen (Nielsen y Walker 1999), y a indagar si era posible identificar otros no muy claros en la planimetría del sitio, en función de la puesta a prueba de un modelo teórico elaborado sobre la base de las características de *performance* necesarias en el espacio de residencia (Taboada y Angiorama 2000).

El sector del asentamiento en estudio se caracteriza por una planta aproximadamente rectangular, orientada concéntricamente en relación al centro del sitio, y con el eje mayor en dirección NO-SE (ver Figura 2). Está delimitado por el O y el E por dos cárcavas largas y profundas, aparentemente estabilizadas ya en tiempos de la ocupación del asentamiento (se pueden apreciar en ellas construcciones posteriores a su formación), que se unen por el S formando uno de los lados menores del mencionado rectángulo. El límite N está definido, en cambio, por un corte abrupto en la densa ocupación.

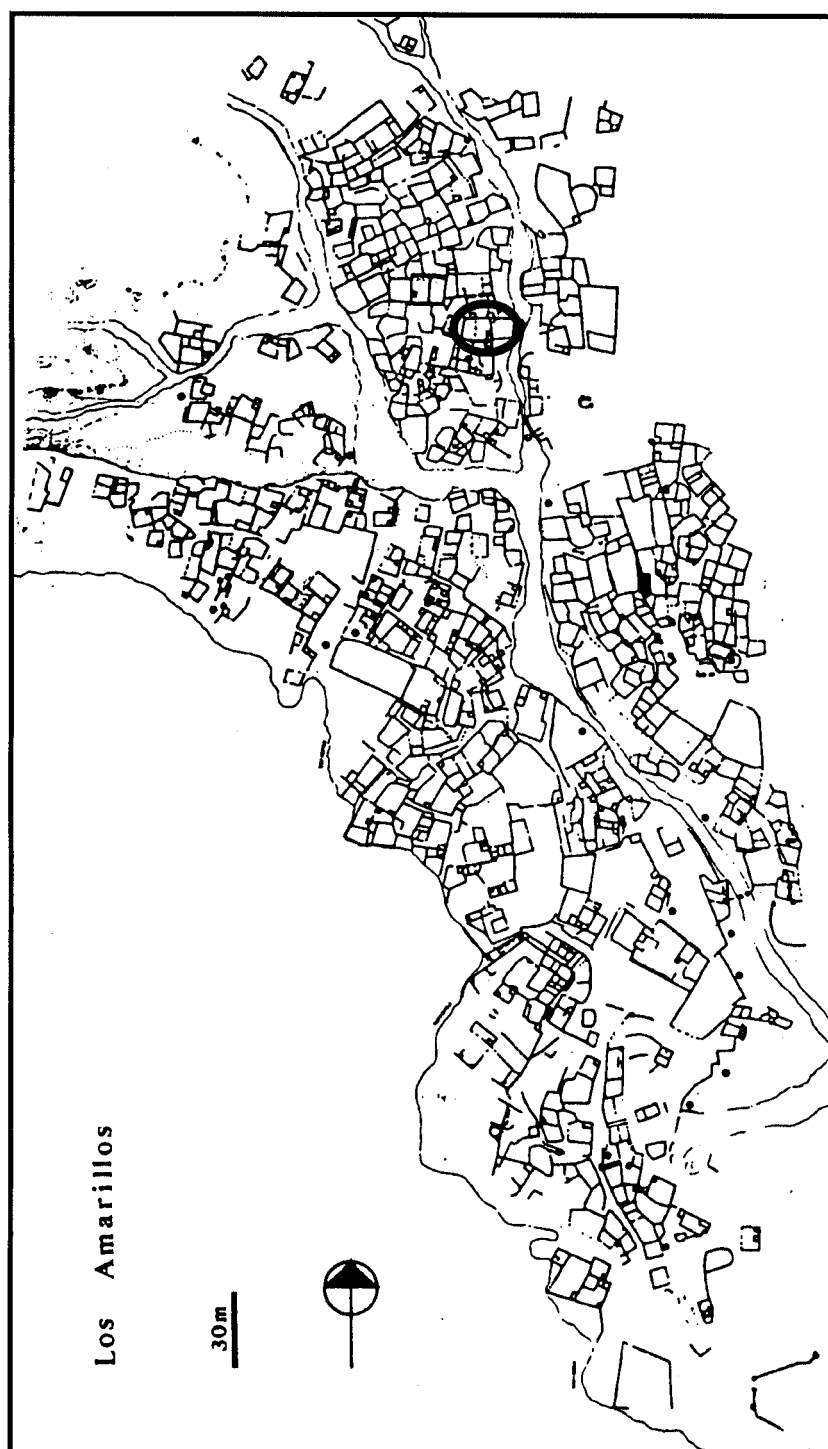


Figura 2. Plano de Los Amarillos (basado en Nielsen y Walker 1999). Remarcado el sector estudiado. En el círculo, la unidad excavada

Las construcciones del área en estudio se emplazan sobre un terreno de pendiente pronunciada aterrazado artificialmente. En el SO se observa un pequeño conjunto de recintos de organización radial, más allá del cual las demás construcciones adoptan, en cambio, una estructura ortogonal bien marcada. Hacia la mitad del sector, esta retícula presenta una leve rotación en su orientación, aunque mantiene su estructura general. En parte, este reticulado se debe a la división en franjas paralelas que resulta del aterrazamiento del terreno, y en parte a la subdivisión de dichas terrazas en recintos cuadrangulares cuyos muros en muchos casos coinciden, de terraza en terraza, conformando así largas líneas murarias que acentúan visualmente el patrón reticulado.

Si bien a lo largo de cada terraza se han construido varios recintos, a lo ancho sólo se identifica uno. Un muro transversal al aterrazamiento se extiende a lo largo de la mayor parte del sector actuando aparentemente como eje medianero del mismo y como muro O de los recintos que abren hacia el E. Además, no parecen existir comunicaciones o aberturas en el mismo, lo que lo torna así en un muro ciego que marca un límite y define la circulación del área, dividiéndola en dos mitades aparentemente incomunicadas. Sin embargo, dado la incompleta visibilidad del registro superficial, la confirmación de la recurrencia de este patrón se ve por el momento relegada a posteriores trabajos de campo diseñados al efecto.

Dentro de la estructura ortogonal señalada, diferenciamos para parte del sector en estudio, un patrón arquitectónico, estructural y organizativo, que aparece en forma repetida y que consideramos podría indicar un uso doméstico. Aparentemente este patrón se repite sistemáticamente terraza tras terraza. Se observa desde superficie como la recurrencia de unidades constructivas compuestas en su gran mayoría por dos o tres recintos de desiguales proporciones entre sí (un recinto grande y uno pequeño, o dos grandes y uno pequeño), pero de tamaños relativamente constantes y parejos entre unidades similares. Los recintos que conforman estas unidades se encuentran (cuando es posible observarlo desde superficie) interconectados mediante vanos, generalmente con la salida hacia zonas de circulación o áreas residuales. En general el patrón parece completarse con otros elementos que aparecen en forma repetida, como son la ubicación predominante, aunque no exclusiva, del/los recintos mayores hacia el lado E y del recinto menor hacia el O, y la presencia del vano de acceso a la unidad ubicado (cuando fueron visibles) sistemáticamente hacia el lado E, por donde se abre una de las cárcavas mencionadas. Estas han sido señaladas por Nielsen como posibles vías de circulación y acceso al sitio (Nielsen 1995).

Las mayores variaciones dentro del patrón se deben a subdivisiones internas de estas estructuras. Estas han sido registradas sólo en algunas unidades, variando su número, ubicación y tamaño. Sin embargo estas divisiones internas realizadas con muros de menor espesor, se han hecho visibles sólo cuando determinados factores naturales o antrópicos influyeron en ese sentido, siendo muy posible la existencia de otras estructuras similares no registradas a partir de una observación superficial.

Como hipótesis de trabajo, planteamos que estas unidades conformadas por recintos grandes y pequeños vinculados por un vano podrían haber constituido, por sus dimensiones y patrón, una unidad constructiva compuesta por recintos descubiertos o parcialmente cubiertos vinculados a otros techados, y que esta estructura podría responder a la concepción más simple de un conjunto habitacional doméstico. En función de esto, se eligió una unidad para excavar. Como dijimos, el área excavada comprende la totalidad de dos de los tres recintos que componen la unidad.

SECUENCIA CONSTRUCTIVA DE LA UNIDAD ESTUDIADA

Decíamos al principio que uno de nuestros puntos de interés era realizar un análisis dinámico de la arquitectura, en tanto concebimos que el ámbito doméstico es susceptible de importantes reorganizaciones espaciales y arquitectónicas como respuesta a cambios en los usos o en la composición y organización del grupo residente. Los correlatos materiales de estos cambios

pueden ser observados muy claramente a través de evidencias inmuebles, como las remodelaciones arquitectónicas e intervenciones positivas y negativas en rasgos y estructuras. También en las evidencias muebles a través, por ejemplo, del análisis de las connotaciones cronológicas que asume su distribución estratigráfica u otros análisis. El caso en estudio fue indagado bajo ese marco y puede ejemplificar algunas tendencias en este sentido.

El espacio que analizamos muestra claras evidencias de al menos cuatro eventos constructivos. Si bien aún no contamos con elementos que nos permitan definir el tiempo que pudo transcurrir entre ellos, hay algunas evidencias que indican la mediación de un cierto lapso temporal. Aún así, estos diferentes episodios constructivos no parecen estar asociados a interrupciones en la ocupación del espacio. Por el contrario, el análisis de perfiles y materiales recuperados muestra una ocupación continua a lo largo de toda la secuencia, sin niveles estériles o depósitos de relleno que remitieran a algún momento de abandono y posterior reocupación del recinto. Más bien parece haber ocurrido un proceso de evolución del uso de ese espacio durante su ocupación, evidenciado en acciones de acondicionamiento, remodelación y refuncionalización. Según las evidencias arquitectónicas analizadas, el proceso puede esquematizarse de la siguiente manera:

1) *Primer momento*. Las primeras evidencias de intervención sobre el espacio son las que sirvieron para acondicionar y horizontalizar el terreno mediante la construcción de un aterrazado en la mayor parte de la ladera. De una observación y análisis desde superficie se desprende la hipótesis de que este acondicionamiento inicial del sector del asentamiento en estudio pudo haber sido un proceso programado de construcción en serie de las terrazas. Esta rápida expansión parece haber sido posterior, sin embargo, a una primera instalación de crecimiento espontáneo ubicada ladera abajo, evidenciada por una estructura radial a la cual se empalman las terrazas siguiendo una estructura netamente ortogonal (ver Figura 2). La exposición de la arquitectura del recinto seleccionado para nuestro estudio mediante las excavaciones realizadas, nos permitió visualizar y analizar las trabas entre los muros y los niveles de asiento de los mismos. Se comprobó así la anterioridad de la confección del aterrazado respecto de la construcción de los recintos (ver Figura 3).

2) *Segundo momento*. Corresponde a la construcción de los muros perimetrales que parcelan la terraza definiendo la unidad constructiva en estudio:

– Muro Norte: sirve como muro N de la unidad el mismo que contiene la terraza adyacente superior, ubicada ladera arriba. Este muro descansa al nivel de asiento del recinto. Es un muro simple de piedra tomado con mortero, visible en una sola cara, ya que del otro lado contiene el relleno de la terraza superior.

– Muro Sur: el muro que define la unidad por el S se localiza por sobre el que contiene la terraza en estudio, ligeramente desplazado hacia el interior y asentando sobre el terreno rellenado. Es un muro de piedra doble relleno tomado con mortero.

Este hecho, de que los muros que contienen a las terrazas inmediatas superiores sirven como muros N de los recintos que se encuentran ladera abajo, mientras que los muros S han sido construidos especialmente para definir los recintos, parece ser la norma en el sector en estudio, según se aprecia también en recintos de otras terrazas colindantes.

– Muros Este y Oeste: ambos muros traban con el muro S, conformando un episodio constructivo único y una estructura articulada e interdependiente. En cambio, en ambos casos simplemente llegan hasta el muro N, construido con anterioridad. Ambos constituyen muros de piedra dobles tomados con mortero, aunque en parte del muro O se han utilizado rocas de gran tamaño que hicieron innecesario el aparejo doble en dicho sector (ver Figura 3).

De este análisis se desprende con claridad el orden en que se construyeron los muros que terminaron por definir el recinto que nos ocupa.

3) *Tercer momento*. Una vez definido este gran recinto (de aproximadamente 11 x 6,5 m) se

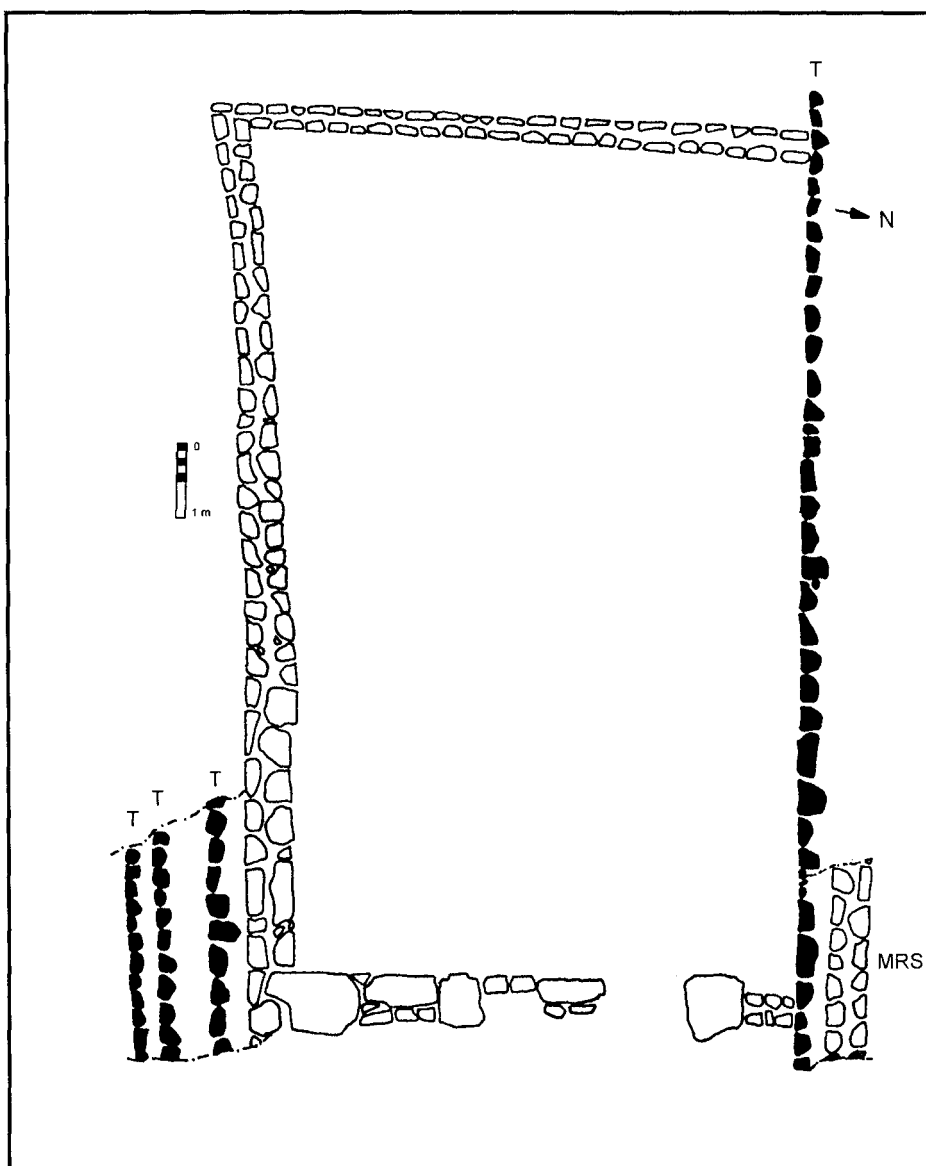


Figura 3. Plano de la estructura excavada: Momentos 1 y 2. Las piedras negras corresponden al Momento 1. Las piedras blancas fueron agregadas en el Momento 2. MRS: muro del recinto superior. T: muro de contención de terraza (el muro meridional sirve como muro del recinto inferior)

procedió a modularlo virtualmente en sectores cuadrangulares de aproximadamente 2,2 m de lado, modulaje evidenciado por la presencia de rasgos constructivos cuadrangulares (de unos 50 x 50 cm de base en todos los casos), que se disponen en toda la superficie del recinto conformando una estructura en grilla sorprendentemente regular (ver Figura 4). Siguiendo la propuesta de Nielsen (1997b) hemos interpretado estos rasgos, que en nuestro caso aparecen confeccionados en piedra, y tierra moldeada o adobe, como bases de estructuras de sostén de techo (tipo columnatas). El grillado habría permitido, en este caso, el techado completo del recinto, de un tamaño usualmente

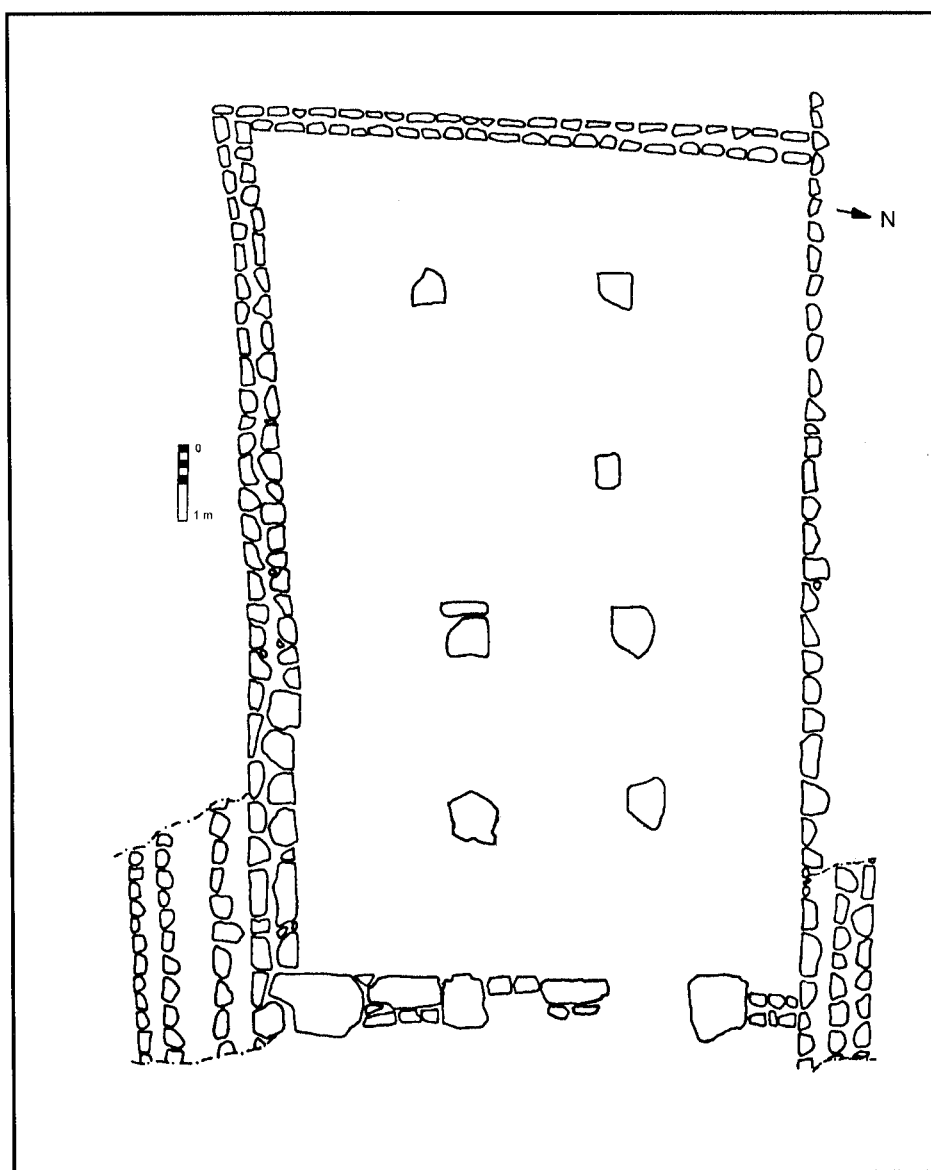


Figura 4. Plano de la estructura excavada: Momento 3

considerado no techable, dejando luces a cubrir no mayores a 2,20 m y requiriendo vigas no mayores a unos 2,60 m de longitud.

4A) *Cuarto momento A.* Con posterioridad al modulado, se construyó un muro de tierra moldeada (en sistema monolítico, con algunas piedras incluidas, pero sin mampuestos de adobe) que divide en dos al recinto, y que coincide perfectamente con una de las líneas del grillado (ver Figura 5). Posiblemente pudieron existir allí dos “bases” y luego que ser removidas o aprovechadas estructuralmente en la construcción del muro de tierra. Justamente, los únicos dos ladrillos de adobe del muro parecen corresponder, tanto por su ubicación como por su tamaño, a una de esas “bases”.

4B) *Cuarto momento B.* No contamos con evidencias suficientes para señalar si este episodio es anterior, simultáneo o posterior al Cuarto Momento A. Corresponde, al igual que en aquel caso, a la construcción de tabicados interiores, posteriores a la confección de la grilla mencionada. En este caso se trata de dos muretes:

- el primero en orden de construcción, corresponde a un tabique semicircular que, partiendo del muro E a la altura del vano, se cierra hacia el S hasta chocar y sobreimponerse en parte a una de las “bases” (evidenciando así su posterioridad). Luego continúa hacia el muro S finalizando 45 cm antes de alcanzarlo (ver Figura 5).
- el segundo, corresponde a un murete que parte del mencionado anteriormente, recostándose parcialmente sobre él, hasta alcanzar otra de las “bases” ubicada frente al vano.

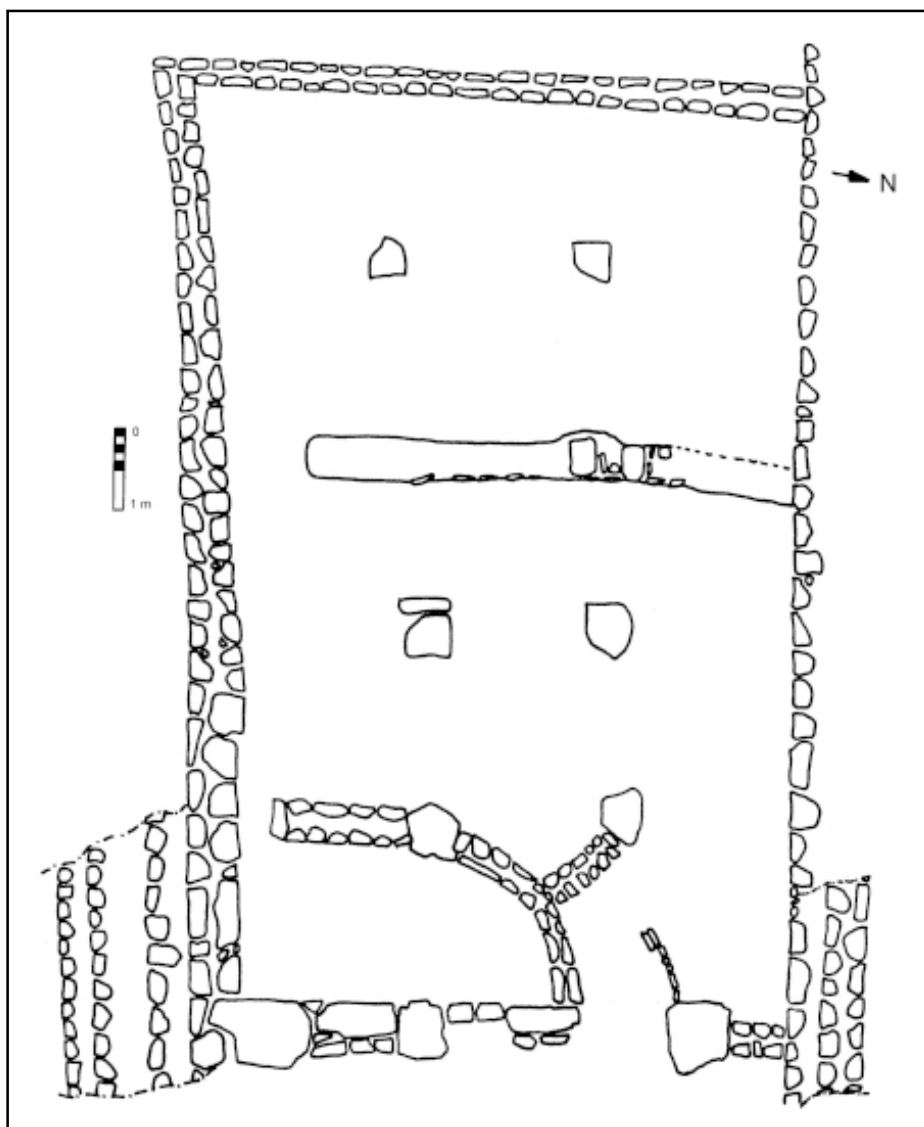


Figura 5. Plano de la estructura excavada: Momentos 4a y 4b

INTEGRACION CON EVIDENCIAS NO ARQUITECTONICAS

Hasta ahora hemos planteado, basándonos en el análisis de la estratigrafía muraria y en cuestiones tecnológicas, una interpretación de la secuencia constructiva, y un primer esquema cronológico de evolución seguido por el espacio y la construcción en estudio. Hemos considerado particularmente el dinamismo temporal al que se pueden ver sujetos la arquitectura y los espacios en el interjuego continuo con el transcurrir de la vida social, intentando así mostrar cómo podían generarse hipótesis, preguntas y explicaciones a partir de este tipo de evidencias y desarrollos teóricos.

Sin embargo, no es nuestro interés dejar allí el análisis. A continuación integramos la información generada mediante los estudios arquitectónicos, con los hallazgos efectuados en las excavaciones y sus contextos de depositación y distribución espacial, a fin de completar y afinar nuestras observaciones. Pero no sólo las observaciones acerca de la secuencia constructiva. La arquitectura, en el papel que le asignamos (de continuo vaivén entre ser la determinante de la organización funcional del espacio, y la de ser determinada por las necesidades y usos sociales y simbólicos concretos), adquiere valor también como elemento analítico de la evolución y cambios acaecidos en estos aspectos. Podríamos afirmar que ambos tipos de indicadores están íntimamente relacionados y nos ofrecen información y evidencias complementarias, en tanto las remodelaciones arquitectónicas están vinculadas casi indefectiblemente a refuncionalizaciones aunque sea mínimas, en usos y circulaciones. Más aún si, como en nuestro caso, las diferentes intervenciones constructivas han implicado cambios sustanciales en la estructura y conformación del espacio de habitación. Pasaremos ahora, entonces, a presentar algunas de las evidencias asociadas a las intervenciones arquitectónicas detectadas en la unidad estudiada.

Como dijimos, la estratigrafía del recinto excavado muestra una ocupación ininterrumpida, sin períodos de abandono de la estructura. Los hallazgos son adscribibles a las Fases Sarahuaico y Pukara (1280 – 1430 AD, Nielsen 1997a) y no hemos hallado evidencias incaicas muebles ni inmuebles. Aunque aún no contamos con el resultado de fechados radiocarbónicos, las características del material nos permiten ubicar tentativamente su lapso de ocupación dentro de un período relativamente corto. Los hallazgos parecen indicar un abandono súbito del recinto: en su mayoría se trata de residuos *de facto*, definidos por su alto grado de integridad, disposición espacial y estratigráfica, y sus asociaciones y contextos. Esta circunstancia se muestra particularmente favorable para el tipo de estudio y problema que nos interesa.

La información arquitectónica indica cambios importantes durante el período en que fue ocupado: de un gran recinto, aparentemente sin subdivisiones internas (momento 2), se pasó a la demarcación de espacios más pequeños y al diseño de una circulación dirigida (momentos 3 y 4). La presencia de los tabicados y recintos interiores como característica de aparición tardía parecen señalar una tendencia en la organización del espacio doméstico: de uno poco o menos formalizado a uno más pautado y organizado.

Por su parte, la distribución y el tipo de los hallazgos efectuados, que corresponden al último momento de ocupación, indican una importante segregación espacial de actividades. Esto es observable, sobre todo en el recinto mayor, en algunos casos sólo por una marcada concentración espacial de conjuntos de artefactos y evidencias asociadas a una misma actividad (por ejemplo metalurgia, reactivación de instrumental lítico o preparación de alimentos), y en otros, además, por su contención dentro de estos espacios delimitados por muros (por ejemplo, los elementos vinculados a actividades de molienda dentro del recinto semicircular). El recinto menor, presentó una menor cantidad y variedad de material que el mayor. Sin embargo, resulta igualmente significativa para este análisis, la ausencia total de evidencias arqueológicas en un área bien definida de unos 4 m², y la presencia de estructuras funerarias asociadas al momento de su uso habitacional en el rincón opuesto.

Esta segregación de áreas observada en la distribución de los hallazgos en la unidad estudiada se corresponde con la tendencia de organización del espacio evidenciada por las intervenciones arquitectónicas en las que observábamos modificaciones paulatinas dentro de una ocupación continua, que podríamos vincular a transformaciones sufridas por el grupo que la habitó.

Esto contrasta notablemente con las intervenciones efectuadas en el Sector Central de Los Amarillos ante la conquista incaica. Dicho Sector, a diferencia del espacio doméstico analizado, es un espacio público. Allí se observan cambios repentinos y violentos, donde las nuevas construcciones “ignoran por completo el trazado arquitectónico previo” seccionando o superponiéndose a las antiguas construcciones y rasgos (Nielsen y Walker 1999:165).

DISCUSIONES SOBRE LO DOMESTICO EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO

Una perspectiva que hizo hincapié en concebir una arquitectura dinámica nos permitió hasta ahora visualizar una constante evolución en la conformación final del espacio en estudio. Hemos podido identificar al menos cuatro eventos constructivos y remodelaciones arquitectónicas con sus inevitables refuncionalizaciones de espacios vinculadas a estos cambios materiales, así como también la generación de las consecuentes preguntas sobre los procesos sociales que pudieron llevar a estos cambios dados al mismo espacio en un tiempo posiblemente no muy amplio.

Las modificaciones ocurridas pueden encontrar explicación en la estabilización/mudanza espacial de las actividades hacia determinados sectores (con base a la experiencia de uso en pos de mejorar las condiciones propicias para desarrollarlas), y/o con la puesta en evidencia de la necesidad de requerimientos funcionales que lleguen a incluir intervenciones constructivas para concretar su eficiencia. Así mismo pueden hacerlo, en modificaciones en los usos dados al espacio y/o, como hemos venido planteando, en la composición de quienes lo habitaban o desarrollaban allí sus actividades. Por cierto que esto no excluye la posibilidad de intervención de otros factores, como podrían ser los rituales.

Señalábamos, a modo de ejemplo, una diferencia significativa (con implicancias diferentes para la interpretación arqueológica) entre las remodelaciones introducidas en el espacio doméstico en estudio y aquellas registradas por Nielsen en el Sector Central de Los Amarillos. En el espacio doméstico las intervenciones muestran una evolución paulatina en el uso y crecimiento, con introducción de cambios que si bien implican importantes reorganizaciones, respetan y tienen en cuenta las construcciones anteriores buscando la forma de adecuarlas a cada nuevo momento. En cambio, en el espacio público del Sector Central, la intervención Inca, además de provocar la desocupación de la mayoría de los otros sectores del sitio, demuele muros y levanta otros a fin de reorganizar el espacio con nuevas circulaciones, accesos, y recintos más controlables y acordes a la nueva política. Casi podríamos decir que no remodela sino que demuele y replantea una nueva estructura.

Así, mientras el segundo caso remite a la posibilidad de analizar cambios introducidos por factores externos y en períodos de tiempo más cortos o puntuales, nuestro caso de análisis nos estaría permitiendo evaluar cambios internos del grupo de residencia a lo largo de un lapso de tiempo mayor, aunque para ambas circunstancias las materializaciones como intervenciones arquitectónicas se habrán acotado a acciones puntuales.

En nuestro caso de estudio, casi todos los hallazgos artefactuales corresponden al último momento constructivo. De no haber aplicado un análisis detallado y en perspectiva temporal de las intervenciones arquitectónicas, la evolución acaecida en el uso del espacio bien podría haber quedado oculta, por ejemplo, tras una visión atenta más bien a la distribución espacial de los objetos muebles y rasgos, y a lo que ello implica para el momento del abandono de la estructura. Su aplicación, en cambio, nos permitió, además de efectuar inferencias sobre el proceso ocurrido,

sostener la posibilidad de que ellas pudieran estar implicando transformaciones internas de la unidad social que la habitó.

Recibido: mayo 2002.
Aceptado: octubre 2003.

AGRADECIMIENTOS

Las investigaciones forman parte de Proyectos que desarrollamos gracias a Becas otorgadas por el CONICET. Agradecemos muy especialmente a nuestro director Axel Nielsen por su guía y por su incondicional generosidad y confianza en todo momento. Los trabajos de campo y análisis fueron solventados mediante una Beca Presidencia de la Nación a la Excelencia Cultural y mediante fondos de un Proyecto CIUNT dirigido por Nicolás Nieva. Damos las gracias también a Manuel Taboada y Josefina Angiorama por aceptar involucrarse, en el plano y en el terreno, para aportar desde la arquitectura y el cariño. En los trabajos de campo participaron María Gloria Colaneri, Alvaro Martel, Sara López Campeny, Josefina Angiorama, Gabriela Aguirre, María Lorena Cohen, Mariano Corbalán, Agustina Haedo, Nora Herrera, Manuel Mamani, Leyla Nasul, María Carolina Rivet, Gerardo Sosa, José Tolaba, Silvana Urquiza, Malena Vázquez y Rita Peralta. Sin su ayuda y entusiasmo no hubiéramos podido concretarlos. Agradecemos a Axel Nielsen y Ana Teresa Martínez por la lectura y aportes a versiones preliminares de este manuscrito, lo que por cierto, al igual que a las demás personas mencionadas, no los compromete con las opiniones finales vertidas en el trabajo. Estas son de nuestra exclusiva responsabilidad.

NOTA

- ¹ Entendemos como tal un conjunto de dos o más recintos adosados, comunicados, o interconectados arquitectónicamente.

BIBLIOGRAFIA

- Adams, E.
1983. The architectural analogue to Hopi social organization and room use, and implications for prehistoric northern southwestern culture. *American Antiquity* 48: 44-61. Washington, Society for American Archaeology.
- Albeck, M.
1996. Areas de actividad doméstica en Pueblo Viejo de Tucut (Puna de Jujuy). *Estudios Atacameños* 12: 69-81. San Pedro de Atacama, Universidad Católica del Norte.
- Aldenderfer, M.
1993. *Domestic architecture, ethnicity, and complementary in the South-Central Andes*. Iowa, University of Iowa Press.
- Bermann, M.
1997. Domestic life and vertical integration in the Tiwanaku Heartland. *Latin American Antiquity* 8 (2): 93-112. Washington, Society for American Archaeology.
- Berberián E. y A. Nielsen
1988. Sistemas de asentamiento prehispánico en la etapa formativa del Valle de Tafí. En: E. Berberián (ed.), *Sistemas de Asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí*: 21-51. Córdoba, Editorial Comechingonia.

Casanova, E.

1950. *Restauración del Pucará*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Cigliano, E.

1967. Investigaciones antropológicas en el yacimiento de Juella (Dep. de Tilcara, Provincia de Jujuy). *Revista del Museo de La Plata (NS) Sección Antropología* VI: 123-249. La Plata.

D'Altroy, T. y C. Hastorf (Eds.)

1995. *Empire and Domestic Economy*. Washington, Smithsonian Institution Press.

Debenedetti, S.

1930. Las ruinas del Pucará. *Archivos del Museo Etnográfico* 2 (1ª Parte). Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Fernández Distel, A.

1976. Tiuiyaco: un asentamiento agroalfarero de características tempranas en el norte de la Quebrada de Humahuaca, Jujuy. *Actas y Memorias del IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Parte 1: 55-73. San Rafael, Revista del Museo de Historia Natural.

Fernández Galiano, L.

1991. *El fuego y la memoria. Sobre arquitectura y energía*. Madrid, Alianza Editorial.

Juez, S.

1991. Unidad arqueológica Rodeo Grande, Valle de Ambato: excavaciones en el sitio Martínez 2 (SCatAmb 002) (Catamarca, Argentina). *Publicaciones* 46: 101. Córdoba, CIFYH.

Kent, S. (Ed.).

1990. *Domestic Architecture and the use of space*. Cambridge, Cambridge University Press.

Krapovickas, P.

1969. La instalación aborigen en "Pucará de Yacoraite" (Prov. Jujuy, Rep. Argentina). *Etnía* 10: 8-12. Olavarría, Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce" e Instituto de Investigaciones Antropológicas.

Kriscautzky, N. y F. Morales

1999. La vivienda incaica en el sitio "Intihuatana de Yokavil", Fuerte Quemado, Catamarca. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología*, T.1: 233-238. La Plata.

Madrazo, G. y M. Ottonello

1966. Tipos de instalación prehispánica en la región de la Puna y su Borde. *Monografías* 1. Olavarría, Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce".

Manzanilla, L.

1996. Corporate Groups and Domestic Activities at Teotihuacan. *Latin American Antiquity* 7 (3): 228-246. Washington, Society for American Archaeology.

Manzanilla, L.. (Ed.)

1986. *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*. D. F. de México, UNAM.

Nielsen, A.

1989. *La Ocupación Indígena del Territorio Humahuaca Oriental durante los Períodos de Desarrollos Regionales e Inka. Tesis Doctoral*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

1995. Architectural performance and the reproduction of social power. En: Skibo, Walker y Nielsen (Eds.), *Expanding Archaeology*: 47-66. Salt Lake City, University of Utah Press.

1997a. *Tiempo y cultura material en la Quebrada de Humahuaca 700 1650 d.C.* Tilcara, Instituto Interdisciplinario Tilcara.

- 1997b. *Informe de las campañas 1994 y 1995 realizadas en Juella por el Seminario de Arqueología de Campo*. Buenos Aires, Universidad de Tucumán.
- Nielsen, A y W. Walker
1999. Conquista ritual y dominación política en el Tawantinsuyu: el caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina). En: Zarankin y Acuto (eds.), *Sed Non Satiata*: 153-169. Buenos Aires, Ediciones del Tridente.
- Plunket, P. y G. Uruñuela
1997. Preclassic Household Patterns Preserved Under Volcanic Ash at Tetimpa, Puebla, Mexico. *Latin American Antiquity* 9 (4): 287-309. Washington, Society for American Archaeology.
- Raffino, R.
1993. *Inka. Arqueología, historia y urbanismo del altiplano Andino*. Buenos Aires, Ed. Corregidor.
- Roldán, M. y M. Funes
1995. El espacio doméstico en la Loma Rica de Jujuil (Dpto. Santa María, Pcia. de Catamarca). *Comechingonia* 8: 97-123. Córdoba.
- Sahlins, M.
1972. *Stone Age Economics*. Chicago, Aldine.
- Seymour, C. y M. Schiffer
1987. A preliminary analysis of pithouse. Assemblages from Snaketown. Arizona. En: S. Kent (Ed.), *Method and theory for activity area research. An Ethnoarchaeological Approach*. New York., Columbia University Press.
- Stanish, C.
1989. Household archaeology: Testing models of zonal complementarity in the south-central Andes. *American Anthropologist* 91 (1): 7-24.
1992. *Ancient Andean Political Economy*. Austin, University of Texas Press.
- Taboada, C.
2002. Aspectos teóricos y metodológicos para el estudio de la arquitectura y el espacio doméstico prehispánico. *Trabajo Final del Curso de Postgrado: Epistemología y Arqueología*. Inédito.
- Taboada, C y C. Angiorama
2000. Buscando los indicadores arqueológicos de la unidad doméstica. *Cuadernos* 14. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Tarragó, M.
1992. Areas de actividad y formación del sitio de Tilcara. *Cuadernos* 3: 64-74. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Wilk, R. y W. Ashmore
1988. *Household and community in the mesoamerican past*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Wilk, R. y W. Rathje
1982. Household archaeology. *American behavioral scientist* 25 (6): 617-639.
- Zevi, B.
1955. *Saber ver la arquitectura*. Buenos Aires, Editorial Poseidón.

LIMITACIONES A LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA, ESTRATEGIAS DE MANEJO DE TERRENOS CULTIVABLES Y AMPLIACIÓN DE LA DIETA EN COMUNIDADES FORMATIVAS DE LA REGION SERRANA DE LA PROVINCIA DE CORDOBA

Eduardo E. Berberían (*)
María F. Roldán (*)

RESUMEN

Sobre la base de información arqueológica, etnohistórica y geográfica se consideran algunas prácticas desarrolladas por las comunidades agroalfareras serranas tardías de la Provincia de Córdoba en torno a dos ejes. Por una parte, centrándonos en el concepto de riesgo (Halstead y O'Shea 1989; Minc y Smith 1989; Boussman 1993) se analizan las limitaciones que involucra la producción agrícola en el área de estudio. En segundo término, se examinan algunas de las respuestas que las comunidades formativas debieron implementar ante una situación caracterizada por la baja predictibilidad de los recursos derivados de la agricultura. Se discuten, en particular, las estrategias de manejo de los terrenos cultivables y de ampliación de la dieta, así como la relación de ambas estrategias con la movilidad desarrollada por los grupos en cuestión.

Palabras clave: Estrategias de subsistencia. Dieta. Producción de alimentos. Comunidades prehispánicas tardías. Región serrana de Córdoba.

ABSTRACT

Practices developed by late agricultural societies in the ranges of Cordoba Province are considered on the basis of archaeological, ethnographic and geographic information. Two perspectives are applied. On one hand, the limitations involved by agricultural production in the study area are analyzed taking into account the concept of risk (Halstead and O'Shea 1989; Minc and Smith 1989; Boussman 1993). On the other, some of the answers that the Formative communities must have put in practice in a situation characterized by the low predictability of their farming products are examined. Specifically both, strategies related to land management and to a broader diet, as well as their relationship with group mobility are discussed.

Key words: Subsistence strategies. Diet. Food production. Late prehispanic communities. Córdoba ranges.

(*) Laboratorio y Cátedra de Arqueología. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba. CONICET.

INTRODUCCION

Las comunidades formativas que ocuparon el sector central de las Sierras Centrales (sensu Berberían 1999) entre ca. 1200-300 A.P. han sido definidas como grupos caracterizados por una estrategia predominantemente agrícola, con aportes complementarios de la caza-recolección (Berberían 1999; Berberían y Roldán 2001). Recientes estudios osteométricos efectuados en huesos de camélidos indican la presencia y posible manejo de individuos domésticos (Pastor y Medina 2003).

No obstante, más allá de esta definición general, numerosos aspectos de la organización económica de estos grupos, así como sus implicancias sobre las pautas de utilización del espacio regional, permanecen en la actualidad poco conocidos. Por tal motivo, y de acuerdo a información geográfica, etnohistórica y arqueológica, se analizan en este trabajo algunas condiciones bajo las cuales se implementaron las prácticas agrícolas prehispánicas, y se discuten algunas de las posibles estrategias destinadas a enfrentar los elevados niveles de pérdida que afectaron dicha actividad.

LOS RIESGOS DE LOS RECURSOS AGRICOLAS

Dentro de la región serrana de la Provincia de Córdoba, el área de estudio se circunscribe a la cuenca del Río San Antonio, que ocupa parte del Departamento Punilla y una pequeña porción de los Departamentos San Alberto y Cruz del Eje (ver Fig. 1). Esta cuenca se desarrolla a manera de una transecta, que con rumbo general O-E, recorre diferentes niveles altitudinales. Básicamente se observan dos paisajes: los sectores deprimidos o valle (640 a 1000 m.s.n.m.) –que comprenden la porción meridional del valle de Punilla– y los localizados por encima de los 1000 m.s.n.m.–correspondientes a la porción inferior de la Pampa de Achala.

En términos de sus posibilidades para la habitabilidad y explotación humana, el primer sector se caracteriza por un clima templado, por la existencia de terrenos cultivables y la oferta de nutritivos frutos silvestres comestibles de disponibilidad estival. El segundo sector, por el contrario, se distingue por un clima de bajas temperaturas con vientos fuertes y constantes. La práctica de la agricultura es casi imposible debido al escaso desarrollo de sus suelos, aunque las pasturas naturales son de excelente calidad, de allí que constituye el hábitat de diversas especies faunísticas, algunas de las cuales se han extinguido en el pasado reciente (vg. guanaco, venado de las pampas).

Además de la tecnología y de la mano de obra imprescindible para el desarrollo de las tareas relacionadas con la agricultura, las posibilidades de tal producción se encuentran estrechamente vinculadas con la disponibilidad de terrenos sedimentarios y de agua para su irrigación. A estos factores necesarios se suman otros –en especial fenómenos de orden climático– que eventualmente pueden resultar definitivos en el éxito de una cosecha.

En la cuenca del Río San Antonio, los suelos sedimentarios aptos para su laboreo agrícola se localizan, con exclusividad en el sector del valle. Si bien su disponibilidad es constante (con independencia de las consideraciones sobre su agotamiento luego de varias cosechas), constituyen sólo uno de los factores para el desarrollo de las labores agrícolas, las cuales dependen fundamentalmente de agua para el riego. En este sentido, sólo algunos pocos terrenos pueden ser irrigados artificialmente, mientras que el resto depende exclusivamente de las precipitaciones.

Las lluvias se concentran entre septiembre y mediados de marzo y, en condiciones normales, son adecuadas para las demandas productivas; desde mediados de septiembre a diciembre superan a las necesidades de agua y el sobrante se almacena en los suelos. A partir del último mes, éstos están saturados y comienza un período de excesos que se extiende hasta marzo. Terminado este período, la evapotranspiración es superior a las precipitaciones, pero no se llega al déficit pues el agua que falta es suministrada por los suelos que la acumularon durante el período anterior.

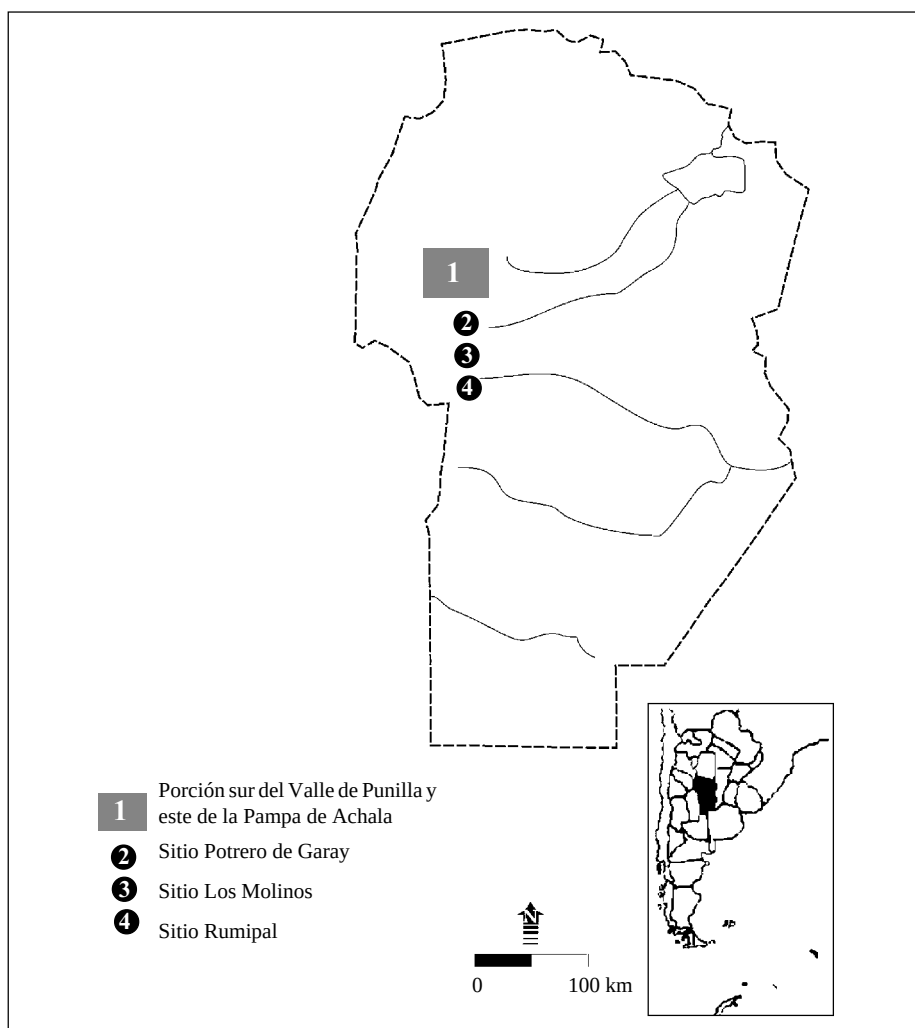


Figura 1. Región investigada y principales sitios incluidos en el texto

Este régimen se caracteriza, sin embargo, por su irregularidad y por las sensibles oscilaciones existentes entre un año y otro, tal como queda evidenciado a partir de los siguientes ejemplos: “en años caracterizados como *muy secos* las precipitaciones alcanzaron 400 mm en 1937 y 1938; 493 mm en 1946; 491 en 1950; mientras que el aporte de *épocas lluviosas* alcanzaron 904 mm en 1931; 863 mm en 1943; 937 mm en 1956 y 747 en 1960” (Terzaga 1963) y, finalmente, “1000 mm en 1904 y 1919” (Capitanelli 1979).

De acuerdo a estos datos se observa que un factor crítico como es el de las precipitaciones presenta un elevado nivel de variación que lo convierte en poco predecible, y resta seguridad a la producción agrícola.

Si bien los datos anteriores se refieren a este último siglo, el registro de las condiciones climáticas para la región durante los primeros 46 años de asentamiento español –entre 1574 y 1620– (Piana 1992) demuestra también una importante variabilidad interanual. Tan así es que las variaciones en el nivel de precipitaciones anuales determinaron que, sobre el total de los años considerados, el 17,5 % fueran afectados por sequías mientras que las inundaciones afectaron al 13 % (Cuadro 1).

Cuadro 1. Informaciones sobre riesgos de recursos agrícolas para la jurisdicción de Córdoba (Tomado de J. Piana, 1992:364)

AÑO	Sequías	Inundaciones	Plagas	Epidemias	Hambrunas
1574			X		
1575-1581					
1582			X		
1583	X		X		X
1584	X		X		X
1585	X		X		X
1586	X		X		X
1587				X	
1588					X
1589	X				
1590				X	X
1591				X	X
1592				X	
1593-1602					
1603		X			
1604-1606					
1607	X		X		
1608					
1609		X		X	
1610		X		X	
1611		X			
1612-1615					
1616		X			
1617	X				X
1618					
1619	X	X			X
1620					

La información procedente de fuentes etnohistóricas destaca, además, la incidencia de otros fenómenos naturales que también afectaban y en muchos casos determinaban la suerte de los cultivos. Por ejemplo “en 1616 el Cabildo propone organizar festejos para el día de San Pedro Mártir, por ser abogado de truenos, rayos y tempestades, ya que *“todos los años en muchas partes de los términos de esta ciudad cae piedra granizo y rayos y otras tempestades”* (Piana 1992:29-30)

Las plagas de diversos insectos herbívoros constituían otra amenaza constante para la producción agrícola. Así “en 1586, el cabildo de Córdoba decide designar –por sorteo–, un santo que proteja a la ciudad y su jurisdicción de la plaga de langosta que desde cinco años atrás la viene castigando. La elección recae en San Tiburcio y San Valeriano. Unos años antes en 1574, otro tanto había ocurrido con una plaga de gusanos en las chacras de la ciudad; en esa oportunidad, fue Santa Olalla la encargada de combatirla” (Piana 1992:30).

Mientras los españoles se resguardaban en la fe para poner freno al mal cometido por los insectos, los aborígenes echaban mano a otro tipo de soluciones ya que, según Bernabé Cobo (1956:339) *“Los de la provincia de Tucumán se vengán del daño que suelen recibir de las langostas, cogiendo cuantas pueden y hinchendo dellas después de secas las trojes que tenían preparadas para las semillas de que los defraudaron estas bestezuelas, y dellas van comiendo entre año”*.

Agua de más, agua de menos, gusanos, heladas, granizos y langostas. Si se considera el abanico de factores que inciden en el éxito de una cosecha puede concluirse que, dado el nivel

tecnológico disponible, la actividad agrícola y los recursos que de ella se derivan presentaban un bajo nivel de predictibilidad, tanto para los pueblos aborígenes como para los primeros españoles afincados en la región.

Resulta interesante destacar que una tercera parte de los 46 años transcurridos entre 1574 y 1620 sufrió alguno de estos perjuicios y que la ocurrencia de tales fenómenos se correlacionó con las hambrunas que afectaron a la población cordobesa de aquellos años.

Ante una situación como la reseñada, las comunidades formativas de la región debieron implementar diversas estrategias a fin de responder a las presiones derivadas de la variabilidad ambiental y mantener un estado de equilibrio alimenticio, con independencia de las fluctuaciones anuales del rendimiento agrícola.

En este sentido, la literatura arqueológica de los últimos años ha analizado en detalle diferentes estrategias adoptadas por sociedades agropastoriles no jerárquicas ante situaciones de crisis económica. Estos casos nos permiten indagar acerca de las decisiones tomadas por las comunidades serranas prehispánicas a fin de afrontar el riesgo productivo. Tales estrategias son, ciertamente, muy variables y pueden involucrar una amplia gama de soluciones, que fluctúan desde la ingesta de alimentos no apetecidos en tiempos de abundancia hasta cambios en la distribución y tamaño de la población, así como en la organización productiva o en la interacción social. Entre ellas pueden mencionarse: 1) la diversificación en las actividades económicas (O'Shea 1989); 2) el incremento de la capacidad de sustentación, mediante innovaciones de carácter tecnológico (Browman 1994); 3) el uso de patrones de asentamiento flexibles que evitan el riesgo (Forbes 1989; Browman 1994); 4) el desarrollo de nuevas tecnologías que permitan maximizar el rendimiento y la capacidad de almacenamiento de los recursos (Browman 1994); y 5) el establecimiento de redes sociales a escala regional que faciliten el intercambio de información y recursos (Rautman 1993).

Si bien tales mecanismos de amortiguamiento no operan aisladamente, ya que se manifiestan en diversos planos superpuestos (v.g. actividades rituales, económicas, tecnológicas) y en diferentes escalas –tanto sociales como territoriales– en esta oportunidad centraremos nuestra atención en dos estrategias implementadas por las comunidades serranas. Aunque éstas no agotan la variedad de prácticas posibles, permiten comprender algunas de sus características tecnológicas, de asentamiento y movilidad en términos de decisiones adoptadas ante las situaciones reales que enfrentaron.

A continuación analizaremos ambas estrategias y luego discutiremos sus implicancias en el tipo y alcance de los traslados efectuados por los miembros de las comunidades agroalfareras.

AMPLIACIÓN DE LA DIETA

La ampliación de la base de subsistencia constituye una de las prácticas más simples y generalizadas destinadas a amortiguar tanto los efectos de las diferencias en la disponibilidad estacional de recursos como las consecuencias de crisis medioambientales severas.

Con respecto a los frutos para la recolección disponibles en el área de estudio –chañar (*Geoffroea decorticans*), molle de beber (*Lithraea ternifolia*), algarrobo blanco (*Prosopis alba*) y algarrobo negro (*Prosopis nigra*), entre otros– su distribución no es homogénea, sino que se concentran en el sector del valle y están disponibles para su recolección sólo durante unas cuatro o cinco semanas entre febrero y marzo. No obstante se trata de un recurso claramente estacional, y por ende contingente (sensu Colwell 1974, citado en Bousman 1993), su predictibilidad es alta y se incrementa en años secos (D'antoni 1975) cuando las cosechas corren el riesgo de fracasar.

Las fuentes documentales ofrecen numerosos testimonios acerca de la abundancia y valor de tales recursos, especialmente la algarroba, en la economía de los grupos prehispánicos. En este sentido Tristán de Tejeda afirma, en 1592, que sus indios "...cogen todos los años su algarroba en el propio balle donde tienen sus algarrobales..." (Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba, escr. 11, leg.4, exp; citado en Piana 1992:48), mientras que en 1611 el Padre Diego de Torres se refiere

a los aborígenes de Córdoba y expresa que “...*con ser tiempo de algarroba y coger mucha...*” (Bixio y Berberían 1984:23).

Con respecto a las posibilidades de la caza, el valle fue hábitat de especies como la perdiz (*Nothoprocta pentlandi*), el pecarí (*Pecarí tajacu*), la corzuela (*Mazama guazoubira*), la mara (*Dolichotis patagonum*), la vizcacha (*Lagostomus maximus*); mientras que la pampa albergó perdices, zorros, maras, pumas (*Puma concolor*), vizcachas, venados de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus*), ñandúes (*Rhea americana*) y guanacos (*Lama guanicoe*) (Bucher y Avalos 1979).

La información etnohistórica ofrece testimonios acerca de la importancia de la caza en las estrategias de subsistencia de las comunidades aborígenes de la región, por ejemplo cuando Ocaña expresa:

“...*mucha caza de avestruces, de quirquinchos, que son como puercos pequeños y algunos guanacos y liebres y muchas perdices y francolines pero diferentes de los de España en color y en lo demás, que son como gallinas*” (1599:130, citado en Bixio y Berberían 1984:22)

Por su parte, Sotelo de Narváez refiere, en el año 1582, que: “... *es tierra de gran caza de guanacos, liebres, venados y ciervos...*” (Bixio y Berberían 1984:22).

Desde el punto de vista arqueológico, resulta cada vez más evidente la importancia de los productos derivados de la caza en la dieta de los grupos formativos. Existen tres líneas de evidencia que aportan datos significativos al respecto. Por una parte, la estructura regional de sitios refleja la existencia de asentamientos localizados en las pampas de altura, cuyo registro indica su utilización en el marco de ocupaciones breves y recurrentes vinculadas con las actividades de caza (Roldán 1999; Rivero 2001). En segundo término, el análisis de las armas empleadas para tales propósitos indica que fueron diseñadas como parte de sistemas versátiles (sensu Nelson 1991) y mantenibles (sensu Bleed 1986), destinados a la captura de una gran variedad de especies (Pastor et al 1999). Por último, los estudios arqueofaunísticos revelan el consumo regular de animales silvestres –tanto de especies de alto retorno, como guanacos y ciervos, cuanto de pequeños vertebrados, que aparecen representados en proporciones importantes en los sitios estudiados (Medina 2001).

La captura de esta gran diversidad de presas, propias de distintos ambientes, supone la existencia de estrategias de caza específicas para los diferentes contextos en los que se desarrolló (Nelson 1997). En este sentido, en los sectores de altura las actividades de caza se implementaron en base a una estrategia de interceptación (sensu Binford 1980), que es la más apropiada para la captura de animales gregarios de porte mediano y grande. Por otro lado, la zona deprimida de las sierras constituyó el hábitat de especies de tamaño mediano a pequeño y cuyos hábitos solitarios –v.g. corzuela– convierten a la estrategia de caza por encuentro (sensu Binford 1980) en la más adecuada.

Este énfasis en la actividad cazadora, que implicó la aceptación de los altos costos que conllevan, por ejemplo, las excursiones logísticas hasta las pampas de altura (distantes a más de 20 km de los asentamientos residenciales emplazados por debajo de los 900 m.s.n.m) debe explicarse en el marco de una estrategia adversa al riesgo (Winterhalder y Goland 1997), que admite una pérdida en la eficiencia y privilegia la seguridad que proporcionan las tácticas destinadas a disminuir los efectos de la variabilidad azarosa en la adquisición de los recursos destinados a la subsistencia.

Finalmente, el consumo de animales domesticados puede haber constituido una alternativa para afrontar épocas de escasez. Si bien el estudio de las prácticas pastoriles de los grupos serranos agroalfareros está en sus inicios (Roldán 1997), es interesante destacar que hemos identificado la presencia de asentamientos residenciales de ocupación permanente o semipermanente en los sectores superiores de la cuenca (i.e. en la porción inferior Pampa de Achala), cuyas evidencias iniciales indican su vinculación con el pastoreo de animales.

A diferencia de la ambigüedad de los datos arqueológicos actualmente disponibles, las fuentes etnohistóricas dejan bien asentado el desarrollo de actividades pastoriles en la región serrana:

“...Crían mucho ganado de la tierra y danse por ello por las lanas de que se aprovechan...”
(Levillier 1930:318, citado en Bixio y Berberían 1984:22).

“...tienen algunas ovejas tan grandes como las del Perú tienen la lana tan grande que llega al suelo...” (Levillier 1930:277, citado en Bixio y Berberían 1984:22)

Resulta particularmente importante corroborar arqueológicamente el desarrollo de actividades pastoriles, así como sus características; en especial si se tiene en cuenta que, según algunos investigadores, los animales domésticos representan una vía muy efectiva para la diversificación de los sistemas agrícolas de pequeña escala, puesto que la combinación de agricultura y ganadería disminuye la presión sobre los recursos locales secundarios, permitiendo que los alimentos silvestres no sean consumidos sino como “alimentos de emergencia” (O’Shea 1989).

Dada la situación esbozada anteriormente con respecto a las debilidades inherentes a la agricultura en la región y atendiendo a las evidencias arqueológicas y etnohistóricas disponibles, puede sostenerse que las fuentes alimenticias tradicionalmente consideradas alternativas o complementarias debieron jugar un rol vital en la composición de la dieta de las comunidades productoras de alimentos, hasta llegar a constituirse en algunos años en supletorias de los recursos agrícolas.

En casos de varios años consecutivos de malas cosechas –como los que se dieron entre 1583 y 1586, que fueron afectados por sequías y plagas– la ampliación de la dieta podría haber alcanzado tales proporciones, que habría incluido el consumo de alimentos totalmente inapetecidos, como la ingesta de langostas a la que hacía referencia Bernabé Cobo. Se trataría de la puesta en acción de *mecanismos de emergencia*, que según Forbes (1989) aparecen cuando la severidad de la crisis es de tal magnitud –ya sea por su alcance temporal y/o espacial– que los mecanismos de defensa de nivel inferior –como la caza y recolección o el consumo de los productos almacenados– no resultan eficientes para sortear la dificultad.

Respecto al modo en que las tareas relacionadas con la caza y la recolección se integraron dentro del conjunto de actividades económicas desarrolladas por los grupos productores, es útil recordar la distinción que realiza O’Shea (1989) entre *sistemas agrícolas regulares*, que comprenden aquellas adaptaciones en las que todos los años se da la agricultura y la depredación de recursos silvestres, y *sistemas agrícolas episódicos*, en los que la caza y/o recolección varía de intensidad de año a año, de acuerdo al éxito real de la cosecha.

En el caso de la recolección de productos vegetales, el algarrobo cubre los requisitos básicos imprescindibles para amortiguar un sistema agrícola de subsistencia (O’Shea 1989), esto es: se obtiene en parches densos y es pasible de una cosecha intensiva; tiene gran potencial de almacenamiento; exhibe un patrón de variabilidad interanual independiente de la producción agrícola y un patrón de disponibilidad estacional compatible con tal ciclo productivo. Atendiendo a la calidad nutritiva de esos frutos y a sus posibilidades de almacenamiento, así como a la importancia que los documentos etnohistóricos le asignan a su recolección, consideramos que su explotación debió ser *regular*.

La integración de las tareas asociadas con la caza dentro del cronograma general de actividades económicas resulta más difícil de estimar. La captura de animales en las proximidades de las viviendas, en el sector del valle, estuvo reducida a las especies faunísticas menores –como queda evidenciado por las numerosas puntas de proyectil apropiadas para tal fin (i.e tipo 1 sensu Pastor *et al.* 1999) recuperadas en los asentamientos residenciales– de acuerdo a una estrategia oportunista y basada en el encuentro (Binford 1980), por lo que su explotación también habría sido regular.

El aporte más importante de proteínas, sin embargo, fue proporcionado por las actividades de caza desarrolladas en los sectores elevados de las pampas de altura, donde se han identificado más de cuarenta asentamientos vinculados con esta explotación –i.e. centros de operaciones y puestos de observación (Roldán 1999). La cacería en este ambiente, por el contrario, sería planificada y basada en una estrategia de interceptación y acecho. Las distancias implicadas en estas últimas capturas variaron entre 20 y 40 km en un terreno marcadamente accidentado, por lo que los costos de los traslados fueron altos, de allí que el énfasis en la caza en este ambiente podría haber sido menor en los años de buen rendimiento agrícola y más acentuado en los años críticos, por lo que podría tratarse de una explotación de carácter *episódico*.

Tanto en lo referente a la explotación de recursos faunísticos a larga distancia, como en lo atinente a otros mecanismos de amortiguamiento del riesgo, las estrategias desarrolladas siempre resultan de un delicado balance entre consideraciones opuestas de *eficiencia y de seguridad* (Forbes 1989). Algunas prácticas pueden sacrificar la eficiencia y no estar dirigidas a obtener una maximización de beneficios, sino que tienden a una búsqueda de seguridad, aún a expensas de ciertos costos. Este “trade-off” también es observable en las estrategias de manejo de la tierra, a la que nos referiremos en la siguiente sección.

MANEJO DE LOS TERRENOS CULTIVABLES

Tal como lo hemos esbozado anteriormente, consideramos que la situación reseñada con respecto a la agricultura exigió la implementación de respuestas no sólo fuera del sistema de producción agrícola –i.e. diversificación de la dieta– sino que además se implementaron estrategias tendientes a minimizar los riesgos dentro de las mismas prácticas productivas. Si bien el rango de estrategias posibles es amplio, incluyendo, por ejemplo, el cultivo de diferentes especies en una misma parcela, la cosecha antes de la maduración completa de los cultivos, la siembra de un producto por encima de las necesidades promedio y la fragmentación de la tierra; en esta oportunidad nos referiremos exclusivamente a la última de las estrategias mencionadas. El énfasis en el análisis de la administración de los terrenos cultivables obedece a que, por una parte, se trata de una práctica que tiene consecuencias arqueológicas de mayor visibilidad que otras, y a que tiene directa relación con la movilidad desarrollada por los grupos agroalfareros serranos.

Tipos de emplazamiento y posibilidades de irrigación

El análisis de los tipos de sitio que cumplieron una función residencial/agrícola o eminentemente agrícola es de fundamental importancia. Dentro de nuestra área los asentamientos que corresponden a estas categorías presentan tres tipos de emplazamiento:

- 1) en dilatados terrenos del piedemonte de la Sierra Chica; por ejemplo, El Algarrobal (Marechal 1943), Las Jarillas;
- 2) en fondos de valle de grandes dimensiones que se encuentran circunscriptos por las lomadas que caracterizan el paisaje del valle serrano; v.g. Huaycondo, Las Catitas y
- 3) en reducidos terrenos de no más de 1 ha. localizados en los fondos de valle, así como en las cañadas por donde discurren cursos de agua de carácter secundario.

Los dos primeros tipos de asentamiento corresponden a las aldeas residenciales frecuentemente descriptas en los documentos etnohistóricos y cuyos exponentes arqueológicos son los sitios de Villa Rumipal (González 1943), Los Molinos (Marcellino *et al.* 1967) y Potrero de Garay (Berberían 1984). En este último se exhumaron varias viviendas del tipo casa-pozo dispuestas en

forma semicircular rodeando los terrenos agrícolas y constituye el contexto arqueológico más preciso de este tipo de sitios.

Sin embargo, consideramos que la clave para entender las estrategias destinadas a minimizar el riesgo de fracaso de la producción agrícola reside en los asentamientos considerados en el tercer tipo, es decir, los emplazados en reducidos terrenos sedimentarios cuyas dimensiones no superan la hectárea, aproximadamente.

Una vez más, el factor determinante es el agua o, mejor dicho, las posibilidades de irrigación de los terrenos. Con respecto a esto, hasta el presente no se han identificado trazas arqueológicas de ninguna construcción destinada al riego artificial de los campos de cultivo en las Sierras de Córdoba. Los datos etnohistóricos, por su parte, confirman la ausencia de tal tecnología, al tiempo que ponen de relieve la importancia de las precipitaciones y de las represas naturales para la producción agrícola aborígen.

En este sentido, Piana ofrece numerosos testimonios; por ejemplo cuando “los caciques de Saldán en un pleito del año 1586 [...] deben explicar la posesión de tierras que les pertenecen pero que no cultivan habitualmente, manifiestan que como ellos no tienen regadíos, necesitan buscar chacras en diferentes partes, según “cómo van los años”, para poder recoger comidas” (Piana 1992: 46, en A.H.P.C., escr. 1, leg. 1, exp. 10); o cuando el Padre Alonso de Barzana, en el año 1594 relata que “*cuando no llueve para coger maiz o el rio no sale de madre para poder regar la tierra, pasan sus necesidades con esta algarroba...*” (En Berberían 1987:254).

Desde esta perspectiva, la diferencia fundamental entre los tres tipos de asentamiento arriba comentados no radica en su tamaño sino en la disponibilidad de agua (tanto superficial como en el subsuelo) y en el reparo natural que ofrecen en contra de la radiación solar.

Debido a su ubicación en los sectores superiores de los cursos de agua, la mayoría de los terrenos comprendidos en la categoría tres son los únicos que conservan agua en hoyadas naturales y almacenada en el suelo en años calificados como secos. En virtud de sus condiciones topográficas se da un fenómeno de embalse natural de las aguas¹ entre septiembre y marzo (época de lluvias). A partir de este mes, cuando las precipitaciones disminuyen, estos terrenos ofrecen una ventaja adicional, ya que la radiación solar los afecta menos que a los terrenos más abiertos, de modo que la evapotranspiración es inferior.

Resulta de este modo, que en los años caracterizados por un déficit de precipitaciones, los reducidos terrenos localizados en los fondos de valle y a lo largo de los cañadones constituyen los únicos en la región donde es posible la práctica del cultivo a temporal.

Funcionalidad de los sitios

De acuerdo a la evidencia con que contamos hasta el momento no es posible realizar finas discriminaciones sobre la funcionalidad de los asentamientos incluidos en los emplazamientos tipo tres. En algunos casos se trata de ocupaciones en abrigos rocosos –v.g. El Fantasio (Nielsen y Roldán 1991), La Vertiente 2, La Quinta, Los Sauces– mientras que otros corresponden a sitios al aire libre –v.g. La Vertiente 1.

Los resultados de las excavaciones en dos sitios en abrigos rocosos –i.e. El Fantasio y La Quinta– indican que constituyeron espacios residenciales (Nielsen y Roldán 1991; Roldán y Pastor 1999); sin embargo no puede extenderse, sin más, tal asignación funcional al resto de los asentamientos que comparten este tipo de emplazamiento.

En la mayor parte de los casos, a partir de la evidencia superficial, no es posible identificar si se trata de viviendas aisladas asociadas a sus campos o de puestos de cultivo (por ejemplo, Kholer 1992). La diferencia fundamental, en este último caso, radicaría en la cantidad y variedad de actividades efectuadas –además de la práctica agrícola– y en la duración de la ocupación.

La posibilidad de que estos asentamientos constituyan puestos transitorios vinculados con la producción agrícola es corroborada por las fuentes etnohistóricas, que indican la existencia de campos de cultivo disociados de las áreas residenciales: “... *bio en la dicha cañada habrá quatro años pocos más o menos cinco o seis chacaras de los dichos yndios*” (A.H.P.C. Escr. 1, leg.11, exp. 7, citado en Bixio y Berberían 1984).

En este sentido, en las sociedades agropastoriles actuales es usual la utilización de algún tipo de construcción, ya sea destinada al depósito de los implementos agrícolas o para el refugio de las personas involucradas en tales labores, en áreas esencialmente productivas (Brush 1975; Hard y Williams 1992; Graham 1993).

No obstante los interrogantes abiertos, a los efectos de esta discusión, basta con destacar la identificación de este tipo de sitios, emplazados en superficies de reducidas dimensiones y cuya característica fundamental radica en que, en condiciones de sequía regional, son los principales reservorios de agua tanto a nivel superficial como en el subsuelo.

Las comunidades formativas desarrollaron, entonces, una explotación extensiva de los suelos aptos para la producción mediante una estrategia centrífuga en el emplazamiento de sus terrenos de cultivo.

Esta práctica se explica en primer término, porque la existencia de numerosas chacras dispersas en el territorio puede ser una vía para sortear exitosamente eventualidades como una plaga de langostas o una tormenta de granizo cuyas acciones son localizadas y circunscriptas, de modo que pueden dañar a un terreno agrícola y no afectar, sin embargo, a la chacra vecina.

En segundo lugar, una estrategia de dispersión de los campos de cultivo que incluya el aprovechamiento de los reducidos terrenos circundantes a las aguadas que se forman en los espacios entre lomadas, permite aprovechar los suelos que, en caso de sequías, todavía cuentan con agua permanente durante todo el ciclo anual.

Al igual que la ampliación de la base alimenticia, la fragmentación de las tierras cultivadas constituye una de las prácticas más generalizadas en las economías de subsistencia para amortiguar los efectos de la variabilidad interanual de los factores que inciden en la producción agrícola.

La dispersión de chacras pequeñas que, en algunos casos, se encuentran a distancias considerables de los espacios residenciales incrementa los costos de traslado entre asentamiento aldeano/asentamiento agrícola (Kholer, 1992) y consecuentemente, aumenta los costos de la producción, aunque minimiza sus riesgos de fracaso ya que la diversificación de los campos asegura que las unidades productivas exploten parcelas con un amplio rango de tolerancias y susceptibilidades a diferentes condiciones (Forbes 1989; O’Shea 1989).

Al igual que en el caso de los costos implicados en las cacerías a largas distancias analizadas en la sección anterior, la fragmentación de las tierras también parece ser el resultado de una búsqueda de seguridad, aún a expensas de una pérdida de eficiencia.

CONCLUSIONES

Uno de los corolarios más importantes del examen de las estrategias de amortiguamiento del riesgo implementadas por las comunidades formativas serranas es que implicaron, necesariamente, un alto grado de movilidad así como el establecimiento de diferentes tipos de asentamientos en los distintos sectores ambientales de la región (Berberían y Roldán 2001).

Se observa un fuerte impulso centrado en los *asentamientos aldeanos*, ubicados en el valle, a lo largo de dos circuitos que están claramente evidenciados en el patrón regional de localización de sitios.

El circuito mayor incluyó el traslado de grupos reducidos de personas hacia las Sierras Grandes donde era posible la caza de animales como el guanaco y el ciervo. En su desplazamiento,

las partidas de cazadores utilizaron recurrentemente los refugios naturales ubicados en los sectores ecotonales entre el Valle y las Pampas de Altura –donde es imposible la agricultura por falta de terrenos adecuados y no es practicable la caza de los animales mayores con altos retornos (Speth y Scott 1989)– para pernoctar y consumir alimentos (*puestos de descanso*). En este sentido, debe destacarse que el traslado desde el Valle hacia las Pampas de Altura demanda tres jornadas de marcha sostenida; mientras que el camino inverso puede realizarse en dos jornadas, aunque el transporte de las piezas de caza puede demorar el ritmo.

Una vez alcanzadas las Pampas de Altura, las partidas de cazadores utilizaron los refugios rocosos más confortables y próximos al agua como *centros de operaciones* –lugares donde pernoctaron, repararon las armas, consumieron alimentos y realizaron el procesamiento primario de las presas (i.e. descuartizamiento y preparación de unidades para su transporte). Desde estos *centros de operaciones* se efectuaron desplazamientos menores hacia las cabeceras de quebrada donde emplazaron *puestos de observación* para el control de los animales en los sitios de mejor visibilidad (Roldán 1999; Rivero 2001).

Dentro de este circuito que articuló los sectores deprimidos con los sectores superiores de las Sierras Grandes se integraron, también, los traslados resultantes del manejo de los rebaños. Esta actividad económica implicó el establecimiento de sitios multipropósito de uso prolongado (por ej. Puesto Maldonado 3) en las Pampas de Altura que fueron usados como vivienda por las personas a cargo de los animales. En el marco de esta actividad, necesariamente, debieron desarrollarse otros movimientos ya sea estacionales –asociados con la administración de las pasturas a lo largo del ciclo anual y que resultan en la utilización de bases estacionales o transitorias (Kuznar 1990; Yacobaccio *et al.* 1998)–, o diarios –que se inscriben dentro de las actividades de pastoreo cotidianas (Flores Ochoa 1975; Yacobaccio *et al.* 1998). Tal como plantea Yacobaccio *et al.* 1998, estos últimos lugares son usados para diversas actividades y generan un registro arqueológico de muy baja visibilidad.

El circuito menor de movilidad incluyó traslados desde las *aldeas* hacia otros sectores dentro del valle donde se localizaron las parcelas de cultivo (*asentamientos aislados-agrícolas*) discutidas en la sección precedente. Este último circuito ha incluido también los traslados hacia los espacios de recolección y de caza menor. Tales actividades de explotación no han debido generar sitios específicos o si los han generado deben tener una visibilidad arqueológica muy baja ya que los asentamientos residenciales se encuentran próximos a esos espacios y no debió ser necesario el establecimiento de puestos transitorios vinculados a tales tareas extractivas (Roldán 1997, 1999).

En este trabajo sólo hemos analizado algunos aspectos relacionados con la movilidad de los grupos productores y sus prácticas destinadas a amortiguar el riesgo agrícola. Ciertamente los movimientos no son reductibles a tales mecanismos, ni estos últimos se limitan a la ampliación de la dieta y a la diversificación de los campos de cultivo, sin embargo existen fuertes vínculos entre estos elementos. Tan así es que otras respuestas a la variabilidad temporal, que no hemos considerado en esta oportunidad, han debido afectar todavía más la naturaleza y magnitud de los movimientos realizados por los grupos productores. Un ejemplo de ello habría consistido en el traslado temporal o permanente de las residencias mismas a lugares más favorables ante crisis de extrema severidad. Una vez más, la información etnohistórica aporta datos que confirman esta práctica, como cuando, en 1593, Antonio Suarez Mejía relata que:

“uvo ziertos anhos de muy gran zeca y los dichos caziques del pueblo de Maya se dividieron buscando agua; unos a una parte y otros a otra para escapar en vida... se fueron poco mas de una legoa a una agua que hestá entre unas penhas los quales son el cazique Abancolo y el cazique Nonguto y el cazique Cantalopina...” (Piana 1992:49)

Para finalizar, nos interesa puntualizar dos cuestiones acerca de las tácticas implementadas por los grupos productores. Por una parte, parece evidente que una condición necesaria para la

existencia de tales prácticas ha radicado en una conducta, económica en particular, y social en general, altamente flexible que permitió una adaptación a variadas alternativas ambientales y subsistenciales. Al igual que en lo referido a las estrategias, tal flexibilidad se manifiesta en diferentes planos y escalas: en la composición de la base de subsistencia; en la intensidad del procesamiento; en una tecnología lítica versátil; en la explotación de distintos paisajes; en el empleo de sitios funcionalmente diferentes; en la cantidad y alcance de los traslados, entre otros. Tal como señala Jochim (1991), la variabilidad es la manifestación arqueológica de la flexibilidad conductual y precisa de un abordaje arqueológico atento a ella, puesto que el registro derivado de tales prácticas, lejos de reflejar un único patrón, es el producto de una sumatoria de tácticas que han variado en función de condiciones cambiantes.

Por último, creemos que las consecuencias de tal flexibilidad en los objetivos, amplitud y número de personas involucradas en los movimientos de los grupos productores permiten una reconsideración del concepto de sedentarismo en el marco de las sociedades serranas productoras de alimentos. En este sentido resulta de especial interés la afirmación de Kelly (1992) acerca de la necesidad de deconstruir los conceptos de nomadismo y sedentarismo, elaborando acercamientos más útiles que una simple polarización de sociedades depredadoras nómades vs. productoras sedentarias. Tal como puede observarse, la amplitud de los movimientos desarrollados por los grupos en estudio –o por algunos de sus miembros– cuestiona tal dicotomía, al tiempo que permite comprenderlos en el marco de estrategias más amplias.

Recibido: mayo 2003.

Aceptado: marzo 2004.

NOTAS

- ¹ Estos espacios se localizan en el piedemonte occidental de la Sierra Chica y pueden ser irrigados mediante el desvío de canales desde cursos de agua tributarios del Río San Antonio.
- ² Este fenómeno natural tiene por resultado un tipo de sistema de irrigación semejante al de los “campos hundidos” o “cochas” (ver Guillet, 1986).

BIBLIOGRAFÍA

Berberián, E.

1984. Potrero de Garay: una entidad sociocultural tardía en la región serrana de la Provincia de Córdoba (Rep. Argentina). *Comechingonia* 4:71-138.

1987. *Crónicas del Tucumán. Siglo XVI*. Ed. Comechingonia. Córdoba

1999. Las Sierras Centrales. Apartado de la *Nueva Historia de la Nación Argentina*. T.I Primera Parte: I El territorio y la población aborígen. Academia Nacional de la Historia. Ed. Planeta. Buenos Aires.

Berberián, E. y F. Roldán

2001. Arqueología de las Sierras Centrales. En: Berberián, E. y A. Nielsen (eds.) *Historia Argentina Prehispánica*, tomo II:635-692. Ed. Brujas. Córdoba.

Binford, L.

1980. Willow smoke and dog tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation. *American Antiquity*, 45(1):4-20.

Bixio, B. y E. Berberián

1984. Etnohistoria de la región de Potrero de Garay (Pcia. de Córdoba- Rep. Argentina). *Comechingonia* 3:11-46.

- Bleed, P.
1986. The optimal design of hunting weapons: maintainability or reliability. *American Antiquity* 51(4): 737-747.
- Boussman, C.
1993. Hunter-gatherer adaptation, economic risk and tool design. *Lithic Technology* 18 (1-2): 59-86.
- Browman, D.
1994. Información y manejo del riesgo de los fleteros de llamas en los Andes Centro-Sur. *Zooarqueología de Camélidos* 1:23-41. Grupo Zooarqueología de Camélidos. Buenos Aires.
- Brush, S.
1975. Parentesco y agricultura en un pueblo andino peruano. *América Indígena* Vol. XXXV (2):367-389.
- Bucher, E. y J. Avalos
1979. Fauna. En: Vázquez, J.: R. Miatello y M. Roqué (eds.) *Geografía Física de la provincia de Córdoba*, pp. 369-434. Ed. Boldt. Buenos Aires.
- Capitanelli, R.
1979. Clima. En: Vázquez, J., R. Miatello y M. Roqué (eds.) *Geografía Física de la provincia de Córdoba*. pp. 45-138. Ed. Boldt, Córdoba
- Colwell, R.
1974. Predictability, constancy, and contingency of periodic phenomena. *Ecology* 55:1148- 1153.
- D'Antoni, H.
1975. Introducción al estudio etnobotánico del algarrobo. *Actas del Primer Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Rosario. 1970.
- González, A.
1943. Arqueología del yacimiento indígena de Villa Rumipal (Prov.de Córdoba). *Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera"*, IV. Córdoba.
- Flores Ochoa, J.
1975. Sociedad y cultura en la puna alta de los Andes. *América Indígena*, Vol. XXXV (2):297-319.
- Forbes, H.
1989. Of grandfathers and grand theories: the hierarchised ordering of responses to hazard in a Greek rural community. En Halstead, P y J. O'Shea (eds.), *Bad year economics: cultural responses to risk and uncertainty*. Cambridge University Press.
- González, A.
1943. Arqueología del yacimiento indígena de Villa Rumipal (Prov. de Córdoba). *Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera"*, IV. Córdoba.
- Graham, M.
1993. Settlement organization and residential variability among Raramuri. En Cameron, C. y S. Tomka (eds), *Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Pp. 54-73. Cambridge University Press.
- Guillet, D.
1986. Paleotecnologías hidráulicas en el altiplano peruano y su potencial económico. *América Indígena*, XLVI (2): 331-355.
- Halstead, P y J. O'Shea
1989. Introduction: cultural responses to risk and uncertainty. En Halstead, P y J. O'Shea (eds.), *Bad year economics: cultural responses to risk and uncertainty*, pp.1-8. Cambridge University Press.

Hard, R. y M. Williams

1992. Mobile agriculturalists and the emergence of sedentism perspectives from Northern Mexico. *American Anthropologist* 94 (3):601-620.

Jochim, M.

1991: Archaeology as long-term ethnography. *American Anthropologist*. Vol 93 (2):308-321.

Kelly, R.

1992. Mobility/Sedentism: concepts, archaeological measures and effects. *Annual Review of Anthropology*, 21:43-66.

Kholer, T.

1992. Field houses, villages, and the tragedy of the commons in the early northern Anasazy southwest. *American Antiquity* 57 (4):617-635.

Kuznar, L.

1990. Pastoralismo temprano en la Sierra Alta del Departamento de Moquegua, Perú. *Chungara*, 24/ 25:53-68.

Marcellino, A.; E. Berberían y J.A. Pérez

1967. El yacimiento arqueológico de Los Molinos (Dpto. de Calamuchita, Córdoba). *Publicaciones del Instituto de Antropología*. XXVI. Córdoba.

Marechal, A.

1943. Arqueología indígena del Río San Roque. *Actas del Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro*, tomo I:204-228. Córdoba.

Medina, M.

2001. La amplitud máxima de la dieta en contextos formativos tardíos del sector central de Sierras Centrales. En Caggiano, M (ed.), *Milenio*, 97-100. Chivilcoy (Buenos Aires).

Minc, L y K. Smith

1989. The spirit of survival: cultural responses to resource variability in North Alaska. En Halstead, P y J. O'Shea (eds.), *Bad year economics: cultural responses to risk and uncertainty*. pp. 8-39. Cambridge University Press.

Nelson, M.

1991. The study of technological organization. En Schiffer, M. (ed) *Archaeological Method and Theory*, 3: 57-100. University of Arizona Press. Tucson.

1997. Projectile points: form, function and design. En Knech, H. (ed.) *Projectile Technology*, pp. 371- 384. Plenum Press. New York.

Nielsen A. y F. Roldán

1991. Asentamientos satélites y asentamientos agrícolas permanentes: el caso "El Fantasio" (Dpto. Punilla, Córdoba). *Comechingonia* 7:65-75.

O'Shea, J.

1989. The role of wild resources in small-scale agricultural systems: tales from the Lakes and the Plains. En Halstead, P y J. O'Shea (eds.), *Bad year economics: cultural responses to risk and uncertainty*. pp. 57-67. Cambridge University Press.

Pastor, S. y M. Medina

2003. Osteometría de camélidos en sitios tardíos de las Sierras de Córdoba (Argentina). Primeras evidencias sobre la presencia de Lama glama. Trabajo presentado en el *III Taller Internacional de Zooarqueología de Camélidos Sudamericanos*. Tilcara (Jujuy).

Pastor, S.; E. Pautassi y D. Rivero

1999. Los sistemas de armas de las comunidades agroalfareras de Córdoba: una aproximación arqueológica y experimental. Ponencia presentada en el *XIII Congreso Nacional de Arqueología*. Córdoba, 4 al 8 de Octubre.

Piana, J.

1992. *Los Indígenas del Córdoba bajo el Régimen Colonial (1570-1620)*. Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.

Rautman, A.

1993. Resource variability, risk, and the structure of social networks: an example from the prehistoric southwest. *American Antiquity*, 58 (3):403-424.

Rivero, D.

2001. *Movilidad logística y sitios de ocupación breve en comunidades formativas prehispánicas de las Sierras de Córdoba*. Tesis de Licenciatura. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba. Ms.

Roldán, F

1997. *Dinámica ocupacional prehispánica en la región serrana de la Provincia de Córdoba durante la Etapa Agroalfarera*. Informe presentado al CONICOR. Córdoba. Ms.

1999. *El proceso de desarrollo del modo de vida productor en el sector serrano de la Provincia de Córdoba*. Informe presentado al CONICOR. Córdoba. Ms.

Roldán F. y S. Pastor

1999. Variabilidad ocupacional en los abrigos rocosos del Sur del Valle de Punilla (Provincia de Córdoba). *Actas de las Segundas Jornadas de investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro-Oeste del país*: 59-69. Río Cuarto.

Speth, J. y S. Scott

1989. Horticulture and large-mammal hunting: the role of resource depletion and the constraints of time and labor. En Kent S. (de.), *Farmers as hunters: the implications of sedentism*. Cambridge University Press.

Terzaga, A.

1963. Geografía de Córdoba. Editorial Assandri. Córdoba.

Winterhalder, B. y C. Goland

1997. An Evolutionary Ecology perspective on diet choice, risk and plant domestication. En Gremillion, K. (ed.), *Peoples, plants and landscapes*. Studies in paleoethnobotany, pp. 123-160. The University of Alabama Press. Tuscaloosa and London.

Yacobaccio, H.; C. Madero y M. Malmierca

1998. *Etnoarqueología de Pastores Surandinos*. Grupo de Zooarqueología de Camélidos. Buenos Aires.

**AVANCES EN LOS ESTUDIOS ZOOARQUEOLÓGICOS DEL SITIO
ESCOBERÍA, EN LA MANZANA DE SANTO DOMINGO,
CIUDAD DE MENDOZA⁺**

Jorge García Llorca^(*)

RESUMEN

Se presentan en este artículo estudios realizados sobre parte de los materiales arqueofaunísticos del sitio Escobería. El análisis se efectúa teniendo en cuenta aspectos teóricos y metodológicos propios de la disciplina. Los conjuntos óseos depositados corresponden en su mayoría al periodo colonial e independiente, siendo nuestra hipótesis para este momento que ese espacio abierto sirvió, como recolector de residuos y descarte de basura, dentro de la manzana correspondiente al Convento de Santo Domingo. Los niveles más profundos se relacionan con contextos arqueológicos indígenas. Se examinan algunos aspectos de la problemática tafonómica que caracteriza los sitios urbanos, en particular la meteorización como indicador del tiempo de depositación y el tiempo de permanencia en superficie de los restos óseos depositados en un ambiente particular. Los sondeos aquí analizados son parte de un muestreo del sitio arqueológico subyacente.

Palabras clave: Arqueología histórica. Cuyo. Zooarqueología. Sitios urbanos.

ABSTRACT

In this paper studies of a portion of the archaeofaunistic collection from the Escoberia site are presented. The analysis takes into account theoretical and methodological issues pertaining to the discipline. The bone assemblages mainly correspond to the historic period during both colonial and independent times. Our hypothesis is that this open space in the square of Santo Domingo Convent was used as a discard area. The deepest levels are related to indigenous

⁺ Investigaciones realizadas dentro de los Proyectos: "Arqueología e Historia Urbana: Investigaciones en la ciudad y conurbano mendocino" (ANPCYT N° 00308) y "Arqueología e Historia Urbana: investigación, rescate, conservación y valorización del patrimonio cultural en el predio del Convento e Iglesia de Santo Domingo en Mendoza" (Secyt-UNCuyo), ambos dirigidos por J. R. Bárcena .

^{*} Unidad de Antropología (INCIHUSA-CRICYT); Instituto de Arqueología y Etnología (Fac. Fil. y Letras-UNCuyo). Mendoza. Argentina

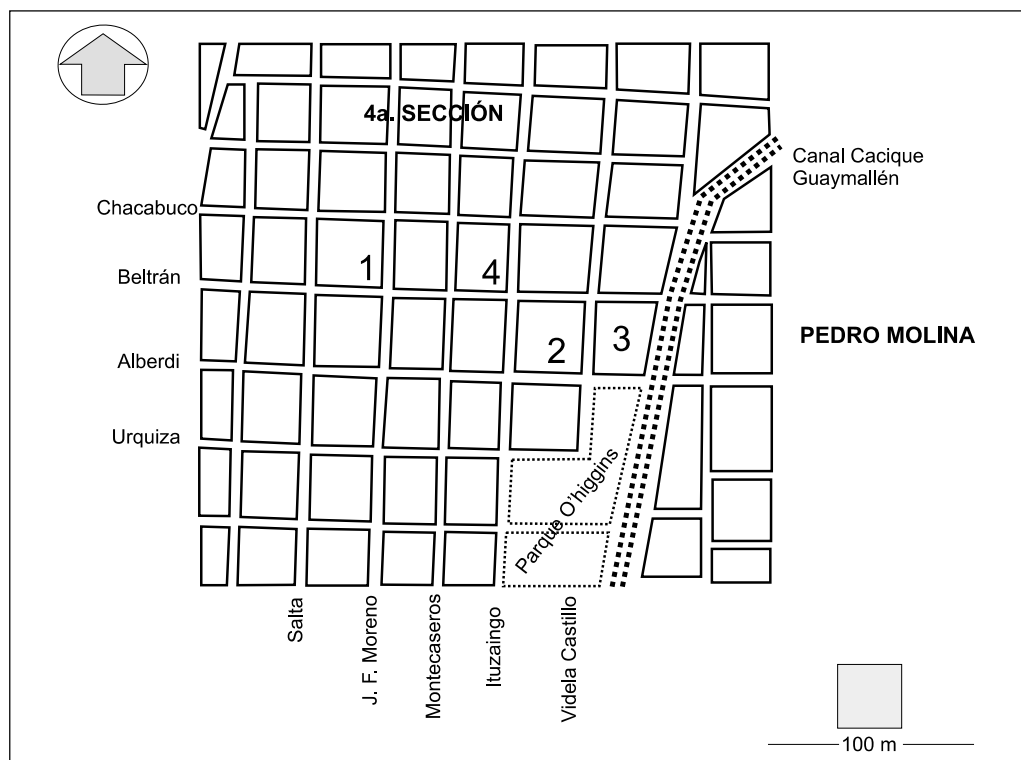
archaeological contexts. Some issues about taphonomy characteristic of urban sites are discussed, specifically meteorization as a chronological indicator and the duration of surface exposure of bone remains deposited in this specific environment. The analyzed test pits are part of the sampling of the archaeological site.

Key words: *Historic Archaeology. Cuyo. Zooarchaeology. Urban sites.*

INTRODUCCIÓN

En trabajos anteriores habíamos sugerido la necesidad de profundizar los análisis zooarqueológicos de los sitios urbanos en los cuales desarrollamos nuestro trabajo (García Llorca 2001, 2002). En esta presentación estudiamos materiales arqueofaunísticos, específicamente restos óseos¹, provenientes de nuevos sondeos realizados en el sitio Escobería, ubicado en la actual ‘manzana’ donde aún continúa establecido el Convento de Santo Domingo, esto es, desde su primitiva instalación en la ‘ciudad vieja’ de Mendoza, actual IV Sección capitalina (ver Figura 1).

Nuestra hipótesis del sector estudiado es que funcionó como un área abierta durante la mayor parte de la ocupación dominica, probablemente en el límite del Convento con el sector de huertas (García Llorca 2001), por lo tanto adecuado para funcionar como espacio de acumulación de



Referencias:

1. Lote “Escobería”, en la manzana ocupada por la Iglesia y Convento de Santo Domingo, sobre calle J. F. Moreno
2. Plaza Pedro del Castillo
3. Museo del Área Fundacional (MAF)
4. Ruinas de San Francisco

Figura 1. Croquis del sector de la 4ª. Sección de la Ciudad de Mendoza donde se ubica el sitio arqueológico analizado en el artículo.

residuos². El interés es conocer cómo fue su manejo, principalmente en el período aludido, en particular y entre otros, establecer el lapso acontecido entre los episodios de depositación y su posterior enterramiento a partir del análisis de la meteorización y sus posibilidades interpretativas en tal sentido (Torres 1988; Blasco Sancho 1992; Lyman 1994a:404; Landon 1996:33). Interesa además, analizar los especímenes óseos que estuvieren alterados térmicamente, con el objeto de inferir situaciones particulares, dada la incidencia del fuego en la preservación del material óseo (Mengoni Goñalons 1988,1999; Lyman 1994a, entre otros).

El análisis arqueológico en el área bajo estudio nos indica la existencia en forma ininterrumpida, de restos materiales que se corresponden con distintos asentamientos humanos, comenzando con el período indígena hasta los producidos en la actualidad, pasando por el período colonial e independiente. En concordancia con ello, el registro arqueofaunístico presenta diferencias sustanciales, entre esos períodos y evidenciables por la potencia de los estratos o niveles arqueológicos. La causa principal de ello se debe al fenómeno provocado por la urbanización y la concentración humana como agentes modeladores del paisaje, síntesis de cambios sociales y económicos significativos con respecto a las sociedades indígenas, y la propia evolución de la sociedad colonial e independiente (ver Landon 1996:19).

Aspectos de la formación de Sitio - Historia tafonómica del lugar

Carecemos de estudios que precisen las características tafonómicas del área urbana en su estrecha relación con el material arqueofaunístico (Gifford 1981: 381 y ss; Schiffer 1983). Sí se conocen aspectos y características de la topografía, fisiografía, pendiente, pedregosidad superficial, etc., donde se asentó la ciudad vieja de Mendoza (Bárcena y Schávelzon 1991; Bárcena 1997; Bárcena y García Llorca 1997a,b). Igualmente distinguimos la evolución de la sedimentación producida en el área, tanto para el período indígena como para el hispánico, con cambios significativos producto de distintas estrategias de asentamiento en el valle (Prieto y Wuilloud 1997)³. El resultado es una sustancial modificación del ambiente físico. Vale como ejemplo el modelado del paisaje pedemontano por el corte indiscriminado de la cubierta vegetal, provocando un aumento del impacto de las correntías estivales (Ibid).

En la ‘manzana’ donde se ubican nuestros sondeos debemos advertir en los niveles más profundos características de acumulación sedimentaria pausadas, con espesores lenticulares, alternando fases de depósito y remoción eólica con otras de arrastres pluviales y fluviales, esporádicas pero con fuerte dinámica. En estos casos la presencia del material óseo se correlacionaría con la posibilidad de su ingreso en la matriz sedimentaria. Nuestra hipótesis es que deben ser escasas esas contingencias atendiendo a que la ocupación indígena se presenta como de lenta acumulación de residuos, seguramente producto de asentamientos relativamente reducidos⁴ y de las propias influencias ambientales mencionadas, en especial el escurrimiento de las aguas y vientos incidiendo en el arrastre de los materiales (ver García Llorca 2002). Una excepción puede constituir la el hallazgo de un basural restringido, que de hecho debería contemplar ciertas condiciones físicas para ello, no documentadas hasta el presente en nuestro ámbito de estudio, para este período de tiempo.

Esa sucesión de los efectos naturales se ve interrumpida, súbitamente, desde el análisis estratigráfico, por la influencia de los eventos culturales, que caracterizarán a la implantación citadina española. En este último caso la acumulación sedimentaria es más veloz, con una fuerte variación en la matriz sedimentaria, con mayores espesores lenticulares, directamente asociados al cambio de régimen del terreno, sometido a una depositación más voluminosa de desperdicios, vinculados a su vez a la creciente densidad poblacional (Ibíd.).

Debemos tener en cuenta en la formación del contexto arqueológico –también en el contexto de transformación– un hecho catastrófico, como es el sismo de 1861, produciendo la depositación

y el enterramiento en forma simultánea, al colapsar los edificios y caer sobre personas y animales. Este fenómeno también produce un efecto de ‘aplastamiento’ sobre el terreno, incidiendo directamente sobre los restos óseos ubicados en superficie e indirectamente bajo superficie. Los procesos tafonómicos a tener en cuenta para esta situación particular, se relacionan con la presión o peso de los sedimentos ejercida sobre los restos óseos; la velocidad de sedimentación, la rapidez de su incorporación bajo superficie, su tamaño y peso, dado que de esa relación depende la densidad de especímenes finalmente depositados (Lyman 1994a: 408 y ss).

No se descartan tampoco las influencias de los procesos de remoción de depósitos característicos de los asentamientos urbanos (Harris 1991: 165 y ss), que actúan liberando en muchas oportunidades restos óseos de sus niveles originales de depósito y, en algunos casos, redepositándolos bajo nuevas condiciones ambientales y culturales (concepto de “estratigrafía invertida” Ibid:169).

Actualmente el lote donde se efectuaron las excavaciones es ocupado por los eclesiásticos como terreno baldío, depósito de materiales de construcción y receptáculo de distinto tipo de basura.

En síntesis, pensamos que el análisis de la meteorización y las alteraciones térmicas nos pueden indicar algunos factores causales de la presencia-ausencia de elementos óseos en relación con las variables que modifican el contexto de deposición.

METODOLOGÍA

Los sondeos realizados en dicho lote, en forma de muestreo aleatorio y los niveles de excavación adoptados responden al interés de contactar pisos de ocupación recientes y antiguos, atendiendo especialmente al grado de alteración producida por el impacto del terremoto de 1861. El sesgo producido producto de la complejidad de los sitios arqueológicos urbanos, tal como el analizado, no invalida las conclusiones dado su carácter hipotético, en el sentido de ahondar aspectos metodológicos de la disciplina en su especial abordaje de la problemática cultural. Se excavaron cuatro nuevos sondeos⁵. Dos de ellos –SV y SVI– se hicieron ampliando otros, anteriores. Éstos, tuvieron como principal objetivo comprobar la existencia o no de muros, arranque de muros, pisos, etc., pertenecientes a la iglesia colapsada con el terremoto ocurrido en 1861. En éstos y en los sondeos VII y VIII, se investigaba, además, delimitar pisos de ocupación indígenas, descubiertos en la primera etapa de nuestras excavaciones en profundidades variables entre los 100 cm y 130 cm de profundidad a contar del piso actual del loteo (Bárcena 1997; Bárcena y García Llorca 1997a, b).

Todos los sedimentos extraídos en los sondeos fueron tamizados en malla fina (2 mm) y gruesa (6 mm)⁶. La excavación se realizó en forma arbitraria⁷, haciendo un control sobre los cambios estratigráficos, excavando en capas, subcuadrículas, etc., atendiendo a las dificultades de reconocer las secuencias de estratificación, en especial en los niveles superiores.

Analizamos los restos óseos sobre la base de su identificación y descripción (taxonómica y anatómica); definición de especímenes no identificables, categorización por tamaño (teniendo en cuenta la morfometría) (Barone 1987, 1990; Mengoni Goñalons 1988, 1999; Landon 1996; García Llorca 2001, 2002). La cuantificación se realizó de acuerdo a los objetivos básicos de determinar la diversidad de especies representadas en el conjunto óseo y la representación de partes esqueléticas. Contabilizamos el NISP y MNE⁸ (Grayson 1979; Mengoni Goñalons 1988, 1999; Lyman 1994a, b; Reitz and Wing 1999, entre otros). No tuvimos en cuenta el MNI, dado que no nos interesa en este momento establecer “la magnitud de ingresos de energía” (Mengoni Goñalons 1999:58) dada las características de la excavación, la cual no nos permite establecer diferencias claras en las unidades de análisis a partir de la diferenciación estratigráfica (ver Landon 1996; Mengoni Goñalons 1999). En todo caso el NISP, lo utilizamos como medición de la abundancia taxonómica.

Procedimos a analizar los efectos de la meteorización según las especificaciones de Behrensmeyer (1978) y dado que proveen información respecto a la historia depositacional (ver Landon 1996), obtuvimos: a) dos valores de la meteorización: mínima (MI) y máxima (MA) en todos los especímenes donde se pudo efectuar esta medición (ver Lyman 1994a:354 y ss - Fig. 9.1; además comentario en Mengoni Goñalons 1999:98); b) la meteorización diferencial, es decir, la diferencia entre (MI) y (MA) (Fernández 1998:212; Landon 1996:35) y c) los grados de meteorización media (MMI y MMA)⁹, con valores para cada sondeo y nivel excavado.

La meteorización como proceso tafonómico puede indicarnos el “tiempo de permanencia en superficie” del elemento (Behrensmeyer 1978). Los grados de meteorización diferencial reflejan también estos aspectos vinculados a la permanencia de los restos óseos en superficie o bajo la superficie inmediata y las características de esa depositación¹⁰ (Landon 1996:35). Una introducción rápida en los sedimentos, “at the sediment-air interface” (Lyman 1994a:405), asegura mejores condiciones de preservación en este sentido.

Se utilizaron cuatro categorías para analizar las posibles alteraciones térmicas: fresco (sin huellas de alteración térmica); semiquemado (alteración térmica parcial); quemado (alteración térmica completa, color negro, negro-gris) y calcinado (idem anterior, color blanco). La edad de los individuos se tuvo en cuenta a partir del estado de fusión de los huesos, no así con dientes y molares debido al escaso número recuperado en excavación.

ANÁLISIS ZOOARQUEOLÓGICO

Representación taxonómica

En la Tabla 1 se observan los datos del NISP total (que es de 1372 especímenes para el conjunto óseo analizado), en tanto en la Tabla 2 se observan los datos relacionados con el MNE. En ellas se discriminan los distintos niveles de la ‘identificación taxonómica’ en relación con los ‘sondeos’, por una parte y con los ‘niveles de excavación’ por otra. *Ovis aries* y *Capra hircus* se analizaron en conjunto¹¹.

De las tablas, observamos, al igual que en el trabajo anterior (García Llorca 2002), la incidencia que tienen los cuatro primeros niveles, respecto al total excavado, con relación a los elementos óseos identificados al nivel de especie (NISP = 80,76 %; MNE = 80,07 %). Vemos el predominio de la especie *Bos taurus* y de Ovis-capra, con un pico de este grupo en el nivel b, que a su vez es el de mayor porcentaje relativo al total del conjunto analizado. En la Tabla 3 destacamos en forma separada las especies identificadas. Como allí se observa, se hallaron muy pocos elementos identificados con las especies domésticas de menor porte: *Gallus gallus* y *Oryctolagus cuniculus*, a diferencia de la excavación anterior (Ibíd.),

Una primera conclusión nos indica que esos cuatro primeros niveles –con una profundidad aproximada entre 90 cm a 110 cm, a contar desde el piso “Escobería”– representarían el período histórico que va desde el contacto hispano-indígena hasta el presente.

El género *Lama* sp. predomina en los niveles inferiores, confirmando a su vez, las apreciaciones obtenidas anteriormente (Ibíd.). Es interesante destacar que en el nivel d (Sondeo VII) se recuperaron elementos Ovis-capra junto con otros de *Lama* sp, nivel que representa estratigráficamente el período de contacto hispano-indígena: fines del siglo XVI y el siglo XVII, situación histórica particular definida desde el análisis zooarqueológico. En el caso de *Gallus gallus*, se hallaron elementos a una profundidad de 110/115 cm. en el límite del nivel antedicho. Esto puede indicar ‘pozos’ o sectores con distinta profundidad en el terreno al momento de la depositación.

Esto se complementa con dos conjuntos (ver Tabla 1 y 2): uno de restos óseos no identificados (NI) y otro muy pequeño, genéricamente denominados ‘astillas’, que incluyen fragmentos de

Tabla 1. NISP total de la muestra

NISP	Sondeos					
Identificación taxonómica/SONDEO	V	VI	VII	VIII	Total	%
<i>Bos taurus</i>	17	16	50	13	96	7.00
OVCA	19	68	7	8	102	7.43
<i>Lama sp</i>	10	12	0	1	23	1.68
<i>Gallus gallus</i>	0	0	6	9	15	1.09
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	1	0	0	0	1	0.07
<i>Canis familiaris?</i>	0	0	0	1	1	0.07
<i>Equus caballus?</i>	0	0	0	1	1	0.07
AVE	5	6	17	4	32	2.33
EDENTADO	0	1	0	0	1	0.07
PEZ	0	0	1	1	2	0.15
ROEDOR	8	7	0	0	15	1.09
MG	71	80	219	120	490	35.71
MM	20	22	43	41	126	9.18
MP	0	16	4	1	21	1.53
MP/AVE	0	4	9	17	30	2.19
NI	75	66	150	125	416	30.32
Total	226	298	506	342	1372	100.00
%	16.47	21.72	36.88	24.93	100.00	
astillas	34	28	28	74	164	

NISP	Niveles										
Identificación taxonómica/NIVEL	a	b	c	d	e	f	g	h	i	Total	%
<i>Bos taurus</i>	37	28	20	6	5	0	0	0	0	96	7.00
OVCA	18	71	9	3	1	0	0	0	0	102	7.43
<i>Lama sp</i>	0	0	0	6	0	6	2	9	0	23	1.68
<i>Gallus gallus</i>	0	2	3	1	9	0	0	0	0	15	1.09
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	0	0	1	0	0	0	0	0	0	1	0.07
<i>Canis familiaris?</i>	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	0.07
<i>Equus caballus?</i>	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	0.07
AVE	5	9	14	1	2	0	0	1	0	32	2.33
EDENTADO	0	0	0	0	0	1	0	0	0	1	0.07
PEZ	0	1	1	0	0	0	0	0	0	2	0.15
ROEDOR	0	0	0	3	0	6	3	3	0	15	1.09
MG	100	164	86	68	19	31	6	15	1	490	35.71
MM	18	38	30	19	2	15	0	4	0	126	9.18
MP	1	15	1	1	3	0	0	0	0	21	1.53
MP/AVE	1	10	1	4	0	12	1	1	0	30	2.19
NI	37	116	78	81	14	72	3	15	0	416	30.32
Total	217	454	244	193	57	143	15	48	1	1372	100.00
%	15.82	33.09	17.78	14.07	4.1545	10.4223	1.0933	3.4985	0.0729	100	
suma parcial	80.76										
astillas	3	41	20	19	32	25	17	6	1	164	

Tabla 2. MNE total de la muestra

MNE	Sondeos										
Identificación taxonómica/SONDEO	V	VI	VII	VIII	Total	%					
<i>Bos taurus</i>	14	10	33	12	69	8.19					
OVCA	11	34	7	6	58	6.88					
<i>Lama sp</i>	9	7	0	1	17	2.02					
<i>Gallus gallus</i>	0	0	4	6	10	1.19					
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	1	0	0	0	1	0.12					
<i>Canis familiaris?</i>	0	0	0	1	1	0.12					
<i>Equus caballus?</i>	0	0	0	1	1	0.12					
AVE	2	4	17	4	27	3.20					
EDENTADO	0	1	0	0	1	0.12					
PEZ	0	0	1	1	2	0.24					
ROEDOR	7	7	0	0	14	1.66					
MG	49	46	129	75	299	35.47					
MM	16	16	38	30	100	11.86					
MP	0	12	4	1	17	2.02					
MP/AVE	0	4	6	11	21	2.49					
Subtotal	109	141	239	149	638	75.68					
NI	37	48	69	51	205	24.32					
Total	146	189	308	200	843	100.00					
%	17.32	22.42	36.54	23.72	100.00						
MNE	Niveles										
Identificación taxonómica/NIVEL	a	b	c	d	e	f	g	h	i	Total	%
<i>Bos taurus</i>	24	20	16	5	4	0	0	0	0	69	8.19
OVCA	13	37	4	3	1	0	0	0	0	58	6.88
<i>Lama sp</i>	0	0	0	6	0	5	2	4	0	17	2.02
<i>Gallus gallus</i>	0	2	1	1	6	0	0	0	0	10	1.19
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	0	0	1	0	0	0	0	0	0	1	0.12
<i>Canis familiaris?</i>	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	0.12
<i>Equus caballus?</i>	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	0.12
AVE	2	7	14	1	2	0	0	1	0	27	3.20
EDENTADO	0	0	0	0	0	1	0	0	0	1	0.12
PEZ	0	1	1	0	0	0	0	0	0	2	0.24
ROEDOR	0	0	0	3	0	5	3	3	0	14	1.66
MG	62	90	47	45	17	22	5	10	1	299	35.47
MM	15	35	23	17	2	6	0	2	0	100	11.86
MP	1	11	1	1	3	0	0	0	0	17	2.02
MP/AVE	1	7	1	4	0	6	1	1	0	21	2.49
Subtotal	118	210	109	86	37	45	11	21	1	638	75.68
NI	24	58	39	31	9	31	3	10	0	205	24.32
Total	142	268	148	117	46	76	14	31	1	843	100.00
%	16.84	31.79	17.56	13.88	5.46	9.02	1.66	3.68	0.12	100.00	
suma parcial	80.07										

Tabla 3. MNE_e especies identificadas

Especie / Sondeo	V	VI	VII	VIII	Total
Bos taurus	14	10	33	12	69
Ovis-Capra	11	34	7	6	58
Lama sp	9	7	0	1	17
Gallus gallus	0	0	4	6	10
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	1	0	0	0	1
Totales	35	51	44	25	155
%	22.58	32.9	28.39	16.13	100

Especie / Nivel	a	b	c	d	e	f	g	h	Total
Bos taurus	24	20	15	6	4	0	0	0	69
Ovis-Capra	13	37	4	3	1	0	0	0	58
Lama sp	0	0	0	6	0	5	2	4	17
Gallus gallus	0	2	1	1	6	0	0	0	10
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	0	0	1	0	0	0	0	0	1
Totales	37	59	21	16	11	5	2	4	155
%	23.87	38.06	13.55	10.32	7.10	3.23	1.29	2.58	100
85.8 %									

origen anatómico diverso (Mengoni Goñalons 1999:42-43). El primero, tiene un NISP de 416 unidades, dado su tamaño y estado de conservación fue imposible adscribirlos a alguno de los grupos anteriores (30.3% del NISP total)

En la Figura 2 graficamos el MNE% de acuerdo al nivel de identificación que fue posible precisar. El MNE total es igual a 638 (Tabla 2). Dado que el tamizado del material arqueológico se efectuó de la misma forma en todos los casos, la influencia que pudiese ejercer a modo de ‘sesgo de información’, en especial en relación con las taxas más pequeñas, quedaría controlado o al menos su influencia se relativizaría (ver Landon 1996:33 y ss). Otros factores que pueden influir alterando este último subconjunto óseo, pueden deberse a factores tafonómicos específicos (ver nota ⁶). El hecho de que algunas partes del esqueleto de roedores, aves, etc., se hayan recuperado, indica que las influencias posteriores al entierro –diagenéticas, según Lyman 1994:417– estarían limitadas en cuanto a producir un sesgo entre el conjunto depositacional y el conjunto fósil (Mengoni Goñalons 1988:78), en esas especies de menor tamaño. Sin embargo sabemos que los restos de pequeños vertebrados tienen menos probabilidad de preservarse y de ser recuperados (Lyman 1994:190). Un análisis más puntual, a fin de diferenciar microsectores, escapan al alcance del presente artículo¹².

Se observa la importancia porcentual que tiene los especímenes identificados tan solo al nivel de mamíferos, en especial mamíferos grandes y medianos. En este caso, indican acciones modificatorias importantes entre el tiempo de depositación y el de su análisis (Ibíd), también señalado por el segundo grupo (astillas). Otro indicador es el porcentaje de elementos identificados al nivel de especie o género, que es tan sólo del 24.3% respecto al MNE (638).

Si los analizamos en función de unidades de excavación más discretas, podemos inferir situaciones particulares respecto a acciones de depósito-entierro. Por ejemplo en el caso del sondeo VI en el nivel b, capa b1, ubicamos 27 elementos óseos identificados con Ovis-capra, representando un contexto de depósito-entierro acotado. Presumiblemente corresponden a una sola carcasa (MNI=1); con elementos no fusionados, en los casos factibles de tal determinación; en ‘estado

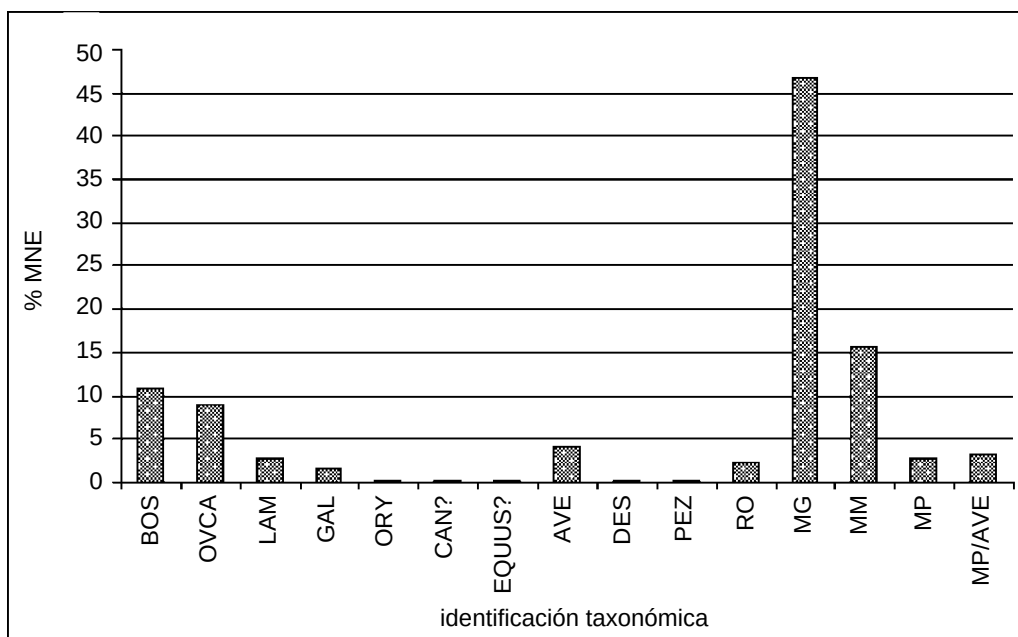


Figura 2. %MNE = 638 elementos identificados en los cuatro sondeos y niveles excavados del sitio arqueológico SANTO DOMINGO “ESCOBERÍA”, sin considerar los especímenes no identificados (NI).

fresco’ y con valores bajos de meteorización. Como contexto de depósito, el sedimento se presenta uniforme en textura y color, y no observamos diferencias en los materiales arqueológicos, en relación con otros niveles.

Desde la perspectiva de observar variaciones perceptibles por el comportamiento del material óseo recuperado en su conjunto, analizamos los efectos de la meteorización y de la alteración térmica.

Meteorización

La representación taxonómica y de partes anatómicas está estrechamente relacionada con la actividad destructiva de los procesos post-depositacionales¹³ –sesgo de información–, en nuestro caso: culturales, actividad antrópica actual, propia de las zonas urbanas y naturales mencionadas supra. Sabemos también de la mejor resistencia a esos fenómenos por parte de los huesos de mayor densidad ósea (“Given a particular destructive force, the likelihood that an element or portion of an element will survive is directly related to its robusticity. Bones of adult animals generally survive better than bones of young animals,...” Landon 1996:46) y de las epífisis de los huesos que primero fusionan mejor que aquellos que lo hacen tardíamente (Ibid; entre otros).

La meteorización refleja de alguna forma el tiempo de exposición de los restos óseos en la superficie, es decir, una de las variables que indican modificaciones del resto óseo.

Relacionamos las diferencias en grado de la meteorización con el abandono superficial y posterior entierro de los restos óseos, indicativas del manejo de los desperdicios y las influencias posteriores a su abandono (“estabilidad de las superficies”, en Fernández 1998:216; “Differential weathering...”, en Landon 1996:35). Este tipo de análisis nos parece válido a los efectos de determinar diferencias en los procesos de transformación en la conformación del contexto arqueológico en sentido diacrónico, asumiendo que durante el periodo colonial e independiente,

no existieron contrastes marcados en las condiciones naturales de deposición, sí posiblemente en el manejo de los residuos.

Todos los especímenes óseos analizados presentan signos de meteorización, con un predominio de los estadios bajos. Este hecho es un indicador de que los restos óseos permanecieron durante cierto lapso de tiempo en la superficie antes de su introducción en la matriz sedimentaria. En la Figura 3 analizamos los valores medios de la meteorización (MMI y MMA) y las diferencias respectivas. Observamos que los Sondeos V y VI tienen una ligera tendencia a aumentar ambos valores de meteorización con la profundidad, estabilizándose en el nivel d (Sondeo V). Si bien no son marcadamente disímiles, muestran una tendencia. Por otra parte la diferencia entre ambos valores tiende a cero. Ambas pautas indican un comportamiento similar en los sondeos V y VI, en cuanto reflejan alternancias de depósito – entierro similares, siendo el tiempo de permanencia de los restos óseos en superficie más dilatados a medida que la profundidad aumenta (Figura 3a y 3b). La incidencia de la meteorización sobre toda la superficie del espécimen crece en el mismo sentido. Ambos valores medios (MMI y MMA) en el Sondeo V son los más altos de los cuatro sondeos analizados. El nivel d del Sondeo VI tiene un bajo NISP (un sólo caso donde se pudo analizar la meteorización, correspondiente a ‘mamífero grande’ (MG); MA = 1 y MI = 1).

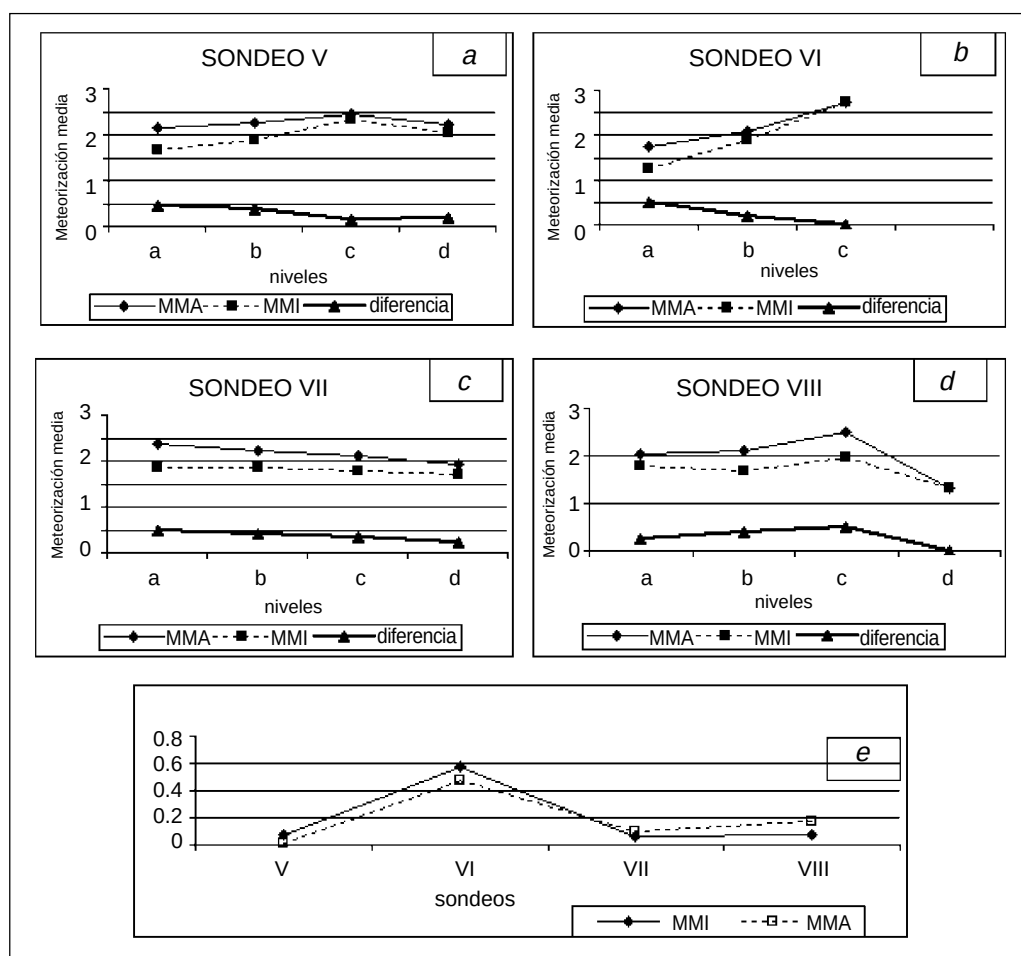


Figura 3. Meteorización Media (Máxima y Mínima) y Meteorización Diferencial para los cuatro primeros niveles excavados: a. Sondeo V; b. Sondeo VI; c. Sondeo VII y d. Sondeo VIII; e. Varianza de la Meteorización Media (Máxima y Mínima) con respecto a los sondeos.

Los dos gráficos restantes de la Figura 3 (c y d) nos indican diferencias con respecto a los anteriores, especialmente en el Sondeo VII, donde descienden tanto los valores medios (MMI y MMA) como su diferencia. En el caso del Sondeo VIII se corresponden los perfiles de las distintas curvas, líneas más quebradas en general, con un máximo en el nivel c.

En los Sondeos VI, VII y VIII y en los niveles b, c y d se pudieron distinguir algunas diferencias mínimas en los sedimentos depositados, que permitieron discriminar capas estratigráficas. Esas diferencias las asociamos a comportamientos diversos entre abandono y entierro del material óseo, conformando conjuntos factibles de diferenciarse y asociarse a esas unidades estratigráficas, es decir, a la propia mecánica del entierro de los restos óseos. En la Figura 4 se infiere de esta situación, secuencias de depósito-entierro no coincidentes, a pesar de la proximidad de las excavaciones. Ello atendiendo al análisis de la meteorización. Restos óseos que nos indican que estuvieron, unos, más tiempo en superficie que otros y también, que en algunos casos hubo otros que quedaron durante un tiempo semienterrados, finalmente algunos removidos de su posición original de caída. Es evidente que estos datos deben correlacionarse con otros procesos tafonómicos, por ejemplo diagenéticos, que pudiesen actuar en el sitio. Estimamos que a los efectos considerados en esta presentación se pueden considerar de manera independiente (ver nota ¹²).

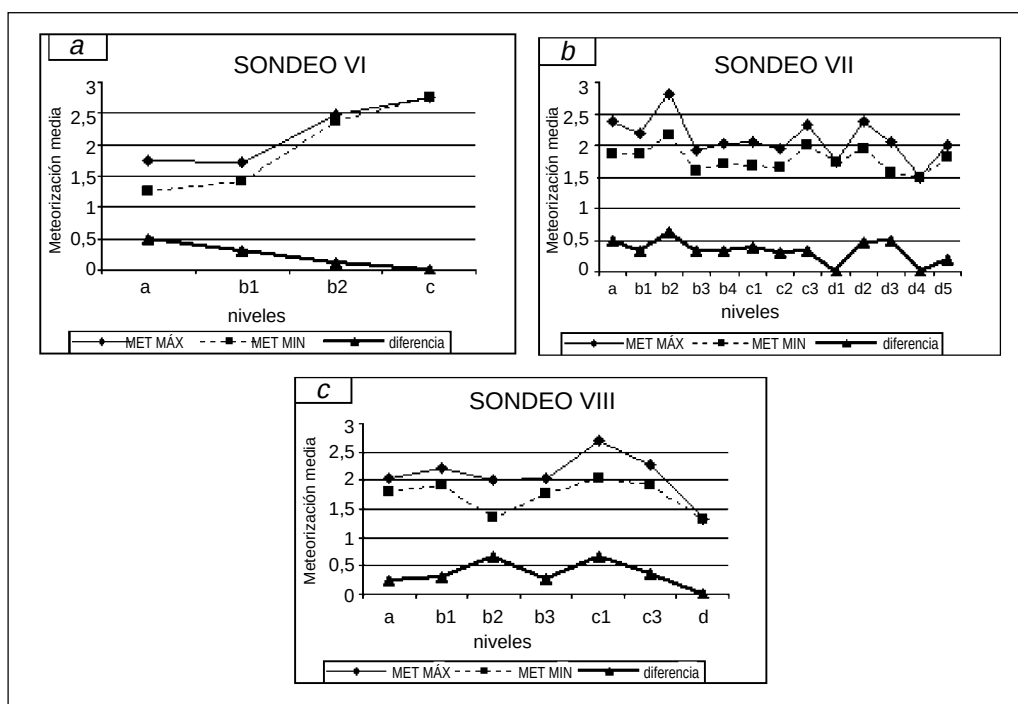


Figura 4. Meteorización Media (Máxima y Mínima) y Meteorización Diferencial para los cuatro primeros niveles excavados y diferenciados por capa estratigráfica: a. Sondeo VI; b. Sondeo VII y c. Sondeo VIII.

Si analizamos el Sondeo VI en forma particular, se presenta un caso interesante en el nivel b, donde pudimos determinar dos capas (b1 y b2), con diferencias tanto en los estratos sedimentarios como en la meteorización (Figura 4a). La primera capa b1 (32/44 cm), tiene medias de meteorización bastante más bajas que la segunda capa b2 (44/54 cm), implicando contextos de depositación distintos. Por su parte, en el nivel c (54/71 cm), los valores medios de meteorización son ambos elevados y sin diferencias entre ellos. Ello implica un tiempo prolongado de exposición, el cual influyó por igual en toda la superficie del espécimen óseo (bajo nivel de estabilidad). Este sondeo

es el que presenta el mayor índice de varianza de los cuatro sondeos considerados (Figura 3e), lo cual reafirma de alguna manera, lo sugerido con respecto a las dos capas analizadas en el nivel b.

El Sondeo VII muestra valores bastante semejantes para todos los niveles, con varianza muy bajas considerando todos los valores MMI y MMA (Figura 3c, 3e). Al ser el análisis discriminado (Figura 4b), el comportamiento de las curvas se torna algo quebrado, indicando variaciones mínimas entre las distintas capas.

En el Sondeo VIII y en el nivel d (71/86cm), se observa el valor más bajo de meteorización, coincidiendo ambos registros MMI y MMA, aunque, destacamos, con sólo tres casos considerados (Figura 3d y 4c).

En la Figura 5a comparamos los valores de la meteorización media (MMI y MMA) con relación a los niveles de excavación sin discriminar y para todos los sondeos en su conjunto. El nivel c es el que presenta los MMI y MMA más altos. En el nivel a se da la mayor diferencia entre ambos valores de meteorización y por el contrario la menor en el nivel d. Las varianzas de los valores medios utilizados son relativamente bajas para todos los niveles, aunque se observan desigualdades entre los valores máximos y mínimos, siendo mayor en el nivel d (Figura 5b).

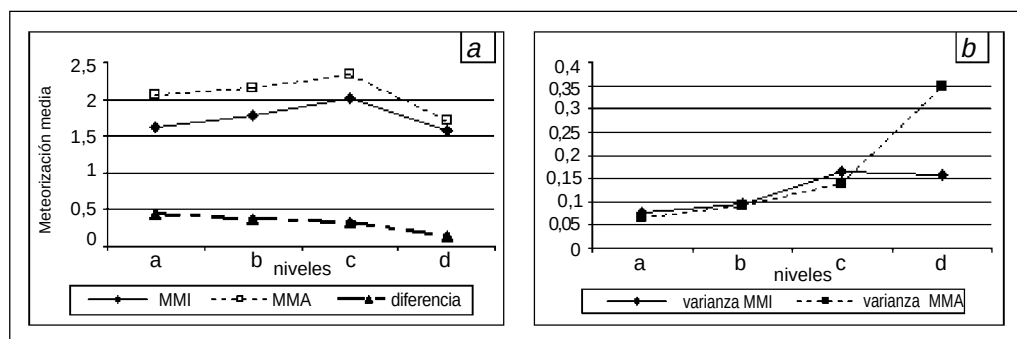


Figura 5. a. Meteorización Media (Máxima y Mínima) y Meteorización Diferencial para los cuatro sondeos con relación a los niveles de excavación; b. Varianza de la Meteorización Media (Máxima y Mínima) con respecto a los niveles de excavación.

Analizamos seguidamente los elementos correspondientes a la especie *Bos taurus* y al género Ovis-Capra, en forma aislada del resto del conjunto óseo total descrito hasta el momento y con relación a los procesos de meteorización y su incidencia diferencial en ellos (Lyman 1994:361; Behrensmeyer 1978). En ambos casos aplicamos los valores de meteorización máximo (MMA). En el caso de *Bos taurus* (Figura 6a), al considerar los niveles de excavación para los cuatro sondeos en su conjunto, presenta un 'vértice' en el nivel 2 según la escala de Behrensmeyer (1978). Para el subconjunto Ovis – Capra, la gráfica (Figura 6b) muestra perfiles disímiles entre sí y el nivel b con un máximo. En síntesis, destacamos diferencias respecto a la especie anteriormente considerada.

Si comparamos ahora la respuesta de la meteorización para los mismos subconjuntos en relación con los sondeos y sin tener en cuenta los niveles de excavación, obtenemos diferencias también entre *Bos taurus* y Ovis-capra (Figura 6c y d, respectivamente). En el primero existe una gran semejanza entre las curvas de los sondeos V y VI (recordar la proximidad física entre ambos), mientras que en el segundo caso analizado, se observan coincidencias en cuanto al perfil de las curvas que van desde los valores más bajos de la escala hacia los más altos en forma descendente.

Dada la importancia porcentual que tienen los especímenes identificados como Mamíferos Grandes (MG), reflejadas en la Figura 2, quisimos cotejarlos con los elementos de la especie *Bos taurus*, a la cual es muy probable que pertenezcan, con respecto a los efectos producidos por la

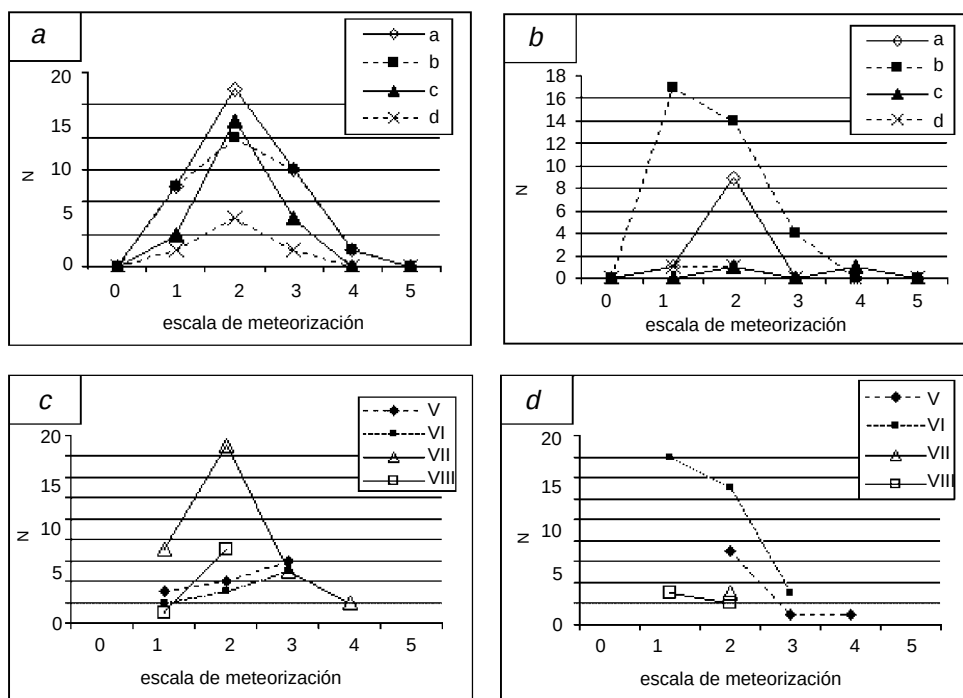


Figura 6. Meteorización Total: elementos identificados por taxon (N) con relación a los estadios de meteorización: a. *Bos taurus*; b. Ovis-Capra (para todos los niveles de excavación en su conjunto); c. *Bos taurus*; d. Ovis-Capra (para todos los sondeos en su conjunto).

meteorización. Las curvas respectivas para los cuatro primeros niveles, ofrecen un perfil semejante entre ellas, tal como lo observamos en la Figura 7, que en primera instancia indican un comportamiento similar entre ambos subconjuntos para esta variable modificatoria del hueso.

En principio la meteorización explica en parte la destrucción ósea, particularmente en vista a lo dicho en el párrafo anterior. Sin embargo el rango alcanzado según la escala utilizada (Behrensmeyer 1978), no es demasiado alto, y este hecho es reflejado en todos los sondeos y niveles considerados.

Otro dato atrayente es el obtenido a través de considerar ‘la intensidad de la fragmentación’ (Lyman 1994a; Acosta y Rodríguez 1998:12; Fernández 1998:216; Mengoni Goñalons 1999:63). Es una medición estimativa que la aplicamos como cálculo de tendencias que deben cotejarse con aquellos otros factores analizados y que miden los procesos de destrucción ósea. Consiste en un índice que computa la relación entre el (NISP) y el (MNE), que aplicamos a cada nivel excavado e indicado en la Tabla 4. La media de todo el conjunto analizado representa un valor relativamente pequeño, que puede estar influenciado por la incidencia de los casos con coeficientes bajos debido al escaso número de especímenes tenidos en cuenta.

Analizamos este índice en forma discriminada para *Bos taurus* y para Ovis-Capra. Si bien existen diferencias, estas son acotadas y en general menor a 2. Si se suman a *Bos taurus* los especímenes identificados como mamíferos grandes (MG) y a Ovis-Capra los correspondientes a mamíferos medianos (MM)¹⁴, los valores obtenidos del índice de fragmentación tampoco son significativamente altos. Aunque crecen en algunos casos, no superan el valor de 2.

Finalmente, los porcentajes para los estadios de meteorización más bajos son:

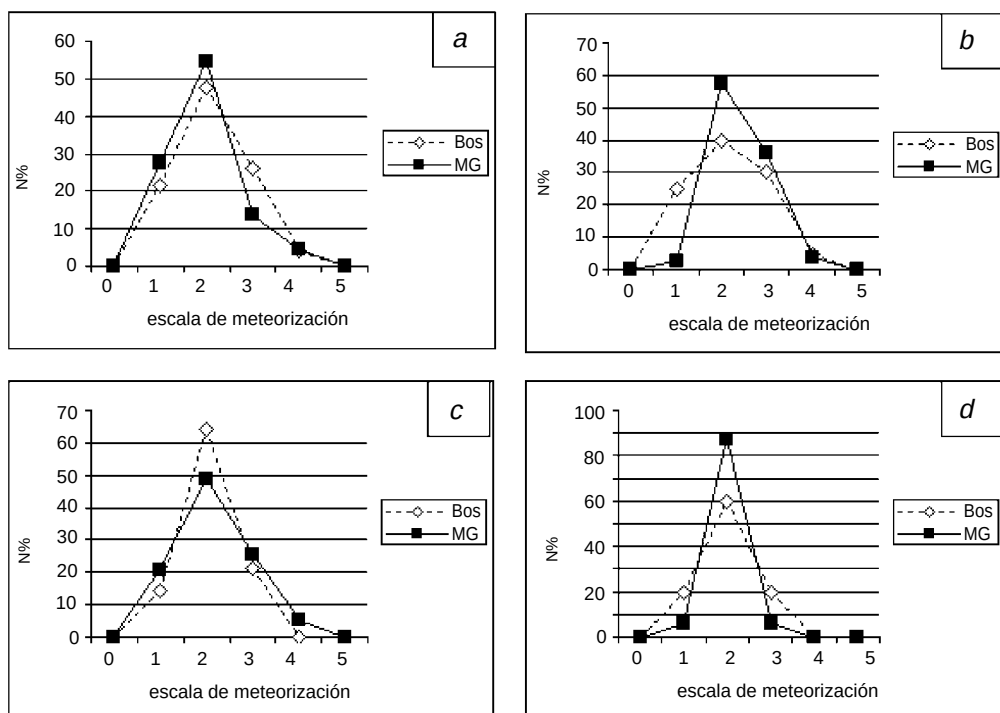


Figura 7. Comparación entre el porcentual de especímenes (N %) de *Bos taurus* y Mamíferos Grandes (MG) en relación con la escala de meteorización.

Tabla 4. "Intensidad de la fragmentación"

Nivel/sondeo	V	VI	VII	VIII	Media
a	1.4	1.7	1.6	1.5	1.54
b	1.6	1.9	1.5	1.4	1.61
c	1.5	1.8	1.6	1.5	1.58
d	1.3	1	1.3	1.6	1.29
e	1	1	1	1.22	1.05
f	1.63	1.5		2	1.71
g	1	1.1			1.04
h		1.5			1.47
i		1			1
Media geométrica del conjunto					1.34

Caso A: [0/1/2]: Sondeo V - 64%, Sondeo VI - 54%, Sondeo VII - 69% y Sondeo VIII - 77%;
Caso B: [0/1/2/3]: Sondeo V - 96%, Sondeo VI - 100%, Sondeo VII - 92% y Sondeo VIII - 94%.

Predominan los valores bajos de meteorización que subrayan aquella conclusión. Si sólo tenemos en cuenta los casos de meteorización sobre huesos diafisarios, los porcentajes para los estadios [0/1/2] son: Sondeo V - 71%; Sondeo VI - 56%; Sondeo VII - 64% y Sondeo VIII - 93%.

En el mismo sentido, pero analizando los niveles de excavación, obtenemos porcentajes altos para los estadios 0, 1 y 2: Nivel a - 79%; Nivel b - 67%; Nivel c - 72% y Nivel d - 78 %. Las diferencias porcentuales entre los sondeos señalan que esa variación es atribuible a factores de localización de los restos (Behrensmeyer 1978:158).

Alteraciones térmicas

Solo el 11,52% presenta evidencias de alteración térmica. Establecimos tres grados o niveles de alteración térmica: a) ‘quemado’ - 7,29%; b) ‘calcinado’ - 3,72% y c) el 0,51% alguna ‘traza’ de alteración térmica. El resto, 88,48% de los especímenes analizados no presenta huellas de alteración térmica. El sondeo VII es el que menor porcentaje alcanza: 3,16% de restos óseos quemados. El sondeo VIII tiene el porcentaje más alto, alcanza el 19.59%. Por niveles el nivel f tiene casi el 50% con alteración térmica. En el sondeo VIII, la capa fII, alcanza el 60%. En la Figura 8, representamos la incidencia de la alteración térmica sobre los restos óseos analizados con relación a los niveles de excavación y sin tener en cuenta los sondeos. Se observa la mayor incidencia porcentual en los niveles inferiores, aunque también resalta el nivel a –especialmente dado por el sondeo VI con el 52,5% de los restos óseos quemados para ese nivel–. Los porcentajes son similares si consideramos incluidas las ‘astillas’.

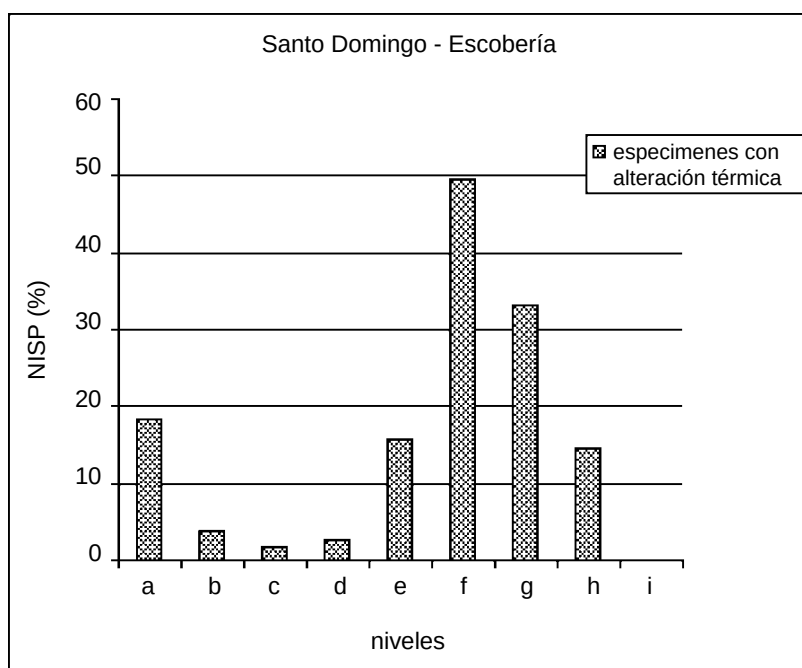


Figura 8. Porcentaje del NISP total, de los especímenes con alteración térmica, correspondiente a los cuatro sondeos –sin especificar- y en relación con los niveles excavados.

Por lo tanto si bien en los niveles inferiores el número de especímenes es menor, este atributo físico permite una identificación probable con la conducta humana. Por supuesto que esta inferencia debe cotejarse con el contexto arqueológico restante, sin embargo, no-quita su valor diagnóstico referencial. En el caso de los niveles que representan contextos arqueológicos más recientes también son indicadores de situaciones de entierro particular. En el mencionado sondeo

VI - nivel a, la mayor parte de los especímenes quemados o calcinados pertenecen al grupo de mamíferos grandes: representan huesos largos, astillados, probablemente producto de restos alterados por acción térmica antes de su entierro.

El manejo de la basura o de los residuos orgánicos en forma específica, plantea en muchos casos la utilización del fuego como elemento de destrucción de los factores de contaminación posibles. En el caso que analizamos hemos hallado sectores circunscriptos atribuibles a este tipo de acción. Esto refuerza la hipótesis de un manejo discrecional de la basura, en el sentido que no hallamos un área determinada –tal como se halló en el sitio Allayme y Gorriti en Guaymallén (García Llorca 2001)–, establecida a partir de un ‘pozo’ u hoyo con límites precisos o en otros sitios arqueológicos estudiados (ver por ejemplo: Acosta y Rodríguez 1998). Pensamos en un sector que fue utilizado para tales efectos, mediando las circunstancias de los avances constructivos del Convento, Iglesia y la propia huerta, que fijaban periódicamente esos límites.

CONCLUSIONES

En primer lugar destacamos el predominio de la especie *Bos taurus* entre las taxas identificadas, siguiendo el género *Ovis-Capra* en los contextos arqueológicos superiores, conexos con el periodo colonial e independiente de nuestra historia regional. El resto se reduce a unos pocos elementos, asignables a: *Oryctolagus cuniculus*; *Gallus gallus* y *Lama* sp. En los niveles inferiores predomina el género *Lama* sp. Un porcentaje alto pertenece al nivel taxonómico definido como Mamíferos Grandes (MG). Se confirman en este sentido, las tendencias observadas en nuestro trabajo anterior (García Llorca 2001).

Analizamos los efectos producidos por la meteorización y deducimos situaciones particulares respecto al tiempo de depositación de los restos óseos y su posterior entierro. Argumentamos a favor de la existencia de un área determinada de acumulación sucesiva de residuos, en forma de ‘desechos secundarios’.

Los distintos perfiles de meteorización considerados (sondeos/niveles), muestran una concentración entre el grado 1 y 3 –dentro de la escala de meteorización–, con preeminencia del grado 2. Ese tipo de concentración indicaría, siguiendo a Behrensmeyer (1978:161): “then the assemblage may represent a short-term single accumulation event...” (también en Lyman 1994a: 367). Es probable que los restos óseos permanecieran cierto tiempo en superficie (a juzgar por las propias inferencias documentadas por Behrensmeyer en sus experiencias), dependiendo ello del manejo cultural, más que de situaciones de depositación influenciadas por condiciones microambientales (“*Microenvironment of a spatial point*” en Lyman 1994a:362-363).

Para el momento del contacto hispano-indígena, visualizable por la estratigrafía y el análisis de los taxones respectivos, planteamos la siguiente secuencia: 1. descarte en superficie; 2. entierro, semi-entierro; 3. secuencia final de acumulación de sedimentos y materiales diversos debido al colapso sísmico, con probables remociones y nuevos entierros. En el tiempo posterior a este hecho, continúa el mismo proceso anterior, con modificaciones –extracción y acumulación de sedimentos– producto de la instalación de servicios públicos, construcción de edificios, etc., que caracterizan a las áreas urbanas modernas, con la consiguiente ‘redepositación de elementos’ (Harris 1991).

El análisis de las alteraciones térmicas sobre los restos óseos en el sector donde se realizó el muestreo plantea un uso limitado del fuego en relación con el manejo de los basurales, en el sector estudiado de la manzana dominica. Sin embargo, no se deben descartar los efectos de los incendios provocados por el terremoto de 1861 y que pudieran afectar la conformación del registro arqueológico al considerar un ámbito más extenso de la manzana aludida.

Estas nuevas bases de análisis de los materiales óseos provenientes del sitio Escobería, se complementan con las llevadas a cabo en la primera etapa. Representan avances en la investigación arqueológica de un sector de la ciudad vieja de Mendoza, que requieren ser profundizadas,

especialmente los estudios tafonómicos, entre ellos la composición de los sedimentos, los análisis de marcas y huellas, la meteorización diferencial en los especímenes óseos, grado y relevancia de la fragmentación ósea; entre otras variables que servirán para una mejor identificación de los contextos arqueológicos, con la idea de diferenciar eventos de descarte y situaciones catastróficas como es la producida, entre otras, con el terremoto de 1861.

Recibido: septiembre 2002.

Aceptado: diciembre 2003.

NOTAS

- ¹ Otros materiales faunísticos encontrados son representativos de manufacturas en cuero: zapatos, cinturones, etc. en los niveles superiores.
- ² El manejo de los residuos domésticos significó durante bastante tiempo la necesidad de articular espacios interiores, generalmente en las mismas propiedades, que no afectaran su actividad diaria. La mayor complejidad asociada a las unidades domésticas o de producción significaba una mayor acumulación de esos restos. En los espacios asignados a las Iglesias y Conventos, el sector destinado a tal fin estuvo en estrecha relación con los espacios abiertos, huertas, etc., evitando las molestias propias de los basurales. Su manejo debía contemplar no sólo la problemática interna hacia los individuos que habitaban allí, sino también al resto de la comunidad, debido al potencial contacto con esos restos (entre otros ver Bonofiglio 1997, Silvera y Lange 1999).
- ³ También se producen cambios en lo que sería el nicho ecológico ocupado por los indígenas que presentaba una variedad de recursos alimenticios, que será impactada y modificada con el transcurrir del tiempo por el nuevo modo de producción económica, en especial para nuestro interés, en el sistema agropecuario. Por ejemplo es conocido que la explotación del algarrobo pasó de ser un recurso de múltiple opción económica a su explotación irracional solamente como leña y madera, provocando una fuerte retracción de los bosques originarios. En muy pocos casos se mantiene el sistema de recolección del ‘recurso algarrobo’, mediatizado con la producción de ganado especialmente caprino en algunos ‘puestos’ de las zonas desérticas de la región. Por otro lado y atinente a la explotación ganadera, es claramente observable cómo el ganado introducido por los europeos rápidamente ocupa el lugar que anteriormente lo hacían las especies autóctonas: *Lama guanicoe* y *Lama glama* (Sea por efectos de la caza o la domesticación, respectivamente (Ver Landon 1996:7).
- ⁴ Según algunos autores el patrón de asentamiento era disperso. Los diferentes poblados se asentarían en lugares estratégicos, cercanos a los cursos de aguas donde fácilmente dominaran el agua para su utilización en los cultivos, sin llegar a un uso intensivo del valle (Bárcena 1997; Prieto y Wuilloud 1997; entre otros)
- ⁵ Las dimensiones de los sondeos son de 200 x 200 cm, salvo el VI que mide 130 x 170 cm. La profundidad final es variable: el Sondeo V, 300 cm; Sondeo VI, VII y VIII, 200 cm.
- ⁶ El análisis de la composición de los sedimentos -aspectos descriptivos básicos, textura, color, granulometría, si bien presentan cierta uniformidad limo arcillosa, permiten apreciar contrastes en el color, en la textura, y en la profundidad –espesor- de los estratos. Se observan lentes arenosos, acotados, posiblemente indicativos de corrientías de agua, en los niveles inferiores –indígena-, nódulos de arcilla, espículas de carbón y con un corte bastante preciso de ‘piso(s) de ocupación’ en una profundidad que varía entre (-125 cm) y (-135 cm). En los niveles superiores el espesor de los estratos, no tiene grandes diferencias en la matriz sedimentaria pero si, rellenos acotados y esporádicos que perturban esa unidad, modificaciones que pueden tener orígenes diversos: raíces, pozos, etc.
- ⁷ “Hay dos procesos de excavación, el *arbitrario* y el *estratigráfico*. La excavación arbitraria constituye la simple remoción de tierra por cualquier medio, o bien se trata de una *excavación controlada a través de niveles de un grosor determinado y previamente establecido*.” (Harris 1991:34)[El subrayado es nuestro, con ello indicamos que dadas las condiciones de espacio y tiempo permitidos para realizar las excavaciones en el área citada, fue necesario diagramar una estrategia de excavación previa de aproximación a los niveles estratigráficos de contacto hispano-indígena, uno de los objetivos principales del proyecto desde el cual este estudio parte.]
- ⁸ El cálculo del MNE se hizo atendiendo a la recuperación posible de especímenes, que tuviesen un elemento óseo común, sea uniéndolos o con suficientes características similares que apuntarán en tal sentido (entre

- otros: Klein y Cruz Uribe 1984; Mengoni Goñalons 1988, 1999; Lyman 1994; Fernández 1998).
- ⁹ La meteorización media la obtenemos sumando los productos de cada NISP por el estado de meteorización correspondiente y dividido por el NISP total:
 - ¹⁰ Otros factores intervienen e inciden en la integridad del elemento óseo cuando éste se halla en superficie, como por ejemplo, la abrasión, el pisoteo, marcas de dentición, etc., pudiéndose estudiar a partir del registro de marcas y huellas específicas sobre la superficie ósea. La incidencia de estos factores se deben estudiar en forma específica y deberían contrastarse con la hipótesis posible de que el sitio se ajuste a un ámbito restringido en cuanto al manejo de la basura, que condicionarían aquellas acciones incidentes sobre los restos óseos.
 - ¹¹ A los efectos de esta presentación se los toma en conjunto. Ciertos elementos son factibles de ser distinguibles a escala específica, para lo cual se requiere una buena colección de referencia, atendiendo a las dificultades propias de su identificación. Parte de nuestros próximos objetivos se relacionan con la conformación de dicha colección, que nos permitan lograr esa diferenciación interespecífica. (Ver Lyman 1994; Landon 1996, entre otros)
 - ¹² Es nuestra intención estudiar con detalle la sedimentación del lugar a partir de análisis físico-químicos para determinar su composición - granulometría, composición mineralógica, pH, etc-. En especial atendiendo a las influencias antedichas, causadas por el sismo de 1861. Datos obtenidos del proceso de excavación indican un proceso de sedimentación constante y paulatino. Un ejemplo de ello es el efecto terremoto que produce una elevación generalizada del terreno. Por otra parte ciertos sectores muestran una concentración de 'desperdicios' a distinta profundidad. En los sondeos analizados aquí no determinamos con precisión sectores alterados por fuego que pudiesen indicar su utilización en la cremación de los restos abandonados.
 - ¹³ Algunos autores señalan que deben tenerse en cuenta: "...dos factores principales: tafonómicos y de recuperación del material en excavación; ambos implican pérdida de información." (Salemme et al 1988:65)
 - ¹⁴ Los especímenes asignados al grupo taxonómico 'mamíferos medianos' (MM), corresponden aproximadamente al tamaño de *Ovis aries* o *Capra hircus*, de acuerdo a lo establecido en nuestro trabajo anterior (García Llorca 1999). Debe advertirse que la correspondencia no es exacta que son estimaciones y que intervienen diversos factores, por ejemplo la fragmentación y el desgaste que tienden a decrecer el tamaño del hueso; el elemento óseo o porción de él, dada la variación en la potencial de información que poseen; etc. (ver Landon 1996:138). Existe otra discusión: al hacer estas clasificaciones de rango amplio, pueden incluirse en ellas diversos taxones, donde se solapan distintos tamaños y/o edad. Sirva como ejemplo, *Lama* sp., en donde los animales más jóvenes -menor tamaño- se pueden solapar con tamaños mayores de *Ovis capra* o *Capra hircus*. Cabe aquí nuevamente lo expuesto anteriormente: depende del grado de identificación posible del elemento o porción de él, para poder hacer una separación menos inclusiva. Por ejemplo diferencias morfológicas entre las epífisis distales de los metapodios y fusión de las epífisis, entre las especies mencionadas. Mayor dificultad de identificación presentan las diáfisis de los huesos largos.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Alejandro y Marcela Rodríguez
1998. Análisis arqueofaunístico de un basurero histórico del siglo XIX (Monte Grande, Pdo. de Esteban Echeverría, Pcia. de Buenos Aires), *Arqueología* 8:9-27. Buenos Aires. UBA (Fac. de Fil. y Letras, ICA, Sección Arqueología)
- Bárcena, J. Roberto
1997. Mendoza desde abajo. En: Pablo Lacoste (comp), *Colón y Mendoza colonial* (2): 20-25. Mendoza, Serie Humanidades y Ciencias Sociales, Diario Uno.
- Bárcena, J. Roberto y Jorge García Llorca
1997a. Arqueología e Historia Urbana: Investigaciones en el Área Fundacional de Mendoza, Departamentos Capital y Guaymallén. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* Tomo III: 219-226. La Plata. UN La Plata.
1997b. Arqueología e Historia Urbana. Primera etapa: investigación de la dominación incaica en la ciudad y el conurbano mendocino. *Resúmenes de las Jornadas de Investigación del CIUNC*. Mendoza. UN Cuyo.

Bárcena, J. Roberto y Daniel Schavelzon

1991. El Cabildo de Mendoza. Arqueología e Historia para su recuperación. *Xama* 3: 9-174. Mendoza. Unidad de Antropología – CRICYT.

Berhensmeyer, Anna K.

1978 Taphonomic and ecologic information from bone weathering. *Paleobiology* 4:150-162.

Barone, Robert

1987 *Anatomía comparada de los mamíferos domésticos*, T I (Osteología) Parte II (Atlas), Fascículo I Edit. Hemisferio Sur S.A. Buenos Aires.

1990 *Anatomía comparada de los mamíferos domésticos*, T I (Osteología) Parte II (Atlas), Fascículo II Edit. Hemisferio Sur S.A. Buenos Aires.

Blasco Sancho, María Fernanda

1992. *Tafonomía y Prehistoria. Métodos y procedimientos de investigación*. Departamento de Cultura y Educación. Gobierno de Aragón. Zaragoza.

Bonofiglio, Marta

1997. La Instalación española en el río II. *Simposio Arqueología en los asentamientos españoles en la Argentina (siglos XVI al XIX)*, *Actas del XII CNAA* (1): 413-422. La Plata UN La Plata.

Fernández, Pablo M.

1998. Integridad y Resolución del Conjunto Arqueofaunístico de Campo Cerda 1 (Provincia del Chubut, Argentina), *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 17:205-228. Buenos Aires.

García Llorca, Jorge

2001. Análisis zooarqueológico del sitio “Allayme y Gorriti” en el distrito Pedro Molina, Guaymallén, Mendoza. *Actas de las IV Jornadas de Etnohistoria del Centro Oeste del país y III Seminario de Arqueología Histórica del Centro Oeste del país*. Río Cuarto. Facultad de Humanidades – UNRío Cuarto. [en prensa]

2002. Análisis zooarqueológico en el sitio “Escobería”, en la manzana del Convento de Santo Domingo, Ciudad de Mendoza. *Actas del Simposio Arqueozoología: Aspectos económicos, paleoambientales, sociales y simbólicos de los animales en el pasado humano. IV CNAA*, Rosario. Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes –UNR. [en prensa]

Gifford, Diane P.

1981. Taphonomy and Paleoecology: A Critical Review of Archaeology’s Sister Disciplines. *Advances in Archaeological Methods and Theory*, 4:365-438. New York. Academic Press.

Grayson, Donald K.

1979. On the quantification of vertebrate archaeofaunas, *Advances in Archaeological Method and Theory* 2, editado por M.B.Schiffer, pp 198-237. New York. Academic Press.

Harris, E.C.

1991. *Principios de estratigrafía arqueológica*. Editorial Crítica. Barcelona.

Klein, Richard G. y Kathryn Cruz-Uribe

1984. *The analysis of Animal Bones from Archaeological Sites*. Chicago. The University of Chicago Press.

Landon, David B.

1996. Feeding Colonial Boston: A zooarchaeological study. *Historical Archaeology*, vol. 30, n° 1. Society for Historical Archaeology.

Lyman, Richard Lee

1994a. *Vertebrate Taphonomy*. Cambridge University Press.

1994b. Quantitative units and terminology in zooarchaeology *American Antiquity* 59:36-71.

Mengoni Goñalons, Luis Guillermo

1988. Análisis de materiales faunísticos de sitios arqueológicos. *Xama* 1:71-120. Mendoza. Unidad de Antropología – CRICYT.

1999. *Cazadores de guanaco de la estepa patagónica*. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.

Prieto, María del Rosario y Carlos Wuilloud

1997. El medio ambiente. *Colón y Mendoza colonial* (2): 26-39. Mendoza. Serie Humanidades y Ciencias Sociales, Diario Uno.

Reitz, Elizabeth J. and Elizabeth S. Wing

1999. *Zooarchaeology*. Cambridge University Press.

Saleme, Mónica, Laura Miotti y Eduardo Tonni

1988. La determinación sistemática de los mamíferos en el análisis arqueofaunístico. *De procesos, contextos y otros huesos*. 65-73. Seminario de Actualización en Arqueología. Buenos Aires. Itto. de Cs. Antropológicas, Sección Prehistoria –Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Schiffer, Michael B.

1983. Toward the identification of formation process. *American Antiquity* 48 (4): 675-706.

Silveira, Mario J. y Matilde M. Lange

1999. Zooarqueología en un sitio histórico de la ciudad de Buenos Aires: Michelangelo. *Simposio Arqueología en los asentamientos españoles en la Argentina (siglos XVI al XIX)*, *Actas del XII CNAA* (1): 515-522. La Plata. UNLa Plata.

Torres, José M.

1988. La Zooarqueología. *Arqueología Medieval. En las afueras del <<medievalismo>>*, Miquel Barceló y colaboradores, pp: 134-164. Editorial Crítica. Barcelona.

LA OCUPACIÓN TEMPRANA DE LOS ANDES CENTRALES ARGENTINOS (CA. 11.000 - 8.000 AÑOS C¹⁴ AP)

Alejandro García ⁽¹⁾

RESUMEN

Debido a la escasez de información sobre el poblamiento temprano de los Andes Centrales argentinos y áreas adyacentes, durante varias décadas se ha observado una total ausencia de discusión e intercambio de ideas sobre el tema. El hallazgo de nuevas evidencias contribuyó a mejorar nuestro conocimiento sobre aspectos como la tecnología lítica y la explotación de recursos faunísticos, y a realizar observaciones sobre la caracterización y la organización de estas sociedades (como la imposibilidad actual de determinar la economía de las sociedades del Pleistoceno final, y la conveniencia de considerar que las alternativas disponibles permitían un manejo flexible de las decisiones sobre la economía y el asentamiento). Estas propuestas intentan promover la discusión de algunos modelos e interpretaciones presentes en el área, vinculados con los sistemas de asentamiento/subsistencia tempranos en ambas vertientes de la cordillera del sector analizado.

Palabras clave: Arqueología. Andes Centrales argentinos. Poblamiento temprano. Sistemas de asentamiento. Subsistencia. Tecnología.

ABSTRACT

For several decades there has been little discussion about the early peopling of the Central Argentine Andes and its surrounding areas due to the scarcity of information for the region. Recent findings contributed to our understanding about subjects such as lithic technology, the exploitation of faunal resources and the general characterisation and organisation of these societies. For example, currently it is impossible to determine with precision the economy of the final Pleistocene societies and it is convenient to consider that the available options permitted flexible decisions regarding economy and technology. These proposals try to promote the discussion of current models and interpretations related to the early settlement/subsistence systems on both sides of the Andes in the study area.

Key words: Archaeology. Central Argentine Andes. Early peopling. Settlement systems. Subsistence. Technology.

¹ CONICET – UNSJ – UNCuyo.

INTRODUCCIÓN

Recientes investigaciones en los sitios Gruta del Indio y Agua de la Cueva han contribuido a replantear algunos aspectos relacionados con el poblamiento inicial de los Andes Centrales Argentinos, y a ampliar nuestro conocimiento sobre otros. En el presente artículo se sintetizan la información disponible sobre el registro arqueológico temprano y algunas consideraciones sobre algunos temas vinculados estrechamente con la ocupación humana del área durante el Pleistoceno final y el Holoceno temprano, como su relación con la extinción de la megafauna pleistocénica y las posibilidades de caracterización de los grupos humanos tempranos y de sus sistemas de asentamiento/subsistencia.

¿PALEOINDIOS?

Si bien muchas veces los arqueólogos sudamericanos se refieren al “poblamiento temprano” o “pleistocénico”, es muy frecuente la utilización del término “paleoindio” para aludir a las primeras sociedades humanas del continente. Este término tiene la ventaja de ser inmediatamente relacionado con momentos y situaciones relativamente específicos: poblamiento temprano, caza de megafauna pleistocénica y probabilidad de presencia de estilos característicos en algunas piezas. Después de todo, la aparente correspondencia en la cronología, la orientación económica (vinculada con la caza de megamamíferos en espacios abiertos) y la tecnología (caracterizada por industrias bifaciales especializadas) fue lo que motivó su aplicación en Sudamérica (Lynch 1983:91). La posterior crítica de los dos últimos aspectos reflejó la necesidad de reconsiderar la significación y aplicabilidad del término. Teniendo en cuenta estos antecedentes y el registro temprano de los Andes Centrales Argentinos Chilenos se intentó contribuir a la discusión del tema (García 1997a). Una revisión de los elementos vinculados con el concepto de “paleoindio” evidencia la diversidad de opiniones y las dificultades inherentes al caso. Gnecco (1989:62) propuso redefinir el término y utilizarlo para toda la evidencia “prearcaica”. Sin embargo, cualquier intento de hacer hincapié en la importancia de la recolección o la agricultura “incipiente” para diferenciar “paleoindios” de “arcaicos” o “neolíticos” tropieza inevitablemente con el gran obstáculo de que no se dispone de un panorama completo para evaluar globalmente las conductas económicas de las sociedades de referencia (debido, entre otras cosas, a la preservación diferencial de la materia orgánica en los sitios arqueológicos, a la escasa probabilidad de descubrir varios sitios efectivamente correspondientes al mismo sistema, a las distintas posibilidades de evaluar la condiciones paleoambientales y la oferta de recursos en cada área, y la incidencia de la recolección de vegetales en la dieta), por lo que no parece adecuado vincular el “Paleoindio” con un modelo económico general (Miotti 1994).

Tampoco resulta operativo identificar lo “paleoindio” con una presunta “especialización” en el tipo de presas (debido a la probable variabilidad espacial y temporal del papel que jugó la megafauna en la dieta del hombre temprano y en la diagramación de sus movimientos a través del paisaje), o con la presencia de artefactos diagnósticos o restos de megafauna (Núñez *et al.* 1987, 1994), debido a la diferenciación funcional de los distintos sitios generados por una sociedad cazadora-recolectora y a la consecuente diversificación del registro arqueológico -lo que llevaría a que sólo algunos de los sitios producidos por una población (*i.e.*, los que presenten puntas “cola de pescado” o restos de megafauna) sean identificados como “paleoindios”-.

En base a lo anterior, se ha sugerido (García 1997a) la aplicación del término a aquellos casos en los que se evidencie o se presuma contemporaneidad con megafauna actualmente extinta, dentro de un marco cronológico de referencia que podría estar dado por el período de transición entre el Pleistoceno y el Holoceno, aunque el ajuste temporal debería ser regional. La base de esta posición es que la presencia de una fauna radicalmente distinta de la moderna ofrecía a las sociedades

humanas tempranas una serie de opciones económicas que no estuvieron al alcance de los grupos cazadores-recolectores posteriores. En realidad, éste es el principal elemento que diferencia a los grupos tempranos de los posteriores: la posibilidad de integrar (o de abstenerse de hacerlo) de diversas formas una determinada clase de recursos animales a la explotación que cada sociedad hacía del ambiente. Así, lo importante no es que la megafauna pleistocénica tuviera que tener un papel decisivo (o ninguno, o secundario) en la dieta, ni que la caza de estos animales (si se realizaba) se ejecutara mediante la utilización de proyectiles cuya elaboración respondiera a determinado estilo (*i.e.* puntas cola de pescado, o puntas foliáceas). Lo significativo es que las decisiones adaptativas de estos grupos debían contemplar la presencia y posibilidad de explotación de estos animales; de ahí en más, lo relevante es la probable diversidad de respuestas que pudieron adoptarse en cada caso, y la gran variabilidad arqueológica resultante, aspectos cuya comprensión debería ocupar un lugar central en las investigaciones sobre el tema.

LAS CONDICIONES PALEOCLIMÁTICAS DURANTE LA TRANSICIÓN PLEISTOCENO-HOLOCENO

El poblamiento temprano de la región coincidió con profundas modificaciones ambientales, aunque no está claro cómo éstas afectaron aspectos como la organización y la tecnología de los grupos humanos. Los estudios desarrollados en diversos sectores del área analizada indican que la transición Pleistoceno-Holoceno se habría caracterizado por un cambio importante en las condiciones ambientales, que se habría manifestado en una marcada disminución de las masas de agua y de los recursos bióticos asociados, fundamentalmente entre 11.000 y 9.000 años C¹⁴ AP (Zárate 2002). Asimismo, se habrían reducido los caudales fluviales y se habrían desarrollado nuevos ambientes de vegas y pasturas, en el marco de un proceso de cambio vinculado con un aumento de la temperatura, disminución de la humedad y una importante reducción de la biodiversidad (Zárate 2002; García *et al.* 1999). Los estudios polínicos coinciden en señalar este cambio, que fitogeográficamente representaría el paso de condiciones dominadas por una vegetación patagónica a otras con predominio de vegetación del Monte en el área del Rincón del Atuel (D'Antoni 1983).

Sin embargo, recientes estudios paleoambientales basados en análisis microhistológicos de contenidos de excrementos de micro-, meso- y megafauna obtenidos en la Gruta del Indio, y en el análisis fitosociológico de las asociaciones de las especies vegetales actuales y de las correspondientes al Pleistoceno final, señalan que los taxa de Monte habrían dominado el paisaje en el Rincón del Atuel desde por lo menos 31.000 años C¹⁴ AP (Martínez Carretero *et al.* 2003). Estos resultados ofrecen marcos alternativos para la consideración de algunos temas, como el grado real de ajuste adaptativo de los aspectos tecnológicos y organizativos de los primeros grupos humanos de la región a los cambios ambientales y las causas de la extinción de la megafauna pleistocénica (ver *infra*).

Pero la mayor incidencia de los cambios ambientales sobre el poblamiento temprano de la región probablemente esté vinculada con el proceso de retroceso de las masas de hielo que ocupaban los pasos transcordilleranos e impedían la comunicación entre ambas vertientes. Si bien el proceso de deglaciación no debió ser lineal y habría mostrado diferencias vinculadas con las características de cada paso (Zárate 2002), entre 14.000 y 11.000 años C¹⁴ AP habrían quedado abiertos varios corredores que pudieron posibilitar el acceso de grupos humanos desde el lado occidental hacia la vertiente oriental (García 1995). Aunque la información arqueológica de la región cuyana todavía es escasa, y no se han podido comprobar aún relaciones entre los registros tempranos de ambos lados de la cordillera, esta interpretación se adecua a los indicios actualmente disponibles: ubicación de dos sitios tempranos sobre la vía de comunicación que toma como eje los ríos Aconcagua/Mendoza –Caverna Piuquenes en Chile (Stehberg 1997) y Alero Agua de la Cueva en Argentina–, presencia de registros pleistocénicos en las áreas orientales más cercanas a

los pasos más accesibles –centro y norte de Mendoza (Schobinger 1971; Lagiglia 1979, 2002; García 1995) y en el centro de Chile (Núñez *et al.* 1994)–, menor antigüedad de las ocupaciones registradas en los territorios adyacentes por el norte y el este, y coincidencia cronológica entre la apertura de los pasos y los registros más antiguos conocidos hasta el momento en Cuyo (ca. 11.000 años C¹⁴ AP).

EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO TEMPRANO

Las evidencias vinculadas con el poblamiento temprano de la región provienen de numerosos sitios, pero sólo unos pocos presentan un registro arqueológico asociado a ocupaciones pleistocénicas; los restantes han brindado principalmente conjuntos de artefactos datados hacia el final del Holoceno temprano (ca. 8.500-8.000 años C¹⁴ AP). En Mendoza se han hallado dos puntas “cola de pescado”, ambas en superficie. Una proviene del sitio La Crucesita, ubicado en el extremo meridional de la precordillera. Se trata de una pieza completa, de 78 mm de longitud, elaborada en basalto (Schobinger 1971). Recientemente, Lagiglia (2002) ha reportado otra punta similar, tallada en calcedonia. Esta pieza proviene de Ranquil Norte (Malargüe), en el sur de Mendoza, y tiene la particularidad de presentar el pedúnculo acanalado en ambas caras.

Sólo dos sitios (Mapa 1) han brindado restos arqueológicos de edad pleistocénica en estratigrafía: la Gruta del Indio (Rincón del Atuel, San Rafael) y el alero Agua de la Cueva (Las Heras). En la Gruta del Indio Lagiglia (1968, 1974, 2002) halló restos de megafauna extinta (*Mylodon* sp., *Megatherium* sp. y *Equus* sp), concentraciones de carbón interpretadas como fogones y cuatro artefactos líticos elaborados en calcedonia. En el alero Agua de la Cueva, ubicado en el norte de Mendoza, se hallaron numerosos restos líticos y arqueofaunísticos, asociados a diversos fogones que brindaron varios fechados de edad pleistocénica (García 1997a).

Más numerosos son los hallazgos correspondientes al final del Holoceno temprano. En el sitio Arroyo Malo 3, un pequeño alero ubicado en el alto valle del río Atuel (centro-sur de Mendoza), se han hallado restos líticos y faunísticos que fueron datados en 8900±60 años C¹⁴ AP (Neme 2002:72-73). En el suroeste de San Juan han sido descubiertos diversos contextos caracterizados por la presencia de puntas grandes lanceoladas o triangulares con pedúnculo (Gambier 1974). El Alero Los Morrillos, la Colorada de La Fortuna, Bauchaceta, Hornillas de Arriba, Corrales Viejos y Ullum son algunos de los sitios en donde se ha hallado este tipo de registro, para el que se han obtenido tres fechados a partir de muestras de carbón de los dos primeros sitios mencionados: 8465±240 (Gx 1826), 8255±170 (Gak 4195) y 8160±160 (Gak 4194). En el norte de San Juan, en la cueva “El Peñoncito”, artefactos semejantes a los mencionados han sido datados entre ca. 7.500 y 7.100 años C¹⁴ AP (Berberían y Calandra 1984).

Registros similares han sido encontrados en diversos sectores de Mendoza (García 2001), como el valle de Uspallata (sitios Estación Uspallata Oeste, Cruz del Paramillo, cercanías de la Ciénaga de Yalguaraz, margen derecha del Arroyo del Tigre, terraza superior del Arroyo del Chiquero, y margen derecha del Arroyo Tambillos), Valle de Uco (sitios Cuevas de Guemán, Manzano Histórico y Yacimiento Peladero), y la precordillera (sitio Los Medanitos). En estratigrafía se han hallado conjuntos similares en la Gruta del Manzano (Malargüe), en niveles datados entre ca. 7.000 y 8.000 años C¹⁴ AP (Gambier 1985).

TECNOLOGÍA LÍTICA

La mayoría de los sitios que contienen restos vinculables con ocupaciones humanas de edad pleistocénica presentan hallazgos aislados o de superficie (*i.e.*, las dos puntas “cola de pescado”), o conjuntos muy escasos de artefactos (*i.e.*, los tres instrumentos y una lasca recuperados en Gruta



Mapa 1. Ubicación de algunos sitios mencionados en el texto

del Indio). Por lo tanto, el conocimiento actual sobre la tecnología lítica de las ocupaciones tempranas del área se concentra fundamentalmente en la información derivada del registro asociado con puntas de proyectil grandes lanceoladas y triangulares pedunculadas, y en el análisis de desechos e instrumentos del sitio Agua de la Cueva correspondientes al período de *ca.* 11.000-7.500 años C¹⁴ AP.

Con respecto al registro de este sitio, se analizó la totalidad de los instrumentos (n=828) y el 20,4% (n=3.674) de los desechos líticos recuperados (n total = 17.989). En los 828 instrumentos (730 correspondientes al período 11.000 – 9.000 años C¹⁴ AP) se identificaron 1.140 filos funcionales, ya que si bien la mayoría de los instrumentos son simples (n=565), la cantidad de instrumentos dobles (n=73), múltiples (n=8) o compuestos (n=166) es también importante.

La variabilidad morfológica es muy alta, por lo que no se han podido definir patrones estilísticos en las diferentes clases de artefactos. También pueden haber incidido el elevado número de piezas fracturadas (n=536), la escasa elaboración de los instrumentos (por ejemplo la extensión de los lascados es marginal en 547 casos) y la limitada cantidad de artefactos bifaciales (n=15; 1,8%). La mayoría de los instrumentos se obtuvo a partir de lascas (principalmente externas n=169; 20%, angulares n=190; 23% y planas n=59; 7%). En menor medida se utilizaron otras formas base, como los núcleos n=58; 7% y los nódulos n=40; 4,8%). Es elevada la cantidad de instrumentos (n=209; 25%) y desechos (n=286; 7,8%) que presentan restos de corteza.

Las clases de instrumentos más representadas son los raspadores, las raederas y los filos abruptos o semiabruptos con retoque unifacial. Considerando la ausencia de árboles y de arbustos con madera de buena calidad para la elaboración de útiles (por ej. mangos para artefactos, lanzadardos, etc.), el ingreso cuantitativamente importante de camélidos (y de sus cueros) como resultado de la caza, y la manufactura, uso y abandono de aquellos instrumentos líticos en el sitio,

resulta probable que los tipos de instrumentos mencionados se hayan vinculado fundamentalmente con el tratamiento de cueros. Con esta actividad podrían asociarse también los 15 perforadores registrados. También es importante la cantidad de “cuchillos” (n=181) y de otros artefactos de corte (cortantes, n=20; filos agudos con rastros de posible uso=24), en concordancia con el abundante registro arqueofaunístico del sitio. Resalta además la presencia de numerosos artefactos con filos funcionales naturales (n=208; 25,1%), y la baja frecuencia de piezas con retoque bifacial (n=15; 1,8%). Por otra parte, si bien en general los instrumentos presentan módulos medianos (n=431) o grandes (n=215), es destacable la cantidad de instrumentos pequeños, de largo y ancho menores de 2,5 cm (n=87).

Se destaca la ausencia de instrumentos de molienda y de puntas de proyectil. Aquélla es congruente con la muy escasa disponibilidad de recursos vegetales en el área. Con respecto a las puntas de proyectil, cabe señalar la presencia de una punta fragmentada redepositada en un nivel inferior por la actividad de roedores cavadores y el hallazgo de 16 lascas de adelgazamiento bifacial probablemente vinculadas a la producción de puntas de proyectil. La ausencia de puntas de proyectil podría deberse simplemente a que las actividades ligadas con la elaboración y conservación de armas se realizaban en algún sector específico (Pokotylo y Hanks 1989) no coincidente con el de la excavación, o en otro sitio.

Las materias primas más utilizadas fueron la riolita, la calcedonia y el cuarzo. Estas rocas estaban disponibles localmente, en un radio no mayor de 3 a 5 km del sitio. El basalto y la cuarcita, ubicables a 10-20 km del alero, son más escasos; finalmente, sólo se registró un artefacto de obsidiana, roca alóctona cuyas probables fuentes se encuentran por lo menos ca. 100 km hacia el sur (García 2002).

Los numerosos casos de identidad de materia prima entre desechos e instrumentos, las escasas evidencias de talla en las canteras detectadas, y la presencia de percutores (n=8) y de abundantes desechos correspondientes a las diversas etapas del proceso de talla indican que la mayor parte de los instrumentos se realizó en el sitio. Diversas conductas, como el uso casi exclusivo de rocas locales para la talla de instrumentos en el sitio, el muy bajo grado de elaboración de los artefactos, su abandono en el lugar de uso (en oposición a conductas conservadoras asociadas al transporte) y la ausencia de acopio de materias primas, reflejan una tecnología lítica básicamente expeditiva (García 1997b).

En cuanto al registro correspondiente al final del Holoceno temprano, en los sitios sanjuaninos (Gambier 1974, 1991) se destaca el uso de cuarzos, riolitas, tobas silicificadas, cuarzo, cuarcitas, andesitas y basaltos. La materia prima predominante en cada sitio parece depender de la oferta de rocas locales. Los conjuntos artefactuales se han obtenido principalmente a partir de lascas espesas, y están integrados por una diversidad de instrumentos: puntas lanceoladas y triangulares pedunculadas de tamaño mediano-grande, raspadores de forma generalmente oval de tamaños pequeño a grande, piezas bifaciales grandes y de reducido espesor denominadas “hojas”, y raederas de tamaño pequeño a grande. Además se hallaron otros tipos de instrumentos, como cuchillos (generalmente de filo natural), escasos perforadores y “hachas de mano” pequeñas, varias manos de molino y grandes raspadores denominados “cepillos” (Gambier 1974). Artefactos similares han sido hallados en superficie en diversos sitios del centro y norte de Mendoza (ver *supra*), en tanto que en la excavación de la Gruta El Manzano (Malargüe) puntas pedunculadas similares a las de los sitios de San Juan han sido recuperadas junto con numerosos retocadores de hueso, microraspadores y microrraederas (Gambier 1985).

Resulta difícil realizar una caracterización tecnológica de estos conjuntos, debido fundamentalmente a dos razones: a) en su mayoría provienen de sitios de superficie (hallazgos aislados, talleres o canteras-talleres), y se corre el riesgo de integrar al análisis materiales de épocas muy distintas; b) en el caso de los hallazgos en estratigrafía, la información publicada no presenta el grado de integridad, de detalle y desagregación suficiente como para permitir análisis adicionales.

SUBSISTENCIA

Las evidencias relacionadas con la subsistencia durante las ocupaciones pleistocénicas provienen de los sitios Agua de la Cueva y Gruta del Indio. En base al hallazgo de huesos quemados y a la relación espacial entre restos de *Mylodon* (huesecillos dérmicos) y un fogón, Lagiglia (1974) propuso el consumo de megafauna pleistocénica en la Gruta del Indio. Estas actividades se habrían desarrollado dentro del período 9500-11500 años AP (Lagiglia 2002). Estudios recientes en un área reducida del sector Este del sitio indican la probable presencia de nuevas especies en el registro faunístico del sitio (*Machrauquenia* sp. e *Hippidion* sp.), que se sumarían a las definidas previamente por Lagiglia –2002– (*Megatherium* sp., *Mylodon* sp. y *Equus* sp.). Sin embargo, no pudieron hallarse evidencias adicionales de consumo de tales especies por parte de los grupos humanos tempranos (García y Lagiglia 1999a).

El registro faunístico de Agua de la Cueva corresponde en su mayor parte a *Lama* (Neme *et al.* 1998). La especie *Lama guanicoe* (guanaco) es la más representada; también aparecen huesos probablemente atribuibles a vicuña –*Lama Vicugna vicugna*–, especie que actualmente no habita en la región, o a *Lama (Vicugna) gracilis*, extinta desde el Holoceno Temprano. Completan el registro elementos correspondientes a chinchillón (*Lagidium viscacia*?), ñandú (*Pterocnemia pennata*?), tunduque o tuco-tuco (*Ctenomys mendocinus*?), cuis (*Galea musteloides* y *Microcavia australis*) y quirquincho o mulita (*Chaetophractus vellerosus*).

En relación a los taxones identificados en el sitio, suponiendo que tal registro es un reflejo de las poblaciones animales de la zona, es importante comprobar que, a excepción de *Lama (Vicugna)* no parecen existir diferencias significativas entre los elencos faunísticos presentes en torno al sitio entre ca. 11.000 y ca. 7.500 años AP. Tampoco se observan diferencias importantes con la fauna silvestre actual de la zona.

La presencia de *Lama (Vicugna)* en relación a *Lama* sp. y *Lama guanicoe* es marcadamente menor: 20 especímenes vs. 1.029 en las Capas 2a y 2b (>9.000 años C¹⁴ AP). Por otra parte, la presencia de *Lama (Vicugna)* está restringida a la Capa 2b, esto es, al período ca. 11.000 - ca. 9.000 años AP. En conjunto, ambas situaciones podrían indicar que ya hacia 11.000 años AP las poblaciones de *Lama (Vicugna)* eran francamente minoritarias en relación a *Lama guanicoe*.

Con respecto a la importancia del guanaco en la dieta del hombre temprano, los hallazgos de Agua de la Cueva señalan coincidencias con lo observado en otros sitios arqueológicos de las regiones pampeana, noroeste y patagónico-fueguina (e.g. Borrero 1995). Esta tendencia se habría afianzado después de 9.000 años C¹⁴ AP a lo largo de los Andes Centrales Argentinos, ya que los registros correspondientes a la segunda mitad del Holoceno temprano (Arroyo Malo 3, Aleros de Los Morrillos, la Colorada de la Fortuna y Gruta del Manzano) han brindado restos faunísticos que pertenecen a especies modernas, con un claro predominio de *Lama guanicoe* (Neme 2002, Gambier 1974, 1985).

LA EXTINCIÓN DE LA MEGAFAUNA PLEISTOCÉNICA

Son aún escasos los hallazgos que permiten abordar el estudio de las causas de la extinción de la megafauna pleistocénica de la región. A la información ofrecida por Lagiglia (1968, 1974, etc.) para la Gruta del Indio se han sumado recientemente algunos datos relacionados con las excavaciones desarrolladas en ese sitio y en el Alero Agua de la Cueva (Lagiglia y García 1999, García y Lagiglia 1999a y 1999b, García 2003). El registro arqueofaunístico de Agua de la Cueva indica no sólo que los cambios ambientales operados desde ca. 11.000 años AP hasta la fecha no trajeron aparejados reemplazos faunísticos relevantes a nivel de género en los sectores altos de la precordillera (2.500-3.000 m s.n.m.), sino que, además, la intervención del hombre no parece haber afectado negativamente el recurso más explotado, esto es, *Lama guanicoe*, ya que éste habita

actualmente la zona en cantidades significativas. Lo mismo sucede con las poblaciones de ñandú, animal que actualmente habita el piedemonte y, en número muy reducido, la precordillera. La desaparición de *Lama Vicugna* hacia 9.000 años AP coincide cronológicamente con los cambios ambientales producidos en la región, y parecería estar más relacionada con este proceso natural que con la explotación por parte del hombre temprano.

Sobre la base del descubrimiento de restos óseos de *Myloodon* y *Megaterio*, a la observación de señales de termoalteración en varios de estos huesos, y a la presencia de concentraciones de carbón de edad pleistocénica y holocénica temprana, Lagiglia (1974) propuso un escenario de interacción entre el hombre temprano y la megafauna pleistocénica, cuya extinción se habría debido fundamentalmente a la actividad antrópica. Una posición similar es sostenida por algunos investigadores para los relativamente cercanos sitios de Quereo y Taguatagua (Varela *et al.* 1993, Núñez *et al.* 1994). Una revisión de los datos disponibles en la década de 1990 en el área de los Andes Centrales argentino-chilenos, incluyendo la vertiente occidental, y por lo tanto los sitios Quereo y Taguatagua (Núñez *et al.* 1994) sugería que el registro arqueológico areal, al igual que el de áreas cercanas, no avalaba esa posición (García 1999). Por el contrario, la incidencia del hombre en el proceso de extinción de la megafauna pleistocénica fue desestimada a partir de la consideración conjunta de algunos indicadores, como los marcados cambios ambientales hacia el límite Pleistoceno-Holoceno, la ausencia de indicios de la importancia de la megafauna en la dieta del hombre temprano, el abandono de algunos hábitats por parte de aquéllas antes de la llegada del hombre, la relación de éste con sólo algunas de las especies desaparecidas, la falta de evidencias de explotación masiva y la restricción espacial de especies modernas que habrían ocupado un papel secundario en la dieta (García 1999).

Por otra parte, en el marco de una nueva etapa de estudios en la Gruta del Indio (Lagiglia y García 1999) se inició la búsqueda de nuevas evidencias que llevaran a comprobar la relación entre el hombre y los megaherbívoros extintos en el sitio, y también se realizó una re-evaluación de la información cronológica disponible. Lamentablemente, el nuevo sector excavado no brindó un registro arqueológico que permitiera establecer aquél vínculo, si bien ofreció un registro mucho más extenso de la capa estratigráfica que contiene excrementos de megafauna y, consecuentemente, la posibilidad de obtener mayores precisiones sobre su edad y ritmo de depositación (García y Lagiglia 1999a). En este sentido, el conjunto de nuevas dataciones obtenidas aportó datos significativos para la discusión del tiempo posible de interacción entre seres humanos y megafauna pleistocénica. Long *et al.* (1998) realizaron un análisis de la superposición de las dataciones del sitio obtenidas en base a muestras de carbón por un lado y de restos de megafauna extinta por otro, y concluyeron que la coexistencia de los perezosos extintos y el hombre no era segura, y que, de haber existido, se habría desarrollado durante un tiempo muy corto. La integración de las nuevas dataciones al análisis indica que el período posible de interacción habría sido mucho mayor (por lo menos 1.400 años cal.), por lo que habría habido tiempo suficiente para que el hombre incidiera en la extinción de la megafauna (García 2003). Sin embargo, para probar esa interacción se necesitan evidencias más sólidas que las disponibles en la actualidad, las cuales podrían provenir de los estudios de marcas en los restos óseos recuperados en el sitio o del futuro hallazgo de asociaciones inequívocas de evidencias culturales y restos de megafauna.

Otra vía de información que contribuye a la discusión del tema es la determinación microhistológica de especies vegetales contenidas en los excrementos de la fauna del sitio Gruta del Indio y alrededores (*vide supra*). Los estudios realizados indican el predominio del Monte desde el Pleistoceno tardío, y que por lo tanto no hubo un cambio drástico en la cobertura vegetal del área entre ca. 31.000 y ca. 9.000 años C¹⁴ AP. Asimismo, tampoco se observan variaciones importantes en la composición de la dieta de la megafauna que habitó el sitio, la cual muestra el marcado predominio de especies arbustivas de Monte, como *Senna aphylla*, *Prosopis flexuosa* Depr. y *Acantholippia seriphioides*, complementadas por escasas herbáceas -e.g. *Panicum sp.* y *Digitaria sp.*- (Martínez Carretero *et al.* 2003). La información anterior indica que la extinción de

megaherbívoros en el área del Rincón del Atuel no estaría vinculada con un cambio de dieta ni con una reducción de la disponibilidad de los recursos vegetales consumidos por los megaherbívoros.

ORGANIZACIÓN FLEXIBLE DE LOS SISTEMAS DE ASENTAMIENTO

Las características fisiográficas y ambientales de algunos sectores de los Andes Centrales Argentinos sugieren el aprovechamiento de amplios e internamente heterogéneos territorios ubicados entre 30° y 36° desde el poblamiento inicial del área. La cercanía de diversos ambientes de montaña y llanura, la presencia de variados recursos en cada uno de ellos, su rápida accesibilidad y su facilidad de monitoreo debieron jugar un papel importante en la organización de los sistemas de asentamiento temprano. Los recientes estudios en la Gruta del Indio señalan que la perduración de la megafauna actualmente extinta se habría extendido hasta el Holoceno temprano (García y Lagiglia 1999a). Asimismo, la presencia de condiciones de Monte similares a las actuales durante la transición Pleistoceno-Holoceno implica una variada oferta de recursos vegetales entre los que se destacan *Prosopis sp.* y *Schinus sp.* (Martínez Carretero *et al.* 2003). Otros microambientes del piedemonte y la llanura oriental (fundamentalmente en torno a los principales ríos y arroyos del centro-norte de Mendoza) debieron presentar condiciones igualmente favorables para el desarrollo de vegetación y poblamiento animal similares a los de Gruta del Indio. La disponibilidad de recursos lacunares, fauna actual, megafauna pleistocénica actualmente extinta y una diversidad de especies vegetales en localidades alcanzables en dos o tres días de caminata, permitían la realización alternada de actividades aparentemente “especializadas”. Nada obstaba para que, en distintos momentos del año, un mismo grupo realizara actividades de pesca, caza intensiva de camélidos y fauna extinta (en sus hábitats más apropiados) y recolección intensiva de productos vegetales. Por ejemplo, a pesar de que el registro de Agua de la Cueva indica una intensiva explotación de camélidos actuales, nada implica acerca de las actividades de sus ocupantes en otros sitios, por lo que no cabe su identificación automática como “cazadores especializados en camélidos actuales”. Por el contrario, aquella situación puede considerarse un reflejo de la versatilidad de las poblaciones humanas del área para hacer frente a las necesidades vinculadas con la explotación de recursos. Los primeros ocupantes de la región no tenían necesidad de especializarse en un solo tipo de presa ni de excluir la explotación de parte de los recursos disponibles, ya que las condiciones locales permitían un manejo flexible de las decisiones sobre los traslados y la explotación de recursos.

En relación a lo anterior, la información disponible señala que Agua de la Cueva formó parte de sistemas de asentamiento multirregionales, que probablemente incluían sitios ubicados en los valles longitudinales intermontanos, la precordillera, y el piedemonte y llanura orientales. Debido a las condiciones ambientales del piso precordillerano superior (>2.500 m s.n.m.), la habitabilidad del alero era mucho mayor durante los meses estivales, ya que durante el invierno las nevadas y la falta de forraje para las manadas de guanaco hacen que éstos busquen sectores más bajos, con la consecuente reducción de la capacidad de sustento del área cercana al sitio. La presencia de obsidiana en el registro temprano (un instrumento y varios desechos) también señala la capacidad de obtención de recursos existentes a por lo menos 100 km de distancia.

Es importante también tener en cuenta que la explotación de ambientes diferentes y cercanos no debería siempre vincularse necesariamente con la idea de aprovechamiento de recursos complementarios. En principio, las condiciones paleoambientales (Zárate 2002) y la supuestamente baja demografía de los grupos humanos tempranos sugieren una localización más extendida de recursos importantes como el guanaco (actualmente restringido a la zona montañosa), por lo que, desde un punto de vista estrictamente económico, probablemente no era necesaria la ocupación de sitios de montaña como Agua de la Cueva. Por lo tanto, es conveniente tener en cuenta que además de los elementos económicos las decisiones sobre los traslados de los grupos humanos tempranos

debieron involucrar la consideración de aspectos sociales, comunicacionales, religiosos, territoriales, etc. (Politis 1996), cuyo alcance resulta muy difícil de ponderar debido a las limitaciones del registro. En algunos sitios, estos vínculos parecen manifestarse en el registro arqueológico de fines del Holoceno temprano, que presenta algunos elementos que indican el acceso, de manera directa o indirecta, a productos de regiones alejadas. Tal es el caso de los fragmentos o artefactos de valvas de moluscos del Pacífico hallados en los aleros de Los Morrillos (Gambier 1974).

En resumen, parece apropiado considerar el desarrollo de sistemas de asentamiento/subsistencia *flexibles*, cuyos componentes, ubicados en ambientes que ofrecían una diversidad de recursos, eran activados, anexados o abandonados según las necesidades globales (no sólo económicas), y a veces coyunturales (como en el caso de desastres naturales) de las sociedades tempranas.

CONSIDERACIONES FINALES

Una mirada amplia a las condiciones paleoambientales y a las diferencias importantes observables en el registro de los sitios pleistocénicos de los Andes Centrales Argentinos sugiere la conveniencia de considerar el desarrollo potencial de múltiples estrategias de subsistencia durante la transición Pleistoceno-Holoceno, vinculadas con la explotación de recursos variados en microambientes próximos y muy distintos, aunque esto no significa que el diseño de los sistemas de asentamiento tempranos girara exclusivamente en torno a variables económicas. Las características geográficas y la disponibilidad de recursos variados seguramente brindaban un marco de flexibilidad importante para la evaluación de un mosaico de alternativas vinculadas con aspectos como la movilidad, la economía, la subsistencia y el patrón de asentamiento.

Resulta interesante la mayor estandarización del registro arqueológico de los sitios de finales del Holoceno temprano en relación al del período 11.000 – 9.000 años C14 AP recuperado en Agua de la Cueva. Sin embargo, los datos disponibles indicarían la continuidad de estrategias vinculadas con la utilización predominante de recursos líticos locales, al igual que el mantenimiento de mecanismos que permitían el acceso a productos alóctonos como la obsidiana y valvas de molusco (e.g. encuentros sociales, intercambio, movimientos de larga distancia).

En cuanto a la explotación de recursos faunísticos, el registro de las ocupaciones pleistocénicas sugiere que la megafauna actualmente extinta habría sido un componente más del sistema de subsistencia, y que su importancia en la dieta no puede evaluarse global y promediadamente (como recurso “complementario”, “básico”, etc.), ya que cada recurso podía jugar un papel muy diferente en las distintas localidades explotadas a lo largo de un ciclo anual. Así, el guanaco, elemento básico en Agua de la Cueva, bien podía estar ausente en sitios ubicados en localidades aptas para el desarrollo y aprovechamiento intensivo de megafauna (como podría ser el caso de Gruta del Indio). Sin embargo, tras la desaparición de la megafauna pleistocénica el guanaco parece haberse convertido en un componente faunístico de primer orden dentro de la dieta. En definitiva, la incorporación que algunos autores hacen de las sociedades de finales del Holoceno temprano a un período “Arcaico” se basa fundamentalmente en esta modificación de las especies cazadas y en el cambio de diseño del conjunto de artefactos líticos, y no en evidencias de cambios en el patrón de asentamiento o en la intensidad de explotación de recursos vegetales, lo que implica la necesidad de re-definir este concepto, al igual que el de “Paleoindio”, sobre bases más firmes.

Recibido: mayo 2003.

Aceptado: octubre 2003.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto “Investigaciones arqueológicas y paleoambientales en el sur de San Juan y norte de Mendoza”, financiado por la UNSJ y la UNCuyo. Los estudios más recientes en Agua de la Cueva y Gruta del Indio fueron financiados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Cuyo y por la Fundación Antorchas.

Agradezco a Luis Borrero sus valiosos comentarios a la versión original del artículo.

BIBLIOGRAFÍA

Berberián, Eduardo y Horacio Calandra

1984. Investigaciones arqueológicas en la cueva “El Peñoncito”, San Juan, República Argentina. *Revista del Museo de La Plata* VIII (56): 139-169. La Plata, Fac. de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Borrero, Luis

1995. The Archaeology of the Far South America -Patagonia and Tierra del Fuego. En E. Johnson (ed.), *Ancient Peoples and Landscapes*: 207-215. Lubbock, Texas, Museum of Texas Tech University.

D’Antoni, Héctor

1983. Pollen analysis of Gruta del Indio. *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula*: 83-103. Rotterdam, Balkema.

Gambier, Mariano

1974. Horizonte de Cazadores Tempranos en los Andes Centrales Argentino-Chilenos. *Hunuc Huar* II:43-103. San Juan, IIAM, Universidad Nacional de San Juan.

1985. *La Cultura de los Morrillos*. San Juan, IIAM, Universidad Nacional de San Juan.

1991. *Cerro Valdivia. Los más antiguos cazadores y su paleomedio en el Valle del Río San Juan*. San Juan, IIAM, Universidad Nacional de San Juan.

García, Alejandro

1995. Agua de la Cueva Rockshelter and its Relationship to the Early Peopling of Central West Argentina. *Current Research in the Pleistocene* 12:13-14. Oregon, Center for the Study of the First Americans.

1997a. Connotaciones y uso del término “Paleoindio” en el Centro Oeste Argentino. *Revista de Estudios Regionales* 15: 7-18. Mendoza, Fac. Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

1997b. *La ocupación humana del Centro Oeste Argentino hacia el límite Pleistoceno-Holoceno: el componente paleoindio del sitio “Agua de la Cueva - Sector Sur”*. Tesis doctoral inédita. Mendoza, Fac. Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

1999. La extinción de la megafauna pleistocénica en los Andes Centrales Argentino-Chilenos. *Revista Española de Antropología Americana* 29:9-30. Madrid, Universidad Complutense.

2001. El “hiatus” ocupacional del Holoceno medio y el registro arqueológico del centro-norte de Mendoza. Pres. al *XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Rosario.

2002. Territorio de explotación de recursos líticos en los Andes Centrales Argentinos durante el Pleistoceno final - Holoceno temprano. *Revista do Museu de Arqueología e Etnología* 12:17-24. Sao Paulo, Universidade de Sao Paulo.

2003. On the coexistence of man and extinct Pleistocene megafauna at Gruta del Indio (Argentina). *Radiocarbon* 45 (1):33-39. Tucson, University of Arizona.

García, Alejandro y Humberto Lagiglia

1999a. Avances en el estudio del registro pleistocénico tardío de la Gruta del Indio (Mendoza). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 18:167-174. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

1999b. A 30,000 year old megafauna dung layer from Gruta del Indio (Mendoza, Argentina). *Current Research in the Pleistocene* 16:116-118. Oregon, Center for the Study of the First Americans.

García, Alejandro, Marcelo Zárate y Marta Páez

1999. The Pleistocene-Holocene Transition and Human Occupation in the Central Andes of Argentina: Agua de la Cueva locality. *Quaternary International* 54:45-53. Oxford, Pergamon.

Gnecco, Cristóbal

1989. El Paradigma Paleoindio en Suramérica. *Revista de Antropología y Arqueología* 6 (1):35-78. Bogotá, Universidad de Los Andes.

Lagiglia, Humberto

1968. Secuencias culturales del Centro Oeste Argentino: Valles del Atuel y Diamante. *Revista Científica de Investigaciones* 1(4):159-174. San Rafael, Mendoza, Museo de Historia Natural de San Rafael.
1974. *Atuel IV ante la prehistoria americana*. Ms. presentado al III Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Salta.
1979. Dinámica cultural en el centro oeste y sus relaciones con áreas aledañas argentinas y chilenas. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile* II:531-560. Altos de Vilches, Chile, Kultrún.
2002. Arqueología prehistórica del sur mendocino y sus relaciones con el Centro Oeste Argentino. En A. Gil y G. Neme (eds.), *Entre montañas y desiertos: arqueología del sur de Mendoza*: 43-64. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Lagiglia, Humberto y Alejandro García

1999. Las ocupaciones tempranas del Atuel (nuevos estudios en la Gruta del Indio). En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* III: 251-255. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

Long, Austin, Paul Martin y Humberto Lagiglia

1998. Ground Sloths and Humans at Gruta del Indio – Argentina. *Radiocarbon* 40:693-700. Tucson, University of Arizona.

Lynch, Thomas

1983. The Paleo-Indians. En J.J. Jennings (ed.), *Ancient South Americans*: 87-137. San Francisco, W.A. Freeman Co.

Martínez Carretero, Eduardo, Alejandro García, María Dacar y Carlos Borghi

2003. Late-Pleistocene environment in central-southern Mendoza (Argentina) from micro-, meso- and megafauna coprolites analyses. Ms. en revisión.

Miotti, Laura

1994. El Paleoindio y los primeros americanos. En *Actas y Memorias del XI Congr. Nac. de Arqueología Argentina (Res.)*:12-13. San Rafael, Museo de Historia Natural de San Rafael.

Neme, Gustavo

2002. Arqueología del Alto Valle del Río Atuel: modelos, problemas y perspectivas en el estudio de las regiones de altura del sur de Mendoza. En A. Gil y G. Neme (eds.), *Entre montañas y desiertos: arqueología del sur de Mendoza*: 65-83. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Neme, Gustavo, Adolfo Gil y Alejandro García

1998. Preliminary Zooarchaeological Results at Agua de la Cueva - Sector Sur Shelter. *Current Research in the Pleistocene* 15:139-140. Oregon, Center for the Study of the First Americans.

Núñez, Lautaro, Juan Varela y Rodolfo Casamiquela

1987. Ocupación Paleoindio en el Centro-Norte de Chile: Adaptación circunlacustre en las tierras bajas. En *Investigaciones paleoindias al sur de la línea ecuatorial*:142-185. San Pedro de Atacama, Taraxacum.

Núñez, Lautaro, Juan Varela, Rodolfo Casamiquela, Virgilio Schiappacasse, Hans Niemeyer F. y Carolina Villagrán

1994. Cuenca de Taguatagua en Chile: el ambiente del Pleistoceno y ocupaciones humanas. *Revista Chilena de Historia Natural* 67 (4):503-519. Santiago.

Pokotylo, David y Christopher Hanks

1989. Variability in Curated Lithic Technologies: An Ethnoarchaeological Case Study from the Mackenzie Basin, Northwest Territories, Canada. En D. Amick y R. Mauldin (eds.), *Experiments in Lithic Technology*: 49-66. BAR International Series 528. Oxford, British Archaeological Reports.

Politis, Gustavo

1996. *Nukak*. Bogotá, Sinchi, Centro Amazónico de Investigaciones Científicas.

Schobinger, Juan

1971. Una punta de tipo “cola de pescado” de la Crucesita (Mendoza). *Anales de Arqueología y Etnología* XXVI:89-97. Mendoza, Fac. Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

Stehberg, Rubén

1997. *El hombre y su medio en el Período Holoceno temprano (5.000 - 10.000 A.P.): Caverna Piuquenes, Cordillera Andina de Chile Central*. Comunicación pres. al XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Copiapó.

Varela, Juan, Lautaro Núñez y Rodolfo Casamiquela

1993. *Geología del Cuaternario de la Depresión Central de Chile entre Santiago y Laguna de Taguatagua*. Taller Internacional “El Cuaternario de Chile”. 5ª Reunión Anual del Proyecto PICG-281 “Climas Cuaternarios de América del Sur”. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Zárate, Marcelo

2002. Los ambientes del tardiglacial y Holoceno en Mendoza. En A. Gil y G. Neme (eds.), *Entre montañas y desiertos: arqueología del sur de Mendoza*: 9-42. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

ICTIOARQUEOLOGÍA DE LAS LAGUNAS DE GUANACACHE (MENDOZA, ARGENTINA). IDENTIFICACIÓN Y ESTACIONALIDAD DE CAPTURA A PARTIR DEL ANÁLISIS DE OTOLITOS SAGITALES

Pablo A. Cahiza ()*

RESUMEN

*Presentamos los resultados de la lectura de anillos estacionales de otolitos sagitales del registro ictioarqueológico de dos sitios de las Lagunas de Guanacache (Mendoza, Argentina). A partir de esto, identificamos a los especímenes consumidos como *Percichthys trucha* (perca o trucha criolla) y determinamos la estación de captura-muerte entre los meses cálidos de septiembre y abril. Analizamos estos datos y lo interpretamos en el contexto regional durante el periodo de dominación inka. Proponemos la existencia de un modelo de aprovechamiento estacional de la pesca en un nivel de economía de subsistencia, dada la ausencia de procesamiento, almacenamiento y transporte de pescados hacia los sectores de poblaciones sedentarias y agricultoras del piedemonte oriental de la Precordillera.*

Palabras claves: Otolitos. Lagunas de Guanacache. Estación captura-muerte. Perca.

ABSTRACT

*We present the results of the study of seasonal rings in the sagittal otoliths of the Ichthyoarchaeological assemblages of two sites in the Guanacache lakes (Mendoza, Argentina). Based on these results we identified the consumed specimens as *Percichthys trucha* (Creole perch) and the warm period between september and april as the capture or death season. We analyzed these data and interpreted them in the regional Inka dominion period. As there is no record of fish processing, storage and transport to the sedentary and agricultural groups living in the eastern Precordilleran piedmont, we propose a model of seasonal fishing within a subsistence level economy.*

Key words: Otholiths. Guanacache Lakes. Capture-death season. Creole perch.

(*) Unidad de Antropología, Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Cricyt- Mendoza); Instituto de Arqueología y Etnología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

INTRODUCCIÓN

Desde 1998 desarrollamos un proyecto de investigación arqueológica centrado en el estudio de la dominación inka (ca. 1480/1531-33 D.C.) en las tierras bajas de Mendoza y San Juan –República Argentina–, donde priorizamos una visión regional y diacrónica (siglo VI al XVII A.D) de la ocupación y uso del espacio de las poblaciones dominadas –los Huarpes–.

A partir de esta óptica, pudimos determinar la presencia de un modelo económico mixto, sustentado en la explotación de tierras agrícolas y ocupación sedentaria en el sector de piedemonte cercano a la Precordillera (800-600 msnm), y en la movilidad y práctica de actividades de caza, pesca y recolección en el sector de las Lagunas de Guanacache (600-540 msnm) (Figura 1).

De esta manera determinamos una situación fronteriza laxa de carácter económico, demográfico y cultural. Donde por un lado el piedemonte configuraba un espacio organizado de producción, aglutinador de poblaciones; y por el otro, el área lacustre se comportaba como un territorio donde la densidad demográfica era mucho menor y los grupos humanos eran más pequeños y móviles, proveedora de recursos silvestres (Cahiza 2002, 2003).

El registro arqueofaunístico regional reflejó este uso diferencial del espacio. Los sitios del piedemonte –Torre 285, Pozo Norte y Arroyo Cienaguita– se caracterizaron por la presencia de restos óseos de especies de alto rendimiento, específicamente camélidos –*Lama sp.*–. En cambio, en los sitios del sector lacustre –La empozada y Altos de Melián II– las especies identificadas mayoritariamente, corresponden a faunas de bajo rendimiento calórico: roedores, edentados, aves y peces (Cahiza 2002, 2003), con altas tasas de reproducción y predecibles en su localización, recursos *r* según Hayden (1990: 33).

En este trabajo nos ocupamos del estudio de uno de esos recursos: el registro ictioarqueológico de las Lagunas de Guanacache, especialmente de uno de sus elementos con mayor caudal informativo: los otolitos sagitales.

EL AMBIENTE LACUSTRE DE GUANACACHE

Las Lagunas de Guanacache o del Rosario se localizan en la zona que hemos denominado *tierras bajas* de Mendoza y San Juan. Se trata del sector de planicie centro oriental limítrofe entre dichas provincias, donde confluyen los principales colectores de Cuyo: los ríos Mendoza y San Juan –a los que se suman los aportes estacionales del Arroyo Tulumaya y del Río del Agua– conformando este complejo lacustre y dando origen al río Desaguadero.

El área es integrante de la Provincia Fitogeográfica del Monte, y presenta las características comunidades arbustivas de *Larrea divaricata*, alternando rodales aislados de *Prosopis flexuosa* y comunidades halófilas y psamófilas (Villagra y Roig 1999:311). Los 120 a 140 mm promedio anual de precipitaciones para la región (con escasa influencia en el régimen hidrológico de los ríos y lagunas), y la temperatura anual media de 18,5°C, con máxima absoluta media de 47° C y mínima absoluta media de -10° (Villagra *et al.* 1999: 366, Villagra y Roig 1999); ilustran la extrema aridez del área y las dificultades para el poblamiento humano.

Abraham y Prieto (1981) conceptualizaron el paisaje lacustre distinguiendo tres componentes ambientales: los médanos, contextos fluviales y los bañados y lagunas. Los primeros pueden ser subdivididos en los cordones de médanos propiamente dicho y en las depresiones intermedanas. Estas últimas pueden abarcar grandes extensiones, que al estar rodeadas de médanos, forman cuencas muy planas, sin desagües, llamadas ramblones.

El ambiente lacustre estaba formado por las antiguas lagunas que constituían una red de espejos acuíferos de escasa profundidad entre las que se destacaban La balsita, del Toro, Hichuna, del Tronco, Grande, de Guanacache o Huanacache y del Rosario. En la actualidad, el intenso aprovechamiento hídrico en los oasis centrales de Mendoza y San Juan y otros procesos de carácter geomorfológico, han provocado que el llenado de las lagunas sea ocasional y parcial.

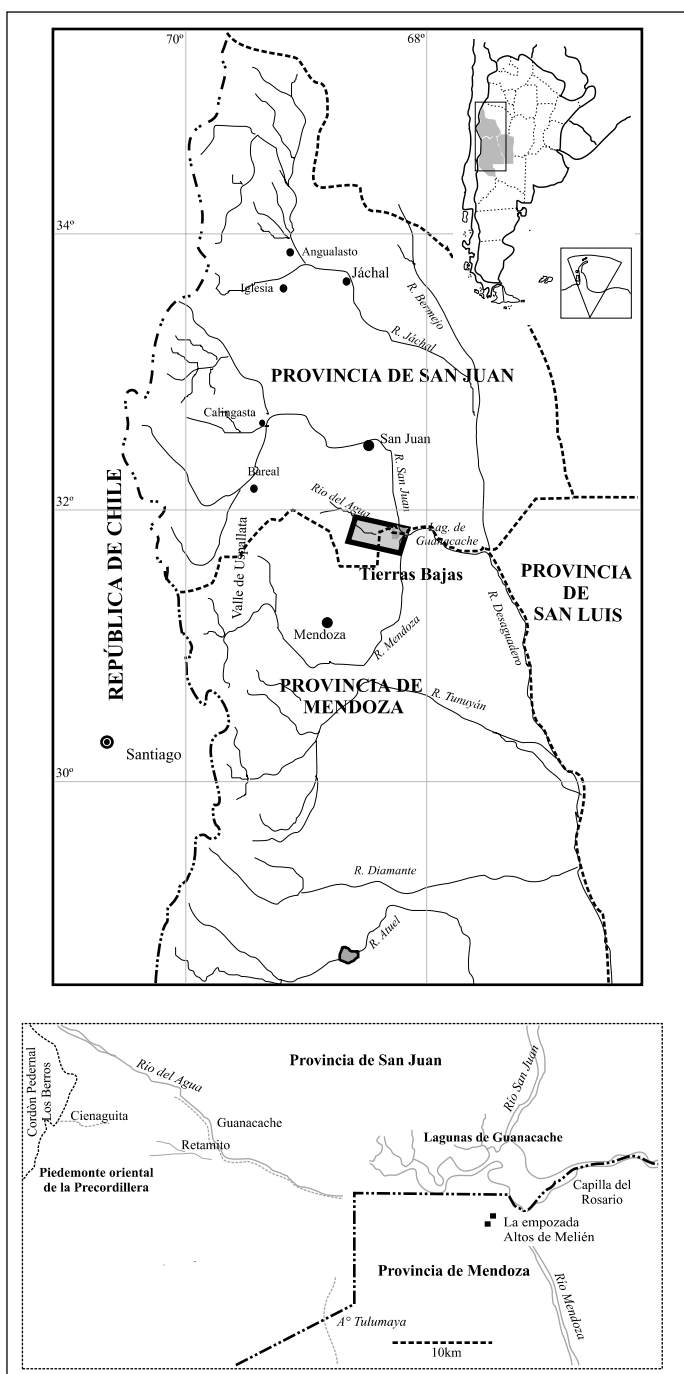


Figura 1. Ubicación de las Lagunas de Guanacache en las *tierras bajas* de Mendoza y de San Juan, en el Centro-oeste de la República Argentina

LOS OTOLITOS Y SU POTENCIAL INFORMATIVO EN ICTIOARQUEOLOGÍA

Los peces teleósteos poseen tres pares de otolitos o piedras auriculares en el interior del aparato vestibular: sagitta, lapillus y asteriscus, siendo el de mayor tamaño el sagitta. La estructura

de estos cuerpos calcáreos se compone de anillos de crecimiento estacional y diario, constituidos por bandas translúcidas –zona Hialina–, alternadas con bandas opacas. En periodos de crecimiento favorable –temporada cálida– y en condiciones medioambientales óptimas, la zona hialina es ancha y bien diferenciada, siendo los microcristales delgados. Mientras que en periodos de crecimiento lento –temporada fría–, condiciones ambientales adversas, el microincremento es fino y los microcristales más compactos, generando las zonas opacas (Pannella 1980; Luque y Ramírez 1996).

Tales características han posibilitado que se lleven a cabo estudios orientados a la identificación de las especies ictícolas consumidas, la estación de muerte, y la edad de los individuos capturados (entre otros Llagostera 1977; Llagostera *et al.* 1997; Van Slyke 1998; Higham y Horn 2000).

Un aspecto interesante, desde una óptica netamente arqueológica, es la gran resistencia que presentan los otolitos a la erosión mecánica. En este conjunto también se pueden incluir a otras piezas como: supraoccipital, dentario, articulación de maxila, articulación de articular y cuerpo vertebral (Vargas *et al.* 1991:359).

Estos elementos ofrecen la posibilidad de recuperar gran cantidad de información cuando aparecen en sitios arqueológicos como parte del registro faunístico, sobre todo teniendo en cuenta las dificultades de identificación que poseen los restos óseos de peces (Ryder 1980, Van Slyke 1998).

Sin embargo, a pesar de que en los últimos años se han desarrollado trabajos ictioarqueológicos en nuestro país –casi exclusivamente en las regiones patagónica y pampeana– (Balesta *et al.* 1994; Favier Dubois y Borella 1997; Izeta 1997; Borella 1999; González de Bonaveri *et al.* 1999; Acosta y Musali 2001, 2002; Zangrando 2001, 2003), hasta donde sabemos ninguno se ha orientado hacia el estudio de los otolitos (únicamente mencionados como elemento en Balesta *et al.* 1994:152 y en Zangrando 2003), especialmente en ambientes áridos como el Centro-oeste argentino.

PECES Y PESCA EN LAS LAGUNAS DE GUANACACHE

Las cuencas hidrográficas de los ríos Mendoza y San Juan integran la Provincia Ictiográfica Sub-andina cuyana (Arratia *et al.* 1983: 97). En el curso inferior del río Mendoza –entre Cacheuta y las Lagunas de Guanacache– se ha reconocido la presencia de: *Hatcheria macraei* (bagre), *Pygidium heterodontum* y *Pygidium borelli*, *Percichthys trucha* (perca), *Jenynsia multidentata*, *Cnesterodon decemmaculatus*, *Cheirodon interruptus interruptus* (mojarra plateada) (López *et al.* 2003; Peñafort 1981). También se menciona la presencia de *Odontesthes hatcheri* (pejererrey patagónico) que en los últimos 20 años no ha sido recolectada en el área (Arratia *et al.* op.cit.:58-60) y un elemento singular: la anguila criolla (*Synbranchus marmoratus*) (Videla *et al.* 1997:30). La actual ictiofauna de Mendoza y San Juan presenta nuevos aspectos respecto a la originaria de la región, debido a la acción antrópica moderna de enriquecimiento de la fauna piscícola con especies exóticas: *Cyprinus carpio* (carpa) (Peñafort 1981) y salmónidos (Villanueva y Roig 1995).

Numerosas fuentes coloniales describen las características de la población ictica nativa de Mendoza y sobre todo del complejo lacustre de Guanacache, especialmente porque era un recurso atractivo para los pobladores españoles.

Los habitantes de las lagunas: *se sustentaban de ... pescado que hay en muchas lagunas de esta comarca* (Juan López de Velazco 1901 [1590]). *Allí se pescan en grandísima abundancia las truchas, que llaman de este nombre, que son muy grandes como sábalos de Sevilla, pero mucho más regaladas, sin comparación, porque no tienen espinas y son más delicadas y sabrosas y muy sanas* (Alonso de Ovalle 1889 [1646]). *En las Lagunas de Guanacache se cogen las mejores truchas; que incluso son consumidas en Chile (preparadas seguramente como charqui); muy grandes, muy sabrosas y las más afamadas de este Reyno y que tiene nombre en otras partes. Tiene el pellejo grueso y duro, la carne sólida y mantecosa; traénla a la ciudad de Santiago y echadas en agua se esponjan de maneras que parecen frescas* (Diego de Rosales 1937 [1666]).

Desde tiempos coloniales relativamente tempranos comenzó la explotación del recurso

ictícola. En 1604 el Cabildo de Mendoza acuerda con el Regidor y protector de los naturales *que vaya a las lagunas de guanacache y pueda tomar todas las yegoas y cavallos que allar de los dhos y traerlos consigo a esta ciudad los caullos y yegoas cargados de pescado y sal* (Actas Capitulares de Mendoza 1945 t I:279). Incluso hacia mediados del siglo XVIII prisioneros de guerra portugueses se encontraban asentados en las riberas de las Lagunas de Guanacache, dedicándose a la explotación y comercialización de la pesca, al punto que se rebautizarán las lagunas como *La Pescadería* (Abraham y Prieto 1981: 129).

Los antecedentes arqueológicos sobre el aprovechamiento de la fauna ictícola se relacionan en su mayoría con artefactos vinculados con su explotación, más que con los restos osteológicos de peces. Rusconi (1962: 420-421, 451-452) describe artefactos líticos procedentes de Paso de los Blancos y Altos de Melién, en la costa sur de las lagunas que define como cuchillos de Pizarra, a los que le asigna la funcionalidad de descamar y trozar peces. En tanto, Vignati (1953: 33-37) apoya la hipótesis de Rusconi y le adjudica la misma funcionalidad a seis artefactos de Alto del Puesto y Alto Blanco. También menciona *útiles para pescar* donde presenta dos puntas de anzuelo de *jasepe negro* y una *pedra para red*, todas halladas en el Alto del Puesto.

Chiavazza (2001:110) advierte la presencia de restos de ictiofauna en sitios arqueológicos cercanos al complejo lacustre de Guanacache. Adelanta que probablemente se trata de carpa de río (*Cyprinus carpio*). A partir de esta identificación propone que algunos sitios con contextos arqueológicos de mayólicas y otros materiales europeos –entre los que menciona Altos de Melién– serían poshispánicos tempranos.

MATERIALES Y MÉTODOS

Analizamos el material ictioarqueológico procedente de dos sitios del área lacustre: La empozada y Altos de Melién. Se trata de sitios principalmente de superficie, el primero se localiza en un *bordo* –geoforma de costa de laguna, constituido por sedimentos compactos– (que también presenta materiales estratificados) y el segundo en un *médano* –geoforma de escasa altura formada por sedimentos arenosos–. Ambos han sido reocupados y son multicomponentes, con presencia de alfarerías asignadas a las culturas de “Agrelo” (600 D.C./1200 D.C.) y “Viluco” (1400 D.C./1700 D.C.) (Cahiza 2000, 2002, 2003).

El sitio arqueológico La empozada –S 32° 09' 35,8" W 68° 16' 10,8" – se ubica seis kilómetros al oeste-suroeste del caserío principal de Capilla del Rosario, cerca del paso de Los Blancos, al sur del Puesto y corrales abandonados del mismo nombre, en la costa austral de las Lagunas de Guanacache, junto a un paleocauce del río Mendoza. Se trata de una concentración de materiales superficiales multicomponentes de 6935 m². En ese sector excavamos 8 sondeos divididos en celdas de 0,25 m² que abarcaron una superficie de 6m². Alcanzamos los 65 cm de profundidad. Se avanzó a partir de capas o niveles artificiales de 10 cm, que denominamos con letras (a-f). Identificamos en superficie materiales cerámicos mezclados adscribibles a las características de los componentes Agrelo y Viluco (niveles a-b 0/-25cm), mientras que los niveles más profundos (c-f –25/-60 cm) se caracterizaron por la presencia de cerámica del tipo Agrelo.

Los Altos de Melién –32° 10' Lat. Sur y 68° 16' Long. Oeste y a 540m.s.n.m– están localizados 1km al sur– sureste de La empozada. Son una serie de elevaciones medianosas con orientación E-O, que subdividimos en I, II y III. Nuestra investigación se centró en Melién II –S 32° 10' 26,0" W 68° 16' 20,5" y 15.525m² de superficie–, específicamente estudiamos dos concentraciones superficiales de elementos arqueológicos asociadas a estructuras de combustión; que llamamos sectores I y II.

El sector I abarcó una superficie de 31 m², que dividimos en cuadrículas de 1m², y subdividimos en celdas de 0,25cm², a partir de ellas realizamos la recolección de los materiales arqueológicos de superficie. Además, planteamos la excavación de 3m² (aproximadamente el 10%

del sector). En una de esas cuadrículas –C6– detectamos la presencia de una estructura de combustión.

El sector II, ubicado en la parte superior del médano Melián II, tiene una superficie de 64m², dividido en igual cantidad de cuadrículas de 1m². A partir de ellas, al igual que en el sector I, efectuamos la recolección superficial de materiales. También excavamos, esta vez 9,4 m² (casi el 15% del sector). Seleccionamos 8 de las cuadrículas de excavación a través de un muestreo sistemático, al que agregamos una cuadrícula (posteriormente ampliada) que presentaba una estructura de combustión. A partir de su excavación recuperamos 43 gramos de carbón vegetal. La muestra fue datada en 100 ± 50 BP – Cal AD 1665 to 1955 (Cal BP 285 to 5) (Beta 132914) (Cahiza 2000).

Durante la recolección superficial y la excavación no hallamos elementos de origen europeo. Sin embargo, el fechado radiocarbónico de la estructura de combustión de la cuadrícula B1 dio una antigüedad asignable a los siglos XVII y XVIII. Por ello ubicamos a una de las ocupaciones de Melián II, en el periodo de dominación hispánico-colonial de Cuyo, pero en momentos previos a la incorporación del área dentro de la frontera del imperio español en Mendoza, en lo que Abraham y Prieto (1981) han denominado *periodo de desestructuración* de la sociedad huarpe (desde mediados del siglo XVI hasta fines del XVII).

En cuanto al análisis del registro óseo de peces, estimamos el número mínimo de individuos (NMI) existentes en la muestra agrupando los otolitos, según las variables de lateralidad, longitud, ancho y espesor. En el caso de los otolitos fragmentados (mitades en la mayoría de los ejemplares), consideramos lateralidad y ancho. La longitud de los otolitos también nos interesó en función de utilizar esta medición como indicador indirecto y relativo del tamaño de los peces de la muestra (Campana 1990; Ragonese y Reale 1992; Meekan *et al.* 1998; entre otros). Medimos la longitud máxima entre el rostro y la cauda, considerando sólo aquellos especímenes enteros (Llagostera *et al.* 1997:167). Presentamos los resultados de las medias de las longitudes por sitio y nivel indicando entre paréntesis la cantidad de datos de la muestra (n) y la desviación estándar de la media de la muestra (s).

Calculamos los porcentuales de termoalteración del material ictioarqueológico a partir de la observación de las vértebras, puesto que los otolitos no presentaban rasgos visibles de cocción (salvo dos pequeños fragmentos carbonizados de Altos de Melián, sector II).

Andrus y Crowe (2002) han determinado la presencia de alteraciones de la aragonita de los otolitos como consecuencia de diferentes tratamientos experimentales de cocción. Nosotros tomamos las alteraciones térmicas como indicador de que el conjunto es de origen cultural (Zohar *et al.* 2001), relacionado más con conductas de desecho de restos óseos que de la cocción de alimentos.

Tomamos una muestra de 60 otolitos: 13 de La empozada, 30 de Altos de Melián II sector II y 17 del sector I; correspondiente a elementos completos, y la analizamos en el departamento de Zoología del Centro Regional Universitario Bariloche, con la dirección y asistencia de Víctor Cussac y Daniela Milano.

Además de la comparación morfológica con otolitos de muestreos modernos con el fin de la identificación de los otolitos arqueológicos, procedimos al análisis de anillos de crecimiento de las sagittas. La preparación de la muestra incluyó la inserción de los otolitos (con la cara dorsal hacia arriba) en una mezcla de resina epoxi transparente y tintura negra. Posteriormente iniciamos el pulido de los otolitos con lijas al agua muy finas (grano 120 y 1000) hasta llegar al *kernel* (centro o núcleo del sagitta), logrando una sección transversal. Observamos el corte en lupa binocular *Leica Wild M3C* y digitalizamos su imagen con software *Image Pro Plus*, determinando la estación de muerte de los individuos analizados.

RESULTADOS

Los conjuntos óseos de La Empozada (NISP 2949) y Altos de Melián II sector II (NISP 11845) están compuestos en su mayoría por especímenes que corresponden a taxa de tamaño pequeño: aves, peces y mamíferos pequeños. Esto se ve reflejado en los resultados muy bajos de la razón peso (g.)/NISP (0,06 para La empozada y 0,03 para Altos de Melián II, sector II).

La alta fragmentación del registro arqueofaunístico de La empozada y de Altos de Melián II, sector II incidió en los bajos niveles de identificación, especialmente para el segundo de los sitios mencionados. A pesar de esto pudimos reconocer: Dasypodidae, Ranidae, Rodentia, Aves, Osteichthyes y *Lama* sp. (sólo en Altos de Melián). Otro nivel de identificación menor fue tener en cuenta aquellos fragmentos óseos que sólo se pudieron adjudicar a una estipulación de tamaños: mamíferos grandes (MG) taxas del tamaño de los camélidos sudamericanos; mamíferos medianos (MM) de tamaños similares a los del puma (*Felis concolor*) y mamíferos pequeños (MP) de tamaños comparables a los de la liebre patagónica (*Dolichotis patagonum*) o menores aún. Otra categoría se refiere a huesos largos –diáfisis– pertenecientes a aves y mamíferos pequeños, que nombramos simplemente pequeños (P), diferenciándolo de mamíferos pequeños (MP) y con un nivel de identificación que los aparta de los no identificados (NI). (Tabla 1 y Figura 2)

Tabla 1. Conjunto arqueofaunístico de La empozada y Altos de Melián II (Lagunas de Guanacache, Mendoza).

	La empozada		Altos de Melián II	
NISP	2.949		11.845	
PESO (g)	167,77		338,04	
PESO (g)/NISP	0,06		0,03	
Nivel de identificación taxonómica	NISP	%	NISP	%
<i>Lama</i> sp.	0	0	24	0,2
Dasypodidae	38	1,29	128	1,08
Ranidae	10	0,34	1	0,01
Rodentia	71	1,9	12	0,1
Aves	184	6,24	59	0,5
Osteichthyes	1015	34,42	767	6,48
Mamíferos Grandes (MG)	5	0,17	96	0,81
Mamíferos Medianos (MM)	3	0,10	4	0,03
Mamíferos Pequeños (MP)	165	5,60	33	0,28
Pequeños (P)	1000	33,91	990	8,36
No identificados (NI)	458	15,53	9731	82,15

El material óseo perteneciente a peces en La empozada, está compuesto por 1015 especímenes, lo que significa el 34,42% del total de la muestra arqueofaunística del sitio. Los elementos de peces que predominan son las vértebras y los otolitos, reuniendo un total de 637 (62,76% de la muestra peces).

El conjunto de otolitos se compone por 34 elementos completos y 143 fragmentados, en tanto que las vértebras enteras recolectadas fueron de 351 y 151 fragmentadas. En la distribución por nivel se observó mayor cantidad de ejemplares en los niveles superiores (Tabla 2).

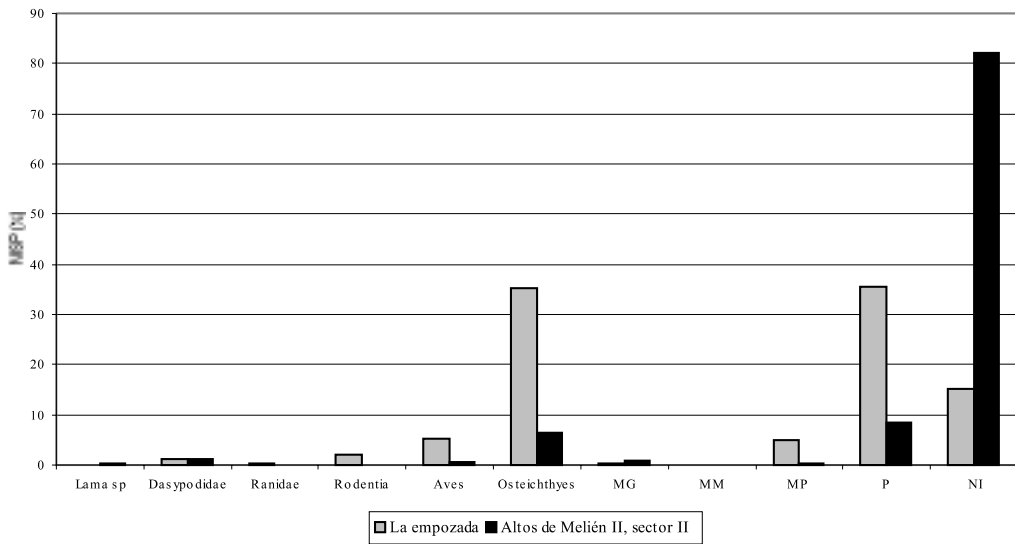


Figura 2. Distribución relativa (%) del registro óseo de La Empozada y Altos de Melián según categoría de identificación

Tabla 2. Distribución de otolitos y vértebras según niveles de excavación, La empozada (Lagunas de Guanacache, Mendoza)

Nivel	Otolitos		Vértebras	
	Enteros	fragmentados	enteros	fragmentados
A	14	98	41	9
B	17	38	152	52
C	3	4	96	19
D	0	2	49	25
E	0	1	13	2
Total	34	143	351	107

La mayoría de los restos óseos de peces de Altos de Melián II sector II (6,5% del total arqueofaunístico), pertenecen a otolitos y vértebras (95%). La muestra de estos materiales quedó conformada por 75 otolitos enteros y 103 fragmentados, y las vértebras significaron 342 elementos completos y 202 fragmentados (Tabla 3).

Una submuestra de diez otolitos, integrada por elementos de La Empozada y Altos de Melián, correspondientes a contextos de superficie y excavación, fue enviada a Víctor Ruíz –Departamento de Zoología de la Universidad de Concepción (Chile)–, determinando que los otolitos pertenecían a *Percichthys trucha* (perca o trucha criolla) –Figura 3–. A partir de la comparación con muestras actuales pudimos confirmar en el Centro Regional Universitario de Bariloche que los otolitos sagitales del registro arqueológico de las lagunas de Guanacache pertenecen a *Percichthys*. También detectamos una gran similitud con *Percichthys colhuapiensis* (perca bocona), sin registros modernos en el norte de Mendoza.

Tabla 3. Distribución de otolitos y vértebras según niveles de procedencia, Altos de Melián II, sector II (Lagunas de Guanacache, Mendoza)

Nivel	Otolitos		Vértebras	
	Enteros	fragmentados	enteros	fragmentados
Superficie	33	20	22	3
Excavación (0/-10cm)	42	83	320	199
Total	75	103	344	202

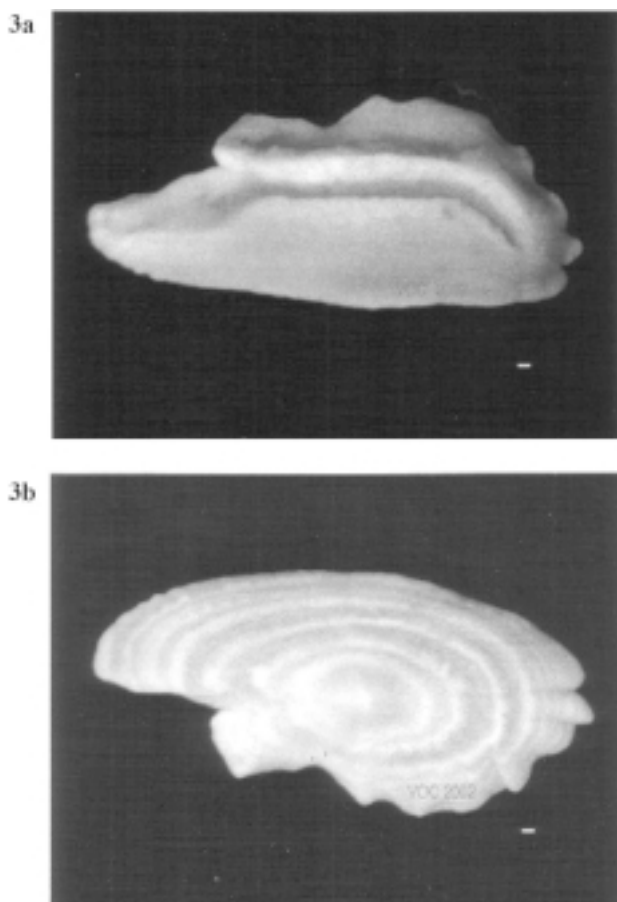


Figura 3. Otolito sagital de *Percichthys trucha* (Altos de Melián II, sector II), largo de la estructura en su eje mayor 11,4 mm. En la vista proximal (3a) se observa la cauda, y en la vista distal (3b) se destacan el kernel y los anillos de crecimiento estacional. (Foto Vilma Ojeda)

La observación del último anillo de crecimiento nos permitió determinar la estación de muerte y captura de los individuos colectados en los sitios de La empozada y Altos de Melián. Con este análisis demostramos que al momento de la muerte de los peces el 92% de la muestra se encontraban en una etapa de crecimiento rápido, es decir en temporada cálida o de mayor disponibilidad alimentaria (Figura 4).

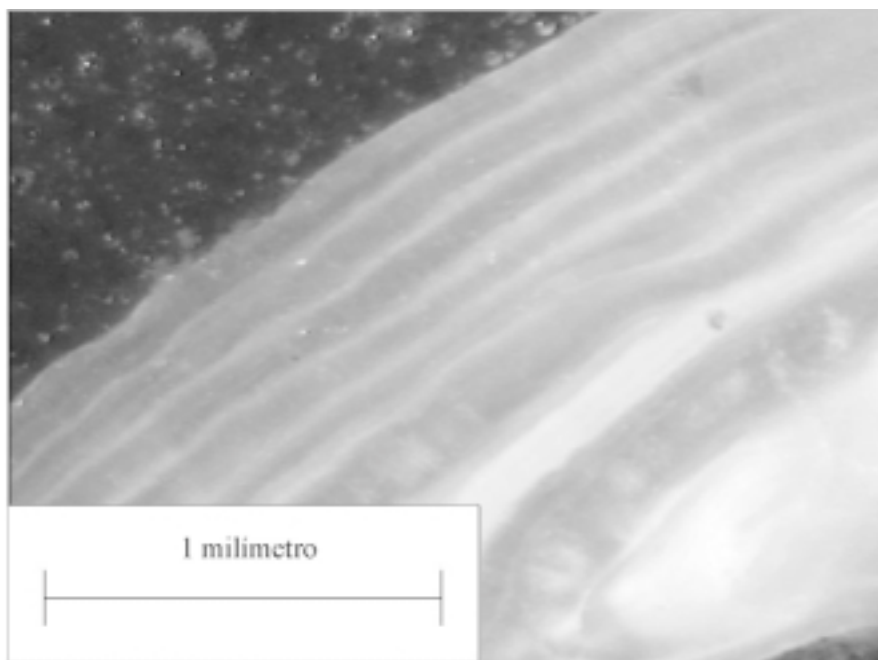


Figura 4. Imagen digitalizada de la muestra N° 28 –Altos de Melián II, sector II (0/-10cm)–; vista en lupa binocular a 16x. Se observa el *kernel* en el borde inferior derecho de la fotografía, y en el lado izquierdo la culminación del 8° invierno y el inicio del 8° verano. (Foto Daniela Milano)

La estimación del número mínimo de individuos (NMI) se hizo según el emparejamiento de otolitos, arrojando en La empozada un total de 54. En el caso del sector I de Altos de Melián el resultado también fue de 54, y en el sector II de 106 individuos. La discriminación por niveles de excavación presentó el panorama que refleja la Tabla 4.

Tabla 4. Estimación del NMI (número mínimo de individuos) a partir del análisis de otolitos, por sitio y nivel estratigráfico

	La empozada	Altos de Melián II, sector I	Altos de Melián II, sector II
Superficie	-	17	33
0/10 cm	-	37	73
0/25 cm	49	-	-
25/60 cm	5	-	-
Total	54	54	106

Los tamaños de los otolitos presentaron un comportamiento diferencial según sitio, geoforma y nivel estratigráfico. Un primer acercamiento nos indica una media promedio menor de la muestra de especímenes completos de La empozada –7,5 mm (n 27; s1,78mm)– que la de los sectores I y II de Altos de Melián II –9,1mm (n29; s3,02mm) y 8,7mm (n67; s2,16mm) respectivamente– (Figura 5). Asimismo el rango de longitud de los otolitos abarcó un amplio espectro –entre 3,4 y 15,1mm–.

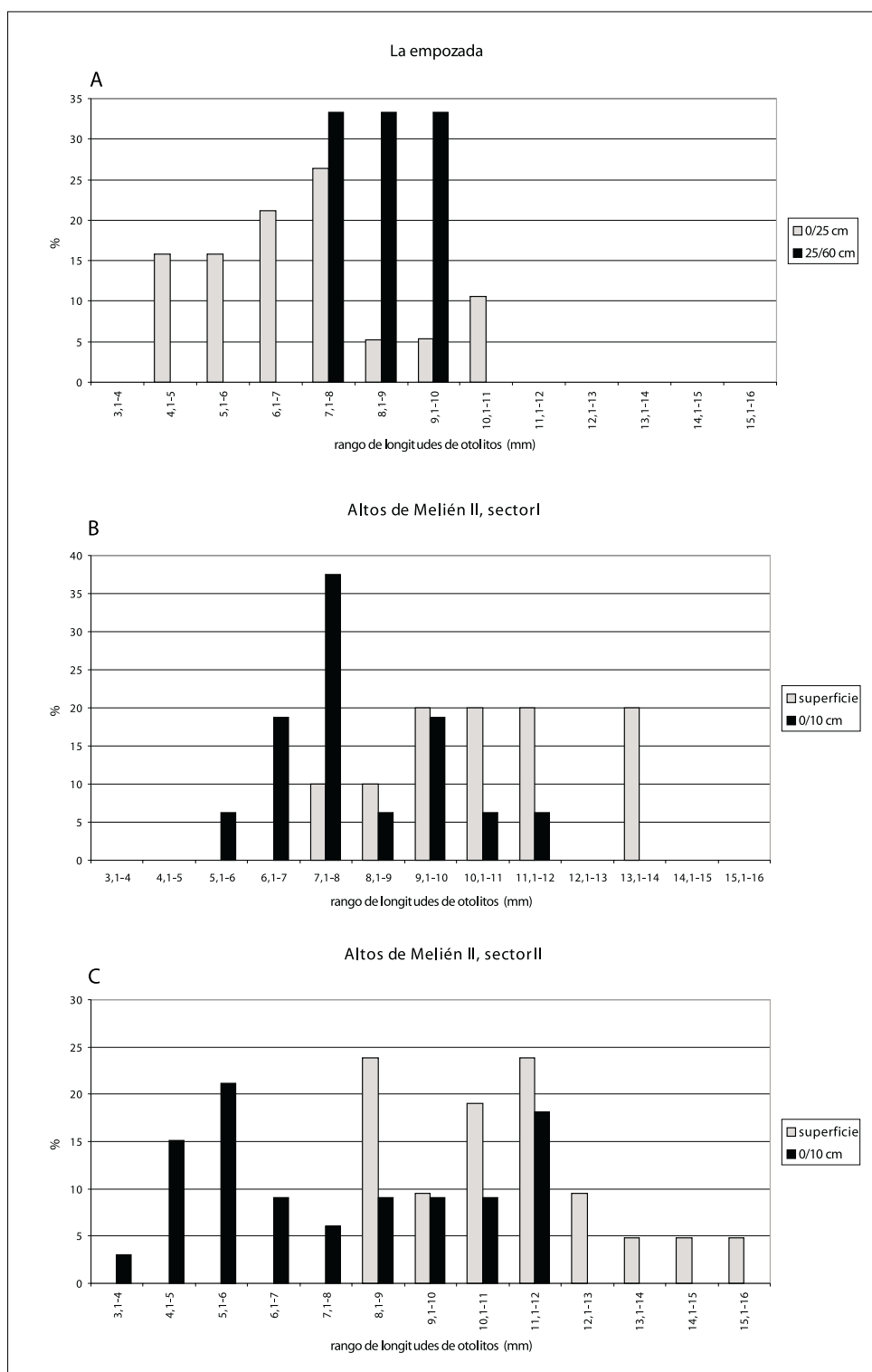


Figura 5. Distribución de rangos de longitudes de otolitos sagitales por sitio y nivel

Por otra parte, la observación intrasitio de los tamaños de los otolitos nos indica para el caso de La empozada medidas promedio inferiores en los niveles superficiales (0/-25cm) –7,7 mm (n24; s1,82)– en comparación con la media de los niveles más profundos (25/-60 cm) –9mm (n3; s 0,81mm)–. Mientras que la muestra de Altos de Melién presenta resultados en sentido contrario. La media del nivel superficial es de 10,8mm (n10; s1,83mm) para el sector I y 10,9 mm (n26; s2,02mm) para el sector II; y los valores del nivel 0/-10cm son de 8,2 (n19;s1,74mm) y 7,8mm (n41; s2,93) respectivamente (Figura 6).

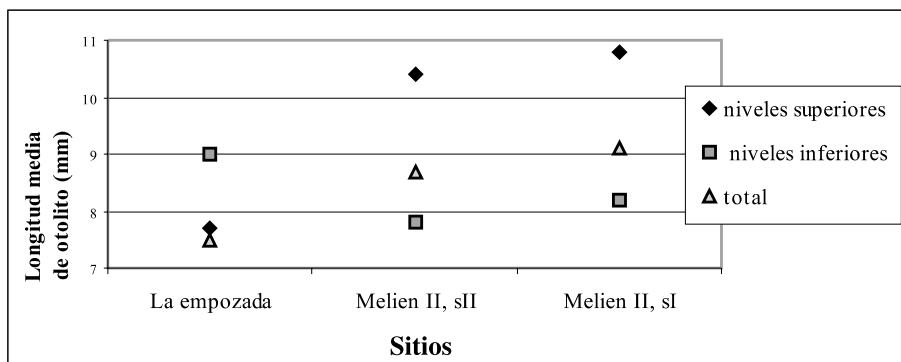


Figura 6. Longitudes medias de otolitos sagitales por sitio y nivel de registro

La tendencia al enterramiento diferencial en sedimentos arenosos según el tamaño de las partículas –en nuestro caso los médanos Altos de Melién– no se limitó a los otolitos, abarcando la cerámica, lítico y otros materiales óseos –entre ellos las vértebras de peces– (Cahiza 2000, 2003). Situación no observada en ninguno de los análisis de materiales arqueológicos de La empozada, localizado en un bordo.

El material termoalterado de La empozada (quemado y/o calcinado) presentó proporciones diversas dependiendo del elemento analizado. Solamente 2 otolitos fragmentados presentaron rasgos de exposición al fuego (0,01%); mientras que en el caso de las vértebras, 41 elementos mostraron signos de alteración (9%). El material con signos visibles de alteración térmica del sector II de los Altos de Melién fue muy escaso en el caso de los otolitos (1 fragmento). En cambio, en las vértebras observamos 99 elementos con signos de quemado y/o alteración.

Sin embargo, creemos que estos restos no estuvieron relacionados directamente con actividades de cocción de alimentos. De tal modo que posiblemente hayan sido elementos desechados en estructuras de combustión. Presumimos que una fracción de la muestra debe haber sufrido termoalteraciones tales como el hervido o el ahumado, difíciles de reconocer macroscópicamente (Acosta y Musali 2002:9).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Nuestros trabajos contrastaron los datos ictiológicos de las fuentes documentales del periodo colonial, identificando a los peces consumidos en dos sectores de la costa sur de las lagunas de Guanacache como *Percichthys trucha* (perca o trucha criolla). Al mismo tiempo descartamos la hipótesis de Chiavazza (2001) sobre la presencia de *Cyprinus carpio* (carpa) en sitios del área lacustre, siendo imposible la asociación una ocupación “poshispánica temprana” con esta especie, cuya introducción en la Argentina corresponde a la segunda mitad del siglo XIX (Del Valle y Nuñez 1990: 45).

Percichthys trucha es una especie autóctona que pertenece a la familia *Percichthyidae* con integrantes que viven únicamente en los valles preandinos de Argentina y Chile. En nuestro país esta familia vivía originalmente desde Mendoza hacia el sur, aunque recientemente se la ha introducido en diferentes ambientes de varias provincias (Del Valle y Nuñez 1990:75). El contenido calórico energético expresado en Calorías de su carne es de 4068 Kcal/kg sobre sustancia seca y 1088 Kcal/kg para sustancia húmeda, valores que se adecuan a los requerimientos humanos (Báez *et al.* 1990:12).

La determinación de la estación de captura provee evidencia con relación a los patrones de movilidad-sedentarismo y de subsistencia de los pescadores (Van Slyke 1998:28). Definir la estacionalidad de las ocupaciones humanas ha sido un elemento de gran interés para la arqueología. Sin embargo esa posibilidad siempre presenta múltiples dificultades, en nuestro caso la lectura de los anillos de crecimiento de los otolitos sagitales nos permitió identificar una tendencia sobre la preferencia de la captura de *Percichthys* en época cálida –o de mayor disponibilidad de alimentos–.

Mencionamos en la introducción la presencia de edentados en el registro arqueofaunístico de La empozada y Altos de Melián (Cahiza 2002, 2003). Hallamos placas óseas de corazas que identificamos como pertenecientes a *Zaedyus pichyi*. Durán (2000: 84-85) ha propuesto que los restos de edentados (*Zaedyus* y *Chaethopractus*) pueden ser utilizados como indicadores de estacionalidad, ya que sólo podrían ser capturados en verano. Esto se debería a su condición de animales heterotermos, por lo tanto en invierno se encontrarían hibernando en sus madrigueras fuera del alcance humano.

En nuestra área de estudio se registran temperaturas altas desde fines de agosto y principios de septiembre hasta fines de abril y principios de mayo (Estrella *et al.* 1979:62). Periodo de inicio del ciclo biológico de floración de pastos y otras forrajeras, que comienza en septiembre con la superación del umbral térmico y la primer precipitación y que culmina con las primeras heladas (temperatura igual o inferior a 0° C, a 1,5 m del suelo y en abrigo meteorológico) en el área, generalmente en mayo e incluso en los primeros días de junio (Mariano Cony com. pers.).

Respecto de la complementación económica de los sitios del sector lacustre con los del piedemonte, nos interesaba indagar sobre la posibilidad de que existiese algún tipo de explotación pesquera o procesamiento de pescados para luego ser transportados a otras locaciones donde serían finalmente consumidos.

No hemos identificado hasta el momento huellas de corte en el material óseo ictiológico. Sin embargo, actividades de trozamiento y viscerado de peces mediano-pequeño no requieren conjuntos artefactuales complejos, ni la inversión de muchas horas/trabajo (Acosta y Musali 2002:8).

En cambio, nuestros estudios reflejan un contexto ictiológico donde se encuentran presentes partes craneales (otolitos) y vertebrales, y baja selectividad de individuos por tamaño. Relación que ha sido establecida como evidencia negativa de procesamientos para traslado y consumo posterior (Stewart y Gifford González 1994, Stewart *et al.* 1997; Zohar y Dayan 2001).

La tendencia de las longitudes de los otolitos de La empozada y Altos de Melián II, indican un aprovechamiento diferencial en tamaño y regularidad de los peces capturados. La explicación de este fenómeno puede ser de origen múltiple, desde tecnológico (técnicas de pesca) hasta paleoecológico (menor disponibilidad alimentaria).

Finalmente, observamos evidencias de que la actividad pesquera alcanzó una escala de explotación de economía de subsistencia. El instrumental asociado a la pesca, mencionado en los antecedentes arqueológicos, es escaso y su funcionalidad no ha sido debidamente contrastada. Al mismo tiempo las fuentes documentales coloniales tan ricas en la descripción de la ictiofauna y de su calidad, nada dicen al respecto. Por lo tanto, pensamos que la asociación de elementos termoalterados y la representación de partes esqueléticas axiales y craneales apoyan la idea de un consumo in situ.

Recibido: mayo 2003.

Aceptado: marzo 2004.

AGRADECIMIENTOS

Estas investigaciones formaron parte de una Beca de Posgrado de Conicet (1998-2003) “La dominación incaica en el Noreste de Mendoza”, y se encuentran dentro de un proyecto mayor “Arqueología y Etnohistoria incaica en el Centro-oeste argentino” –PIP 2026– bajo la dirección de J. Roberto Bárcena, a quien agradezco su estímulo y apoyo en el desarrollo de mis tareas de investigación. Gratitud extensiva a Jorge García Llorca, compañero de los trabajos de campo en las Lagunas de Guanacache y analista del registro arqueofaunístico. Ambos leyeron atentamente el manuscrito y brindaron valiosas sugerencias.

Gran parte de este trabajo se basa en la generosidad y predisposición de Víctor Ruíz, Vilma Ojeda, Víctor Cússac y Daniela Milano, especialmente a los dos últimos, mi profundo reconocimiento y afecto.

BIBLIOGRAFÍA

Abraham de Vázquez, Elena y María del Rosario Prieto

1981. Enfoque diacrónico de los cambios ecológicos y de las adaptaciones humanas en el N.E. árido mendocino. *CEIFAR* 8: 110-139.

Acosta, Alejandro y Javier Musali

2001. Preservación diferencial de restos de peces: un caso de estudio para evaluar la composición de los conjuntos ictioarqueológicos. *XIV Congreso de Arqueología Argentina*, Libro de resúmenes:235. Rosario.

2002. Ictioarqueología del Sitio La Bellaca 2 (Pdo. de Tigre, Pcia. de Buenos Aires). Informe preliminar. *Intersecciones en Antropología* 3: 3-16. Olavarría.

Actas Capitulares de Mendoza

1945. Tomo I años 1566 a 1609. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda. S.A. de Impresiones Generales.

Andrus, C. Fred y Douglas Crowe

2002. Alteration of Otolith Aragonite: Effects of Prehistoric Cooking. *Methods on Otolith Chemistry. Journal of Archaeological Science* 29, 291-299.

Arratia, Gloria; María B. Peñafort y Silvina Menu-Marque

1983 (1985). Peces de la región sureste de los Andes y sus probables relaciones biogeográficas actuales. *Deserta* 7: 48-107. IADIZA, Mendoza.

Báez, V. H.; E.N. Dorsch; M.A. Battini y R.O. Papa

1990. Consideraciones sobre la composición química básica de truchas criollas (*Percichthys*) del Lago Pellegrini. Río Negro, Argentina. *Red acuicultura* vol. 4 n° 1, Bogotá.

Balesta, Bárbara; C. Paleo, M. Pérez Meroni y Nora Zogorodny

1994. (1997) Revisión y estado actual de las investigaciones arqueológicas en el Parque Costero Sur (Partido de Magdalena, Provincia de Buenos Aires). XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, San Rafael. Mónica Berón y Gustavo Politis (compiladores), *Arqueología Pampeana en la década de los '90*, pp 157-160. Olavarría.

Borella, Florencia

1999. Los restos cetáceos del sitio Bahía Crossley 1, Isla de los Estados. Nuevas perspectivas. *XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Libro de resúmenes: 386-387. Córdoba.

Cahiza, Pablo

2000. Investigaciones arqueológicas e históricas del área lacustre de Guanacache, Lavalle, Mendoza. *Cuaderno del Centro de Graduados* 5: 113-124. Mendoza.

2002. Paleogeografía de las tierras bajas de Mendoza y San Juan: un acercamiento arqueológico a la

- ocupación del espacio de las comunidades agroalfareras (siglos VI - XVIII d.C.). *IX Jornadas Cuyanas de Geografía*, Universidad Nacional de Cuyo. Publicación en Disco Compacto, 14 p. Mendoza.
2003. *La dominación inka en las tierras bajas de Mendoza y San Juan*. Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.
- Campana, Steven
1990. How Reliable are Growth back-Calculations Based on Otoliths? *Can. J. Fish. Aquat. Sci.*, vol. 47: 2219-2227.
- Chiavazza, Horacio
2001. *Bienes Patrimoniales. Las antiguas poblaciones de las arenas. Arqueología en las tierras áridas del nordeste de Mendoza*. Ediciones Culturales de Mendoza.
- Del Valle, Alejandro y Pablo Núñez
1990. *Los peces de la Provincia de Neuquén*. INFORME TÉCNICO 1, CEAN-JICA. Buenos Aires.
- Durán, Víctor
2000. *Poblaciones Indígenas de Malargüe. Su arqueología e Historia*. CEIDER, Mendoza.
- Estrella, H.; V. Heras y V. Guzzeta
1979. Registro de elementos climáticos en áreas críticas de la provincia de Mendoza. *Cuadernos técnicos* 1-79: 49-70, IADIZA.
- Favier Dubois, Cristian y Florencia Borella
1997 (1999). Estudios geoarqueológicos y tafonómicos en la discusión del registro óseo de cetáceos vinculado a evidencia arqueológica en Bahía San Sebastián (Tierra del Fuego). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Actas, tomo III: 29-36. La Plata.
- González de Bonaveri, María; Atilio Zangrando y Matilde Lanza
1999. Ictioarqueología y procesos de formación: estudio del sitio la Guillerma 5 –Provincia de Buenos Aires. *XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Libro de resúmenes: 355-356. Córdoba.
- Hayden, Brian
1990. Nimrods, Piscators, Pluckers, and Planters: The Emergence of Food Production. *Journal of Anthropological Archaeology* 9, 31-69.
- Higham, T.F. y P.L. Horn
2000. Seasonal dating using fish otoliths: results from the Shag River Mouth site, New Zealand. *Journal of Archaeological Science* 27, 439-448.
- Izeta, Andrés
1997 (1999). Los ictiorestos arqueológicos del sitio Moreno (costa Norte de la Provincia de Santa Cruz, república Argentina). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Actas, tomo III: 489-492. La Plata.
- López, H.; A. Miquelarena y R.C. Menni
2003. Lista comentada de los peces continentales de la Argentina. *Probiota*, Serie Técnica y Didáctica n°5: 1-85.
- López de Velazco, Juan
1901. Geografía y descripción universal de las Indias desde el año 1571 al de 1574. En: *Colección de Historiadores de Chile*, tomo XVII, El Mercurio, Santiago de Chile.
- Luque, Antonio y Teodoro Ramírez
1996. Otolitos: una introducción a su potencial uso para el estudio de la biología de los peces. Edición para Internet de la *Revista Encuentros en Biología* 32. Facultad de Ciencias de la Universidad de Málaga.

Llagostera Martínez, Agustín

1977 (1979). Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local-extintos y a litos-geométricos:9680+/-160 A.P. *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo I: 93-113. Altos Vilches.

Llagostera, Agustín; Ismael Kong y Paola Iratchet

1997 (1999). Análisis ictioarqueológico del sitio la Chimba 13 (II Región, Chile). *Chungara* 29, n°2: 163-179. Universidad de Tarapacá, Arica.

Meekan, M.G.; J.J. Dodson; S.P. Good y D.A.J. Ryan

1998. Otolith and fish size relationships, measurement error, and size-selective mortality during the early life of Atlantic salmon. *Can. J. Fish. Aquat. Sci.*, vol. 55: 1663-1673.

Ovalle, Alonso de

1889. Histórica relación del Reino de Chile. En: *Colección de Historiadores de Chile*, tomo XII. El Mercurio, Santiago de Chile.

Pannella, Giorgio

1980. Growth Patterns in Fish Sagittae. En: *Skeletal growth of aquatic organisms*, editada por D. Rhoads y R. Lutz, Plenum Press, Nueva York. Pp 519-520.

Peñafort, María Beatriz

1981. Relevamiento de la ictiofauna y determinación de áreas naturales en dos ríos mendocinos. *Boletín del Museo de Ciencias Sociales y Antropológicas "Juan Cornelio Moyano"* n°2:27-60.

Ragonese, S. y B. Reale

1992. Relationship of otolith length to total length in the mediterranean rockfish (*Helicolenus dactylopterus dactylopterus* Delaroché, 1809) from Sicilian channel. *OEBALIA*, SUPPL. Xvii: 157-158.

Rosales, Diego de

1666 (1937). Historia general del Reyno de Chile. Flandes Indiano. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza* VIII.

Rusconi, Carlos

1962. *Poblaciones pre y posthispánicas de Mendoza*. Tomo III "Arqueología", Mendoza.

Ryder, M. L.

1980. Restos de Peces y de otros animales acuáticos, En: *Ciencia en Arqueología*, editada por D. Brothwell y E. Higgs. Pp. 384-405.

Stewart, Kathlyn y Diane Gifford-González

1994. An Ethnoarchaeological Contribution to Identifying Hominid Fish Processing Sites. *Journal of Archaeological Science* 21: 237-248.

Stewart, Kathlyn; Diane Gifford-González y Natalia Rybczynski

1997. Characteristics of modern foraging camps and their faunas from Lake Turkana, Kenya. *Anthropozoologica* 25-26: 763-766.

Vargas, M. Loreto; Fernanda Fallabella y Roberto Meléndez

1991 (1993). Bases para el manejo de datos ictioarqueológicos del "Jurel" (*Trachurus symmetricus* AYRES, 1855) (PISCES: PERCIFORMES: CARANGIDAE). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo II: 355-371. Temuco.

Van Slyke, Noel

1998. A Review of the Analysis of Fish Remains in Chumash Sites. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly*, vol 34, n°1: 25-57.

Videla, Fernando; María Rosi, Silvia Puig, Mónica Cona

1997. *Vertebrados de Mendoza y sus adaptaciones al ambiente árido*. Unidad de Ecología Animal, IADIZA (CONICET).

Vignati, Milcíades

1953. Aportes al conocimiento antropológico de la Provincia de Mendoza. *Notas del Museo Eva Perón*, t.XVI, Antropología n° s. 55-57: 27-46.

Villagra, Pablo y Fidel Roig

1999. Vegetación de las márgenes del Río Mendoza en su zona de divagación (Mendoza, Argentina). *Kurtziana* 27(2): 309-317.

Villagra, Pablo; Mariano Cony; Ricardo Villalba y José Boninsegna

1999. Dendrochronological applications to the forestry management in the Monte desert, Argentina. *Dendrochronology, environmental change and human history*. 6th International Conference on dendrochronology. Québec, Canadá.

Villanueva, Martín y Virgilio Roig

1995. La ictiofauna de Mendoza. Reseña histórica, introducción y efectos de especies exóticas. *Multequina* 4: 93-104. Dirección de Recursos Naturales Renovables, Mendoza.

Zangrando, Atilio

2001. El recurso íctico y sus implicancias en distintos microambientes de la región del Canal Beagle. *XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Rosario, Libro de Resúmenes:117.

2003. *Ictioarqueología del canal Beagle. Explotación de peces y su implicación en la subsistencia humana*. Sociedad Argentina de Antropología, Colección Tesis de Licenciatura.

Zohar, I. ; T. Dayan; E. Galili y E. Spanier

2001. Fish Processing During the Early Holocene: A Taphonomic Case Study from Coastal Israel. *Journal of Archaeological Science* 28:1041-1053.

ANÁLISIS DE LOS DESECHOS LÍTICOS DE LA OCUPACIÓN INICIAL DEL SITIO CUEVA TIXI (PROVINCIA DE BUENOS AIRES): CADENA OPERATIVA DE PRODUCCIÓN Y TÉCNICAS DE TALLA TEMPRANAS

Federico Valverde (*)

RESUMEN

En este trabajo se presentan los resultados técnico-morfológicos obtenidos a partir del análisis de los desechos y microdesechos líticos de la ocupación más temprana ($10,375 \pm 90$ AP y $10,045 \pm 95$ AP) del sitio arqueológico Cueva Tixi, Pcia. Bs. As. Se abordan cuestiones referentes a la identificación de los diversos estadios de la cadena de producción lítica en relación con la disponibilidad de las materias primas y con su calidad para la talla. De igual modo se infieren modalidades de talla practicadas por los primeros grupos cazadores-recolectores que poblaron el espacio oriental de las sierras de Tandilia. Esta información aporta a la comprensión de la funcionalidad de los reparos rocosos en el marco de un patrón de asentamiento en el cual la movilidad jugó un papel muy importante en la organización tecnológica de estos grupos.

Palabras claves: Región Pampeana. Pleistoceno Tardío. Desechos líticos. Cadena operativa. Tecnología lítica.

ABSTRACT

In this paper results of techno-morphological analysis of debitage and microdebitage of the earliest occupation at Cueva Tixi archaeological site ($10,375 \pm 90$ BP and $10,045 \pm 95$ BP) are presented. The issues discussed are referred to the identification of stages of the lithic production chain in relation to the availability of raw materials and their flintknapping quality. Also, flintknapping modes used by the first hunter-gatherers who inhabited the eastern Tandilia ranges are inferred. This information is valuable to understand the function of the rockshelters within a settlement pattern of societies where mobility played an important role in the technological organization.

Key words: Pampean Region. Late Pleistocene. Lithic debitage. Chaîne opératoire. Lithic technology.

(*) Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Laboratorio de Arqueología Regional Bonaerense, Universidad Nacional de Mar del Plata.

INTRODUCCIÓN

La información arqueológica proveniente de contextos datados en el Pleistoceno tardío en la pampa húmeda, señala la presencia de una gran variabilidad inter-sitio en relación con la tecnología lítica (Flegenheimer 1994, Mazzanti 1999, Martínez 1999). Particularmente, el sector serrano de Tandilia constituye un referente para analizar la colonización y las tecnologías más tempranas de la región pampeana, como también para comprender el rol que jugaron los enclaves rocosos dentro del circuito social de movilidad de cazadores-recolectores pampeanos. El análisis de los desechos líticos constituye, en este sentido, una vía importante para la comprensión de la organización social de los procesos de producción lítica con relación al uso del espacio (Magne 1989), especialmente si se tiene en cuenta que los desechos líticos son uno de los pocos ítems materiales que se hallan depositados en los lugares originales donde fueron generados (Binford 1973). En el marco de esta reconstrucción secuencial y espacial de la tecnología, el concepto de “cadena operativa” desarrollado por Mauss (1947) e introducido en los análisis tecnológicos por Leroi-Gourhan (1964), constituye una herramienta teórica-metodológica esencial que permite ordenar la observación derivada del análisis del material lítico y situarla según su cronología en el marco de una secuencia tecnológica.

La muestra que se analiza en este trabajo proviene de la ocupación inicial del sitio arqueológico Cueva Tixi, el cual se encuentra localizado en un pequeño valle ubicado en las estribaciones orientales de las sierras de Tandilia (Mazzanti 1993). Estos primeros momentos de ocupación de la cueva fueron datados por C14 (AMS) sobre muestras de carbón vegetal provenientes de fogones indígenas y arrojaron edades de $10,375 \pm 90$ AP (AA-12130) y $10,045 \pm 95$ AP (AA-12131) (Mazzanti 1999). Las evidencias arqueológicas indican que el reparo rocoso fue recurrentemente utilizado como campamento base, en donde llevaron a cabo múltiples actividades, relacionadas a tareas domésticas de producción lítica, uso de sustancias colorantes, cocción y consumo de alimentos, entre ellos algunos animales extinguidos (Mazzanti 1999, 2001, Quintana y Mazzanti 2001). El conjunto artefactual de la primera ocupación de la cueva está compuesto por 56 instrumentos, 60 núcleos (entre los que se incluyen los bipolares), un yunque, percutores, nucleiformes y 2731 desechos y microdesechos de talla. Los instrumentos fueron agrupados por Mazzanti (1997) en aquellos poco elaborados (filos naturales con esquirlamientos accidentales, muescas, rabots e instrumentos indiferenciados) y en los medianamente elaborados (raederas y raclettes). El grupo de las raederas es el más representado, en especial aquellas con filos alternantes y alternos. La serie técnica predominante es el retoque marginal seguido de retalla y microretoque. Sólo un cuchillo presenta retoque bifacial marginal (Mazzanti 1997, 1999).

El objetivo principal de este trabajo es conocer, a través del análisis de los desechos y microdesechos líticos, las actividades de talla que se llevaron a cabo en los momentos iniciales de ocupación de la cueva e identificar, de este modo, las diferentes etapas de la cadena operativa de producción lítica. La utilización de una herramienta teórico-metodológica, como el concepto de cadena operativa (Pelegrin 1995), permite acceder a la organización espacial de la producción lítica y cobra sentido en el marco de la integridad de los contextos arqueológicos de Cueva Tixi anteriormente mencionados. De igual modo, interesa abordar aspectos vinculados a los modos de ejecución de la talla lítica desarrollados por estos grupos cazadores-recolectores tempranos.¹

En el área de investigación se han localizado otros cinco sitios prácticamente sincrónicos de antigüedades correspondientes a la transición Pleistoceno-Holoceno (Mazzanti, en prensa) y que representan una porción de la variabilidad del sistema de asentamiento de los grupos paleoindios pampeanos. En este marco potencialmente comparativo entre los diversos sitios, el conjunto analizado cobra significativa importancia para la comprensión de la organización de la tecnología lítica de los grupos que ocuparon por primera vez el espacio serrano.

METODOLOGÍA

En el análisis de los desechos y microdesechos de talla lítica se seleccionaron, en relación con los problemas planteados, diferentes variables formales y dimensionales que fueron propuestas y adoptadas por diversos autores en el tratamiento de conjuntos líticos (Crabtree 1972; Collins 1975; Aschero 1975; Magne y Pokotylo 1981; Sullivan y Rozen 1985; Bellelli *et al.* 1985-87; Ahler 1989; Magne 1989; Amik y Mauldin 1989; Bellelli 1991; Espinosa 1993; Shott 1994; Bellelli y Kligman 1996; Andrefsky 1998). Algunas de estas variables se orientan, fundamentalmente pero no de manera excluyente, hacia la posibilidad de identificar los diferentes estadios de producción lítica presentes en los sitios; entre ellas se encuentran el estado de fragmentación de los desechos, los tipos de lascas, el tamaño, el módulo de anchura-espesor, el módulo de longitud-anchura y el peso. La reducción de núcleos y la producción de artefactos líticos constituyen procesos reductivos en los cuales se evidencia un patrón general caracterizado por la disminución progresiva del peso de los desechos generados durante ese proceso (Shott 1994; Mauldin y Amick 1989). Es por ello que diversos autores consideran que esta variable constituye una de las más confiables para predecir grados de reducción en la secuencia de producción lítica (Magne y Pokotylo 1981; Ammerman y Andrefsky 1982; Amik *et al.* 1988). Otras variables constituyen indicadores más relacionados con los aspectos tecnológicos del proceso de producción lítica: tipos y espesor de los talones, tipos de bulbo, tipos de terminaciones, presencia o ausencia de curvatura, de labio o de lascas adventicias, regularización de los frentes de extracción y preparación de las plataformas de percusión. Los tipos de materias primas y el tamaño de grano de los materiales son las dos variables principales que se utilizaron para cruzar la información aportada por los otros indicadores tecno-morfológicos.

La muestra fue analizada en su totalidad sin haber realizado ningún tipo de muestreo más que la propia excavación. El conjunto lítico con el que se trabajó es de 818 desechos y 1913 microdesechos. Dentro de esta última categoría se incluyeron a los productos de talla enteros, fracturados e indiferenciados cuyo tamaño es inferior a los 0,5 cm. Por motivos vinculados al tiempo que insume el análisis individual de los microdesechos y en razón de sus dimensiones y frecuencia, en su tratamiento sólo se tomaron en consideración las variables que consideramos más relevantes en relación con los objetivos generales del trabajo. Del mismo modo que con los desechos, el estado de fragmentación y el tipo de microdesecho, nos informan principalmente sobre las etapas de producción lítica llevadas a cabo en el sitio. En este último caso se priorizó sólo en la identificación de aquellos microdesechos productos de la reactivación directa o inversa y del retoque bifacial, debido a que pueden vincularse directamente con la regularización y mantenimiento de filos. Por las mismas razones mencionadas anteriormente, los microdesechos restantes no fueron discriminados según los diversos tipos morfológicos. Otras variables seleccionadas en el análisis de los microdesechos fueron el tipo de talones y la presencia de curvatura y labio ya que se vinculan con diferentes modalidades técnicas de talla.

Para lograr una mayor claridad en la presentación de los resultados y debido a cuestiones cuantitativas que hacían que la inmensa cantidad de microdesechos no permitiera valorar la información proveniente del análisis de los desechos, ambos (desechos y microdesechos) fueron tratados independientemente. No obstante, las discusiones acerca de las modalidades tecnológicas y la secuencia de producción, se derivan de la evaluación conjunta de unos y otros. Un aspecto importante con relación a este hecho es que todos los materiales analizados provienen de excavaciones sistemáticas microestratigráficas en las cuales el cernido de los sedimentos se efectuó bajo agua recuperando todos los desechos líticos que no pasaron por una malla de 2 mm (Mazzanti 1999).

Los datos fueron ingresados en una planilla de cálculos en Excel y las variables procesadas mediante el empleo de tablas y gráficos dinámicos.

RESULTADOS

Desechos

Una primera clasificación de los desechos de Cueva Tixi según su estado de fragmentación permite aproximarnos a una visión general de la naturaleza del conjunto lítico. Se observa, en este sentido, que la muestra está compuesta en su mayor parte por lascas fracturadas que conservan su talón y lascas enteras, las cuales representan el 35,82 % y 31,66 %, respectivamente. En menor proporción (17 %) están presentes los desechos indiferenciados y las lascas fracturadas sin talón que alcanzan el 15,52 %. Una primera observación que surge de esta clasificación es la preponderancia de las lascas con relación a los desechos indiferenciados y la gran cantidad de lascas fracturadas con y sin talón que, juntas, superan el 50 % de la muestra (Tabla 1).

Una segunda clasificación de los desechos sobre la base de la presencia o ausencia de corteza pone en evidencia el amplio predominio de las lascas internas (84,1 %) con respecto a las lascas externas (15,9 %). Si se profundiza en el análisis de los diversos tipos morfológicos de lascas presentes en el sitio, surgen ciertos aspectos significativos que es preciso remarcar. Del total de lascas externas enteras, la gran mayoría (11,59 %) corresponden a lascas con resto cortical, es decir, aquellas que poseen menos del 50 % de superficie cortical en la cara dorsal. Le siguen en proporciones decrecientes las lascas secundarias, las lascas primarias y las lascas con dorso cortical. Los tipos más representados entre las lascas internas enteras son las de arista (31,27 %), seguidas por las angulares (15,44 %) y las planas (13,9 %). Las lascas de adelgazamiento bifacial están escasamente representadas y no superan el 0,88 % entre enteras y fracturadas (Gráfico 1). Por el contrario, la talla bipolar fue registrada en proporciones significativas (11,20 % sobre el total de lascas enteras), cifras a las que habría que agregarle las masas bipolares de cuarcita (N23) y cuarzo (N20) de grano muy fino. En el análisis no se incluyeron a las lascas bipolares como un tipo particular de lascas. Por el contrario, los atributos de la talla bipolar se identificaron entre diferentes tipos de lascas.

Las materias primas más utilizadas fueron las cuarcitas (93,15 %) de grano fino y medio, las cuales muestran proporciones similares tanto para lascas enteras como para lascas fracturadas. Por el contrario, la mayor parte de los desechos indiferenciados corresponden a materias primas de grano medio (Gráfico 2). El resto de la muestra está compuesta por cuarzos (3,79 %), rocas de tonos verdosos aun no identificadas (2,08 %) y otras materias primas cuya representatividad no supera el 1 % y que han sido caracterizadas microscópicamente como sílices microcristalinos, andesitas, gabros y pelitas y pórfidos silicificados (Valverde 2002).

A pesar que en el conjunto total de la muestra las proporciones de grano fino y medio son similares, si se cruza esta variable con los diferentes tipos de lascas, podemos observar que un 45,37

Gráfico 1. Tipos de lascas

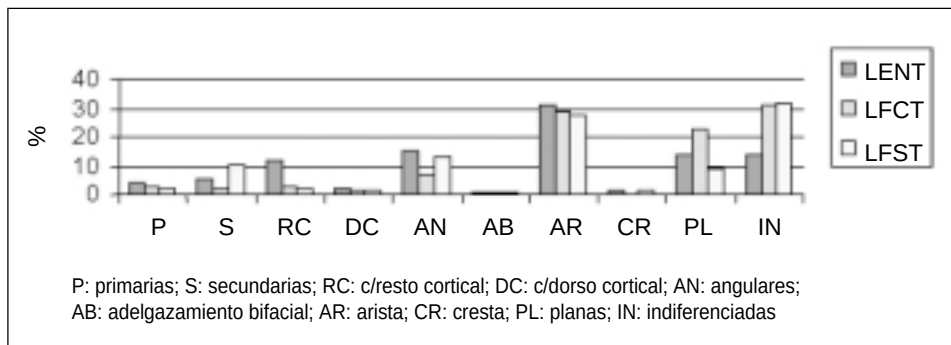
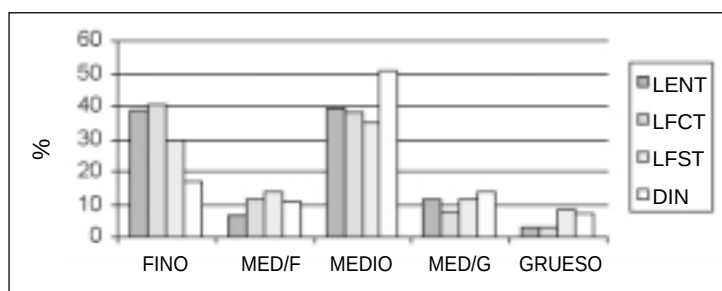


Tabla 1. Frecuencias absolutas y relativas de las principales variables involucradas en el análisis de los desechos líticos.

		Estado de los Desechos				
		LENT 259 (31,66)	LFCT 293 (35,82)	LFST 127 (15,52)	DIN 139 (17)	Totales 818 (100)
Tamaño	Muy Pequeño	4 (1,54)	9 (3,07)	5 (3,94)	11 (7,91)	29 (3,55)
	Pequeño	158 (61)	213 (72,7)	102 (80,31)	114 (82,01)	587 (71,76)
	Med-Pequeño	80 (30,89)	61 (20,82)	17 (13,39)	13 (9,36)	171 (20,9)
	Med-Grande	15 (5,79)	9 (3,07)	3 (2,36)	1 (0,72)	28 (3,42)
Mod. A-E	Grande	2 (0,78)	1 (0,34)	-	-	3 (0,37)
	Poco Espeso	34 (13,13)	56 (19,11)	24 (18,9)	12 (8,63)	126 (15,4)
	Espeso	153 (59,07)	170 (58,02)	70 (55,12)	57 (41)	450 (55,01)
	Muy Espeso	72 (27,8)	67 (22,87)	33 (25,98)	70 (50,37)	242 (29,59)
Mod. L-A	Lamimar Ang.	5 (1,93)	5 (1,71)	1 (0,79)	3 (2,16)	14 (1,71)
	Laminar Normal	15 (5,79)	24 (8,19)	18 (14,17)	44 (31,65)	101 (12,35)
	Med. Alargado	37 (14,29)	40 (13,65)	32 (25,2)	39 (28,06)	148 (18,09)
	Med. Normal	87 (33,59)	104 (35,69)	50 (39,37)	52 (37,41)	293 (35,82)
	Corto Ancho	58 (22,39)	77 (26,28)	23 (18,11)	1 (0,72)	159 (19,44)
	Corto M. Ancho	51 (19,69)	39 (13,31)	2 (1,57)	-	92 (11,25)
	Corto Anchisimo	6 (2,32)	4 (1,37)	1 (0,79)	-	11 (1,34)
Grano	Fino	101 (39)	119 (40,41)	38 (29,92)	24 (17,27)	282 (34,47)
	Medio/Fino	18 (6,95)	33 (11,26)	18 (14,17)	15 (10,79)	84 (10,27)
	Medio	102 (39,38)	111 (37,88)	45 (35,43)	71 (51,08)	329 (40,22)
	Medio/Grueso	30 (11,58)	21 (7,17)	15 (11,81)	19 (13,67)	85 (10,39)
	Grueso	8 (3,09)	9 (3,07)	11 (8,66)	10 (7,19)	38 (4,65)
Lascas	Ext.	Primaria	11 (4,25)	8 (2,73)	3 (2,36)	22 (2,69)
		Secundaria	14 (5,4)	6 (2,05)	13 (10,24)	33 (4,03)
		Resto Cortical	30 (11,59)	8 (2,73)	3 (2,36)	41 (5,01)
		Dorso Cortical	5 (1,94)	5 (1,71%)	2 (1,57)	12 (1,47)
	Int.	Angular	40 (15,44)	21 (7,17)	17 (13,39)	78 (9,53)
		A. Bifacial	2 (0,77)	3 (1,02)	1 (0,79)	6 (0,73)
		Arista	81 (31,27)	85 (29,01)	35 (27,56)	201 (24,57)
		Cresta	4 (1,54)	-	2 (1,57)	6 (0,73)
		Plana	36 (13,9)	67 (22,87)	11 (8,66)	114 (13,94)
		Indiferenciada	36 (13,9)	90 (30,71)	40 (31,5)	166 (20,29)
Talones	Astillado	15 (5,79)	25 (8,53)	-	-	40 (7,25)
	Cortical	24 (9,27)	13 (4,44)	-	-	37 (6,7)
	Diedro	19 (7,33)	17 (5,8)	-	-	36 (6,52)
	Filiforme	11 (4,25)	15 (5,12)	-	-	26 (4,71)
	Eliminado	1 (0,38)	-	-	-	1 (0,18)
	Facetado	12 (4,63)	20 (6,82)	-	-	32 (5,8)
	Fracturado	14 (5,4)	34 (11,6)	-	-	48 (8,7)
	Liso	148 (57,14)	138 (47,1)	-	-	286 (51,81)
	Puntiforme	3 (1,16)	10 (3,41)	-	-	13 (2,35)
Bulbo	Indiferenciado	12 (4,63)	21 (7,17)	-	-	33 (5,98)
	Difuso	69 (26,64)	83 (28,33)	-	-	152 (27,54)
	Pronunciado	40 (15,44)	37 (12,63)	-	-	77 (13,95)
Curvatura	Indiferenciado	150 (57,92)	173 (59,04)	-	-	323 (58,51)
	Presente	46 (17,76)	32 (10,92)	7 (5,51)	6 (4,32)	91 (11,12)
	Ausente	213 (82,24)	261 (89,08)	120 (94,49)	133 (95,68)	727 (88,88)
Labio	Presente	17 (6,56)	16 (5,46)	-	-	33 (5,98)
	Ausente	242 (93,44)	277 (94,54)	-	-	519 (94,02)
Reg. Frente Extracción	Regularizado	34 (13,13)	19 (6,48)	-	-	53 (9,6)
	No Regularizado	225 (86,87)	274 (93,52)	-	-	499 (90,4)
Preparación Plataforma	Abrasión	8 (3,09)	7 (2,39)	-	-	15 (2,72)
	Retoques	2 (0,77)	9 (3,07)	-	-	11 (1,99)
	No Preparada	249 (96,14)	277 (94,54)	-	-	526 (95,29)

* LENT: lascas enteras; LFCT: lascas fract. con talón; LFST: lascas fract. sin talón; DIN: desechos indiferenciados

Gráfico 2. Tamaño de granos de los desechos



% de las lascas externas son de grano medio, mientras que el 24,07 % son de grano fino (Tabla 2). Esta relación se invierte en las lascas angulares y de arista, en las cuales el tamaño de grano fino esta representado en porcentajes mayores que el de grano medio. Para las angulares la relación es de 43,59 % para el grano fino y de 29,49 % para el grano medio, mientras que para las de arista es de 43,79 % para el grano fino y de 36,81 % para el grano medio. Por otra parte, se observa que todas las lascas de reducción bifacial están asociadas a cuarcitas de grano fino. Es preciso aclarar que estas diferencias y asociaciones son significativas cuantitativamente en la medida que, como dijimos, los tamaños de grano fino y medio muestran valores semejantes. En el caso de discriminar los principales tipos de lascas según la materia prima, no se evidencia un tratamiento diferencial que vincule, por ejemplo, algún tipo de lascas con una materia prima en particular.

Tabla 2: Frecuencias absolutas de los tipos de lascas en relación al tipo de grano.

		Tipo de Lascas									Totales
		Externas (N=108)				Internas (N=571)					
		P	S	RC	DC	AN	AB	AR	CR	PL	
Grano	Fino	7	10	7	2	34	6	88	2	41	197
	Medio/Fino	2	2	5	2	10	-	16	-	11	48
	Medio	6	15	20	8	23	-	74	3	49	198
	Medio/Grueso	3	3	5	-	7	-	21	1	8	48
	Grueso	4	3	4	-	4	-	2	-	5	22
	Totales	22	33	41	12	78	6	201	6	114	513

* No se incluyen las lascas indiferenciadas. Ver abreviaciones en Gráfico 1.

Con relación al tamaño de los desechos (siguiendo el gráfico de Bagolini modificado por Aschero 1975), el Gráfico 3 muestra una concentración en los tamaños pequeños, a los que les siguen los mediano-pequeño, tanto para las lascas como para los desechos indiferenciados. Sin embargo, y aunque en proporciones mucho menores, también están presentes desechos de tamaños mediano-grande y grande. A esta distribución habría que agregarle la numerosa cantidad de microdesechos que transformarían a la categoría muy pequeño en la más representada. Nuevamente, si se profundiza en el análisis, es posible visualizar que las diferencias entre los dos tamaños más representados, pequeño y mediano-pequeño, aumentan en favor del primero en lascas de arista, lascas angulares y lascas planas enteras, llegando a un 72,84 %, 55 % y 77,78 % respectivamente (Tabla 3). Por el contrario, esas diferencias no son tales en lascas externas y lascas de adelgazamiento bifacial enteras, en las cuales los porcentajes de tamaños pequeño y mediano-pequeño son

prácticamente iguales. Las lascas externas enteras presentan, además, el mayor porcentaje de tamaños mediano-grande (15 %) y grande (3,33 %). Por otra parte, no hay evidencias de lascas de arista enteras de tamaño grande y es muy bajo el porcentaje de lascas de tamaño mediano-grande (1,23 %); tampoco se identificaron entre los desechos líticos lascas angulares o planas de tamaño grande y, sólo el 7,5 % y el 2,78 % respectivamente son de tamaño mediano-grande.

Gráfico 3. Tamaño de los desechos

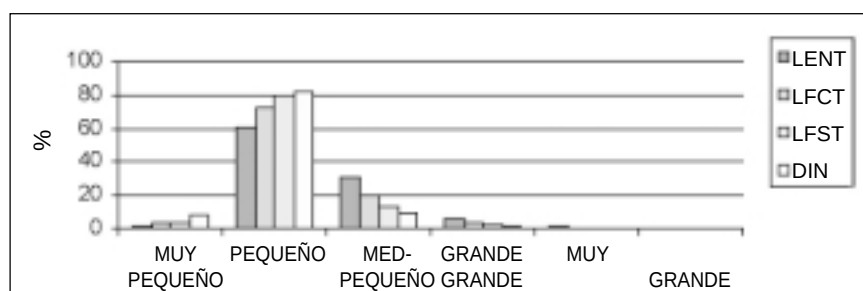


Tabla 3: Frecuencias absoluta de los tipos de lascas en relación al tamaño.

		Tipo de Lascas									
		Externas (N=108)					Internas (N=571)				
		P	S	RC	DC	AN	AB	AR	CR	PL	Totales
Tamaño LENT	Muy Pequeño	-	-	-	-	-	-	2	-	1	3
	Pequeño	5	4	13	2	22	1	59	3	28	137
	Mediano-Pequeño	5	6	12	2	15	1	19	1	6	67
	Mediano-Grande	1	3	4	1	3	-	1	-	1	14
	Grande		1	1	-	-	-	-	-	-	2
	Totales	11	14	30	5	40	2	81	4	36	223

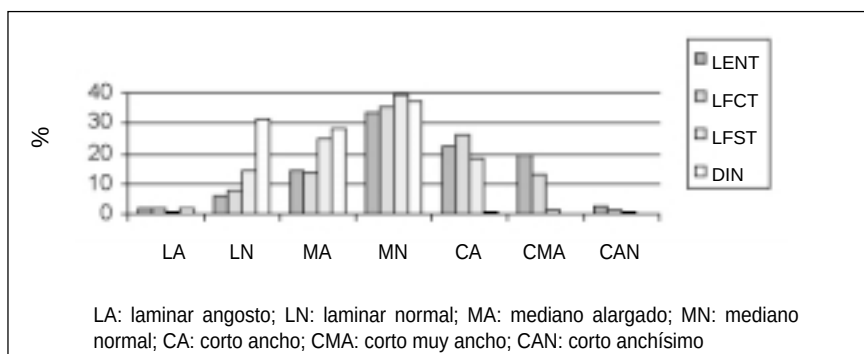
* No se incluyen las lascas indiferenciadas. Ver abreviaciones en Gráfico 1.

En la relación entre el ancho y el espesor de los desechos líticos se puede observar un amplio predominio del módulo espeso para lascas enteras y fracturadas, con porcentajes que van entre el 55 % y el 60 %. Las lascas muy espesas representan entre el 22 % y el 28 %, y las poco espesas entre el 13 % y el 19 %, dependiendo del estado de fragmentación. Por el contrario, los desechos indiferenciados son mayoritariamente muy espesos y espesos, y los poco espesos son escasos (Tabla 1).

El módulo de longitud-anchura más representado para lascas enteras y fracturadas es el mediano-normal (Gráfico 4). Sin embargo, casi todos los módulos se manifiestan en mayor o menor medida, aunque la distribución de las lascas según esta relación se encuentra un tanto desplazada hacia los módulos cortos y anchos. En este sentido, un 22,39 % de las lascas enteras corresponden al módulo corto-ancho, un 19,69 % al corto-muy ancho y un 2,32 % al módulo corto-anchísimo; mientras que sólo el 14,29 % y el 7,72 % de las mismas están incluidas en módulos mediano-alargados y laminares (normal y angosto) respectivamente.

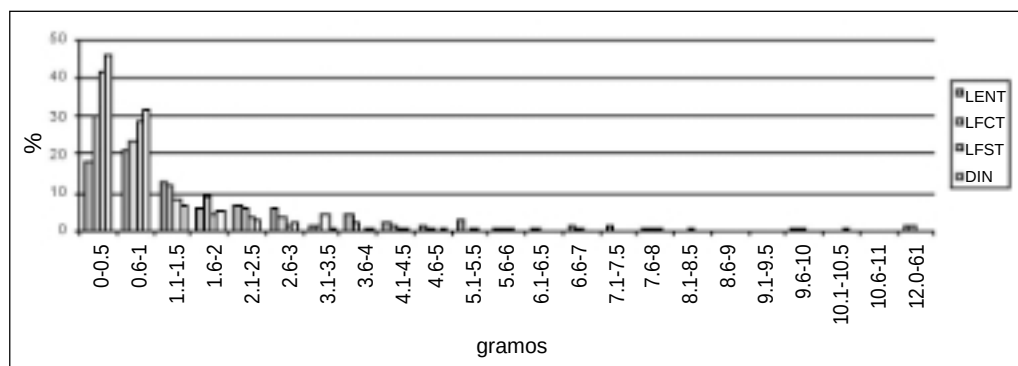
La distribución de los desechos líticos en una escala de intervalos según su peso (Gráfico 5, Tabla 4), muestra una concentración significativa en aquellos de 0-0,5 gr. y 0,6-1 gr. La mayor

Gráfico 4. Módulo longitud-anchura de los desechos



cantidad (21,62 %) de las lascas enteras pesan entre 0,6 y 1 gramo, mientras que el 75,67 % de estas pesan menos de 3 gramos. Esta tendencia hacia valores inferiores a los 3 gramos aumenta con respecto a las lascas fracturadas con talón (86 %), las lascas fracturadas sin talón (89,76 %) y los desechos indiferenciados (97,12 %). A pesar de la presencia mayoritaria de un número de desechos líticos de poco peso, existe un porcentaje pequeño de estos que se incluyen en los intervalos que van desde los 3,1 a los 61 gramos. Se registra además una lasca nodular de más de 1 Kg hallada durante las excavaciones de esta ocupación, que fue posible remontar con uno de los cuatro negativos de lascado que presentan las salientes rocosas de la cueva.

Gráfico 5. Distribución del peso de los desechos



Con respecto a los diferentes tipos de talones se evidencia un amplio predominio de los lisos (51,81 %) entre una amplia variedad de otros tipos, ninguno de los cuales supera el 10 % (Gráfico 6). Los talones facetados alcanzan el 5,8 %, en tanto que los filiformes (4,71 %) y puntiiformes (2,35 %) muestran los porcentajes registrados más bajos. Estos dos últimos tipos de talones se encuentran restringidos a cuarcitas; en el caso de los filiformes el 61,54 % corresponde a materias primas de grano fino, mientras que los talones puntiiformes asociados a este tamaño de grano alcanzan el 92,31 %. Lo mismo ocurre con los talones facetados, de los cuales el 65,62 % está vinculado a tamaños de granos finos. Sin embargo, existe una mayor diversidad en cuanto a las materias primas, ya que este tipo de talón se registró en cuarcitas, cuarzos y pelitas. Los talones lisos se registraron en una diversidad aun mayor de materias primas y, contrariamente a lo que sucede con las otras formas de talones, el tamaño del grano no parece haber sido una variable asociada a estos tipos de superficies de percusión. En este sentido, se observa que los talones lisos se vinculan tanto a

Tabla 4: Frecuencias absolutas del peso de los desechos en relación con su estado de fragmentación.

Intervalos de peso en gramos	Estado de los Desechos				Totales
	LENT	LFCT	LFST	DIN	
0-0,5	47	89	53	65	254
0,6-1	56	69	37	44	206
1,1-1,5	34	36	11	10	91
1,6-2	16	27	6	8	57
2,1-2,5	19	19	5	4	47
2,6-3	24	12	2	4	42
3,1-3,5	4	4	6	1	15
3,6-4	13	7	-	1	21
4,1-4,5	6	5	1	1	13
4,6-5	5	3	-	1	9
5,1-5,5	8	1	1	-	10
5,6-6	2	3	1	-	6
6,1-6,5	3	1	-	-	4
6,6-7	5	3	-	-	8
7,1-7,5	4	1	-	-	5
7,6-8	2	3	2	-	7
8,1-8,5	1	2	-	-	3
8,6-9	1	1	-	-	2
9,1-9,5	1	-	-	-	1
9,6-10	2	2	-	-	4
10,1-10,5	1	-	1	-	2
10,6-11	1	-	-	-	1
12-61	4	5	1	-	10
Totales	259	293	127	139	818

materias primas de grano medio (46,85 %) como fino (33,22 %). Por otra parte, no se registró una asociación significativa entre las diferentes formas de talón y un tipo particular de lasca.

La distribución de los talones según su espesor muestra una concentración en aquellos relativamente poco espesos (0,2 y 0,3 centímetros) aunque también son importantes los porcentajes de talones cuyo espesor es mayor a los 3 milímetros (Gráfico 7).

Gráfico 6. Tipos de talones

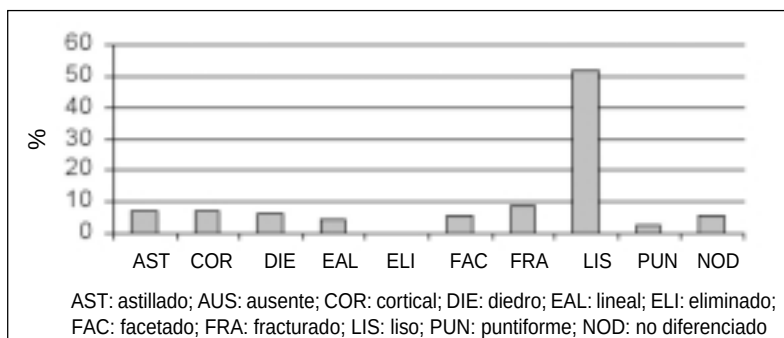
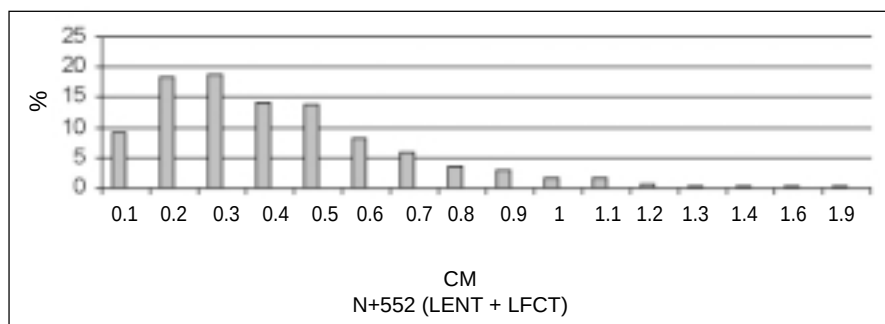


Gráfico 7. Espesor de los talones



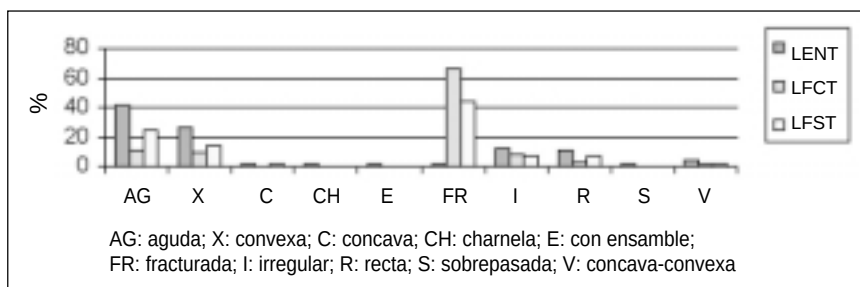
Ciertos atributos, que se relacionan con el tratamiento técnico que precede a la extracción de las lascas, están relativamente poco representados en el conjunto de la muestra. En este sentido, sólo el 9,6 % de las lascas muestran evidencias de regularización del frente de extracción y los porcentajes son aun menores para las plataformas preparadas por abrasión (2,72 %) o retoques (1,99 %) (Tabla 1). Una alta proporción de las lascas que presentan estos indicios de preparación previa a la extracción son de grano fino. Estas últimas alcanzan el 60,38 % para el caso de los frentes de extracción regularizados, 66,66 % para las preparadas por abrasión y el 81,82 % para aquellas preparadas por retoques. Las plataformas preparadas por abrasión y retoques sólo fueron identificadas en cuarcitas.

Los tipos de bulbos que prevalecen son los difusos, de los cuales el 50,33 % están asociados a materias primas de grano fino. Esta relación no se da en el caso de los bulbos pronunciados, de los cuales el 29,87 % se identificaron en lascas de grano fino mientras que el 46,75 % se evidencian en lascas de grano medio.

La presencia de curvatura y labio en los desechos analizados es escasa, aunque la vinculación de este último con materias primas de grano fino es altamente significativa (72,73 %). Como ocurre con otros atributos, la existencia de labio o curvatura en el conjunto analizado no está asociada a un tipo particular de materia prima, ya que tanto uno como otro fueron registrados en diferentes clases de rocas.

La clasificación de las terminaciones de las lascas según su forma (Gráfico 8) permite visualizar un amplio predominio de extremos agudos (40,93 %) y convexos (26,25 %) para las lascas enteras. Las terminaciones en charnela y sobrepasadas exhiben porcentajes muy bajos que no superan el 1 %. Esta información última se vincula con la escasa representación (5,43 %) de lascas adventicias en el conjunto del material lítico, en la medida en que constituirían indicadores de algún tipo de defectos de talla.

Gráfico 8. Tipos de terminaciones en lascas



Microdesechos

Sobre un total de 1913 microdesechos, el 7,58 % corresponden a enteros, el 6,43 % a fracturados con talón y el 85,99 % a microdesechos indiferenciados que, en este caso también incluyen a aquellos fracturados sin talón (Tabla 5). Estas dos últimas categorías fueron agrupadas en una sola debido a que las dimensiones de los microdesechos (menores a 5 mm) no siempre permitían distinguir entre los microdesechos indiferenciados a los fracturados sin talón.

Contrariamente a lo que sucede con los desechos líticos, en el análisis de los microdesechos se observa, para todas las categorías y todos los tipos de materias primas, un amplio predominio del tamaño de grano fino. Para los microdesechos indiferenciados este tamaño de grano alcanza el 59,33 %, mientras que para los fracturados con talón y los enteros los porcentajes son 77,24 % y 80,69 %, respectivamente.

Los diversos tipos de cuarcitas prevalecen en un 91,79 % entre los microdesechos líticos de Cueva Tixi, aunque también se identificaron cuarzos (4,45 %), rocas verdosas indiferenciadas (2,09 %), sílices (1,46 %) y basaltos (0,21 %).

Del total de microdesechos enteros y fracturados con talón, el 5,6 % son de reactivación directa, el 1,12 % de reactivación inversa y el 2,61 % de retoque bifacial. El porcentaje restante corresponde a microdesechos internos, principalmente de arista. Vinculados con los microdesechos de reactivación y retoque bifacial, se registró un porcentaje significativo de microdesechos con curvatura (13,06 %) y con labio (8,21 %). La totalidad de los microdesechos de retoque bifacial y de reactivación inversa son de grano fino, mientras que el 86 % de los microdesechos de

Tabla 5. Frecuencias absolutas y relativas de las principales variables involucradas en el análisis de los microdesechos líticos.

		Estado de los Microdesechos			Totales 1913 (100)
		LENT 145 (7,58)	LFCT 123 (6,43)	DIN (+LFST) 1645 (85,99)	
Grano	Fino	117 (80,69)	95 (77,24)	976 (59,33)	1188 (62,1)
	Medio	28 (19,31)	28 (22,76)	642 (39,03)	698 (36,49)
	Medio/Grueso	-	-	27 (1,64)	27 (1,41)
Microdesechos	React. Directa	10 (6,89)	5 (4,06)	-	15 (5,6)
	React. Inversa	1 (0,69)	2 (1,63)	-	3 (1,12)
	Retoque Bifacial	4 (2,76)	3 (2,44)	-	7 (2,61)
Curvatura	Presente	16 (11,03)	19 (15,45)	-	35 (13,06)
	Ausente	129 (88,97)	104 (84,55)	-	233 86,94)
Labio	Presente	11 (7,59)	11 (8,94)	-	22 (8,21)
	Ausente	134 (92,41)	112 (91,06)	-	246 (91,79)
Talones	Astillado	1 (0,69)	3 (2,44)	-	4 (1,49)
	Diedro	7 (4,83)	2 (1,63)	-	9 (3,36)
	Filiforme	14 (9,65)	14 (11,38)	-	28 (10,45)
	Facetado	9 (6,21)	14 (11,38)	-	23 (8,58)
	Liso	107 (73,79)	87 (70,73)	-	194 (72,39)
	Puntiforme	7 (4,83)	3 (2,44)	-	10 (3,73)

* No se incluyen las categorías indiferenciadas. En todas las variables menos en el tamaño de grano, los porcentajes totales se calcularon sobre el total de LENT y LFCT.

reactivación directa tienen también este mismo tamaño de grano. De igual modo, la presencia de curvatura y labio relacionadas con tamaños de grano fino representa el 74,28 % y 77,27 %, respectivamente.

Los tipos de talones más frecuentes son los lisos (72,39 %), aunque en proporciones menores también están representados los talones filiformes (10,45 %), facetados (8,58 %), puntiformes (3,73 %), diedros (3,36 %) y astillados (1,49 %). Excluyendo a los talones lisos, todos los demás tipos están asociados fuertemente a materias primas de grano fino. En el caso de los talones filiformes este hecho se hace más notorio ya que el 96,43 % de los mismos corresponden al tipo de grano fino.

DISCUSIÓN

Los resultados obtenidos a partir del análisis del conjunto de desechos líticos de Cueva Tixi permiten inferir diversas actividades y modalidades de talla que corresponden a los diferentes momentos del proceso de producción de instrumentos líticos. Si bien todas las etapas de esta secuencia productiva están presentes en el sitio, no todas están representadas con la misma intensidad y en todos los tipos de materias primas.

Los porcentajes de lascas externas, talones corticales, desechos de tamaños mediano-grande y grande y módulos muy espesos registrados en esta primera ocupación de la cueva, constituyen todos indicadores que, aunque moderados, evidencian el desarrollo de actividades de talla vinculadas con las etapas iniciales de la secuencia de producción. Como se expresó anteriormente, la variable peso constituye uno de los atributos más informativos en relación con los diferentes estadios de la cadena de producción lítica. En este sentido, el registro continuo de desechos en intervalos de peso que alcanzan los 61 gramos, aunque en proporciones bajas, aporta a la comprensión de estos primeros momentos de la cadena operativa. Es preciso destacar que el tipo de materia prima constituye una variable que se relaciona con el peso de los desechos, aunque en este caso no estaría incidiendo de manera determinante ya que el 93% de los productos de talla corresponde al mismo tipo de materias primas (cuarcitas).

El análisis de los tipos morfológicos de las lascas externas pone en evidencia una relación inversa entre la proporción de superficie cortical en lascas enteras y su representatividad en la muestra (11,59% con resto cortical, 5,4% secundarias y 4,25% primarias). Por lo cual es posible plantear que el traslado de nódulos o formas base de materias primas de grano fino a Cueva Tixi se realizó posteriormente a un descortezamiento importante, que habría tenido lugar fuera del sitio. La altísima proporción de lascas internas, principalmente de arista y angulares, sumado a la identificación de ciertos atributos como la regularización del frente de extracción y la preparación de la plataforma de percusión, supone el desarrollo intenso de actividades vinculadas con la extracción de formas base para su posterior formatización y uso. Contrariamente a lo que sucede con el descortezamiento de núcleos en el sitio, la extracción de formas base estuvo orientada, fundamentalmente, hacia materias primas de grano fino que procedían de regiones distantes como mínimo 70 kilómetros de Cueva Tixi, posiblemente del grupo de Sierras Bayas o del Litoral Atlántico. Por otra parte, el amplio predominio de tamaños pequeños en los principales tipos de lascas internas enteras (arista, angulares y planas) permite suponer un aprovechamiento intenso de las formas bases cuyas dimensiones resultaron más aptas para confección de instrumentos.

Así mismo, la mayor parte de las lascas externas corresponden a materias primas de granos medio, lo cual evidencia que el descortezamiento de los núcleos en la cueva se realizó, fundamentalmente, sobre materias primas que no requerían de grandes desplazamientos para su adquisición y que se hallan en las inmediaciones del sitio o en forma de depósitos secundarios en el arroyo próximo a la cueva. Es probable que, por este mismo motivo, un porcentaje importante de lascas externas enteras de tamaño mediano-grande y grande hayan sido descartadas en el sitio sin haber

pasado por un proceso de reducción mayor. La explotación de materias primas locales y la identificación de las primeras etapas de la cadena operativa sobre materiales de no muy buena calidad para la talla, es un hecho recurrente en otros sitios tempranos de la sierras de Tandilia (Flegenheimer 1986-87; Mazzanti 1999). Este hecho se visualiza claramente en Cueva Tixi en las repetidas extracciones de lascas nodulares de las paredes del sitio, una de cuyas improntas negativas fue posible remontar con una lasca de gran tamaño hallada en el contexto estratigráfico de esta ocupación inicial.

Como se expresó anteriormente, las diversas etapas del proceso de producción lítica identificadas en el sitio no se manifiestan con la misma fuerza. En este sentido, el amplio predominio de desechos muy pequeños y pequeños (incluyendo a los microdesechos), la mayor representatividad de módulos espesos y poco espesos y módulos de longitud-anchura cortos, la concentración de los desechos en intervalos de peso menores a los 3 gramos y, fundamentalmente, en aquellos menores al gramo, la altísima proporción de lascas internas y la inmensa cantidad de microdesechos identificados, sugieren un mayor desarrollo de actividades de talla vinculadas con los últimos estadios de reducción lítica: manufactura, regularización y mantenimiento de instrumentos líticos. Se ha señalado que algunos de estos atributos, como los tamaños muy pequeños, no son exclusivos de una etapa de la secuencia productiva, y que estos son generados tanto en momentos avanzados o finales de la cadena operativa como también durante los primeros estadios (Alher 1989). Sin embargo, analizados contextualmente, creemos que los desechos de tamaños muy pequeño y pequeño identificados en Cueva Tixi responden, mayoritariamente, a los estadios finales de la talla lítica anteriormente mencionados.

El amplio predominio de talones lisos identificados en la muestra constituiría una evidencia más tendiente a la identificación de los diversos estadios de la secuencia productiva, en tanto que estos se vinculan fundamentalmente con la talla por percusión, la cual estaría más relacionada a la manufactura de instrumentos que a su reactivación (Espinosa 1995).

La fuerte asociación entre las materias primas de grano fino con los microdesechos en general y con los de reactivación en particular, permite visualizar cómo las actividades de regularización y mantenimiento de filos líticos estuvieron orientadas hacia las materias primas de muy buena calidad para la talla; principalmente cuarcitas, pero también basaltos, sílices y otras rocas no identificadas de color verdoso. Por cierto, las etapas iniciales de la cadena operativa no están representadas en materias primas de muy buena calidad para la talla, como es el caso de los sílices microcristalinos. Además, los estadios más avanzados relacionados con la extracción de formas base, muestran porcentajes muy bajos para este tipo de rocas. Por el contrario, la evidencia estaría indicando esencialmente tareas de regularización y mantenimiento de filos en estos materiales.

La modalidad de talla en la producción de instrumentos líticos parece haber sido la percusión directa con percutor blando orgánico (madera, asta, etc). La predominancia de bulbos difusos registrada entre los desechos, el dominio de talones relativamente poco espesos y la baja frecuencia de fracturas sobre las plataformas de percusión, atributos comúnmente asociados a esta técnica de talla (Pelegrin com. pers; Collins 1975; Nami y Bellelli 1994), estarían sustentando esta idea. Se ha señalado que en el caso de las cuarcitas el uso de percutor blando o duro no genera exclusivamente un tipo particular de bulbo (Martínez et al. 1997/98). Sin embargo, creemos que los atributos antes mencionados analizados en conjunto, constituyen una buena prueba de la puesta en práctica de la modalidad de talla anteriormente indicada. Como ocurre con otros indicadores de talla, los bulbos difusos, vinculados a la percusión blanda, están fuertemente ligados a materiales de grano fino, cosa que no sucede con los bulbos pronunciados.

Alguno de los indicadores de reducción bifacial como las lascas bifaciales, los talones facetados, la presencia de labio y/o curvatura (Frison 1968; Flegenheimer 1991) están poco representado (Tabla 1). Aunque hay un porcentaje elevado de terminaciones agudas y fracturadas que no necesariamente se asocian con esta modalidad de talla. Los indicadores de reducción bifacial aparecen en una amplia variedad de rocas, por lo que el tipo de materia prima no habría sido

un elemento importante a tener en cuenta cuando se llevaron a cabo prácticas de talla por reducción bifacial. Por el contrario, la asociación de todos los atributos vinculados a esta técnica de talla con materias primas de grano fino sugiere que, cuando se optó por esta modalidad de talla, el tamaño de grano tuvo cierto valor en la elección de los materiales a tallar. También son escasas las evidencias de retoque bifacial, que se diferenciarían de las lascas de reducción bifacial (Flegenheimer 1991)², y que estarían dadas por el registro de microdesechos con talones facetados, curvatura y/o labio. A pesar de su baja frecuencia, la talla por retoque bifacial fue significativamente mayor que la reducción bifacial. Al igual que esta, estuvo estrechamente ligada a materias primas de granos finos. Se ha sugerido que la mayor o menor representatividad de la talla bifacial en los sitios arqueológicos pampéanos de la transición Pleistoceno-Holoceno se explica parcialmente por tres variables principales: el desarrollo diferencial de actividades en los sitios, las distintas funciones que los sitios cumplieron dentro de la organización tecnológica y la caracterización de los instrumentos bifaciales como artefactos de larga vida útil (Flegenheimer 1991). En Cueva Tixi se halló sólo un artefacto bifacial, están ausentes las puntas de proyectil de tipo “cola de pescado”, y se registraron pocos indicios de producción de instrumentos bifaciales. Sin embargo se registraron evidencias que indican actividades de retoque sobre artefactos de este tipo que no habrían sido descartados en el sitio, probablemente porque fueron conservados para ser usados en otro ámbito fuera de la cueva. En el contexto de estas discusiones, la información obtenida a partir del análisis de los desechos líticos, resulta sumamente útil para efectuar comparaciones con otros sitios de la microregión con características funcionales diferentes y en donde sí han aparecido puntas de proyectil acanaladas (Sitio Abrigo Los Pinos y Sitio 2 de la Localidad arqueológica Amalia). El análisis de los desechos líticos de estos sitios, con metodologías similares a las desarrolladas en este trabajo, se encuentra en curso.

Al igual que la reducción bifacial, la talla bipolar se efectuó, fundamentalmente, sobre materias primas de grano fino, aunque en proporciones mucho mayores que la talla bifacial. La técnica bipolar resulta una estrategia sumamente útil para aprovechar al máximo pequeños nódulos de alta calidad para la talla, que no podrían haber sido explotados de otra forma (Flegenheimer et al. 1995). En este sentido, las evidencias de bipolaridad en Cueva Tixi, sumadas a una muy baja frecuencia de lascas internas grandes de materias primas autóctonas, estarían indicando un aprovechamiento intensivo de aquellas materias cuyos lugares de abastecimiento se encuentran hacia el noroeste de las Sierras de Tandilia o en Litoral Atlántico a más de 70 kilómetros del sitio.

Las técnicas de talla por presión no parecen haber sido muy frecuentemente utilizadas en la reactivación de instrumentos. Los indicadores comúnmente vinculados con estos gestos técnicos, como los talones filiformes y puntiformes (Towner y Warburton 1990; Nami 1991) no muestran porcentajes significativos. A pesar de ello, es interesante hacer notar que la técnica de talla por presión sólo se practicó sobre cuarcitas y, una vez más, con una fuerte tendencia hacia los tamaños de grano fino. Esta información se deriva de los resultados obtenidos al cruzar las variables tamaño de grano con tipos de talones (en este caso filiformes y puntiformes) tanto en desechos como en microdesechos.

Por último, el análisis de los desechos líticos indica que los defectos de talla no parecen haber sido importantes. Los indicadores relacionados con golpes fallidos, como las terminaciones en charnela, las lascas adventicias y los talones fracturados o fisurados, no son frecuentes en la muestra.

CONCLUSIÓN

Cueva Tixi funcionó como un campamento base donde se llevaron a cabo múltiples actividades, relacionadas a tareas domésticas de producción lítica, usos de sustancias colorantes, cocción y consumo de alimentos (Mazzanti 1993, 1999, 2001). Las actividades de talla que corresponden a los diferentes momentos del proceso de producción de instrumentos líticos se pueden resumir en: descortezamiento de núcleos, reducción de nódulos y, fundamentalmente,

extracción de formas base, formatización de instrumentos, regularización y mantenimientos de filos. Dentro de esta secuencia productiva, la percusión directa con percutor blando orgánico se manifiesta como la modalidad de talla más comúnmente utilizada. La talla bifacial no fue una técnica muy utilizada, aunque hay indicios que muestran que instrumentos bifaciales fueron retocados en el sitio. Existió un tratamiento diferencial de las materias primas, según se trate de materiales alóctonos o de procedencia local. En términos generales, hubo un aprovechamiento intensivo de las materias primas de muy buena calidad para la talla manifestado, entre otros indicadores, por un importante porcentaje de talla bipolar. Las últimas etapas de producción son las que están más representadas en Cueva Tixi, y se evidencian, fundamentalmente, en materiales de grano fino y de tamaños pequeños. La distribución localizada e incongruente de estos materiales en el paisaje pampeano, supone una importante movilidad como parte de la organización de los grupos cazadores-recolectores tempranos (Martínez 1999); y en este sentido los resultados de este trabajo constituyen un aporte más a la discusión de esta problemática. Así, una posible explicación del intenso aprovechamiento de las materias primas de muy buena calidad en Cueva Tixi y la mayor representatividad de las etapas finales de producción podría ser, al igual que en otros sitios con similitudes tecnológicas y cronología (S3 Cerro La China), la reocupación del sitio en momentos muy posteriores al aprovisionamiento de estas materias primas (Flegenheimer 1991).

De las evidencias obtenidas, se observa una importante diferenciación en la composición de los conjuntos líticos (tipos de materias primas, porcentajes de bifacialidad y bipolaridad, ausencia de puntas cola de pescado, etc.) con otros sitios de la región pampeana con similares cronologías. Este hecho es esperable en contextos arqueológicos tempranos donde la variabilidad funcional y artefactual entre los sitios parece haber sido una constante.

Recibido: septiembre 2002.

Aceptado: julio 2004.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a Diana Mazzanti y Analía Correa por la lectura crítica de este manuscrito. A Cristina Bellelli por sus valiosos comentarios y sugerencias. Este trabajo se enmarca dentro de un proyecto de tesis doctoral que cuenta con el apoyo económico e institucional del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

NOTAS

- ¹ El análisis se enmarca en un proyecto de tesis doctoral “Análisis de la organización tecnológica durante el pleistoceno tardío en las sierras orientales de Tandilia” (CONICET) que forma parte de un proyecto de arqueología regional (Área Bordo Oriental de las Sierras de Tandilia) subsidiado por la UNMDP.
- ² Flegenheimer (1991) entiende por lascas de reducción bifacial a aquellas que “son delgadas, de sección longitudinal cóncava o, a menudo, plana y con una concavidad producida por la presencia de labio. Los talones generalmente espesos y oblicuos con respecto a la cara ventral, son secciones remanentes del filo bifacial, por ellos pueden ser facetados o presentar retoque bifacial y muchas veces están preparados por pulido.” La autora sugiere que, con sus limitaciones, uno de los criterios para separar a este tipo de lascas de las de retoque bifacial podría ser el tamaño.

BIBLIOGRAFÍA

Ahler, Stanley A.

1989. Mass analysis of flaking debris: studying the forest rather than the tree. En D. Henry y G. Odell (eds.) *Alternative approaches to lithic analysis. Archaeological Papers of the American Anthropological Association* 1:85-118.

Amik, Daniel S. y R. P. Mauldin

1989. Comments on Sullivan and Rozen's "Debitage analysis and archaeological interpretation". *American Antiquity* 54:166-168.

Amik, Daniel S.; Raymond P. Mauldin y Steven A. Tomka

1988. An evaluation ofdebitage produced by experimental bifacial core reduction of Georgetown chert nodule. *Lithic Technology* 17:26-36.

Ammerman, Albert J. y William Andresky Jr.

1982. Reduction sequences and the exchange of obsidian in Neolithic Calabria. En: J. Ericson y T. Earle (eds.) *Contexts for prehistoric exchange*:149-72. Academic Press.

Andrefsky Jr., William

1998. *Lithic Macroscopic approaches to analysis*. Cambridge University Press.

Aschero, Carlos

1975. (Rev. 1983) Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos. Informe CONICET ms.

Binford, Lewis R.

1973. Interassemblage variability: The mousterian and the "functional" argument. *The Explanation of Culture Change*: 227-254, Duckworth, London.

Bellelli, Cristina

1991. Los desechos de talla en la interpretación arqueológica. Un sitio de superficie en el valle de Piedra Parada (Chubut). *Shincal* 3:79-93. Catamarca.

Bellelli, Cristina; Guráieb, Ana G. y J. García

1985-87. Propuesta para el análisis y procesamiento por computadora de desechos de talla lítica (Desechos Líticos Computarizados). *Arqueología contemporánea* 2 (1):36-53. Buenos Aires.

Bellelli, Cristina y Débora M. Kligman

1996. Identificación de procesos de producción lítica a través del análisis de desechos de talla. *II Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 307-317.

Collins, Michael

1975. Lithic technology as a means of processual inference. En: E. Swanson (ed.) *Lithic Technology, making and using stones tools*:15-34.

Crabtree, Don E.

1972. An introduction to flint working. *Occasional Papers of the Idaho State University Museum* 28:1-98. Pocatello.

Espinosa, Silvana

1993. Descubriendo desechos: Análisis de desechos de talla lítica. *II Jornadas de Arqueología de Patagonia*: 333-339. Puerto Madryn.

1995. Dr. Scholl y Monsieur Fleur: De talones y bulbos. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 16:315-327.

Flegenheimer, Nora

1986-87. Excavaciones en el sitio 3 de la Localidad Cerro La China (Provincia de Buenos Aires). *Relaciones XVII* (1):7-28. Buenos Aires.

1991. Bifacialidad y piedra pulida en sitios arqueológicos tempranos. *Shincal* 3(2):64-78. Catamarca.

1994. Consideraciones sobre el uso del espacio en las sierras de Lobería, Pcia de Bs As, *Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 13, Mendoza.

- Flegenheimer, Nora; Bayón, Cristina y Maria Isabel González de Bonaveri
1995. Técnica simple, comportamientos complejos: la talla bipolar en la arqueología bonaerense. *Relaciones* 20: 81-110. Buenos Aires.
- Frison, George C.
1968. A functional analysis of certain chipped stone tools. *American Antiquity* 33:149-55.
- Leroi-Gourhan, André
1964. Le geste et la parole I: Technique et langage. Albin Michel, Paris.
- Magne, Martin P.
1989. Lithic reduction stage and assemblage formation processes. Experiments in lithic technology. En: Amik y Mauldin (eds.) *BAR International Series* 528: 15-31. Oxford.
- Magne, Martin P. y David Pokotylo
1981. A pilot study in bifacial lithic reduction sequences. *Lithic Technology* 10:34-47.
- Martinez, Gustavo A.
1999. Tecnología, subsistencia y asentamiento en el curso medio del río Quequén Grande: un enfoque arqueológico. Tesis Doctoral inédita, Fac. de Ciencia Naturales y Museo, UNLP.
- Martinez, Gustavo A.; Landini, Cecilia y Mariano Bonomo
1997/1998. Análisis de los artefactos líticos del sitio Paso Otero 3: Organización de la tecnología lítica en el curso medio del río Quequén Grande. *Publicaciones Arqueológicas* 49:3-22. CIFYH-UNC.
- Mauldin Raymond P. y Daniel S. Amick
1989. Investigating patterning in debitage from experimental bifacial core reduction. En: Amick y Mauldin(eds.) *Experiments in Lithic Technology*, pp.67-88. BAR International Series 528, Oxford.
- Mauss, Marcel
1947. Manuel d'ethnographie. Paris: Payot.
- Mazzanti, Diana L.
1993. Investigaciones arqueológicas en el sitio Cueva Tixi (Bs. As. Arg.) *Etnia* 38-39:125-163. Olavarría
1997. Excavaciones arqueológicas en el sitio Cueva Tixi, Buenos Aires, Argentina. *Latin American Antiquity* 8 (1):55-62.
1999. Ocupaciones humanas tempranas en Sierra La Vigilancia y Laguna La Brava, Tandilia Oriental (Pcia. Bs. As.). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*.3:145-148. La Plata.
2001. La secuencia arqueológica y los problemas de la investigación. En: D. L Mazzanti y C. A. Quintana (eds.) *Cueva Tixi: Cazadores y Recolectores de las Sierras de Tandilia Oriental. 1 Geología, Paleontología y Zooarqueología*: 9-16. Lab. de Arq. UNMDP.
En prensa. Human settlements in caves and rock shelters during the Pleistocene-Holocene in the Eastern os Tandilia Range, Pampean Region Argentina. *Current Research in the Pleistocene*.
- Nami, Hugo G.
1991. Desechos de talla y teoría de alcance medio: un caso de Península Mitre, Tierra del Fuego. *Shincal* 3:94-112. Catamarca.
- Nami, Hugo y Cristina Bellelli
1994. Hojas, experimentos y análisis de desechos de talla. Implicaciones arqueológicas para la patagonia centro-ceptentrional. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 15:199-223.
- Pelegri, Jacques
1995. Technologie Lithique: Le Chatelperronien de Roc-de Combe (Lot) et de La Côte (Dordogne). *Cahiers du Quaternaire* 20, CNRS, Paris.

Quintana, Carlos A. y Diana L. Mazzanti

2001. Selección y aprovechamiento de recursos faunísticos. En: D. L. Mazzanti y C. A. Quintana (eds.) *Cueva Tixi: Cazadores y Recolectores de las Sierras de Tandilia Oriental. 1 Geología, Paleontología y Zooarqueología*: 181-209. Lab. de Arq. UNMDP.

Shott, Michael J.

1994. Size and form in the analysis of flake debris: review and recent approaches. *Journal of Archaeological Method and Theory* 1(1): 69-110.

Sullivan (III) Alan P. y Kenneth C. Rozen

1985. Debitage analysis and archaeological interpretation. *American Antiquity* 50 (4):755-779.

Towner, Ronald H. y Miranda Warburton

1990. Projectile point rejuvenation: a technological analysis. *Journal of Field Archaeology* 17:311-321.

Valverde, Federico

2002. Variabilidad de recursos líticos en dos sitios paleoindios de las sierras de Tandilia Oriental, Pcia de Bs As. En: Mazzanti, D.; Berón, M. y Oliva, F. (Eds) *Del Mar a los Salitrales.. Diez mil años de historia pampeana en el umbral del tercer milenio*: 281-287.

**LA DATACION DE SUELOS EN LA INVESTIGACION ARQUEOLOGICA.
EDADES SOBRE MATERIA ORGANICA POR EL METODO OCR
(OXIDIZABLE CARBON RATIO)**

Cristian M. Favier Dubois ()*

RESUMEN

La dimensión cronológica constituye sin duda un aspecto muy importante de todos los estudios arqueológicos. Términos como contemporaneidad, resolución, correlación, o uso de un espacio a lo largo del tiempo, poseen claras implicaciones cronológicas. Hay por lo menos dos dimensiones destacables referentes a este aspecto que están interconectadas: 1) las variables vinculadas al indicador cronológico, su origen y contexto de depositación; y 2) el alcance y limitaciones de los métodos de datación en sí.

En este trabajo haremos referencia a ambos aspectos en lo relativo a la datación de materia orgánica derivada de procesos pedogenéticos por el método OCR (Oxidizable Carbon Ratio), destacando su importancia en los estudios arqueológicos y geoarqueológicos llevados a cabo en Fuego-Patagonia en el marco de proyectos de investigación regionales.

Palabras clave: OCR. Datación. Suelos. Cronología.

ABSTRACT

Without doubt, chronology is a main issue in any archaeological study. Words such as contemporaneous, resolution, correlation or use of space during a time range, have clear chronological implications. There are at least two interconnected dimensions that correspond to this subject: 1) the variables related to the chronological indicator, their origin and deposition context, and 2) the possibilities and limitations of dating methods themselves.

In this work we refer to both of these aspects in OCR dates (Oxidizable Carbon Ratio) on organic matter produced by paedogenetic processes. We also point out their importance in regional research projects carried out in Fuego-Patagonia

Key words: OCR. Dating. Soils. Chronology.

(*) CONICET-INCUPA Depto. de Arqueología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Prov. de Buenos Aires, Olavarría, Argentina.

INTRODUCCION

Un indicador cronológico poco usual como lo es la materia orgánica de los suelos ha sido utilizado con frecuencia en los estudios geoarqueológicos realizados en Fuego-Patagonia. Ello debido a la recurrente presencia de horizontes pedológicos en los sitios arqueológicos analizados (Favier Dubois 1999).

Las edades que provee su fechado, ya sea por ^{14}C o por otras técnicas de datación (OCR por ejemplo), se refieren siempre al denominado tiempo aparente de residencia media (TARM) de la materia orgánica (Scharpenseel 1971, Matthews 1985), edad que corresponde a la de todo el carbono orgánico, antiguo y moderno, presente en el horizonte de suelo muestreado.

Numerosas dataciones obtenidas por OCR desde 1996 han permitido evaluar los alcances y limitaciones de estas edades en los perfiles pedológicos, en diferentes localidades bajo estudio arqueológico patagónico-fueguino (Figura 1). Estos fechados proporcionaron edades para eventos pedológicos que se hallan vinculados con evidencia artefactual de dos formas. En el primer caso en relación con procesos de formación del registro a escala regional, hecho asociado con fluctuaciones climático-ambientales (desarrollo de un suelo regional). En el segundo a través de la formación de horizontes de suelo cumúlicos, frecuentes en secuencias de aleros y ambientes protegidos. De esta forma el trabajo ilustra, a diferentes escalas, el uso y perspectivas preliminares de las edades de TARM obtenidas sobre materia orgánica de suelos en la investigación arqueológica.

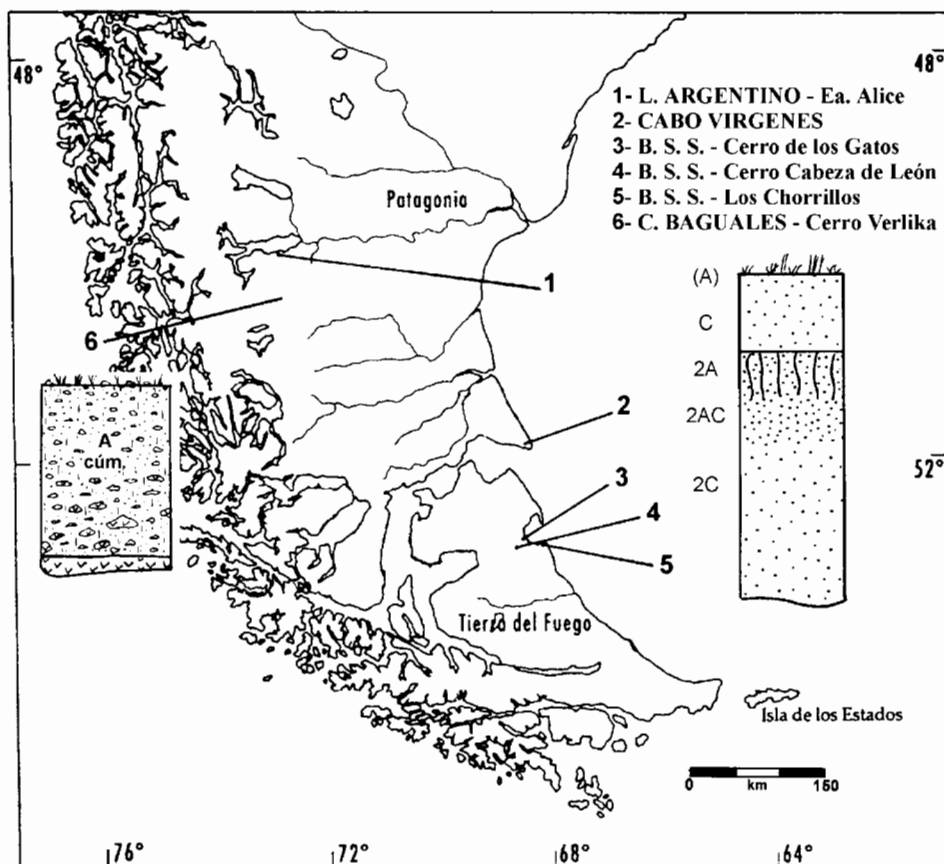


Figura 1. Localidades patagónico-fueguinas en las que se han realizado estudios geoarqueológicos y dataciones de materia orgánica por OCR. Se incluyen los perfiles estratigráficos esquemáticos de las secuencias analizadas

ASPECTOS METODOLOGICOS

Variables vinculadas al indicador cronológico

a) Origen de la materia orgánica (m.o.) en la estratigrafía arqueológica.

Esta posee dos fuentes principales:

– Procesos sinsedimentarios, incluyen los restos de organismos animales y vegetales acumulados por procesos sedimentarios o culturales. Su datación provee edades para el depósito sedimentario o arqueosedimentario (Butzer 1982).

– Procesos pedogenéticos (postdepositacionales). Comprenden las transformaciones de la materia orgánica en un perfil de suelo. Esta proviene fundamentalmente de la vegetación que el suelo soporta (los restos vegetales pasan a conformar el humus, mezcla de ácidos húmicos, fúlvicos y humina) aunque puede incluir, si la hubiere, materia orgánica presente en el material originario (Catt 1990, Stein 1992). Su datación provee edades para el evento pedológico que son independientes de la edad del depósito a partir del cual se desarrolla, a excepción de que éste contenga materia orgánica en forma primaria (en tal caso se obtendrá una edad intermedia).

b) Los valores de tiempo aparente de residencia media (TARM) como indicadores temporales.

Los valores de TARM proporcionan edades promediadas en vistas del continuo aporte de materia orgánica “joven” que se agrega a la que ha ido madurando en el perfil de suelo. El gradiente vertical que posee el aporte de materia orgánica fresca (dado por el sistema radical, la actividad de la meso y macrofauna, y la percolación de quelatos) genera un aumento general en los valores de TARM con la profundidad (Scharpenseel 1971). Regla que ha demostrado ser cierta en la mayoría de los tipos de suelos comprendidos en la *Soil Taxonomy* (Soil Survey Staff 1975, sistema clasificatorio adoptado por la Argentina) con numerosos datos para Molisoles y Alfisoles, aunque con excepciones en los Espodosoles (Scharpenseel 1971) dada la ocurrencia de una importante eluviación de materia orgánica (en forma de quelatos) del horizonte A y su acumulación en el horizonte B (Bh) en tales suelos.

Este gradiente vertical general predice que al tomar muestras para datar suelos o paleosuelos se obtendrán edades más antiguas en los horizontes AC, B ó C que en los A. Con el paso del tiempo, en el perfil pedológico, los procesos de rejuvenecimiento por continuo aporte de materia orgánica se suman a la pérdida de carbono orgánico por mineralización y lixiviación, lo que genera que los valores de TARM puedan alcanzar una edad máxima independientemente de la duración total del proceso pedogenético (Chichagova y Cherkinsky 1993).

c) El fechado de suelos enterrados y paleosuelos.

De no mediar procesos de rejuvenecimiento importantes, el fechado de la superficie de un horizonte A de un suelo/paleosuelo enterrado proporcionará una edad que se aproximará a la del sepultamiento del mismo (se trata de una edad máxima para tal evento); mientras que en el sector inferior del perfil pedológico las edades tienden a aproximarse a la del comienzo del proceso pedogenético (constituyendo edades mínimas para el inicio del desarrollo del antiguo suelo). Es posible obtener fechas muy antiguas si el horizonte a datar se ha desvinculado eficientemente de los factores rejuvenecedores más importantes.

Aspectos relacionados al método de datación en sí. Principios y limitaciones de la datación por OCR (Oxidizable Carbon Ratio)

Se trata de un método químico de datación, de reciente desarrollo. Postula que compuestos como el carbón y los materiales húmicos son biológicamente reciclados en los suelos a una tasa

lenta pero mensurable que progresa linealmente en relación con variables contextuales (temperatura media, precipitación media, textura media, profundidad, pH) similares a las que intervienen en los procesos de formación de suelos (Frink 1992, 1995). Se modela así, a través de una fórmula, la relación entre estas variables y la tasa de oxidación del carbono orgánico, proporcionando una edad numérica. Para obtener esta tasa de oxidación del C orgánico, se analizan en las muestras el C total mediante el procedimiento de pérdida de peso en seco por ignición, y el C fácilmente oxidable por combustión húmeda (método Walkley-Black). Los resultados de estos dos análisis químicos se expresan como la tasa del C total respecto a la del C fácilmente oxidable, tasa llamada OCR, que se aplica a una ecuación en la que se modelan las variables contextuales permitiendo obtener una edad (Frink 1992, 1995). De esta manera, los errores en los valores obtenidos por OCR son fundamentalmente contextuales, y tienen que ver con la adecuada estimación de las variables ambientales involucradas. Todas las edades se expresan como años calendáricos AP, teniendo en cuenta como edad presente al año 1950, a fin de hacer las cronologías comparables a las obtenidas por ^{14}C .

Ecuación Edad = $\frac{\text{OCR} \times \text{profundidad} \times \text{temperatura media} \times \text{precipitación media}}{\text{textura media} \times \sqrt{(\text{pH})} \times \sqrt{(\% \text{C})} \times 14.4888}$
(Frink 1995)

El cálculo de edades de tiempo aparente de residencia media de la materia orgánica por OCR presenta limitaciones en suelos pobremente drenados (anaeróbicos), ya que la ecuación corresponde a un sistema dependiente de oxígeno (Frink 1995). Asimismo se ven alterados los resultados cuando hay condiciones alternantes de óxido-reducción, por ejemplo en sectores del perfil afectados por oscilaciones freáticas. Las variables contextuales proporcionadas por la persona que realiza el muestreo para el cálculo de las edades OCR consisten en la profundidad en que se tomó cada muestra, un perfil estratigráfico de referencia, la pendiente estimada de la superficie en cada caso, y los valores de temperatura y precipitación media anual de la localidad bajo estudio (Tabla 1). Los otros términos introducidos en la ecuación son calculados en laboratorio a partir de las muestras enviadas.

Tabla 1. Variables contextuales generales provistas por localidad para el cálculo de la edad OCR. Para las profundidades ver tablas de edades en cada caso de estudio.

Localidades	Temp. media	Precip. media	Pendientes
Lago Argentino (Estancia Alice)	7,5° C	200 mm	4° - 5°
Cabo Vírgenes	6° C	300 mm	3° - 8°
Bahía San Sebastián	5° C	< 300 mm	3° - 15°
Cordón Baguales (Cerro Verlika)	3° C	200/300 mm	7° - 10°

Esta técnica de datación, si bien es novedosa y debe perfeccionarse, ha demostrado una buena correspondencia con los valores obtenidos por ^{14}C (Frink 1994), habiéndolo comprobado también nosotros (Favier Dubois 1998, Franco *et al.* 1999) y otros equipos de trabajo (Nami y Frink 1999) en Patagonia. Las edades obtenidas por OCR no necesitan ser calibradas (años calendáricos), por otra parte poseen una buena resolución para períodos históricos (últimos 200 años) en los que el ^{14}C presenta limitaciones por la curva de decaimiento radioactivo. Estas dataciones son realizadas por el Archaeology Consulting Team (ACT) en Vermont (U.S.A.).

Para críticas a este método ver Killick *et al.* 1999 (hay réplica de Frink en el mismo volumen).

Para mayor información sobre el método y los casos en que fue aplicado puede consultarse el sitio web <http://members.aol.com/dsfrink/ocr/ocrpage.htm>

DATAACION DE EVENTOS PEDOGENETICOS EN FUEGO PATAGONIA. DOS CASOS DE ESTUDIO

1. El suelo del Holoceno tardío en el norte de Tierra del Fuego y sur de Santa Cruz

Se ha realizado el fechado sistemático de un suelo sepultado en depósitos eólicos y coluviales que incluyen material arqueológico. Este se expresa tanto en localidades litorales del norte de Tierra del Fuego (Bahía San Sebastián) como del sur de Santa Cruz (Cabo Vírgenes, Lago Argentino) (Fig. 1). Su desarrollo parece corresponder a un cambio climático de importancia en la región acaecido hacia el 1000 AP (Favier Dubois 1998 y 2001). El perfil pedológico completo diferencia los horizontes (A)-C-2A-2AC-2C, donde (A)-C corresponde a un suelo muy incipiente desarrollado sobre los sedimentos que sepultan a aquel representado por los horizontes 2A-2AC-2C, rico en materia orgánica (ver perfil esquemático en Fig. 1). El “suelo” superior es un Entisol mientras que el enterrado puede ser clasificado como un Molisol (Haploborol) de acuerdo con la *Soil Taxonomy*.

Hemos obtenido edades mínimas para el comienzo de su desarrollo mediante dataciones sobre materia orgánica de la base del horizonte 2AC, por el método OCR. También edades máximas que corresponden a dataciones por ^{14}C sobre materiales de origen orgánico incluidos en los depósitos en forma previa al inicio del proceso pedológico (Tabla 2). Estos corresponden a restos óseos (en su gran mayoría *Lama guanicoe* –Lg–, o pinnípedos –Pp–); a valvas de moluscos –M– (*Mytilus edulis*, *Patinigera* sp., u *Odonthocymbiola* sp.); o a carbón vegetal de fogones –C–.

Se hace difícil el ajuste de una cronología precisa ya que las edades de TARM varían con la profundidad de la muestra, y es a veces difícil estimar la base del horizonte 2AC (límite gradual a difuso) asegurando a la vez el mínimo de carbono total requerido para poder realizar la datación. De tratarse de un proceso relativamente sincrónico a escala regional, las edades de TARM más elevadas serían las que más se aproximan a la edad de inicio del evento pedológico. Sin embargo cabe esperar cierta variabilidad en las respuestas a escala local en cada caso.

Respecto a las edades máximas, los restos óseos provienen de los horizontes 2AC ó 2C; se evaluó mediante variables tafonómicas la posibilidad de que puedan haberse incorporado desde la superficie del 2A, ya que esto los inhabilitaría como indicadores de edades previas al desarrollo del suelo. Para los moluscos se han tenido en cuenta los mismos criterios. Mediante un razonamiento similar al aplicado en el caso anterior se considera que las edades más jóvenes proporcionadas por estos materiales son las más próximas al inicio del suelo a escala regional.

En suma, las edades obtenidas parecen sugerir que el inicio del desarrollo de este Molisol habría acontecido en un momento cercano o algo posterior al año cal. AD 1000. Ello resulta coincidente con una anomalía climática hacia condiciones más húmedas detectada por estudios dendroclimáticos (Stine 1994) y algunos perfiles polínicos (Mancini 1998, Borromei y Nami 2000) en el sur de Santa Cruz.

Se ha evaluado asimismo el momento en que comenzó a sepultarse este suelo en muchos sectores del paisaje, a través de dataciones de la superficie del horizonte 2A en las diferentes localidades (Tabla 3). Estas edades se aproximarían a la edad del sepultamiento del suelo, constituyendo edades máximas para este evento si se considera poco importante la contaminación por parte de las raíces del suelo actual suprayacente (pedogénesis muy incipiente).

En una primera aproximación las edades parecen no variar mucho en relación con el espesor del depósito que cubre este horizonte, ello sugiere que el inicio del sepultamiento fue más o menos sincrónico en la mayoría de estas localidades, en momentos relativamente recientes. Las muestras

Tabla 2. Edades mínimas y máximas para el inicio del desarrollo del suelo del Holoceno tardío en localidades de Patagonia meridional y norte de Tierra del Fuego

Localidades muestreadas	Edades mínimas en el horizonte 2AC	Prof. desde la sup. del suelo y contexto	Edades máximas (¹⁴ C)	
			Calibradas*	
Estancia Alice (Lago Argentino)	632±18 (ACT# 3644)	22/25cm Eol.	1370±70 (Lg.) (Beta11112231)	1316-1259
	860±25 (ACT# 3642)	25/27cm Eol.	1480±70 (Lg.) (Beta11112232)	1409-1299
	828±24 (ACT# 4077)	33/35cm Eol.		
Cabo Vírgenes (SE de Sta. Cruz)	617 (ACT# 3227)	20/22cm Eol.	1380±180 (Lg.) (AC1523)	1099-720
	846±25 (ACT#3857)	25/28cm Eol.	1190±60 (Lg.) (GX-25772)	1171-994
	953±28 (ACT#3856)	28/30cm Eol.	1050±70 (Pp.) (GX-25276-G)	658-546 ²
	445±13 (ACT#3858) ¹	25/27cm Col.	1160±70 (Pp.) (Beta144999)	750-644 ²
	1032±30 (ACT#4794)	40/41cm Col.		
	958±28 (ACT#4793)	30/32cm Eol.		
	887±26 (ACT#4792)	25/27cm Eol.		
	979±29 (ACT#4796)	26/28cm Eol.		
Cabeza de León – (Bahía S. S.)	620 (ACT#2801)	40/42cm Col.	1600± 60 (M) (LP-413)	1539-1405
	661±19 (ACT# 3643)	40/42cm Eol.		
Cerro de los Gatos (Bahía S. S.)	772 (ACT#2802)	35/37cm Eol.	900±115 (M) (AC 1483)	578-432 ²
Los Chorrillos Sitios San Genaro (Bahía S. S.)	574 (ACT#2800)	35/37cm Eol.	1070±80 (C) (Beta-51997)	1060-924
	980±29 (ACT# 4079)	45/48cm Eol.	1479±95 (M) (AC 1403)	1123-920
			1483±80 (M) (AC 1404)	1105-932
			1420±90 (M) (AC 1484)	1046-887
			1190±90 (M) (Ac.Cs.Moscú)	807-649 ²
			1620±140 (M) (Ac.Cs.Moscú)	1289-1001

* Programa CALIB 3.0.3 (Stuiver y Reimer 1993), calculadas a 1sigma y factor k=1, para las muestras marinas se utilizó un delta R=0 (promedio de ER marino de 400 años).

¹ El perfil se muestreó húmedo, no visualizándose con claridad los límites de horizontes.

² De poseer el efecto reservorio promedio introducido por el programa de calibración, estas muestras (huesos de pinnípedo y valvas) no podrían constituir una edad máxima para el suelo.

Tabla 3. Edades OCR para el horizonte 2A y profundidad a la que éste se halla sepultado en los diferentes depósitos

Localidades muestreadas	Edades en el horizonte 2A	Profundidad total y contexto
Cabeza de León – talud del cerro (Bahía S. Sebastián)	177±5 años AP (ACT#4080)	40 cm - Coluvial
Cabeza de León – dunas sobre el cerro (Bahía S. Sebastián)	558±16 AP (ACT#4076)	103 cm - Eólico
Dunas de Los Chorrillos (Bahía S. Sebastián)	170 años AP (ACT#2035) 202 años AP (ACT#3226) ¹	5 cm - Eólico 20 cm - Eólico
Cerro de los Gatos (Bahía S. Sebastián)	170 años AP (ACT#2034)	20 cm - Eólico
Cabo Vírgenes (SE Santa Cruz)	120±3 años AP (ACT#3854) 144±4 años AP (ACT#3855)	70 cm – Eólico 160 cm - Eólico

¹ Esta muestra fue tomada hacia la base del horizonte 2A

de Cabo Vírgenes fueron tomadas en los dos primeros centímetros de la superficie del suelo enterrado, y no se evidencia un rejuvenecimiento marcado en la edad del horizonte menos sepultado (con mayor influencia del suelo actual).

Respecto a las dunas sobre el cerro Cabeza de León, la edad obtenida es mucho mayor al promedio, lo que podría indicar un sepultamiento más temprano para el suelo en este lugar.

2. Horizontes de suelo cumúlicos en el Cordón Baguales (Santa Cruz)

Se han obtenido también edades de TARM por el método de OCR en horizontes de suelo cumúlicos (horizontes A de acreción vertical muy desarrollados) en secuencias de alero del Cerro Verlika, Cordón Baguales (Santa Cruz, Fig. 1). Se han relevado los aleros Cerro Verlika 1, 2 y 3 (VK1, VK2, VK3) formados a expensas de farallones y grandes bloques de origen volcánico, en los que se recuperó material lítico en superficie y en capa (particularmente en VK1 y VK3) (Franco *et al.* 1999).

Particularmente se han datado muestras provenientes del alero Cerro Verlika 1 (VK1), cuadrículas contiguas 1/2 y cuadrícula 3, ubicadas en la entrada y hacia el fondo del alero respectivamente (Franco *et al.* 1999). Además se han efectuado análisis del porcentaje de materia orgánica a lo largo de los perfiles (Tabla 4), realizados en el Laboratorio de Química Geológica y Edafológica (Ahora INGEIS-CONICET).

Tabla 4. Porcentajes de m.o. en los perfiles de las cuadrículas 1/2 y 3 (método Walkley-Black)

Cuadrículas 1/ 2		Cuadrícula 3	
Nivel	% m.o.	Nivel	% m.o.
30-35cm	5.64	60-65cm	2.78
45-50cm	3.47	80-85cm	2.09
65-70cm	3.54	95-100cm	2.15
85-90cm	2.04	115-120cm	1.66
		135-140cm	1.01

Se observa que los valores de m.o. son más elevados a la entrada del alero (Cuad.1/2) que hacia el fondo (Cuad.3), lo que es coherente con mejores condiciones para la pedogénesis hacia el exterior. Por otro lado disminuye en ambos casos cerca de la base, donde se hacen abundantes los bloques. Los porcentajes de m.o. a lo largo de la columna indican acreción vertical de los procesos de humificación (no corresponden a un mismo evento pedológico) lo que avala, junto al espesor de la secuencia, la idea de horizontes de suelo acumulativos o cumúlicos.

Secuencias muy similares, con porcentajes de m.o. comparables, fueron relevadas previamente al sur de Lago argentino (área Lago Roca), en aleros al reparo de bloques erráticos (Favier Dubois 1999). Sin embargo es la primera vez que se utiliza esta técnica para datar horizontes acumulativos, vinculados en este caso con evidencia arqueológica.

En el alero VK1 se fecharon tres muestras óseas por ^{14}C (correspondientes a *Lama guanicoe*), y tres muestras de materia orgánica (m. o.) por la técnica de OCR (Tabla 5).

Tabla 5. Dataciones numéricas obtenidas en el alero VK1

Muestra	Nivel	Edad de TARM por OCR	Edades ¹⁴ C Calibradas*	
VK1-Cuad. 1/2	90-95cm	2422 $\pm$ 72 años AP (ACT# 3532)	2640 $\pm$ 110 años AP (Beta-91300)	2718-2848 AP
VK1-Cuad. 1/2	35-40cm	—————	1685 $\pm$ 70 años AP (GX-25277-G)	1692-1520 AP
VK1-Cuad. 3	65-70cm	2351 $\pm$ 70 años AP (ACT# 3530)	—————	—————
VK1-Cuad. 3	105-110cm	3389 $\pm$ 101 años AP (ACT# 3531)	3860 $\pm$ 80 años AP (Beta-122880) nivel 110-115	4098-4409 AP

* Programa y parámetros idénticos a los señalados en Tabla 2

El fechado por ¹⁴C en VK1-C1 nivel 90-95cm dio bastante coincidente con el obtenido por OCR a la misma profundidad, lógicamente este último siempre se verá algo rejuvenecido por los procesos pedológicos al constituir una edad de TARM. En el nivel 105-110 cm de la cuadrícula 3 la diferencia es mayor respecto a la muestra ósea recuperada unos centímetros por debajo.

Las relaciones granulométricas (textura) y los porcentajes de m.o. no muestran variaciones significativas, por lo que las condiciones generales de sedimentación habrían sido relativamente constantes: tasas lentas pero continuas a lo largo del tiempo, permitiendo un continuo desarrollo pedogenético (horizontes cumúlicos). Esto mismo parece indicar el análisis del espesor sedimentario *versus* tiempo entre los fechados por OCR en Cuad. 3, y los obtenidos por ¹⁴C en cuadrículas 1/2, que proporcionaron tasas de sedimentación promedio similares de unos 0,4mm y 0,5mm por año respectivamente.

Con estas tasas de sedimentación, la diferencia entre la muestra de OCR y el hueso datado hacia la base de la cuadrícula 3, justificaría unos 200 años en 6cm, lo que aproxima las edades haciendo semejante la diferencia a la obtenida en la cuadrícula 1, a un mismo nivel estratigráfico.

CONCLUSIONES

Respecto a los valores de TARM como indicadores temporales

1. El suelo regional de Fuego-Patagonia:

Las edades de TARM corresponden a un mismo evento pedogenético, y en este caso han permitido:

- Aproximarnos a edades de inicio y fin del desarrollo del suelo regional.
- Vincular su inicio con un cambio en las condiciones ambientales detectado en la región por estudios dendroclimáticos y polínicos (Stine 1994, Mancini 1998, Borrromei y Nami 2000).
- Evaluar la duración mínima en la que constituyó una superficie de paisaje disponible, y sus consecuencias desde el punto de vista del uso de ese espacio, y de los procesos de formación involucrados.
- Correlacionar estratigráficamente sitios en diferentes situaciones del paisaje en la región bajo estudio (unidad cronoestratigráfica guía).

Respecto a la variabilidad en los valores de TARM obtenidos en este suelo (Tablas 2 y 3), puede señalarse:

- Un mayor incremento en la edad con la profundidad en el horizonte 2AC que en el 2A (probablemente por la mezcla debida a la elevada actividad biológica en este último horizonte).
- Existe variación de edades a una misma profundidad de la superficie del suelo por diferencias en el desarrollo pedológico (incluso en una misma localidad). También debido a la dificultad de evaluar límite inferior del horizonte 2AC (típicamente gradual a difuso) por condiciones de humedad, o por el propio color de los sedimentos.

2. Horizontes de suelo cumúlicos en Cordón Baguales (Cerro Verlika):

- Las edades de TARM corresponden no a un evento sino a una secuencia de eventos pedogenéticos sobreimpuestos, bajo condiciones de muy bajas tasas de sedimentación.
- Han permitido realizar estimaciones cronológicas para depósitos que contienen evidencia arqueológica (ocupaciones), proporcionando edades bastante coincidentes con las obtenidas por ^{14}C , aunque siempre algo rejuvenecidas por la propia dinámica pedológica.
- Permitieron estimar un valor promedio de tasas de sedimentación, muy similar al obtenido por ^{14}C en una cuadrícula cercana, en un contexto donde la sedimentación y la pedogénesis son procesos simultáneos.
- Contribuyeron a evaluar procesos formacionales y tiempo representado en un intervalo estratigráfico, importante en el análisis arqueológico de la resolución, integridad, intensidad de uso del espacio, etc. (Binford 1981:19, Farrand 1993, entre otros)

Respecto al método de datación: la técnica de OCR

- Se ha trabajado con perfiles bien drenados (predominantemente arenosos), favorables al uso de esta técnica.
- Se observa una elevada coherencia interna entre valores de edad obtenidos en los distintos horizontes y perfiles (suelo regional).
- Existe concordancia dentro de límites esperables con las dataciones obtenidas por ^{14}C (horizontes cumúlicos).

Con el correr de los años se ha hecho de suma importancia para la investigación arqueológica y de cualquier ciencia histórica, el análisis e interpretación de las cronologías obtenidas por distintos indicadores y métodos de datación. El potencial de las edades de TARM de la m.o. como indicador temporal (ya sea obtenidas por la técnica de OCR, ^{14}C , u otro método) no debe desaprovecharse; el conocimiento de la dinámica pedológica brinda un marco adecuado para evaluar sus alcances y limitaciones (ver casos pampeanos en González de Bonaveri y Zárate 1993-94, Johnson *et al.* 1998).

Por otra parte, el rejuvenecimiento de edades es un proceso que no sólo involucra a la m.o. en el perfil de suelo, la iluviación de compuestos húmicos es una fuente de carbono joven que afecta a los materiales orgánicos (huesos, carbón, etc.) que infrayacen horizontes A, dando lugar, en determinadas circunstancias, a edades que no corresponden a las de los eventos que se intenta datar (Zárate *et al.* 2000-2002).

El uso de edades de TARM se perfila muy útil para aproximaciones temporales en contexto arqueológico, no sólo en ausencia de otros elementos datables sino como forma de evaluar, controlar y corroborar información cronológica. Esta perspectiva alienta futuros estudios tendientes a explorar el potencial de las edades proporcionadas por la materia orgánica de los suelos, aspecto de particular importancia desde el punto de vista del registro cultural, ya que la presencia de procesos pedogenéticos es sumamente frecuente en la estratigrafía arqueológica.

Recibido: septiembre 2002.

Aceptado: agosto 2004.

AGRADECIMIENTOS

Al Dr. Luis A. Borrero por su dirección y constante apoyo. A la Universidad de Buenos Aires por las becas que permitieron estas investigaciones. A mis compañeros de equipo Nora Franco (codirectora del proyecto Baguales), Florencia Borella, Flavia Carballo Marina, Patricia Campán, Lorena L'Hereux, Liliana Manzi, Juan Bautista Belardi, Isabel Cruz y Sebastián Muñoz. Agradezco asimismo el apoyo logístico recibido en Tierra del Fuego (Domingo Palma, Julio Mandrini, Nino Segurado, y personal del Museo de Río Grande) y Santa Cruz (Parques Nacionales, Destacamento Naval Río Gallegos) durante los trabajos de campo. Finalmente agradezco las sugerencias de los evaluadores.

BIBLIOGRAFIA

Binford, Lewis R.

1981. *Bones. Ancient Men and Modern Myths*. Academic Press.

Borromei, Alicia M. y Hugo G. Nami

2000. Contribución a la paleoecología de la cuenca del río Chico en el extremo sur de la Provincia de Santa Cruz: el aporte de la palinología.. En Hugo Nami (ed.), *Arqueología Contemporánea 6: La perspectiva interdisciplinaria en la arqueología contemporánea*: 105-122. Buenos Aires.

Butzer, Karl

1982. *Archaeology as Human Ecology. Method and Theory for a Contextual Approach*. Cambridge University Press.

Catt, J. A.

1990. Dating of Paleosols. En *Paleopedology Manual*: 51-75, Quaternary International vol. 6, London.

Chichagova, O.A. y A.E. Cherkinsky

1993. Problems in radiocarbon dating of soils. *Radiocarbon* 35 (3): 351-362.

Farrand, William R.

1993. Discontinuity in the Stratigraphic Record: Snapshots from Franchthi Cave. En P. Goldberg, D. T. Nash y M. D. Petraglia (eds.) *Formation Process in Archaeological Context*: 85-96, Monographs in World Archaeology 17, Madison, Wisconsin, Prehistory Press.

Favier Dubois, Cristian M.

1998. Dinámica sedimentaria y cambios ambientales en relación al registro arqueológico y tafonómico del Cerro Cabeza de León, Bahía San Sebastián (Tierra del Fuego, Argentina). *Anales del Instituto de la Patagonia (Ser. Cs. Hum.)* 26: 137-152, Magallanes, Chile.

1999. Pedogénesis y formación de registros en Bahía San Sebastián (Tierra del Fuego) y Lago Roca (Santa Cruz). *Soplando en el viento...Actas de las 3as Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 319-332, San Carlos de Bariloche.

2001. *Análisis geoarqueológico de los procesos de formación del registro, cronología y paleoambientes en sitios arqueológicos de Fuego-Patagonia*. Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Buenos Aires. Ms.

Franco, Nora V., Luis A. Borrero, Juan B. Belardi, Flavia Carballo Marina, Fabiana M. Martín, Patricia Campán, Cristian M. Favier Dubois, Natalia Stadler, María Isabel Hernández Llosas, Héctor Cepeda, Andrés S. Muñoz, Florencia Borella, F. Muñoz, Isabel Cruz.

1999. Arqueología del Cordón Baguales y Sistema Lacustre al sur del Lago Argentino. *Praehistoria* 3: 65-86, Programa de Estudios Prehistóricos (CONICET), Buenos Aires.

Frink, Douglas S.

1992. The chemical variability of carbonized organic matter through time. *Archaeology of Eastern North America* 20: 67-79.

1994. The Oxidizable Carbon Ratio (OCR): a proposed solution to some of the problems encountered with radiocarbon data. *North American Archaeologist*, 15 (1): 17-29.
1995. Application of the Oxidizable Carbon Ratio Dating Procedure and Its Implications for Pedogenic Research. *Pedological Perspectives in Archeological Research*. SSSA Special Publication 44.
- González de Bonaveri, María Isabel y Marcelo A. Zárate
1993-94. Dinámica de suelos y registro arqueológico: La Guillerma, provincia de Buenos Aires. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XIX*: 285-305. Buenos Aires.
- Johnson, Eileen, Gustavo Politis, Gustavo Martínez, W. Hartwell, María Gutiérrez, y H. Haas.
1998. The radiocarbon chronology of Paso Otero 1 in the Pampean Region of Argentina. *Quaternary of South America Antarctic Peninsula* 11 (1995): 15-25.
- Killick, D. J.; A. J. Jull y G. S. Burr
1999. A Failure to Discriminate: Querying Oxidizable Carbon Ratio (OCR) Dating. *Society for American Archaeology Bulletin* 17 (5): 32-37.
- Mancini, Virginia M.
1998. Análisis polínicos de secuencias arqueológicas en el área de Lago Argentino. En Luis A. Borrero (ed.) *Arqueología de la Patagonia Meridional (Proyecto Magallania)*:105-132. Concepción del Uruguay, Ediciones Busqueda de Ayllu.
- Matthews, J. A.
1985. Radiocarbon dating of surface and buried soils: principles, problems and prospects. En K. S. Richards y R. R. Arnet (eds.) *Geomorphology and soils*: 269-288. Londres, Allen & Unwin.
- Nami, Hugo G. y Douglas Frink
1999. Cronología obtenida por la Tasa del Carbono Orgánico Oxidable (OCR) en Markatch Aike 1 (Cuenca del Río Chico, Santa Cruz). *Anales del Instituto de la Patagonia (Ser. Cs. Hum.)* 27: 231-237, Magallanes, Chile.
- Scharpenseel, H.W.
1971. Radiocarbon Dating of Soils - Problems, Troubles, Hopes. En Dan H. Yaalon (ed.), *Paleopedology. Origin, Nature and Dating of Paleosoils*, Jerusalem, Intl. Soc. Soil Sci. and Israel Universities Press.
- Soil Survey Staff
1975. Soil Taxonomy: a basic system of soil classification for making and interpreting soil surveys, *Agriculture Handbook* No. 436. U. S. Dep. of Agriculture, Washington.
- Stein, Julie K.
1992. Organic Matter in Archaeological Contexts. En Vance Holliday (ed.) *Soils in Archaeology*: 193-216, Washington y Londres, Smithsonian Institution Press.
- Stine, Scott
1994. Extreme and persistent drought in California and Patagonia during mediaeval time. *Nature* 369: 546-549.
- Stuiver, M. y P. J. Reimer
1993. Extended ¹⁴C Data Base and Revised Calib 3.0 ¹⁴C Age Calibration Program. *Radiocarbon* 35 (1): 215-230.
- Zárate, Marcelo A, María Isabel González, Nora Fleghenheimer y Cristina Bayón
2000-2002. Sitios arqueológicos someros: el concepto de sitio en estratigrafía y sitio de superficie. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y pensamiento Latinoamericano (INAPL)* 19: 635-653, Buenos Aires.

COMENTARIO A “LA VILLA COMO ALDEA” DE LAURA MASSON
(RELACIONES XXVII, 2002)

Sabina Frederic ()*

Existe hoy en día, tanto en ámbitos académicos, periodísticos como estrictamente políticos, la tendencia a designar o nominar las prácticas políticas de los *pobres*, con el rótulo de clientelismo político¹. No es esta una orientación radicalmente nueva lo cual puede comprobarse al rastrear los estudios sobre sectores subordinados llevados adelante por sociólogos y antropólogos sociales argentinos y latinoamericanos (Hermitte y Bartolomé 1977). Sin embargo, desde comienzos de los años '90 el concepto adquirió una repercusión cuyo carácter deberíamos entender a la luz de las características particulares de la categoría en cuestión.

Entonces ¿Significa tal reiteración y difusión entre ámbitos supuestamente diversos, como los mencionados, que estamos en presencia de un concepto teórico apropiado, o por el contrario, se trata de una buena evidencia de una categoría naturalizada que normaliza fenómenos y procesos diversos? El comentario de Laura Masson está orientado a mostrar que aún cuando el libro “La Política de los Pobres: las prácticas clientelistas del Peronismo” de Javier Auyero (2001) plantea la última cuestión, de hecho no la asume como propia. Tal como señala Masson, la molestia que le produce al autor la apelación a dicha categoría, cuya adopción incluso justifica por una sugerencia de su banca doctoral en la Introducción de su libro, no lleva su análisis al cuestionamiento del concepto como promete.

Por ello, Masson centra su comentario en los “supuestos subyacentes” que sustenta el trabajo de Auyero y que, a su entender, inhiben un abordaje de las prácticas políticas denominadas clientelismo en su positividad. Así, el abordaje del clientelismo en su sentido negativo como desvío, ausencia o déficit de prácticas políticas modernas y democráticas en la Argentina contemporánea sería la fuerza que arrastra a Auyero a una suerte de complacencia analítica con el sentido común. Los supuestos que fundamentan tal sentido y que orientan un análisis de escasa crítica conceptual se encuentran para Masson en los siguientes factores: (a) el desarrollo de redes clientelares en territorios caracterizados por la exclusión y la pobreza, (b) el clientelismo como una práctica complementaria al funcionamiento deficitario del Estado del Bienestar, y (c) el análisis del clientelismo como una distribución de bienes y favores propio de la política local. Antes de referirme a los supuestos que la perspectiva de la comentarista introduce en su crítica a Auyero, quiero apoyarme en su sentido general. La falta de positividad de *La Política de los Pobres*, mencionada por Masson, está reflejada en la tendencia del autor a entrar en polémica con el discurso

(*) Docente investigadora de la Universidad Nacional de Quilmes, ph. D. en Antropología Social de la Universidad de Utrecht, Holanda.

periodístico y político, en desmedro de la literatura antropológica internacional sobre patronazgo y clientelismo. No es casual que el comentario de Masson confronte el texto con la naturaleza de lo que lo autoriza, su pertenencia al campo científico². Su comentario intenta mostrar que, mientras la polémica con esa audiencia lo arrastra a replicar el sentido común político y mediático sobre el clientelismo, una reflexión sobre los supuestos que lo subyacen contribuiría a relocalizar la dimensión científica de un concepto que en este caso -como en tantos otros- es también una categoría nativa. Sin este procedimiento el diálogo que sugiere Auyero en el Epílogo al libro con un público más amplio que el académico, corre el riesgo de no ofrecer a uno u el otro nada nuevo.

Siguiendo el camino trazado por Masson quiero destacar que esos mismos supuestos ocultan los procesos y las prácticas que definen a unos como *políticos*, a otros como *punteros* y/o *villeros*, entre otros. Es decir que la lente del clientelismo político utilizada de un modo naturalizado, oscurece los procesos de configuración de las categorías de agentes políticos intervinientes. La falta de comparación y de análisis de mediana duración contribuye a tomar las relaciones y prácticas así denominadas como dadas o como mera reproducción de un pasado que no se distingue del presente. Sin embargo, debemos probar que efectivamente no existen nuevos agentes políticos y que, por lo tanto, las relaciones que los constituyen han sido a lo largo de los últimos 50 años y desde el “origen” del Peronismo, básicamente las mismas.

Un primer supuesto de la categoría clientelismo utilizada por Auyero señala Masson, remite a una lógica práctica propia de una “cultura política” diferenciada por situaciones o escenarios de aislamiento producidos en los años '90 por la denominada exclusión social. Añadiría a este señalamiento que los *pobres* de estos años ya no serán tanto pensados como marginales sino como excluidos, y el lugar por excelencia donde encontrarlos será, como en los años '40 y '70, la *villa*. Pero la categoría sociológica de Auyero, y este no es un dato menor, no es la de *villero* sino la de *pobre*. De este modo, el *pobre* que vive en la *villa*, es al mismo tiempo definido por el lugar en el cual vive y por el estado de suprema escasez en el que está sumido. Si bien esta superposición puede no parecer problemática creo que puede ayudarnos a entender otro costado del problema de explicar un fenómeno social por la escasez y por la proximidad territorial o residencial como condición de distribución de valores sociales y políticos comunes.

Auyero, como bien señala Masson, toma a “la villa como aldea”³ y a los *pobres* como sus habitantes, pero por qué para aquel no son ellos los *villeros*, cómo se produce este trastocamiento clasificatorio. Podría argumentarse que la jerga académica, de expertos y de periodistas la pusiera entonces de relieve y fuera esto lo considerado por Auyero más que las categorías nativas en juego. No obstante, los resultados de investigaciones propias llevan a señalar la presencia de otro factor, el hecho de que por entonces la categoría de *villero* era una que habría de desaparecer durante los '90 de la jerga política⁴. Ciertamente, las categorías sociales y/o políticas no son invariables, cambian, sufren alteraciones como resultado de procesos de los cuales participan agentes ubicados en polos opuestos de una relación. La investigación social debiera contribuir a mostrar las relaciones, prácticas y procesos que naturalizan las categorías sociales y políticas. Al aislar la *villa* y, como dice Masson, omitir las relaciones que le dan existencia, Auyero reproduce ese aislamiento tanto porque piensa el intercambio clientelista en el ámbito cerrado de la *villa*, como por desconocer los procesos que transformaron contradictoriamente al *villero* en *pobre* —objeto de las políticas sociales—⁵ o en otros escenarios no muy distantes geográficamente de Còspito, en *vecino*.

El clientelismo político, bajo dicha perspectiva, encasula relaciones, valores morales y formas de resolver problemas, debido a que desconoce los procesos que lo convierten a nuestros ojos en un fenómeno negativo, un desvío más o menos diseminado según el número y distribución de *pobres*. Uno de ellos es la denominada división del trabajo político, es decir los procesos prácticos mediante los cuales se configuran las categorías políticas que diferencian en la práctica a activos y/o profesionales a pasivos y/o amateurs (Bourdieu 2001). Habría que pensar cuál es el lugar de los *pobres* en esa división, y en el proceso de profesionalización que los políticos en el Gran

Buenos Aires atravesaron durante la década anterior al momento en que Auyero desarrolló su investigación.

Por otra parte, quisiera destacar otro de los asuntos que el comentario de Masson toca, y es el de las consecuencias que el análisis de Auyero tiene respecto de uno de los problemas capitales de la ciencia social argentina y sobre la Argentina, la explicación del Peronismo (Neiburg 1998). El autor intenta contribuir a ese debate en medio de un contexto de grandes transformaciones del propio Peronismo llevadas adelante de la mano del gobierno del presidente Carlos Menem. En cierto sentido, el argumento del autor destaca las invariantes que han dado existencia, continuidad y fortaleza al Peronismo de la primera mitad de los ‘90. Una de las preguntas no explicitadas pero que claramente subyacen a su argumento es: ¿Por qué en un escenario de retracción en la definición de los derechos del pueblo y de licuación de las identidades políticas mediante las cuales el Peronismo le había concedido ciudadanía, uno de sus principales miembros, los ahora definidos *pobres* continúan votando a sus candidatos? Recordemos que la investigación de Auyero se desarrolla en 1996, año de la primera reelección del presidente Menem, episodio que conmovió a la oposición de todos los espectros, tanto políticos como intelectuales. Así, por un lado, cabe preguntarnos cómo deben situarse nuestras investigaciones frente a problemas políticos o, como en el caso que nos ocupa, de política electoral. Si acordamos en considerar como una pregunta de investigación en ciencias sociales cómo consigue el triunfo electoral una determinada fuerza partidaria, entonces debiéramos primero explicitarla. Seguidamente, tal interrogante planteado en la Argentina, donde la oposición peronismo/antiperonismo orientó no sólo el campo político, sino también como demuestra Federico Neiburg el campo científico, supone una reflexión sobre la relación particular del investigador con el objeto y el contexto socio-político en el cual se produce. En este caso en particular, la pregunta se dirige a entender esa eterna alianza entre “los pobres” y “el peronismo”, una alianza, como sabemos quienes somos ciudadanos e investigadores de la política en la Argentina, perturbadora para opositores a este último movimiento o partido⁶. La falta de reflexión sobre el punto de vista del investigador, es decir la falta de reflexividad en un sentido bourdiano, amenaza la construcción de una perspectiva positiva de las prácticas políticas encontradas. Por ello, tal como lo expresa Auyero al final de los agradecimientos, observa en aquella un desvío o falla de las formas de hacer política esperadas (2001:18).

Del otro lado, si consideramos la respuesta que el autor ofrece sobre esa cuestión advertimos un problema de naturaleza teórica y es el esencialismo de su interpretación. Este no está sólo ligado a la escasez tal como señala Masson, sino también a la actuación del mito de Eva Perón. Los pobres mantienen su adhesión al Peronismo porque en medio de la escasez además de tener únicamente su voto para ofrecer a cambio de la “resolución de problemas” logran actualizar dicho mito al realizar cada intercambio. Auyero sostiene que para ser mujer y peronista hay un original a ser actuado, y este es el del mito de la Dama de la Esperanza. Así explica esa inextricable relación entre peronismo, pobreza y clientelismo –que Masson critica–, aunque los datos electorales de las elecciones parlamentarias de 1997 y de 1999 muestran que tal adhesión fue mermando. Asimismo el propio libro de Laura Masson (2004) *La política en femenino* muestra que existen varios modos de ser mujer y peronista que están procesual y contextualmente definidos⁷.

Resulta difícil concebir, frente a las transformaciones producidas por el menemismo en el terreno de las identidades sociales y políticas de la sociedad argentina analizadas por la sociología política y la politología (Aboy Carles 2001; Palermo y Novaro 1996), y las que tiempo después habrían dado origen a los piqueteros (Svampa y Pereyra 2003), que la esencia de la escasez –un diacrítico cultural– antes llamada marginación (Germani 1973) y ahora denominada exclusión (Nun 2001) despertada por el mito de Eva Perón, pueda explicar tales discontinuidades. En este punto la interpretación sociológica de Auyero se convierte en un símil de la de sus nativos, una suerte de repetición, ya no de un mito, sino de un marco interpretativo sociológico, apropiado y adaptado por los nativos.

Llegamos finalmente así, al problema del cual partimos junto con Masson, el de la adecuación

de los conceptos nativos a la comprensión de los procesos y prácticas que los sustentan. Siendo éste uno de los problemas centrales de la antropología social dado su esfuerzo por precisar la traducción de los conceptos teóricos a los conceptos nativos y viceversa, el trabajo de Auyero no hace otra cosa que recordarnos la vigencia que para una antropología de nuestra sociedad donde categorías teórica y nativa podrían parecer idénticas sin serlo, tiene acudir a las etnografías donde el problema para el investigador era muchas veces el inverso.

NOTAS

- ¹ Ciertamente no todos los estudios sobre el clientelismo depositan en la pobreza de los clientes la explicación del fenómeno, para un análisis de su combinación con otros fenómenos tales como la lucha de facciones véase la disertación doctoral de Germán Soprano (2003).
- ² Recuérdese que este libro es una versión de la disertación mediante la cual Javier Auyero se doctoró en Ciencias Políticas en The New School for Social Research.
- ³ La antropología social contiene una larga y profunda discusión respecto de las dificultades que conlleva considerar como problema de estudio el lugar en el que se estudia (Geertz 2000), así como tomar el lugar como una comunidad y considerarla o bien una unidad sociocultural limitada o en cambio una parte representativa del todo, la sociedad (Barth 1994)
- ⁴ Para un análisis de este proceso ambiguo de transformación de las categorías políticas y su relación con la configuración de la política como problema moral puede consultarse *Buenos Vecinos, Malos Políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires* (Frederic 2004).
- ⁵ La reorientación de las políticas públicas en un contexto neoliberal durante los años '90 se produjo al abrigo de normativas específicas provenientes del Banco Mundial, principal organismo multilateral de crédito para programas sociales. Las políticas sociales emergentes entonces, tenían al Consenso de Washington como marco ideológico y a los *pobres*, principalmente en su individualidad, como objeto del *beneficio* (Minujín 1996; Lo Vuolo y Barbeito 1992).
- ⁶ Una de las discusiones académicas que suscitó el menemismo estuvo ligada justamente a la pregunta por su intervención en un eventual pasaje del Peronismo de movimiento en partido, es decir en su capacidad para dirimir las oposiciones políticas (Torre 1999; Mustapic 2000).
- ⁷ En la misma dirección se encuentra el artículo de Laura Rodríguez (2001) al mostrar las formas en las que la relación patrón-cliente trascienden la figura de Eva Perón.

BIBLIOGRAFÍA

Aboy Carlés, G.

2001. *Las Dos Fronteras de la Democracia Argentina: La Reformulación de las Identidades Políticas de Alfonsín a Menem*. Buenos Aires: Homo Sapiens.

Auyero, J.

2001. *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del Peronismo*. Buenos Aires: Manantial.

Barth, F.

1994. "Towards greater naturalism in conceptualizing societies", en: Kuper, A.(ed.) *Conceptualizing Society*, pp.17-33. London: Routledge.

Bourdieu, P.

2001. "A representacao política: elementos para uma teoria do campo político"; en: Bourdieu, P. *O poder simbólico*, pp. 162-207. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

Frederic, S.

2004. *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.

- Geertz, Clifford
2000. *La interpretación de las culturas*. Gedisa. Barcelona.
- Germani, G.
1973. *El Concepto de Marginalidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hermitte, E. y L. Bartolomé (comp.)
1977. *Procesos de articulación social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lo Vuolo, R. y A. Barbeito
1992. *La Modernización Excluyente: Transformación Económica y Estado de Bienestar en Argentina*. Buenos Aires: Losada.
- Masson, L.
2004. *La política en femenino: género y poder en la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia/IDES.
- Minujin, A. (ed.)
1996. *Desigualdad y exclusión: desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires: UNICEF/Losada.
- Mustapic, A. M.
2000. “Oficialistas y Diputados: las relaciones ejecutivo-legislativo en la Argentina”, *Desarrollo Económico* 39(156):571-595.
- Neiburg, F.
1998. *Los Intelectuales y la Invención del Peronismo*. Buenos Aires: Alianza.
- Nun, J.
2001. *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Palermo, V. y M. Novaro
1996. *Política y Poder en el Gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma-Flacso.
- Rodríguez, L.
2001. “De patronas y clientas: etnografía de una organización de mujeres”; *Revista de Antropología Avá* 3:109-119.
- Soprano, G.
2003. *Formas de organización y socialización en un partido político: etnografía sobre facciones, alianzas y clientelismo político en el peronismo durante una campaña electoral*. Tesis de Doctorado en Antropología Social, Programa de Postgrado en Antropología Social, Universidad Nacional de Misiones.
- Svampa y Pereyra
2003. *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Torre, J. C.
1999. “Los Desafíos de la Oposición en un Gobierno Peronista”; en: *Entre el Abismo y la Ilusión: Peronismo, democracia y mercado*. Torre, J.C. (et.al.), pp. 51-62. Buenos Aires: Norma.

COMENTARIO

TRAMOS PERDIDOS. PATRONAZGO Y CLIENTELISMO POLITICO DESDE LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL ARGENTINA DE LA DÉCADA DE 1960

Rosana Guber (*)
Germán Soprano (**)

La política de los pobres de Javier Auyero es ya una contribución al conocimiento de la sociedad argentina, tanto por su material sustantivo como por su capacidad de suscitar el debate en la legión de especialistas que, desde diversas trayectorias, se han volcado a entender el binomio “política - pobreza” de la Argentina post-1990. Una lúcida expresión del debate como la de Laura Masson, Relaciones XXVII:71-78, ayuda a mirar este par desde perspectivas menos etnocéntricas y, por ende, menos tautológicas, porque concebir “la política de los pobres” como anclada indefectiblemente en el patronazgo y el clientelismo político, es responder de antemano a lo que se debe investigar.

Estas páginas no se proponen terciar en el intercambio Auyero-Masson sino articularlo con los aportes de varios autores que se han ocupado, precisamente, del patronazgo y el clientelismo político en la Argentina de los años 1960-70. Su lectura fue importante para entender la sociedad y la política de la Argentina de entonces, y lo sigue siendo hoy porque ilumina aspectos que inquietan a Auyero y a Masson por igual. Quizás por eso merecían estar presentes en sus producciones.

Desde el siglo XIX, distintas vertientes del pensamiento social argentino han caracterizado a la Nación como una formación social dual, escindida en un centro moderno, civilizado, cosmopolita y democrático, situado en la ciudad de Buenos Aires y en las provincias pampeanas, y una sociedad pre-moderna, tradicional, rural y autoritaria, ubicada en las provincias del noroeste y nordeste. Con variantes, esta dualización alcanzó a la vanguardia de las ciencias sociales de los años 1950-1960, en la teoría de la modernización impulsada por la escuela de sociología de Buenos Aires encabezada por Gino Germani.

Provenientes de distintos contextos empíricos y trayectorias académicas, un grupo de antropólogos ensayó entre 1960 y 1976 respuestas a este paradigma, poniendo en discusión la teoría de la dependencia, las teorías sobre el campesinado y los estudios de comunidad, con sus propias

(*) CONICET - IDES.

(**) UNLP.

investigaciones de campo, prolongadas e intensivas, con los sectores sociales que habitaban en o “se articulaban con” sus unidades de estudio. En sus etnografías, ubicadas en localidades y parajes de provincias norteñas, investigadores como Eduardo Archetti, Leopoldo Bartolomé, Santiago Bilbao, Esther Hermitte, Carlos Herrán, Kristi Anne Stolen y Hebe Vessuri analizaron unidades y relaciones sociales de producción, examinando para ello otras dimensiones de la vida social como la organización política, la familia, las creencias, etc. (Hermitte y Bartolomé 1977).

Lo sorprendente era, sin embargo, que el binomio patronazgo-clientelismo político aparecía sólo en algunos casos, aunque los pobres campeaban generosamente por sus páginas, como peones temporarios y entenados, como votantes y promeseros, como arrendatarios y emigrantes. ¿Por qué emergía en provincias como Catamarca (Hermitte 1972, Hermitte y Herrán 1970, 1977) y Santiago del Estero (Vessuri 1970, 1971, 1972, 1973, 1974, 1975, 1977 y Bilbao 1964-65, 1968-71, 1972, 1975), y no en el norte de Santa Fe (Archetti y Stolen 1975, 1977) o en Misiones (Bartolomé 1977, 1991)? ¿Era esta diferencia producto de la presencia desigual de este fenómeno en el espacio argentino o, más bien, de la miopía del/a investigador/a?

Conviene advertir, desde un comienzo, que todas estas etnografías se basaban en trabajos de campo intensivos de un año o dos a la usanza de la antropología social británica: co-residencia, acceso de primera mano a diversos sectores mediante observación participante, no sólo entrevistas, encuestas circunscriptas y pequeños censos, consulta de archivos locales y provinciales. Si bien la adhesión teórica puede hacer estragos en la producción de conocimientos, y aún cuando el sesgo caiga en el estudio de relaciones sociales de producción, es difícil creer que la aproximación etnográfica de estos autores haya soslayado el patronazgo y el clientelismo político¹. En cambio, la presencia continuada del/a investigador/a, sumada a la tradición holística de la antropología, obliga a considerar a los pobladores como algo más que fuerza de trabajo o un sector social privado; se trata, más bien, de personas que deciden sobre sus vidas, en marcos de variada constricción. En todo caso, necesitamos ponderar empíricamente cómo resulta esa ecuación entre agencia y determinación, y entre determinaciones de tipo cultural, económico, político y social.

Reconocer por esta vía que los sectores sociales actualizan y observan sus mundos según lógicas contextualizadas y generalmente muy distintas de las del investigador socializado como tal en los grandes centros urbanos de la Argentina y del mundo occidental, tiene dos implicancias: una es que el investigador pone en discusión, primero en su cabeza y después en el texto, las teorías en boga y los aspectos sociales que son significativos en la vida de la gente; otra es que esos aspectos aparecen entramados con los demás de la cotidianeidad, lo cual permite entender los hechos sociales, como dice Masson, en “su positividad”².

Si la miopía es improbable, reiteremos la cuestión de la presencia desigual del patronazgo-clientelismo político pero atendiendo a las unidades de estudio. Todos estos análisis tratan sobre el llamado “norte argentino”, categoría clasificatoria que suelen invocar geógrafos y científicos sociales, economistas y políticos, para designar un área marcada por la pobreza, las “provincias viejas”, el tradicionalismo y las formas precapitalistas de producción, en contraste con la Pampa húmeda y el litoral, sede de la hegemonía económica, demográfica, social, política y administrativa del país. Sin embargo, los antropólogos sociales de los 1960-70 proveían una nutrida evidencia de los sistemas de acciones y nociones cuya complejidad desafiaba la idea de la región como unidad signada por factores culturales. En vez, problematizaban el lugar que ese “norte” ocupaba en la Nación.

En interlocución y antagonismo con el paradigma modernizador de Germani, estos antropólogos mostraban que el “norte” no era un reservorio de tradiciones criollas, mestizas, indígenas, y que el atraso de su población no se debía a su renuencia al cambio; el área aparecía como un polo dependiente y subdesarrollado en un país con pronunciadas brechas económicas, políticas, demográficas y sociales. Los textos se centraban en la organización productiva, pero sus reflexiones giraban más o menos explícitamente en torno a los fundamentos y márgenes de acción política de estos sectores ante los poderes nacionales y locales. La capacidad de regir los destinos

de la producción aparecía como el móvil a través del cual los productores se convertían en una fuerza política alineada en organizaciones autónomas frente al Estado nacional y los grandes acopiadores. Tal era el caso de los colonos nucleados en las Ligas Agrarias analizadas por Archetti (1988) y mencionadas por Bartolomé (1991), y de las cooperativas auto-gestionadas de productores cañeros en Campo de Herrera, Tucumán (Vessuri 1977, Vessuri y Bilbao 1976). Por contraste, otras eran las opciones de los santiagueños finqueros de La Banda, en Santiago del Estero (Vessuri 1971), y de teleros y productores pimentoneros del interior de Catamarca (Hermitte y Herrán 1970, Herrán 1979) para acceder a recursos: la asociación en relaciones de patronazgo con sectores superordinados, y la emigración.

En suma, en los estudios de Vessuri, Hermitte y Herrán patronazgo y clientelismo constituían el nudo de las relaciones sociales, mientras que para Archetti, Stolen y Bartolomé, no eran un factor explicativo ni caracterizador. ¿Por qué la diferencia? Una explicación culturalista corriente en la teoría de la modernización y en el sentido común implantado en la Argentina, sería atribuirla al tradicionalismo y pobreza crónica de las provincias del noroeste, y al igualitarismo de los “colonos” europeos en las provincias nuevas. Sin embargo, las cooperativas cañeras de Tucumán desmienten con un bolsón igualitario el acento jerárquico de una provincia vieja, mientras que los “igualitaristas” polacos y ucranianos llegaron a Misiones a fines del siglo XIX provenientes de una sociedad donde dominaban las relaciones de servidumbre entre señores y campesinos.

Podría sugerirse, en vez, que la diferencia obedeció al grado de consolidación de la desigualdad económica y de status que los inmigrantes encontraron en estas provincias. Siendo el patronazgo una relación social establecida entre sectores con desigual acceso a recursos y al status, sería lógico esperar una relativa ausencia de estas figuras en contextos donde la reproducción de la unidad productiva depende fundamentalmente de grupos de iguales, como en las áreas de frontera agrícola sin extrema concentración de la nueva propiedad, como en el norte de Santa Fe y en Misiones a comienzos del siglo XX. En contraposición, la presencia del patronazgo se justificaría en contextos donde la reproducción de las unidades productivas depende de la articulación de sectores con pronunciadas diferencias socioeconómicas y de status, como aquéllas que Bartolomé sí reconoció entre los “colonos” polacos y ucranianos del sur misionero y los peones “criollos” que cosechaban la yerba mate en las “chacras” que empleaban mano de obra extra-familiar. Así, las relaciones de patronazgo también estaban presentes en el contexto etnográfico observado por Bartolomé, aunque su comprensión caía fuera del foco de análisis de su investigación.

En los 1990 los antropólogos volvieron a desarrollar estas cuestiones, mostrando la extensión del patronazgo-clientelismo político en provincias del nordeste argentino³. Asimismo, Masson y Auyero ejemplifican, junto a otros, la aparición del clientelismo y el patronazgo como objeto de investigación en el corazón “progresista” y “moderno” de la Argentina: Buenos Aires, la Pampa Húmeda y el litoral entrerriano⁴. Esta recurrencia etnográfica sobre patronazgos y clientelismos en contextos “no tradicionales” podría explicarse, simplificada, como el resultado del proceso de creciente polarización social y económica argentina de los 1980-90, que ha invertido las expectativas modernizadoras de los ‘60⁵. Pero la comparación entre noroeste y nordeste que acabamos de hacer revela algo más importante, y que estas nuevas investigaciones parecen confirmar: primero, que patronazgo y clientelismo político no se circunscriben al mundo de los pobres ni a las dimensiones locales de la vida política, sino que atraviesan a toda la sociedad y reproducen su lógica incluso entre los sectores más encumbrados; y segundo, que si entendemos al clientelismo político y al patronazgo como tejidos en redes de relaciones interindividuales de obligaciones recíprocas asimétricas, pluralmente significadas por los actores sociales (es decir, estableciendo compromisos económicos, políticos, morales, entre otras clasificaciones posibles que integran sistemas de prestaciones totales), y frecuentemente combinados con relaciones de reciprocidad simétrica o de alianza, pareciera difícil encontrar un sector o área social libre de todo intercambio desigual. Asimismo, pareciera difícil no detectar en áreas de profunda desigualdad también espacio para la igualdad y la alianza. ¿O acaso alguien puede seguir sosteniendo,

especialmente en la Argentina desde el año 2001, que las sociedades son agregados de individuos y no tramas de relaciones sociales?

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a Lorenzo Cañas Bottos y a Sergio E. Visacovsky sus aportes para estas líneas.

NOTAS

- ¹ Los estudios sobre el patronazgo y clientelismo político tradicionalmente han buscado explicar cómo patrones y clientes con desigual autoridad y recursos materiales y simbólicos, ligados a través de lazos de interés y afecto, con relaciones ancladas en determinados contextos sociales y culturales, manipulan sus relaciones orientándolas con arreglo a fines y/o valores. En la literatura sociológica y antropológica existe cierto consenso para reservar la categoría patronazgo para referir (en un sentido amplio) a la relación patrón-cliente en diversos campos sociales (relaciones socioeconómicas, religiosas, políticas, etc.), allí donde son reconocibles relaciones personalizadas de reciprocidad asimétrica entre individuos de desigual status social. En tanto que la categoría clientelismo político suele emplearse para circunscribir la relación patrón-cliente al campo político. Esta distinción tiene valor analítico sólo a condición de que especifiquemos el sentido de lo político en la sociedad estudiada, antes que definirlo apriorísticamente según presupuestos propios del sentido común científico o del sentido común nativo de la sociedad de la que proviene el investigador.
- ² A diferencia de otras ciencias sociales, la antropología ha buscado contribuir a la comprensión del patronazgo y el clientelismo político en su lógica y contexto socio-cultural, otorgándoles así una entidad propia como categorías sociológicas. No obstante, también algunos antropólogos tendieron a identificarlas como una especie de complemento de las relaciones interindividuales e institucionales en sociedades del capitalismo periférico, donde la libre elección racional con arreglo a fines, el mercado capitalista y una burocracia impersonal –que constituyen el ideal de la sociedad y la política moderna– estarían insuficientemente desarrollados. Estas perspectivas quizá encuentren sus fundamentos en la propia historia de la antropología social como disciplina. Su génesis y desarrollo se vincula estrechamente a la expansión colonial de los Estados Imperiales y Estados Nacionales de Europa sobre África, Asia y Oceanía. En ese contexto la antropología social construyó su objeto de estudio buscando comprender las sociedades sometidas por la dominación colonial, consideradas radicalmente diferentes y en vías de desaparición por efecto de la mundialización producida por la modernización capitalista occidental. Esas poblaciones fueron definitivamente clasificadas como “primitivas”, “arcaicas” o “tradicionales” y constituían en la representación de los antropólogos la contracara de la sociedad norteamericana y europea occidental de la que ellos provenían. De este modo, los antropólogos sociales atribuyeron una esencia social y cultural a los sujetos estudiados –los “otros”– originada en una proyección mistificada de lo que era la propia sociedad y cultura capitalista occidental –el “nosotros”. En otras palabras, reconocieron en esas sociedades nativas unos diacríticos –relaciones personalizadas de “amistad”, “patronazgo”, “padrinazgo”, “compadrazgo”– a partir de su (presupuesta) ausencia en las sociedades de las que ellos provenían –en estas últimas se habrían desplegado otros diacríticos considerados sus opuestos excluyentes: relaciones impersonales propias de la formación de la “burocracia” y del “mercado”.
- ³ Tres etnografías sobre Misiones muestran esta orientación aplicada a una pequeña localidad rural del Alto Río Uruguay (Rodríguez, F. 2000), en organizaciones de mujeres peronistas (Rodríguez, L. 2001), y en facciones partidarias del Partido Justicialista en una campaña electoral nacional, provincial y municipal (Soprano 2003). También se ha investigado el patronazgo y clientelismo político en organizaciones campesinas en la provincia de Formosa (Sapkus 2002) y en un establecimiento yerbatero de Corrientes (Schamber 1997).
- ⁴ Boivin, Rosato y Balbi (1998), Levitsky (2002) y la etnografía precursora de Neiburg (1988) sobre el sistema de fábrica con villa obrera en una localidad del centro de la provincia de Buenos Aires.
- ⁵ Muy probablemente ambos fenómenos nunca estuvieron ausentes de la política argentina. Así pues, la historiografía tendió a destacar su presencia de manera continua en la historia de la Argentina desde el

período hispano-colonial hasta la génesis del peronismo; en tanto que la sociología y las ciencias políticas los visualizaron en el contexto de las transformaciones económicas, sociales y políticas neoliberales de la década de 1990. Curiosamente, a la luz de los trabajos de estas tres disciplinas, el período 1955-1989 parecería dominado por relaciones sociales clasistas y procesos de alianza y lucha ideológica y programáticamente definidos. ¿Estaban ausentes el patronazgo y el clientelismo político de la vida social y política de ese período? ¿Estaba restringida su existencia a las provincias viejas del noroeste y nordeste argentino? Creemos que aunque es dado reconocer especificidades en la historia de este período, posiblemente la respuesta a estas preguntas sea negativa.

BIBLIOGRAFÍA

Archetti, Eduardo P.

1976. *Economie et Organisation Syndicale chez les “Colonos” du Nord de Santa Fe, Argentine*. Thèse de doctorat de troisieme cycle. Ecoles des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Université de París.

1988. *Ideología y organización de las Ligas Agrarias del norte de Santa Fe 1971-1976*. Buenos Aires, CEDES, Documento 14.

Archetti, Eduardo P. y Kristi-Anne Stölen

1975. *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI editor.

1977. “La herencia entre los colonos del norte de Santa Fe”. En: E. Hermitte y L. Bartolomé (comps.) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1977:171-195.

Bartolomé, Leopoldo J.

1991 [1974]. *The Colonos of Apóstoles. Adaptive strategy and ethnicity in a Polish-Ukrainian settlement in northeast Argentina*. AMS Press. Traducción por Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones, 2000.

1977. “Sistemas de actividad y estrategias adaptativas en la articulación regional y nacional de colonias agrícolas étnicas: el caso de Apóstoles (Misiones)”. En: E. Hermitte y L. Bartolomé (comps.) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1977:257-281.

Bilbao, Santiago

1964-65. “Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño”. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 5:143-192.

1968-1971. “Migraciones estacionales, en especial para la cosecha del algodón en el norte de Santiago del Estero”. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 7:327-365.

1972. *El minifundio cañero de Tucumán*. Seminario sobre identificación y análisis del problema del minifundio en la Argentina. IICA-Zona Sur, INTA-EERA, Famaillá (ed. mimeo).

1975. *La familia en San José del Boquerón (Pcia. de Santiago del Estero)*. Cuadernos del CICSO, serie Estudios 13 y 14.

Boivin, Mauricio; Rosato, Ana y Fernando Balbi

1998. “Quando o inimigo te abraça com entusiasmo...’: Etnografia de uma traicao”. *Mana. Estudos de Antropologia Social*. vol.4 N°2 :35-65.

Hermitte, Esther

1972. *Asistencia técnica en materia de promoción y asistencia de la comunidad en la provincia de Catamarca*. Informe Final, Consejo Federal de Inversiones.

Hermitte, Esther y Carlos A. Herrán

1970. “¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino”. *Revista Latinoamericana de Sociología* 2:293-317.

1977. “Sistema productivo, instituciones intersticiales y formas de articulación social en una comunidad del noroeste argentino”. En E. Hermitte y L. Bartolomé (comps.) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 238-256.

Hermitte, Esther y Leopoldo J. Bartolomé (comp.)

1977. *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Herrán, Carlos A.

1979. "Migraciones temporarias y articulación social: el Valle de Santa María, Catamarca". *Desarrollo Económico* 19(74):161-187.

Levitsky, Steven

2002. "Una desorganización organizada: estructura y dinámica interna de la organización partidaria de base del peronismo contemporáneo" *Política y Gestión* N° 3 :31-78.

Neiburg, Federico

1988. *Fabrica y Villa Obrera. Historia Social y Antropología de los Obreros del Cemento*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.

Rodríguez, Francisco

2000. *Relaciones de clientelismo entre productores del Alto Uruguay-Misiones. Historia y configuración actual*. Tesis Magister en Metodología de la Investigación. Universidad Nacional de Entre Ríos.

Rodríguez, Laura G.

2001. "De patronas y clientas. Etnografía de una organización de mujeres". *Revista de Antropología Avá*. N° 3 :109-119.

Sapkus, Sergio

2002. "Acción colectiva campesina y clientelismo. Una experiencia en la Argentina de los noventa". *Etnía* N°44-45 :201-221. Museo Etnográfico Municipal Dámaso Arce. Instituto de Investigaciones Antropológicas.

Schamber, Pablo

1997. *Ideología, estado y mercado. Factores codeterminantes del éxito económico de Las Marías*. Tesis de Maestría. Instituto Universitario Patricios. Buenos Aires.

Soprano, Germán

2003. *Formas de organización y socialización en un partido político. Etnografía sobre facciones, alianzas y clientelismo político en el peronismo durante una campaña electoral*. Tesis de Doctorado en Antropología Social. Programa de Postgrado en Antropología Social. Universidad Nacional de Misiones.

Vessuri, Hebe M.C.

1970. "Brujas y estudiantes de magia en una comunidad rural de Santiago del Estero". *Revista Latinoamericana de Sociología*, Nueva Serie, 3:443-458. Argentina.

1971. *Land Tenure and Social Structure in Santiago del Estero, Argentina*. Oxford, University of Oxford, Linacre College, Doctoral Thesis.

1971. "Aspectos del catolicismo popular de Santiago del Estero: Ensayo en categorías sociales y morales". *América Latina* 14(1-2): 40-69, Brasil.

1972. "Tenencia de la tierra y estructura ocupacional en Santiago del Estero". *Desarrollo Económico* 12(46): 351-385. Argentina.

1973. "Familia, ideología y práctica en un contexto rural argentino". *Etnía* 16(70):7-19.

1974. *La colonización de la Ramada de Abajo: Campesinado y empresarios*. Cuadernos del CICSO. Buenos Aires.

1975. "La explotación agrícola familiar en el contexto de un sistema de plantación: Un caso de la provincia de Tucumán". *Desarrollo Económico* 15(58):215-238.

1977 "Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social". En: E. Hermitte y L. Bartolomé (comps) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 196-237.

Vessuri, Hebe M.C. y Santiago Bilbao

1976. "Campo de Herrera, Tucumán. The first cooperative for agricultural work in Argentina, five years after its creation". En: J. Nash, N. Hopkins y J. Dandler (eds.) *Popular participation in social change. Cooperatives, collectives, and nationalised industry*. Holanda-Francia, Mouton, 211-231.

**SOBRE TRAMOS PERDIDOS, VILLEROS Y POBRES.
RESPUESTA A LOS COMENTARIOS DE GUBER, SOPRANO Y FREDERIC**

Laura Masson (*)

En primer lugar deseo expresar mi agradecimiento a los comentaristas y destacar la importancia para esta discusión de que en los tres casos se trate de investigadores con una vasta experiencia etnográfica. Significa para mí una oportunidad invaluable de confrontar mis pareceres y abrir el debate sobre un tema como “la política” tan caro a nuestro país y por esa misma razón difícil de exotizar. De acuerdo a los comentarios recibidos sobre *La Villa como Aldea* organizaré las respuestas alrededor de los puntos que considero más importantes y menciono a continuación. Guber y Soprano ponen de relieve los mismos supuestos señalados en mi artículo, pero a partir de un recorrido bibliográfico diferente. En este sentido agregan “nueva” bibliografía, pero no avanzan en la problematización de la categoría de clientelismo político en el contexto actual, que es precisamente el objetivo que Auyero se propone. Frederic refuerza varios de los supuestos que enuncié en el artículo con aportes provenientes de los resultados de su propia investigación (Frederic 2004) y plantea nuevas preguntas y reflexiones. Una de las más significativas es la que hace referencia a “la explicación del peronismo” y a la falta de reflexión sobre el punto de vista del investigador y la relación entre el investigador, su objeto y el contexto socio-político.

En el epílogo de su libro, *La política de los pobres*, Javier Auyero utiliza una imagen más que acertada para explicar lo que significó su empresa cuando decidió trabajar sobre el clientelismo político: “Traté de hacer lo que mucha gente cree que es una tarea imposible (similar a construir un barco mientras intentamos navegarlo): utilicé la noción de clientelismo al mismo tiempo que criticaba algunas de sus premisas y limitaciones, y me expresé sobre sus usos erróneos más usuales (en abordajes periodísticos y académicos)” (Auyero 2001:235). Sin duda, esta tarea fue un proyecto arriesgado que llegó a buen puerto. Tal como mencionan Guber y Soprano y como lo demuestran las reflexiones de Frederic, este libro es una contribución al conocimiento de una parte de la sociedad argentina y uno de sus principales aportes es la capacidad de suscitar el debate. Pero, a mi juicio el hecho de llegar a buen puerto llevó implícito dejar en el camino algunos de los objetivos iniciales como intento mostrarlo en *La Villa como Aldea*. Antes de referirme puntualmente a los comentarios considero necesario resituar el debate tal como lo propuse en el artículo mencionado. De los diversos temas que pueden surgir del trabajo de Javier Auyero elegí para la

(*) Candidata a doctora por la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ). UNCPBA – UNSAM.

discusión uno en particular. Se trata de la propuesta del propio autor de “la problematización y el examen de las potencialidades y los límites de la noción de clientelismo político” (Auyero 2001:38). Tal como lo rescata Frederic en su comentario la pregunta podría ser ¿estamos en presencia de un concepto teórico apropiado, o se trata de una buena evidencia de una categoría naturalizada que normaliza fenómenos y procesos diversos? Creo que a pesar de que Auyero detecta que existe una naturalización de la categoría de clientelismo y la denuncia, entiendo que su trabajo no revierte completamente esta situación y es allí donde se inserta mi crítica. En este sentido mis objeciones estuvieron dirigidas a la pertinencia de la elección del objeto de estudio para avanzar en la discusión sobre clientelismo, y en consecuencia, a la construcción teórica del problema. En este sentido el comentario de Frederic es más afín a mis preocupaciones que el de Guber y Soprano.

Como expresa Frederic “una reflexión sobre los supuestos que subyacen al clientelismo político contribuiría a relocalizar la dimensión científica de un concepto que en este caso es también una categoría nativa”. Es en esta dirección que considero que vale la pena avanzar. Frederic muestra las consecuencias que la falta de reflexividad y la naturalización de una categoría de análisis, en este caso el clientelismo, tiene en la comprensión de los hechos sociales. Uno de estos efectos sería impedir ver el campo en toda su complejidad y no visualizar, por ej., los procesos de configuración de las categorías de los agentes políticos involucrados y la distinción entre los actores, como en el caso citado de los “políticos”, “punteros” y “villeros”. Esta diferenciación, como también el proceso de transformación de villeros en pobres, que no es detectado por Auyero, son producto de un contexto histórico político específico: la reorientación de las políticas públicas en el contexto neoliberal de los 90’, que establecerían otros códigos de relación más allá de la agudización de la pobreza ya existente y de la supuesta reactualización del pasado peronista.

Otro de los puntos que la autora señala, es el que identifica como una pregunta subyacente en el texto de Auyero, y que podría resumirse en ¿cómo explicar la “eterna alianza entre los pobres y el peronismo”? Frederic identifica en la respuesta de Auyero un problema de naturaleza teórica y un esencialismo en su interpretación. Acuerdo con la crítica de la comentarista y a esto agrego que quizás el hecho de preguntarnos acerca de la alianza entre pobres y peronismo (o como lo nombran Guber y Soprano “el binomio política-pobreza”), nos está llevando a un falso problema que no nos permite entender plenamente las reglas del campo político que intentamos conocer.

En este sentido deseo aclarar que mi preocupación no es tratar de “entender el binomio política-pobreza”, sino discutir la asociación de este binomio con lo que se denomina clientelismo político, y a su vez esta última asociación con el partido peronista. Reitero aquí mis interrogantes surgidos de la lectura de *La política de los pobres*: cuál es la particularidad de Villa Paraiso para avanzar en la problematización y examen de las potencialidades y límites de la noción de clientelismo? Cuál es la pertinencia de estudiar las redes clientelares en el peronismo y no en otro partido político? Creo que la asociación pobreza-peronismo-clientelismo complica en Argentina la posibilidad de entender las prácticas clientelares desde otra óptica. ¿Por qué el peronismo nos resulta tan exótico a los intelectuales argentinos de clase media? ¿Por qué la necesidad insistente de “entender” el clientelismo de los peronistas? ¿No habremos naturalizado la exotización de este objeto de estudio?

Creo que es necesario decir que el clientelismo no es patrimonio del peronismo. Ante esta afirmación podría responderse que “es una obviedad”. Pero más allá de lo obvio las investigaciones sobre el clientelismo político dentro de este partido continúan multiplicándose. Esta es mi principal objeción. ¿Por qué es más exótico el clientelismo del peronismo en las villas, que las redes clientelares que la agrupación estudiantil del Partido Radical, Franja Morada, crea en las universidades? Cuando ya ha sido demostrado que en las universidades donde supuestamente priman valores objetivos y relaciones “racionales”, también existen mundos sociales politizados (Neiburg 1999). Considero que es aquí donde se ponen de manifiesto de manera clara los límites

de la elección del objeto que hace Auyero para avanzar en el examen de la noción de clientelismo político. Sin querer las necesidades biológicas (la supervivencia) y la mística peronista acaban siendo uno de los ejes centrales del argumento para explicar esta práctica. Esto no significa que el autor se haya limitado a explicar el clientelismo solo por estas causas (eso queda claro en su trabajo), pero sí estas variables ocupan un lugar decisivo y el clientelismo pareciera seguir siendo cosa de pobres y peronistas. La ventaja de estudiar las prácticas clientelares en un contexto libre de privaciones económicas extremas, como el caso de Bezerra que analiza el clientelismo en los órganos gubernamentales (Bezerra 1999), nos libra de este mal entendido y nos permite ser más radicales en la propuesta de discusión de esta categoría.

Por otro lado, creo que es necesario destacar el mérito y la pertinencia de la bibliografía citada por Guber y Soprano que ayuda a visibilizar la producción local de nuestra disciplina. Pero, la pregunta que me surge es ¿qué aportes, que no estén contemplados en *La Villa como Aldea* trae esta bibliografía? Los comentaristas llegan, a partir de un recorrido bibliográfico diferente, a las mismas conclusiones que planteo en el artículo. Enumeraré a continuación de manera sintetizada las conclusiones a las que arribaron Guber y Soprano después de comparar las investigaciones llevadas a cabo en los 60' y 70' en el noroeste y nordeste argentino:

- patronazgo y clientelismo político no se circunscriben al mundo de los pobres;
- patronazgo y clientelismo político no se circunscriben a la política local;
- algunos antropólogos tendieron a identificar el patronazgo y el clientelismo como una especie de complemento de las relaciones interindividuales e institucionales en sociedades del capitalismo periférico, donde la libre elección racional con arreglo a fines, el mercado capitalista y una burocracia impersonal estarían insuficientemente desarrollados (referencia en nota a pie de página)

Otro de los puntos que no puede ser tan claramente identificado a lo planteado en *La Villa como Aldea* y que en ese sentido es un aporte a la discusión es la siguiente afirmación: “pareciera difícil encontrar un sector o área social libre de todo intercambio desigual o igualdad y alianza en áreas de profunda desigualdad”. Identifico en estas conclusiones los supuestos subyacentes que enumeré en *La Villa como Aldea*. Es decir, los autores no discuten lo que he planteado, sino que sugieren que alguien (tal vez) ya lo había demostrado antes. Lo cierto es que para construir mi contribución a la discusión sobre la categoría de clientelismo político también me basé en trabajos que ya demostraron que estos “supuestos” no son tales. En este punto mi interrogante es el siguiente: ¿llegar a las mismas conclusiones a partir de un recorrido bibliográfico diferente significa que existe un “tramo perdido”? La posibilidad de llegar a las mismas conclusiones por caminos diferentes es una de las premisas básicas de la investigación.

Estimo necesario agregar aquí que aunque una comparación entre las investigaciones realizadas en el noroeste y nordeste argentino pudieran revelar los mismos supuestos sobre el clientelismo político que enuncio en mi artículo, estas observaciones no habían sido explicitadas anteriormente en otras críticas (Soprano 2002). Por tal razón valoro la “explicitación” como una condición necesaria para avanzar en el debate y considero que una de las mayores virtudes de la antropología es el esfuerzo por extrañarse ante lo obvio y explicitar lo implícito, y más aún cuando se trata de sentidos comunes académicos. Tal vez la idea de “tramos perdidos” sugerida por los comentaristas sería más apropiada para un debate sobre las “antropologías nacionales”. Por último quisiera remarcar que el contexto histórico político en el que Auyero realiza su investigación difiere notablemente del contexto de las investigaciones citadas por Guber y Soprano. La pertinencia de tener en cuenta la contextualización histórica de esta investigación es puesta de relieve por Frederic cuando hace referencia a las transformaciones al interior del peronismo en los noventa.

BIBLIOGRAFÍA

Auyero, J.

2001. *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del Peronismo*. Buenos Aires, Manantial.

Bezerra, Marcos Otavio.

1999. *Em nome das bases. Política, Favor e Dependência Pessoal*. Rio de Janeiro, Relume Dumará.

Frederic, S.

2004. *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.

Masson, L.

2003. "Acerca del 'clientelismo político'". *Textos para pensar la realidad* N° 4, Fundación Fun.dar, Buenos Aires.

Neiburg, F.

1999. "Politização e universidade na Argentina". *Novos Estudos Cebrap*, N°53.

Soprano, G.

2002 . "A favor de una etnografía sobre clientelismo político y peronismo". *Desarrollo Económico* vol.42, N° 167, pp. 483-488.

NOTAS BREVES

EL PATRIMONIO CULTURAL EN UN ÁREA PROTEGIDA DE VALOR EXCEPCIONAL: PARQUE PROVINCIAL ISCHIGUALASTO (SAN JUAN, ARGENTINA).

Diana S. Rolandi ()*, *Ana Gabriela Guráieb (*)*, *María Mercedes Podestá (*)*,
Anahí Re ()*, *Rodolfo Rotondaro (**)* y *Rodrigo Ramos (**)*

INTRODUCCIÓN Y ANTECEDENTES

El yacimiento geológico-paleontológico “Ischigualasto-Talampaya” abarca un sector de la porción limítrofe noreste de la provincia de San Juan y centro oeste de la provincia de La Rioja. En 2000 fue reconocido como un bien de características excepcionales y declarado “Patrimonio Natural de la Humanidad” por la UNESCO¹. Además de la singular secuencia paleontológica triásica, los remanentes de las actividades de poblaciones humanas, que en diferentes momentos del Holoceno circularon o se asentaron en el amplio valle, se distribuyen sobre su paisaje semidesértico. El yacimiento hoy constituye una amplia área protegida por la Administración de Parques Nacionales (Talampaya), por un lado, y por la Provincia de San Juan (Ischigualasto), por el otro.

En esta nota nos referiremos específicamente al patrimonio cultural del Parque Provincial Ischigualasto (PPI) y a su área de amortiguación. El área, que geográficamente forma parte de la frontera occidental de las Sierras Pampeanas, abarca 60.369 hectáreas de los departamentos Valle Fértil y Jáchal (San Juan) y tiene una altura sobre el nivel del mar que varía alrededor de los 1.300 metros.

La información arqueológica disponible con anterioridad a 2001 era muy escasa (Monetta y Mordo 1995; Sanchidrian Torti y Márquez Alcántara 1998; Gambier 2000). Un trabajo más completo sobre el arte rupestre fue publicado posteriormente (Riveros y Varela 2001). Los trabajos arqueológicos realizados por el equipo de investigación del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Secretaría de Cultura (INAPL) comenzaron en 1999 y tienen como objetivo primario la investigación y puesta en valor de su patrimonio cultural.

Las investigaciones actualmente se enmarcan en un proyecto trianual de mayor envergadura: “Patrimonio cultural y actividad turística sostenible. Bases para la elaboración de planes de manejo de recursos arqueológicos e históricos en cinco áreas de las provincias de San Juan y La Rioja” (ANPCYT –BID 1201/OC AR PICT 12182)². Éste apunta a generar herramientas para el aprovechamiento racional y sostenible de determinados recursos arqueológicos e históricos en el

(*) Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano

(**) CONICET-Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo - UBA

marco de las actividades propias del turismo cultural. Estas herramientas, que se expresarán en forma de planes de manejo, posibilitarán a las provincias involucradas la creación de fuentes de trabajo y la generación de rentas adicionales relacionadas con la actividad turística. Ésta, a su vez, contribuiría con la reactivación socio-económica de algunos sectores de la población. El proyecto plantea también desarrollar una labor interdisciplinaria e interinstitucional, que será la que posibilite una gestión de los recursos abarcadora, continua y eficaz a lo largo del tiempo. Algunos adelantos de la investigación en curso en el PPI ya fueron dados a conocer (Podestá y Rolandi 2000 y 2001; Rolandi *et al.* 2002; Podestá *et al.* 2003).

ASPECTOS METODOLÓGICOS

Con la finalidad de cumplir con los objetivos propuestos, hasta el momento los trabajos de campo en el PPI abarcaron varios aspectos relacionados: el relevamiento y estudio de manifestaciones de arte rupestre, la prospección y detección de nuevos sitios arqueológicos y las recolecciones sistemáticas de evidencia superficial en distintos puntos del Parque. En algunos casos, estas recolecciones de materiales arqueológicos estuvieron vinculadas a las localizaciones de bloques con arte rupestre; en otros, se relevaron nuevos sitios (a cargo del equipo del INAPL). Por último, como parte de la tarea interdisciplinaria que se propone, se comenzó con el relevamiento y análisis de las estructuras y arquitectura de los asentamientos humanos actuales y subactuales que se encuentran dentro de los límites del Parque y en su área de amortiguación.

Desde el punto de vista metodológico, para la realización de prospecciones y recolecciones superficiales, se tomó en consideración la dinámica intensa de los agentes hídricos y eólicos que modela el paisaje del valle. Las lluvias escasas pero torrenciales que se producen en determinados momentos del año, así como los fuertes vientos, son agentes geomorfológicos e importantes formadores del registro arqueológico. Dado que los materiales hallados en superficie son removidos, desplazados, cubiertos y/o descubiertos periódicamente, se generan palimpsestos importantes que no constituyen el reflejo de situaciones originales de comportamiento. Otro elemento para tomar en cuenta es que en la región, el agua potable es un recurso crítico escaso y temporario, por lo que las fuentes de agua más estables han actuado - y aún lo hacen - como factores concentradores de población.

Los grabados rupestres están siendo registrados a través de la fotografía y de fichas que consignan información técnica-morfológica y relativa a su grado de preservación.

SITIOS, LOCALIDADES Y EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

Los sitios y localidades del PPI y de zonas adyacentes donde se concentran los trabajos son mencionados de Este a Oeste (Figura 1): Estructura Río de los Mineros, Portezuelo de las Piedras Marcadas, Río El Durazno, Loma Las Vizcachas, Los Pasantes, Agua de Ischigualasto, Río Ischigualasto, Campo de Estructuras del Río Ischigualasto, Agua de las Marcas, Agua de la Cortadera, Kiosco, Agua de la Peña, Piedra Pintada, El Salto y Quebrada de La Chilca.

Se describen a continuación, las características generales de las evidencias arqueológicas recolectadas.

TECNOLOGÍA LÍTICA

En algunos sitios como Los Pasantes, Agua de Ischigualasto o Kiosco, el material lítico se encuentra asociado a otro tipo de evidencias (cerámico y otros). En otros casos, como Agua de la Peña o en el entorno de las estructuras de Campo de Estructuras del Río Ischigualasto, sólo se



Figura 1. Mapa del Parque Provincial Ischigualasto y área de amortiguación.

1. Los Baldecitos, 2. Baldes del Rosario, 3. Rincón Chico, 4. Los Rincones, 5. Estructura Río de los Mineros, 6. Portezuelo de las Piedras Marcadas, 7. Río El Durazno, 8. Loma Las Vizcachas, 9. Los Pasantes, 10. Agua de Ischigualasto, 11. Río Ischigualasto y Campo de Estructuras del Río Ischigualasto, 12. Agua de las Marcas, 13. Agua de la Cortadera, 14. Kiosco, 15. Agua de la Peña, 16. Piedra Pintada, 17. El Salto y 18. Quebrada de La Chilca (no figuran en el mapa San Antonio y conjunto Wilson)

hallaron materiales líticos en superficie. Alguno de los sitios en los que se realizaron recolecciones exclusivas de materiales líticos pueden caracterizarse como talleres de extracción de formas-base, debido a la abundancia de núcleos y nucleiformes, escaso porcentual de instrumentos respecto del total y desechos de talla con tamaños que van del mediano-pequeño al grande (Aschero 1975-1983). Los grupos tipológicos de los artefactos formatizados son, por lo general, asimilables a tareas de procesamiento: artefactos con retoques sumarios en filos laterales, raederas, puntas entre muescas, raspadores, cepillo o *rabbot*, cepillos con filos festoneados, además de fragmentos de artefactos formatizados no diferenciados. De las tres puntas de proyectil halladas, dos de ellas pertenecen al sitio Los Pasantes, son pedunculadas, de sílice y pueden reconocerse como pertenecientes a momentos tardíos. Por su parte, en Agua de la Peña se recolectó una punta lanceolada espesa de cuarzo, similar a las que aparecen en sitios de sistemas de cazadores recolectores tempranos de la región (ver Gambier 2000).

Como materias primas, predominan la cuarcita de diferentes colores, la metacuarcita, sílices coloreadas y en porcentajes ínfimos, tobas silicificadas, cuarzos y basaltos. Casi todas ellas, pero especialmente la cuarcita, se presenta en el área en la forma de nódulos de tamaños no muy grandes. De forma preliminar, puede decirse que no se observan diferencias significativas en las características tecnológicas de los materiales líticos de los diferentes sitios analizados. Se advierte asimismo un patrón recurrente en cuanto al modo de extracción de formas base, a partir de guijarros y guijas, lo que resulta en un tipo de núcleo particular (Rolandi *et al.* 2002).

TECNOLOGÍA CERÁMICA

La cerámica muestra variaciones que parecen ser tanto cronológicas como de lugar de origen, tanto entre los sitios relevados con este tipo de evidencia (Los Pasantes, Agua de Ischigualasto, Río Ischigualasto, Río El Durazno) como, en ocasiones, dentro de los mismos³. Es posible establecer una asignación cronológica relativa de la cerámica hallada por su similitud con otros ejemplares hallados en el área Centro-Oeste dentro de claros contextos estratigráficos. La cerámica decorada (y creemos que también la ordinaria) pertenece a dos estilos diferentes que se sucedieron en el tiempo. El más antiguo, el denominado Calingasta en su representación incisa, fue asignado a finales del período temprano. El segundo, el Angualasto, aparece tanto en las líneas curvas y rectas pintadas en tonos rojos y negros sobre fondos ante y rojo como en líneas rectas incisas (Gambier 2000).

La variabilidad observada en los tiestos cerámicos proviene de la gran diversidad de tipos de antiplásticos: arenas cuarcíticas y volcánicas, restos vegetales calcinados, carbonato de calcio (posiblemente restos de conchillas), roca triturada y gránulos blancos volcánicos y la cantidad de éstos incorporados a la pasta (entre el 10% y el 30 %). A pesar del grado de fragmentación del registro, en líneas generales, es posible inferir la existencia de: ollitas y cuencos de forma subglobular, vasos de paredes rectas y unos recipientes similares, de paredes gruesas que podrían haber servido para almacenaje de sólidos y líquidos.

GRABADOS RUPESTRES

En los trabajos de campo realizados se documentaron gran cantidad de sitios con arte rupestre. Los sitios con grabados rupestres -expresiones de los diferentes momentos de la ocupación humana de la hoyada- son de gran relevancia y alta visibilidad arqueológica en relación con otros vestigios del pasado (Figura 2). Las características de fragilidad de estos componentes del registro arqueológico impulsaron a dar prioridad a su estudio, sobre todo teniendo en cuenta la intensa afluencia turística que soporta el Parque. Los grabados registrados en Portezuelo de las Piedras Marcadas, Agua de la Peña, Kiosco y en algunos bloques de Piedra Pintada son manifestaciones pertenecientes a las poblaciones prehispánicas del valle (ver Podestá y Rolandi 2000 y 2001; Riveros y Varela 2001). Además, por lo poco conocidos en la bibliografía arqueológica, se destacan aquellos sitios con representaciones grabadas de marcas de ganado que son testigos del arreo de vacunos que se desarrolló en la región. La actividad económica predominante en la zona de Valle Fértil, donde se localiza nuestra área de estudio, es la ganadería extensiva desde épocas coloniales (Michieli 1992). La hoyada de Ischigualasto constituyó una vía vinculada al transporte de ganado, por lo menos, desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, cuando esta actividad entró en franca decadencia.

La presencia de representaciones vinculadas al arreo se constata en Agua de las Marcas, Piedra Pintada, El Salto y Quebrada de la Chilca. En su mayoría las marcas consisten en las iniciales de los nombres y apellidos de los dueños del ganado pero también hay atributos del culto cristiano,



Figura 2. Sitio Piedra Pintada, Bloque 1. Grabados rupestres de momentos prehispánicos.

utensilios del hogar y otros signos de difícil identificación. Se han registrado también números, nombres propios, leyendas y algunas fechas (trece en total) que permiten situar cronológicamente la ejecución de estos motivos entre 1870 y 1915 (Podestá *et al.* 2003).

ESTRUCTURAS DE PIEDRAS

En la localidad denominada Campo de Estructuras del Río Ischigualasto se relevaron estructuras circulares, subcirculares u ovales de diferentes características.

Preliminarmente es posible reconocer tres categorías: 1) estructuras no rellenas delimitadas por líneas de bloques o guijas alineadas. Algunas de estas estructuras parecen haber correspondido a muros bajos colapsados, mientras que otras simplemente están conformadas por bloques de diferentes tamaños alineados en forma aproximadamente circular u oval, con o sin un sector de entrada. Aparecen aisladas o en grupos de dos o tres, aunque pueden encontrarse también en agrupaciones de hasta cinco (Figura 3); 2) estructuras en forma de montículos de rocas, que por lo general se levantan en proximidad a las anteriores y 3) estructuras de piedras de colores, conformadas por rocas grises (gneis), negras (basalto), blancas (cuarzo), rosas (feldespatos) y de color pardo (areniscas) o combinaciones de éstas. Una de estas estructuras, denominada por los lugareños como Pucará, se encuentra en el Campo de Estructuras del Río Ischigualasto. Otras dos estructuras de este tipo fueron relevadas en las cercanías del cauce seco del Río de los Mineros y de la Loma Las Vizcachas. Las tres estructuras -conocidas también con el nombre de geoglifos- son similares a las identificadas por otros colegas en las provincias de La Rioja y de San Juan (de la Fuente 1973; Callegari y Raviña 2000; Gambier 2000) (Figura 4).

Una estructura peculiar, vestigio de las ocupaciones subactuales del valle, es un refugio o “alojo”. Se trata de una estructura pequeña y muy baja, con techo de ramas de jarillas. Los alojos, empleados para pernoctar en forma precaria, fueron utilizados por los arrieros durante su travesía. El único caso registrado se encuentra en Agua de la Peña pero los baqueanos de Ischigualasto informan sobre la existencia de otros.



Figura 3. Sitio Campo de Estructuras del Río Ischigualasto, Estructura 1.



Figura 4. Sitio Loma Las Vizcachas. Estructura de piedras de colores.

ASENTAMIENTOS HUMANOS, ARQUITECTURA Y TECNICAS CONSTRUCTIVAS ACTUALES Y SUBACTUALES

Con el objetivo de elaborar un diagnóstico de la situación actual de la estructura de asentamientos humanos y su arquitectura, se realizaron trabajos de campo en el área del PPI y su

zona de amortiguación. De acuerdo con los antecedentes analizados y los relevamientos obtenidos en el campo se han podido observar diferentes tipos de asentamientos humanos: en uso actual, sin uso actual no arqueológicos y arqueológicos. Las diferencias percibidas se refieren a las trazas o huellas en el territorio, extensión, antigüedad y funcionamiento. Las similitudes y diferencias de los entornos territoriales de los asentamientos se vinculan con las características productivas de los ocupantes actuales del área.

La estructura de asentamientos combina: (a) dos aglomerados rurales importantes, configurados como pueblos (Baldes del Rosario y Los Baldecitos) (Figura 5); (b) asentamientos rurales dispersos en uso actual (Los Rincones, Rincón Chico); (c) asentamientos rurales históricos (San Antonio, conjunto Wilson) y (d) asentamientos en sitios arqueológicos (Agua de Ishigualasto).

Los pueblos articulan las actividades productivas, lideran la conectividad interna y externa en el área y ofrecen equipamiento y servicios: político-administrativo, educacional, religioso, festivo, de abastecimiento, comercial y turístico de tipo incipiente.

Respecto a las técnicas constructivas que emplea la arquitectura del área, se observan tres tipos definidos: el tradicional, el tradicional modificado y el “urbano-industrializado”, con indicios claros de interacción y de transformación, producto del impacto de patrones más urbanos. El grado de transformación crece de acuerdo con la cercanía a los pueblos. Las casas presentan en general una forma en tira, L o en U, con pautas claras de buscar el Este o Norte en la orientación de los patios.



Figura 5. Los Rincones. Asentamiento rural disperso en uso actual.

Existen diferentes tipos de técnicas constructivas según las localizaciones y la antigüedad: apilamientos ordenados de piedras redondeadas en sitios arqueológicos; piedra y piedra con barro en asentamientos rurales antiguos sin uso; piedra elegida canteada (conjunto Wilson); adobe con barro, piedra con barro, palo a pique y entramados en viviendas y su equipamiento doméstico en casas rurales y de pueblo. Se combinan materiales y técnicas vernáculas con técnicas mixtas y el uso de materiales industriales tales como ladrillo común cocido, hormigón armado, ladrillo hueco, cemento, cal, chapa de cinc, techos metálicos y carpinterías de chapa. El principal impacto es producido por la arquitectura y la tecnología de los edificios institucionales y de vivienda de los dos pueblos del área.

PALABRAS FINALES

Nos hemos referido sucintamente al patrimonio cultural presente en el Parque Provincial Ischigualasto y su entorno inmediato (área de amortiguación) correspondiente a los diferentes momentos de la ocupación humana en la región: pasada, subactual y actual. Los trabajos de prospección, registro y análisis de los vestigios ya efectuados son sólo la primera etapa de un largo camino que conducirá a la puesta en valor de ciertos componentes de este patrimonio para su incorporación a circuitos turísticos. De esta manera procuraremos completar y fortalecer la oferta turística tradicional que viene practicándose en esta área protegida desde tiempo atrás. De cumplir con nuestros objetivos, la riqueza geológica-paleontológica del PPI, reconocida como “excepcional” por el mundo entero, se verá aumentada con la incorporación de información, y la correspondiente interpretación, que dé cuenta de la presencia del hombre por este inmenso valle triásico.

Recibido: mayo 2003.

Aceptado: junio 2003.

AGRADECIMIENTOS

Al personal (guías y guardaparques) del Parque Provincial Ischigualasto, a los miembros sanjuaninos de nuestro equipo Oscar Damiani y Justo Márquez (Director del PPI hasta 2002) y en forma muy especial a William Sill.

NOTAS

- ¹ El Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL), junto con el Museo de Ciencias Naturales de la UNSJ, fueron designados, de acuerdo a las instrucciones del Comité de Enlace con la UNESCO, los organismos apropiados para llevar a cabo el estudio de los bienes culturales de Ischigualasto
- ² Las áreas seleccionadas por el proyecto son: el Parque Provincial Ischigualasto y cuatro áreas en la provincia de La Rioja: la Reserva Provincial de Uso Múltiple Guasamayo, Palanche-Vichigasta, Famatina-Campana y Villa Castelli-Vinchina. Las investigaciones arqueológicas en estas dos últimas se vienen realizando desde hace ya varios años y están a cargo de Adriana Callegari (UBA).
- ³ Agradecemos la colaboración de Aixa Vidal en el análisis de la cerámica.

BIBLIOGRAFIA

Aschero, Carlos

1975. *Ensayo para una clasificación morfológica de los artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos*. Informe de Investigación al CONICET, Buenos Aires. MS.

Callegari, Adriana y Gabriela Raviña

2000. Construcciones de piedras de colores. El empleo recurrente del negro, rojo y blanco. En: (M. M. Podestá y M de Hoyos editoras) *Arte Rupestre en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, pp. 113-120. Buenos Aires, SAA e INAPL.

de la Fuente, Nicolás

1973. Informe arqueológico sobre el valle de Vinchina, Pcia. de La Rioja. *Revista del Instituto de Antropología IV*: 95-127. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Gambier, Mariano

2000. *Prehistoria de San Juan*. San Juan, Ansilta Editora.

Michieli, Catalina T.

1992. Tráfico transcordillerano de ganado y la acción de los indígenas en el siglo XVII. *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo* 19: 21-47. San Juan, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo (UNSJ).

Monetta, A. y C. Mordo

1995-1996. *Ischigualasto-Talampaya. Tiempo de dinosaurios*. Buenos Aires, Manrique Zago ed.

Podestá, María Mercedes y Diana Rolandi

2000. Sobre dinosaurios y marcas de ganado. Prospección arqueológica en Ischigualasto. *Novedades de Antropología*. Boletín Informativo del INAPL 37:3-6. Buenos Aires.

Podestá, M. Mercedes y Diana S. Rolandi

2001. Marcas en el Desierto. Arrieros en Ischigualasto. *Boletín de la Sociedad de Investigación del Arte Rupestre de Bolivia* 15:63-73. La Paz, SIARB.

Podestá, María Mercedes, Diana Rolandi, Anahí Re y Oscar Damiani

2003. Arrieros y marcas de ganado: expresiones de arte rupestre de momentos históricos en el desierto de Ischigualasto. *VI Simposio Internacional de Arte Rupestre. CD Rom* pp. 244-254. Jujuy.

Riveros, María Gabriela y A. del Valle Varela

2001. Ischigualasto: estudio preliminar del arte rupestre. *Publicaciones* (Nva Serie). Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo 25: 131-147. San Juan, Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, UNSJ.

Rolandi, Diana S., M Mercedes Podestá, Gabriela Guráieb, Anahí Re y Aixa Vidal

2002. *Informe sobre los Bienes Culturales del Parque Provincial Ischigualasto (San Juan, Argentina). Informe y Base de Datos*. Buenos Aires, INAPL. MS.

Sanchidrian Torti, José L. y Ana M. Márquez Alcántara

1998. *Informe sobre la primera fase de intervención del Proyecto de Investigación. Documentación del arte rupestre de Ischigualasto (San Juan, Argentina)*. MS.

**NOTA SOBRE UN NUEVO SITIO CON GRABADOS RUPESTRES EN
EL DEPARTAMENTO SAN CARLOS, PROVINCIA DE MENDOZA.
RECONOCIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS EN LA ESTANCIA
TIERRAS BLANCAS**

J. Roberto Bárcena ⁽¹⁾

INTRODUCCIÓN

A fines del 2001 fuimos invitados a ofrecer nuestra opinión profesional sobre la potencialidad del patrimonio cultural, arqueológico en especial, del área de la Estancia Tierras Blancas, en el distrito Pareditas del Departamento de San Carlos, sector centro sur occidental de la provincia de Mendoza (Figura 1).

Uno de sus propietarios, el Dr. Ernesto Lima, manifestó interés por facilitar desarrollos técnicos e investigaciones científicas orientados a determinar las características ambientales generales y los recursos naturales y bienes culturales significativos, con el fin de procurar que una parte de las tierras de la Estancia, zona de los afluentes de altura del Arroyo del Rosario, se integrara en el sistema provincial de áreas naturales protegidas, como una reserva, según la categoría que correspondiera de acuerdo con la realidad del ambiente y sus usos posibles, atendiendo las normas y tipologías explicitadas en la legislación provincial vigente.

Lima es un empresario dedicado a organizar viajes de turismo en contacto con la naturaleza -ecoturismo-, remontando con cabalgaduras afluentes del Rosario hasta un cómodo refugio en la confluencia de los arroyos de los Oscuros y Campos de Borbarán, base ésta para iniciar travesías prolongadas aguas arriba de estos cursos, pasando por el Portezuelo del Viento (unos 4000 msnm) para, entre otras posibilidades, descender hacia el curso alto del río Tunuyán y de allí ascender por los pasos de la Cordillera hacia Chile.

El refugio es asimismo punto de partida de caminatas y cabalgatas para vivenciar el paisaje del sector, avistar cóndores y guanacos, entre otros.

Sin duda el área es propicia para esta actividad y el desarrollo turístico hasta el momento no ha generado impacto ambiental significativo, por lo que nos pareció relevante colaborar en el proyecto de protección y conservación que, además de la parte cultural que nos compete, se sustenta principalmente en la natural que propende a la preservación de una muestra representativa del ecosistema alto-andino y de su biodiversidad, cuya responsabilidad de estudio corresponde a la Lic. Julia Junquera, bióloga de la provincia de Córdoba.

⁽¹⁾ CONICET (UDA, INCIHUSA, CRICYT) – UNCuyo (FFyL).

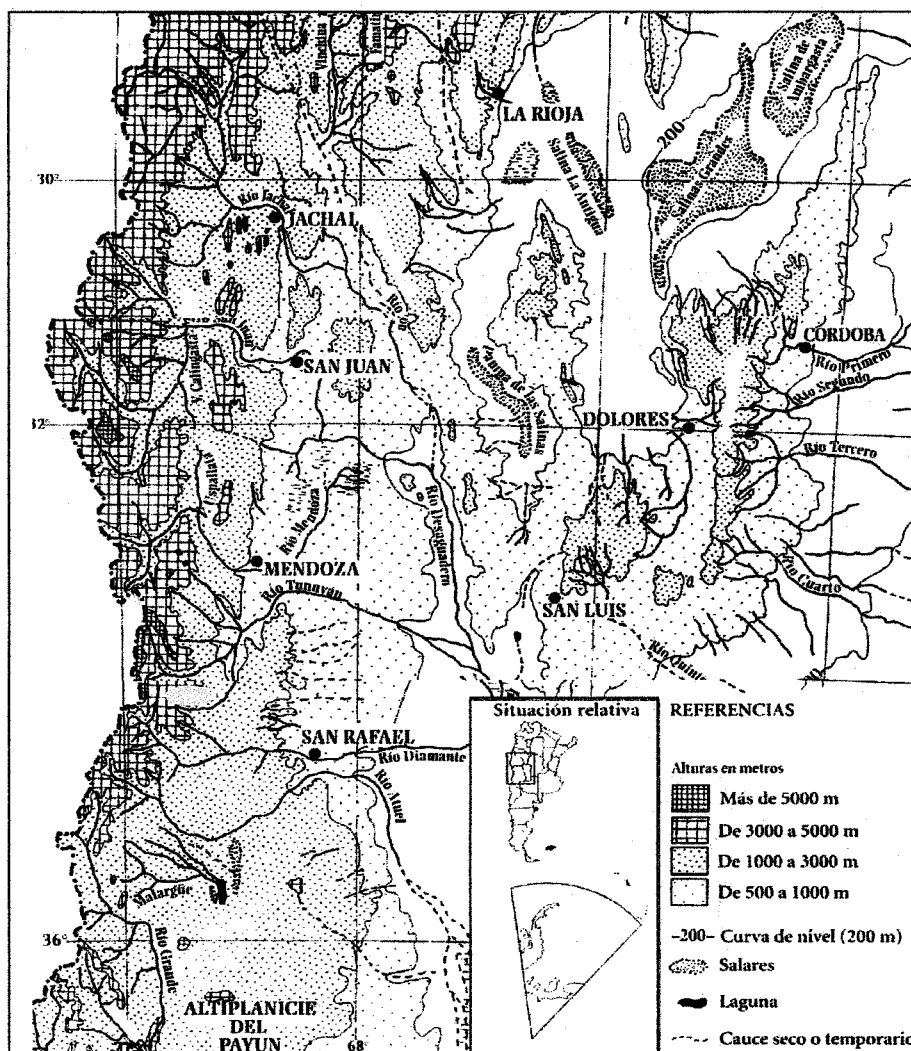


Figura 1. El Centro-oeste de Argentina. Al sur del río Tunuyán, se encuentra aproximadamente el área que incluye el sector con grabados rupestres del arroyo Campos Borbarán. (El mapa base está tomado de Bruniard, 1999).

La labor nos interesó además porque nos permitiría reconocer un sector de la geografía de Mendoza apenas considerado, desde nuestra perspectiva. Esperábamos obtener de este modo algunas respuestas arqueológicas, principalmente en relación al programa de investigaciones sobre las poblaciones locales y la dominación inka regional ya que nos encontramos desarrollando estudios en el corredor andino del noroeste de Mendoza (entre las localidades de Las Cuevas y Uspallata), en los valles de Uspallata y de Uco/Jaurúa, y en el noreste de Mendoza.

En este sentido, debemos recordar que, entre otra información disponible, un cronista de los hechos del primer ingreso hispánico a Cuyo refiere que los inka habrían alcanzado el río Diamante en su expansión; mientras que por otra parte, también reviste interés el hecho de que los senderos de la cuenca del arroyo del Rosario permitan una relativamente fluida comunicación con Chile, como la citada por la cuenca alta del Tunuyán o bien la del sector de Laguna del Diamante, por el Maipo u otros pasos. Situaciones estas últimas que pueden referirse asimismo a pretéritos contactos trasandinos prehistóricos, que involucran el período incaico y épocas anteriores (Figura 2).



Figura 2. Real de las Lajas. Puesto de veranada para el manejo de caprinos.
Estancia Tierras Blancas, San Carlos, Mendoza.

Sobre objetivos explícitos competía por lo tanto el desarrollo metódico de la zonificación y de la planificación del manejo integrado del área destinada a reserva en Tierras Blancas.

En este marco fue de nuestra competencia arbitrar primero el inventario de bienes culturales según los diferentes ambientes, lo que hicimos parcialmente, mediante prospecciones, relevamientos, sondeos arqueológicos y análisis de gabinete, entre otros, contando con la colaboración de los Lics. María J. Ots y Jorge García Llorca, la Prof. Nancy B. Gorriz y el Técnico Luis A. Müller, y el auxilio de laboratorios de radiocarbono para las dataciones absolutas.

LAS CAMPAÑAS Y EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

Hasta el presente realizamos cuatro campañas arqueológicas: en noviembre de 2001, en abril de 2002, en febrero y en marzo de 2003.

La prospección intensiva del área, orientados en la primera campaña por E. Lima y el baqueano Braulio Bracamonte, dados sus conocimientos del campo, nos permitió registrar en las distintas vegas de altura y ligados a los diferentes cursos, puestos del manejo estacional del ganado, caprino en especial, que además de reflejar una actividad productiva muy antigua en la zona, responden a una tipología arquitectónica y acondicionamiento particular del espacio.

A lo anterior se suman otras expresiones concatenadas, como el grabado en la roca de fechas, nombres propios, dibujos. Por ejemplo, hay grabados un ñandú y un guanaco de grandes dimensiones en la roca que servía de pared a un antiguo puesto, los que datan de 1925 (Figura 3) y lo que parecen marcas de ganado, por lo que todo el conjunto adquiere relevancia y significado especial. Esto es propicio para planificar la preservación de un patrimonio conspicuo, a la vez que el de la propia actividad pecuaria, en el marco de los objetivos de la reserva, no sólo desde la perspectiva del desarrollo ganadero tradicional sostenible sino de la propia del ecoturismo (Figura 4).

De acuerdo con los resultados de nuestra prospección, muchos de estos puestos (Real del Corral de Molle, Real de Las Lajas, Real del Camino, entre otros) ofrecen también evidencias de materiales arqueológicos (de piedra, de cerámica) propios de la presencia indígena prehistórica, lo que suele ser habitual en estos ambientes, donde la ocupación colonial y moderna se superpone a



Figura 3. Grabado rupestre moderno (c. 1925) que representa un ñandú y un guanaco. Se halla en la margen derecha del arroyo Campos Borbarán, en el denominado Real de los campos, frente al sitio con grabados rupestres prehistóricos.



Figuras 4. Vista desde el norte de la formación que alberga varios abrigos rocosos, entre ellos el Alero Ernesto (a la izquierda, en la parte central de la imagen), sector por el que se abre paso el arroyo Campos Borbarán.

antiguos emplazamientos, principalmente sobre registros arqueológicos pertinentes a las actividades de caza y recolección ligadas a los períodos climáticos propicios y al desplazamiento estacional de la fauna. Las piezas preferidas por el hombre, guanacos principalmente, avanzan sobre las vegas de altura en primavera y verano.

En varias de las formaciones rocosas de la Cordillera Frontal, próximas a los puestos y cursos de agua, hallamos además abrigos y pequeñas cuevas con indicios de presencia indígena prehispánica, siendo especialmente significativos los que descubrimos en la margen derecha del arroyo Campos Borbarán, a unos 2800 msnm (Figuras 4 y 5).

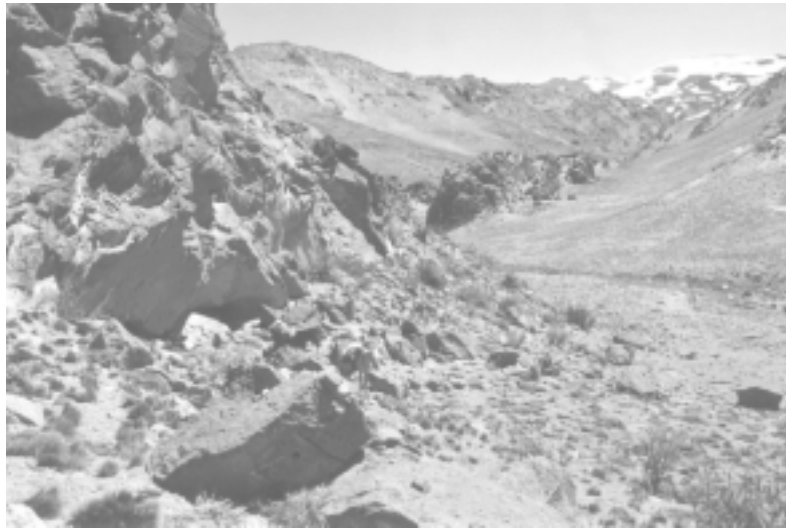


Figura 5. El Alero Ernesto, centro - izquierda de la imagen, y el “paso” entre rocas del arroyo Campos Borbarán, centro de la fotografía. La formación rocosa de la margen izquierda del arroyo, en el centro de la imagen, es la que alberga los grabados rupestres. En la fotografía el norte está a la derecha del observador.

Uno de los abrigos, excavado naturalmente en las tobas del lugar y al que denominamos Alero Ernesto, es amplio (unos 30 x 6 m, y de 2 a 6 m de altura bajo techo) y registra profusión de materiales prehistóricos en superficie, correspondientes a fragmentos de vasijas cerámicas, decoradas o no, a instrumentos confeccionados en piedra (obsidiana, cuarcita, sílices criptocristalinos en general, entre otros) y que son puntas de proyectil, raspadores, raederas, perforadores, manos de moler, entre otros (Figura 6).

Según colegimos por sondeos estratigráficos que efectuamos nos han permitido reconocer hasta ahora dos -o tres- componentes cerámicos, de tipos considerados genéricamente como Inka - Viluco y Agrelo, culturas arqueológicas prehistóricas éstas, propias de la Etapa agro-alfarera regional, cuyos lapsos aproximados corresponderían a los siglos XV/XVI d. C. y V/XI d.C. respectivamente (Figura 7).

Dos dataciones por carbono 14 relativas a esos componentes del Alero Ernesto parecen confirmar lo antedicho, pues colocan el más antiguo -hasta ahora- en el lapso de 1050 a 1280 años d.C. y el más reciente en el de 1400 a 1620 años d.C. (según las correspondientes calibraciones de los resultados, siendo los guarismos centrales de las dataciones: 1120 años d.C. y 1490 d.C., con un error estándar de 50 años en más o en menos). (Beta – 162401 y Beta – 162400, respectivamente).

Los datos precedentes anuncian las posibilidades del estudio arqueológico sistemático del área, en el marco de una posición geográfica y de una problemática cultural complejas, a lo que se

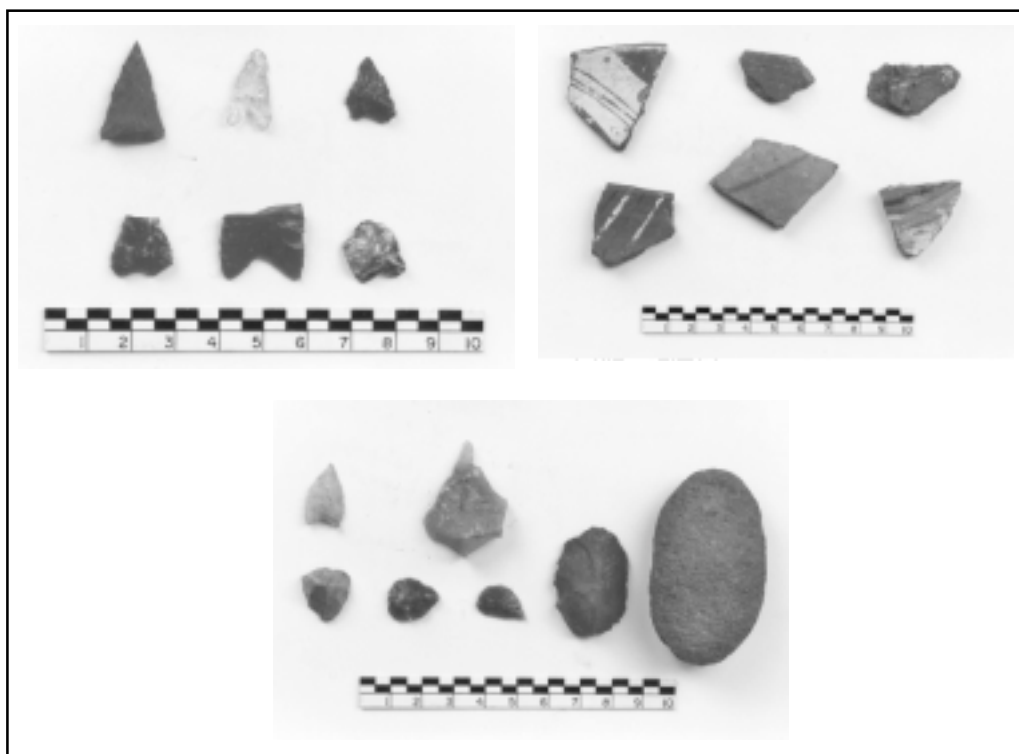


Figura 6. Materiales líticos y cerámicos producto de las recolecciones superficiales y de la excavación del Alero Ernesto. Corresponden a dos componentes cerámicos, c. 1100 y 1500 d.C., y probablemente a un componente precerámico.



Figura 7. Trabajos de excavación arqueológica en el abrigo Alero Ernesto.

suma la posibilidad de reconocer componentes arqueológicos todavía más antiguos, incluso de la Etapa precerámica, como asimismo la posibilidad de establecer relaciones con culturas arqueológicas trasandinas, de acuerdo con lo que el registro ya evidencia.

El área reviste mucho interés desde la perspectiva arqueológica, no sólo por el desconocimiento que teníamos de ella, sino particularmente porque a su situación geográfica y ambiental debemos sumar el hecho de hallarse en un sector que los datos históricos marcan como una especie de zona de transición entre grupos humanos con modos de vida diferentes en la época del ingreso hispánico, Huarpes y Puelches, sumando más tarde los desplazamientos Pehuenches.

LOS GRABADOS RUPESTRES

El descubrimiento más notable de nuestros trabajos, y de una significación particular, fue que reconociéramos grabados indígenas en un paredón rocoso, a unos cientos de metros aguas arriba del Alero Ernesto y luego de avanzar por las márgenes del arroyo Borbarán, trasponiendo un sector de estrechamiento rocoso por el que éste se abre paso (Figura 8).

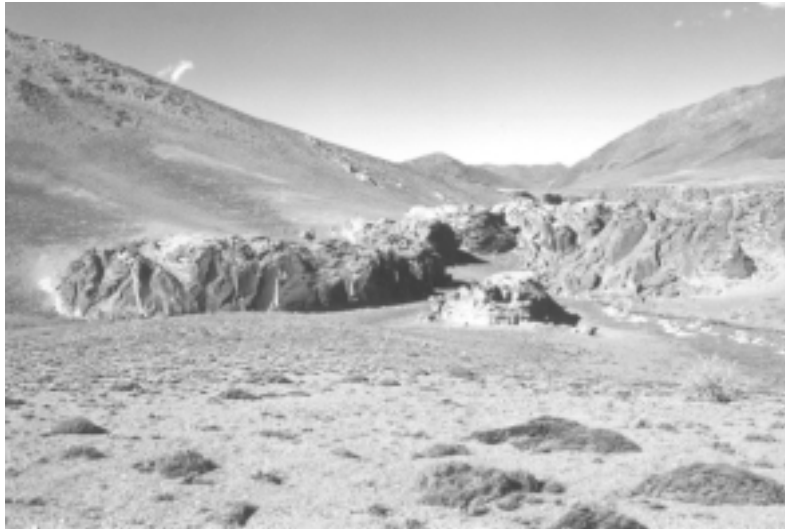


Figura 8. Vista, hacia el noreste, de la formación rocosa cuyo extenso paredón contiene los paneles con grabados rupestres. Se aprecia el “estrechamiento” entre rocas por el que fluye el arroyo Campos Borbarán. La formación aislada del centro de la imagen corresponde al puesto Real de los campos y sus paredes de toba además de algunos grabados prehistóricos soportan las figuras modernas, algunas de las cuales hemos ilustrado, y diversas modificaciones (hornacinas, etc.) de la instalación de pastores, fundamentalmente de la primera mitad del siglo XX.

La extensa pared de la formación rocosa, con diverso grado de pátina marrón oscura en su superficie, presenta varios sectores de sus más de ciento cincuenta metros de extensión con grabados indígenas, realizados con variadas técnicas de las que señalamos el martilleo, percusión que deja su impronta puntual en las superficies -“piqueteado”-, el arrastre de materia por raspado o frotado que deja figuras lisas y también permite acanalados, y la incisión que deja líneas y también surcos -“tajos”-. Cada técnica, por supuesto, implica un utillaje y una intención determinados.

Numerosos petroglifos, figurativos antropomorfos y zoomorfos, y abstractos (motivos curvilíneos, entre otros), se distribuyen en distintos paneles, entre pocos centímetros y un par de metros por encima del nivel del suelo, excepción hecha de una figura antropomorfa central, ubicada a unos cuatro metros de ese nivel base. Este nivel coincide en parte con el propio del arroyo, que discurre al pie de los motivos, o bien pertenece a un sector en terraza de la misma margen izquierda del exiguo curso, nivel que se eleva varios metros sobre el mismo y deja una superficie entre veinte y cuarenta metros de ancho, desde el paredón hasta el talud (Figura 9).



Figura 9. Un sector de la pared con grabados rupestres sobre el arroyo Borbarán.
Vista hacia el este - noreste.

Los grabados se hallan en la pared sur de la formación por lo que, según la estación del año, permanecen a la sombra la mayor parte del día.

Asimismo, se aprecia que existen superposiciones de los motivos y que éstos, en algunos de los paños o paneles, están muy próximos al nivel del suelo o, incluso, parecen cubiertos en parte por los sedimentos del mismo, lo que permite pensar que una parte de los grabados corresponde a una época en que el piso colindante se hallaba por debajo del actual. Por otra parte, se aprecian diferencias en las pátinas relacionadas con los motivos, como para procurar contrastar, entre otros, si indican diferencias cronológicas.

En contraposición con lo antedicho, otros grabados rupestres se encuentran en posición que permite relacionarlos con la labor de personas paradas sobre un nivel de suelo como el actual. El caso del motivo a mayor altura es excepcional. Para su figuración debió necesitarse algún medio para lograr elevar a los responsables un par de metros sobre el nivel de piso (Figuras 9, 10 y 11).

No obstante esta última sugerencia, podría conjeturarse, que el nivel en terraza probablemente fue continuo cuando se realizaron los grabados del sector más occidental, particularmente el del motivo que apreciamos a varios metros de altura, que representa una figura antropomorfa central, repetida en la zona que aún mantiene el talud, con la diferencia que en este caso, el diseño comienza al ras del suelo.

Esto nos ha llamado la atención, puesto que por debajo de la figura principal primeramente mencionada existen otros grabados, desde aproximadamente un metro y hasta unos dos metros de altura, contados desde el nivel de la estrecha superficie que tienen por suelo, a la orilla del curso de agua, lo que permite considerar la posibilidad de modificaciones del terreno por importantes



Figura 10. Detalle de grabados en un sector del paredón sobre el arroyo Borbarán.



Figura 11. Detalle de grabados en un sector del paredón sobre el arroyo Borbarán.
Se aprecian diferencias de pátinas y superposiciones de motivos.

desplazamiento de sedimentos, cuya confirmación sería útil sin duda, principalmente por sus alcances en las dataciones relativas.

De cualquier modo, un sondeo en la zona con talud, realizado abajo de la figura mencionada en segundo término, mostró un depósito fértil al menos hasta un metro de profundidad, con fragmentos de huesos de camélidos, quemados o no, carbón, algunos artefactos líticos y cerámica (común, de superficie marrón oscura o negra, antiplástico de arena, mediano y grueso). Estos materiales parecían diferenciarse en dos capas, entre 20/40 cm y 50/70 cm de profundidad, por lo que avizoramos posibilidades de los estudios tipológicos y cronológicos, cuyos resultados quizás puedan relacionarse con los grabados

Como suele suceder en estos conjuntos de arte rupestre, se puede reconocer determinadas asociaciones y composiciones de los motivos, así como el aprovechamiento, para situarlos y grabarlos, de las particularidades del relieve y conformación rocosa.

En las etapas de trabajo que hemos cumplido hasta el presente alcanzamos un grado relativamente avanzado de prospección y relevamiento, es decir de registro, apoyados en gabinete por el proceso informático correspondiente, comenzando a desarrollar las etapas de análisis estilístico, de la asignación cultural y cronológica, para finalmente poder transitar, sobre determinadas bases teóricas y metodológicas, el camino de la interpretación.

Sobre la base de nuestros avances técnicos podemos proponer ya que afrontamos manifestaciones de estilos y subestilos diversos, con vinculaciones andinas y patagónicas, estando evidenciadas las primeramente señaladas por grabados bastante característicos del arte rupestre del Centro oeste argentino. Estos son propios de sitios comprendidos desde el sur de La Rioja hasta el norte de Mendoza y admiten paralelos notables con los propios del lado chileno (Norte chico y parcialmente centro de Chile). Este es el caso de los motivos de “máscaras”, “cabezas tiara”, “aureoladas” o “cabezas mascariformes” y el de las figuras antropomorfas que parecen personajes “enmascarados”, “empenachados”, a los que se suman motivos de antropomorfos con diversos atributos y motivos zoomorfos característicos, junto con los geométricos, curvilíneos, entre otros.

Algunos motivos del arroyo Borbarán se acercarían en su configuración, a los “signos escudos” característicos del arte rupestre del valle del río Aconcagua en Chile, mientras que entre otros, motivos laberínticos, de rombos superpuestos siguiendo un eje vertical y de clepsidras, parecerían referir vinculaciones con áreas sureñas (incluido el sector occidental, chileno, a esas latitudes), más bien de índole patagónica.

A su vez, existen paralelos notables con sitios relativamente próximos, como es el caso de las similitudes con motivos grabados en el Cerro Tundqueral de Uspallata, sitio que hace unos años re estudiamos, protegimos y pusimos en valor de uso sostenible para el turismo cultural. Estas figuraciones del Tundqueral son adjudicadas a grupos humanos de la Etapa agro-alfarera regional, concretamente a una época de hace unos mil años.

Asimismo, hallamos que algunos petroglifos del Borbarán guardan parecido con motivos pintados en abrigos rocosos del alto río Diamante, que fueran considerados semejantes a otros de pictografías de sitios de La Pampa, mientras que sus hacedores se relacionaron con el nivel cultural de cazadores recolectores.

Semejante conjunción de estilos en el Arroyo Borbarán aporta sin duda al conocimiento del arte rupestre de grabados en un área donde prácticamente se los desconocía y para la que era posible estimar que los hallazgos de este tipo indicarían al menos una dicotomía de vinculaciones, particularmente de las consideradas genéricamente de raigambres andinas y patagónicas (Figura 11).

Desde nuestro saber y experiencia profesional hemos explicado a los responsables de la estancia y del emprendimiento empresario turístico el significado y valor patrimonial de los bienes culturales que descubrimos, señalando la exposición de los mismos a partir de este hecho y la necesidad de su protección. Por otra parte, hemos indicado las posibilidades del manejo de tales bienes no renovables en el plan general de la reserva, que debe ser institucionalizada, relacionándolos con una actividad productiva sostenible, al servicio del turismo cultural.

A estos efectos, el área que consideramos suma otras condiciones muy positivas, como es el hecho de hallarse en una propiedad de acceso regulado y en una zona de la misma a la que no es simple llegar.

Recibido: mayo 2003.

Aceptado: noviembre 2003.

BIBLIOGRAFÍA

Bárcena, J. Roberto

1999. "Experiencias sobre el manejo de recursos culturales arqueológicos en el norte de la provincia de Mendoza". *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II, pp. 247-258. UNCórdoba. Córdoba.

2001. "Prehistoria del Centro-oeste argentino". Capítulo del libro *Historia argentina prehispánica*, tomo II, pp. 561-634. E. E. Berberían y A. E. Nielsen, editores. Editorial Brujas. Córdoba.

Bibar, G. de

1966 (1558). *Crónica y relación copiosa y verdadera ... de los Reynos de Chile ...* Fondo Histórico y Bibliográfico "J. T. Medina". Santiago de Chile. T. II, texto. Edición facsimilar y a la plana; 232 pp. incluye 19 láminas.

Bruniard, Enrique D.

1999. "El escenario geográfico". *Nueva Historia de la Nación Argentina*, tomo I, capítulo 1, pp. 39-63. Editorial Planeta Argentina S.A.I.C. Buenos Aires.

Gambier, Mariano

1979. "Investigaciones arqueológicas en la región del alto río Diamante, Provincia de Mendoza". *Publicaciones*, 5, pp. 23-31. UNSan Juan. San Juan.

Junquera, Julia

2002. "Propuesta de zonificación de la Reserva Natural Tierras Blancas (Mendoza, Argentina) y directrices para su manejo ecoturístico". Pre-proyecto de Maestría. Ms, 4 pp. Córdoba.

Schobinger, Juan

1988. "Art rupestre de l'ouest de l'Argentine". *L'Anthropologie*, Tome 92, nº 1, pp. 361-370. París.

Schobinger, Juan y Carlos Gradín

1985. *Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos. Arte rupestre de la Argentina*. Ediciones Encuentro. Madrid.

EVIDENCIAS PREHISPÁNICAS DE CUCURBITACEAS EN UN SITIO ARQUEOLÓGICO EN LA PROVINCIA DE JUJUY (ARGENTINA)

Alejandra E. Würschmidt (*)¹

En esta nota se informa, documentando con fotos y descripciones, sobre el primer registro arqueológico en el país, de este vegetal de uso tradicional en las regiones de Cuyo y del Noa. El hallazgo, en la Quebrada de Humahuaca, contribuye a la teoría sobre el origen sudamericano de la especie y su expansión por el este de los Andes. Diversos aspectos considerados abren la posibilidad de confirmar otros hallazgos en Argentina y países andinos limítrofes. Destacando para ésto la necesidad de identificaciones botánicas precisas, las que son importantes como auxiliares en investigaciones antropológicas sobre épocas pre y poshispánicas.

C. ficifolia es una de las cinco especies de *Cucurbita* (género endémico americano, Familia Cucurbitaceae) que se cultivan desde épocas prehispánicas. Han sido registradas en numerosos sitios arqueológicos de América, pero cada especie en distribuciones geográficas y antigüedades particulares. Se considera que las *Cucurbita* cultivadas suplían las necesidades nutricionales básicas de pueblos precolombinos, junto a “maíces” (*Zea mays*) y “porotos” (*Phaseolus* spp). No se conocen los ancestros silvestres a partir de los cuales fueron domesticadas, por lo que el origen de cada una de ellas se interpreta, principalmente, por la ubicación geográfica y la antigüedad de los hallazgos arqueológicos. *C. ficifolia* fue registrada desde México a Perú; los restos de mayor antigüedad (5000 años AP) proceden de Huaca Prieta (Perú) (Whitaker 1981). Existen dos teorías sobre su lugar de origen, una postula a México o Centroamérica, la otra postula a Sudamérica, específicamente en los Andes (FAO 2003).

C. ficifolia se diferencia de las demás especies de *Cucurbita* por ser la única perenne, desarrollarse a mayores altitudes (1000 a 3000 msnm), y presentar menos variaciones morfológicas, entre otras características. Se conoce con diversos nombres populares: “chilacayote” en México, “lacayote” en Perú, etc., variando la forma de utilización de las diferentes partes comestibles de la planta, también se preparan bebidas alcohólicas y sus frutos son almacenables. (FAO 2003). Utilizada en medicina popular y en ritual a los muertos.

Es conocida en Argentina como “alcayota” en Cuyo y “cayote” en el Noa, donde se la cultiva tradicionalmente en huertas familiares de montaña y se elaboran postres con la pulpa fibrosa del

*Universidad Nacional de Tucumán

fruto maduro, importante elemento de la cocina folklórica regional. En algunos pueblos se almacenan trozos deshidratados o “pasas de cayote”. Parodi (1966) consideraba que *C. ficifolia* estaba “vinculada a nuestra agricultura aborígen” y que “Su cultivo parece ser muy antiguo, pero no hay seguridad de que lo hayan practicado los indios antes de la llegada de los españoles.” (Parodi, 1966:33 y 35). Manifestando la sospecha de la presencia prehispánica de la especie y la falta de pruebas que lo confirmen hasta esos momentos.

Es notable que muchos de los restos arqueológicos de *Cucurbita* (Castro y Tarragó 1992; Gil 1997-1998) se hayan registrados con nombres que no definen la especie, como “calabaza”, “variedad de zapallo”, “cucurbita”, etc, y sin presentar fotos o descripciones que documenten los hallazgos. Por lo tanto, la ausencia de registros de *Cucurbita ficifolia*, no indica su ausencia entre las evidencias registradas imprecisamente. También es notable, aunque las evidencias arqueológicas de plantas cultivadas no implican su cultivo local en épocas prehispánicas, considerar que *C. ficifolia* se cultiva tradicionalmente en las proximidades de algunos de los sitios arqueológicos, mientras que las otras *Cucurbita* (*C. máxima* y *C. moschata*) esperables de identificar en los hallazgos, requieren menor altitud y mayor humedad para su desarrollo,

EL HALLAZGO EN ARGENTINA

Las evidencias arqueológicas de *Cucurbita ficifolia* encontradas en Argentina proceden del Sitio arqueológico “Los Amarillos”, ubicado a aproximadamente 3000 m snm en Tilcara, Jujuy. Fueron recuperadas de estratos correspondientes al Período de Desarrollos Regionales II, Pre-inca (1200 a 1420 d.C.). De acuerdo con Nielsen, com. pers. Son restos de cáscaras de semillas (cubiertas seminales) correspondientes a 53 unidades y algunos pequeños fragmentos. La identificación se realizó por los caracteres exomorfológicos, suficientes para la diferenciación específica: las semillas son ovoides, planas, de 17 a 20 mm de largo x 10 a 12 mm de ancho, color marrón, con reborde periférico marcado, de igual tonalidad. (Fig. 1).

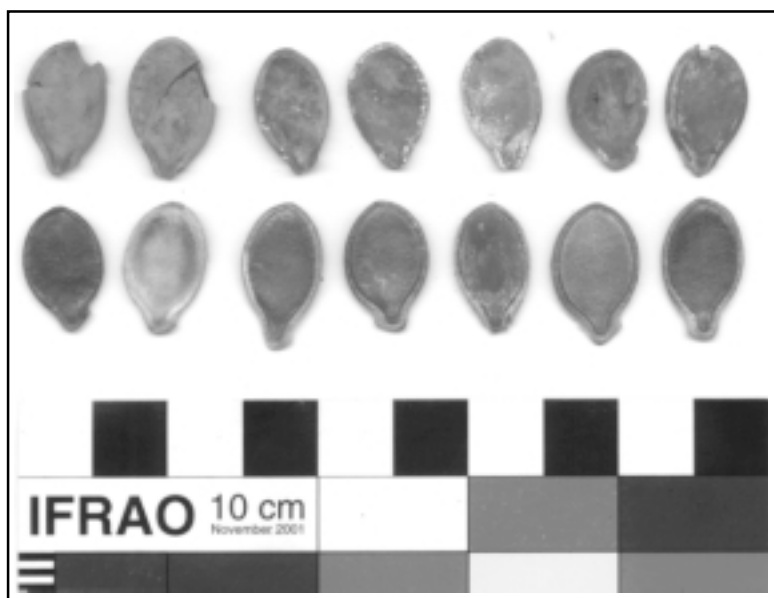


Figura 1. Semillas de *Cucurbita ficifolia* Bouché de la Quebrada de Humahuaca.
Línea superior: arqueológicas. Línea inferior: actuales.

CONSIDERACIONES FINALES

La información obtenida permite incorporar una nueva especie a la lista de vegetales arqueológicos de Argentina (cultivada, no perteneciente a la flora nativa, presente en épocas preinkaicas e importante por sus variadas posibilidades de aprovechamiento) y evidenciar la expansión prehispánica de la especie por el este de los Andes (Quebrada de Humahuaca), contribuyendo a la teoría sobre su centro de origen y domesticación en Sudamérica. Además, supone su presencia en otros sitios de Argentina y otros países del área andina.

Es de destacar la importancia de las identificaciones botánicas a nivel de especie, no como dato taxonómico aislado, sino como posibilidad de confirmar o descartar la presencia de *C. ficifolia* en sitios con *Cucurbita* arqueológicas. La precisión en las identificaciones es necesaria como ayuda en la interpretación de aspectos antropológicos (rituales, alimentación, movilidad e intercambio material y cultural) y en investigaciones sobre el origen y expansión de especies domesticadas. En este sentido seguimos a Whitaker cuando afirma que:

“Identification of archeological Cucurbita at the species level might be useful as a marker in tracing the migration of peoples in pre-Columbian times. In addition, archeological Cucurbita could serve to indicate cultural contacts, and assist in the interpretation of prehistoric environments. Thus, species of Cucurbita could become a useful tool in archeological research.”

“Even more important for present purposes, ethnobotanical studies can supply the applied biologist with much information in his search for the origin and domestication of the Cucurbita. Already, archeological studies have given direction and meaning to the search for new germ plasm of this group of species. (Whitaker and Knight, 1980)” (Whitaker 1981: 466)).

Recibido: septiembre 2003.

Aceptado: noviembre 2003.

BIBLIOGRAFÍA

Castro R., Victoria. y Miryam. N. Tarragó

1992. Los inicios de la producción de alimento en el Cono Sur de América. *Revista de Arqueología Americana* 6. Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

FAO

2003. <http://www.fao.org/docrep/T0646E/T0646E0a.htm>

Gil, A.

1997-1998. Cultígenos prehispánicos en el sur de Mendoza. Discusión en torno al límite meridional de la agricultura andina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXII-XXIII:295-318.

Parodi, Lorenzo R.

1966. La agricultura aborigen argentina. *Cuadernos de América* N° 4. Editorial.

Whitaker, Thomas W.

1981. Archeological Cucurbits. *Economic Botany* 35 (4):460-466.

**EL SITIO CUEVA CACAO 1A.¹: HALLAZGOS, ESPACIO
Y PROCESO DE COMPLEJIDAD EN
LA PUNA MERIDIONAL (ca. 3000 AÑOS A.P.)**

Daniel E. Olivera ()*

*Aixa S. Vidal(**)*

*Lorena G. Grana (**)*

INTRODUCCIÓN

El estudio de objetos poco frecuentes en los sitios arqueológicos, como los realizados con materiales perecederos, constituye una importante fuente de información sobre distintos aspectos de la vida cotidiana de los grupos prehistóricos, no sólo en las cuestiones vinculadas directamente con la subsistencia sino también en lo relativo a la esfera social, al ritual y a las relaciones entre grupos.

Las características de gran aridez, sedimentación eólica y difícil acceso del sitio Cueva Cacao 1A (Antofagasta de la Sierra, Provincia de Catamarca) permitieron la conservación de un importante registro de materiales orgánicos como cuero, calabaza, trenzas de cabello humano, etc. Estos artefactos, al igual que la estructura de cista funeraria y las abundantes pinturas y grabados rupestres de la cueva, podrían estar indicando para ciertos momentos de ocupación un uso no cotidiano de la cueva.

Ciertos objetos hallados en Cueva Cacao 1A (CC1A) podrían haber funcionado en el ámbito simbólico-ritual, quizás a manera de ofrendas, de manera similar a otros hallazgos en esta misma localidad arqueológica, como los de Real Grande 9 y Quebrada Seca 3. Si bien no puede equipararse en su carácter de ofrenda, el fardo funerario con ajuar, aparentemente trasladado, hallado en Punta de la Peña 11A podría relacionarse con los anteriores en cuanto a su interpretación dentro de la esfera ritual (Aschero 1999, 2000; Pérez de Micou y Ancibor 1994; Podestá 1991).

Los casos mencionados corresponden a eventos de depositación discretos ubicados en fondos de cuevas o abrigos pequeños que podrían estar asociados con un proceso de complejidad manifestado para los momentos finales del Arcaico y principios del Formativo en la región (ca. 3000 A.P.). A su vez, la diversidad de materias primas utilizadas en los objetos arqueológicos

* INAPL-CONICET y UBA - Proyecto Arqueológico Antofagasta de la Sierra.

hallados en CC1A y los distintos orígenes de los mismos son indicadores de relaciones entre los habitantes de esta región de la Puna y los grupos de agricultores de valle y las poblaciones de la costa del Pacífico.

Estos registros nos llevan a replantear algunos conceptos sobre los momentos agropastoriles más tempranos y postularlos como un proceso de alta complejidad social y tecnológica. Asimismo, están implicando quizás una comprensión diferente de los grupos humanos en cuanto al uso del espacio relacionado con las estrategias de manejo de los recursos en las diferentes ecozonas del paisaje y, en cierta forma, con su sistema ideológico.

LA REGIÓN DE ANTOFAGASTA DE LA SIERRA

El departamento de Antofagasta de la Sierra se ubica en el noroeste de la Provincia de Catamarca (Figura 1), limitado al oeste por la línea de frontera argentino-chilena; al norte y este por la Provincia de Salta; al sur por la Cordillera de San Buenaventura; y al sudeste por la Sierra de Laguna Blanca. La principal cuenca hidrográfica endorreica corresponde al sistema de los ríos Calalaste-Toconquis-Punilla/Antofagasta y sus afluentes, dentro de los que se destacan los ríos Las Pitas y Miriguaca.

La región es de extrema aridez (clima Árido Andino Puneño) con precipitaciones de régimen estival (diciembre a marzo), aunque durante muchas temporadas no se presentan. La temperatura media anual es de 9.5 °C, con gran amplitud térmica diaria y estacional, y una baja presión atmosférica. Se producen heladas a lo largo de todo el año, con mayor intensidad entre mayo y agosto.

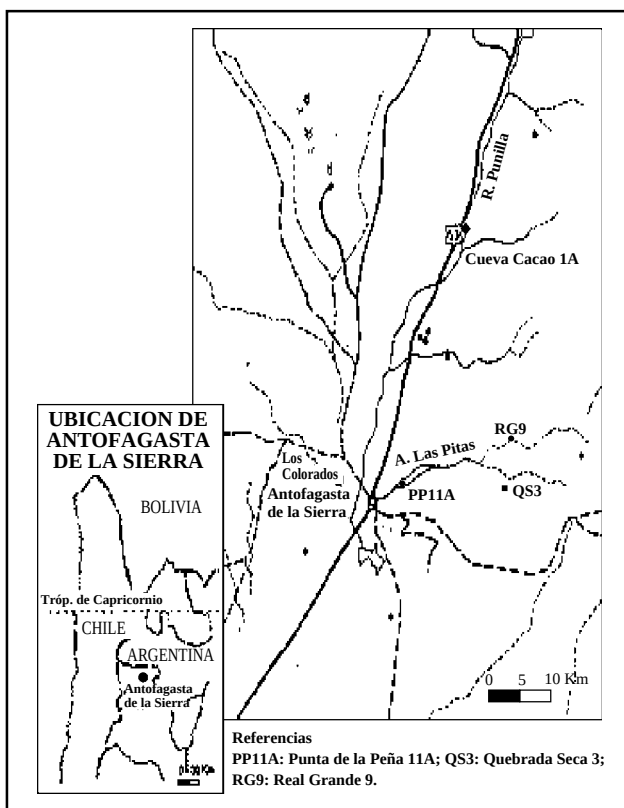


Figura 1. Ubicación de los sitios mencionados en el texto.

La vegetación se encuentra dentro del Dominio Andino, Provincia Puneña, dominando la estepa arbustiva y con presencia de estepa halófila, estepa herbácea y vegas (Cabrera 1976). La fauna se caracteriza, fundamentalmente, por vicuñas (*Lama vicugna*) y llamas (*Lama glama*), roedores (*Ctenomys sp.*, *Lagidium sp.*, entre otros), carnívoros (puma, zorro) y aves, especialmente el suri (*Pterocnemia pennata*) y numerosas especies de laguna. Si bien en la actualidad el guanaco (*Lama guanicoe*) no se encuentra más que aisladamente en áreas de cordillera, es posible que en el pasado su distribución fuera más extendida.

Como en toda la Puna, la distribución de los recursos no es homogénea distinguiéndose áreas de alta concentración (“zonas de concentración de nutrientes”, *sensu* Yacobaccio 1994) frente a otras de recursos muy dispersos o directamente inexistentes. Son los microambientes de los fondos de cuencas y quebradas protegidas los sectores donde los recursos naturales para la vida humana adquieren mayor relevancia, aunque no debe descartarse que otros sectores hayan sido utilizados.

Dentro del área de investigación se pueden distinguir tres sectores con alta concentración de recursos. Las diferencias topográficas y de oferta de recursos entre estos tres sectores están íntimamente relacionadas con la estructura y dinámica de los grupos humanos prehispánicos en la microregión (Olivera y Podestá 1993):

- el *fondo de cuenca* que comprende el tramo final del curso inferior del río Punilla y su desembocadura en la laguna Antofagasta, con una altitud entre los 3.400 y 3.550 m.s.n.m. Es el sector de la cuenca que mejores posibilidades ofrece para la práctica de la agricultura debido a su topografía abierta y a su disponibilidad de agua. El pastoreo también se ve favorecido por la amplitud de las vegas, acrecentadas actualmente por la práctica de regadío.
- los *quebradas y sectores intermedios*, entre los 3.550 y 3.900 m.s.n.m., se definen entre el fondo de cuenca y las quebradas altas. Las unidades vegetacionales dominantes son las vegas, el tolar y el campo. Las vegas se encuentran a lo largo del curso inferior y medio de los ríos tributarios (p.e., Las Pitás y Miriguaca) de régimen permanente y semipermanente. Más alejadas se localizan las unidades de campo y tolar y la transición al pajonal. Desde el punto de vista económico las vegas constituyen las zonas más aptas para el pastoreo y la práctica de una agricultura a pequeña escala.
- las *quebradas altas* se localizan más allá de los 3.900 y hasta aproximadamente los 4.700 m.s.n.m. Las vegas, próximas a los cursos de agua que corren en las profundidades de las quebradas, permiten la práctica de pastoreo pero no son aptas para la agricultura. También, aparecen allí camélidos y especies menores para caza. Cercanas a las quebradas se desarrollan especies típicas de la unidad de pajonal, entre las que se encuentran algunas utilizadas como leña.

Finalmente, nos interesa destacar que la diversidad de mamíferos de porte mediano es muy baja. Los únicos ungulados silvestres presentes son la vicuña y el guanaco - este último especialmente en el pasado - ya que la taruca (*Hippocamelus antisensis*) está ausente en la región por restricciones de hábitat. Por lo tanto, dado su potencial de aprovechamiento económico, los camélidos constituyeron un recurso crítico durante todo el proceso evolutivo prehispánico.

EL SITIO CUEVA CACAO 1A

El sitio Cueva Cacao 1A (Figuras 1 y 2) se ubica en la localidad arqueológica de Paicuqui, unos 20 km al norte de Antofagasta de la Sierra, un sector del Río Punilla en el que desemboca la Quebrada de Curuto. Unos 4 km quebrada arriba, hacia la derecha, se encuentra una pequeña quebrada denominada Cacao, donde se encuentra el sitio.

Se trata de un sitio compuesto por aleros, con y sin arte rupestre, y estructuras diversas de piedra, ubicado en el acantilado de un cerro, en el sector que se une con la quebrada de Curuto. Dentro del sitio se reconocen dos sectores principales:

1A- alero superior con pinturas, grabados y estructuras asociadas;

1B- alero inferior, con escasas pinturas y estructuras.

En la excavación se pusieron en evidencia diferentes niveles de ocupaciones. El inicial (Capa I), de escasa potencia, corresponde a una arena muy friable. Luego, aparece un fuerte evento de cenizas, Capa II, que incluye elementos culturales, por debajo del cual aparece la Capa III de sedimento castaño con importante registro vegetal. Debajo de la Capa III, aparecen unos 30 cm de guano disgregado (Capa V) seguido por un sedimento castaño más friable.

Esta Capa V corresponde al Pleistoceno final (ca. 12.500-13.300 años A.P.) y está básicamente constituida por excrementos de megafauna e incluye fragmentos de hueso en proceso de fosilización (megatherinos e *Hippidion sp.*) (Powell *et al.* 2003). No se han detectado aún evidencias de asociación con actividades antrópicas y el hallazgo posiblemente corresponda al uso de la cueva por parte de los antiguos animales hoy desaparecidos. Hacia el fondo de la cueva esta capa desciende de manera bastante abrupta, originando una especie de hoyo que fue rellenado con arena muy fina de depositación eólica. Una hipótesis probable que explicaría esta distribución y la ausencia de vestigios de esta época en el fondo de la cueva es que, debido a su tamaño, los animales que ocuparon la cueva no podían llegar a efectuar sus deposiciones allí debido a la altura del techo en este sector, lo que ocasionó esa depresión que fuera luego rellenada con la arena por depositación natural.

Las capas superiores corresponden a los Períodos Agro-pastoriles y, posiblemente, a un Arcaico Final, en particular en la base de la Capa III, que denominamos tentativamente Capa IV. La ocupación Arcaica estaría en general limpiada por las ocupaciones posteriores, pero se conservaría dentro de ciertas pequeñas depresiones, posiblemente estructuras de cavado artificial bastante circulares, incluidas en el guano de la Capa V.



Figura 2. Detalle de la excavación en Cueva Cacao 1A.

Durante la excavación en la cueva se rescataron fragmentos de cerámica ordinaria y gris pulida, artefactos líticos, restos arqueobotánicos (maní, maíz, quinoa, chañar, algarrobo y otros aún en identificación), restos arqueofaunísticos (especialmente de camélido, que incluyen material óseo, fibra y cuero) y elementos relacionados con la confección del arte rupestre (restos de pigmentos, fragmentos de hisopos, morteros con pigmento). Se tomaron muestras de carbón y del material orgánico del guano (Capa IV), para afinar aspectos cronológicos. Los fechados disponibles permiten ubicar las ocupaciones de las capas II a III entre ca. 1000 a 1400 años A.P., mientras que un fechado de 3.390 ± 110 años radiocarbónicos podría corresponder a las ocupaciones Arcaicas.

Debe destacarse que, excavada en la capa V, se ubicó una estructura de depósito construida con lajas y argamasa de arcilla amasada. Esta estructura presenta signos de relleno artificial posterior a su uso y dos eventos de reutilización (marcados por sucesivos pisos de lajas unidas por arcilla de colores y texturas diferentes). Además, está sellada por la capa de cenizas antes mencionada, lo que descarta su perturbación en épocas modernas. Algunas piedras aún calzadas sugieren que quizás las estructuras de depósito fueran dos, pero en ese caso, una de ellas fue casi totalmente destruida por el saqueo contemporáneo y corresponde a las piedras encontradas en el lugar.

Asimismo, contra la pared oeste de la cueva y asociado a una línea o muro de piedra de una sola hilada existía una probable tumba, hoy saqueada. Se trata de una estructura de cista de forma subelíptica, realizada en piedras unidas con argamasa del mismo tipo que uno de los depósitos y cuyas características la asocian a los períodos tardíos de ocupación. Debe tomarse en cuenta que la técnica de construcción de la tumba es coincidente con la del depósito antes mencionado, en cuyo interior se hallaron restos de madera fechados por C14 en ca. 1.000 años A.P.

Las pinturas y los grabados rupestres cubren prácticamente la totalidad de la superficie rocosa de la cueva. Las representaciones y estilos son variados, asignables a distintos momentos de uso del sitio, desde el Período Formativo en la región (3000/3200-1500 A.P.) al de Desarrollos Regionales e Inka (1100-465 A.P.), pero predominan las representaciones atribuibles a los Períodos Formativo y Medio (3000-1100 A.P.), sin marcada separación del espacio estilístico en cuanto a la cronología. Las figuras más notorias de la cueva son las humanas de cuerpo entero, los camélidos, las máscaras o rostros mascariformes y las figuras humanas con *uncu* (Aschero 1999, 2000).

MATERIALES ARQUEOLOGICOS DESTACABLES EN CC1A

El conjunto artefactual de nuestro interés está compuesto por un par de sandalias de cuero, un sonajero de calabaza y dos trenzas de cabello humano cortadas intencionalmente. Se encontraban depositadas en la matriz arenosa de acumulación eólica en el sector del fondo de la cueva. Las sandalias y las trenzas estaban directamente incluidas en la arena, mientras que el sonajero estaba inmediatamente por debajo de las mismas, adherido a una acumulación consolidada de deposiciones de roedores, vestigio de un antiguo nidal (en el lugar se rescataron los cuerpos momificados de tres crías de *Rodentia* sp.).

Los tres objetos se encontraban en estrecha proximidad espacial, lo que hacía presumir su posible relación contextual. El sonajero se encontraba por encima del nido, parcialmente incluido en el guano de roedor firmemente adherido. Ello indicaría que la perturbación se debió posiblemente a animales fosoríferos que habrían realizado su cueva con posterioridad a la depositación del sonajero, por debajo y alrededor del mismo. Las sandalias y las trenzas se encontraban algo más arriba y no habrían sido afectadas por la actividad cavadora, aunque, lamentablemente, lo friable de la matriz hace imposible establecer con exactitud la posición y el recorrido de la/s cueva/s. Sin embargo, la posición vertical idéntica de las sandalias y la inclusión dentro del guano del sonajero hacen presumir, como dijimos, que fueron depositados previamente a la formalización del nido.

-Las *sandalias* (Figura 3) fueron confeccionadas en cuero de camélido. Analizadas bajo lupa

binocular de 20x se observan gran cantidad de tendones en la parte superior de la plantilla, una morfología característica del cuero sin curtir.

Las sandalias halladas en Cueva Cacao 1A son de manufactura compleja. El cuero de la parte inferior de las plantillas posiblemente provenga del sector del cogote del animal por su morfología y presenta canaletas convexas paralelas a lo largo del pie. Los cordeles que se unen en el empeine parecerían ser de la misma zona del cuero del animal y estar cortados respetando la dirección de las canaletas. Aún está bajo análisis la posibilidad de que estas líneas se deban a las características propias del cuero utilizado o de que se hubieran originado en el proceso de preparación del mismo, debido a que la sandalia presenta una mayor resistencia en esta zona acanalada que en la parte superior de las plantillas, que es totalmente lisa.

Podemos señalar cierta lateralidad en las sandalias basándonos fundamentalmente en el mínimo patrón de desgaste que presentan, debido a que no es posible identificar una diferencia entre derecha/izquierda por la morfología. Según el patrón de desgaste, la sandalia A (SA) podría pertenecer al pie derecho y la sandalia B (SB), al izquierdo. Ambas son muy uniformes en cuanto a sus dimensiones: tienen un largo aproximado de 19 cm (SA 19 cm y SB 18,5 cm) con un ancho máximo de 8,7 cm y un mínimo de 7,3 cm. El promedio del grosor de las plantillas es aproximadamente 0,35 cm. Por las medidas obtenidas, diríamos que las sandalias correspondían a un pie de tamaño pequeño aunque no es posible afirmar aún si era de un niño o de un adulto.

Cada una de las sandalias está formada por una doble plantilla, que solamente abarca el empeine. Este refuerzo tiene la forma de una medialuna ancha y su posición está invertida con respecto a la plantilla, o sea que en este caso es la parte superior la que presenta las acanaladuras. Esta característica podría estar dada para evitar el deslizamiento del pie. Además, la doble plantilla cumple la función de sujetar los cordeles a la suela.

El refuerzo y la plantilla están perforados con dos tajos pequeños paralelos en cada lado, tanto en el empeine como en el talón. Estos cortes están bien centralizados y mantienen una misma distancia entre el talón y el empeine en ambas sandalias. Allí es por donde pasan los cordeles para sujetar el pie. El espacio que queda entre estas aberturas, medidas desde el corte exterior, es de 6,5 cm en el empeine y un poco menor en el talón.

Las tiras de ambas sandalias están formadas por cuatro trozos de cuero que rodean el pie. Las uniones de los mismos no presentan ningún nudo: las puntas están superpuestas y atadas con tendones. Por la presión con que están unidos se podría decir que en el momento del armado, el material estaba húmedo y una vez ya sujetos, al secarse, se contrajo, logrando así la presión necesaria para poder caminar con el calzado.

En la SA se puede observar que el pasaje de los cordeles empezó desde la izquierda del empeine cruzando hacia el costado derecho del pie, pasando luego por atrás del talón y volviendo a bajar por el costado del pie hasta cruzarse nuevamente en el empeine y terminar en el lado derecho del pie.

En la SB se da una imagen especular de la SA: el cordel comienza en la derecha del empeine cruzándose al lado izquierdo, pasando por el talón, bajando luego por el lado derecho y cruzando nuevamente a la altura del empeine hacia la izquierda.

Ambas sandalias presentan algunas manchas color castaño rojizo en la plantilla. Por medio de la observación con lupa binocular se pudo determinar que se trata de un polvillo que está adherido superficialmente al cuero. No se descarta un origen post-depositacional o que se deban al contacto con pigmentos, quizás incluso de los que se usaron para las pinturas rupestres que cubren la pared de la cueva.

La única decoración evidente en las sandalias es la presencia en cada una de ellas de una pluma rosada, posiblemente de suri (*Pterocnemia pennata*), en el empalme de los cordeles del talón. Por la semejanza de las plumas, tanto en forma como en tamaño y color, podríamos pensar en una selección intencional de las mismas.

En cuanto a las alteraciones visibles en el calzado, la SA tiene un agujero a la altura del talón, cuyo diámetro es aproximadamente 2,2 cm. Su origen aún no pudo ser determinado: quizás esté relacionado con el uso del calzado, pero nos parece más probable que fuera una modificación posterior al uso o, incluso, efecto de algún agente post-depositacional debido a que el desgaste de la plantilla externa en el resto de ambas sandalias es mínimo.

El resultado del fechado de carbono 14 por técnica de AMS, realizado en un fragmento de tira de cuero de la SA, indicó su cronología en 2870 ± 40 A.P. (fecha corregida 2970 - UGA 9066), ubicándola en un momento entre fines del Arcaico y principios del Formativo en esta región.

Distintos autores mencionan el uso de este tipo de calzado. Para un caso etnográfico, Boman (1941 [1908]:151, 443) reporta el uso del cuero del cuello de llamas hembras para la confección de sandalias y otras vestimentas. Esto se debe a que el cuero de los machos presenta muchas heridas por las peleas sostenidas entre ellos. Para los cordeles es más común el uso de piel de las orejas, debido a su mayor flexibilidad.



Figura 3. Par de sandalias halladas en el sitio.

También en las crónicas incaicas (Garcilazo de la Vega 1945 [1609], entre otros) es frecuente la descripción de sandalias o “ushutas”, algunas de ellas con características morfológicas muy similares a las encontradas en CC1A. Krapovickas (1958-9:97) señala en su reseña del NOA el hallazgo en el área puneña de sandalias (que él denomina “ojotas”) que podrían corresponderse morfológicamente con las que estamos analizando, aunque no nos fue posible acceder a estos materiales debido a la falta de datos sobre el depósito de los mismos.

– El *sonajero de calabaza*, por su parte, (Figura 4) reúne una gran cantidad de materiales de distintas procedencias trabajados con suma destreza y abunda en detalles tecnológicos y decorativos.



Figura 4. Detalle del sonajero.

El cuerpo del instrumento está formado por una calabaza (*Lagenaria sp.*) de color castaño rojizo de 83 mm de largo por 48 mm de diámetro máximo. Está decorada con distintas figuras pirograbadas, algunas de las cuales se encuentran ocultas por las adherencias del depósito. Debido a la naturaleza sumamente frágil de este material el proceso de limpieza requirió de mucho tiempo y se llevó a cabo con las mayores precauciones posibles, en especial por los restos de guano y arena incrustados en la superficie de la calabaza.

Las figuras más visibles se ubican en la zona central y podrían describirse como dos cruces simples de contornos curvilíneos de distintos tamaños, casi opuestas en el cuerpo del instrumento (Mercedes Podestá, comunicación personal). En la parte superior del cuerpo se nota una serie de líneas más cortas y gruesas, con surcos de poca profundidad que no parecen responder a ninguna figura identificable.

La calabaza está perforada tanto en su parte superior como en la inferior para la introducción de los elementos idiófonos en su interior y la sujeción de un mango. Llama la atención el acabado tipo pulido de las aberturas, su forma perfectamente redondeada y la similitud de sus diámetros (18 mm la superior y 19 mm la inferior).

Para la identificación de los contenidos del sonajero se apeló a técnicas no destructivas. Los análisis de rayos X² efectuados (Figura 5) indicaron la presencia de alrededor de 30 semillas de forma redondeada y un orificio central. Con posterioridad fue posible extraer algunas y constatamos que se trataba de semillas de color negro parduzco y un diámetro aproximado de 5 mm. Hasta el momento sólo contamos con una identificación parcial, que la clasifica como Leguminosa, muy posiblemente ajena a la Puna. Según la botánica Leonor Cusato (comunicación personal) no se corresponde con ninguna variedad doméstica existente en la actualidad debido a su gran tamaño y las características del apéndice que la une a la chaucha. Las semillas presentan una perforación artificial que las atraviesa de lado a lado de manera similar a una cuenta.

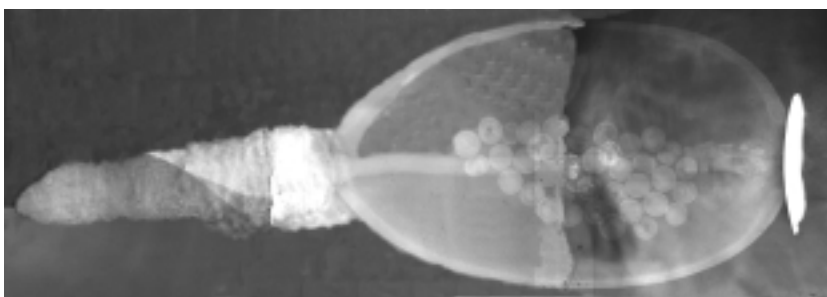


Figura 5. Radiografía del interior del sonajero.

Cerrando el orificio superior de la calabaza se colocó una valva redondeada y pulida de pelecípodo marino, con posible procedencia del océano Pacífico (Dra. Stella Maris Martín, comunicación personal), con las costillas dorsales hacia el exterior. Por el centro de la cuenta de valva pasa un tiento de cuero que termina en el otro extremo del instrumento, tras formar el eje del mango. En la parte externa de la calabaza, el tiento está recubierto de un vellón blanco de lana de camélido que tapona las aberturas del fruto y otorga grosor al mango. El mango es un poco más corto que la calabaza (63 mm de largo) y está formado por un eje de cuero recubierto de vellón³ y terminado con varias capas de trenzas de cabello humano de menos de medio centímetro de grosor.

– Dos trenzas de pelo humano, de color negro, cuidadosamente cortadas con un instrumento de buen filo a un largo de 18 y 12 cm completan el hallazgo. Desconocemos el sexo del individuo o su edad, pero un fechado realizado a una de ellas arrojó 3000 ± 80 A.P. (fecha corregida 3090 - UGA 8627). El valor del isótopo del C13 fue de $-19.42 \pm .05$, lo que podría relacionarse con una dieta rica en proteínas cárnicas.

OTROS REGISTROS RELACIONADOS CON CC1A: QS3, RG9 y PP11A

Existen en la microregión de Antofagasta de la Sierra, hasta el momento, otros tres sitios con hallazgos que por sus características depositacionales y cronológicas parecen guardar algún tipo de relación con Cueva Cacao 1A (Figura 6).

SITIO	FECHADO C 14	HALLAZGO
Cueva Cacao 1A	3000 ± 80 A.P. (cabello) 2870 ± 40 A.P. (cuero)	Trenzas de cabello humano Sandalias de cuero Sonajero de calabaza
Real Grande 9	NO POSEE	Cestería Plumas de falcónido Madera (¿astiles?)
Quebrada Seca 3	2480 ± 60 A.P. (carbón) 4510 ± 100 A.P. (gramíneas)	Cestería Fardo funerario (nonato)
Punta de la Peña 11A	3210 ± 50 A.P. (hueso humano) 3630 ± 150 A.P. (gramíneas)	Fardo funerario (neonato)

Figura 6. Cronología de los sitios mencionados.

– La localidad arqueológica de Real Grande (a 4.000 m.s.n.m.), correspondiente al curso medio del Río Las Pitas, ofrece un importante registro asociado especialmente a ocupaciones agropastoriles tempranas y tardías. Estas poblaciones aprovecharon una serie de aleros y cuevas para instalar lo que se ha podido identificar como sitios de ocupación no permanente relacionados con actividades de caza y pastoreo de altura y asociados con el aprovechamiento de la importante vega con pastura permanente. Además, se ubicó el sitio *Real Grande 3* (RG3) con arte rupestre pintado que estilísticamente se puede identificar principalmente con los grupos agropastoriles del Formativo regional (Olivera y Podestá 1993).

Al pie de la pared de tobas utilizada como soporte de las pinturas del sitio RG3 y distanciada tan sólo unos pocos metros aguas arriba, se ubicó una estructura en oquedad correspondiente a un episodio de depositación restringido denominada RG9. Prácticamente a nivel superficial se halló un fragmento de cesta asociado a restos vegetales (¿astiles?) y plumas de falcónido dispuestas alrededor. Por encima había un gran bloque que cubría el depósito (Olivera 1991; Olivera y Podestá 1993; Pérez de Micou y Ancibor 1994).

Un hallazgo semejante, consistente en una cesta completa, se produjo en la lente 1X (capa 0) de la estratigrafía del sitio *Quebrada Seca 3* (QS3), cuyas ocupaciones corresponden en su mayoría al proceso precerámico en la región (Aschero *et al.* 1991). La Quebrada Seca es subsidiaria a la del Río Las Pitas por la derecha y a la altura del sitio se torna casi paralela a Real Grande, de la que la separan unos 5 km.

La cesta hallada mide 320 mm de diámetro máximo por 80 mm de alto, presentando “motivos almenados” rojos y negros alternados y concéntricos. El ejemplar posee, en la parte exterior, una porción quemada que no llega a atravesar el tejido hasta el interior (Pérez de Micou y Ancibor 1994). La cesta podría corresponder, por sus características estilístico-técnicas, a un momento agropastoril temprano y presenta similitudes de diseño con materiales del cementerio Tarapacá 40, en el Norte de Chile (Muñoz 1989:120, fig. 6). La capa 2A de QS3 fue fechada en 2480 ± 60 A.P., en material orgánico de una lente de ocupación por debajo de la Lente 1X. Es preciso agregar que

en la Capa 2b2 de QS3 se produjo el hallazgo de un enterratorio de un feto humano en un fardo funerario constituido por un envoltorio de cuero de camélido (de 35 x 25 cm) atado con un cordel de lana. Sobre gramíneas asociadas al fardo se obtuvo un fechado por C14 de 4510 ± 100 AP (Beta-27801) (Aschero *et al.* 1991).

—Los restos de Punta de la Peña PP11A se hallaron en una oquedad natural de 83 cm de ancho por 50 cm de altura y 76 cm de profundidad en Punta de la Peña (3.650 m.s.n.m.), cerca de la cumbre del farallón de ignimbritas y próxima a otros sitios agropastoriles tempranos y tardíos como PP 4 y PP 9.

El registro obtenido consistió en un par de cestas, una de ellas decorada, que cubrían un fardo funerario compuesto por una envoltura doble de cuero. Dentro del mismo se hallaba el cuerpo momificado de un bebé, cuya cabeza estaba cubierta por cestas más pequeñas. El fardo apoyaba sobre una lonja de cuero, que yacía sobre una camada de paja dispuesta en haces paralelos a la abertura de la oquedad, envolviendo el conjunto. La orientación del conjunto era E-O, paralela a la abertura de la oquedad, y la cabeza del párvulo ubicada hacia el S. El fardo y las cestas estaban en buenas condiciones de preservación. El sedimento observado era muy escaso, y correspondía al mismo tipo de roca que constituye el farallón (Aschero *et al.* 1999).

Los análisis de Rx realizados por Aschero *et al.* (1999) revelaron el cuerpo de un párvulo totalmente articulado que portaba un pectoral con perforaciones en la porción superior. El cuerpo estaba recostado sobre su mitad derecha, con las piernas flexionadas a 60° y el brazo derecho a 120°. Las tomografías computadas mostraron restos de duramadre deshidratados y tejido pulmonar que permitió determinar que la edad del párvulo corresponde a un individuo de hasta tres meses de vida. La cabeza estaba cubierta por dos cestas, una dentro de la otra, confeccionada con la técnica espiral cerrada y recubiertas por ambos lados con una sustancia amarillenta.

El pectoral estaba sostenido por tiras de cuero pasadas a través de las perforaciones y anudadas que se extendían desde el cuello hasta el pubis. Además, el cuello del bebé estaba rodeado por tiras enroscadas de tiento formando un moño en la parte posterior del lazo izquierdo. Se determinó que el pectoral era una valva de *Anodontites trapeziales* (molusco de ambientes fluviales y lagunas permanentes), rebajada en sus contornos y con el periostraco totalmente eliminado (Aschero *et al.* 1999).

Se obtuvieron dos fechados de carbono 14, uno de la camada de paja sobre la cual yacía el fardo, que indica 3630 ± 150 A.P (3680 - UGA 7977), y otro de una muestra de hueso humano, que dio 3210 ± 50 A.P. (fechado por AMS - UGA 8355) (Aschero *et al.* 1999). Estos fechados relacionan el hallazgo con los momentos finales del Arcaico y los comienzos del proceso agropastoril temprano y lo aproximan concretamente a los otros eventos considerados.

CONSIDERACIONES FINALES

Las características de los instrumentos hallados en Cueva Cacao 1A dan lugar a numerosas observaciones. Una de ellas se remite a las variadas capacidades técnicas de que se disponía en momentos transicionales entre los finales del denominado Período Arcaico y los comienzos del Formativo. Prueba de ello se encuentra en el extremo cuidado prestado a las aberturas practicadas en la calabaza y su vaciado así como en el trenzado del cabello

Por otro lado, los diversos lugares vinculados a través de los materiales utilizados para lograr los artefactos nos estarían indicando una compleja red de interacciones entre grupos ubicados en distintas regiones geográficas: grupos agrícolas, comunidades pastoriles y grupos que aprovechan el litoral marítimo. Su posible origen transandino reforzaría la propuesta de vinculaciones de los grupos de la Puna argentina con aquellos que habitaban el Norte de Chile y, más al oeste, la costa Pacífica (Olivera 1991; Aschero 2000). No es posible aún determinar si la valva que obtura el sonajero llegó a la zona de Antofagasta de la Sierra como materia prima, cuenta aislada o

directamente en el sonajero, pero su procedencia es un indicador más de las relaciones entre estas zonas.

Una tercera observación podría hacerse sobre los aspectos decorativos del sonajero. No trataremos aquí cuestiones estilísticas, que requerirían de un estudio detallado y merecerían un trabajo en sí mismas. Basta señalar que los motivos identificados hasta el presente coinciden con algunos de los que se ven en el arte rupestre de la pared de la cueva, concretamente las cruces de bordes curvilíneos. Esta observación presenta algunas dificultades debido a los distintos momentos en que supuestamente se realizaron las actividades.

En cuanto a la función que cumpliría este artefacto, formalmente y considerado como objeto aislado, podríamos definirlo como un instrumento idiófono. Sin embargo, su contexto indicaría que cumplió, al menos en su última participación dentro del contexto sistémico de depositación, un papel dentro de la esfera ritual. Además, no hay que dejar de lado que, pese a que este artefacto pudo haber sido utilizado en un contexto doméstico habitual, su tratamiento diferencial tanto en lo decorativo como en lo tecnológico le atribuyen un enorme valor agregado que lo diferencian de otros hallazgos.

Parece probable, tomando en cuenta los fechados de C14, que tanto el sonajero como las trenzas (3000 ± 80 A.P.) y las sandalias (2870 ± 40 A.P.) hayan sido depositadas en conjunto durante un único evento, muy posiblemente de características rituales. Los hallazgos en RG9 (cesta rodeada de plumas y acompañada de posibles astiles) y QS3 (cesta entera en fondo de la cueva) así como los aspectos rituales del enterratorio de PP11A podrían entrar dentro de este tipo de eventos.

Todos ellos parecen corresponder a situaciones de depositación en un único evento en ubicaciones espaciales discretas que utilizaron oquedades o fondos de cueva. Podríamos, entonces, plantear las siguientes hipótesis:

a- Se trata, de sitios o sectores probablemente no residenciales al momento del evento: fondo de cueva, oquedades o fisuras, ubicadas en los cursos medios y superiores de las quebradas laterales de la cuenca.

b- Son eventos aislados y discretos de depositación, que no necesariamente se condicen con el uso habitual del lugar. Se presume que la baja visibilidad constituye un hecho intencional.

c- No existencia de estructuras de piedra habitacionales para el momento considerado.

d- Presencia en el registro mobiliario de artefactos que, cumplieran o no funciones domésticas, presentan una alta inversión en materias primas, tiempo y habilidad técnica. Algunas materias primas son exóticas para la región (valvas del Pacífico, calabaza de los valles mesotermiales).

e- En todos los casos, estas ofrendas aparecen asociadas o cercanas a sitios con evidencia de otro tipo de actividades y de diferentes momentos cronológicos:

CC1A: Pinturas rupestres, depósitos, tumba en cista, ¿actividades residenciales?.

QS3: Puesto de caza y pastoreo de altura y pinturas rupestres (sitios QS 1 y 2).

RG9: Pinturas rupestres (sitio RG3) y puestos de caza y pastoreo de altura (sitios RG1 y RG6).

PP11A: Pinturas rupestres, parapetos y sitios residenciales (por ejemplo, sitios PP4 y PP9)

Todos los sitios se encuentran relacionados con aguadas, zonas aptas para la caza de animales y aprovechamiento de pasturas y leña.

Podemos agregar que el fardo funerario de PP11A posee las mismas características estructurales de depositación y un interesante ajuar que incluye cestería. Esta práctica de enterratorio en aleros o cuevas de infantes puede poseer un antecedente en el entierro de un feto en QS3, también envuelto en cuero. En el caso de PP11A parece claro que el fardo fue trasladado desde otro lugar para ser luego depositado en su sitio definitivo.

El antecedente de traslado de cuerpos o partes de los mismos parece haber sido una práctica antigua en los Andes Centro-Sur, como lo atestigua la Tradición Chinchorro del Norte de Chile. Es de destacar que a partir de los 4000 años A.P. la momificación artificial se practica especialmente en lactantes y niños y las ofrendas son mayores incluyendo cestería decorada (Rivera 1995; Yacobaccio 2001).

Un hallazgo destacable es el de una cabeza humana aislada de un individuo femenino adulto, en el sitio Morro del Ciénego Chico, en Susques, Jujuy (Yacobaccio 2000). La cabeza, que se encontraba en una oquedad depositada sobre una camada de gramíneas y cubierta por ramas de tola, poseía una peluca con trenzas sostenida por cordeles de fibra vegetal y se envolvía en un gorro y una bolsa tejidas confeccionadas en lana de vicuña y llama. El promedio de los fechados de C14 ubican el hallazgo alrededor de los 2600 años A.P.

Yacobaccio (2001) destaca que evidencias como las apuntadas -a las que se suman otras de la Puna de Jujuy, como los entierros humanos complejos de Inca Cueva 4 (ca. 5300/5200 A.P.), el conjunto de artefactos destacados de Inca Cueva 7 (ca. 4000/4100 A.P.) y el entierro con rico ajuar de la Capa E2 de Huachichocana III (ca. 3400 A.P.)- son indicadores de un proceso de creciente complejidad social entre los grupos cazadores de la Puna de Atacama, lo cual se vería reforzado por las evidencias de sitios del Norte de Chile como Tulán 52 y Puripica 1 (Nuñez 1981, 1992). Dentro de este proceso se verificarían cambios importantes en las estrategias de movilidad (mayor grado de sedentarización) y en la economía (domesticación de los camélidos).

Es interesante destacar que en todos los casos apuntados son evidentes las relaciones interregionales manifestadas a través de materias primas que provienen de la costa del Pacífico, de los valles mesotermiales y de los lejanos bosque orientales.

A partir de las evidencias examinadas, podemos concluir que los hallazgos de Antofagasta de la Sierra deben enmarcarse en una escala más amplia que podría relacionarse con el proceso de creciente complejidad de los grupos de cazadores-recolectores tardíos en los Andes Centro Sur y que derivará en los primeros grupos pastoriles con agricultura.

El caso puntual de CC1A pertenece con alta probabilidad a un contexto pastoril temprano, con importante participación de la caza y la recolección en la subsistencia y aún moderada participación de los cultígenos domesticados. Este momento sería previo quizás a las primeras aldeas (p.e., Casa Chavez Montículos, ca. 2300/2400 años A.P.) (Olivera 1991). Así, se ubicaría en la fase final del mencionado proceso de complejización de las sociedades del Arcaico Tardío al que alude Yacobaccio (2001).

Los hallazgos de eventos de aparente significación ritual en cuevas y oquedades en una cronología tentativa de los 3500 a los 2500 años A.P. parecería ser, siguiendo a Yacobaccio (2001), la culminación de un proceso iniciado mucho tiempo antes en grupos de cazadores complejos y que implica probables modificaciones en la concepción del espacio por parte de los tempranos pastores. Estos cambios relacionan íntimamente la esfera económica de subsistencia con las concepciones ideológico-simbólicas de ese espacio por parte del grupo, que se materializa en rituales recurrentes que tienen por escenario ciertos sectores ecológicos y determinados accidentes naturales incluidos en o espacialmente cercanos a puestos de caza y/o pastoreo en sectores medios y altos de los cursos de las quebradas tributarias al fondo de cuenca.

El no haber aún registrado hallazgos similares en los sectores bajos del fondo de cuenca puede deberse a un sesgo de muestreo, pero también puede corresponderse con la hipótesis de una interpretación diferente de estos espacios por parte de los grupos humanos.

Es prematuro aún, con los elementos que contamos, avanzar en una interpretación profunda de los cambios sugeridos y su significado, así como también determinar cuándo se inician.

Recibido: septiembre 2002.

Aceptado: septiembre 2004.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a las autoridades del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina y a los coordinadores del Simposio "Desarrollo de las sociedades agropastoriles anteriores al 1000 A.D. en el área

centro-sur andina (Capítulo III)”, Dres. V. Núñez Regueiro, M. Tartusi y M.C. Sempé, por permitirnos presentar allí una versión preliminar de este trabajo. También a las Lics. Mercedes Podestá, María Gloria Colageri y Marisa López que aportaron datos valiosos para esta discusión. La malacóloga Dra. Stella Maris Martín (Zoología de Invertebrados, Museo Nacional de Ciencias Naturales de La Plata) identificó las valvas de CC1A y la botánica Leonor Cusato (Administración de Parques Nacionales) analizó las materias primas vegetales del sonajero. El Dr. Grana realizó las placas radiográficas del sonajero. Las investigaciones en Cueva Cacao 1A fueron realizadas con el aporte de estudiantes de la Universidades Nacionales de Buenos Aires y Tucumán, bajo la dirección del Lic. Carlos Aschero y del Dr. Daniel Olivera. La Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (FONDCYT), el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (Secretaría de Cultura de la Nación) proveyeron el soporte financiero de las investigaciones. A todos ellos nuestro agradecimiento.

NOTAS

- ¹ Una versión inicial de este trabajo con el título “Cueva Cacao 1A: Espacio y ritual en la puna meridional hacia los 3.000 años A.P.” fue presentada en el Simposio “Desarrollo de las sociedades agropastoriles anteriores al 1000 A.D. en el área centro-sur andina (Capítulo III)” del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Rosario, 17 al 21 de septiembre de 2001).
- ² Las placas radiográficas del sonajero fueron realizadas con técnicas odontológicas porque de acuerdo al Dr. Grana se obtendría una mejor resolución de las mismas.
- ³ Las fibras que componen el mango están siendo estudiadas por la Dra. María del Carmen Reigadas, pero una observación inicial parecería indicar que se trata de fibra de llama.

BIBLIOGRAFIA

- Aschero, C.
1999. El arte rupestre del desierto puneño y el noroeste argentino. En: *Arte rupestre en los Andes de Capricornio*. Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.
2000. Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En: Podestá y M. de Hoyos (eds.) *Arte en las Rocas*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología y AINAPL.
- Aschero, C., D. Elkin y E. Pintar
1991. Aprovechamiento de recursos faunísticos y producción lítica en el precerámico tardío. Un caso de estudio: QS3 (Puna Meridional Argentina). En: *Actas de XI Congreso de Arqueología Chilena II*: 101-114. Santiago de Chile, Sociedad Chilena de Arqueología.
- Aschero, C., R. Zurita, M. Colagieri, A. Toselli
1999. El bebé de la Peña. En: *Resúmenes del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 266-7. Córdoba.
- Boman, E.
1941 [1908]. *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama*. Universidad de Jujuy.
- Cabrera, A.
1976. Regiones fitogeográficas argentinas. *Enciclopedia argentina de Agricultura y Ganadería*, II. Buenos Aires.
- Garcilazo de La Vega, I.
1945 [1609]. *Comentarios reales de los Incas*. Buenos Aires, Emecé.

Krapovickas, P.

1958-59. Arqueología de la Puna. *Anales de Arqueología y Etnografía* XIV- XV:53-113. Mendoza.

Núñez, L.

1981. Asentamientos de cazadores tardíos en la Puna de Atacama: hacia el sedentarismo. *Chúngara* 8:137-168.

1992. Ocupación arcaica en la Puna de Atacama: secuencia, movilidad y cambio. En: B. Meggers (ed.), *Prehistoria Sudamericana: Nuevas Perspectivas*:283-307. Washington, Taraxacum.

Muñoz, J.

1989. El período Formativo en el Norte Grande (1000 AC- 500 DC). *Culturas de Chile. Prehistoria*: 107-128. Santiago de Chile, Andrés Bello.

Olivera, D.

1991. *Tecnología y estrategias de adaptación en el Formativo (agroalfarero temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra. (Pcia. de Catamarca, R.A.)*. Tesis de doctorado. Facultad de Ciencias Naturales, Universidad La Plata.

Olivera, D. y M. M. Podestá

1993. Los recursos del Arte: Arte rupestre y sistemas de asentamiento-subsistencia Formativos en la Puna Meridional Argentina. En: *Arqueología*, Revista de la Sección Prehistoria 3: 93-142. Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras. UBA.

Pérez de Micou, C. y R. Ancibor

1994. Manufactura cestería en sitios arqueológicos de Antofagasta de la Sierra, Catamarca (Argentina). *Journal de la Société des Americanistes*, 80: 207-216.

Podestá, M. M.

1991. Cazadores y pastores de la Puna: apuntes sobre sus manifestaciones de arte rupestre. *Shincal* 3:12-16.

Powell, J.E., Aschero, C. A. y Martinez, J.G.

2003 Megaterios del Pleistoceno tardío de la Puna Argentina: consideraciones sobre su dieta y comportamiento. *XIX Jornadas Argentinas de Paleontología de Vertebrados*: 25-26.

Rivera, M.

1995. The Preceramic Chinchorro Mummy Complex of Northern Chile: Context, Style, and Purpose. En: T. Dillehay (ed.), *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*: 43-77. Washington, Dumbarton Oaks.

Yacobaccio, H.

1994. Biomasa animal y consumo en el Pleistoceno-Holoceno surandino. *Arqueología*, Revista de la sección Prehistoria 4: 43-71. Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

2000. Inhumación de una cabeza aislada en la Puna Argentina. *Estudios sociales del NOA* 2: 59-72. Instituto Interdisciplinario Tilcara.

2001. Cazadores complejos y domesticación de camélidos. En: G. Mengoni Goñalons, D. Olivera y H. Yacobaccio (eds.), *El uso de los camélidos a través del tiempo*: 261-282. Buenos Aires, Ediciones del Tridente.

**ÍNDICE ACUMULADO
RELACIONES
DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA
TOMOS XXV-XXVIII
(2000-2003)**

La presente edición del índice acumulado de Relaciones fue realizada por *Claudia Marina Peleteiro*. Se presenta un cuerpo bibliográfico central ordenado alfabéticamente, con su número correlativo de asiento. Lo acompañan tres índices para facilitar la recuperación de la información: uno de coautores, otro de localización geográfica subdividido por disciplina y por últimos un índice temático organizado por palabras clave.

426

Acosta, Alejandro. Huellas de corte relacionadas con la manufactura de artefactos óseos en el nordeste de la provincia de Buenos Aires. Tomo XXV (2000) : 159-177 ; ilustraciones, tablas.

427

Álvarez, Myrian, Adriana Lasa y María Estela Mansur. La explotación de los recursos naturales percederos. Análisis funcional de los raspadores de la costa del Canal Beagle. Tomo XXV (2000) : 275-295; mapa, fotos, ilustraciones, gráficos, tablas.

428

Amaya, Luis Esteban. Homenaje a Sara Josefina Newbery. Tomo XXVII (2002) : 6-8.

429

Arrigoni, Gloria Iris. Los ceramistas prehistóricos del valle del Río Desaguadero, Parque Nacional Los Alerces, provincia del Chubut. Tomo XXVII (2002) : 395-412 ; ilustraciones, fotos, gráficos.

430

Aschero, Carlos A. Comentario a “La agregación de cazadores-recolectores: aportes desde la etnografía y la arqueología” de *Gabriela Guráieb*. Tomo XXVI (2001) : 389-292.

431

Aschero, Carlos A. Reseña bibliográfica de “Cuentos de las tres abuelas. Narrativa de Antofagasta de la Sierra” de *Silvia P. García y Diana S. Rolandi*. Tomo XXV (2000) : 353-354.

432

Aschero, Carlos A. y Jorge G. Martínez. Técnicas de caza de Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina. Tomo XXVI (2001) : 215-241 ; ilustraciones, gráficos, mapas.

433

Baffi, Elvira Inés y Mónica Alejandra Berón. Propuesta para la integración del conocimiento de los sitios arqueológicos con restos humanos. El Chenque 1, provincia de La Pampa. Tomo XXV (2000) : 145 -158 ; fotos, plano.

434

Balazote, Alejandro O. y Juan Carlos Radovich. Proyecto Mega: disputa territorial y reconocimiento étnico de los mapuche de kaxipayiñ. Tomo XXVI (2001) : 107-117 ; cuadro.

435

Baldini, Lidia y Carlos De Feo. Hacia un modelo de ocupación del valle Calchaquí central (Salta) durante los Desarrollos Regionales. Tomo XXV (2000) : 75-98 ; tabla, mapa, planos.

436

Balesta, Bárbara y Nora Zagorodny. Memoria e intimidades de una colección arqueológica. Tomo XXV (2000) : 41-50.

437

Barberena, Ramiro, Liliana Manzi y Patricia A. Campán. Arqueología de rescate en Piedra del Águila, Neuquén: sitio Cueva del Choique. Tomo XXVII (2002) : 375-394 ; mapas, gráficos, tablas.

438

Bárcena, J. Roberto. Comentario a “Revalorización de la kallanca 1 de El Shincal Quimivil” de *Rodolfo Raffino, Rubén D. Iturriza y J. Diego Gobbo*. Tomo XXV (2000) : 331-332.

439

Bárcena, J. Roberto. Nota sobre un nuevo sitio con grabados rupestres en el departamento San Carlos, provincia de Mendoza. Reconocimientos arqueológicos en la Estancia Tierras Blancas. Tomo XXVIII (2003) : 241-251 ; mapa, fotos.

440

Barrientos, Gustavo, Fernando W. Oliva y Mariano C. Del Papa. Historia pre y postdeposicional del entierro secundario del sitio Laguna Los Chilenos I (Provincia de Buenos Aires). Tomo XXVII (2002) : 303-325 ; mapas, fotos, gráficos, tablas.

441

Bechis, Martha. Ángulos y aristas de la guerra por las vacas en los comienzos del siglo XVIII: “dibertimentos”, asesinatos y rivalidades jurisdiccionales. Tomo XXVII (2002) : 9-28 ; anexos documentales.

442

Berberian, Eduardo E. Comentario a “Revalorización de la kallanca 1 de El Shincal Quimivil” de *Rodolfo Raffino, Rubén D. Iturriza y J. Diego Gobbo*.. Tomo XXV (2000) : 337-339.

443

Berberian, Eduardo E. y María F. Roldán. Limitaciones a la producción agrícola, estrategias de manejo de terrenos cultivables y ampliación de la dieta en comunidades formativas de la region serrana de la provincia de Córdoba. Tomo XXVIII (2003): 117-131 ; mapa, cuadro.

444

Boivin, Mauricio, Ana María Rosato y Fernando Balbi. Incidencia del evento de inundación de 1982-83 sobre el asentamiento humano en el área de islas del departamento de Victoria, Entre Ríos. Tomo XXV (2000) : 27-40.

445

Cahiza, Pablo A. Ictioarqueología de las Lagunas de Guanacache (Mendoza, Argentina). Identificación y estacionalidad de captura a partir del análisis de otolitos sagitales. Tomo XXVIII (2003) : 167-183 ; mapas, fotos, cuadros.

446

Campo, Paula María. Destreza artesanal y demanda regional de la metalurgia prehispánica del Noroeste argentino a través de la tecnología refractaria. Tomo XXVII (2002) : 215-231 ; fotos, gráficos, planos.

447

Castro, Alicia, Julián E. Moreno, María Andolfo y Miguel A. Zubimendi. Distribución espacial de sitios en la localidad de Punta Medanos. Santa Cruz (Argentina). Tomo XXVI (2001) : 303-321 ; mapas, fotos, cuadros.

448

Caviglia, Sergio E. El arte de las mujeres Aónikenk y Gününa Küna-Kay Guaj'enk o Kay Güttruj (las capas pintadas). Tomo XXVII (2002) : 41-70 ; ilustraciones blanco y negro y color, fotos blanco y negro y color, cuadros.

449

Ceruti, María Constanza. Aracar, Guanaquero, Rincón, Arizaro, y Blanco: prospección y relevamiento de santuarios de altura en volcanes de la puna occidental salteña (República Argentina). Tomo XXVI (2001) : 145-166 ; mapa, fotos, plano.

450

Citro, Silvia. Entre el “shamán, el gaucho, el astrólogo y el psicólogo...” y el bibliotecario: retóricas del poder *qom*. Tomo XXVI (2001) : 73-96.

451

Cocilovo, José A. y Héctor Varela. La variación cronológica en la población prehistórica de San Pedro de Atacama, Chile. Tomo XXVII (2002) : 131-143 ; mapas, tablas.

452

de Hoyos, María y Matilde Lanza. Arte rupestre en San Antonio del Cajón, provincia de Catamarca. Tomo XXV (2000) : 119-144 ; mapa, ilustraciones, gráficos, tablas.

453

Della Negra, Claudia E. y Paula Novellino. Nuevos estudios sobre los antiguos habitantes de la cuenca del río Limay: Sitios Grande, departamento de Picún Leufú, provincia del Neuquén. Tomo XXVII (2002) : 101-113; ilustraciones, mapas, tablas.

454

Escola, Patricia S. Caza y pastoralismo: un reaseguro para la subsistencia. Tomo XXVII (2002) : 233-245 ; ilustraciones, fotos, tablas.

455

Escolar, Diego. Arqueólogos y brujos: la disputa por la imaginación histórica en la etnogénesis huarpe. Tomo XXVIII (2003) : 23-43.

456

Falabella, Fernanda, Lorena Sanhuesa, Gustavo Neme y Héctor Lagiglia. Análisis comparativo de cerámica Aconcagua entre Chile y Argentina. Tomo XXVI (2001) : 193-214 ; mapas, ilustraciones, tablas.

457

Favier Dubois, Cristian M. La datación de suelos en la investigación arqueológica. Edades sobre materia orgánica por el método OCR (Oxidizable Carbon Ratio). Tomo XXVIII (2003) : 203-215 ; mapa, tablas.

458

Fernández, Mabel M. La casa de Piedra de Ortega I (Pcia de Río Negro) La estratigrafía. Tomo XXVI (2001) : 261-284 ; mapa, planos, ilustraciones, fotos, tablas.

459

Fernández, Pablo, Isabel Cruz y Dolores Elkin. Densidad mineral ósea de *Pterocnemis pennata* (aves: *Rheidae*). Una herramienta para evaluar frecuencias anatómicas en sitios arqueológicos. Tomo XXVI (2001) : 243-260 ; gráficos, tablas.

460

Fernández C., Jorge y Héctor Panarello. Cazadores recolectores del holoceno medio y superior de la cueva Haichol, región cordillerana central del Neuquén, República Argentina: cronología ¹⁴C-AMS sobre colágeno óseo y su conversión a tiempo calendario. Signaturas isotópicas del carbono y del nitrógeno en el colágeno óseo, en función de trazadores paleodietéticos. Tomo XXVI (2001) : 9-30 ; mapa, ilustraciones, tablas.

461

Fernández Distel, Alicia. Calzado de los cazadores-recolectores del noroeste argentino en la colección arqueológica de Torres Aparicio (Jujuy). Tomo XXVI (2001) : 403-414 ; mapa ilustraciones, fotos, anexo.

462

Fiore, Dánae. Comentario a “La agregación de cazadores-recolectores: aportes desde la etnografía y la arqueología” de *Gabriela Guráieb*. Tomo XXVI (2001) : 385-388.

463

Frederic, Sabina. Comentario a “La Villa como Aldea” de *Laura Masson*. Tomo XXVIII (2003) : 215-219.

464

García, Alejandro. La ocupación temprana de los Andes Centrales argentinos (ca. 11.000 - 8.000 años C¹⁴ AP). Tomo XXVIII (2003) : 153-165.

465

García, Silvia y Diana Rolandi. Relatos y ritual referidos a la Pachamama en Antofagasta de la Sierra, Puna meridional argentina. Tomo XXV (2000) : 7-25; fotos.

466

García, Silvia , Diana Rolandi, Mariana López y Laura Valeri. “Alfa”, vega y hortaliza. Riego y siembra en Antofagasta de la Sierra, Puna catamarqueña. Tomo XXVII (2002) : 79-100 ; mapa, fotos planos.

467

García Llorca, Jorge. Avances en los estudios zooarqueológicos del sitio Escobería, en la manzana de Santo Domingo, ciudad de Mendoza. Tomo XXVIII (2003) : 133-152 ; plano, tablas, gráficos.

468

Gentile L., Margarita E. Reseña de “Bibliografía del período precerámico peruano de *Duccio Bonavia y Claudia Grimaldo*”. Tomo XXVII (2002) : 417.

469

González, Luis R. El oro en el noroeste argentino prehispánico. Estudios técnicos sobre dos objetos de la Casa -Morada de La Paya. Tomo XXVIII (2003) : 75-99 ; mapa, ilustraciones, fotos.

470

González de Bonaveri, María Isabel, María Magdalena Frère y Patricia Solá. Petrografía de cerámicas arqueológicas de la cuenca del Río Salado, provincia de Buenos Aires. Tomo XXV (2000) : 207-226 ; mapa, fotos, tablas.

471

Gradin, Carlos J. Homenaje a la Lic. Teresa Agustina López. Tomo XXV (2000) : 6.

472

Guber, Rosana y Germán Soprano. Tramos perdidos. Patronazgo y clientelismo político desde la antropología social argentina de los años '60. Comentario a “La villa como aldea” de *Laura Masson*. Tomo XXVIII (2003) : 221-226.

473

Guchón, Ricardo, Andrés Sebastián Muñoz y Luis A. Borrero. Datos para una tafonomía de restos óseos humanos en Bahía San Sebastián, Tierra del Fuego. Tomo XXV (2000) : 297-312 ; mapa, fotos, gráfico, tablas.

474

Guráieb, Gabriela. La agregación de cazadores-recolectores: aportes desde la etnografía y la arqueología. Tomo XXVI (2001) : 369-383.

475

Guráieb, Gabriela. Respuesta a los comentarios a “La agregación de cazadores-recolectores: aportes desde la etnografía y la arqueología”. Tomo XXVI (2001) : 393-396.

476

Heyd, Thomas. El arte rupestre y la apreciación estética de paisajes naturales. Tomo XXVI (2001) : 397-402.

477

Hocsman, Salomón. ¿Cazadores-recolectores complejos en la Puna meridional argentina? Entrelazando evidencias del registro arqueológico de la microrregión de Antofagasta de la Sierra (Catamarca). Tomo XXVII (2002) : 193-214 ; mapas, tablas.

478

L'Heureux, Gabriela. Estudio comparativo de indicadores de adecuación fisiológica y salud bucal en muestra de restos humanos del sudeste de la región Pampeana. Tomo XXV (2000) : 51-74 ; fotos, gráficos, tablas.

479

Luna, Leandro H. Análisis de restos óseos humanos fragmentados procedentes de una estructura funeraria compleja: sitio Chenque I (Parque Nacional Lihué Calel, provincia de La Pampa). Tomo XXVII (2002) : 145-161 ; mapas, planos, tablas.

480

Madrid, Patricia y Gustavo Barrientos. Estructura del sitio arqueológico del sitio Laguna Tres Reyes 1 (Provincia de Buenos Aires): nuevos datos para la interpretación del poblamiento humano del Sudeste de la Región Pampeana a inicios del Holoceno tardío. Tomo XXV (2000) : 179-206 ; mapas, planos, gráficos, tablas.

481

Madrid, Patricia, Gustavo Politis, Ramiro March y Mariano Bonomo. Arqueología microrregional en el sudeste de la región pampeana argentina: el curso del Quequén Salado. Tomo XXVII (2002) : 327-355 ; mapas, gráficos, tablas.

482

Martínez, Gustavo y María José Figuerero Torres. Sitio arqueológico La Petrona (partido de Villarino, provincia de Buenos Aires): análisis de las modalidades de entierro en el área sur pampeana. Tomo XXV (2000) : 227-247 ; mapas, fotos, gráficos.

483

Masson, Laura E. La villa como aldea. Tomo XXVII (2002) : 71-78.

484

Masson, Laura E. Sobre tramos perdidos, villeros y pobres. Respuesta a los comentarios de *Guber, Soprano y Frederic* a “La villa como aldea”. Tomo XXVIII (2003) : 227-230.

485

Menacho, Karina A. Etnoarqueología de trayectorias de vida de vasijas cerámicas y modo de vida pastoril. Tomo XXVI (2001) : 119-144 ; mapa, ilustraciones, gráficos, tablas.

486

Muñoz González, Eduardo. Comentario a “Revalorización de la kallanca 1 de el Shincal Quimivil” de *Rodolfo Raffino et al.* Tomo XXV (2000) : 333-335.

487

Nami, Hugo G. Más dilemas del mundo bipolar: ¿los yunques podrían ser percutores? Tomo XXVII (2002) : 413-416 ; fotos.

488

Olivera, Daniel E. Aixa S. Vidal y Lorena G. Grana. El sitio Cueva Cacao 1A: Hallazgos, espacio y proceso de complejidad en la puna meridional (ca. 3000 años AP). Tomo XVIII (2003) : 257-270 ; mapas, fotos.

489

Orquera, Luis Abel y Ernesto Luis Piana. Composición de conchales de la costa del Canal Beagle (Tierra del Fuego, República Argentina) Primera parte. Tomo XXV (2000) : 249-274 ; mapas, fotos, gráficos, tablas.

490

Orquera, Luis Abel y Ernesto Luis Piana. Composición de conchales de la costa del Canal Beagle (Tierra del Fuego, República Argentina) Segunda parte. Tomo XXVI (2001) : 345-368 ; fotos, gráficos, tablas.

491

Palma, Jorge Roberto. La funebria de Campo Morado, Quebrada de Humahuaca. (Depto. de Tilcara, Pcia. de Jujuy). Tomo XXVIII (2003) : 61-74 ; plano, foto, cuadro.

492

Peleteiro, Claudia Marina. Índice Acumulado de Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología: Tomos XXV-XXVIII (2000-2003). Tomo XXVIII (2003) : 271-287.

493

Pérez, Sergio Iván. El poblamiento sudeste de la región pampeana: un análisis de morfometría geométrica. Tomo XXVII (2002) : 163-176 ; mapas, figuras, tablas.

494

Pérez Bugallo, Rubén. El iwyrá'i: relicto sonoro. De la vara insignia entre los mbya. Tomo XXVII (2002) : 29-40 ; mapas, fotos, partitura.

495

Podestá, María Mercedes. Nota de la dirección. Tomo XXV (2000) : 5.

496

Podestá, María Mercedes y Dolores Elkin. Nuevas evidencias de ocupación en el Área Valliserrana Central: Departamento de Andalgalá, Provincia de Catamarca. Tomo XXV (2000) : 345-349 ; mapa, fotos.

497

Podestá, María Mercedes y Cecilia Pérez de Micou. Nota de la dirección: homenaje a Carlos Gradín. Tomo XXVI (2001) : 5-6 ; foto.

498

Podestá, María Mercedes y Cecilia Pérez de Micou. Nota de la dirección. Tomo XXVII (2002) : 5.

499

Podestá, María Mercedes y Cecilia Pérez de Micou. Nota de la dirección. Tomo XXVIII (2003) : 5.

500

Raffino, Rodolfo, Rubén Iturriza, J., Diego Gobbo y Victoria Montes. Revalorización de la kallanca 1 de El Shincal Quimivil. Tomo XXV (2000) : 313-330 ; mapa, planos, ilustraciones, fotos.

501

Raffino, Rodolfo, Rubén Iturriza, J., Diego Gobbo y Victoria Montes. Respuesta a los comentarios a “Revalorización de la kallanca 1 de El Shincal Quimivil”. Tomo XXV (2000) : 341-344.

502

Ratto, Norma, Martín Orgaz y Rita Plá. Producción y distribución de bienes cerámicos durante la ocupación inca entre la región puneña de Chaschuil y el valle de Abaucán (Dpto. de Tinogasta, Catamarca). Tomo XXVII (2002) : 271-301 ; mapas, gráficos, tablas.

503

Rey-Hennigsen, Marisa. Reseña bibliográfica de “Cuentos de las tres abuelas. Narrativa de Antofagasta de la Sierra” de *Silvia P. García* y *Diana S. Rolandi*. Tomo XXV (2000) : 351-353.

504

Rolandi, Diana S., Ana Gabriela Guráieb, María Mercedes Podestá, Anahí Re, Rodolfo Rotondaro y Rodrigo Ramos. El patrimonio cultural en un área protegida de valor excepcional: Parque Provincial Ischigualasto (San Juan, Argentina) Tomo XXVIII (2003) : 231-239 ; mapa, fotos.

505

Scattolin, María Cristina, M. Fabiana Bugliani, Andrés E. Izeta, Marisa Lazzari, Lucas Pereyra Domingorena y Leticia Martínez. Conjuntos materiales en dimensión temporal. El sitio formativo “Bañado Viejo” (Valle de Santa María, Tucumán). Tomo XXVI (2001) : 167-192 ; mapas, ilustraciones, gráficos, tablas.

506

Scheinsohn, Vivian. 2001: Odisea del espacio. Paisajes y distribuciones artefactuales en Arqueología. Resultados y propuestas. Tomo XXVI (2001) : 285-301 ; mapa.

507

Seldes, Verónica. Indicadores de estrés nutricional y dieta en poblaciones del Chaco-santiagueño. Tomo XXVII (2002) : 115-130 ; mapa, fotos, tablas.

508

Sempé, María Carlota y Marta I. Baldini. Contextos temáticos y ordenamientos funerarios en el cementerio Aguada orilla norte. Tomo XXVII (2002) : 247-269 ; ilustraciones, tablas.

509

Senatore, María Ximena, Marcia Bianchi Villelli, Silvana Buscaglia y María Marschoff. Hacia la definición del plano arqueológico del enclave español Floridablanca en San Julián. Tomo XXVI (2001) : 323-344 ; mapas, planos, gráficos, tablas.

510

Siffredi, Alejandra. Etnología, espiritualidad y ética. Hacia una construcción de sentidos en diálogo con el nativo. Tomo XXVIII (2003) : 7-21.

511

Taboada, Constanza y Carlos I. Angiorama. Posibilidades de un enfoque dinámico para el estudio de la arquitectura doméstica prehispánica. Un caso de aplicación en Los Amarillos (Jujuy). Tomo XXVIII (2003) : 101-115 ; mapa, planos.

512

Tapia, Alicia Haydée. Indicadores biológicos y culturales de la conquista de la desembocadura del Río Paraná (siglos XVII y XVIII). Tomo XXVII (2002) : 357-374 ; mapas, gráficos, tablas.

513

Tchilinguirian, Pablo y Daniel E. Olivera. De aguas y tierras: aporte para la reactivación de campos agrícolas arqueológicos de la puna argentina. Tomo XXV (2000) : 99-118 ; mapas, planos, fotos, tablas.

514

Tola, Florencia. Ser madre en un campo nuevo: transformaciones tobas de la gestación. Tomo XXVI (2001) : 57-71 ; ilustraciones.

515

Valverde, Federico. Análisis de los desechos líticos de la ocupación inicial del sitio Cueva Tixi (provincia de Buenos Aires): cadena operativa de producción y técnicas de talla tempranas. Tomo XXVIII (2003) : 185-202 ; tablas, gráficos.

516

Villar, Daniel y Juan Francisco Jiménez. *“Para servirse de ellos”*: cautiverio, ventas a la usanza del pays y rescate de indios en las pampas y araucanía (siglos XVII-XIX). Tomo XXVI (2001) : 31-55.

517

Wright, Pablo. El Chaco en Buenos Aires: entre la identidad y el desplazamiento. Tomo XXVI (2001) : 96-106.

518

Würschmidt, Alejandra E. Evidencias prehispánicas de *Cucurbitaceas* en un sitio arqueológico de la provincia de Jujuy (Argentina). Tomo XXVIII (2003) : 253-255 ; foto.

519

Zagorodny, Nora, Balesta Bárbara, Patricia Zalba y Martín Morosi. La confección de pigmentos en la producción de cerámica arqueológica (La Aguada, Catamarca, Argentina). Tomo XXVII (2002) : 177-192 ; fotos, planos, tablas.

520

Zanolli, Carlos. Los chichas como mitimaes del inca. Tomo XXVIII (2003) : 45-60 ; mapa.

521

Zarankin, Andrés. Reseña de “Pré-História do Brasil, As origens do homem brasileiro; O Brasil antes de Cabral; Descobertas arqueológicas recentes” de *Pedro Pablo Funari y Francisco Noelli*. Tomo XXVII (2002) : 418-419.

ÍNDICE DE COAUTORES

Andolfo, María	447
Angiorama, Carlos I.	511
Balbi, Fernando	444
Baldini, Marta I.	508
Balesta, Bárbara	519
Barrientos, Gustavo	480
Berón, Mónica	433
Bianchi Vilelli, Marcia	509
Bonomo, Mariano	481
Borrero, Luis A.	473
Bugliani, M. Fabiana	505
Buscaglia, Silvana	509
Campán, Patricia A.	437
Cruz, Isabel	459
De Feo, Carlos	435
Del Papa, Mariano C.	440
Elkin, Dolores	459, 496
Figuerero Torres, María José	482
Frère, Magdalena	470
Gobbo, J. Diego	500, 501
Grana, Lorena G.	488
Guráieb, Gabriela	504
Iturriza, Rubén	500, 501
Izeta, Andrés E.	505
Jiménez, Juan Francisco	516
Lagiglia, Héctor	456
Lanza, Matilde	452
Lasa, Adriana	427
Lazzari, Marisa	505
López, Mariana	466
Mansur, María Estela	427
Manzi, Liliana	437
March, Ramiro	481
Marschoff, María	509
Martínez, Jorge	432
Martínez, Leticia	505
Montes, Victoria	500, 501
Moreno, Julián E.	447
Morosi, Martín	519
Muñoz, Andrés Sebastián	473

Neme, Gustavo	456
Novellino, Paula	453
Oliva, Fernando	440
Olivera, Daniel E.	513
Orgáz, Martín	502
Panarello, Héctor	460
Pereyra Domingorena, Lucas	505
Pérez de Micou, Cecilia	497, 498, 499
Piana, Ernesto Luis	489, 490
Plá, Rita	502
Podestá, María Mercedes	504
Politis, Gustavo	481
Radovich, Juan Carlos	434
Ramos, Rodrigo	504
Ré, Anahí	504
Rolandi, Diana	465, 466
Roldán, María F.	443
Rosato, Ana María	444
Rotondaro, Rodolfo	504
Sanhuesa, Lorena	456
Solá, Patricia	470
Soprano, Germán	472
Valeri, Laura	466
Varela, Héctor	451
Vidal, Aixa S.	488
Zagorodny, Nora	436
Zalba, Patricia	519
Zubimendi, Miguel A.	447

ÍNDICE DE LOCALIZACIÓN GEOGRÁFICA

NOROESTE

Antropología Social	451, 465, 466
Arqueología	432, 435, 436, 446, 449, 452, 454, 456, 461, 464, 469, 477, 485, 490, 495, 500, 501, 502, 504, 505, 508, 511, 513, 518, 519.
Etnografía	465, 466, 513
Etnohistoria	485, 520
Folklore	465

NORDESTE

Antropología biológica	507
Antropología social	444
Etnografía	493, 510
Etnohistoria	514, 517

CENTRO-CUYO

Arqueología	439, 443, 445
Etnografía	450, 455, 467
Etnohistoria	455

PAMPA

Antropología biológica	433, 478, 479, 492
Antropología social	462, 463, 472, 484
Arqueología	426, 440, 462, 470, 480, 481, 482, 512, 515
Etnohistoria	440, 516, 517, 514, 441

PATAGONIA

Antropología biológica	453, 473
Arqueología	427, 429, 437, 447, 457, 460, 458, 459, 473, 487 489, 490, 509
Etnografía	448, 510
Etnohistoria	441, 448, 510

ÍNDICE TEMÁTICO

ACTIVACIÓN NEUTRÓNICA	502
ADAPTACIONES ISLERAS	444, 489, 490
ADAPTACIONES MARÍTIMAS	427, 447
AGREGACIÓN	475
AGRICULTURA	443, 466, 513
AGUADA	508
ANÁLISIS ARTEFACTUAL	509
ANÁLISIS CERÁMICO	456
ANÁLISIS DE CORTE DELGADO	470
ANÁLISIS DE GÉNERO	441
ANÁLISIS DEL DISCURSO	441, 444, 465, 483
ANÁLISIS FUNCIONAL	427
ANÁLISIS ISOTÓPICO	453, 458
ANÁLISIS LÍTICO	437, 481, 487
ANTROPOBROMETRÍA	453
ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA	433, 451, 453, 473, 478, 479, 492, 507, 512
ANTROPOLOGÍA DE GÉNERO	514
ANTROPOLOGÍA MÉDICA	514
ANTROPOLOGÍA SOCIAL	444, 451, 462, 463, 465, 466, 472, 484
AÓNKENK	510
ARAUCANOS	516
ARQUEOFAUNA	426, 432, 437, 460
ARQUEOLOGÍA	426, 427, 429, 432, 435, 436, 437, 439, 440, 445, 446, 447, 449, 452, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 464, 469, 470, 475, 477, 480, 481, 482, 485, 489, 490, 495, 501, 504, 505, 506, 508, 509, 511, 512, 513, 515, 518, 519, 520
ARQUEOLOGÍA DE RESCATE	437, 453
ARQUEOLOGIA EXPERIMENTAL	428, 429
ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA	467, 509
ARQUEOLOGÍA MICRORREGIONAL	481
ARQUITECTURA DOMÉSTICA	511
ARTE RUPESTRE	439, 452, 459, 476, 504
ARTE TEHUELCHÉ	448
ARTEFACTOS	446, 509
ARTEFACTOS CERÁMICOS	453, 456, 485, 505, 509
ARTEFACTOS LÍTICOS	432, 453, 459, 481, 487, 505, 505

ARTEFACTOS ÓSEOS	426
ARTESANOS	446
AUCAS	441
BIBLIOTECAS	450
BIENES MANUFACTURADOS	516
BIOANTROPOLOGÍA	458, 479
BIOARQUEOLOGÍA	433, 478, 479, 480, 482, 492, 507
BRUJOS	455
CADENAS OPERATIVAS	429
CALZADO	461, 488
CAPAS PINTADAS	448
CAUTIVOS	516
CAZADORES-RECOLECTORES	429, 432, 433, 440, 443, 454, 470, 475, 477, 478, 480, 507
CELEBRACIONES	465
CEMENTERIOS	508
CERÁMICA	429, 453, 456, 502, 505, 519
CEREMONIALISMO	488
CEREMONIAS	493
CLASIFICACION ORGANOLOGICA	493
CLIENTELISMO	483
COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS	436, 507, 519
COLLASUYU	520
COMPLEJIDAD	477
CONCHALES	489, 490
CONFLICTO	466, 512, 516, 434
CONFLICTO INTERÉTNICO	455, 512, 516, 520
CONFLICTO INTRAÉTNICO	434, 516
CONJUNTOS ÓSEOS	460
CONOCIMIENTO CIENTÍFICO	510
CONQUISTA HISPÁNICA	512, 516
CONQUISTA INCA	520
CONSERVACIÓN	501
CONTROLES TAFONÓMICOS	460
CRANEOMETRÍA	451
CREENCIAS	466
CRONOLOGÍA	457, 458, 477, 480
CRONOLOGÍA RADIOCARBÓNICA	458, 505
CUERPO FEMENINO	514
CULTIGENOS	518
CULTIVOS PREHISPÁNICOS	518
CULTURA DE MASAS	484
CULTURA URBANA	484, 517
CHICHAS	520
CHOROTE	510
CHULUPÍ	510
DATAACIONES	458, 481, 505
DECORACIÓN	428, 508
DESGASTE DENTAL	478, 507

DEMANDA REGIONAL	446
DENSIDAD ARTEFACTUAL	505
DENSIDAD ESTRUCTURAL	460
DENSIDAD MINERAL ÓSEA	460
DENSIDAD POBLACIONAL	477
DESIGUALDAD SOCIAL	477
DESPALZAMIENTO ESPACIAL	517
DESTREZA ARTESANAL	446
DIETA	443, 458, 507
DISPERSIÓN	475
DISTRIBUCIÓN ESPACIAL	447
DISTRIBUCIÓN TERRITORIAL	435
ECOLOGÍA DEL PAISAJE	505
ENTIERROS HUMANOS	440
EPISTEMOLOGÍA	510
ESCLAVITUD NEGRA	441
ESPIRITUALIDAD	455, 510
ESTACIÓN CAPTURA MUERTE	445
ESTRATRIGRAFÍA	459, 509
ESTRÉS NUTRICIONAL	507, 511, 512
ESTRUCTURA IDENTITARIA	517
ESTRUCTURAS ARQUEOLÓGICAS	466, 435, 501, 504, 511, 513
ÉTICA	510
ETNICIDAD	434
ETNOARQUEOLOGÍA	485
ETNOGÉNESIS	455
ETNOGRAFÍA	448, 450, 451, 450, 455, 465, 466, 467, 475, 483, 494, 510, 513, 514, 517
ETNOHISTORIA	440, 441, 443, 448, 455, 485, 514, 516, 517, 520
ETNOLOGÍA	510
ETNOMUSICOLOGIA	494
ETOLOGÍA DE CAMÉLIDOS	432
EXPERIMENTACIÓN	429
FORMATIVO	505
FRONTERA	441, 516, 520
FUNEBRIA	433, 440, 453, 482, 507, 508, 519
GANADERÍA	465, 479, 507, 516
GÉNERO	448
GEOARQUEOLOGÍA	470
GRABADOS	439, 452
HORTICULTURA	507
HUARPES	455
HUELLAS DE CORTE	426
ICTIOARQUEOLOGÍA	445
IDENTIDAD	455, 517
IDIÓFONOS	488
INCAS	500, 520
INSTALACIONES INCAS	502

INTENSIFICACIÓN DE LA PRODUCCIÓN	513
JURISDICCIONES VIRREINALES	441
KAXIPAIÑ	434
MAGIA	455
MAPUCHES	434
MATERIAS PRIMAS CERÁMICAS	470
MATERIAS PRIMAS LÍTICAS	427
MATERNIDAD	514
MBYÁ	494
MEDIOS DE COMUNICACIÓN	434
METALURGIA PREHISPÁNICA	446
MICROTOPOGRAFÍA	509
MIGRACIONES INDÍGENAS	517
MITIMAES	520
MITOLOGÍA	448
MORFOMETRÍA GENÉTICA	492
MOVILIDAD RESIDENCIAL	444
MOVILIDAD TERRITORIAL	477
MUJER	448
NARRATIVAS INTERÉTNICAS	517
NIVACLÉ	510
ÑANDÚ	460
OCR	457
OCUPACIÓN COSTERA	447
OCUPACIÓN INCAICA	502
ORGANIZACIÓN DEL RIEGO	466
ORGANIZACIÓN TECNOLÓGICA	432
ORNAMENTACIÓN	469
ORO	469
OTOLITOS	445
PAISAJE	447
PAISAJE ARQUEOLÓGICO	505
PAMPAS	441, 516
PASTOREO	441, 454, 465, 466, 485
PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO	448
PATRONES DE DISEÑO	448
PERCA	445
PERONISMO	483
PETROGLIFOS	459
PIELES	427, 448
PIGMENTOS	519
PLEISTOCENO TARDÍO	515
POBLAMIENTO	464, 480, 492
POBREZA	483
POLÍTICA ARGENTINA	483
PREPARACIÓN DE ALEACIONES	446
PROCESOS SIMBÓLICOS	514
PRODUCCIÓN CERÁMICA	429, 502
PROSPECCIONES	481
QOM	450, 514, 516, 517

RECOMPOSICIÓN ARQUITECTÓNICA	501
RECURSOS AGRÍCOLAS	443, 513
RECURSOS HIDRICOS	466, 513
REDES DE INTERACCIÓN	477
REDUCCIÓN DE MINERALES	446
REFINACIÓN DE METALES BASE	446
REGISTRO ARQUEOLÓGICO	439, 464, 475, 480, 505, 509
RELATOS	465
REPRESENTACIONES CULTURALES	514
RESCATE ARQUEOLÓGICO	453
RESTOS ÓSEOS HUMANOS	433, 440, 458, 473, 479, 480, 482, 507, 512
RIEGO	4433, 453, 466, 513
RIESGOS AGRÍCOLAS	513
RITUALES	465, 477
SACRALIDAD	510
SANTUARIOS DE ALTURA	449
SHAMANISMO	450
SISTEMA DE ASENTAMIENTO	
SUBSISTENCIA	464
SISTEMAS DE ARMAS	432
SISTEMAS DE RIEGO	513
SISTEMAS DE SUBSISTENCIA	432
SITIOS DE ALTURA	449, 456
SITIOS RITUALES	449, 488
SITIOS URBANOS	467
SUELOS	457
TAFONOMÍA	440, 473, 480, 482
TECNOFACTURAS CERÁMICAS	428, 470
TECNOFACTURAS LÍTICAS	427, 454
TECNOLOGÍA	446, 453, 464, 470, 477, 504, 508
TECNOLOGÍA CERÁMICA	446, 470, 504, 508
TECNOLOGÍA LÍTICA	504
TECNOLOGÍA METALÚRGICA	469
TEHUELCHES	510
TERRENOS PARA CULTIVO	514
TOBAS	450, 514, 516, 517
TRANSFORMACIONES CULTURALES	512
USO DEL ESPACIO	435, 437, 443, 505
USO DEL PAISAJE	437
VAQUEROS	441
VARIABILIDAD FUNCIONAL DE SITIOS	435, 482, 488, 489
VARIACIÓN CRONOLÓGICA	451
VICUÑAS	432
VILLAS MISERIA	483
YOJUAHA	510
ZONAS ETNNOGRÁFICAS	517
ZOOARQUEOLOGÍA	426, 445, 467

MEMORIA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

1 de julio de 2002 al 30 junio de 2003

ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA

El 1ro de noviembre de 2002 a las 18 hs. se llevó a cabo la Asamblea General Ordinaria en la sede de la Sociedad, Moreno 350 correspondiente al ejercicio 1 de julio de 2001 al 30 de junio de 2002. Se consideraron balance, inventario y cuenta general de recursos del ejercicio del ejercicio cerrado al 30 de junio de 2002. Se aprobó la documentación presentada y se fijó la cuota social para el ejercicio entrante. Durante la Asamblea se rindió homenaje a Carlos J. Gradín.

TRABAJO EDITORIAL

Relaciones XXVI (2001)

En el mes de julio de 2002 se completó la impresión de los 600 ejemplares del tomo 26 (2001) que contiene 18 artículos, 2 comentarios, una respuesta del autor y 2 notas breves. El tomo fue dedicado a la memoria de Carlos J. Gradín y de Jorge Fernández.

Relaciones XXVII (2002)

Durante el ejercicio se llevó a cabo el trabajo editorial de este tomo. Luego del proceso de evaluación fueron seleccionados 21 artículos, 1 nota breve y 2 reseñas. Se prevé su impresión para diciembre de 2003. El tomo estará dedicado a la memoria de Sara Josefina Newbery que falleció el 8 de junio de 2003.

Relaciones XXVIII (2003)

Se llevó a cabo la convocatoria para presentar artículos inéditos relacionados con las áreas Nordeste, Sierras Centrales y Centro Oeste para ser considerados para su publicación en este tomo. La convocatoria cerró en mayo de 2003. Se recibieron 12 artículos que fueron enviados a evaluar. Como requisito se solicitó a los socios la cancelación de las cuotas sociales hasta el año 2004 inclusive (año de edición previsto para el número). En el caso de artículos presentados por autores no socios, se exigió el pago de \$100 al primero de los autores y de \$20 a cada uno de los coautores. Se prevé la finalización del trabajo de impresión hacia fines de 2004.

Conformación del Comité Editorial

A partir del inicio de la edición del tomo XXVIII este Comité quedó integrado por M. Mercedes Podestá (Directora de la publicación), Cecilia Pérez de Micou (Subdirectora), Marina Peleteiro (Jefa de Redacción) y Beatriz N. Ventura. Se integraron Nora Flegenheimer y Mónica Salemme. El Comité Asesor está integrado por Carlos A. Aschero, Alejandra Siffredi y Ana María Lorandi.

Serie Tesis Doctorales, de Licenciatura y Publicaciones

Con todo éxito continuó el trabajo editorial de la Sociedad relacionado con la Series Tesis Doctorales, Tesis de Licenciatura y Publicaciones que dirige la Dra. Lidia Nacuzzi.

Colección Publicaciones

Se publicó:

- Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX). Compilado por Lidia. Nacuzzi, Bs. As., 2002.

Colección Tesis de Licenciatura

Se publicaron:

- *La Comunidad Nuclear. Una mirada antropológica sobre el desarrollo nuclear argentino* de Nayme Gaggioli. Bs. As., 2003.
- *Hermeneútica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966* de Pablo Perazzi. Bs. As. 2003.

Se continuó con el **trabajo de edición** de:

- *Ictioarqueología del canal Beagle. Explotación de peces y su implicación en la subsistencia humana*, de Atilio Francisco J. Zangrando, de la Colección Tesis de Licenciatura.

Envío de tomos de Relaciones, canje nacional e internacional y donaciones

Se llevó a cabo el envío y el canje nacional e internacional de Relaciones, tomo XXVI. Se amplió considerablemente el volumen de envíos por canje interbibliotecario. Se respondió a la solicitud de bibliotecas nacionales y extranjeros enviando números faltantes de Relaciones, y en algunos casos, la colección completa. Se realizaron ventas a librerías y a distribuidores y durante la celebración de congresos científicos.

PRESENTACIÓN DE LIBROS

Relaciones XXVI (2001)

Se llevó a cabo la presentación el tomo el día 1 de noviembre de 2002 a las 19 hs en el Museo Etnográfico. El tomo, dedicado a la memoria de Carlos J. Gradín y de Jorge Fernández, fue presentado por la Dra. Verónica I. Williams. Se realizó un brindis y se contó con la presencia de 40 asociados.

Publicaciones

Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX), compilado por Lidia. Nacuzzi. Fue realizada el 23 de abril de 2003 a las 18,30 hs. en el Museo Etnográfico. Los comentarios estuvieron a cargo de Ana María Lorandi, Silvia Mallo y Horacio González y se contó con la presencia de 50 personas. Se llevó a cabo un brindis.

AUSPICIOS

Se brindó el auspicio a:

- *IV Jornadas de Historia y Arqueología de las Regiones Pampeana y Patagónica, siglos XVI al XX*. Centro de Estudios en Ciencias Sociales y Naturales de Chivilcoy.
- *VI Simposio Internacional de Arte Rupestre*, Jujuy, 29 de noviembre-4 de diciembre 2003.
- *Primera Jornada sobre el Perfil Profesional del Antropólogo*. Centro de Graduados “Osvaldo Bottino”, 10 de agosto de 2002. El objetivo de dicho encuentro es la discusión de las posibilidades laborales de los profesionales de la antropología en ámbitos no vinculados directamente con la investigación básica y/o la docencia universitaria, y las diversas problemáticas derivadas de la inserción en dichos ámbitos
- *XII Muestra Nacional de Cine y Video Documental Antropológico y Social*, organizada por la Secretaría de Cultura y Comunicación de la Presidencia de la Nación. septiembre de 2002
- Exposición “*El Arte Textil en el Mundo Andino*”. Centro Cultural y Museo Pasquini López del Grupo Yavi de Investigaciones, agosto de 2002
- *Curso de Campo en Geomorfología y Geología del Cuaternario de Tierra del Fuego*, organizado por Dr. Jorge Rabassa, Laboratorio de Geología del Cuaternario, CADIC, del 15 al 30 de marzo de 2003.

CONFERENCIAS

- “*Introducción a la etnoarqueología de los Hoti*”, dictada por el Dr. Gustavo Politis, el 21 de noviembre de 2002, 18 horas en la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires 2º piso Aula 239, Puán 480, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- “*Dualidad Socio-Económica en el Formativo Andino: un caso del Valle de Zaña, Costa Norte, Perú*” dictada por el Dr. Tom D. Dillehay de la Universidad de Kentucky, en el Museo Etnográfico, Moreno 350, 17 de mayo a las 18:30 horas Invitaron: Museo Etnográfico, Sección Arqueología del ICA (Facultad de Filosofía y Letras, UBA) y la Sociedad Argentina de Antropología.

GESTIONES

– Varias:

La Presidenta, en representación de la CIAR-SAA (Comité de Investigación del Arte Rupestre de la Sociedad Argentina de Antropología), se dirigió con carta del 11 de noviembre de 2002 al señor Sue Meaghan, Senior Caseflow Manager, National Native Title Tribunal, PERTH, AUSTRALIA, para manifestar la opinión de la CIAR-SAA acerca de los trabajos que se están realizando en Burrup Peninsula (Murujuga, Australia) y que comprometen la preservación de un importante yacimiento de arte rupestre.

Se renovó el convenio con la Cámara Argentina del Libro y se pagó el arancel correspondiente.

Se llevaron a cabo trámites ante la AFIP con la colaboración del contador de la SAA, Sr. Francisco Chicote.

Representantes de la SAA en el interior: continúan como representantes de la SAA: Jorge Moirano en La Plata, Gabriel Cocco en la Provincia de Santa Fe, Gabriela Guraieb en el INAPL, Salomón Hocsman en la Pcia. de Tucumán y en la ciudad de Olavarría, Florencia Borella. La SAA tiene previsto nombrar nuevos representantes ya que estos han agilizado considerablemente las actividades de la Sociedad en el interior del país, fundamentalmente en lo que respecta a las cobranzas y al reparto de los tomos de Relaciones. La SAA expresa el reconocimiento a su colaboración.

– *Habilitación de la nueva sede en el Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”.*

Se iniciaron las conversaciones con el Director del Museo, Dr. José Pérez a fin de habilitar una sede para la Sociedad dentro de las instalaciones del Museo.

– Administrativas:

Inventario de las publicaciones recibidas por canje existentes en depósitos en la Sección Arqueología del Instituto de Ciencias Antropológicas, UBA, 25 de mayo 217, 3er piso, Capital. Se inició el embalaje de las publicaciones existentes en la Sección a fin de ser trasladadas durante el próximo ejercicio a la nueva sede en el Museo Etnográfico.

Orden de documentación de la SAA que se encuentra depositada en la Sección Arqueología del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (continuación del ejercicio anterior). La tarea estuvo a cargo de la museóloga Norma Pérez a quien la Sociedad expresa su agradecimiento. Se iniciaron las tareas de embalaje previas a la mudanza del material al Museo Etnográfico.

ASOCIADOS

Durante este ejercicio ingresaron como socios Activos y Adherentes: María Paula Barros, Sergio Bogan, Pablo Andrés Cahiza, María Lorena Cohen, Alejandra M. Elias, María Pía Falchi, Mariela Gallego, Daniel Luis González, Cristian D. Kaufmann, Marcela Mendoza, Pablo G. Messineo, Roberto Daniel Peretti, Carolina Somonte, Diana Sandra Tamburini, Rodrigo Javier Vecchi, Luis Diego Vuoto, Ian N. M. Wainwright, Miguel A Zubimendi.

María Isabel González
Secretaria

María Mercedes Podestá
Presidenta

NORMAS EDITORIALES E INFORMACION PARA LOS AUTORES

Relaciones es una publicación periódica dedicada a artículos e informes inéditos basados en investigaciones que brinden información original acerca de las diversas especialidades de la Antropología, y a ensayos o estudios críticos que proporcionen conclusiones relevantes y útiles para la comunidad científica. La revista publica preferentemente artículos de los miembros de la Sociedad Argentina de Antropología, aunque ella puede solicitar artículos a especialistas que no sean socios.

Los manuscritos no solicitados enviados para su publicación por no-socios, deben ser acompañados por un derecho de edición no reembolsable cuyo valor se determinará en el momento de realizarse la convocatoria correspondiente. La evaluación del manuscrito no se comenzará hasta que este requisito no haya sido cumplimentado. En caso de que los trabajos presentados para un volumen excedan el espacio disponible, la Comisión Directiva se reserva el derecho de seleccionar aquellos que se publicarán, con el criterio de que los temas referidos a las diversas especialidades de la Antropología, estén equitativamente representados.

Una vez enviado un trabajo a Relaciones, el/los autor/es se comprometen a no presentar el mismo a otra publicación. En el caso de trabajos presentados a Congresos, debe obtenerse de los organizadores de los mismos una nota certificando que las Actas no se publicarán o que dicho manuscrito fue retirado con el aval de los mencionados organizadores. El proceso de evaluación que realizan por lo menos dos referencistas anónimos puede requerir varios meses, pero el/los autor/es serán informados tan pronto como sea posible de la decisión del Comité Editorial de publicar o no su contribución. El rechazo de un manuscrito puede ser definitivo, o con la posibilidad, por una única vez, de revisión y corrección de acuerdo a las sugerencias de los evaluadores.

Los autores son responsables del contenido de sus contribuciones, de la exactitud de las citas y referencias bibliográficas y del derecho legal de publicar el material propuesto, por lo que deben obtener el permiso para reproducir figuras y datos protegidos por copyright. La Sociedad Argentina de Antropología no ofrece retribución monetaria por los manuscritos, ni servicios tales como tipeado, impresión, fotocopiado, diseño, cartografía, montaje de ilustraciones, los que quedan a cargo de el/los autor/es, al igual que el costo de las ilustraciones y fotos.

Los trabajos deben ser presentados en diskettes 31/2, en programas Word, para Windows. El diskette, más tres copias en papel, deberán ser dirigidos al Comité Editorial en su versión definitiva. Las mismas deberán ser acompañadas por una hoja con nombres, direcciones, correo electrónico y teléfonos de el/los autor/es, quienes cuidarán la calidad del embalaje para que las copias, el diskette y las ilustraciones lleguen a destino en perfectas condiciones. Una cuarta copia completa debe quedar en poder de el/los autor/es. Se rechazarán los manuscritos que no estén de acuerdo con las siguientes normas:

– No deben exceder las cuarenta (40) páginas (incluyendo resumen, texto, bibliografía, mapas, figuras, fotos, tablas y gráficos) escritas a doble espacio con letras en cuerpo 11 en todas sus secciones, en hojas numeradas, tamaño A4. Los márgenes superior e izquierdo deben ser de 4cm y los márgenes inferior y derecho de 2cm.

– Orden de las secciones:

1) Título en mayúsculas, centralizado, sin subrayar.

2) Autor/es, en el margen derecho, con llamada a pie de página indicando lugar de trabajo y/o pertenencia institucional o académica. Sin dirección postal.

3) Resumen de aproximadamente 150 palabras y cinco palabras claves. El Comité Editorial encargará a un profesional su traducción al inglés, quedando a cargo del/los autor/es el costo de la misma.

4) Texto, con subtítulos primarios en el margen izquierdo, en mayúsculas sin subrayar; subtítulos secundarios en el margen izquierdo, en minúsculas, cursiva. Cada subtítulo estará separado del texto anterior por interlineado doble.

Los párrafos comenzarán con sangría de un tabulado y no se dejará doble interlineado entre ellos. El margen derecho puede estar justificado o no, pero no deben separarse las palabras en sílabas. Se ruega no usar abreviaturas, no exagerar en el uso de encomillados y evitar la referencia «op. cit.», así como el uso de negrita o bold en el texto. Se escribirán en itálica/bastardilla las palabras o frases que el autor crea necesario destacar y las palabras en latín o en lenguas extranjeras. Las citas textuales de más de tres líneas deben escribirse en párrafos con una orden de sangría en el margen izquierdo, y estarán separadas del resto del texto por doble interlineado antes y después.

Las tablas, fotos, figuras y mapas no se incluirán en el texto, pero se indicará en cada caso su ubicación en el mismo. Deben entregarse numerados según el orden en que deban aparecer en el texto, con sus títulos y/o epígrafes tipeados en hoja aparte. Las figuras y mapas deben llevar escala. Deberán estar confeccionados sobre papel vegetal u obra de buena calidad, con tinta negra o impresos sólo en láser. No se aceptarán dibujos, croquis o mapas realizados en impresora de puntos, ni chorro de tinta; ni que tengan fondos y/o grisados. No deben exceder las medidas de caja de la publicación (13 x 20 cm), y deben estar citados en el texto. Para los epígrafes, se creará un archivo diferente en el diskette.

Las referencias bibliográficas irán en el texto siguiendo el sistema autor-año. Ejemplos:

*(Rodríguez 1980) o (Rodríguez 1980, 1983) o (Rodríguez 1980a y 1980b) o Rodríguez (1980), etc.

* Se citan hasta dos autores; si son más de dos se nombra al primer autor y se agrega et al.

* Citas con páginas, figuras o tablas: (Rodríguez 1980:13), (Rodríguez 1980:figura 3), (Rodríguez 1980:tabla 2), etc.

* Autores diferentes citados dentro de un mismo paréntesis o comentario, deben ir ordenados cronológica y no alfabéticamente.

Los números de las notas aparecerán en el texto como sobreíndice (indicación «superscript»), sin paréntesis.

Terminar la redacción consignando lugar y fecha.

5) Notas, numeradas correlativamente, dejando doble interlineado entre cada una de ellas.

6) Agradecimientos.

7) Bibliografía. Todas las referencias citadas en el texto y en las notas deben aparecer en la lista bibliográfica y viceversa.

Debe ser alfabética, ordenada de acuerdo con el apellido del primer autor. Dos o más trabajos del

mismo autor, ordenados cronológicamente. Varios trabajos del mismo autor y año, con el agregado de una letra minúscula.

Se contemplará el siguiente orden:

Autor/es. Fecha. Título. Publicación, número:páginas. Lugar, Editorial.

Deben ir en cursiva los títulos de los libros o los nombres de las publicaciones. Los nombres y apellidos de los autores citados deben estar completos.

Si el autor lo considera importante puede citar entre corchetes la fecha de la edición original de la obra en cuestión, sobre todo en el caso de viajes y/o memorias, por ejemplo: Lista [1878] 1975.

Ejemplo de lista bibliográfica :

Binford, Lewis R.

1981. *Bones. Ancient Men and Modern Myths*. Academic Press.

Presta, Ana M.

1988. Una hacienda tarijeña en el siglo XVII: La Viña de «La Angostura». *Historia y Cultura* 14: 35-50. La Paz, Sociedad Boliviana de la Historia.

1990. Hacienda y comunidad. Un estudio en la provincia de Pilaya y Paspaya, siglos XVI-XVII. *Andes* 1: 31-45. Salta, Univ. Nacional de Salta.

Borrero, Luis A., José L. Lanata y Beatriz N. Ventura

1992. Distribuciones de hallazgos aislados en Piedra del Aguila. En: L. A. Borrero y J. L. Lanata (eds.), *Análisis espacial en la arqueología patagónica*, pp. 9-20. Buenos Aires, Ayllu.

Se recomienda no asignar más del 10% del total de páginas del artículo a la bibliografía.

Se controlará estrictamente el cumplimiento de estas normas editoriales, aunque seguramente cada autor se habrá cerciorado previamente de la calidad del manuscrito que presenta. La elaboración y publicación de estas normas busca unificar la calidad gráfica de Relaciones y acortar tiempos de edición, simplificando el trabajo de los responsables de la publicación.

Se solicita a los autores que acepten el principio de autorizar correcciones estilísticas que faciliten la lectura de los artículos sin alterar su contenido.

PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

RELACIONES de la Sociedad Argentina de Antropología. Desde 1936 se han publicado 28 tomos.

Colección Tesis Doctorales (dirigida por Lidia Nacuzzi)

- Identidades Impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia. Lidia R. Nacuzzi. Buenos Aires 1998.
- Cazadores de guanacos de la estepa patagónica. Guillermo L. Mengoni Goñalons. Buenos Aires 1999.
- Arqueología de la educación. Textos, indicios, monumentos. Irina Podgorny. Buenos Aires 1999.
- La fundación de villas en San Juan (siglo XVIII). Catalina T. Michieli. (incluye CDrom). Buenos Aires 2004.
- El consumo en grupos cazadores recolectores. Un ejemplo zooarqueológico de patagonia meridional. Mariana E. De Nigris. Buenos Aires, 2004.

Colección Tesis de Licenciatura (dirigida por Lidia Nacuzzi)

- Los Límites del Mar. Isótopos estables en Patagonia Meridional. Ramiro Barberena. Buenos Aires 2002.
- La comunidad nuclear. Una mirada antropológica sobre el desarrollo nuclear argentino por Naymé Natalia Gaggioli. Buenos Aires 2003.
- Hermeneútica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966. Pablo Perazzi. Buenos Aires 2003.
- Ictioarqueología del canal Beagle. Explotación de peces y su implicación en la subsistencia humana. Buenos Aires 2003.
- Conjugando el presente. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires. Griselda Palleres. Buenos Aires 2004.

Publicaciones de la SAA (dirigida por Lidia Nacuzzi)

- Arqueología de la región del canal Beagle (Tierra del Fuego, República Argentina). Luis A. Orquera y Ernesto L. Piana. Buenos Aires 1999.
- Las piedras con marcas de la cordillera del Viento. Arte rupestre en el departamento Minas, Neuquén, Argentina. Jorge Fernández C. Buenos Aires 2000.
- Estrategias y recursos para jóvenes profesionales. Tesis, propuestas, CVs, entrevistas y presentaciones en general. Victoria Diana Horwitz y María José Figuerero Torres. Buenos Aires 2001.
- Entre montañas y desiertos: Arqueología del sur de Mendoza. Adolfo Gil y Gustavo Neme (eds). Buenos Aires 2002.
- Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX). Lidia. R. Nacuzzi (comp.). Buenos Aires 2002.

Coediciones

- Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina. Editado por M. Mercedes Podestá y María de Hoyos. Buenos Aires 2000. Coeditado con la Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.

Otros

- Junta de hermanos de sangre. Un ensayo de análisis del *Nguillatun* a través de tiempo y espacio desde una visión Huinca. Isabel Pereda - Elena Perrotta. Buenos Aires, 1994.